De la autora de *No logo* y *La doctrina del shock*

Doppelganger

UN VIAJE AL MUNDO DEL ESPEJO

Naomi Klein

PAIDÓS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Introducción. Una Naomi de marca blanca
Primera parte Doble vida (Escenificación)
Capítulo 1. Un «Occupy» en mis propias carnes
Capítulo 2. Entra en escena el covid, el multiplicador de amenazas
Capítulo 3. Mi marca hace aguas (o el caso «Call Me by Your Name»)
Capítulo 4. De cómo me conocí en el bosque
Segunda parte El mundo del espejo (Proyección)
Capítulo 5. Saben que existen los móviles
Capítulo 6. Líneas diagonales
Capítulo 7. Como MAGA, pero más
Capítulo 8. Ridículamente serio, seriamente enmudecidos
Capítulo 9. La ultraderecha y el terreno de lo rocambolesco
Capítulo 10. El autismo y la precuela del movimiento antivacunas
Tercera parte Zonas de sombra (Partición)
Capítulo 11. Calma, conspiración... capitalismo
Capítulo 12. No hay más salida que dar media vuelta
Capítulo 13. El nazi del espejo
Capítulo 14. El doble étnico del que no hay forma de desprenderse
Capítulo 15. Desensimismarse
Epílogo. ¿Quién es el doble?
Agradecimientos
Notas
Créditos





You
Tube


Sinopsis

¿Qué pasaría si te despertaras una mañana y descubrieras que has adquirido otro yo, un doble que casi eres tú, pero que en realidad no lo es? ¿Qué pasaría si ese doble compartiera muchas de tus preocupaciones, pero de forma totalmente opuesta, y promoviera aquellas causas contra las que has luchado toda tu vida?

Cuando Naomi Klein descubrió en las redes a una mujer con su nombre de pila, pero con opiniones dañinas y radicalmente diferentes a las suyas, a la que confundían crónicamente con ella, parecía demasiado ridículo para tomárselo en serio. Hasta que dejó de serlo.

De repente empezó a enfrentarse a una realidad distorsionada, a obsesionarse con las amenazas que recibía en línea, con los interminables insultos de los seguidores de su doble. ¿Por qué su otra sombra había seguido un camino tan extremo? ¿Por qué la identidad —todo lo que tenemos para enfrentarnos al mundo— puede ser tan inestable?

Llena de confusión y dispuesta a encontrar las respuestas, Klein decidió seguir a su doble en un extraño e insólito mundo espejo y, al hacerlo, pone al descubierto nuestra propia cultura en este momento surrealista de la historia, en el que nos hemos convertido en pulidas marcas virtuales.

Doppelganger es un libro para nuestra época y para todos nosotros; una comedia negra absolutamente seria que nos invita a enfrentarnos a nuestros reflejos en el espejo. Es para cualquiera que haya perdido horas en el pozo sin fondo que es Internet, que se haya preguntado por qué nuestra política se ha deformado tanto y que quiera salir del vértigo colectivo y volver a luchar por lo que de verdad importa.

Doppelganger

Un viaje al mundo del espejo

Naomi Klein

Traducción de Ana Pedrero e Ignacio Villaro



En memoria de:
Mike Davis,
Barbara Ehrenreich,
bell hooks,
Leo Panitch

Había surgido una terrible multitud de duplicados.

FIÓDOR DOSTOYEVSKI, *El doble*, 1846

¿Cuántos más de cada uno va a haber?

JORDAN PEELE, *Nosotros*, 2019

Introducción
Una Naomi de marca blanca

En mi defensa diré que no tenía pensado escribir este libro. No tenía el tiempo necesario, nadie me lo había pedido y varias personas me recomendaron encarecidamente que me abstuviese de hacerlo. No era el momento, teniendo en cuenta los incendios literales y metafóricos que asolan el planeta. El tema no podía ser menos apropiado.

La Otra Naomi: así la llamo ahora. Esa persona con quien me han confundido sin parar durante más de una década. Mi *doppelganger* de cabellera abundante. Alguien a quien tantos parecen considerar indistinguible de mí. Alguien cuyas acciones extremas llevan a desconocidos a reprenderme, a darme las gracias o a compadecerse de mí.

El hecho mismo de que me refiera a ella con una especie de código deja entrever lo absurdo de mi situación. Durante un cuarto de siglo he sido alguien que se dedica a escribir sobre el poder de las corporaciones y sus males. Me cuelo en fábricas que maltratan a sus trabajadores en países lejanos y cruzo fronteras para adentrarme en zonas bajo ocupación militar; cuento los desastres que dejan a su paso las mareas negras y los huracanes de categoría 5. Escribo libros llenos de grandes ideas sobre temas muy serios. Y aun así, en los meses y años durante los cuales este texto se fue materializando —un período en el que los cementerios se quedaban sin espacio y los milmillonarios se lanzaban al espacio— cualquier otra cosa que escribiese me parecía una intrusión no deseada, una interrupción impertinente. ¿Me interesaría participar en los actos previos a una Cumbre del Clima de las Naciones Unidas que sería clave? No, lo siento, tengo la agenda llena. ¿Algún comentario sobre la retirada de Estados Unidos de Afganistán? ¿Sobre el vigésimo aniversario del 11S? ¿La invasión de Ucrania por parte de Rusia? No, no, y otra vez no.

En junio de 2021, cuando este proyecto empezó a escapárseme de las manos ya del todo, un extraño acontecimiento meteorológico nuevo al que se le puso el sobrenombre de «cúpula de calor»

descendió sobre la costa sur de la Columbia Británica, la región de Canadá donde ahora vivo con mi familia. El aire, denso, parecía un ente gruñón y malintencionado. Fallecieron más de seiscientas personas, la mayoría ancianas; se estima que unos diez mil millones de criaturas marinas se cocieron vivas en nuestras costas; el fuego arrasó un pueblo entero.[1] No es frecuente que este enclave retirado y poco poblado acapare titulares internacionales, pero la cúpula de calor nos hizo famosos durante un rato. Un editor me preguntó si, dado que llevaba quince años implicada en la lucha contra el cambio climático, quería publicar un reportaje sobre lo que suponía atravesar aquel fenómeno climático sin precedentes. «Estoy trabajando en otra cosa», le dije, con el hedor de la muerte impregnándome las fosas nasales. «¿Puedo preguntar en qué?» «No, no puede.»

Hubo muchas otras cosas importantes que desatendí durante ese período de subterfugio febril. Ese verano, dejé que mi hijo de nueve años se pasara tantas horas viendo una serie sobre la naturaleza más descarnada llamada *El club de la lucha animal* que empezó a embestirme «como un gran tiburón blanco» cuando me sentaba ante el escritorio. Pasé demasiado poco tiempo con mis padres octogenarios, que viven a tan solo media hora en coche de mi casa, a pesar de su vulnerabilidad estadística a la mortífera pandemia que asolaba el mundo entero, y a pesar de esa cúpula de calor letal. Ese otoño, mi marido se presentó a un cargo en unos comicios nacionales, y aunque lo acompañé en algunos viajes durante la campaña, sé que podría haber hecho más.

¿Y para qué desatendí todo eso? ¿Para mirar una cuenta de Twitter que no paraban de suspenderle a la Otra Naomi? ¿Para estudiar sus apariciones en los programas en directo de Steve Bannon e intentar entender la arrebatadora química que había entre ellos? ¿Para leer o escuchar otra de sus advertencias sobre que las medidas sanitarias más fundamentales en realidad formaban parte de una trama encubierta y orquestada por el Partido Comunista Chino, Bill Gates, Anthony Fauci y el Foro Económico Mundial, diseñada para provocar una oleada de muerte de tal escala que solo podía ser obra del mismísimo diablo?

Lo que más me avergüenza es la indecible cantidad de pódcast que me inyecté en vena, todas esas horas que perdí para siempre. Con esas horas podría haberme sacado un máster. Me dije que estaba

«investigando», que, si quería entenderla, tanto a ella como a sus acompañantes en la guerra abierta que estaban librando contra la realidad objetiva, debía sumergirme en los archivos de varios programas sumamente prolíficos y muy poco amigos de la sintetización que salían una o dos veces por semana, con nombres como *QAnon Anonymous* y *Conspirituality*, que desentrañan y deconstruyen el conjunto de los mundos de las teorías conspirativas, de los charlatanes sobre el bienestar y sus intersecciones con el negacionismo del covid, la histeria antivacunas y el auge del fascismo. Y todo ello además de mantenerme al día con el trabajo diario de Bannon y Tucker Carlson, en cuyos programas esa Otra Naomi se había convertido en invitada habitual.

Esas escuchas devoraban casi todos los momentos intersticiales de mi vida: mientras doblaba la colada, vaciaba el lavavajillas, paseaba a mi perra, en el coche en los viajes matutinos al colegio (solo a la vuelta). En mi vida anterior, dedicaba muchos de esos ratos a escuchar música o las noticias de verdad, o a llamar a mis seres queridos. «Me siento más cerca de los presentadores de *Conspirituality* que de ti», le confesé a mi mejor amiga en un mensaje en el contestador.

Me dije que no tenía alternativa. Que, en realidad, no estaba malgastando, con una iniciativa de una frivolidad y un narcisismo de magnitudes épicas, el poco tiempo que tenía para escribir o el poco tiempo que le queda al planeta en su vertiginoso calentamiento. Me excusaba diciéndome que la Otra Naomi, una de las creadoras y divulgadoras más efectivas de desinformación acerca de muchas de las crisis más urgentes a las que nos enfrentamos y alguien que parece haber inspirado a muchos a salir a la calle para rebelarse contra una «tiranía» casi enteramente fruto de la alucinación, está en el centro de varias fuerzas que, a pesar de su ridiculez extrema, no dejan de ser importantes porque la confusión que siembran y el oxígeno que absorben obstaculizan cada vez más prácticamente cualquier cosa útil o saludable que los humanos pudiésemos, en un momento dado, decidir hacer juntos.

Como, por ejemplo, dejar en tierra a esos multimillonarios que quieren explorar el espacio y utilizar sus ilícitas riquezas para costear la vivienda y la sanidad y abandonar el uso de los combustibles fósiles antes de que el futuro se convierta en una cúpula de calor constante.

O, a una escala más modesta, enviar al colegio a un hijo que se identifica como tiburón sin miedo a que vuelva a casa con un virus sumamente contagioso y potencialmente mortal que ha contraído de un compañero cuyos padres creen que las vacunas forman parte de un complot genocida con el que se pretende esclavizar a la humanidad porque una señora de internet que se llama Naomi los ha convencido de ello.

La palabra *doppelganger* procede del alemán y es una combinación de *Doppel* ('doble') y *Gänger* ('caminante'). A veces se traduce como «caminante-doble», y doy fe de que la experiencia de tener un doble tuyo caminando por ahí es de lo más inquietante. De hecho, es siniestro; genera un sentimiento que Sigmund Freud describió como «esa especie de miedo que parte de lo que antaño conocíamos bien y hacía mucho que nos era familiar»,[2] pero que de pronto se torna ajeno. Ese sentimiento siniestro que provocan los *doppelgangers* es especialmente punzante y siniestro porque lo que te resulta extraño eres tú. Freud escribió que alguien que tiene un *doppelganger* «puede identificarse con otro y por consiguiente dudar de su yo verdadero».[3] No acertó en todo lo que dijo, pero en esto sí.

Y aquí va una vuelta de tuerca más: mi *doppelganger* es una persona que ha experimentado una transformación política y personal tan profunda que muchos han dicho que parece un *doppelganger* de su yo anterior. Lo que, en cierto modo, me convierte en la doble de una doble, una escala de lo siniestro que incluso Freud no alcanzó a prever.

No soy ni por asomo la única que se ha enfrentado a la sensación de que la realidad se está deformando. Casi todas las personas con las que lo comento me cuentan la historia de alguien a quien han perdido porque ha «caído en la madriguera»: padres, hermanos, mejores amigos, así como intelectuales y comentaristas en los que en su momento confiaron. Personas que un día conocimos bien y que ahora están irreconocibles, cambiadas. Empecé a sentir como si las fuerzas que habían desestabilizado mi mundo formasen parte de una red extensa de fuerzas que están desestabilizando el mundo entero, y pensé que comprender dichas fuerzas podría ser la clave para volver a pisar una tierra más firme.

Durante más de veinte años, desde que aquellos aviones de pasajeros arremetieran contra el cristal y el acero del World Trade Center, me he concentrado en cómo los *shocks* a gran escala modifican las sinapsis colectivas, conducen a regresiones masivas y convierten a las personas en presa fácil para los demagogos. En los años que me llevó investigar y escribir *La doctrina del shock*, el libro que publiqué en 2007 sobre esta cuestión, me dediqué a estudiar la explotación oportunista de los estados de desconcierto posteriores a un *shock* en muchos contextos distintos: el 11S, la caída de la Unión Soviética, la invasión de Irak, el huracán Katrina y otros acontecimientos más alejados en el tiempo. Con el público aterrorizado y distraído, unos actores hambrientos de poder consiguieron meter la cabeza e implementar a la fuerza políticas que beneficiaban a las élites corporativas, sin debatirlas y sin buscar el consenso; una práctica que no dista demasiado de los brutales métodos empleados por los torturadores que utilizan el aislamiento y el estrés para doblegar y hacer hablar a sus prisioneros. Mientras investigaba esta cuestión y seguía el rastro de los ataques contra los derechos políticos y de las subastas de terrenos y de servicios públicos, siempre creí que estaba inmunizada contra las tácticas del *shock* porque sabía cómo funcionaban. Los acontecimientos sin precedentes no me aturdían, no se me nublaba la vista en tiempos de crisis; yo ayudaba a los demás a ver con claridad. O eso creía.

Ahora, cuando echo la vista atrás me da vergüenza ver lo fácil que lo tuve, y es que si me sentía inmune al *shock* era, sobre todo, por la distancia que me separaba de sus causas. No era a mis familiares a quienes estaban asesinando desde el aire. No era mi barrio el que esperaba a ser demolido, ni los maestros de mis hijos a los que iban a despedir para poder privatizar colegios públicos.

Pero lo del covid... Lo del covid fue distinto. Puso patas arriba mi mundo personal, igual que el de todos los demás. Durante los primeros cuatro meses, cuando todavía vivía en Nueva Jersey, me confiné en casa con mi hijo neuroatípico, tratando sin éxito de ayudarlo a aprender por internet y, ante todo, de calmar su porosa alma, la cual no podía evitar absorber el horror que nos rodeaba. Las ambulancias se llevaban a nuestros vecinos y el virus irrumpía en nuestro grupo de amigos. Y aunque tuve la suerte de no estar en la primera línea de las unidades de covid de los hospitales, mi habitual distancia informativa

tampoco me protegía de la pandemia. Cada mañana me levantaba agotada y miraba mis varias pantallas con un aturdimiento anquilosado. Por primera vez, no se trataba del *shock* de otros. Y a partir de ahí, lo que vino fue una sucesión de *shocks*.

Un estado de *shock* es lo que nos ocurre —como individuos o como sociedad— cuando vivimos un acontecimiento súbito y sin precedentes para el que todavía no tenemos una explicación adecuada. En pocas palabras, un *shock* es el espacio que se abre entre un acontecimiento y los relatos que lo explican. Los humanos entendemos el mundo a través de relatos, y por eso los vacíos de significado tienden a generarnos mucha incomodidad. Así se explica que esos actores oportunistas, a los que he llamado «capitalistas del desastre», logren meterse corriendo en ese hueco con unas listas de deseos que ya traían preparadas y unas historias simplistas que hablan del bien y del mal. En ocasiones, dichas historias son tan erróneas que parecen caricaturas de sí mismas («O estás con nosotros o estás con los terroristas», nos dijeron tras el 11S, así como que «Odian nuestras libertades»), pero al menos hay una historia, y con eso basta para que sean mejor que la nada que supone ese hueco.

«Reuníos, recuperad el equilibrio y buscad vuestra historia.» Ese es el consejo que he dado durante dos décadas sobre cómo no caer en el *shock* en momentos de trauma colectivo. Metabolizad el *shock* juntos, les decía, cread significado juntos. Resistíos a los tiranos de medio pelo que os dirán que el mundo ahora es una hoja en blanco solo para poder escribir sus violentas historias en ella.

Era un buen consejo, pero el covid dificultaba mucho su puesta en práctica. Las condiciones que el control del virus impuso a muchos, a mí incluida, eran precisamente las que más vulnerables nos hacen al *shock*: el estrés y el aislamiento prolongados. Mi aislamiento se volvió aún más extremo cuando, a los cuatro meses del inicio de la pandemia, volvimos a Canadá. Se suponía que era un viaje temporal para estar cerca de mis padres, pero, como les ocurrió a tantos otros, nos quedamos atrapados. Ahora estamos totalmente instalados sobre una roca en una calle sin salida que está a tres horas, incluyendo un viaje en ferri del que no siempre te puedes fiar, de la ciudad más cercana. Solo a veces me arrepiento de haber dejado atrás la comida a domicilio, un suministro eléctrico estable y el metro a cambio de un colegio rural que siempre está abierto, el fácil acceso a los caminos

forestales y la posibilidad, remota pero real, de ver la aleta dorsal negra de una orca abrir las aguas del color del acero del mar de los Salish. Aquí se vive bien, excepto cuando nos asfixia el calor y el humo de los incendios forestales o cuando llegan unas tormentas que nos obligan a aprender nombres nuevos («ciclogénesis explosiva», «río atmosférico» y «expreso de la piña», todo durante un invierno largo y lluvioso). Pero lo cierto es que estamos muy aislados. Quizá fuese eso lo que me llevó al límite (¿o debería decir «me lanzó al abismo»?): los meses y meses sin humanos corpóreos con los que juntarme para sentir y pensar.

Eso y meterme en internet en busca de una simulación de las amistades y comunidades que añoraba para, en su lugar, darme de bruces con la Confusión: un torrente de personas que hablaban de mí y de lo que había dicho y hecho, salvo que esa no era yo. Era ella. Aquello dio pie a una pregunta alarmante: entonces, ¿quién era yo?

En un intento de encontrarle algún sentido a la coyuntura en la que me hallaba, empecé a leer y mirar todo lo que encontraba sobre dobles y *doppelgangers*, desde Carl Jung hasta Ursula K. Le Guin, pasando por Fiódor Dostoyevski y Jordan Peele. La figura del doble, con su significado en la mitología antigua y en el nacimiento del psicoanálisis, empezó a fascinarme. La forma en que una copia idéntica del yo representa a veces la mayor de nuestras aspiraciones: la eternidad del alma, ese ser efímero que supuestamente sobrevive al cuerpo. Y la forma en que el doble también representa las partes más reprimidas, depravadas y rechazadas de nosotros mismos que no soportamos ver: el gemelo perverso, la sombra, el antiyó, el Hyde de todo Jekyll. Estas historias enseguida me hicieron ver que, muy probablemente, mi crisis de identidad era inevitable. La aparición de un *doppelganger* casi siempre es caótica, estresante y motivo de paranoia, y la frustración y lo siniestro de la situación siempre acaban llevando al límite a la persona que se encuentra con su doble.

Pero lo cierto es que los *doppelgangers* no solo son figuras de tormento, sino que, durante siglos, se han tenido por advertencias o presagios. Cuando la realidad empieza a duplicarse, a refractarse, a menudo indica que estamos ignorando o negando algo importante —una parte de nosotros mismos y del mundo que no queremos ver— y que, si no prestamos atención a esa advertencia, nos aguardarán todavía más males. Esto se aplica al individuo, pero también a las

sociedades que están divididas, duplicadas, polarizadas o fragmentadas en varios bandos opuestos y aparentemente inescrutables. Es decir, a sociedades como la nuestra.

Alfred Hitchcock llamó *vértigo* en su clásico homónimo de 1958 al tumultuoso estado de vivir en presencia de *doppelgangers*, pero, según mi experiencia, el término empleado por el filósofo mexicano Emilio Uranga en 1952 es aún más descriptivo: *zozobra*. Además de hacer referencia a la ansiedad existencial y a la congoja del ánimo, esa palabra también evoca un tambaleo generalizado, «un modo de ser que oscila incesantemente entre dos posibilidades, entre dos afectos, sin saber de cuál de ellos depender»:[4] absurdidad y seriedad, peligro y seguridad, muerte y vida. Uranga escribe: «En este ir y venir el alma sufre, se siente desgarrada y herida».

Philip Roth exploró este tira y afloja en su novela sobre dobles *Operación Shylock*. «La cosa es demasiado ridícula para tomársela en serio, y demasiado seria para pasar por meramente ridícula», escribió sobre un duplicado de sí mismo.[5] He convertido esta frase en un mantra personal durante esta época tan siniestra que he vivido. Los movimientos políticos que la Otra Naomi ayuda a movilizar, ¿son ridículos e indignos de atención, o bien forman parte de un grave cambio en nuestro mundo al que debemos plantar cara de inmediato? ¿Qué hago, reír o llorar? ¿Sigo estando sentada e inmóvil en esta roca o, por el contrario, todo se está moviendo muy deprisa?

Si tomamos la literatura y la mitología sobre los *doppelgangers* como guía, cuando uno se enfrenta a la aparición de su doble, está obligado a emprender un viaje, una cruzada propia que lo ayude a entender lo que los mensajes, secretos y presagios le ponen delante. Así que eso he hecho. En lugar de apartar a mi *doppelganger* de mi camino, he tratado de descubrir todo lo que he podido sobre ella y sobre los movimientos de los que forma parte. La he seguido mientras escarbaba un hoyo cada vez más profundo hacia un laberinto de madrigueras conspiranoicas, unos lugares en los que a menudo parece que la investigación que me llevó a escribir *La doctrina del shock* haya atravesado el espejo y ahora me mire desde allí, convertida en una red de complots fantasiosos que tachan a las crisis sumamente reales que estamos viviendo —desde el covid hasta el cambio climático, pasando por los ataques militares rusos— de ataques de falsa bandera ejecutados por los comunistas chinos/los globalistas corporativos/los

judíos.

Seguí el rastro de sus alianzas con algunos de los hombres más malvados del planeta, esos que siembran el caos informativo a escala masiva e incitan insurrecciones alegremente en un país tras otro. Investigué sus recompensas —políticas, emocionales y económicas— y exploré los profundos miedos y negacionismos raciales, culturales e históricos de los que se alimentan. Y, sobre todo, traté de descubrir qué tipos de respuestas podrían desinflar el poder que esas fuerzas fuertemente armadas y antidemocráticas estaban acumulando a gran velocidad.

Sentía que mi afán estaba justificado. Se me ha confundido con la Otra Naomi en tantas ocasiones y desde hace tanto tiempo que a menudo he sentido que me estaba siguiendo. Parecía justo que ahora fuese yo quien la siguiera.

En las historias sobre dobles, gemelos e impostores, es frecuente que el *doppelganger* actúe como una especie de espejo incómodo que le muestra al protagonista una versión vanidosa y venal de sí mismo. No desvelaré demasiado al decir que, mientras observaba a mi *doppelganger*, he sentido la desagradable punzada del reconocimiento más de una vez. Y aun así, lo que me llevó a escribir este libro y a no abandonarlo aunque el sentido común me dictase lo contrario fue que, cuanto más la miraba —con sus desastrosas decisiones y la crueldad con la que a menudo la trataban los demás—, más llegué a sentir como si no solo estuviese viendo partes despreciables de mí misma, sino también una magnificación de muchos de los aspectos despreciables de nuestra cultura compartida. Hablo, entre otras cosas, de esa hambre constante y omnipresente de una relevancia cada vez más pasajera, de la desechabilidad con la que tratamos a quienes meten la pata o la trivialización de las palabras y el traspaso de responsabilidades. Al final, mirarla a ella me ayudó a verme a mí misma con mayor claridad, pero, curiosamente, también me ayudó a discernir mejor los peligrosos sistemas y dinámicas en los que todos estamos atrapados.

Así pues, esto no es una biografía de la Otra Naomi ni tampoco un diagnóstico psicoanalítico de sus comportamientos. Es un intento de utilizar mi propia experiencia con un *doppelganger* —el caos que ha sembrado y todo lo que he aprendido sobre mí misma, sobre ella, sobre todos nosotros— como guía para adentrarme y abrirme paso por

lo que ahora entiendo como nuestra cultura *doppelganger*. Una cultura repleta de distintas formas de duplicación, en la que todos los que tenemos una imagen pública o un avatar en internet creamos nuestros propios *doppelgangers*, versiones virtuales de nosotros mismos que nos representan ante los demás. Una cultura en la que muchos hemos llegado a considerar que somos nuestra propia marca personal y hemos forjado una identidad fragmentada que es nosotros y a la vez no lo es, un *doppelganger* que personificamos sin cesar en el éter digital a cambio de tener acceso a la insaciable economía de la atención. Y, mientras tanto, las empresas tecnológicas utilizan esta riqueza de datos para entrenar a las máquinas para que creen simulaciones artificiales de la inteligencia y de las funciones humanas, convirtiéndose así en unos dobles convincentes que traen consigo sus propios planes, sus propias lógicas y sus propias amenazas. Lo que no he podido dejar de preguntarme es: ¿cómo nos está afectando toda esta duplicación? ¿Cómo está rigiendo a qué prestamos atención y —muy especialmente— a qué no?

Al convertirme en la sombra de mi doble para seguirla hacia su mundo —un lugar donde, en aras de salvar y proteger «a los niños», hay *influencers* del bienestar amantes del enfoque suave que hacen causa común con propagandistas de ultraderecha que sacan fuego por la boca—, me di de bruces con la existencia de duplicidades y *doppelgangers* de muchos otros tipos que tienen una incidencia mucho más marcada; por ejemplo, la forma en que la política cada vez se parece más a un mundo reflejado en un espejo en el que la sociedad está dividida en dos y cada bando se define como lo contrario del otro: diga lo que diga y crea lo que crea un bando, el otro parece obligado a decir y creer justo lo contrario. Cuanto más me adentraba, más palpable se volvía este fenómeno a mi alrededor: personas que no se guiaban por principios o creencias discernibles, sino que se comportaban como miembros de grupos que actúan como el yin del yang que son los otros. Sanos contra débiles, despiertos contra borregos, honrados contra corruptos. Los binarios se habían instalado donde en su día vivió el pensamiento.

Al principio creí que lo que pasaba en el mundo de mi *doppelganger* era básicamente que estaba infestado de timadores, pero con el tiempo empecé a tener la clara sensación de que también estaba siendo testigo en tiempo real de cómo se estaba fraguando una

formación política nueva y peligrosa: sus alianzas, su visión del mundo, sus eslóganes, sus enemigos, su lenguaje en código, sus zonas prohibidas y, sobre todo, su estrategia de combate para hacerse con el poder.

Además, enseguida me di cuenta de que todo ello estaba entretejido con otro tipo de duplicidad más inquietante, esa forma en que, desde tiempos inmemoriales, la raza, la etnia y el género han creado unos dobles peligrosos que sobrevuelan categorías enteras de personas, a quienes se les pone la etiqueta de «salvaje», «terrorista», «ladrón», «zorra», «propiedad». Y así llegamos a la parte más escalofriante de mi travesía por el mundo de los *doppelgangers*: los individuos no son los únicos que pueden tener un doble siniestro; las naciones y las culturas también los tienen. Muchos percibimos y tememos un cambio decisivo. De democrático a autoritario, de secular a teocrático, de pluralista a fascista. En muchos lugares, ese cambio ya se ha producido. En otros, lo sentimos tan cercano e íntimo como un reflejo distorsionado en el espejo.

A medida que he ido avanzando en mi investigación, esta es la forma de *doppelganger* que me tiene más preocupada: el Estado fascista caricaturesco que es el gemelo omnipresente de las democracias occidentales y la amenaza perpetua de que nos engullan sus llamas hechas de pertenencia selectiva y brutal desprecio. La figura del *doppelganger* lleva siglos utilizándose para advertirnos de estas versiones umbráticas de nuestro yo colectivo, de esos monstruosos futuros posibles.

¿Estamos ya en este punto? No todos, al menos no del todo. Pero la pandemia, sumada a tantas otras emergencias que hemos reprimido durante tanto tiempo, ha llevado a la humanidad a un lugar en el que nunca habíamos estado, un lugar que nos queda cerca pero es diferente. Esa diferencia es la que explica la extrañeza a la que muchos hemos tratado de poner nombre y que hace que todo nos resulte familiar pero que, al mismo tiempo, no nos termine de cuadrar. Nos sentimos rodeados de personas siniestras, de políticas diseñadas del revés e, incluso, ahora que la inteligencia artificial se acelera, de una dificultad cada vez mayor de distinguir lo que es real de lo que no. Esa sensación de desconcierto de la que hablamos con unos y otros, de no saber en quién podemos confiar y qué podemos creernos, o de que nuestros amigos y seres queridos se comportan

como desconocidos, responde a que el mundo ha cambiado, pero, como en un caso de *jet lag* colectivo, la mayoría seguimos acostumbrados a los ritmos y hábitos del lugar del que venimos. Hace ya tiempo que es hora de que nos ubiquemos en este nuevo lugar.

En su novela *El hombre duplicado*, José Saramago incluye un epígrafe: «El caos es un orden por descifrar».[6] Este es mi intento de descifrar el caos de la cultura *doppelganger* y su laberinto de identidades simuladas y avatares digitales y vigilancia masiva y proyecciones raciales y étnicas y dobles fascistas y las sombras meticulosamente negadas que están saliendo todas juntas a la luz. Tendremos que dar algunos volantazos, pero el objetivo de este ejercicio cartográfico no es que nos quedemos atrapados en esta casa de los espejos, sino conseguir algo que intuyo que muchos anhelamos: escapar de sus demenciales confines y encontrar el camino hacia cierto poder y propósito colectivo. El objetivo es conseguir salir de este vértigo general y, juntos, llegar a un lugar mucho mejor.

Primera parte
Doble vida
(Escenificación)

> He encontrado la forma de vivir al margen de mi nombre. Y me ha resultado muy útil.[1]
>
> JUDITH BUTLER, 2021

Capítulo 1
Un *Occupy* en mis propias carnes

La primera vez que ocurrió estaba en el cubículo de un baño público al lado de Wall Street, en Manhattan. Estaba a punto de abrir la puerta cuando oí a dos mujeres hablando sobre mí.

«¿Has visto lo que ha dicho Naomi Klein?»

Me quedé helada y me volvieron a la mente los recuerdos de todas las chicas que se habían metido conmigo en el instituto, y me sentí humillada antes de tiempo.

¿Qué había dicho?

«Algo como que la manifestación de hoy es mala idea.»

«¿Y quién le ha preguntado? Creo que no entiende lo que estamos reivindicando.»

A ver, un momento. Yo no había dicho nada ni sobre la manifestación ni sobre sus reivindicaciones. Entonces caí en la cuenta: sabía quién sí se había pronunciado. Me dirigí como si nada al lavabo, entablé contacto visual con una de las mujeres en el espejo, y dije unas palabras que repetiría con demasiada frecuencia en los meses y años siguientes.

«Me parece que de quien habláis es de Naomi Wolf.»

Corría el mes de noviembre de 2011 y estábamos en el punto álgido de Occupy Wall Street, el movimiento que llevó a grupos de jóvenes a acampar en parques y plazas públicas en muchas ciudades de Estados Unidos, Canadá, Asia y el Reino Unido. La revuelta nació al calor de la Primavera Árabe y las ocupaciones de las plazas en el sur de Europa promovidas por los jóvenes, que en su conjunto fueron un alarido colectivo contra la desigualdad económica y los delitos financieros, y que, con el tiempo, darían lugar a una nueva generación de políticos. Ese día, los organizadores de la acampada original de Manhattan habían convocado una manifestación masiva que atravesaría el distrito financiero, y, a juzgar por la ropa negra y el delineador de ojos líquido que predominaba en aquel baño, ninguna de las presentes se estaba tomando un descanso de una larga jornada

en el mercado de derivados.

Entendía por qué algunas de mis compañeras de manifestación se habían confundido de Naomi. Ambas escribimos libros con ideas muy potentes (yo *No Logo*, ella *El mito de la belleza*; yo *La doctrina del shock*, ella *The End of America* [*El fin de Estados Unidos*]; yo *Esto lo cambia todo*, ella *Vagina*). Las dos tenemos el cabello moreno y a veces se nos aclara de tantas mechas (ella lo lleva más largo y lo tiene más voluminoso). Ambas somos judías. Y lo que genera más confusión de todo es que, aunque anteriormente habíamos seguido carriles literarios distintos (el suyo era el de los cuerpos de las mujeres, la sexualidad y el liderazgo; mis temas eran los ataques corporativos contra la democracia y el cambio climático), en los días de Occupy, la marcada línea que en su día dividió dichos carriles había empezado a desdibujarse.

Antes del día del incidente del baño ya había ido a la plaza tomada por Occupy un par de veces, principalmente para hacer entrevistas sobre la relación entre la lógica del mercado y el colapso climático en el marco de lo que luego se convertiría en *Esto lo cambia todo*. Pero, durante mi visita, los organizadores me pidieron que diese una charla breve sobre el *shock* de la crisis financiera de 2008 y las terribles injusticias que la siguieron: los billones de dólares que se desembolsaron para salvar a unos bancos cuyas temerarias transacciones habían provocado la crisis, la estricta austeridad que se nos impuso a todos los demás, la corrupción legalizada que todo esto había sacado a relucir. Esas fueron las semillas de desconexión que los populistas de derechas de decenas de países terminarían explotando en beneficio de un proyecto político fervorosamente antiinmigración y «antiglobalista», entre los cuales se encuentra Donald Trump bajo el tutelaje de su asesor jefe, Stephen K. Bannon. Sin embargo, por aquel entonces muchos todavía teníamos la esperanza de que el colapso económico desencadenase un renacimiento democrático y marcase el inicio de una nueva era en que la izquierda cogería el timón, en que se pondría a raya al poder corporativo y en la que las democracias más debilitadas se sentirían empoderadas para atajar las múltiples y crecientes emergencias a las que nos enfrentamos, entre ellas la climática. De eso trató mi parlamento en Occupy. A cualquiera que lo vea ahora le darán ganas de llorar de lo ingenua que era.[1]

Naomi Wolf, en su momento abanderada del feminismo de los

noventa, también había entrado en contacto con las manifestaciones, y supongo que de ahí surgió la confusión. Había escrito varios artículos en los que defendía que la mano dura con la que se había actuado sobre Occupy demostraba que Estados Unidos se estaba convirtiendo en un Estado policial. Ese era el tema de su libro *The End of America*, en el que detallaba los «10 pasos» que según ella siguen todos los Gobiernos en su camino hacia el fascismo más descarado. La evidencia en la que apoyaba su tesis de que aquel despiadado futuro ya había llegado era la agresividad con la que se estaba restringiendo la libertad de los manifestantes de Occupy. El Ayuntamiento no permitía el uso de megáfonos y sistemas de sonido en el parque y había habido una serie de detenciones masivas. En sus artículos, Wolf defendía que los activistas debían desafiar la restricción de su libertad de expresión y de reunión para evitar el golpe de Estado que —insistía— estaba ocurriendo justo delante de sus narices. Los manifestantes, que no querían dar excusas a la policía para evacuar la acampada de la protesta, optaron por adoptar una táctica distinta y servirse de lo que vino a llamarse el «micrófono humano» (el cual consiste en que la multitud repite las palabras del orador para que todo el mundo pueda oírlas).

Ese no fue el único punto de discordancia entre Wolf y los organizadores. Para bien o para mal, los miembros de Occupy habían dejado muy claro que su movimiento no tenía ninguna agenda política, es decir, que no había dos o tres exigencias políticas que los políticos pudiesen atender para mandarlos a casa contentos. Wolf insistía en que aquello no era cierto; decía que el movimiento tenía exigencias específicas y que ella las había descubierto: «Descubrí qué quería en realidad el movimiento de Occupy Wall Street», escribió para *The Guardian*, donde explicaba: «Empecé a buscar respuestas a la pregunta "¿Qué queréis?" en internet» entre personas que se identificaban como activistas de Occupy.[2] Sin tener en cuenta el compromiso del movimiento con la democracia radical y participativa, Wolf convirtió los resultados de su poco sistemático sondeo en una breve lista de exigencias y se encomendó a sí misma la tarea de entregársela a Andrew Cuomo, gobernador de Nueva York, en una velada organizada por *The Huffington Post* a la que tanto ella como Cuomo acudieron como invitados.

La cosa se volvió aún más extraña. Tras no poder acceder a

Cuomo en el evento, Wolf salió para dirigirse espontáneamente a los manifestantes de Occupy Wall Street que se encontraban en la acera y, mientras los informaba de cuáles eran sus exigencias y les decía que las estaban exigiendo mal porque «la primera enmienda les daba derecho a usar un megáfono»,[3] consiguió que la detuvieran enfundada en un vestido de gala de color burdeos en una refriega documentada por un montón de cámaras. A eso se referían las mujeres del baño cuando hablaban sobre que «Naomi Klein» no entendía qué querían.

En su momento, la atención que presté a las excentricidades de Wolf no pasó de ser secundaria, ya que no era más que una de las muchas cosas extrañas que rodearon a Occupy durante aquel ajetreado otoño. Un día empezó a correr el rumor entre los acampados de que Radiohead iba a dar un concierto gratis, pero luego se descubrió que había sido una broma muy elaborada y que el grupo no se había movido de Inglaterra. Al día siguiente, Kanye West y Russell Simmons sí se acercaron, acompañados de su séquito, cargados de regalos para los manifestantes. Luego llegó el turno de Alec Baldwin. En aquel ambiente circense, que una autora que estaba a mitad de su carrera acabase esposada mientras intentaba sin éxito dar órdenes a unos manifestantes a los que doblaba la edad era un incidente de muy poca trascendencia.

Sin embargo, tras el episodio del baño, consciente de pronto de que algunas de las cosas que Wolf andaba haciendo me estaban afectando negativamente, empecé a prestarle más atención. Aquello era cada vez más raro. Después de que la policía evacuase los parques y las plazas que Occupy había tomado con sus acampadas a lo largo y ancho de Estados Unidos, escribió un artículo en el que afirmaba, sin ningún tipo de prueba, que las órdenes habían llegado directamente del Congreso y de la Casa Blanca de Barack Obama.

«Cuando unes los puntos», escribía Wolf, todo cobraba sentido.[4] Las medidas enérgicas que se habían tomado contra Occupy Wall Street eran «la primera batalla de una guerra civil [...]. Es una batalla en la que los miembros del Congreso, con la connivencia del presidente de Estados Unidos, ejercieron una represión violenta y organizada contra las personas a las que se supone que deben representar». Wolf declaró que aquello marcaba el inicio definitivo de un régimen totalitario; era algo que ya había dicho antes, durante el mandato de George W. Bush, cuando predijo con total seguridad que

Bush no permitiría que se celebrasen las elecciones generales de 2008 (sí las permitió), y que volvería a decir muchas veces más en los años que siguieron. «Por desgracia, esta semana los estadounidenses estamos un paso más cerca de convertirnos en verdaderos hermanos y hermanas de los manifestantes de la plaza Tahrir», escribió. «Como en su caso, nuestros propios líderes nacionales [...] están librando una guerra contra nosotros.»[5]

Los saltos lógicos ya eran tremendos, pero para mí lo peor era que el nuevo punto de vista que planteaba Wolf sobre los abusos del poder corporativo y político durante los estados de emergencia, algo por lo que había pasado de puntillas en *The End of America*, me hacía sentir como si estuviese leyendo una parodia de *La doctrina del shock* en la que todos los hechos y las evidencias se hubiesen eliminado minuciosamente y donde se alcanzaban unas conclusiones tan generalizadas que caían en el absurdo y que yo jamás propondría. Y aunque todavía no se me confundía con mi *doppelganger* con demasiada frecuencia, sabía que algunos me atribuirían las teorías de Wolf. Era una experiencia extracorpórea. Recuperé los artículos sobre su detención vestida de punta en blanco y una línea en *The Guardian* me dejó de piedra: «Su pareja, el productor cinematográfico Avram Ludwig, también fue detenido».[6]

Le leí la frase a mi pareja, el director y productor de cine Avram Lewis (a quien llamamos Avi).

«¿Es una puta broma?», preguntó.

«Ya», dije. «Es como una maldita conspiración.» Y estallamos en carcajadas.

En la década que ha pasado desde Occupy, Wolf ha unido los puntos entre una cantidad casi inimaginable de retazos de hechos reales y fantásticos. Ha hecho especulaciones que carecen de fundamento sobre el denunciante de la Agencia de Seguridad Nacional Edward Snowden («no es quien dice ser», insinuando que es un espía en activo);[7] sobre los soldados estadounidenses enviados a construir hospitales de campaña en África occidental durante el brote de ébola de 2014 (no fue un intento de detener la propagación del virus, sino un complot para llevarlo a Estados Unidos y justificar «confinamientos masivos» en casa);[8] sobre las decapitaciones de rehenes británicos por parte de ISIS (es posible que no fuesen asesinatos reales, sino operaciones encubiertas falsas organizadas por el Gobierno de Estados

Unidos con la participación de actores de crisis);[9] sobre la detención de Dominique Strauss-Kahn, ex director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional, a consecuencia de las alegaciones de que había agredido sexualmente a una camarera de piso en una habitación de hotel en la ciudad de Nueva York (se acabaron retirando los cargos contra él y se llegó a un acuerdo en un pleito civil, pero Wolf se preguntaba si no habría sido una operación del «servicio de inteligencia»[10] diseñada para apartar a Strauss-Kahn de las elecciones francesas en las que había sido «el que más posibilidades tenía de derrotar a Nicolas Sarkozy»); sobre los resultados del referéndum que preguntaba sobre la independencia de Escocia de 2014, en el que el «no» ganó con un margen superior al 10 % (fue potencialmente fraudulento, afirmaba Wolf, según una serie de testimonios que recopiló);[11] sobre el *Green New Deal* (que no era lo que exigían los movimientos de base para la justicia climática, decía, sino otro encubrimiento del «fascismo» orquestado por las élites).[12]

En una época como esta, marcada por una concentración extrema de la riqueza y la aparente impunidad infinita de los poderosos, es perfectamente racional, incluso sensato, comprobar la veracidad de las historias oficiales. El periodismo de investigación tiene como misión indispensable destapar conspiraciones reales, algo en lo que profundizaré más adelante. Sin embargo, mi *doppelganger* no se estaba dedicando a la investigación seria cuando soltó sus teorías de pacotilla sobre Snowden, ISIS y el ébola. Tampoco cuando vio confabulaciones en unas nubes de apariencia extraña (sobre las cuales ha dado a entender que forman parte de un programa secreto de la NASA para rociar el cielo de «aluminio a escala global», con lo que podrían estar causando epidemias de demencia).[13] Tampoco lo hizo cuando compartió unas reflexiones verdaderamente excepcionales en Twitter sobre las redes móviles de 5G, incluida esta: «Fue increíble ir a Belfast, donde todavía no hay 5G, y sentir la tierra, el cielo, el aire, la experiencia humana, tal como era en los años setenta. Calmada, tranquila, pacífica, sosegada, natural».[14] Tal observación desencadenó una de esas avalanchas transnacionales que caracterizan a la plataforma, en la que la mayoría le hacía saber que (1) el 5G ya había entrado en funcionamiento en Belfast para cuando ella fue de visita, y (2) en los años setenta Irlanda del Norte estaba inmersa en un terrible conflicto armado y violento que se cobró miles de vidas.

Puede parecer difícil creer que todo esto provenga de la misma autora que escribió *El mito de la belleza* como becaria Rhodes en la Universidad de Oxford. «Lo que aprenden las niñas no es el deseo por el otro, sino el deseo a ser deseadas», escribió entonces.[15] «Las niñas aprenden a ver su sexo con los niños; eso ocupa un espacio que deberían dedicar a descubrir qué quieren, qué leen y qué escriben acerca de él, a buscarlo y encontrarlo. El sexo es un rehén de la belleza y los términos del rescate se graban muy pronto y profundamente en las mentes de las niñas por medio de unos instrumentos más bellos que los que los publicistas o los pornógrafos saben utilizar: la literatura, la poesía, la pintura y el cine.»

El libro contenía errores estadísticos graves, un presagio de lo que estaba por venir, pero también había en él un minucioso trabajo de archivo.[16] Los escritos que Wolf publica en internet hoy día son tan frenéticos y fantasiosos que puede resultar asombroso leer sus palabras de entonces y recordar que se trata de una persona que sentía un evidente amor por la lengua, que reflexionó profundamente sobre las vidas interiores de las niñas y las mujeres, y que contaba con una visión propia para su liberación.

A inicios de la década de 1990, Germaine Greer dijo de *El mito de la belleza* que era «la publicación feminista más importante desde *La mujer eunuco*»[17] (el superventas de la propia Greer publicado en 1970). En parte, fue gracias a que salió en el momento justo. Tras la década perdida de los ochenta —cuando el feminismo de pronto era demasiado grosero y sincero como para aparecer en horario de máxima audiencia—, los medios de comunicación corporativos estaban listos para declarar una tercera ola del movimiento de las mujeres, y *El mito de la belleza* alzó a Wolf como su telegénico rostro. No puede decirse que fuese la primera autora feminista en poner en evidencia los cánones de belleza imposibles que se imponen a las mujeres, pero tenía un punto de vista único. El eje central del argumento de Wolf era que, en los años ochenta, igual que el feminismo de segunda ola había logrado más igualdad para las mujeres en la educación superior y en el trabajo, la presión a la que estaban sometidas las mujeres para cumplir con unos patrones absurdos de delgadez y belleza había aumentado bruscamente, lo que las dejó en inferioridad de condiciones para competir con los hombres en sus campos profesionales. No era ninguna coincidencia, decía. «Las

élites en el poder»[18] sabían, escribía Wolf, que sus trabajos peligrarían si las mujeres tenían la libertad de ir subiendo sin carga alguna, y eso debía «impedirse, o la élite que tradicionalmente ha ostentado el poder se verá desfavorecida». El «mito» de la belleza se había inventado, especulaba, para mermar el poder y la concentración de las mujeres, es decir, para que estuviesen ocupadas con su máscara de pestañas y unas dietas que las mataban de hambre en lugar de ser libres de subir peldaños en sus carreras y ganarles el pulso a sus rivales masculinos. En esencia, planteaba que los intensos cánones de belleza de los años ochenta fueron una reacción en contra del feminismo de los años setenta. Y aun así, el feminismo con el que Wolf proponía contraatacar no era un salto a las exigencias radicales de los años sesenta y setenta, un momento en el que el feminismo había estado muy ligado al antiimperialismo, al antirracismo y al socialismo, y en que las activistas habían formado sus propios colectivos, habían fundado publicaciones del movimiento y se habían presentado como candidatas políticas insurgentes cuyo objetivo era cuestionar y transformar los sistemas de poder dominantes desde fuera. Al contrario: igual que Bill Clinton y Tony Blair alejaron a sus respectivos partidos de las políticas que abogaban por la existencia de servicios públicos universales y por la redistribución de la riqueza y los llevaron hacia una «tercera vía» promercado y promilitarista, la versión de Wolf de la tercera ola del feminismo marcaba un camino hacia el centro, un camino que poco tenía que ofrecer a las mujeres de clase trabajadora pero que prometía la luna a las mujeres blancas, de clase media y con educación superior como ella. Dos décadas antes del *Vayamos adelante* de Sheryl Sandberg, Wolf publicó su segundo libro, *Fire with Fire* [*Fuego con fuego*], en el que apelaba al feminismo para que abandonase su dogma y abrazase la «voluntad de poder».[19] Siguió su propio consejo. En lugar de construir poder dentro del movimiento de las mujeres, tal como habían hecho sus predecesoras feministas, se lanzó como un misil hacia el corazón del *establishment* liberal tanto en la ciudad de Nueva York como en Washington, D.C. Se casó con un periodista que terminaría escribiéndole los discursos a Bill Clinton y como editor de *The New York Times*; ejercía de consultora con el equipo de campaña de Dick Morris, quien jugó un papel crucial en el bandazo hacia la derecha de Clinton, y contribuyó a fundar un instituto de liderazgo para mujeres. No parecía que Wolf quisiese

terminar con las estructuras de poder de las élites, sino formar parte de ellas.

La prensa adoraba a Wolf, quien, en su primera década como personaje público, se parecía mucho a Valerie Bertinelli en la que fue mi serie favorita de pequeña, *One Day at a Time*. No solo se mostraba serena y hermosa mientras hacía pedazos la industria de la belleza, sino que escribía sobre sexo y el derecho al placer de las mujeres jóvenes con un estilo gráfico y atrevido.

Muchas teóricas del feminismo de gran brillantez que llegaron antes y después de Wolf establecieron conexiones muy potentes entre experiencias íntimas —como violaciones, abortos, violencia doméstica, fetichismo sexual basado en la raza, enfermedades y dismorfia de género— y las estructuras sociales de las que fueron producto. La década de 1980 había estado repleta de este tipo de libros, muchos de ellos escritos por autoras negras: *¿Acaso no soy yo una mujer?*, de bell hooks; *Mujeres, raza y clase*, de Angela Davis, y *Hermana otra*, de Audre Lorde, entre otros. *Los monólogos de la vagina,* la revolucionaria obra de teatro feminista escrita por Eve Ensler (que ahora se llama V), se representó por primera vez cuatro años después de la publicación de *El mito de la belleza*. Estas obras contenían revelaciones personales que ayudaron a hilvanar movimientos masivos a favor de la justicia colectiva en los que lo personal se volvía político. Lo que diferenciaba los escritos de Wolf de este tipo de intelectuales del movimiento era una aparente escasez de curiosidad sobre las vidas de las mujeres que no eran ella, y de las mujeres cuyas vidas eran notablemente distintas de la suya. Esto ya se veía en su primer libro, el cual de algún modo logró ser un estudio del impacto de los ideales de belleza blancos y europeos sin entrar en sus impactos específicos y profundos en las mujeres negras, asiáticas y, en general, no blancas (por no hablar de las mujeres *queer* y *trans*).

Aunque siempre hubo escépticos —la rival de Wolf, Camille Paglia, la ninguneó por ser «una pensadora del nivel de la revista *Seventeen*»[20]—,[21] las críticas a su trabajo raramente salían de los confines de los departamentos de estudios de la mujer. Y para cuando la década ya tocaba a su fin, a Wolf se la consideraba ya como una autoridad sobre asuntos femeninos de tal altura que, durante las elecciones a la presidencia del año 2000, Al Gore, el candidato del Partido Demócrata, la contrató para que lo asesorase sobre cómo

ganarse el voto femenino. Su consejo, que hizo correr ríos de tinta, fue que Gore debía dejar de vivir a la sombra de Bill Clinton, dejar de ser un «macho beta» y convertirse en un «macho alfa»,[22] en parte vistiendo con trajes de colores tierra para aportar calidez a su aspecto. Wolf negó haber proporcionado consejos de moda, pero la situación no dejó de despertar un aluvión de burlas, entre ellas las de Maureen Dowd, de *The New York Times*, quien escribió que «La señora Wolf es el equivalente moral de una camisa de Armani, porque el señor Gore se ha gastado un dineral en algo básico».[23]

Entrado ya el nuevo milenio, algo cambió en Wolf. Quizá fue por la pérdida electoral de Gore (o el robo electoral de George W. Bush) y porque algunas de las recriminaciones posteriores a la votación se centraron en su controvertido papel en la campaña. Quizá hubo algo más personal, como un matrimonio que se venía abajo con dos niños pequeños (se ha referido a «un año de caos, justo después de cumplir los cuarenta»).[24] Fuese cual fuese la causa, el elevado perfil de Wolf cayó significativamente a principios y mediados de la década de los 2000. En 2005, publicó un libro breve titulado *The Treehouse: Eccentric Wisdom from My Father on How to Live, Love, and See* [*La casita del árbol. Los excéntricos consejos de mi padre sobre cómo vivir, amar y ver*]. En esta versión padre-hija de *Martes con mi viejo profesor*, Wolf se presenta como una hija pródiga que regresa, tras décadas de rebeldía, al redil paterno. Su padre, Leonard Wolf, le enseña a construir una elaborada casita del árbol para su hija y cómo llevar una vida feliz.

Durante sus días como intelectual feminista, escribe Wolf, había valorado los hechos objetivos y el cambio material, lo que iba en contra de lo que su padre, poeta y académico literario especializado en los géneros gótico y de terror, le había enseñado a apreciar: «Mi padre me había criado para que respetase el poder de la imaginación por encima de todo».[25] Leonard, escribe, sabía que «el corazón» importaba «más que los hechos, los números y las leyes».[26] En aquel entonces, la mayoría de los críticos lo consideraron un consejo benigno, aunque cursi, sobre la creatividad. Sabiendo lo que sabemos ahora, teniendo en cuenta la creatividad con la que Wolf terminaría jugando con los hechos, los números y las leyes relacionados con el covid,[27] se parece más al mal agüero de uno de los libros favoritos de ficción gótica de Leonard Wolf.

Al margen de esto, lo que me llamó la atención de *The Treehouse*

fue una de las principales lecciones de vida de Leonard, su directriz de «destruir la caja».[28] Según Wolf, su padre le dijo: «Antes de empezar siquiera a pensar en encontrar tu propia voz, debes rechazar las cajas [...]. Hazlas pedazos».[29] Wolf dio énfasis a aquella idea: «Fíjate en qué caja estás y disponte a destruirla».

Hasta ese momento, tal como ella misma había admitido, había estado totalmente metida en la caja feminista. Pero dos años después, en 2007, la destruyó al sacar su paranoico y patriótico *The End of America*. En él no hacía ninguna mención a los problemas de las mujeres, y parecía haberse vuelto en contra de las instituciones de élite en las que en el pasado tanto se había esforzado por entrar. Ahora le interesaba un tema nuevo: las formas en que el autoritarismo se alza en sociedades hasta el momento libres y los peligros de las maniobras encubiertas de los Gobiernos.

Echando la vista atrás, aquí es donde empezaron mis problemas; el momento en que Wolf dejó de parecerse a ella misma —a la Naomi que escribía libros sobre las batallas que se libraban sobre los cuerpos de las mujeres— y empezó a sonar, bueno, más como yo, como la Naomi que escribe sobre la explotación corporativa de los estados de *shock*. ¿Estoy diciendo que esa confusión fuese intencionada por parte de Wolf? En absoluto. Solo profundamente desafortunada.

Pero no fue solo ese libro. En 2018 empecé a escribir sobre el *Green New Deal*. Ella también lo hizo poco después, solo que con esos giros conspiranoicos suyos. Empecé a publicar sobre los peligros de la geoingeniería como respuesta a la crisis climática, centrándome especialmente en cómo las simulaciones de volcanes de gran altitud pensadas para atenuar parcialmente la luz solar corrían el riesgo de interferir con las lluvias en el hemisferio sur. Ella estaba ocupada especulando en las redes sociales sobre la siembra de nubes con sustancias químicas y los envenenamientos masivos encubiertos. Yo basaba mis escritos en decenas de artículos de revisión por pares y logré tener acceso a dos congresos de geoingeniería cerrados al público, donde entrevisté a varios de los científicos principales que llevaban a cabo investigaciones de laboratorio sobre el envío de partículas a la atmósfera superior para controlar la radiación solar. Ella empezó a sacar fotografías de las nubes que iba viendo al norte del estado de Nueva York y en Londres, lo que llevó a la revista medioambiental *Grist* a declarar, en 2018, que «Wolf es una

conspiranoica de las nubes».[30]

Siempre he sabido cuándo anda atareada porque al momento se me colapsan las notificaciones de menciones en las redes sociales, donde se me acusa y se me condena («No me puedo creer que haya respetado a Naomi Klein. ¿Qué coño le ha pasado?») o se me profesa una falsa compasión («La víctima real de todo esto es Naomi Klein» y «Nuestras oraciones están con Naomi Klein»).

¿Es muy frecuente esta fusión de identidades? Pues hasta el punto de que existe un poema viral, publicado por primera vez en octubre de 2019, que aparece invariablemente en esos momentos y que se ha compartido miles de veces:

> If the Naomi be Klein
> you're doing just fine
> If the Naomi be Wolf
> Oh, buddy. Ooooof.[31][32]

Como en cualquier historia de *doppelgangers*, la confusión es mutua. Wolf tiene una base de seguidores amplia y aparentemente fiel en varias plataformas, y en ocasiones la he visto corregir a alguien diciéndole que se siente halagada, pero que no, ella no escribió *La doctrina del shock*.

Durante gran parte de la primera década de la confusión, mi estrategia pública consistió en la negación deliberada. En privado me quejaba a mis amigos y a Avi, claro, pero en público casi siempre guardaba silencio. Incluso cuando, en 2019, Wolf empezó a etiquetarme a diario en sus tuits sobre el *Green New Deal* con la clara intención de arrastrarme a un debate sobre su teoría infundada de que era una especie de doctrina del *shock* ecologista —un plan malvado de banqueros y capitalistas de riesgo para hacerse con el poder utilizando la emergencia climática como excusa—, no entré al trapo. No intenté corregir la confusión. No me uní a los que se mofaban de ella.

Me lo planteé, pero nunca terminó de parecerme sensato. Que te confundan constantemente con otra persona supone una cierta humillación, ya que viene a confirmar lo intercambiable, olvidable o ambas cosas que eres. Ese es el problema de los *doppelgangers*, que cualquier cosa que hagas para aclarar la confusión solo atraerá más atención, y corres el riesgo de consolidar todavía más esa inoportuna

asociación en la mente de los demás.

Así, las confrontaciones con nuestros *doppelgangers* siempre dan pie a preguntas existenciales desestabilizadoras. ¿Soy quien creo que soy o soy quien los demás perciben que soy? Y si el suficiente número de personas empieza a ver a otra persona como si fuese yo, entonces ¿yo quién soy? Naturalmente, los *doppelgangers* no son la única forma en que podemos perder el control sobre nosotros mismos. La identidad que nos construimos con tanto esmero se puede hacer añicos en un instante y de muchas maneras, ya sea por culpa de un accidente discapacitante, de un brote psicótico o, actualmente, a manos de una cuenta pirateada o un vídeo ultrafalso. Ahí radica el eterno atractivo de los *doppelgangers* en novelas y películas: la idea de que dos desconocidos puedan ser indistinguibles entre ellos alude al frágil núcleo de nuestra identidad, a la verdad incómoda de que, por mucho que nos esforcemos por cuidar nuestra vida personal y nuestra imagen pública, la persona que creemos ser es intrínsecamente vulnerable a unas fuerzas que escapan a nuestro control.

François Brunelle, un artista de Montreal que lleva décadas fotografiando a parejas de *doppelgangers* para un proyecto llamado *I'm Not a Look-Alike!* [*¡No soy un doble!*], lo expresó como sigue: «En algún lugar del mundo, hay alguien que se mira al espejo y ve más o menos lo mismo que yo cuando me miro. Lo que nos reduce a la pregunta: ¿quién soy, exactamente? ¿Soy lo que veo en mi reflejo u otra cosa que es imposible de definir e invisible a los ojos, incluso a los míos?».[33]

En las decenas de libros que se han escrito sobre personas que se encuentran con sus dobles, la aparición de los *doppelgangers* siempre presagia que la vida del protagonista está a punto de dar un vuelco, porque el doble hará que sus amigos y familiares se vuelvan en su contra, destruirá su carrera o lo inculpará de delitos, y —muy a menudo— se acostará con su cónyuge o pareja. Un tropo habitual de este género es la incómoda duda sobre si el doble existe de verdad. ¿Se trata de un desconocido idéntico o de un gemelo desaparecido? O lo que es peor aún, ¿es el doble un producto de la imaginación del protagonismo, la expresión de la inestabilidad del subconsciente?

En el relato breve de Edgar Allan Poe «William Wilson», por ejemplo, el lector empieza creyéndose la «detestable coincidencia»[34] de que existe otra persona que se llama igual, nació el mismo día y

tiene el mismo aspecto general que el ostentoso narrador. Sin embargo, enseguida asoman las sospechas de que las coincidencias son un poco demasiado perfectas. Al final, está claro que el doble, incapaz de elevar la voz «por encima de un tenue susurro», jamás existió fuera del subconsciente paranoide y cargado de autodesprecio del narrador y que, al matar a su «archienemigo y genio perverso»,[35] William Wilson había acabado con su propia vida. El mismo destino le espera al protagonista de la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray*, en la que se cuenta la historia de un hombre vanidoso y lujurioso que, después de que le pinten un retrato, hace un pacto demoníaco para mantenerse joven y hermoso para siempre. Mientras Gray conserva su juventud, el rostro del retrato va envejeciendo y afeándose, casi como si fuese su *doppelganger*. Cuando Gray intenta destruir a su repugnante doble, es él quien termina marchitado y sin vida en el suelo.

Todo este lío me sitúa a la altura mental de mi perra, Smoke, quien, cada día al ponerse el sol, ve su reflejo en el cristal de la puerta principal y empieza a ladrar con todas sus fuerzas. Está claro que está convencida de que una adorable cockerpoo blanca, su *doppelganger* (¿o «*dogpelganger*»?), tiene el firme objetivo de entrar en su casa, comerse su comida y despojarla del cariño de sus humanos.

«Eres tú», le digo a Smoke con mi voz más tranquilizadora, pero siempre se le olvida. He aquí la trampa de enfrentarte a tu *doppelganger*: puedes ladrar tanto como quieras, pero siempre terminarás enfrentándote a ti misma.

Esa no soy yo

Había otra razón por la que no me molesté demasiado en corregir a los demás durante los primeros años de problemas con mi *doppelganger*: con la salvedad del incidente del baño de Manhattan, parecía que solo me confundían con Naomi Wolf en las redes sociales. Mis amigos y colegas sabían quién era yo, y cuando interactuaba con personas a quienes no conocía en el mundo físico, su nombre no salía en la conversación; tampoco nos mezclaban en artículos ni en reseñas literarias. Por eso metí la confusión con Naomi en el archivador de «cosas que pasan en internet pero que no son del todo reales» (en aquellos tiempos en los que éramos lo suficientemente necios como

para hacer eso mismo con todo tipo de cosas). Me dije que no me estaban confundiendo con Wolf, sino que nuestros avatares digitales —nuestras fotos del tamaño de una miniatura y las cajitas que definían los parámetros de nuestro discurso en dichas plataformas— se estaban intercambiando erróneamente, igual que descafeinaban y desdibujaban tantas otras cosas.

En aquel entonces, el problema me parecía más estructural que personal. Un puñado de hombres jóvenes se habían hecho inconcebiblemente ricos diseñando unas plataformas tecnológicas que, en nombre de la «conexión», no solo nos permitían poner la oreja en conversaciones entre desconocidos, sino que nos animaban activamente a que buscásemos los intercambios en los que se nos mencionaba por el nombre (es decir, nuestras «menciones»). En cierto modo, fue perfecto que la primera vez que escuché mi nombre confundirse con el de Wolf fuese en una conversación en un baño público que oí por casualidad. Cuando me hice una cuenta en Twitter e hice clic en el icono de la campanita que representaba mis «menciones», eso fue lo primero que pensé: estaba leyendo lo que se había pintarrajeado sobre mí en la pared de un baño que podía deslizar hacia abajo eternamente.

Teniendo en cuenta mi historial como chica de instituto sobre la que se escribía a menudo en el baño, la experiencia me resultó tan familiar como profundamente desgarradora. Supe al instante que Twitter no iba a ser bueno para mí, y aun así, como nos pasa a tantos, no podía dejar de mirar. Por eso, si tuviese que haberme quedado con algún mensaje de la desestabilizadora aparición de mi *doppelganger*, sería este: deja de una vez de escuchar las conversaciones ajenas sobre ti en este baño global, asqueroso y atestado de gente al que llamamos redes sociales.

Y puede que hubiese terminado prestando atención a ese mensaje… si el covid no hubiese intervenido.

Capítulo 2
Entra en escena el covid, el multiplicador de amenazas

«¿Te puedo leer solo este tuit?», pregunto mientras entro en la cocina con el portátil abierto sobre la palma de la mano.

«Vale», contesta Avi, tensando los labios. Ha decidido presentarse como candidato al Parlamento de Canadá y tiene entre manos todo tipo de decisiones importantes: contratar un jefe de campaña, redactar el programa electoral, recaudar 100.000 dólares.

«Acaba de escribir que "la orina/heces de los vacunados" deben separarse "de los suministros/canales generales de aguas residuales" hasta que se establezca su impacto en el agua potable de las personas no vacunadas.[1] ¿Te lo puedes creer? ¡Piensa que las personas que se han vacunado son un peligro biológico! ¡Quiere construir un sistema de aguas fecales paralelo!»

«¿Adónde quieres ir a parar con esto?», pregunta Avi, sin demostrar excesiva paciencia. Eso mismo me pregunto yo.

En los años precovid, parecía que plantear teorías conspiranoicas era una especie de pasatiempo para Wolf. Saltaba de una teoría a otra —el ébola, Snowden, el 5G, ISIS—, pero nunca se centraba en ningún tema durante demasiado tiempo, y desde luego no el suficiente como para poder llegar a demostrar nada. Se limitaba a «lanzar advertencias» y «abrir interrogantes», y luego siempre pasaba a otra cosa. Son ejemplos clásicos de «conspiranoia sin teoría»,[2] tal como lo describieron Russell Muirhead y Nancy L. Rosenblum en su libro de 2020, *A Lot of People Are Saying* [*Mucha gente dice que…*], el cual se suma a una creciente colección de escritos que tratan de comprender el marcado aumento de la creencia en toda una serie de afirmaciones disparatadas que no se han demostrado.

Pero, a medida que veía lo que decía Wolf en los días del covid,

enseguida me di cuenta de que algo había cambiado. Ya no saltaba de un tema a otro abriendo interrogantes por donde pasaba. Ahora parecía tener un único tema: el virus y sus orígenes, los cierres, las pruebas, las normativas sobre el uso de mascarillas, las vacunas, las normativas sobre las vacunas, las aplicaciones de verificación de la vacunación. Nada era lo que parecía. Al escucharla, se diría que no nos atacó un virus zoonótico nuevo y sumamente contagioso que exigió grandes sacrificios por parte de todos; un virus ante el que nuestra clase política y los órganos de la burocracia sanitaria —arrasados tras cincuenta años de recortes neoliberales— vacilaban o fracasaban repetidamente en sus intentos de controlarlo, mientras las empresas farmacéuticas maximizaban sus beneficios protegiendo unas patentes que nunca deberían haber existido. No, según ella, formábamos parte de un experimento, de un complot, de un golpe de Estado, un acto de guerra diseñado para convertirnos en tecnoesclavos y convencernos de que renunciásemos a nuestras libertades voluntariamente, al tiempo que, por el camino, se eliminaba a grandes sectores de la humanidad. Es un «genocidio»,[3] ha afirmado Wolf una y otra vez, partiendo de un surtido variado de paralelismos con la Alemania nazi, el *apartheid* de Sudáfrica, el Sur de Jim Crow y la China contemporánea.

Al año de haberse declarado la pandemia, Wolf se había convertido en un nodo clave en las cadenas de televisión que soltaban ese tipo de desinformación terrorífica y casi había duplicado su número de seguidores en Twitter desde el año anterior, hasta llegar a 138.000.[4] Al menos en las siete plataformas tecnológicas que llegué a contar, presentaba casi todas las medidas que habían tomado las autoridades sanitarias para controlar el virus como parte de esos complots, diseñadas con el malvado objetivo de hacerse con nuestro ADN, hacernos enfermar, esterilizarnos, matar a nuestros bebés, seguir todos nuestros movimientos, convertir a los niños en drones sin sentimientos, derrocar la Constitución de Estados Unidos, erosionar el poder de Occidente. Especulaba acerca de la posibilidad de que el virus fuese un arma biológica y que, por consiguiente, también lo fuesen las vacunas, las cuales podrían estar usándose para asesinar políticos («también están muriendo líderes locales», escribió.[5] «[Por eso] temo que sea un ataque. Las dosis difieren.» Comparaba a Anthony Fauci, el director del Instituto Nacional de Alergias y

Enfermedades Infecciosas de Estados Unidos, con Satanás, y dijo que los intentos de contrarrestar las desinformaciones acerca de las vacunas eran «demoníacos».[6]

Un «grupo transnacional de actores perversos —entre ellos el Foro Económico Mundial, la OMS, la Fundación Bill y Melinda Gates, las empresas tecnológicas y el Partido Comunista Chino— utilizaron la pandemia para aplastar a la humanidad y en concreto destruir Occidente», afirmó.[7] «¿Qué mejor forma de debilitar a la otra gran potencia mundial que destruyendo las primeras líneas de Estados Unidos y la siguiente generación de estadounidenses con unas vacunas contaminadas y asesinas, introducidas fácilmente en Occidente a través de (tampoco tantas) empresas fantasma e intermediarios? ¿Cómo de fácil sería hacer lo mismo en el conjunto de Europa occidental, Canadá y Australia?»

Enseguida quedó claro que el surgimiento de Wolf como una fuente incesante de desinformación relacionada con el covid estaba teniendo efectos en el mundo real. A través de su página web, DailyClout, y de alianzas nuevas formadas con toda una serie de legisladores estatales republicanos, Wolf se agenciaba parte del mérito de haber conseguido forzar leyes que prohibían la imposición de normativas sobre el uso de mascarillas y de los pasaportes de vacunación en decenas de estados republicanos.

Mi *doppelganger* tiende a exagerar su propia influencia; en realidad, no es más que una voz de tantas en una cacofonía global que habla muchas lenguas, alcanza a decenas de millones de personas y se extiende por todas las plataformas y herramientas mediáticas. Ahora bien, dentro de esta red global, hay ciertas personas que, gracias a que ya gozaban de notoriedad antes del covid, a su pericia en el uso de las redes sociales y a un trabajo incansable, han tenido un papel desmesuradamente grande. Y aunque empezaron con el covid, se están pasando rápidamente a todo tipo de complots supuestamente diseñados para dar comienzo a una dictadura.

Wolf es una de estas personas, especialmente cuando se trata de desinformación médica dirigida al grupo con el que alcanzó la fama internacional en sus inicios: las mujeres. En uno de sus tuits de temática covid que más han circulado, el cual compartió con un público que crecía rápidamente, escribió que «cientos de mujeres [...] dicen que están menstruando/teniendo coágulos después de vacunarse

o que su sangrado menstrual se vuelve extraño cuando están CERCA de mujeres vacunadas».[8]

El mito viral que relaciona las vacunas con la infertilidad resultó especialmente dañino en la comunidad virtual del bienestar femenino, donde una *influencer* que se definía como «apasionada de la salud uterina» advirtió a sus seguidoras que no se acercasen demasiado a nadie que se hubiese vacunado. Al menos un colegio privado de Florida quiso prohibir la presencia de profesores vacunados en sus aulas para proteger a los alumnos de la «diseminación» de la vacuna. Una investigación que la cadena de radio NPR llevó a cabo con la ayuda de analistas de datos especializados arrojó que se podía rastrear el origen de muchas de estas creencias falsas hasta una «*influencer* con muchos seguidores en la llamada comunidad pseudomédica»:[9] Naomi Wolf.

O, para cualquiera que leyera demasiado rápido: Naomi Klein.

Este torrente de actividad por parte de la Otra Naomi durante la época del covid hizo que el hecho de que me confundieran con ella fuese mucho más grave que en aquel baño de Manhattan. Sus incursiones anteriores en teorías conspiranoicas carentes de fundamento a menudo ofendían y sin duda herían a las personas a quienes acusaba sutilmente de ser espías o actores de crisis, pero nunca habían puesto en un peligro real a grandes grupos de personas.

Con el covid, eso cambió. Y cuando la cuestión se centró en la infame ficción de la «diseminación de la vacuna», es fácil comprender por qué tuvo tanto tirón. La afirmación de que las personas vacunadas podían de algún modo infectar a las personas que no se habían vacunado con unas partículas peligrosas empezó a circular en un momento crucial durante la pandemia, cuando muchos estaban decidiendo si iban a confiar o no en la vacuna. A algunas personas sanas que estaban convencidas de que el virus no suponía una gran amenaza para ellas y que a su vez estaban preocupadas por los posibles efectos adversos de la vacuna, la amenaza inventada de la diseminación les proporcionó un pretexto muy útil para darle la vuelta a la tortilla.

Fijémonos por ejemplo en el caso de una entrenadora de *fitness* e

influencer muy conocida de Toronto que se hace llamar «Glowing Mama». Se obsesionó con la teoría de la diseminación de la vacuna y decía estar «sangrando entre reglas» porque en su entorno había personas que se habían vacunado.[10] En un vídeo que se hizo viral por los motivos equivocados, Glowing Mama acababa llorando de la rabia mientras explicaba que los abuelos de su hija, que se habían vacunado, querían coger en brazos a su nieta, mostrando una clara indiferencia hacia los riesgos a los que exponían tanto a la niña como a ella. «Están esterilizando a toda una generación», aseguraba entre sollozos.[11] No se podía creer el egoísmo de aquellas personas mayores, que ya tenían «un pie en la tumba».[12] Eran egoístas porque se habían vacunado y seguían queriendo tener una relación afectuosa con su nieta.

El vídeo era una locura. No existe relación alguna entre la vacunación y la infertilidad, las vacunas no se «diseminan» a través de abrazos y hay muchos recursos de fácil acceso que demuestran ambas cosas. Pero este caso pone de manifiesto que el atractivo de la teoría de la diseminación, que mi *doppelganger* tanto había ayudado a difundir, es la herramienta de proyección y absolución perfecta. Wolf y sus compañeros de viaje habían cogido el argumento que defendía el uso de las vacunas —es decir, que pertenecemos a comunidades de cuerpos enredados entre ellos, de forma que lo que les hacemos y no les hacemos a nuestros cuerpos afecta a la salud de otros cuerpos, especialmente a los vulnerables— y le dieron la vuelta. En su versión de la historia, en realidad los egoístas eran los vacunados porque estaban sacrificando a los vulnerables, y, además, los propagadores y diseminadores eran ellos.

Todo esto, a mi juicio, incrementaba la gravedad de que me confundieran con ella. Y a ello había que sumarle la frecuencia de los momentos de confusión de identidad. Ya no era una molestia periódica que ocurría una vez cada tantos meses. En ese primer año de covid, era una avalancha diaria. Y así fue como justifiqué, cuando ya llevaba unos meses metida en este embrollo, mi decisión de empezar a contraatacar. Añadí brevemente «No soy esa Naomi» a mi biografía en redes sociales, y en febrero de 2021, cuando ella estaba haciendo una gira por Fox News para advertir de que los Gobiernos que imponían medidas contra el covid eran «tiranos autocráticos»,[13] tuiteé: «Aquí va un recordatorio periódico para que nadie se confunda de Naomi».[14]

Cuando le suspendieron la cuenta de Twitter, aparentemente para siempre, me decidí por un «Aquí sigo, por desgracia».[15] La última vez que lo miré, estas dos frases habían recibido 20.000 «me gusta».

Eso se debe a que, entre el aislamiento y la ansiedad extrema de los inicios de la vida pandémica, la confusión entre una Naomi y otra se convirtió en una de las bromas favoritas del Twitter de izquierdas. La mente colmena de internet no solo se lo pasaba en grande riéndose de la última barbaridad que había dicho la Otra Naomi, sino que la idea de que se me atribuyera al menos una parte del mérito/culpa («Nuestras oraciones están con Naomi Klein») les hacía la misma gracia. Éramos un pasatiempo para unas personas aburridas a más no poder y adictas a las dosis de dopamina que recibimos de nuestras máquinas. No es que les generara placer, pero sí algo parecido, una experiencia comunitaria falsa en unos días marcados por la soledad y el desasosiego.

La situación era muy confusa, pero también, vista con humor negro, incluso a mí me hacía gracia. No paraba de decir cosas que sonaban un poco como el argumento que planteé en *La doctrina del shock*, solo que refractado a través de un espejo deformante hecho de complots y conspiraciones cuyo único fundamento eran casi exclusivamente las corazonadas. Cuestionaba continuamente la gravedad del covid, describiéndolo como «una crisis médica a la que se le ha dado mucho bombo»,[16] incluso cuando había matado a cientos de miles de personas solo en Estados Unidos. Le dijo a Tucker Carlson que, bajo el «disfraz» de una emergencia médica,[17] el Gobierno de Biden estaba utilizando las «órdenes de emergencia» para «despojarnos de nuestros derechos: de los derechos a la propiedad, de los derechos de reunión, de los derechos de culto, de todos los derechos que garantiza la Constitución».

Viendo todo aquello, me sentía como si hubiese cogido mis ideas, las hubiese metido en una batidora demencial y ahora estuviese compartiendo ese puré de sentimientos con Carlson, quien asentía apasionadamente. Y, mientras tanto, los seguidores de Wolf me perseguían preguntándome por qué me había vendido a los «globalistas» y estaba engañando al público para que creyese que las mascarillas, las vacunas y las restricciones a las reuniones en interiores eran medidas de salud pública legítimas y no un pretexto para imponer una de las doctrinas del *shock* a nivel mundial sobre las

que había advertido en mis libros. «¡Me da que la han embaucado!», dijo de mí alguien que se hace llamar «RickyBaby321», diciéndole a Wolf que «He relegado a Naomi Klein a la posición de: "la Otra Naomi"».[18] Es muy vertiginoso que te sermoneen en las redes sociales sobre una supuesta malinterpretación de tus propias ideas mientras se te dice que otra Naomi es una versión mejor de ti que tú misma.

La comedia negra *Dual*, protagonizada por Karen Gillan, refleja parte de la ridiculez de mis problemas con Naomi. Al personaje de Gillan, Sarah, le han diagnosticado una enfermedad mortal y le han dicho que las posibilidades de sobrevivir son ínfimas, ante lo cual decide clonarse para ahorrarles a sus seres queridos el dolor del duelo, pero su clon es competitivo y empieza a sustituirla en todas sus relaciones más íntimas. Cuando resulta que se habían equivocado en el diagnóstico y que no se va a morir, la única solución es un estilizado duelo a muerte entre las dobles. «No podemos tener a dos tús por ahí. Sería ridículo», le dicen a Sarah.[19] Y desde luego que lo sería. Ridículo y grave. Gravemente ridículo. Y por eso, como Sarah, también empecé a batirme en duelo con mi doble, aunque solo fuese metiéndome en la refriega digital con mis concisos comentarios de «Que nadie se confunda de Naomi».

Como tantos otros durante el covid, pasaba mucho más tiempo del normal en internet porque ¿acaso había algún otro sitio al que ir? En el pasado había mantenido mi uso de las redes sociales muy a raya, pero con el aislamiento del covid, y mi vida remota en esta roca, ese control se fue por la borda. Las redes sociales eran lo único que no tenía que dejar de lado en nombre de ese maldito virus, así que, según me vendí a mí misma, ¿por qué iba a hacerlo?

Cuanto más tiempo pasaba revisando mis menciones, más reales empezaron a parecerme. El covid había cancelado muchas de las cosas que, durante años, me habían dicho quién era en este mundo. Una gira literaria en la agenda, conferencias, lugares en los que se me acercaba la gente y me decía cuánto la había marcado mi libro y en los que descubría algo sobre ella. Seguía participando en todo tipo de lo que vinieron a llamarse «eventos virtuales» —actos para animar a la gente a que votase, festivales literarios y ruedas de prensa—, pero siempre desde la misma silla, en la misma habitación, en la misma roca, dirigiendo toda mi energía y esperanza siempre al mismo vacío de la lucecita verde de la cámara de mi ordenador. Después de cada

evento, entraba en Twitter en busca de algo que confirmara que de verdad había llegado a otros humanos. Y a menudo la encontraba solo a ella: sus disparatadas teorías, la confusión, las reacciones negativas, el sarcasmo.

El mundo estaba desapareciendo, y yo con él.

Es lógico que la confusión empeorase tanto durante la pandemia, un momento en el que lo que a muchos nos representaba fuera de nuestras cuatro paredes eran unos avatares que ofrecían unas versiones cada vez más aproximadas de nuestro yo físico. Cuando ya llevábamos más o menos un año viviendo a través de Zoom, una amiga me habló de la herramienta de «retocar mi apariencia» de la plataforma. Ahora, difuminaba un poco mi cara a propósito cuando participaba en eventos públicos; he descubierto que me gusta que se me vea borrosa. «Suele darse un efecto siniestro cuando se desdibuja el límite entre la fantasía y la realidad, cuando nos enfrentamos a la realidad de algo que hasta ahora hemos considerado imaginario», escribía Freud.[20] Tras dos años de pandemia, me parecía menos a mí que antes, y menos aún a las fotos que había en internet, especialmente a la foto publicitaria que más circulaba por esos lares, hecha en 2014 en el despacho de mi editor con la ayuda de una maquilladora e iluminación profesional. La relación entre aquella Naomi lustrosa y la Naomi que soy cuando escribo estas líneas, enfundada en unas mallas y una camiseta de tirantes, con el pelo recogido en una caótica coleta para que me recoja el flequillo que me he cortado yo misma, me resulta tan vaga como la relación entre mi propia foto publicitaria y la de Naomi Wolf.

Entre todas esas amputaciones y borrosidades, todas esas identidades interpretadas y distorsionadas y digitalizadas, las fronteras que me separaban de ella también se difuminaron. Mi identidad pública se había reducido a la foto de la miniatura y al límite de 280 caracteres de Twitter, y ahora, gracias a ella, ya ni a eso. Me sentía como una Alicia empequeñecida que le decía a la Oruga: «No soy yo misma, ¿entiende? [...] ser de tantos tamaños en un día es desconcertante».[21]

Así que no, siendo sincera conmigo misma, no me uní a la turba de Twitter solo porque fuese muy importante neutralizar todo lo que Wolf iba diciendo sobre el covid; también lo hice porque me sentía menos importante, como si estuviese desapareciendo. ¿Acaso no fue

eso lo que nos llevó a tantos a teclear con tanta rabia durante aquellos solitarios días?

Está en el código

Gordon Pennycook, científico del comportamiento de la Universidad de Regina, explica que, a medida que el virus se fue propagando, los vendedores de conspiranoias hallaron un público receptivo en una población presa del miedo generalizado ante la idea de caer gravemente enferma e incluso de llegar a morir y que, al mismo tiempo, estaba profundamente preocupada por cómo afectarían a sus medios de vida y a sus seres queridos las medidas de salud pública como las órdenes de confinarse en sus hogares, de cerrar los colegios y de llevar mascarilla. «Esos miedos hacen que las personas se distraigan a la hora de juzgar la veracidad del contenido que leen en internet»,[22] declaró a *The New York Times*, antes de añadir: «En general, nadie quiere difundir contenido falso. Pero en un momento como este, cuando todos estamos preocupados por el virus, los titulares del tipo "La vitamina C cura el covid" o "Es todo un bulo" suelen extenderse como la pólvora».

Wolf pecaba de este tipo de compulsión a la hora de publicar información en internet, igual que muchos de sus seguidores, quienes estaban siempre al quite para compartir lo que decía. Pero aquí es donde la cosa se complicaba todavía más: muchas de las personas que saltaban a atacar a Wolf por difundir información falsa tampoco prestaban demasiada atención a lo que publicaban. Y sé de lo que hablo porque, en su afán por ganar visibilidad, terminaban hablando de mí. Incluso cuando el nombre de Wolf aparecía perfectamente escrito y en negrita en el titular del artículo en cuestión.

Aquello dio pie a algo todavía más inquietante. No había duda de que hacía mucho que nos venían confundiendo, que había gente que se equivocaba de nombre como nos ocurre a todos de vez en cuando. Pero, a medida que el covid avanzaba y aquella propensión a leer en diagonal se volvió aún más frenética, quedó claro que no era que nos estuviesen confundiendo, sino que nos estaban *fusionando*, tratándonos como si fuésemos una sola Naomi intercambiable.

Esta es la parte más desequilibrante de las conversaciones sobre

Naomi-Naomi con las que me crucé en internet. Más de una vez, alguien escribió: «Madre mía, me acabo de dar cuenta de que no son la misma persona». O, también: «Hoy he descubierto que Naomi Wolf no es Naomi Klein y por fin todo empieza a cobrar sentido». También hubo alguien que decía que *La doctrina del shock* era «Uno de los libros más informativos que se han escrito» y que, en él, tracé «los 10 pasos que conducen a un Gobierno fascista», algo que yo nunca he hecho, pero Wolf sí.

Durante mucho tiempo, me resistí al hecho de que me confundieran con ella. Más allá de lo que considero como nuestras formas distintas de enfocar los hechos y la investigación, las diferencias entre nosotras abundan. Ella se crio en Estados Unidos y yo, en Canadá. Ella es una liberal que hace referencia a los padres fundadores en tono reverencial, que convierte en fetiche una versión sumamente individualista de la «libertad» y que escribió un libro entero dirigiéndose a un «joven patriota». Yo soy una izquierdista de tercera generación que cree que la libertad se gana colectivamente y a quien le pica todo cuando ve una bandera. Ella fue a universidades privadas de Estados Unidos y del Reino Unido; yo dejé la carrera que estaba haciendo en una universidad pública de Canadá. Ella tiene los ojos azules y yo, marrones.

No obstante, he llegado a aceptar que, aunque a mí estas distinciones me parecen importantes, y seguro que a ella también, a la mayoría no le importan un comino. ¿Por qué iban a importarles? Las dos somos Naomis y nos mostramos escépticas ante el poder de las élites. Incluso compartimos algunas dianas. Por ejemplo, yo me enfadé muchísimo cuando Bill Gates se puso del lado de las empresas farmacéuticas cuando usaron como arma arrojadiza el insidioso acuerdo sobre la propiedad intelectual de la Organización Mundial del Comercio para defender las patentes de unas vacunas contra el covid que salvaban vidas. Y todo ello a pesar de que esas vacunas se habían desarrollado gracias a unas subvenciones públicas más que generosas y de que la presión que ejercieron contribuyó a que las vacunas no llegaran a los brazos de millones de las personas más pobres del planeta. Naomi Wolf estaba furiosa por que se estuviera forzando a la gente a vacunarse y dio bombo a teorías conspiranoicas que decían que Bill Gates estaba utilizando las vacunas para seguir los movimientos de las personas y para implementar un orden mundial de

lo más siniestro.

Estas diferencias son sustanciales y reflejan sistemas de creencias diferentes de dos personas independientes. Pero con el tiempo he aceptado que, para muchos de los que echaban un ojo a las redes sociales durante los trozos aburridos de lo que estuviesen viendo en Netflix en ese momento, no somos más que una nebulosa de Naomis obstinadas que dicen cosas sobre los estados de emergencia y Bill Gates.

Un día especialmente lúgubre, alguien tuiteó que yo llevaba años perdiendo la cabeza y que ahora equiparaba tener que vacunarse contra el covid con cuando se obligaba a los judíos a llevar una estrella amarilla en la Alemania nazi. Naturalmente, añadió un enlace a una declaración de Naomi Wolf en la que decía justamente eso. La analogía de las estrellas amarillas me cabrea mucho, así que después de redactar y borrar una serie de respuestas llenas de groserías, me quedé con una que sonaba fría y moderada: «¿Estás seguro?». El tuitero confundido volvió a mirárselo, eliminó enseguida lo que había escrito y se disculpó: «Ay, la Virgen, es Wolfe (sic) [...] maldito autocorrector de Twitter. Lo siento».[23]

¡¿Cómo que «autocorrector»?!

Se me fue toda la sangre a la cabeza. En ese momento, después de nueve meses viviendo en la roca del final de la calle, de trece meses de dar clases a distancia y de llevar mascarilla en interiores, de una eternidad sin ver a mis mejores amigos, de pronto lo vi claro: la confusión era tan frecuente que el solícito algoritmo de Twitter la proponía para ayudar a sus usuarios, completándoles las frases con un error y ahorrándoles unos valiosísimos segundos. Así funciona el aprendizaje automático: el algoritmo imita a partir de lo que aprende de los patrones. Por eso, si mi nombre se confundía constantemente con el de Wolf, aunque fuese en broma, se empezaría a sugerir mi nombre en lugar del suyo, lo que provocaría todavía más confusiones. Lo cual también significaba que cualquier cosa que hiciese para corregir a los demás —o para posicionarme en los que se habían convertido los temas favoritos de Wolf— solo serviría para entrenar al algoritmo para que nos confundiese todavía más.

Esto es lo que ocurre cuando permitimos que muchas de nuestras acciones, que antes eran privadas, queden registradas en plataformas tecnológicas corporativas cuyos fundadores aseguraron que su misión

era conectarnos, cuando en realidad el objetivo siempre fue extraer algo de nosotros. El proceso del cercamiento, de llevar a cabo nuestras actividades en estas plataformas privadas, nos cambia y afecta, y también cambia y afecta a cómo nos relacionamos entre nosotros y al propósito último de nuestras relaciones. Todo esto se remonta a las primeras formas de cercamiento, ya en la Edad Media. Cuando en Inglaterra se transformaron los terrenos comunes en materia prima privada, cercados por setos y vallas, la tierra se convirtió en otra cosa: su papel ya no consistía en beneficiar a la comunidad —proporcionando un acceso compartido a una fuente común de pasto, de alimento y de leña—, sino en aumentar el volumen de las cosechas y, por lo tanto, los beneficios de los terratenientes. En cuanto al suelo se le impusieron cercos tanto físico como jurídicos, empezó a ser considerado como si se tratase de una máquina cuyo cometido era ser tan productiva como fuese posible.

Y lo mismo ocurre hoy con nuestras actividades en internet, donde las relaciones y las conversaciones que mantenemos funcionan como cultivos modernos diseñados para cosechar cada vez más datos. Igual que ocurre con los grandes monocultivos de maíz y soja, la calidad y la individualidad se sacrifican en pro de la estandarización y la homogenización, incluso cuando la materialización de esta homogenización consiste en que las personas compitan entre ellas para destacar por ser extravagantes y sumamente únicas.

Por eso *Matrix* y sus secuelas nos ofrecen un paisaje metafórico tan útil para entender la era digital, y es que no se trata solo de la pastilla roja y de la pastilla azul. En *Matrix*, los humanos, quienes viven su vida en unos receptáculos sintéticos, no son más que alimento para las máquinas. Muchos sospechamos que nosotros también nos hemos convertido en alimento para máquinas, y, en cierto modo, así es. Tal como escribe Richard Seymour en su cáustico análisis de las redes sociales publicado en 2019, *The Twittering Machine* [*La máquina de trinar*], cuando creemos que estamos interactuando —cuando escribimos y cantamos y bailamos y hablamos— entre nosotros, con «nuestros amigos, nuestros colegas profesionales, las celebridades, los políticos, la realeza, los terroristas, los actores y actrices porno, cualquiera con quien queramos hacerlo, en realidad, no estamos interactuando con ellos sino con una máquina. Le escribimos a ella y ella transmite nuestro mensaje

después de conservar un registro de los datos».[24]

Zadie Smith ya lo vio venir hace más de una década. A propósito del ascenso de Facebook, y por extensión de todas las demás plataformas de redes sociales, observó que «Cuando un ser humano se convierte en un conjunto de datos en una página web como Facebook, queda reducido. Todo se empequeñece. El carácter individual. Las amistades. El lenguaje. La sensatez. En cierto modo, es una experiencia trascendental: perdemos nuestros cuerpos, nuestros enrevesados sentimientos, nuestros deseos, nuestros miedos».[25] Pero no trascendemos hacia algo mejor, sino hacia ser menos nosotros. Y es más fácil confundir una versión descafeinada y reducida de nosotros mismos con la versión descafeinada y reducida de otra persona.

Por muchas correcciones sarcásticas, arrogantes o comedidas que publique, yo no puedo poner remedio a ninguno de esos problemas. Al menos, no puedo remediarlos yo sola. Por eso, cuando llevábamos ya un año de pandemia, empezó a sobrevenirme una especie de mudez extraña que me incapacitó para decir gran cosa sobre casi nada. El editor de un periódico me encargó que escribiera sobre el libro que Bill Gates acababa de publicar sobre el cambio climático, el cual estaba alcanzando el primer puesto en las listas de más vendidos y advertía sobre unas respuestas ante la crisis climática que a mí me parecen fundamentales, como la regulación de los contaminadores y la devolución de las redes eléctricas al dominio público para acelerar la transición a las energías renovables. Escribí algunas notas sobre la interferencia de Gates en las políticas sanitarias relacionadas con el covid, sobre cómo había demostrado un sesgo hacia la protección de los beneficios corporativos en detrimento de la seguridad de los humanos, y sobre que no deberíamos permitir que hiciese lo mismo con las medidas climáticas. Pero entonces recordé que cualquier cosa que escribiese sobre Gates seguramente añadiría leña al fuego del problema que tenía con la Otra Naomi. Teniendo en cuenta la velocidad a la que se pasaba por encima de las cosas en la era de internet, ¿no se mezclaría y se enmarañaría todo y terminaría sonando como una conspiranoia única y monumental? ¿No confundiría todavía más a los algoritmos que ahora moldean nuestra vida, llevando así a que el autocorrector propusiera mi nombre a más personas cuando en realidad era a ella a quien buscaban? ¿Empezaría Twitter a suprimir mi contenido? ¿Lo estaba haciendo ya? Me detuve en seco a medio

artículo.

Mientras yo me quedaba sin palabras, Wolf seguía hablando. Y escribiendo. Ocupando el espacio que habríamos ocupado ella, yo y unas cuantas Naomis más.

Los libros y las películas sobre *doppelgangers* que ahora ocupaban mis noches me dejaron asombrada ante la frecuencia con la que se daba este fenómeno: al final, el doble sustituye al original, a base de pura energía y tenacidad, mientras que el original se desvanece, o peor. La novela de Dostoyevski *El doble* termina con Goliadkin, el atormentado protagonista, internado en un frenopático, enloquecido por culpa de la duplicidad de su impostor.

¿Era ese mi destino, terminar en una camilla? ¿Debía empezar a gritar más alto para que no se me privara de mi propia identidad? Quizá. Para demostrar a los demás —y a mí misma— que sí, que existo, tenía que dar a la máquina contenido fresco: perspectivas nuevas, una rabia nueva, una profundidad nueva. Pero me sentía totalmente incapaz de hacerlo, incapaz de hacer el trabajo de mantenimiento de la identidad básico que llevaba haciendo toda mi vida adulta y que exige la economía de la atención. Ahora que había desarrollado el hábito extracorpóreo de observar cómo mi *doppelganger* me salpicaba, era como si lo único que pudiese hacer fuese observar: observarme a mí, a ella, la confusión. Como una espectadora de mi propia vida. Lo que significaba, atendiendo a mis menciones (que ahora ya eran casi exclusivamente sobre ella), que estaba empezando a desaparecer.

En la adaptación cinematográfica de 2013 de *El doble*, Jesse Eisenberg ofrece una interpretación maravillosa como Simon, el anodino burócrata al que un doble ostentoso y sin escrúpulos, también interpretado por Eisenberg, le roba la identidad y le destroza la vida. Hacia el final de la película, con la cara cubierta de sangre por una pelea, Simon mira a cámara y dice: «Quiero creer que soy bastante único».

A todos nos gustaría creer que somos únicos, ¿no? El problema es que somos muchísimos los que intentamos ser únicos, utilizando las mismas herramientas preprogramadas, escribiendo con los mismos tipos de letra, respondiendo a las mismas preguntas. No me extraña que el momento en que Eisenberg pronuncia esas palabras se haya convertido en un meme viral que circula por las mismas plataformas

en las que todos competimos por ser únicos, por ser auténticos, y, en el caso de algunos, por demostrar en estos tiempos tan surrealistas que de verdad seguimos siendo nosotros.

El libro de Naomi

Una noche, mientras hacía *doomscrolling*, se me ocurrió que podría haber evitado todos mis problemas con mi doble si hubiese cumplido mi amenaza adolescente de cambiarme el nombre legalmente. En la comunidad judía de Montreal, donde crecí, casi todo el mundo pronunciaba mi nombre «Nai-o-mi», lo que a mí me sonaba deprimente, como un quejido. No importaba cuántas veces me presentase como «Nei-o-mi», que siempre me volvía con el zumbido de «Naaaai-o-mi».

«Me pusisteis un nombre que tiene un quejido integrado», me quejé a mi madre a los dieciséis años.

Estábamos en el jardín a principios de primavera y la mierda de perro del invierno hacía poco que se había derretido y mezclado en una repulsiva sopa de hierba muerta. Mamá-mamá, la madre de mi madre, dormitaba en una tumbona. Para entonces, ya tenía la mente nublada por un alzhéimer avanzado, otra de las formas en que los humanos perdemos el control de nuestras cuidadas identidades.

«En cuanto cumpla los dieciocho, me lo cambio», amenacé.

«Te pusimos el nombre por Nathan», respondió mi madre con mucha paciencia. Mamá-mamá, al oír el nombre de su marido, fallecido ya hacía mucho, se revolvió ligeramente. Nate, el abuelo materno al que nunca conocí, había muerto de un ataque de corazón inesperado un año antes de mi nacimiento.

Insistí. «Sí, pero ¿por qué no *Natalie*? Tiene las mismas tres primeras letras que *Nathan*. *Naomi* solo tiene dos. O ¿por qué no *Natalia*? Ese es todavía mejor. O *Natasha*. O *Nadia*. Me lo voy a cambiar por *Nadia*.»

Sin que ella lo supiera, ya había empezado a probar cómo me quedaba *Nadia* con los universitarios cuando iba de bares, gracias a la conocida actitud relajada de Quebec ante el consumo de alcohol antes de la mayoría de edad. *Nadia* tenía un rollo sexi de Europa del Este y parecía sacado de una de las tórridas novelas de Milan Kundera, mi

autor favorito cuando era adolescente. Además, estábamos en la década de 1980 y Nadia Comăneci era la reina de las gimnastas, con su cuerpo pequeño y esbelto, sus puntuaciones perfectas de diez en los Juegos Olímpicos de Moscú y los rumores de una deserción inminente del bloque soviético. Pero *Natalie* también me parecía bien. Me parecía un nombre alegre, libre de quejidos, el tipo de nombre corriente que se podía encontrar en los collares que colgaban de los expositores en las tiendas de recuerdos de carretera, al lado de los caramelos. Por muchas veces que girara esos expositores chirriantes, nunca jamás encontré uno de *Naomi*.

Pero *Natalie* no era lo suficientemente judío para mi madre, quien había crecido en un hogar *kósher* en Filadelfia y había ido al seminario con la esperanza lejana, a pesar de que su género la descalificara, de convertirse en rabino. Y aun así, no se sabe cómo, a finales de los sesenta se encontró embarazada, casada y formando parte de una familia de comunistas que no podían estar más de acuerdo con Karl Marx en que la religión era el opio del pueblo, que distraía a la clase obrera y la anestesiaba ante las injusticias de la vida bajo el capitalismo. Cuando mi padre, médico, desertó del Cuerpo Médico del Ejército de Estados Unidos porque se negó a tener nada que ver con una guerra de Vietnam que consideraba ilegal e inmoral, mis padres terminaron en Montreal. Fue allí donde mi madre buscó un nombre que perteneciese lo suficiente al Antiguo Testamento como para unirnos a ambas a nuestra antigua tribu.

En hebreo, *Naomi* significa «agradable» o «amable», y a veces se traduce como «dulce». Cuando le pregunté hace poco, mi madre creía recordar que significaba «reconfortante», aunque no he encontrado ninguna evidencia de que así sea. Quizá lo recuerde de este modo porque consuelo era precisamente lo que buscaba cuando llevaba a una hija en el vientre mientras lloraba la muerte de su padre en aquella isla helada en la que se hablaba en francés.

En el Antiguo Testamento, mi nombre aparece en el libro de Rut, donde se habla de una madre israelí, Noemí, a quien se le mueren el marido y dos hijos y se queda con sus dos viudas como única familia. Rut, la más entregada de las nueras, se queda con ella y viajan juntas a Belén, la ciudad natal de Noemí. Cuando los vecinos saludan a su vieja amiga por su nombre, ella les dice que ya no le corresponde: ha perdido demasiado y ya no es ni agradable ni amable ni dulce. Les

dice que deberían llamarla *Mara*, que significa «amargura»: «No me llaméis *Noemí*; llamadme *Mara*, porque el Todopoderoso me ha colmado de amargura».[26]

Cuando iba a tercero de primaria, tenía una mejor amiga que se llamaba Mara y que vivía tres puertas más abajo, y quien, a diferencia de mí, tenía más paciencia que un santo y era capaz de hacer que los caramelos de Halloween le durasen todo el año. Con los carrillos llenos de bolas de caramelo un poco pasados, nos recitábamos aquella frase la una a la otra, sintiendo que santificaba nuestro vínculo como niñas judías en un barrio de protestantes blancos y anglosajones: «No me *yaméish Naomi, yamafme Mara*».

Cuando mi problema con la Otra Naomi ya se me estaba haciendo eterno, de vez en cuando me venía a la cabeza esa frase. «No me llaméis *agradable*», pensaba para mis adentros mientras deslizaba con el dedo aquellos reproches furiosos y memes sarcásticos. «Llamadme *amarga.*»

Pero lo cierto es que, a medida que se alargaba aquel período de visión doble que tan bien reflejaba el caos intelectual e ideológico de la época del covid, me di cuenta de que mi resentimiento estaba cayendo en picado y dejando paso a otras emociones más complejas e inesperadas. Que te confundan de forma crónica con otra persona puede ser humillante, pero también es otras muchas cosas. También es una experiencia extrañamente íntima. Los límites entre tú y tu *alter-tú* empiezan a ceder, a volverse muy finos, incluso diáfanos. Sus problemas son tus problemas, su vergüenza es tu vergüenza. Un *doppelganger* es tu huella, tu sombra. Un poco como en la historia bíblica de la que procede nuestro nombre, en la que Rut le dice a Noemí: «Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas».[27] Quizá por eso, en lugar de que la confusión me provocase amargura o rabia, mi interés no hacía más que crecer.

Un interés que se centraba, mientras el mundo seguía enrareciéndose, en el significado de todo esto, así como en las razones que la llevaban a hacer lo que hacía, y en lo que haría a continuación.

Capítulo 3
Mi marca hace aguas (o el caso «Call Me by Your Name»)

Hay formas más sencillas de describir lo que hasta ahora he estado apuntando, y seguramente debería abordarlas directamente antes de seguir adelante. Dan Hon, un prestigioso consultor de estrategia digital, tuiteó que las acciones de Wolf lo habían confundido sobremanera porque me las había estado atribuyendo a mí desde el principio. Tal como él lo veía, el problema era evidente: «Naomi Klein debería interponer una denuncia por dilución de una marca registrada y perjuicio a una imagen de marca».[1] En resumen, según Hon, mi marca estaba en crisis.

Busqué la definición actual de «dilución de marca» en una página muy conocida de marketing y encontré que este tipo de perjuicio responde a tres motivos principales:

1. «Extender en exceso la capacidad»[2] (por ejemplo, un restaurante que abre muchas franquicias muy rápidamente y con ello pierde el control sobre la calidad).
2. «Introducir servicios o productos incongruentes» (como cuando Colgate se metió a hacer platos congelados y descubrió que la gente no quería comerse una lasaña del mismo fabricante que su pasta de dientes).
3. «Perder control de la marca» (como, ostras, no sé… que en medio de una pandemia mortal se te atribuyan las palabras y las acciones de una apologista de teorías conspiranoicas a quien varias plataformas no paran de suspenderle las cuentas).

En el momento en que Hon ofreció su consejo de forma gratuita, el concepto de la dilución de marca acaparaba titulares porque Nike había anunciado que denunciaría a Lil Nas X y al colectivo artístico MSCHF por haber cometido dicha transgresión. Sin la aprobación del

gigante deportivo, los artistas, que se las sabían todas en cuestiones de publicidad, habían cogido 666 pares de zapatillas deportivas Nike Air Max 97, habían introducido gotas de sangre humana en las suelas, les habían cambiado el nombre a «Satan Shoes» («zapatillas de Satán») y las vendían a 1.018 dólares el par. Formaba parte del lanzamiento promocional del exitoso sencillo de Lil Nas, «Montero (Call Me by Your Name)», en cuyo vídeo aparecía el cantante haciéndole un baile privado al diablo. Nike decía que las Satan Shoes «podían causar confusión y dilución»[3] para su marca, dado que los consumidores entenderían que la marca tenía algo que ver con las zapatillas modificadas. La denuncia le fue de maravilla a Lil Nas, ya que generó un montón de publicidad gratis, y Nike enseguida llegó a un acuerdo. (Mientras escribo esto, me estoy dando cuenta de que esta es una analogía malísima para mi situación: a mí me pinta como a una multinacional gigantesca y litigiosa, y a la Otra Naomi la deja como a Lil Nas X, que es un genio.)

En cualquier caso, a Hon no le faltaba razón. Mis problemas con mi *doppelganger* eran la prueba definitiva de que había fracasado en una de las actividades más valoradas del capitalismo actual: desarrollar, mantener y defender mi marca personal. Tal como afirma cualquier experto de marca, una marca es una promesa de coherencia y fiabilidad. Y estaba claro que mi marca había sido diluida y degradada. ¿Cómo si no iban tantas personas a confundirme con alguien que no parece saber diferenciar una serie de medidas de salud pública temporales de un golpe de Estado?

Si se había diluido mi marca, era lógico pensar que tenía que centrarme de inmediato en convertirme en una marca mejor y más reconocible y defender sus confines con uñas y dientes ante posibles infractores. Sin embargo, este plan tenía un defecto evidente: tengo una relación sumamente complicada con la idea de que los humanos se comporten como marcas corporativas. Mi primer libro, *No Logo*, era un tratado contra la creciente incursión de las marcas en nuestro estilo de vida y contra la idea, entre otras, de que los individuos debían definirse y venderse como si fuesen mercancía. No había nada menos coherente con mi marca que tratar a Wolf como un problema de marca.

A finales de los noventa, mientras investigaba y escribía *No Logo*, empezaron a oírse los primeros murmullos sobre que las marcas

personales eran algo a lo que todos, incluso los que no éramos famosos, debíamos aspirar. En el libro exploré la idea nueva y polémica de que la inseguridad que todos sentíamos acerca de la rápida desaparición de empleos estables podría resolverse si hacíamos como Michael Jordan y Oprah y nos convertíamos en marcas. El gurú de los negocios Tom Peters definió las nuevas reglas del juego en un reportaje de 1997 que apareció en la portada de *Fast Company* con el título de «La marca que lleva tu nombre»:

> Independientemente de la edad que tengamos, de nuestro puesto, del negocio al que nos dediquemos, todos debemos entender la importancia de la marca. Somos los directores ejecutivos de nuestras propias empresas: Yo, S. A. Hoy, en el mundo laboral, la responsabilidad más importante que tenemos es la de actuar como el director de marketing de una marca llamada Tú [...]. La —muy buena— noticia es que todo el mundo tiene la oportunidad de destacar [...]. Empieza definiendo las cualidades o las características que te diferencien de tus competidores o de tus compañeros. ¿Qué has hecho últimamente —esta semana— para sobresalir?[4]

Curiosamente, en aquel momento Peters fue objeto de duras burlas por sus palabras; la revista llegó incluso a publicar un *mea culpa*[5] en el que renegaba del artículo y de su visión distópica de un mundo en el que los compañeros de oficina compiten entre ellos para ganar reconocimiento de marca. ¿Acaso no sería insufrible? ¿No supondría el fin del compañerismo? También había un problema práctico: una cosa era que las celebridades y los emprendedores de fama mundial, como Jordan, Oprah y Richard Branson, se posicionasen como marcas propias, y otra muy distinta era que lo hiciese un universitario o un mando intermedio o un trabajador al que habían despedido de una fábrica. Peters había escrito que ahora las personas teníamos las mismas necesidades de visibilidad que las grandes corporaciones, las cuales podían permitirse «el surtido completo de anuncios de televisión e impresos diseñados para lograr miles de millones de "impresiones" [...]. Cuando tu marca eres tú, tienes la misma necesidad de visibilidad, pero no cuentas con el presupuesto para costearla».[6]

Precisamente: las personas normales no tienen presupuestos para publicidad, y por eso nuestros cerebros de los noventa consideraron aquel concepto tan ridículo. Cabe recordar que todo esto era mucho antes de Facebook, por no hablar de TikTok o Substack. Ni siquiera teníamos programas de telerrealidad que pudiesen sacar del

anonimato a aspirantes a famosos. En pocas palabras, la idea de la marca personal empezó como una treta, a todas luces un paliativo que ofrecían las empresas y sus consultores de gestión en lugar de empleos reales o de un salario estable, ofuscados por la fiebre de los recortes de costes y la inflación de los precios de las acciones, a su vez inducida por los recortes de plantilla y las subcontrataciones generalizadas.

Cuando publiqué *No Logo*, estas eran algunas de las verdades que mi yo de veintinueve años se imaginaba ofreciendo al mundo, como una bandeja de canapés extraños pero originales en una fiesta. Recién llegada de los talleres de explotación laboral de Nike en Asia, me disponía a contar la verdad sobre las falsas promesas y la cara sórdida de la marca.

Pero, en lugar de eso, en una entrevista tras otra, siempre me preguntaban lo mismo: «¿No es usted una marca?».

Los problemas de una marca antimarcas

En los primeros días de mi carrera como autora, cuando los periodistas me acusaban de ser una marca, insistía en que no era así. Decía, chorreando desdén: «Soy autora, no una marca. Yo no soy el producto. Mi cometido es comunicar ideas, y esas ideas están en el libro. Lea el libro». Señalaba que no tenía productos accesorios, ni extensiones de la marca, ni camisetas ni bolsas de tela; no vendía otra cosa que no fuese un libro. Antes de mí hubo otros autores que habían vendido muchos ejemplares; ¿por qué no los acusaban a ellos de ser marcas?

Pero lo cierto es que mis palabras no eran más que un montón de patrañas, porque había cuidado mucho el diseño y el posicionamiento de *No Logo*. Después de pasar años estudiando las estrategias de marca corporativas más efectivas, quería que mi primer libro dominase el mismo lenguaje. No sé cómo logré convencer a uno de los mejores diseñadores gráficos del mundo, Bruce Mau, para que me hiciera el diseño mucho antes de tener editorial. La portada era elegante y totalmente negra —algo que entonces era chocante— y el propio título era un logotipo rojo, blanco y negro que se volvió icónico al instante. Me aseguré de que mis editores no tratasen de sacarle

provecho vendiendo productos relacionados, pero sí pagué de mi propio bolsillo los descosedores que regalamos en la presentación para que los lectores pudiesen quitar los logotipos de sus pertenencias (yo todavía utilizo el mío, sobre todo para evitar que mi hijo se arañe el cuello con las etiquetas).

El teórico cultural británico Stuart Hall había descrito a la izquierda durante la época de Margaret Thatcher como «de un anacronismo histórico»;[7] una década después, la politóloga estadounidense Wendy Brown hablaba de una izquierda «atrapada en una estructura de apego melancólico a una variante concreta de su propio pasado, ya muerto, cuyo espíritu es espectral, cuya estructura de deseo es retrógrada y estricta».[8] Como hija de padres radicales de los sesenta, crecí en esa cultura espectral, y no quería que mi trabajo se uniera a las filas de los libros polvorientos de la izquierda. Quería enfundar mi *No Logo* en las lustrosas ropas del capitalismo.

Toda la atención que le había prestado al envoltorio y al estilo del libro —me decía a mí misma— era un guiño, o mejor aún, un jaqueo del mundo de las marcas corporativas. Pero es que, además, funcionó: se vendieron más de un millón de ejemplares de *No Logo*, mucho más de lo que jamás habría podido imaginar. Y a lo largo de una gira literaria que duró dos años sin parar, jugué constantemente con la idea de ser una marca antimarcas. Mi imagen era sencilla pero coherente: pantalón negro, camiseta, chaqueta vaquera. Básicamente, porque así era más fácil hacer la maleta. Me fabriqué un logo de *No Logo* y lo pegué con cinta adhesiva en mi botella de agua. Durante mis conferencias, daba un trago y bromeaba fríamente: «No entiendo por qué la prensa no para de decir que soy una marca».

Aquel teatro tenía algo de hipócrita, ahora lo veo. Quería las dos caras de la moneda: ser la chica del *No Logo* (la cara de un movimiento anticapitalista en ciernes) y negar que tuviese el más mínimo interés en construir una marca. Ser la única que estaba limpia en un negocio sucio. ¿Y no es eso lo que tantos queremos al intentar ganar la partida de la marca personal? ¿O, al menos, que no nos chirríe? Cultivamos con mucho cuidado unos personajes en internet —esos dobles de nuestro yo «real»— que encarnen el equilibrio perfecto entre la sinceridad y el desencanto con el mundo. Pulimos unas voces irónicas y distanciadas que no suenen demasiado promocionales pero que, aun así, nos promocionen. Acudimos a las redes sociales para

mejorar nuestros números al tiempo que nos quejamos de lo mucho que detestamos esas «páginas del demonio».

El numerito antimarca de *No Logo* se me fue rápidamente de las manos, y entonces descubrí que hay que andar con pies de plomo. Cuando la larga década de los noventa tocaba a su lento fin y el sentimiento anticorporativo empezaba a arraigar, tuve que admitir que mi libro se había convertido en una especie de significante, un objeto o accesorio que llevar como complemento, no para leerlo. Los estudiantes de publicidad lo compraban en masa: algunos para dejar entrever que en el fondo eran revolucionarios, y todos para coger ideas para campañas futuras.

Uno de mis editores había tratado de convencerme de que registrara el título, aunque fuese solo para evitar que algún tercero se beneficiase a su costa. Cargada de santurronería, me negué: menuda burla sería de todo lo que había escrito acerca de cómo se estaba tapiando la cultura tras los agresivos muros de las leyes de propiedad intelectual. Pero acabó pasando, y en menos de un año, alguien había registrado la marca y estaba usando su versión falsificada del logo de *No Logo* para vender polos de golf en Florida. Una tienda de productos *gourmet* italiana había empezado a fabricar aceite de oliva *No Logo* y otros productos diversos con la imagen del libro. En el Reino Unido apareció una cerveza artesana de *No Logo*. En Ginebra, en Suiza, abrió un restaurante ligeramente cutre bajo el nombre de *No Logo* (me tomé un café allí y me presenté al dueño, quien puso cara de pánico y se fue corriendo a la cocina).

Para entonces, cuando los periodistas me preguntaban si me había convertido en una marca, fingir inocencia ya no tenía ningún tipo de credibilidad. Sin embargo, sí expresaba con mayor claridad por qué me incomodaba ser una marca. Las buenas marcas son inmunes a la transformación de su esencia. Reconocer que me había convertido en una a los treinta años habría significado el fin del que consideraba mi derecho a cambiar, a evolucionar y, con un poco de suerte, a mejorar. Me habría anclado a seguir encarnando aquella versión concreta de mí misma para siempre.

Mi postura se debía en parte al idealismo juvenil. Los dictados de lo que implica construir una buena imagen de marca me parecían la antítesis de lo que supone ser una buena periodista, por no hablar de una analista política con criterio. Estos últimos dependen del

compromiso tácito de seguir la investigación adonde los lleve, incluso si resulta ser un lugar muy distinto del que se esperaba inicialmente. Los analistas respetados deben estar abiertos a que sus descubrimientos los cambien. Como marca, tu objetivo es todo lo contrario: debes seguir representando tu identidad de marca —tu «promesa»—, sin importar lo que el mundo te ponga por delante. Construir una marca de forma efectiva requiere disciplina y repetición. Debes saber exactamente adónde vas en todo momento; lo que, básicamente, significa moverse en círculos concéntricos.

No Logo me convirtió en una marca, y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Pero pensé que todavía me quedaba una buena carta en la manga, es decir, convertirme en una marca mal gestionada que rompiese todas las reglas contra la dilución y la sobreextensión de las marcas. (Supongo que esta es mi versión del precepto de «destruir la caja» de Leonard Wolf.) En la práctica, eso supuso dejar que las falsificaciones camparan a sus anchas y dejar a un lado lo que me había dado una fama fugaz: hablar y escribir sobre las marcas y la publicidad. Rechacé varias ofertas para hacer el papel de activista antimarcas conocida en campañas publicitarias, incluida una un poco extraña del diseñador Helmut Lang. En un momento dado, *Vogue* me pidió que acompañase al autor de un reportaje en un recorrido por varias tiendas de lujo donde se me animaría a criticar las preciosas prendas por sus crímenes laborales y ambientales. El título que proponían era: «De compras con el enemigo».

«¿Y el enemigo quién es, vosotros o yo?», pregunté.

Se hizo el silencio.

«Tú.»

Esa oferta también la rechacé.

En lugar de interpretar esas distintas versiones de mí misma como portavoz de *No Logo*, me puse a trabajar en mi próximo libro, el cual me llevó cinco años y se publicó siete años después de *No Logo*, toda una eternidad según los tiempos del mercado. También trataba una temática totalmente distinta: el nacimiento de la hegemonía económica liberal de la mano de la explotación sistemática de *shocks* a gran escala. En *La doctrina del shock* no había ni una sola palabra sobre la publicidad. Era un libro sobre historia y economía política con el que sabía que perdería a muchas de las personas que habían utilizado *No Logo* como complemento. Mi siguiente libro, también

diferente de los anteriores, trató sobre el cambio climático.

En mis saltos de una temática a otra, seguía un hilo conductor claro: todos hablaban de los estragos que provocaban las crecientes lógicas del mercado y el poder corporativo, cuya zona de detonación era cada vez mayor. Vista desde la perspectiva de la articulación de un movimiento, aquella trayectoria tenía sentido, ya que todo movimiento que quiera crecer debe abarcar distintos silos y llegar a un público que no incluya solo a sus adeptos. Pero, desde la perspectiva de marca (o incluso, de hecho, desde la perspectiva de las secciones de las librerías), mis libros estaban desperdigados, ya que pasaban de la publicidad al militarismo y de ahí al cambio climático. Había alcanzado el objetivo de asesinar mi propia marca, o eso me decía a mí misma.

Ahora que he vuelto la vista atrás, a la encrucijada que me obligó a elegir entre seguir los dictados de ser una autora con curiosidad o ser una marca bien gestionada, me he dado cuenta de que, en gran medida, otros tomaron esa decisión por mí. Si hubiese dicho que sí a irme de compras con *Vogue* (y a los discursos en empresas y a las campañas publicitarias), el movimiento al que pertenecía me habría hecho pedazos. Y con razón. Estoy hablando de una década antes de que se normalizase el concepto de la marca personal, cuando aún llamábamos «arribistas» y «vendidos» a los que trataban de lucrarse a costa de los movimientos de masas. Por eso no me costó demasiado trabajo tomar la decisión. Sencillamente, no quería perder a todos mis amigos.

Lo que en su momento no vi fue que *No Logo* salió justo en la cúspide de un mundo nuevo. Lo escribí en un ordenador Macintosh Plus grandote y rectangular que accedía a internet a través de un módem que iba conectado a mi línea telefónica. Para cuando se publicó el libro, en enero del año 2000, ya tenía una conexión de alta velocidad y podía ver cómo subían las ventas de mi libro en tiempo real en Amazon, una página que todos sabíamos que destruiría el sector editorial pero que no podía dejar de consultar obsesivamente, una dosis temprana de lo que sería el poder adictivo de los sistemas de crédito de las redes sociales basados en los «me gusta», las visualizaciones y los seguidores.

También se hizo patente que muchos nos equivocamos de medio a medio al pensar que era imposible que las personas corrientes se

convirtiesen en marcas. Diez años después del desacreditado artículo de Peters, el iPhone salió al mercado, y al poco tiempo teníamos Facebook, Twitter y YouTube en la mano. De pronto todos los usuarios de esas plataformas tenían las herramientas para fabricar su propia marca personal —excéntrico, glamuroso, moderno, empollón, revolucionario— y proyectarla mucho más allá de sus propios círculos, todo a cambio del irrisorio precio de la tecnología de consumo y algunos accesorios escogidos con cuidado. La era de los *influencers* había comenzado.

Toronto, la ciudad en la que vivía en aquel entonces, parecía especialmente diestra en producir esta nueva variedad de celebridades salidas de internet. En nuestros extensos suburbios había adolescentes y adultos jóvenes con talento, muchos de ellos de familias inmigrantes, que colocaban sus cámaras en sus habitaciones y escribían, hacían el tonto, cantaban, cosían, se pintaban las uñas y jugaban a videojuegos, sorteando por el camino a los guardianes de la fama que unos años atrás seguro se habrían interpuesto en su camino. Algunos, como la cómica de Toronto Lilly Singh, pasaron de estar en YouTube a formar parte del estrellato internacional. Otros brillaron con fuerza y luego parecieron desaparecer, incapaces de seguir el ritmo de las exigencias de contenido nuevo de los algoritmos, que cambiaban constantemente, o de los insultos que traía consigo una exposición personal tan intensa y continua como aquella. Eso sí, una cosa quedó clara: todos los que no eran famosos (al menos, no de momento), que no contaban con ningún tipo de presupuesto para promocionarse y cuyas familias no solían tener contactos, podían aplicar los principios de la publicidad corporativa a su persona, y más de uno y más de dos terminarían ganando la lotería de la marca personal.

Dobles digitales

Hace ya unos años que doy un curso universitario llamado «El yo corporativo», en el que mis alumnos y yo exploramos, entre otras cosas, la historia y los impactos de la marca personal. En un ejercicio de clase, les pido a los alumnos, la mayoría de los cuales tienen veintipocos años, que piensen en la primera vez que recuerdan haber

entrado en contacto con el concepto de ser una marca. La mayoría dicen que sucedió en secundaria, cuando los empujaron a que hicieran ciertas actividades extraescolares porque en el futuro «causarían una buena impresión» a un público amorfo. Otros recuerdan los sermones severos de sus padres sobre los peligros de las publicaciones incautas en las redes sociales: todo lo que publiques ahora, les decían, luego lo verán los responsables de admisiones de las universidades y las empresas en las que quieras trabajar, así que cuida tu imagen y preséntate según lo que sus ojos imaginarios querrían ver. Alice Marwick, en su libro *Status Update* [*Actualización del estado*], se refiere a esto como «La identidad apta para el trabajo»,[9] y algunos alumnos han sido entrenados para que cultiven esta identidad mucho antes de tener la menor idea de para qué tipo de trabajo quieren ser «aptos».

Los alumnos siempre apuntan al proceso de escribir las redacciones para la admisión en las universidades como el momento decisivo en el que su sentido del yo privado quedó enterrado bajo el imperativo de crear una identidad consumible y de cara al público. Tenían que escribir siguiendo temas propuestos como «Algunos alumnos cuentan con un origen, una identidad, un interés o un talento tan importantes para ellos que creen que su solicitud estaría incompleta sin hablar de ello. Si a ti también te ocurre, aquí puedes escribir tu historia», o «Lo que aprendemos de los obstáculos a los que nos enfrentamos puede ser fundamental para alcanzar el éxito en un futuro. Explica una vez que te enfrentaras a una dificultad, a un contratiempo o a un fracaso. ¿Cómo te afectó y qué te aportó esa experiencia?».

Puede que estas preguntas parezcan benignas, pero muchos alumnos afirman que a través de esos ejercicios de redacción en los que se jugaban tanto aprendieron a contar historias sobre su corta vida que tenían menos que ver con el conocimiento que realmente tenían que con satisfacer las necesidades y los requisitos imaginados de un público compuesto de desconocidos respecto de ciertos tipos de identidades. Muchos asintieron cuando un alumno describió el proceso como «empaquetar tus traumas y convertirlos en una mercancía consumible». No es que los traumas sobre los que escribieron fuesen falsos, sino que el proceso les exigía que etiquetaran unas vivencias difíciles de formas concretas para que resultasen vendibles, y que las convirtiesen en algo fijo, comercializable y potencialmente rentable

(ya que las propias universidades se venden a sí mismas como el primer paso obligatorio para tener una carrera lucrativa). Se estaba creando una separación entre esos jóvenes y lo que supuestamente debían ser para alcanzar el éxito.

Venderse a uno mismo constituye otro tipo de duplicidad, la versión interna de un *doppelganger*.

Y, claro está, para estos alumnos, la duplicidad que exige la marca personal no cesó una vez que entraron en la universidad. Uno de ellos, exiliado de la facultad de Empresariales, explicó que uno de los primeros ejercicios que tuvo que hacer consistía en desarrollar un discurso de venta de treinta segundos sobre sí mismo. Explicó al resto de la clase que, mientras se reducía a una lista de sus cualidades más vendibles, «sentí cómo se me salía el alma del cuerpo». Todos parecían identificarse con él; estábamos en los primeros días de las clases por Zoom, y llenaron las cajitas de emojis de corazones.

La invocación del alma es interesante, ya que nos recuerda que no es la primera generación que se moldea ante un ojo omnisciente. ¿Qué es un Dios que todo lo ve, capaz de conocer nuestros sentimientos e intenciones, si no la herramienta de vigilancia más efectiva jamás inventada? La genialidad de este tipo de religión está en la forma en que seduce a los creyentes para que actúen con pureza en esta vida y puedan así gozar de sus recompensas tras la muerte. Y a diferencia del estado de la vigilancia de hoy —el cual solo sabe lo que escribimos, lo que decimos y lo que hacemos—, los dioses monoteístas también afirman conocer nuestras intenciones.

El psicoanalista austríaco Otto Rank, quien colaboró estrechamente con Freud antes de romper con él, veía el alma —la parte de la persona que se creía que vivía más allá del cuerpo tras morir— como el *doppelganger* definitivo, el más íntimo de los dobles. La elección de creer en el alma, escribía, era «el deseo de defenderse contra la temida destrucción eterna».[10] Freud estaba de acuerdo: «El doble era originalmente un seguro contra la extinción del yo […] "un enérgico rechazo del poder de la muerte", y parece probable que el alma "inmortal" fuese el primer doble del cuerpo».[11]

Igual que ocurre con los dobles que interpretamos en el éter digital, todo esto tiene un deje amenazante porque, como apunta Freud, nos recuerda que no siempre estaremos vivos. Así, el alma «se convierte en una siniestra precursora de la muerte».[12] Según la

cosmología, una vida mal vivida puede llevar a tu doble incorpóreo a arder en el infierno durante toda la eternidad o a terminar reencarnándose en una cucaracha. Teniendo en cuenta lo mucho que nos jugamos con este tipo de duplicidad, según Freud y Rank, a menudo viene acompañada de la creación de otro tipo de doble —un gemelo perverso o un lado abyecto— en el que proyectar todos nuestros pecados y errores. Esos dobles que se quedan con nuestros pecados para que podamos permanecer puros son los monstruos de los libros y las películas sobre *doppelgangers*: son el yo proyectado al que el protagonista termina apuñalando sin saber que, al hacerlo, se está asesinando a sí mismo. Estos dobles son el yo indeseado del que nos hemos liberado porque hemos hecho un pacto con el diablo, y que ahora busca venganza.

Una marca mal gestionada tiene unas consecuencias mucho menos fatales que la mala gestión del alma, pero, por otro lado, las consecuencias se dan en esta vida, no en la siguiente. En las conversaciones que tenemos en clase, tratamos de desentrañar precisamente cómo la lógica de la marca personal moldea la existencia de eso a lo que llamamos el yo. ¿Qué significa para los jóvenes crecer sabiendo que cada foto improvisada, cada vídeo, cada observación que publiquen en la nube digital, será lo que, cuando tengan unos años más, les impida conseguir un trabajo, o entrar en una universidad, o que les den el visto bueno como inquilinos? Y a la inversa: ¿qué significa que esas mismas publicaciones —probarse un conjunto bonito, bailar solos en su habitación— también pueden ser el billete a la fama y a la riqueza de ser *influencer*? Teniendo en cuenta todo lo que está en juego, ¿qué es lo que hacen y qué no se atreven siquiera a probar? ¿Y qué le pasa a su yo abyecto mientras están ocupados interpretando el papel del yo perfecto? ¿Qué gemelos perversos se crean en esta separación?

Es posible que mis alumnos no tengan un doble de carne y hueso que siembre el caos en su vida, como parece que yo sí tengo con la Otra Naomi. Pero, aun así, han crecido siendo muy conscientes de que tienen un doble externalizado: un doble digital, una identidad idealizada separada de su yo «real» y que representa el papel que deben interpretar en beneficio de los demás si quieren prosperar. Y al mismo tiempo deben proyectar las partes indeseadas y peligrosas de sí mismos en los demás (la parte incivilizada, problemática, deplorable,

ese «yo no soy ese» que afila los contornos del «yo»). Esta tríada —separación, interpretación, proyección— se está convirtiendo rápidamente en una forma universal de duplicidad y está engendrando una figura que no es exactamente nosotros y que, en cambio, los demás perciben como nosotros. En el mejor de los casos, un *doppelganger* digital puede darnos todo lo que nuestra cultura nos enseña a querer: fama, adulación, riqueza. Pero es una forma frágil de alcanzar lo que deseamos, ya que solo hace falta una foto o una publicación fallidas para que se haga añicos.

Y sumada a todo esto tenemos la posibilidad omnipresente y muy real de que alguien te piratee el correo electrónico o tus redes sociales y descubras, horrorizado, que alguien que a todos los efectos parece ser tú está inundando a tus amigos y compañeros de contenido dañino. Por eso hay una parte de mí que no puede dejar de sentirse mal por mi *doppelganger* cuando se queja, mira tú por dónde, de que «Hay una "Naomirwolf" falsa en Telegram, y esta entidad falsa tiene 38.000 seguidores, ¡y seguramente todos ellos creen que me están siguiendo a mí!».[13] Y no es solo que esta cuenta falsa tenga, según Wolf, «una prosa atroz», sino que además difunde todo tipo de teorías conspiranoicas extravagantes, como una de las favoritas de QAnon que dice que John F. Kennedy hijo, fallecido en un accidente de avión en 1999, en realidad sigue vivo. Wolf tiene su propia teoría conspiranoica sobre esta teoría conspiranoica y afirma que ese «falso yo» es claramente un «ataque» diseñado para desacreditar sus valientes investigaciones y hacer «que parezca una lunática». Wolf escribe que es una situación intolerable, «como tener una *doppelganger* chabacana, descuidada, finolis y de gramática intolerable». Ejem.

El miedo a que nuestros dobles digitales se hagan con el control de nuestra vida y engañen a nuestro entorno también es el tema de *Cam*, una infravalorada película de Netflix dirigida por Isa Mazzei en 2018. Cuenta la historia de una trabajadora sexual por internet que no puede entrar en su cuenta de *cam girl* y se enfrenta a lo peor que puede pasarle a uno en la era de la identidad monetizada: ver cómo alguien idéntica a ella le roba los fans, los seguidores, los beneficios, su vida, y, como en tantas otras historias de *doppelganger*, se le da mucho mejor ser ella que a ella misma.

Esta fantasía se está convirtiendo en realidad a gran velocidad. A finales de 2022, las redes sociales estaban inundadas de versiones

iridiscentes, arregladas y adelgazadas de nuestros amigos, familiares y conocidos de internet que habían sucumbido a la fiebre del «avatar mágico». Habían subido diez fotos suyas a la aplicación Lensa y, a cambio de proporcionar esos valiosos datos, habían recibido una versión de sí mismos en forma de avatar: más elegante, como hecha con efectos especiales (y, a menudo, más blanca y más abiertamente sexualizada que las fotos en las que se habían basado las simulaciones). Aunque sentía punzadas de deseo de crear una imagen más falsa y hermosa de mí misma, también me quedé pensando en qué consecuencias indeseadas tendría. A aquellos que habían participado en ese ejercicio de duplicidad supuestamente divertido, ¿les estaría pasando que al verse en un espejo normal o en una foto sin modificar los invadiera una especie de sensación de traición? ¿Destruiría su yo artificial la autoestima de su yo real? Muchos también apuntaron a que las consecuencias podrían ser aún más negativas: alguien podría fingir ser tú, subir tus fotos, incluidas las que nunca quisiste compartir, y crear su propio *doppelganger* personal para explotarlo, ya sea sexualmente o de otras formas.

Las historias de *doppelgangers* suelen incluir reflexiones o proyecciones que rompen con su forma original y cobran una vida propia y peligrosa. En «La sombra», el cuento de 1847 de Hans Christian Andersen, la sombra de un hombre cobra vida y primero lo aparta y luego lo sustituye. En la película de terror muda de 1913 *El estudiante de Praga*, un estudiante pobre vende su reflejo para subir de clase social, pero al final su reflejo acaba destruyéndolo. Esta advertencia aparece una y otra vez en los libros y películas sobre *doppelgangers*: cuídate de enamorarte de tu propia proyección, porque bien podría reemplazarte.

Es interesante ver que una persona que vive muy despreocupada ante la posibilidad de que nuestros dobles digitales nos quiten el sitio es Stephen K. Bannon, antiguo jefe de campaña y responsable de estrategia de Trump y actual propagandista a tiempo completo de movimientos autoritarios y neofascistas que van desde Italia hasta Brasil. En la década de los 2000, mucho antes de los tiempos de Trump, trabajó en una empresa llamada Affinity Media (previamente llamada Internet Gaming Entertainment) en Hong Kong e hizo un curso exprés en el campo de los videojuegos multijugador. Le dijo al documentalista Errol Morris que lo impresionó mucho ver que, a los

jugadores, aquellos juegos les parecían más reales que la vida misma. Y que los dobles digitales que se habían creado en internet —sus avatares— parecían más reales que sus versiones reales y corpóreas. A modo de ejemplo, habló de un hipotético «Dave de Contabilidad» que lleva una vida insulsa y corriente pero que, en cuanto llega a casa y enciende la consola, se convierte en «Ajax», un cazador de demonios que lleva pistola. «¿Quién es más real —preguntaba Bannon—, Dave o Ajax?»[14] Podría pensarse que Dave, pero Bannon lo veía de otra forma.

«La gente adopta estas identidades digitales que son una versión más perfeccionada de sí mismos y que les permiten controlar cosas de una forma digital que no pueden controlar en el mundo analógico», dijo de los jugadores de videojuegos.[15] Por eso, explicaba, Dave debía dar un paso atrás y dejar que Ajax tomara el control. «Quiero que el Dave de Contabilidad sea Ajax en su vida», le dijo Bannon a la periodista de *The Atlantic* Jennifer Senior.[16] Ella observó, acertadamente, que «Eso es precisamente lo que ocurrió el 6 de enero. Las hordas de personas furibundas y clamorosas llegaron vestidas como avatares de carne y hueso, haciendo *cosplay* del papel de rebeldes con la cara pintada y envueltos en pieles. Entraron hechos una furia en el Capitolio mientras un ejército enemigo trataba de echarlos a palos [...]. Faltaron un día al trabajo. Y luego mostraron indignación —y una profunda incredulidad— cuando los sacaron de allí. La fantasía y la realidad se habían convertido en la misma cosa».

Es importante destacar que Bannon no parece tener ningún deseo de mejorar la vida de Dave, de ayudarlo a que lleve una vida de la que no tenga la necesidad de evadirse. Su objetivo parece ser convertir la realidad en un juego en el que la munición es de verdad.

Si los planes que Mark Zuckerberg tiene para el «Metaverso» avanzan como él quiere y todos acabamos siendo representados por avatares animados y personalizados ante el banco y nuestras amistades, las cosas se volverán aún más confusas. Ya está pasando. En marzo de 2022, Corea del Sur eligió a Yoon Suk-yeol como presidente. Este político conservador había basado su campaña, en parte, en sembrar en internet una versión ultrafalsa de sí mismo llamada AI Yoon. Esta versión, creada por su gabinete electoral, más joven que él, era más graciosa y encantadora que el Yoon real. *The Wall Street Journal* informó de que, para algunos votantes, el político

falso —cuya falsedad no se escondió— parecía más auténtico y atractivo que el de verdad: «Lee Seong-yoon, estudiante universitario de veintitrés años, pensó que AI Yoon era real la primera vez que vio un vídeo en internet. Ver las intervenciones del señor Yoon en los debates o durante la campaña puede ser aburrido, dijo. Pero ahora consume vídeos de AI Yoon en su tiempo libre y considera que la versión digital del candidato es más agradable y cercana, en parte porque habla como si tuviese su misma edad. Declaró que votaría al señor Yoon».[17] El *doppelganger* digital de Yoon fue una creación de una empresa coreana llamada DeepBrain AI Inc.; John Son, uno de sus ejecutivos, comentó que su trabajo es «algo siniestro, pero la mejor forma de explicarlo es que clonamos a la persona».[18]

Después de que los envejecidos miembros de ABBA se dejasen clonar de una forma parecida, y de que dichos clones digitales empezasen a dar conciertos «en directo» en 2022 para los que se agotaban las entradas, cuesta imaginar un futuro en el que este tipo de farsa animada no sea un pilar de la cultura de masas. «Los mires por donde los mires, estos *doppelgangers* digitales son casi indistinguibles de una persona de verdad»,[19] decía una reseña de un concierto de ABBA publicada en la revista *Variety*, «ya que cada mechón de pelo del estrafalario conjunto setentero se ha replicado con un nivel de detalle que en ocasiones resulta aterrador. Saben moverse, bailan el *jive* e incluso hacen chistes malos sobre parar un momento para cambiarse de ropa, y el público, al borde del delirio durante todo el concierto, se lo pasa como nunca».

Luego tenemos también el creciente campo de la «tecnología del duelo» que aspira a «quitarle el escozor a la muerte»,[20] tal como lo expresaba un titular del *Financial Times* no hace mucho. El artículo explicaba que «Las empresas como HereAfter AI están desarrollando “avatares póstumos” de personas vivas a los que sus seres queridos podrán acudir tras su muerte en busca de consuelo». ¿Hay algo que siempre quisiste decirle a tu padre o a tu madre, pero nunca tuviste la oportunidad o la valentía para hacerlo? Díselo a su avatar de ultratumba.

A los estudiantes a los que doy clase los preocupa adónde nos llevará toda esta duplicidad. Y aun así, casi todos se sienten obligados a participar en la creación de sus propios dobles digitales en las redes sociales (igual que yo). Una alumna contó al grupo que había dejado

Instagram porque la presión de tener que interpretar una versión idealizada de sí misma y la inundación de imágenes de otros que hacían lo mismo le estaban destrozando la salud mental. Pero entonces llegaron las revueltas de 2020 de Black Lives Matter. «Todos mis amigos me dijeron que tenía que volver a Instagram y publicar a favor de BLM —dijo—, o todo el mundo pensaría que soy racista», y todo a pesar de que había estado participando en las protestas de su zona, aunque de una forma más discreta. Volvió a entrar y publicó, pero de mala gana; sabía que algo fallaba en una cultura que valoraba más las representaciones públicas de un yo virtuoso que los gestos solidarios más tangibles y el desarrollo de relaciones.

Estas perspectivas nacen de las experiencias propias de mis alumnos y se acentúan con los textos que leemos, especialmente el trascendental libro que Simone Browne publicó en 2015, *Dark Matters: On the Surveillance of Blackness* [*Materias oscuras. A propósito de la vigilancia de la condición negra*].[21] Browne, profesora de Estudios Africanos y Diáspora Africana en la Universidad de Texas en Austin, encuentra el origen de la imagen de marca moderna en las marcas reales que se les hacían a los africanos durante la época del comercio transatlántico de esclavos. «Es difícil escribir sobre este tema. Unos instrumentos de hierro que formaban unas letras sencillas se convirtieron en herramientas de tortura. Imaginarlo resulta doloroso, ya que los avisos de fugas nos hablan de los cuerpos marcados por el esclavismo y de aquellos que escaparon», observa Browne.[22]

Browne adopta un tono provocativo al calificar aquella brutal forma de marcar a las personas de «tecnología biométrica».[23] Hoy, la identificación biométrica —el uso de una parte permanente del cuerpo con el objetivo de medirnos y seguirnos el rastro— evoca máquinas sofisticadas con luces azules o verdes que nos escanean el rostro, el iris o la yema del dedo. Browne plantea que las marcas físicas cumplieron la misma función para los esclavistas, ya que les permitían seguir el rastro de los cuerpos racializados por medio de un marcador permanente e inmutable: «En el comercio de esclavos transatlántico, el acto de marcar [...] denotaba el poder del esclavismo para crear, marcar y vender a una persona negra como mercancía».[24] El poder de la marca radicaba en su permanencia: estaba diseñada para que persiguiera a la persona esclavizada durante el resto de su vida, como un seguro contra el irreprimible deseo de ser libre. Este proceso

violento y bárbaro, nos dice Browne, era un gesto definitorio con el que los esclavistas trataban de transformar a las personas africanas en lo que el gran teórico anticolonial Frantz Fanon llamó «un objeto entre objetos».[25]

Teniendo en cuenta estos comienzos, la tranquilidad con la que nuestra cultura ha venido a hablar de la idea de que los humanos debemos esforzarnos por ser marcas constituye, en sí misma, una forma violenta de borrar esas experiencias. Muchos creen que, hoy, crearse una imagen de marca es un acto de empoderamiento que asigna al individuo todo el control sobre su propia mercantilización y el poder de cosechar una gran porción de los beneficios. Sin embargo, Browne considera que la mercantilización del yo, especialmente entre la población negra, no puede ni debe separarse de la brutalidad de su pasado, al margen de lo mucho que hayan cambiado el contexto, la agencia y los flujos de los beneficios.

La creación de una marca es un proceso que exige lo que la autora y psicoterapeuta Nancy Colier describe como el imperativo de «relacionarnos con nuestro yo en tercera persona».[26] Puede que el yo mercantilizado sea rico, pero la mercantilización no deja de exigir una separación, una duplicidad interna que es alienante por naturaleza. Estás tú, y luego está la Marca Tú. Por mucho que queramos creer que estos yos se pueden mantener separados, las marcas son entes hambrientos y exigentes, y un yo influye por fuerza en el otro. Teniendo en cuenta que somos una infinidad de personas las que tenemos dobles, todas con separaciones internas e interpretándonos a nosotras mismas, la dificultad de saber qué es real y en qué y en quién podemos confiar aumenta. ¿Cuáles de nuestras opiniones son reales y cuáles son de cara a la galería? ¿Qué amistades parten del afecto y cuáles son colaboraciones entre dos marcas? ¿Qué colaboraciones que deberían darse no ocurren porque las marcas de las respectivas personas compiten entre ellas? ¿Qué no se llega a decir, o a compartir, porque no sería propio de la marca?

Muchos de los alumnos a los que doy clase aspiran a trabajar en los medios de comunicación, donde tanto los modelos de negocio que crecen a mayor velocidad como los que en principio parecen más estables exigen que los creadores del contenido mantengan relaciones comerciales directas con sus lectores, oyentes y espectadores, ya sea a través de YouTube, Patreon, Substack u otras plataformas. No les

queda más remedio que subirse al carro, pero también están preocupados: en una relación comercial, el cliente siempre tiene la razón, y el cliente, en general, quiere más de lo que acaba de recibir. Puedes cambiar algunos detalles de una marca, ramificarla y renovarla, pero, si cambias sus cimientos, tendrás entre manos una crisis de dilución y un montón de clientes contrariados. En ausencia de salarios estables (los cuales se han evaporado en gran medida), ese descontento se puede traducir en una caída directa de los ingresos personales.

En su ensayo *Autosuficiencia*, Ralph Waldo Emerson escribió: «Una consistencia necia es el fantasma de las mentes pequeñas»;[27] en el mismo pasaje, expresaba la preocupación de que las personas se estuviesen quedando estancadas en «una reverencia por un acto o palabra pasados, porque la mirada de los demás no tiene otros datos para computar nuestra órbita que nuestros actos pasados, y somos reacios a decepcionarlos». Datos. Computar. Lo escribió en 1841, pero se parece mucho al grito de angustia de muchos *streamers* de YouTube o Twitch, estancados en la producción mecánica de vídeos casi idénticos prácticamente a diario, no vayan los suscriptores más caprichosos a abandonarlos por uno de los muchos *influencers* que los han copiado y a los que el algoritmo recomienda en la columna que aparece al lado o debajo de sus propios vídeos.

Cuando Lilly Singh anunció que se iba a tomar un descanso de YouTube en 2018, explicó que la plataforma «es una máquina, y a los creadores nos hace creer que tenemos que sacar contenido constantemente, incluso a costa de nuestra propia vida».[28] Una máquina, en otras palabras, que convierte a las personas en máquinas. Y Singh no es ni de lejos la única que ha hablado públicamente de su angustia: existe un nutrido subgénero de vídeos en los que aparecen *influencers* sufriendo crisis nerviosas similares.

Los universitarios a los que doy clase se parten de la risa cuando vemos estas confesiones juntos. Muestran una gran empatía entre ellos, pero cuando se trata del dolor de un *influencer* adinerado, reaccionan con poco más que cinismo, incluso (¿o especialmente?) cuando el *influencer* en cuestión tiene más o menos su misma edad. Meten los vídeos con títulos como «Síndrome del trabajador quemado a los 19» en el mismo saco que los vídeos de disculpa, en los que una estrella de YouTube o de Instagram sobreactúa al mostrar

arrepentimiento después de que la hayan pillado metiendo la pata, como por ejemplo si les han hecho una foto comiendo pescado cuando han construido su marca a base de compartir recetas veganas.

En esos casos, yo cuestiono un poco su postura: ¿por qué debería el hecho de superar cierto número de seguidores excluir la posibilidad de que puedan sentir un dolor auténtico? ¿Por qué tratar todas las emociones que se expresan en internet como una interpretación vacua? Pero siempre terminan atacándome en un todos contra una, y me explican con mucha paciencia que, en el juego de la marca personal de hoy, los *influencers* están metidos en una carrera armamentista de la autenticidad en la que compiten por ver quién logra ser más vulnerable y transparente. También apuntan a que los vídeos de crisis nerviosas que a mí me resultan tan conmovedores raramente van seguidos de la decisión del *influencer* de abandonar el esfuerzo y el desvelo que supone mantener su marca personal. Lo que suele ocurrir es que lo dejan durante un breve período de tiempo y, cuando vuelven, lo hacen para relanzar su imagen de alguna forma espectacular, ya sea con un proyecto nuevo en una plataforma más tradicional o con una línea de productos nuevos.

Entiendo su cinismo, pero soy demasiado mayor y blanda como para compartirlo. A mi juicio, ambas cosas pueden ser verdad: estos jóvenes *influencers* pueden estar sufriendo una angustia emocional auténtica por la presión que supone tener que crear contenidos audiovisuales y por la crueldad a la que se enfrentan continuamente por parte de personas a las que han invitado a meterse en su vida, al tiempo que intentan encontrar la manera de monetizar su dolor. Porque eso es lo que les han dicho que tienen que hacer para evitar convertirse en un animal muerto en el arcén de la economía de la atención. Y, como tantas otras cosas, es una pescadilla que se muerde la cola. Si logras cosificarte con éxito, los demás empezarán a creer que eres una cosa y te lanzarán todo tipo de objetos duros con la seguridad de que no sangrarás. Y entonces tienes que sacarte de la manga formas aún más íntimas de exponerte que pueden llegar a incluir grabarte teniendo una crisis nerviosa como una catedral en tu habitación. No vengáis a por mí —parecen suplicar estos *influencers* a sus seguidores convertidos en enemigos— porque estoy herido; ¿acaso no veis que estoy sangrando? Pero olvidan que a la manada le encanta la sangre y que no hay nada más sangriento que el dolor performativo.

Una tesis que acaba en la basura

Si contar con una marca personal se ha convertido en un imperativo cultural, ¿qué ocurre cuando nuestras marcas fallan, fracasan o la cagan irremediablemente? ¿Qué es de la persona que hay detrás de la marca? ¿Qué tipo de obsesión la persigue? («Llegas por el néctar de la aprobación —escribe Richard Seymour en *The Twittering Machine* [*La máquina de trinar*]— y te quedas por el escalofrío de la muerte virtual».)[29] Esto nos lleva a un punto de la trama trascendental en la vida de mi *doppelganger* que sospecho que pudo haber tenido mucho que ver con las decisiones que tomó en la época del covid y en adelante. Porque esa muerte virtual de la que habla Seymour... le pasó a ella. Vaya si le pasó.

En mayo de 2019, menos de un año antes de que empezaran los confinamientos de la pandemia, Wolf fue a BBC Radio 3 para promocionar *Outrages: Sex, Censorship, and the Criminalization of Love* [*Ultrajes: sexo, censura y criminalización del amor*], un libro sobre la persecución del amor homosexual en la Gran Bretaña victoriana que se basaba en la investigación que había hecho en la Universidad de Oxford para un doctorado que había obtenido ya de mayor y con el que, en muchos sentidos, recuperaba su trabajo anterior sobre sexualidad y género. Lo que ocurrió fue un episodio en el que apenas puedo pensar sin que se me acelere el corazón, aunque no tuviese nada que ver conmigo.

Wolf compartió el que supongo que consideraba el hallazgo más explosivo de su investigación: que, bien entrado el siglo XIX, hubo «varias decenas de ejecuciones» de hombres condenados por sodomía.[30] Basaba su afirmación en el descubrimiento del término *death recorded* [«muerte registrada»] en documentos judiciales. El entrevistador de la BBC, Matthew Sweet, informó a Wolf, en directo, de que había malinterpretado el término, el cual significaba justo lo contrario de lo que afirmaba: que aquellos hombres fueron hallados culpables y luego liberados. También resultó que varios de los cargos a los que Wolf hacía referencia no tenían que ver con mantener relaciones sexuales homosexuales consentidas, sino con abusos infantiles, y que al combinarlos había perpetuado una peligrosa falacia que relacionaba a los hombres homosexuales con la pedofilia. Al descubrirse unos errores así de básicos en la premisa de su tesis, la

editorial de Estados Unidos de Wolf dejó de trabajar con ella y mandó destruir el libro. Es muy poco frecuente que una reputación se venga abajo de una forma tan pública y en principio definitiva como le ocurrió a Wolf en ese terrible instante. Cuando el audio empezó a circular por Twitter, fue como si a toda la plataforma se le hubiese ocurrido la misma broma cruel a la vez: Naomi Wolf acababa de presenciar su propia «muerte registrada».

Hubo cursos universitarios que, en su afán de inculcar en sus alumnos un miedo sano a las investigaciones chapuceras, empezaron a utilizar fragmentos de *Outrages* como ejemplo admonitorio.[31] Algunas publicaciones en las que hasta entonces había aparecido a menudo, como *The Guardian*, dejaron de publicarla, en principio para siempre. Y, como era de esperar, Wolf veía un complot en todo aquello. En enero de 2020, le dijo a un entrevistador que el «ataque viral» que había sufrido después de que los errores fundamentales de *Outrages* salieran a la luz formaba parte de un oscuro ardid para destrozar su reputación y apartarla del «terreno de juego».[32] Todo esto ocurrió en una época que seguro fue difícil para ella, ya que unos meses antes de la entrevista de la BBC había perdido a su padre, el hombre al que tanto había venerado en *The Treehouse*. Esta confluencia de acontecimientos hizo que entrase en el desestabilizador período que fue la pandemia en un estado ya sumamente desestabilizado, con poco que perder y, como enseguida descubrí, con mucho que ganar.

Trastorno de personalidad singular

Durante una clase, un alumno expresó la convicción de que, si todo ser humano debe definirse y defenderse como una marca fija y rígida, la humanidad en sí misma se «estaba deshumanizando»; es decir, que estaba perdiendo la capacidad de cambiar y evolucionar, incluso ante crisis climáticas y políticas urgentes. Su reflexión daba en el clavo y ponía nombre a un problema que yo no había sido capaz de articular cuando empecé a escribir sobre las marcas hace ya tantos años. En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt describía el proceso de pensar como una forma de duplicidad, dado que es un «diálogo entre yo y yo misma».[33] Cuando cada persona piensa y delibera, está dialogando con el «dos en uno» que es el yo, un yo que, a diferencia de una

marca, no es una entidad fija y singular, ya que, de serlo, ¿sobre qué, o con quién, pensaríamos? El doctor Richard Schwartz, quien desarrolló la terapia Sistemas de Familia Interna, plantea que en realidad el yo está compuesto de más de dos partes: cada uno está formado de una multiplicidad o mosaico de voces, esperanzas y deseos a menudo polarizados. En los casos extremos, cuando estas partes se disocian entre ellas, este atributo se convierte en una patología a la que antiguamente se conocía con el nombre de trastorno de la personalidad múltiple. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, la capacidad de mantener un diálogo interno (o una mesa redonda) con las distintas partes de nosotros mismos es saludable y humana. Además, para Arendt, las grandes desgracias ocurren cuando las personas corrientes «pierden» la capacidad de dialogar y deliberar internamente y solo son capaces de regurgitar eslóganes y tópicos contradictorios. Y lo mismo puede decirse de cuando se pierde la facultad de imaginar las perspectivas del otro o, tal como lo expresó en su ensayo *Verdad y política*, «de hacer presente en la mente los puntos de vista de quienes están ausentes».[34] Es en ese estado de irreflexión literal (es decir, en la ausencia de pensamientos propios) donde el totalitarismo echa sus raíces. Dicho de otra forma, oír voces en nuestra cabeza no debe darnos miedo; lo que debemos temer es su ausencia.

Esto apunta a lo que bien podría ser el mayor de los peligros de esta época de humanos marcados. Las marcas no se construyen para contener nuestras multitudes; exigen fijación, estasis, un yo singular por persona. Estatuas humanas. El tipo de duplicidad que la imagen de marca nos exige es la antítesis del tipo de duplicidad (o triplicidad, o cuadruplicidad) saludable que corresponde a pensar y a adaptarse a las circunstancias según cambian. Esto habría supuesto un problema en cualquier punto de la historia, pero en un momento como el nuestro, en el que tantas crisis colectivas necesitan de nuestra deliberación, debate y elasticidad, lo que nos jugamos adquiere tintes civilizacionales.

A menudo me ha dado la impresión, mientras contemplaba mi propia crisis de marca en un momento en el que sentía que debía aplicarme más a la crisis climática, de que no soy ni de lejos la única que ha dejado de lado grandes preocupaciones para concentrarse en obsesiones más manejables. De hecho, tiene una cierta lógica

enfermiza pensar que la era en que las marcas personales han llegado a su punto álgido haya coincidido con un momento en el que la casa que todos compartimos se encuentra inmersa en una crisis sin precedentes. Esta crisis compleja y de escala planetaria exige un esfuerzo coordinado y colectivo a escala internacional, el cual puede ser teóricamente posible y ciertamente abrumador. Es mucho más fácil tener un pleno dominio de uno mismo, de la marca que eres: pulirla, lustrarla, dar con el ángulo y el tono perfectos, luchar contra competidores e intrusos, proyectar lo peor en ellos... Porque, a diferencia de tantas otras cosas en las que nos gustaría poder influir, el lienzo del yo es compacto y está lo suficientemente cerca como para que sintamos que quizá podamos llegar a tener cierto control sobre él. Y eso a pesar de que, tal como he descubierto, esto no deja de ser también un gran espejismo.

Así pues, lo que debemos preguntarnos es: ¿qué estamos dejando de construir mientras construimos nuestra marca?

Capítulo 4
De cómo me conocí en el bosque

Una de las representaciones más célebres del fenómeno *doppelganger* en el arte occidental es un exuberante cuadro prerrafaelita de Dante Gabriel Rossetti. En él aparece una pareja vestida con ropajes medievales en un oscuro bosque que se cruza con otra pareja que es su fiel reflejo.[1] No es un encuentro feliz. De la rabia, el hombre que ve a su doble desenfunda la espada, mientras que su acompañante se desmaya, abrumada por lo inquietante de la escena. El cuadro se llama *Cómo se conocieron*.

Cuando lo vi por primera vez, me di cuenta de que esto es lo que implica caminar por la senda de los *doppelgangers*: cuando emprendí este viaje, yo también había sacado una espada metafórica, lista para luchar y ser la Naomi que quedase en pie. Ahora, en estos bosques sombríos, me encuentro enfrentándome no a ella sino a mí misma, y a la incómoda verdad de que todavía doy importancia, demasiada, a la imagen que proyecto en el mundo; de que, si de verdad quiero desmarcarme del mundo de las marcas personales, todavía tengo mucho trabajo por hacer.

Nombres pequeños, ideas grandes

Alguien que reflexionó ampliamente sobre cómo lidiar con la fricción entre unas personalidades enormes e individuales y las exigencias del trabajo colectivo fue la ya fallecida autora y teórica bell hooks. «Las personas que gozan de una autoestima sana no necesitan crearse identidades falsas», escribió.[2] En mi asignatura El yo corporativo, estudiamos de qué formas hooks se esforzó por subvertir y minar las marcas personales y el activismo de las celebridades mucho antes de que estos conceptos se popularizasen. Se llamaba Gloria Jean Watkins y escribía como bell hooks, el nombre de su bisabuela, en parte como homenaje y en parte para marcar una cierta distancia entre su

identidad como persona corriente y su identidad como autora. «Me muevo por la cotidianeidad de mi vida como la corriente Gloria Jean que soy», declaró a *The New York Times* en 2015.[3] También es conocida por escribir siempre su pseudónimo en minúscula, pero no para empequeñecerse, explicaba, sino como recordatorio de que la atención debía dirigirse «al contenido de los libros, no a quién soy».[4]

Su postura puede sorprender en un momento en el que no hay mejor elogio que ser considerado un icono. Pero ella no quería que el nombre de bell hooks —el personaje o idea que la gente tenía en mente— eclipsara las ideas de bell hooks, y era consciente de que existe una fricción inevitable entre el peso que puede adquirir un nombre —su grandeza relativa en el mundo— y la capacidad de que las palabras de uno lleguen al público y este las adopte como propias. Entre el autor y el lector puede abrirse un verdadero abismo, y hooks trataba de cerrarlo. Aunque, como no podía ser de otro modo, el nombre de hooks se convirtió en una señal de mercado en sí mismo, como ocurre con todo en esta cultura capitalista nuestra. Pero no era eso lo que pretendía, sino todo lo contrario; books confería la importancia suficiente a su trabajo y a sus ideas como para no querer ahogarlos bajo el peso de un gran nombre.

Escribió también sobre las etiquetas que muchos hemos llegado a ponernos a nosotros mismos. Como teórica política, hooks creía fervientemente en el poder de las nomenclaturas, tal como demuestra la frase a la que solía recurrir para definir a qué nos enfrentamos: «patriarcado capitalista supremacista blanco».[5] En cambio, cuando se trataba del impulso de atribuir significantes identitarios al propio ser, de vendernos como esto o como lo otro, se mostraba mucho más ambivalente. En su trascendental libro de 1984, *Teoría feminista: de los márgenes al centro*, hooks decía que «deberíamos evitar usar la frase "yo soy feminista"»[6] y decantarnos por decir «yo defiendo el feminismo», ya que, a diferencia de la etiqueta «yo soy», la cual apela a las creencias anteriores del interlocutor sobre qué y quién es feminista, es mucho más probable que la segunda dé pie a una conversación sobre qué cambios concretos está intentando conquistar el feminismo, y «no nos enreda en el pensamiento dualista "o esto o aquello" que es el componente ideológico central de todos los sistemas de dominación en la sociedad occidental».

Releer el texto de hooks en el contexto de mi propio duelo

dualista me resultó esclarecedor, además de abochornarme más de lo que habría querido. Hoy en día, la vida intelectual y activista tiene mucho de querer llevarse el mérito. Yo lo hago; lo he hecho sin parar en estas páginas. Yo escribí esto. Yo dije tal cosa. Esa es mi frase. Ese término lo acuñé yo. Yo me inventé ese *hashtag*. Me quedé horrorizada la primera vez que vi que un compañero se citaba a sí mismo y añadía referencias a sus trabajos anteriores en una columna: «Tal como escribí aquí [enlace] y aquí [enlace]». ¿Por qué se citaba a sí mismo? Las citas sirven para añadir las voces de otros, para ampliar el marco, no para reducirlo aún más. Ahora, lo de citarse a uno mismo es el pan de cada día: «Como escribí aquí», «Véase mi tuit previo», «Querría recordar lo que dije». Es necesario hacerlo, o eso creemos muchos, porque estamos atrapados en un ensordecedor río de voces que parece llevarse por delante todo lo anterior. Si no recordamos a los demás lo que hemos dicho y hecho, acabaremos flotando río abajo en dirección al mar junto al resto del detrito cultural.

Conocedora de nuestros hábitos amnésicos, en 2014 hooks abrió el bell hooks Institute en Berea, Kentucky, un espacio dedicado a sus obras, artefactos e ideas. Explicó que su hermana había fallecido hacía poco y que le había hecho pensar en su propio legado y en «lo que ocurre si no cuidamos de nosotros, si no nos valoramos como merecemos».[7] La preocupaba sufrir el mismo destino que tantos otros autores negros, cuyas contribuciones fueron engullidas por la historia. Empezó con la esperanza, bromeó en una conferencia de 2015, de que hubiese «alguien por ahí lo suficientemente interesado en bell hooks como para dedicarse a conservar sus artefactos, pero no se presentó nadie». Así que ella misma se encargó de montar el instituto, no como un altar a su ego, sino para mantener vivas sus ideas. Porque sus ideas —sobre el amor como motor de la política, sobre derrocar los sistemas de dominación machihembrados— importan. Y bell hooks importa. No la marca, sino el ser humano que llevó a cabo todo ese trabajo, que escribió más de treinta libros a lo largo de sus sesenta y nueve años, que cambió la vida de un sinnúmero de personas para mejor. Era un trabajo que merecía la pena conservar y defender de ese olvidadizo río.

Puede que las marcas sean entes vanidosos y perjudiciales, pero las ideas no lo son. Las ideas son herramientas de transformación personal y colectiva. Por eso me preocupa que las exageraciones, las

especulaciones y las afirmaciones sin fundamento de Wolf se mezclen con la doctrina del *shock*, no porque esta sea una marca que necesite protección, sino porque es un marco que ha dotado a muchos de un lenguaje para protegerse de la explotación económica y los ataques contra la democracia durante los períodos de emergencia que desconciertan a las sociedades. Cuando ese concepto se embarulla por asociación con teorías conspiranoicas trastornadas sobre contubernios globales, es más difícil que pueda cumplir dicho propósito. Y el resultado es una mezcolanza absurda, una «cosa [...] demasiado ridícula para tomársela en serio, y demasiado seria para pasar por meramente ridícula».[8]

Wolf se ha servido de artes similares para tergiversar el principio central del feminismo según el cual todas las personas tienen derecho a escoger con quién mantienen relaciones sexuales y si quieren o no seguir adelante con un embarazo. Ahora lo estaba manipulando para calificar las medidas sobre las pruebas y la vacuna del covid de violaciones de la «integridad corporal» equiparables a las que soportaron las mujeres a quienes se les practicaron exámenes vaginales forzados, so pretexto de que todos son ejemplos de «la penetración del Estado en su cuerpo contra su voluntad».[9] Huelga decir que ese tipo de lenguaje satisface una necesidad cultural que está muy unida al capital social de la victimización, una cuestión que retomaré más adelante. Pero, por ahora, lo importante es que abusar de estos términos es peligroso, porque los despoja del significado que pretenden transmitir, de su legibilidad y su poder.

Lo más grave es que Wolf y los suyos se han pasado años embarullando el significado de la lucha contra el autoritarismo, el fascismo y el genocidio, nada más y nada menos que los peores crímenes de la humanidad. Y lo han hecho en un momento en el que necesitamos desesperadamente una alianza antifascista robusta, en gran parte gracias a la propagación incesante de informaciones incendiarias y erróneas y de la animadversión que han demostrado personas como esas. La dilución y el perjuicio de una marca son asuntos triviales, pero esos crímenes y la facultad de ponerles nombre son sumamente importantes.

¿Qué podemos hacer cuando nos percatamos de que ideas y conceptos importantes se distorsionan de esta forma, cuando vemos que la absurdidad parece permearlo todo y que, como consecuencia de

ello, resulta imposible mantener cualquier tipo de conversación seria? ¿Qué hacemos cuando parece que estamos rodeados de dobles e impostores retorcidos? Una noche me encontraba buscando respuestas a estas preguntas cuando, en mi misión de empaparme del catálogo cinemático sobre *doppelgangers*, di con la osada sátira de Charlie Chaplin sobre el ascenso de Hitler, *El gran dictador*.[10] Al final de la película, el barbero judío perseguido (interpretado por Chaplin) se disfraza de dictador hitleriano (también interpretado por Chaplin), se cuela en las líneas enemigas y da uno de los mejores discursos antifascistas de la historia ante las masas fascistas.

A pesar de ser del año 1940, el mensaje de Chaplin seguía siendo igual de oportuno: cuando te enfrentes a un doble que amenaza con engullirte a ti y a tu mundo (o a un ejército de ellos), la distancia no te protegerá. Es mucho mejor cambiar las tornas drásticamente y convertirte, en cierto modo, en su imitador, en su sombra.

O, al menos, esa fue mi excusa para escuchar a Steve Bannon sin parar.

Segunda parte
El mundo del espejo
(Proyección)

Pero ¿qué importa eso? ¿Crees que está fuera de nuestros medios un sistema dual de astronomía? [...] ¿Has olvidado el doblepensar?

O'BRIEN, en *1984* (GEORGE ORWELL)

Capítulo 5
Saben que existen los móviles

En mi intento de poner cierto orden en el comportamiento de mi *doppelganger* durante los dos primeros años de la pandemia de covid, me ha resultado útil dividir el período en dos fases: Antes de Bannon y Después de Bannon.

El Antes de Bannon fue un período turbulento y caótico para la Otra Naomi. Tuiteaba y hacía directos con una persistencia preocupante, pero sus reivindicaciones eran dispersas y difusas. Expresó la creencia de que los niños habían perdido el reflejo de sonreír a causa de la obligación de llevar mascarillas, lo cual carecía de todo fundamento, a excepción de sus propias observaciones de niños que había ido viendo por ahí y que quizá simplemente tenían un mal día.[1] Afirmó haber oído a dos empleados de Apple en un restaurante de Manhattan hablando de «vacunas con nanopartículas (sic) que permiten viajar en el tiempo»[2] (por lo que parece, confundió una conversación sobre la función del viaje en el tiempo del Apple Watch con una reunión secreta sobre una máquina temporal de verdad). Y no olvidemos sus excepcionales declaraciones sobre la necesidad de poner en cuarentena las heces de las personas que se habían vacunado.[3] O el arranque de rabia que le dio al hablar sobre la «diseminación» de la vacuna y la infertilidad.

Debió de pasarlo fatal. No paraban de suspenderle las cuentas en las redes sociales y de bloquearle el acceso por infringir las reglas contra la desinformación médica. Era el blanco de ataques constantes y burlas en internet (cosa que yo sabía mejor que nadie que no fuese ella). Según lo que dijo en Twitter, sus amigos le enviaban mensajes de una palabra en los que se limitaban a decirle: «Para». Mientras tanto, una serie de artículos del tipo «¿Qué le ha pasado a Naomi Wolf?» empezaron a aparecer en publicaciones que antes la tomaban en serio y que a menudo adoptaban una perspectiva crítica renovada acerca de sus trabajos anteriores: «La locura de Naomi Wolf», *The New Republic*; «El descenso de Naomi Wolf, de feminista e icono del Partido

Demócrata a "vorágine conspiranoica"», *Business Insider*; «Un clásico moderno feminista me cambió la vida. ¿Era en realidad una basura?», *Slate*.[4] Y aun así, ella seguía a lo suyo, pintarrajeando todo internet con un inagotable aerosol de extrañas teorías.

El momento en el que se creyó una broma de internet y compartió una foto de un «médico» que parecía cuestionar la campaña de vacunación fue especialmente funesto. Resultó que el médico al que había citado no era médico, sino un actor porno muy conocido vestido con ropa quirúrgica y con un estetoscopio colgado del cuello. El tuit en el que se destapaba la broma (obra de Ken Klippenstein, de *The Intercept*), acumuló 71.000 «me gusta».

Pero la suerte de Wolf cambió drásticamente en marzo de 2021, un año después de declararse la pandemia mundial. Ahí empieza la era Después de Bannon. En este período, Wolf cambió y refinó su discurso respecto del covid, y lo centró en torno a un conjunto de miedos relacionados con la posibilidad de los llamados pasaportes de vacunación. La idea de utilizar pasaportes con el fin de verificar la vacunación para poder hacer viajes internacionales había aparecido meses atrás en un cuidado vídeo producido por el Foro Económico Mundial como elemento de la campaña del «Gran Reinicio».[5] Israel ya había empezado a utilizar aplicaciones de vacunación digitales para controlar el acceso a los recintos cerrados, y el Gobierno británico también estaba empezando a plantear la idea. Wolf predijo que Norteamérica sería la siguiente (una apuesta segura), y afirmaba que, con ello, el mundo se acercaba al «precipicio»[6] de las libertades humanas del cual no habría vuelta atrás, un mensaje que compartió en múltiples medios informativos de derechas, incluido el noticiario más visto en aquellos momentos en Estados Unidos, el (hoy cancelado) *Tucker Carlson Tonight* de la Fox, el cual reunía tres millones de espectadores cada día. El presentador de Fox News —conocido por adular al presidente húngaro Viktor Orbán y por avivar las llamas de la violencia contra los inmigrantes repitiendo como un loro la llamada teoría del «Gran Reemplazo»— estaba como loco con Wolf y su llamativo mensaje.[7] La mejor forma de resumirlo es el titular que ella misma escogió para uno de sus vídeos autoproducidos de más éxito, el cual acumula más de 180.000 visualizaciones solo en YouTube: «La doctora Naomi Wolf habla sobre "por qué los pasaportes de vacunación traerán la esclavitud eterna"».

Mi *doppelganger* raramente ha dicho que no al uso de una retórica extremista: ha predicho golpes de Estado nacionales y acusado a Estados Unidos de caer en el «fascismo» una y otra vez desde 2007, y ha afirmado que «Obama ha hecho cosas como las que hizo Hitler».[8] He observado que este tipo de intemperancia le supone un problema cuando trata de generar una nueva alarma: ¿cómo encontrar palabras lo suficientemente potentes como para convencer a los demás de que esta vez es La Definitiva? Y lo entiendo perfectamente: he publicado más de dos mil páginas sobre la crisis climática y siempre estoy tratando de encontrar formas nuevas de expresar el hecho de que estamos deshaciendo el tejido que sostiene la vida humana y no humana; la única diferencia es que, en este caso, es verdad.

En cuanto a los pasaportes de vacunación, Wolf encontró nuevas formas de intensificar su discurso. Los pasaportes son «una plataforma totalitaria y tiránica» y «la herramienta más peligrosa a la que se ha enfrentado la humanidad en toda su historia», afirmaba, y «quienes tengan estos datos gobernarán el mundo».[9]

Wolf presentó sus argumentos en el vídeo de «la esclavitud eterna», así como en el programa de Carlson y en el programa de Fox News presentado por Steve Hilton, *The Next Revolution*, todos grabados con días de diferencia entre ellos. Declaró que las aplicaciones de verificación de la vacunación, a las que algunos Gobiernos, faltos de prudencia, llamaban «pasaportes», no eran lo que parecían. En lo que describió como su «advertencia más seria»[10] hasta la fecha, decía que las aplicaciones eran en realidad un intento subrepticio de implementar un «sistema de crédito social del mismo estilo que el del PCC», en referencia a la red de vigilancia omnipresente de China que permite a Pekín clasificar a los ciudadanos a partir de su virtud y obediencia percibidas, una jerarquía escalofriante capaz de determinar cualquier cosa, desde el acceso a las universidades hasta la posibilidad de pedir un préstamo, y que es el engranaje de una red de vigilancia aún mayor que ubica el paradero de los disidentes para detenerlos y censura de forma implacable todo discurso que se atreva a hablar del partido en el poder desde un punto de vista crítico. La aplicación de las vacunas era igual que todo eso, decía Wolf, un sistema que «esclaviza a mil millones de personas».[11]

Explicaba que los códigos QR para verificar el estado de vacunación que se escanearían para poder acceder a restaurantes,

teatros y recintos similares no solo proporcionarían información sobre tu presencia en esos locales a las autoridades de salud, sino que también permitirían al Estado «tiránico»[12] saber con quién te reunías y con quién hablabas, no solo en los restaurantes en los que se hubiese escaneado tu código, sino también, según afirmaba de forma inexplicable, en tu propia sala de estar: «Si hablas de organizar una manifestación o de escribir un artículo de opinión o de movilizar a la población para dar apoyo a un diputado que quiera promulgar una ley que prohíba la implementación de este sistema, la plataforma lo sabrá».[13] En Israel, dijo, los pasaportes ya habían dado lugar a una «sociedad de dos niveles» en la que había «ciudadanos de segunda».[14] Cabe destacar que no se estaba refiriendo a los palestinos, quienes llevan ya mucho tiempo viviendo como ciudadanos de segunda propiamente dichos, sino a los judíos israelíes que habían decidido no vacunarse. En cuanto aplicaciones similares llegasen a Estados Unidos, advertía, si no te vacunas o formas parte de algún tipo de «disidencia»,[15] pasarás a formar parte de «una categoría de segunda clase para el resto de tu vida. Y tu familia también».

En otras ocasiones, Wolf ya había dicho de las vacunas que planteaban una grave amenaza para la salud, y volvería a hacerlo, sugiriendo, sin ningún tipo de prueba, que eran un «arma biológica»[16] que China había desplegado de forma deliberada para atacar a Occidente. Sin embargo, en algunas intervenciones en Fox News, parecía decir que la vacuna contra el covid en sí carecía de importancia. Le dijo a Hilton:

> No se trata de la vacuna, no se trata del virus, se trata de tus datos [...]. Lo que tiene que entender la gente es que se puede añadir cualquier otra funcionalidad a esa plataforma sin ningún tipo de problema. Y lo que eso significa es que se puede integrar con tu cuenta de PayPal, con tus monedas digitales (Microsoft ya está hablando de integrarla a los planes de pagos), puede incorporar tus redes, te geolocaliza allá donde vayas. Se le puede incluir tu historial de crédito, se le puede incluir tu historial médico.[17]

En el vídeo sobre la «esclavitud eterna», aseguraba que «la lectura automática evalúa lo que has estado diciendo en las redes sociales. Si has sido demasiado conservador o demasiado liberal [...] la lectura automática informará a PayPal, y PayPal bloqueará o subirá los intereses de tu tarjeta de crédito».[18] La aplicación, continuaba, rastreará incluso tus historiales de búsqueda.[19] Y si cometes algún

error, «tiene el poder de apagarte la vida».[20]

Y por si los espectadores no estaban ya lo suficientemente asustados, se agarró a un detalle sobre el hecho de que IBM estuviese ayudando con los datos en el estado de Nueva York para llevar su argumento hasta el final. «IBM tiene un pasado terrible en la Alemania nazi», le dijo a Hilton.[21] «Su filial creó una especie de precursor de esto con unas tarjetas perforadas que permitían a los nazis tener listas —de nuevo, una sociedad de dos niveles— de arios y judíos, lo que les permitía ir a por los judíos, ir a por los disidentes, ir a por los líderes de la oposición muy muy rápidamente. Es catastrófico, no podemos dejar que salga adelante.» Pero ¿cómo —tendrías todo el derecho a preguntar— podría implementarse esta espantosa distopía por medio de una aplicación de vacunaciones? Según Wolf, es muy fácil. Solo hacía falta «un retoque de *software*».[22]

Insisto otra vez para que quede claro: eso no es verdad. Escanear un código QR para entrar en un restaurante o en un estadio no capacita al Gobierno para escuchar las conversaciones que tienes en dicho restaurante, tal como decía Wolf. Cuando no se escanea (es decir, la mayor parte del tiempo), los códigos QR tampoco tienen la capacidad de «geolocalizarte»,[23] y tampoco pueden localizarte en tu casa. Desconoce tu historial de búsquedas, no está vinculado a PayPal y no puede encender y apagarte la vida. No es un sistema de crédito social y no tiene nada que ver con lo que IBM hizo en la Alemania nazi. No hace otra cosa que decir sí o no acerca del estado de vacunación, y ningún «retoque de *software*» cambia todo lo anterior. Como me preocupaba ser demasiado confiada, lo confirmé con Electronic Frontier Foundation, la organización a la cabeza de la defensa de la privacidad digital y de las libertades civiles en internet. Alexis Hancock, la directora de Ingeniería y experta sobre los pasaportes de vacunación de la fundación, me explicó en un correo electrónico que «por sí misma, esta tecnología no le envía ninguna señal al Gobierno sobre tu ubicación», y que la afirmación de que la aplicación nos escucha «es un verdadero disparate».[24]

En Australia occidental se dieron un par de casos en los que la policía accedió a datos de las lecturas de la aplicación de vacunación en sus investigaciones sobre crímenes violentos.[25] El Gobierno enseguida aprobó la legislación necesaria para prohibir este tipo de uso, dejando así muy claro que la aplicación no era una herramienta

para resolver crímenes. Pero he aquí lo que me llamó la atención acerca de esta empinada bajada en la montaña rusa en la relación de Wolf con el covid: lo que describía en Fox no era el pasaporte de vacunación. De lo que hablaba en realidad era de la creciente sensación que nos provoca vivir a merced de unas tecnologías omnipresentes que se rigen por unos algoritmos opacos y cuyas decisiones a menudo arbitrarias y sumamente trascendentales quedan fuera del alcance de las legislaciones actuales. Teniendo en cuenta este contexto, no debería sorprendernos que las personas que se cruzaban con sus vídeos se sintiesen identificadas con su estado de alarma. Sus datos eran de lo más fantasiosos, pero eso no niega que Wolf estuviera dando a los espectadores algo que a todas luces querían y necesitaban: un punto en el que concentrar los miedos y la indignación que les despierta la vigilancia digital.

Los caminos no elegidos

Podemos tener debates legítimos acerca de la decisión de los Gobiernos de responsabilizar tanto a las vacunas y a las aplicaciones móviles del control de un virus desbocado en lugar de, por ejemplo, mantener la obligación de llevar mascarilla en interiores e invertir más en los sistemas sanitarios públicos y poder así, entre otras cosas, contratar más personal de enfermería y subirles el sueldo para evitar la saturación de los hospitales. Por no hablar de las garantías de un suministro estable de test rápidos y gratuitos para hacer en casa, de ropa y equipos de protección efectivos en los lugares de trabajo y, lo más importante, de unas bajas laborales adecuadas para todos los trabajadores que evitaran que nadie se sintiese obligado a ir a trabajar en un estado contagioso. En la primera fase de la pandemia, también podría haberse invertido más en el rastreo de contactos en entornos locales, lo que habría tenido el beneficio añadido de generar puestos de trabajo en zonas desatendidas. También se podrían haber impulsado iniciativas mucho más firmes para instalar filtros de aire de calidad en espacios públicos como los colegios, y contratar más docentes y auxiliares para reducir los grupos en las aulas, un paquete de medidas cuya eficacia para reducir la propagación del virus está demostrada y que habría repercutido positivamente tanto en los

alumnos como en los educadores. Estas son solo algunas de las formas en las que se podrían haber ampliado y reforzado unos servicios sociales y unas redes de seguridad que se encuentran seriamente desgastados para que todos pudiésemos llevar una vida menos estresante, más feliz y plena mientras convivíamos con el virus.

En abril de 2022, Beatrice Adler-Bolton, defensora de la justicia para las personas con discapacidades, definió qué podría haber incluido un enfoque alternativo como este en Estados Unidos:

> No podemos depender exclusivamente de la tecnología farmacéutica. También debemos utilizar todas las tecnologías sociales, económicas y políticas de las que disponemos —tanto como las herramientas de las vacunas y los antivíricos—, como son la distancia social, las mascarillas, las bajas remuneradas, la prevención de los desahucios, la reducción de daños en las comunidades, sistemas de ventilación mejorados, inversiones en infraestructuras, el sistema de *Medicare for All*, la cancelación de deudas y la descarcelación, entre tantas otras. Estas son solo algunas de las herramientas sociales y fiscales que podríamos emplear para ayudar a que la población no solo sobreviva a la pandemia, sino que prospere a pesar de ella.[26]

Por desgracia, nunca hubo una estrategia de organización masiva propiamente dicha para presionar a favor de la adopción de un programa así de ambicioso, de forma que los Gobiernos apenas se sintieron obligados a planteárselo en serio y, en su lugar, optaron por la ruta más sencilla (y conveniente para atraer grandes donaciones) de dirigir la atención a las vacunas y a las aplicaciones de verificación para atribuirles prácticamente todo el peso del control del virus en Norteamérica y Europa. Como vemos en tantos otros ámbitos, desde las prácticas laborales abusivas hasta el colapso climático, el peso de la respuesta ante la pandemia se traspasó de la esfera colectiva a la individual: «¿Te has puesto la vacuna?», «Demuéstralo». Con mucha menos frecuencia se preguntó a las empresas si proporcionaban lugares de trabajo seguros, o a los Gobiernos si habían garantizado la seguridad de los entornos educativos o de los sistemas de transporte.

La medida más importante que los Gobiernos de los países podrían haber tomado para frenar la propagación de variantes nuevas habría sido, con mucho, el suministro de vacunas gratuitas a toda la población mundial al mismo tiempo que se desplegaban en los territorios nacionales; la suspensión de las patentes de las empresas farmacéuticas habría estado más que justificada, teniendo en cuenta que el desarrollo y el despliegue de las vacunas se financió en gran

medida con dinero público. Y es que el coste habría sido relativamente bajo: el economista jefe de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo estimó que se podría haber vacunado al mundo entero por 50.000 millones de dólares,[27] solo un poco más de lo que pagó Elon Musk por convertir Twitter en su juguetito personal. Pero hacerlo habría requerido la exención de la protección de la propiedad intelectual de la Organización Mundial de Comercio, lo que habría facilitado levantar las patentes que han permitido a un puñado de empresas farmacéuticas considerar que la vacuna les daba carta blanca para imprimir dinero. Así es como Pfizer, por ejemplo, facturó 37.000 millones de dólares con la vacuna del covid en 2021.[28] Hacia finales de ese año, mientras países como el mío ya estaban administrando la tercera dosis, tan solo el 7,5 % de los africanos habían recibido la primera.[29]

Patrick Wilcken, responsable de Empresas y Derechos Humanos en Amnistía Internacional, describió este acaparamiento y mercantilismo como «un fracaso de proporciones catastróficas», a lo que añadió: «La aparente sed insaciable de beneficios de las grandes empresas farmacéuticas como Pfizer está avivando una crisis de derechos humanos sin precedentes. Si no le ponemos freno, los derechos a la vida y a la salud de miles de millones de personas de todo el mundo seguirán estando en peligro».[30]

Además, dada la capacidad de los virus de mutar y de cruzar fronteras, también fue de una falta de sensatez mayúscula. Tal como predijo correctamente Kate O'Brien, directora de Vacunas de la Organización Mundial de la Salud, acerca del nacionalismo de la vacuna: «No va a funcionar. No funcionará desde el punto de vista epidemiológico, y tampoco desde el punto de vista de la transmisión, a menos que la vacuna llegue de verdad a todos los países».[31] (Tal como nos enseñan los *doppelgangers*, levantar muros para separar lo que está conectado por naturaleza casi nunca acaba bien.)

Cargar a las vacunaciones y a las aplicaciones de verificación de tanto peso estratégico para controlar el virus también supuso costes sociales para los países ricos. En cuanto el acceso a los espacios y servicios depende de tener un teléfono inteligente y de códigos QR, se excluye todavía más a las personas que carecen de vivienda o que presentan vulnerabilidades de otros tipos y que tienen menos probabilidades de acceder a estas herramientas, grupos a los que el

autor Steven W. Thrasher ha descrito como «los marginados virales»[32] y a los que se considera desechables durante una pandemia.

Estos son debates difíciles e importantes que hemos de tener, como también debemos ser honestos y estar a la altura de la verdad respecto de las brutales historias que hay detrás de la desconfianza hacia los programas de salud impuestos por los Gobiernos que albergan muchas personas negras, indígenas, puertorriqueñas y con discapacidades. Estas son solo algunas de las comunidades que han sido blanco de programas de esterilización forzada y experimentaciones médicas encubiertas durante el siglo pasado. Entre los más notorios se cuenta el experimento de Tuskegee de la década de 1930, en el que se administró placebo en lugar de los mejores tratamientos para la sífilis a cientos de hombres negros de Alabama, muchos de los cuales fallecieron como consecuencia de ello. Igual que en otros complots reales, este cruel e inmoral experimento se encubrió durante décadas, y se ignoró a quienes trataron de dar la voz de alarma.

Hace ya mucho que estas historias deberían haber recibido el reconocimiento que merecen; al no ser así, las administraciones de salud pública se encontraron con que la reacción más frecuente ante sus esfuerzos por luchar contra el covid en las comunidades marginalizadas era el escepticismo. Estas dinámicas también hicieron de algunas de estas comunidades una presa fácil para portadores de desinformación como mi *doppelganger* y sus declaraciones incendiarias en la Fox sobre que las aplicaciones de vacunación eran equivalentes a la colaboración de IBM con la maquinaria asesina de los nazis.[33]

Sacar tajada del miedo a la tecnología

Hubo otra novedad en el comportamiento de mi *doppelganger* de aquella época. Al tiempo que hacía de las aplicaciones de vacunación el eje temático de sus funestas advertencias, también adoptó una forma nueva de referirse a sí misma y a sus conocimientos con la que claramente pretendía conferir autoridad a su debate particular. Durante tres décadas, Naomi Wolf se presentaba como autora y ex consultora política. Aún lo hace. Pero, cuando empezó a aparecer en el programa de Carlson y en otros de la misma índole, empezó a

introducir sus comentarios sobre las aplicaciones de vacunación con algo que no había oído hasta ese momento: «Como CEO de una tecnológica...», y «Soy CEO de una empresa de tecnología».[34]

¿Soy CEO de una empresa de tecnología? O sea, ella... ¿lo es?

Aquella sorprendente afirmación resultó ser una referencia a DailyClout, una página web entonces muy poco conocida y de poco tráfico que alojaba sus blogs y vídeos y que también se presentaba asombrosamente como una herramienta tecnológica revolucionaria porque permitía acceder fácilmente a anteproyectos de ley al publicarlos en internet (porque ¿qué más da que las leyes de Estados Unidos ya sean públicas y se publiquen en internet, en páginas web gratuitas como GovTrack.us?). Antes de empezar a hacer sus rondas en la Fox, esta página web —que afirmaba convertir personas corrientes en cabilderos— no tenía más que unos pocos miles de visitas al mes, y en un mes concreto atrajo a tan solo trece visitantes.[35]

Empecé a advertir otros cambios en esta reencarnación de mi *doppelganger* en la CEO de una tecnológica que siempre está lista para aparecer en la Fox. Desde *The End of America*, Wolf ha recurrido mucho al patriotismo como razón para oponer resistencia a las restricciones de las libertades civiles. (Una de sus frases típicas era «Los fundadores no crearon libertad para América, sino América para la libertad».)[36] Sin embargo, sus mensajes sobre los pasaportes de vacunación tomaron un cariz mucho más nacionalista y procapitalista que en cualquiera de las intervenciones anteriores que le había visto. Pintaba un mundo en el que las medidas sanitarias del covid son el frente en una guerra de civilizaciones entre Oriente y Occidente. No dejaba de referirse al Partido Comunista Chino (PCC): en el vídeo de 15 minutos de la «esclavitud eterna» dijo «PCC» cinco veces,[37] las mismas que dijo «Occidente».

«Si este plan se desarrolla según lo planeado, será el fin literal de la libertad humana en Occidente»,[38] le dijo a Steve Hilton en marzo de 2021. Si los pasaportes llegaban a materializarse, aseguró en su propio vídeo, «no habrá capitalismo».[39] Las empresas tecnológicas (con la expulsión de cuentas de desinformación de sus plataformas) y el Gobierno (con las distintas medidas anticovid) ya estaban, afirmaba, ejerciendo «un condicionamiento propio del PCC [...] condicionándonos para que no seamos miembros de Occidente».[40] Porque, en el fondo, todas las medidas anticovid pretendían «debilitar

Occidente, debilitar la sociedad, debilitar a nuestros hijos».[41] Todo aquello era, decía, «antiestadounidense».[42]

Afortunadamente, Wolf tenía un plan para contraatacar. Explicó que su página web se estaba convirtiendo en una oficina de información en la que los activistas encontrarían «leyes modelo»[43] que podrían usar a escala estatal para bloquear medidas de salud pública futuras y defender lo que ella llamaba las «Cinco Libertades». Definió estas libertades como el derecho a ser libre de: las obligaciones de llevar mascarilla, los pasaportes de vacunación, los cierres de colegios, las declaraciones de estado de emergencia y las restricciones en los comercios y las reuniones religiosas. En pocas palabras, la «libertad» consistía en negarles a los Gobiernos todas las herramientas más robustas que habían utilizado para controlar el virus y en no proponer nada que las sustituyera. Pero, llevando como llevaba meses minimizando la gravedad de la pandemia, ¿para qué iban a necesitar los Gobiernos ninguna de esas herramientas?

Reconozco que, cuando Wolf empezó a hablar de los pasaportes de vacunación como redes de vigilancia masiva, no fui consciente del efecto que estaba teniendo. Estaba centrada en los muchos datos erróneos que andaba difundiendo, así como en el hecho muy real de que su reciente fama en la Fox me estaba reventando las redes sociales.

Lo que se nos pasó por alto a muchos de los que seguíamos a Wolf en ese momento solo por recrearnos en la vergüenza ajena fue hasta qué punto su nuevo relato había tocado una fibra sensible, no solo entre los espectadores de la Fox, sino también en una cohorte considerable de personas que se consideran de izquierdas o progresistas y a quienes el mundo bajo una vigilancia al estilo de *Black Mirror* que estaba describiendo les ponía los pelos de punta. Personalmente, el vídeo de la «esclavitud eterna» me llegó de distintas fuentes. Una de ellas era un conocido conspiranoico que me urgía a «estudiarlo» y me decía que debíamos dedicar «hasta el último ápice de energía» a luchar contra aquella nueva amenaza.[44] Otro me preguntó si tenía algún consejo para desprogramar a un ser querido, un profesional sanitario alternativo que simpatizaba con Black Lives Matter y se había creído a pies juntillas las palabras de Wolf y había entrado en una espiral al estilo de QAnon según la cual esta era la última línea de defensa en la batalla de «la libertad contra la

esclavitud».

Volví al vídeo de YouTube sobre la «esclavitud eterna» y a sus casi mil comentarios, preparada para la explosión de basura misógina tan típica de esta plataforma. Me quedé de piedra al ver que casi todos los comentarios eran entusiastas y expresaban adoración por aquella «guerrera» y su «valentía» de decir la verdad.[45] Muchos citaban la Biblia y declaraban que las vacunas, así como los correspondientes pasaportes, eran «la marca de la bestia».[46]

Un ejecutivo de una empresa tecnológica me levantó brevemente el ánimo cuando interrumpió aquel festival del amor para explicar que «el pasaporte de vacunación NO es "la misma plataforma" que el "crédito social" de China», y que tampoco es una herramienta «heredada de un supergobierno autoritario centralizado».[47] Enseguida volví a caer en la miseria cuando añadió: «Me parece evidente que, en este caso, Klein —a quien había respetado hasta ahora— está siguiendo la línea occidentocentrista».[48] (Los seguidores de Wolf se ocuparon de él: «Vete a China y no vuelvas. Aquí no queremos comunistas como tú. Algún día puede que corras peligro. Que lo sepas».)[49]

Wolf no solo apareció siete veces en la Fox en menos de dos meses, sino que hizo una gira en la que dio conferencias en el Freedom Fest en el Monte Rushmore y testificó, invitada por varios legisladores republicanos, en varios parlamentos contra los preceptos de llevar mascarilla y de vacunarse. En la Cámara de Representantes de Maine, su anfitrión fue amonestado por los líderes legislativos por permitir la entrada de Wolf en una cámara que entonces estaba cerrada y le prohibieron invitar a nadie más en el futuro.[50] Ocho días después, se desplazó hasta Míchigan, entonces uno de los estados con el mayor recuento de casos nuevos de coronavirus, para declarar ante el Comité de Supervisión de la Cámara de Representantes del estado que los pasaportes de vacunación eran comparables al tratamiento inicial de los judíos por parte de los nazis.[51]

Hubo alguien que se percató inmediatamente del calado del mensaje nuevo de Wolf, y ese fue Steve Bannon. En cuestión de una semana, empezó a recibir a la «doctora Wolf» como invitada habitual en su pódcast *War Room*, inmensamente popular e influyente, y que había ido desarrollando a través de varias iteraciones tras perder su puesto como responsable de estrategia de Trump en 2017, mientras,

tal como declaró orgulloso a *The New York Times*, construía «la infraestructura, globalmente, para el movimiento populista global».[52] Bannon estaba como loco con Wolf: en ocasiones la invitaba varias veces la misma semana, siempre recomendaba profusamente su página web y su fábrica legislativa de las «Cinco Libertadas», la cual de pronto era de todo menos desconocida. Consulté su tráfico: en abril de 2021, el mes en que empezó a aparecer de forma habitual en el pódcast de Bannon, DailyClout superó las 100.000 visitas únicas, cuando un año antes había tenido apenas 851. «Queremos que todos los miembros de la cuadrilla vayan a darle apoyo a la doctora Wolf», dijo Bannon en una de sus efusivas recomendaciones. Cuando *The Atlantic* lo acusó de llevar al engaño a sus espectadores refiriéndose a Wolf constantemente como «doctora» cuando hablaban de investigaciones médicas, Bannon contestó que con su doctorado en Filosofía le «bastaba».[53]

Echando la vista atrás, no debería haber sido tan sorprendente que el mensaje sobre los pasaportes de vacunación de Wolf calase tan hondo. Cuando se centró en la tecnología y la vigilancia, empezó a sacar tajada de unos miedos culturales profundos y latentes sobre las muchas formas en que partes de nuestra vida que antes fueron privadas se han convertido en centros de ganancias para los gigantes de Silicon Valley que todo lo ven. Fue como si hubiese cogido la suma de las angustias tecnológicas de todo el mundo —sobre el hecho de que nos rastreen a través del móvil, que los motores de búsqueda nos vigilen, que los altavoces inteligentes escuchen lo que decimos, que los timbres de las puertas nos espíen—, hubiese hecho una pelota con todas ellas y las hubiese proyectado en unas aplicaciones de vacunación relativamente insulsas, las cuales, atendiendo a lo que decía Wolf, cogían todas las inquietantes extralimitaciones de vigilancia perpetradas por «un Gobierno intervencionista» y «los gigantes tecnológicos» y las programaba en un único código QR, en el famoso «*software*».

Todo lo que decía era, básicamente, un invento. Pero era evidente que, desde el punto de vista emocional, el gran número de personas que ahora la escuchaba lo sentía como verdadero. Y la razón por la que lo sentían como verdadero era que es cierto que estamos viviendo una revolución en las herramientas tecnológicas de vigilancia, y que hay actores estatales y corporativos que se han

atribuido unos poderes intolerables para vigilarnos, a menudo colaborando y coordinándose unos con otros. Además, como cultura, apenas hemos empezado a reconocer el carácter transformador de este cambio.

«Espérate a que se enteren de que existen los móviles», dice un comentario jocoso habitual que los liberales dirigen a personas que, como Wolf, han estado contando historias sobre que las vacunas y los pasaportes de vacunación rastrean todos nuestros movimientos sin que lo sepamos. Las primeras veces que me crucé con esta broma me reí, sintiéndome tan superior como se suponía que debía hacerme sentir. Pero ahora, tras meses de seguir el surgimiento de una constelación política nueva y poderosa en la que la estrella de Wolf brilla con fuerza, ya no me río. Subestimarla, tanto a ella como a los movimientos que ahora ayuda a impulsar, es un error gravísimo. Y es que aquí va una versión no jocosa de la bromita del «Espera a que se enteren de que existen los móviles»: son plenamente conscientes de que existen. Lo que no saben es qué hacer respecto de los móviles (o de los altavoces inteligentes o de los historiales de búsqueda o del veto en la sombra y de los metadatos de las redes sociales…), como, según parece, nos ocurre a todos, incluidos los que ostentan el poder, quienes se oponen de una forma evidente a refrenar lo que la profesora de Harvard Shoshana Zuboff ha llamado el «capitalismo de la vigilancia».[54] Y Wolf, con su campaña de las «Cinco Libertades» y sus llamamientos a la desobediencia civil contra las vacunas, está dando a sus seguidores algo que hacer. Les está diciendo que no es demasiado tarde para recuperar su privacidad y sus libertades.

No hay duda de que es un mensaje atractivo. Las últimas dos décadas han sido un goteo constante de revelaciones impactantes sobre la infinidad de formas en que el registro de nuestra vida cotidiana e íntima de algún modo ha pasado a ser propiedad de terceros. Primero llegaron la Ley Patriótica y el nacimiento de la industria de vigilancia global en un escenario pos-11S. Luego, el denunciante de AT&T salió a hablarnos de las salas secretas desde las que se estaban reenviando datos sobre el tráfico global de internet a la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos. Luego vinieron las estremecedoras filtraciones de Edward Snowden y la confirmación de esta red de arrastre de datos masiva, seguidas del escándalo de Cambridge Analytica y de la revelación de que Facebook estaba

vendiendo los datos de sus usuarios a terceros para facilitar la manipulación política. Luego fue el turno de Pegasus, el programa espía autoencubierto de diseño israelí que estaba siendo usado por Gobiernos de todo el mundo para obtener acceso a los teléfonos de sus rivales y críticos.[55]

Era un no parar. Una gota, y otra, y otra. «Tu Alexa te ha estado escuchando todo este tiempo», rezaba un titular de 2019 de *The Washington Post*. «Tus aplicaciones saben dónde estuviste anoche, y no están guardando el secreto», decía *The New York Times* en 2018. «No estás paranoico: tu teléfono sí te escucha», decía *USA Today*. Una gota, y otra, y otra. Oíamos historias sobre «vigilabebés» controlados por piratas informáticos que los convertían en dispositivos de vigilancia; grabaciones de los timbres de Ring que se entregaban a la policía; la herramienta God View [‘Vista de Dios’] de Uber, supuestamente utilizada por los empleados para espiar a los pasajeros y a sus exnovias; que las empresas de reconocimiento facial se quedaban con miles de millones de fotografías personales para entrenar sus programas; que las aplicaciones de calendarios menstruales se podían utilizar para acusar a cualquiera que decidiese poner fin a un embarazo en los estados que se han afanado en criminalizarlo.[56]

Cualquiera que use internet hoy sabe algo de todo esto. Sabe que adónde vamos, a quién amamos, qué opinamos y cómo se comportan nuestros cuerpos está ahí fuera, en el éter, fuera de nuestro control. Y aun así, hasta ahora la respuesta ante esta extraordinaria realidad ha sido extrañamente débil, y en gran parte canalizada hacia bromas irónicas como «Espérate a que se enteren de que existen los móviles».

Gólems digitales

En mi asignatura de El yo corporativo exploramos esta arquitectura de la vigilancia en su calidad de *software* sombrío de la marca personal y de la cultura de la identidad performativa. Cuanto más aceptamos la premisa de que tenemos que estar en internet para todo —para que nos guste algo, para odiarlo, para compartirlo—, y cuanto más aceptamos el contrato tácito en el que intercambiamos privacidad por la comodidad de las aplicaciones, más datos sobre nosotros podrán engullir las empresas tecnológicas. Y con esos datos crean nuestros

doppelgangers digitales auténticos, pero no los avatares aspiracionales que muchos creamos a base de fotos muy cuidadas y filtradas y de publicaciones de tono perfectamente estudiado, sino los dobles que infinitas máquinas crean a partir de los rastros de datos que dejamos cada vez que hacemos clic en algo, que vemos algo, o que nos olvidamos de desactivar la localización, o que le pedimos a un dispositivo «inteligente» que haga cualquier cosa por nosotros. Cada dato que se araña de nuestra vida en internet hace que nuestro doble sea más vívido, más complejo, más capaz de estimular nuestro comportamiento en el mundo real.

Este *doppelganger* hecho a máquina —o quizá deberíamos llamarle gólem digital, ya que se compone de pedazos de datos inanimados— no es una creación nuestra. Está hecho a base de percepciones, interpretaciones y predicciones externas sobre nosotros. En este sentido, tiene mucho en común con un *doppelganger* humano: esa persona con la que el mundo te confunde pero que en realidad no es tú y que, sin embargo, es capaz de tener un impacto profundo en tu vida.

Y ahora que las máquinas han devorado tanto sobre nosotros, que se han atiborrado de tanta información sobre nuestra forma de hacer y sobre nuestras peculiaridades, pueden crear réplicas bastante creíbles de nosotros casi al instante. Tengo amigos artistas visuales y compositores que están aterrados por lo que pueda depararles el futuro, cuando llegue el día en que se les pueda pedir a los programas de inteligencia artificial que creen piezas que sean «de su estilo» y que estas generen réplicas pasables en un momento. Nick Cave, cuando alguien le enseñó una versión generada con ChatGPT de una de sus canciones, describió el fenómeno de las réplicas como «una parodia [...], una burla grotesca de lo que es ser humano».[57]

Enfrentarse a una réplica de mala calidad de uno mismo supone una humillación muy particular, mientras que enfrentarse a una de buena calidad resulta desgarrador. Ambas generan esa inconfundible agitación que caracteriza la presencia del *doppelganger*. Una agitación que se convierte en un seísmo cuando nos damos cuenta de que los individuos no son los únicos a los que se está copiando de forma artificial, por muy malo que pueda ser el resultado, sino que está ocurriendo con la existencia humana en su conjunto. Al fin y al cabo, la inteligencia artificial es una herramienta de reflejo y mimetismo: la

alimentamos con todas las palabras, ideas e imágenes que nuestra especie ha logrado amasar (y digitalizar) a lo largo de su historia, y estos programas generan un reflejo de un realismo inquietante. El mundo convertido en gólem.

«Prefiero ver un anuncio de unos zapatos bonitos que me van a gustar que anuncios de un montón de cosas feas que no quiero», dijo una alumna en una de las primeras clases. En las conversaciones que siguieron, vinimos a llamar a esta circunstancia «el problema de los zapatos bonitos» porque sintetiza muy bien uno de los motivos principales por los que el capitalismo de la vigilancia y la revolución de la IA han podido cernerse sobre nosotros sin que apenas hablásemos de ello. A muchos nos gusta que se nos ofrezca un cierto grado de personalización automática, especialmente la de los algoritmos que nos recomiendan música, libros y personas que podrían interesarnos. Y, al principio, parecía que no pasaba nada: ¿de verdad importa tanto que veamos anuncios y sugerencias basadas en nuestros gustos e intereses? ¿O que un *chatbot* nos ayude con los correos electrónicos que tenemos pendientes?

El problema es que ahora estamos metidos hasta las cejas en un sistema en el que, igual que con mi *doppelganger* de carne y hueso, hay mucho más en juego. Los datos personales que obtienen de nosotros sin que seamos plenamente conscientes de ello o lleguemos a comprenderlo del todo se venden a unos terceros que pueden influir en todo tipo de cosas, desde a qué préstamos podemos optar y hasta qué ofertas de trabajo vemos o en si nuestros empleos serán sustituidos por *bots* de aprendizaje profundo que ahora tienen una capacidad asombrosa de imitarnos. Y todas esas recomendaciones útiles y espeluznantes imitaciones proceden de los mismos algoritmos que han guiado a tantísimas personas por unos túneles de información peligrosos que acaban en la comparación de una aplicación de vacunación con el Holocausto y que quién sabe a qué otros lugares mucho más peligrosos pueden llegar. Así que resulta que todo esto no tuvo nada de benigno desde el principio. Ni siquiera los zapatos bonitos.

Siempre que oigo a jóvenes universitarios hablar de sus dificultades para lidiar con las implicaciones de los rastros de datos que inevitablemente dejan tras de sí siento una enorme nostalgia de mis años de adolescencia y juventud, cuando no había móviles. Al

echar la vista atrás, me doy cuenta de que mis amigos y yo nos movíamos por el mundo como fantasmas: nuestros problemas, vidas sexuales, quejas, gustos musicales, aventuras y formas de vestir no dejaban casi ningún rastro. No entrenaban ningún algoritmo, no se almacenaban en ninguna nube y no dejaban ningún historial en ninguna caché, salvo por la caché ocasional de algunas fotos dobladas, diarios y cartas con borrones de agua, o mensajes escritos en la pared de un baño que desaparecerían con el tiempo. Era impensable que cualquiera que no fuésemos nosotros (y quizá nuestros entrometidos padres y madres) pudiese tener el más mínimo interés en las trivialidades de nuestra joven vida. Al mundo no le importábamos, y no sabíamos la suerte que teníamos.

El pacto fáustico de la era digital —comodidades digitales gratuitas o económicas a cambio de nuestros datos— solo se nos explicó después de cerrado el acuerdo. Y representa un cambio inmenso y radical no solo en cómo vivimos, sino —y esto es mucho más importante— en para qué sirve nuestra vida. Ahora todos somos minas, minas de datos, y a pesar del carácter íntimo y trascendental de lo que se está minando, el proceso de minado sigue siendo sumamente opaco, y a sus responsables no se les pide explicación alguna.

Acordarme de todo esto me ayuda a entender a la Otra Naomi y el poder que de pronto ha encontrado en una cantidad aterradora de personas con sus afirmaciones acerca de la existencia de pasaportes de vacunación «tiránicos» y de un «sistema de crédito social del mismo estilo que el del PCC».[58] Se está aprovechando de unos miedos que casi rozan la superficie y que no nacen de la fantasía, sino de la realidad. Los pasaportes de vacunación no son un sistema de crédito social, pero las redes sociales sí se le parecen. Los códigos QR de nuestros móviles no vigilan cada paso que damos, pero, tal como sugieren todas esas astutas bromas, el móvil y otros dispositivos inteligentes sí, o al menos podrían.

Además, es sumamente peligroso y preocupante que las plataformas corporativas puedan eliminar usuarios de forma arbitraria, separándolos de la red de contactos que han tardado años en construir con sus propias palabras, imágenes y trabajo. Cuando Wolf dice que «primero purgan a tus enemigos, luego te purgan a ti»,[59] no se equivoca. Antes de que Elon Musk comprase Twitter, los

progresistas de Estados Unidos no se inquietaron demasiado ante esta amenaza porque la mayoría de los expulsados de las plataformas habían sido sobre todo sus adversarios políticos. Pero mucho antes de que Musk empezase a suspender las cuentas de los usuarios de Twitter que no le caían bien, el mismo tipo de abuso de poder había silenciado a activistas palestinos que defendían los derechos humanos a instancia del Gobierno israelí, y a defensores de los derechos de los agricultores y de las minorías religiosas a instancias del Gobierno supremacista hinduista de la India. Y aun así, en Norteamérica, dar la voz de alarma sobre la externalización de la gestión de nuestras vías informativas fundamentales a unos algoritmos controlados por compañías con ánimo de lucro que trabajan codo con codo con los Gobiernos de algún modo ha pasado a ser el dominio de la derecha política bannonita, lo que apunta a una peligrosa cesión de un importante territorio ideológico.

En el pasado, establecer medios de comunicación democráticos y no corporativos —por medio de emisiones públicas y del acceso comunitario a las ondas— fue una de las exigencias centrales del sector progresista. Aunque existen grupos de defensa de las libertades civiles que todavía plantan cara a la censura corporativa, así como grupos de defensa de los derechos civiles que luchan por la neutralidad de la red, a día de hoy, los progresistas, o la mayoría de ellos, no han convertido la lucha por una esfera informativa democrática a la que se puedan exigir responsabilidades en una de las piedras angulares de sus ambiciones políticas. Al contrario, muchos celebraron alegremente los silenciamientos por parte de las corporaciones hasta que se convirtieron en el blanco de las mismas dinámicas.

La difusión de mentiras y teorías conspiranoicas en internet está ya tan generalizada que amenaza la salud pública y, muy probablemente, la supervivencia de la democracia representativa. No obstante, la solución de esta crisis informativa no pasa por recurrir a los oligarcas tecnológicos para que hagan desaparecer a aquellos que no nos gustan. No: debemos exigir seriamente la creación de un centro digital de información que tenga la categoría de derecho cívico fundamental. Ben Tarnoff, autor y teórico sobre tecnología, plantea en su libro *Internet for the People* [*Internet para el pueblo*] que como objetivo es alcanzable, pero que el primer paso debe ser iniciar un

proceso de «desprivatización»[60] que consista en poner en manos del público las herramientas que se han convertido en nuestra plaza pública y someterlas a un control democrático. «Para construir un internet mejor, debemos cambiar de quién es propiedad y cómo se organiza», escribe, a lo que añade: «Lo que nos jugamos es nada más y nada menos que la posibilidad de la democracia, una posibilidad que un internet organizado con la motivación del beneficio impide».[61]

Esto viene a recordarnos que el hecho de que ahora algo esté cercado por una especie de acuerdo económico no significa que deba permanecer encerrado para siempre. La historia está repleta de luchas fructuosas contra cercamientos previos: hemos visto la expulsión de poderes coloniales de las que antaño fueron sus colonias; la nacionalización y el control público de minas y campos de petróleo de propiedad extranjera; las victorias legales de pueblos indígenas que reclamaban el control soberano de sus territorios ancestrales. En el pasado ya se cambiaron ciertas estructuras de propiedad injustas, y podemos volver a hacerlo.

Cabe recordar que muchas de las tecnologías que constituyen los cimientos de los gigantes tecnológicos modernos se desarrollaron en el sector público, con dinero público, ya fuese por agencias gubernamentales o por universidades de investigación públicas. Dichas tecnologías abarcan desde el propio internet hasta el GPS y el rastreo de ubicaciones. En esencia, lo que ha ocurrido es que los gigantes tecnológicos se han apropiado de herramientas de dominio público para su beneficio privado al tiempo que adoptaban el discurso de los bienes comunes al describir unas plataformas cuyo acceso exige cierto intercambio de información. Por ejemplo, cuando Musk compró Twitter, lo describió como «la plaza mayor digital donde se debaten asuntos cruciales para el futuro de la humanidad».[62]

No le faltaba razón. ¿Por qué entonces debería estar sometido a los caprichos de un solo hombre? Igual que han hecho los movimientos de descolonización del último siglo y hasta hoy, podríamos luchar para exigir la devolución de los activos comunes fundamentales que hemos perdido. Las recomendaciones de Tarnoff no son tanto una lista prescriptiva de cosas por hacer como una llamada urgente a experimentar. No existe una fórmula mágica para desprivatizar la esfera de la información, pero Tarnoff defiende que podemos recuperar internet por partes, por ejemplo con proveedores

de internet cuya propiedad recaiga en las comunidades y no en conglomerados empresariales. Tarnoff advierte, eso sí, de que no se trata de algo que la clase política, enredada y entretejida como está con Silicon Valley a todos los niveles, vaya a hacer *motu proprio*: «Desde los márgenes hacia el centro, desde los barrios hacia los pilares, la creación de un internet democrático debe ser la labor de todo un movimiento».[63]

Una vez más, el problema es que el tipo de movimiento de masas del que habla Tarnoff todavía no existe. Y es en este vacío donde mi *doppelganger* está sembrando el caos en estos momentos. Porque Wolf, con sus historias inspiradas en *Black Mirror* sobre unas aplicaciones de vacunación que «pueden apagarte la vida», no solo valida esos miedos tecnológicos latentes, sino que, junto a su nuevo compañero Steve Bannon, tiene algo de lo que carecen los progresistas: un plan sobre qué hacer al respecto, o al menos su facsímil. El plan es que promuevas las leyes «antimascarilla» y de las «Cinco Libertades» en tu región. El plan es que irrumpas en la reunión de la junta del colegio de tu zona, acuses a sus miembros de ser nazis y que te voten para ocupar su puesto. El plan es que tomes represalias contra los gigantes tecnológicos suscribiéndote a las nuevas plataformas de derechas y te «avances a los censores», según dice el eslogan de Bannon.[64] El plan es conseguir que les mandes dinero, que te unas a sus cruzadas.

La consecuencia es una dinámica perturbadora que reside en el seno mismo de la cultura del *doppelganger* en la que vivimos. En lugar de que lo que nos defina sean unos principios aplicados de forma sistemática —sobre el derecho a tener una plaza pública controlada democráticamente, por ejemplo, y a una información y una privacidad dignas de confianza—, lo que tenemos son dos bandos políticos en lucha que se definen como lo contrario de lo que diga y haga el otro en cada momento. No, la moralidad de esos bandos no es equivalente, pero en cuanto personas como Wolf y Bannon se centran en el temor sumamente real a los gigantes tecnológicos —al poder que tienen de censurar discursos de forma unilateral, de salir corriendo con nuestros datos, de crear nuestros dobles digitales—, los liberales parecen encogerse de hombros y burlarse de ellos y tratar ese conjunto de preocupaciones como cosas de tarados. En cuanto «ellos» tocan un tema, parece convertirse en algo que extrañamente casi nadie más puede tocar. Y todos esos asuntos que los liberales de la corriente

mayoritaria deciden desestimar y descuidar reciben la atención de esta nueva alianza.

Todo esto me ayuda a entender a mi *doppelganger*, pero no de un modo que en absoluto me tranquilice, porque significa que es la cara visible de algo mucho más importante y peligroso, de una mimetización de creencias y preocupaciones que se alimenta de los fracasos y de los silencios de los progresistas. Y al observar el júbilo con el que Bannon integraba las fantasías del pasaporte de vacunación de Wolf en la aterradora y movilizadora historia que les contaba a sus oyentes a diario, empecé a preguntarme qué otros miedos y rabias se estaban explotando en ese su nuevo hogar, el lugar al que he venido a llamar «El mundo del espejo».

Capítulo 6
Líneas diagonales

«¿En serio?», me pregunta Avi.

Son las once de una noche cálida de principios de junio y me acaba de encontrar haciendo yoga antes de acostarme, una práctica diaria que me alivia el dolor de espalda. Cuando llega, estoy haciendo la paloma y centrándome en la respiración para mantener una postura difícil e intensa que me abre la cadera. Y vale, sí, de fondo suena el pódcast *War Room* de Steve Bannon. Últimamente hemos llevado una vida de locos, entre el fin de curso y que la campaña para las elecciones federales de Avi ha empezado a animarse. ¿Cuándo si no me voy a poner al día del frenesí de actividad de la Otra Naomi?

Mi obsesión ha abierto una brecha cada vez mayor entre Avi y yo. Pero no solo entre nosotros; también está empeorando mucho mi aislamiento, alejándome todavía más de mis amigos y familiares. Nadie sabe que escucho *War Room*, y la sensación que tengo de que es imposible entender la nueva forma que está adoptando la política sin hacerlo es cada vez más intensa. Pero lo cierto es que estoy llegando bastante lejos: durante días, he sido incapaz de quitarme de la cabeza la canción rabiosamente anticomunista del programa («*Spread the word all through Hong Kong We will fight till they're all gone We rejoice when there's no more / Let's take down the CCP*»).[1]

En ese mismo instante me comprometo a parar, a aparcar este pasatiempo pandémico tan poco entrañable. Además, parece un buen momento para reevaluar mi hábito, ya que Twitter acaba de suspender la cuenta de Wolf, supuestamente para siempre. Me incomoda la mano dura de esta censura corporativa, pero me digo que, al perder su herramienta de comunicación pública principal, no podrá meterse (ni meterme) en tantos líos como hasta ahora.

«Bloquearé Twitter», le digo a Avi. Le prometo que este verano lo ayudaré más con la campaña y me centraré en nuestro hijo (que sigue inmerso en la fase del tiburón) y en el resto de nuestra familia a la que tan abandonada tengo.

Unas semanas más tarde, después de llevar un año viviendo en la roca y viajando a ninguna parte, nos vamos al este. A mi suegro, Stephen, le ha reaparecido un cáncer y esta vez es inoperable. Ha pedido pasar un mes con sus tres hijos y sus cuatro nietos, y a pesar de su malestar, quiere ir a su sitio favorito: la Isla del Príncipe Eduardo, un pintoresco enclave de arena roja tapizado de cultivos de patata y salpicado de faros que se extiende por la costa este de Canadá.

Esto me irá de maravilla, me digo mientras deshago la maleta y guardo los pantalones y las camisetas en los cajones de la cómoda de la casa impoluta y recién construida que hemos alquilado. Decido que dedicaré este tiempo a reencontrarme conmigo misma. Cocinaré platos saludables y deliciosos. Conectaré con todos los miembros de mi familia, sin ningún dispositivo a la vista. Y, sobre todo: no invertiré ni un segundo más de mi limitado tiempo en la Tierra en la Otra Naomi. Se acabaron los libros y las películas sobre *doppelgangers*, los pódcast sobre conspiranoias relacionadas con el covid, se acabó Bannon y, desde luego, se acabó Twitter. Fijo un mensaje en mi perfil en el que declaro que volveré en septiembre como un seguro contra recaídas.

Cuando termina el período de cuarentena impuesto por la isla y ya podemos salir y reunirnos, toda la familia se ve arrastrada por una ola de reencuentros felices y logísticas de grupo. Mis sobrinos son personas nuevas y fascinantes, y mis oídos han perdido la capacidad de abrirse paso por las conversaciones cruzadas de once personas obstinadas mientras comemos. Es absorbente en el mejor de los sentidos, y de pronto me doy cuenta de que hace más de dos semanas que no pienso en ella. ¡Menudo avance!

Bueno, casi no he pensado en ella. Sí tuve una conversación que rozaba la tangente con Michele, mi fabulosa suegra, acerca del libro de Rut, que inicié en una radiante mañana mientras nos tomábamos un café. Michele ha llevado a cabo investigaciones acerca de las figuras femeninas del judaísmo a las que la historia ha pasado por alto, y esperaba poder llegar un poco más al fondo del relato que da origen a mi/nuestro nombre. «Trata fundamentalmente de la lealtad», dice Michele sobre la historia bíblica. La lealtad de Rut hacia Noemí tras las muertes de sus respectivos maridos hace que sea, en palabras de las vecinas de Belén, «mejor [...] que siete hijos».[2]

Coincidimos en que es un mensaje bonito, incluso protofeminista, sobre los vínculos de las mujeres más allá de la sangre. Más o menos

como el vínculo entre nosotras, que empezó antes que mi relación con Avi. Teniendo en cuenta la caricaturizada figura de la suegra malvada de la cultura popular, la Noemí de la Biblia es una figura bastante progresista, una buena persona de quien heredar el nombre.

Pero aún tengo alguna pregunta en el tintero. Una vez que llegan a Belén, Noemí, ahora pobre y desesperada, le dice a su nuera que se ponga perfume, se cuele en el campo donde se trilla la cebada, donde duerme un familiar mayor y adinerado llamado Booz, le destape los pies y se acueste.[3] El objetivo es que terminen acostándose para que Rut y Noemí tengan la vida resuelta. Tras ciertas disputas, se acaban casando, lo cual desemboca, tres generaciones después, en el nacimiento del rey David.

«Noemí hace como de proxeneta entre Rut y Booz», comento con delicadeza. «¿De verdad es una persona cuyo nombre pueda estar contenta de llevar?» Michele guarda silencio durante un momento. Tiene ochenta y dos años y una lucidez increíble. Lo dejamos en que es mejor no imponer nuestros valores a las historias bíblicas y seguimos tomándonos ese café en una cocina bañada por el sol que no es nuestra. (Si quisiese imponer mis valores, podría decir que la Noemí del Antiguo Testamento demostraba tener calle y hacía lo que hiciese falta para sobrevivir en un sistema podrido y proteger el futuro de los suyos a toda costa.)

Ese fue en esos días el único contenido relacionado con Wolf, y en realidad ni siquiera tenía que ver con ella. Prefería considerarlo una sesión improvisada de estudio feminista de la Biblia. Michele me preguntó a qué se debía mi curiosidad, y habría sido descortés no hablarle un poco de mi investigación acerca de Wolf. Además, pensé que quizá ella tendría algo que aportar, ya que durante décadas escribió una columna muy leída en un periódico y recordaba vagamente que había conocido a Wolf en los noventa.

«¿Cómo era en aquella época?», pregunté, tratando de fingir serenidad.

«A ver, ese libro del mito de la belleza no me impresionó demasiado, no decía casi nada nuevo. Pero todos nos alegramos de que aquella mujer joven y guapa quisiese identificarse como feminista.»

Tenía todo el sentido del mundo. Las feministas de segunda ola tuvieron que dejarse la piel en los años ochenta, y la llegada de Wolf

en los albores de una nueva década, dispuesta a llevar la etiqueta de feminista como si fuese una moderna chaqueta torera de las que se usaban entonces, tuvo que ser un bálsamo.

Y ahí se quedó la cosa. En serio. La conversación terminó ahí. Fue muy breve, y desde luego que no fue una recaída en toda regla en el mundo de mi *doppelganger*. Eso no ocurrió hasta pasada otra semana.

He aquí cómo fue la cosa, y no voy a suavizarlo. Tenía un dolor de espalda horroroso, y como estábamos en una isla pequeña que tenía uno de los índices de casos de covid más bajos fuera de Nueva Zelanda, decidí arriesgarme y buscar ayuda profesional.

La clínica estaba a cuarenta y cinco minutos en coche y salí a media mañana, bajo un cielo raso y una carretera de dos carriles prácticamente vacía flanqueada por dunas y unos acantilados rojos contra los que chocaban las olas del Atlántico. Mientras conducía, me di cuenta de que estaba como apenas había estado en los últimos dieciséis meses: sola. Sola y rodeada de belleza natural. Una sensación de euforia me recorrió el cuerpo hasta la punta de los dedos con los que manejaba el volante.

En ese momento perfecto, podría haber escuchado cualquier cosa. Podría haber bajado las ventanillas y llenado mis oídos de oleaje y gaviotas. Podría haber puesto *Blue* de Joni Mitchell a todo trapo, la cual había redescubierto hacía poco gracias a la versión de Brandi Carlile. Pero no hice nada de eso. En su lugar, toqué el botón morado de la aplicación de pódcast, abrí *War Room* de Steve Bannon, y leí el resumen del capítulo más reciente. Era un discurso de Donald Trump, grabado en directo, en el que anunciaba que iba a denunciar a los gigantes tecnológicos por expulsarlo y silenciarlo, seguido de una reacción de...

¿Qué? ¿Por qué ella?

Deslicé hacia abajo y vi que me había perdido otras apariciones de mi *doppelganger* mientras cumplía con mi dieta libre de Wolf. Me los tragué todos, uno tras otro. Y así es como terminé parando en el arcén, con las luces de emergencia puestas, llegando ya tarde a un tratamiento muy necesario, durante mis primeras vacaciones en dos años, garabateando en una libretita roja mientras trataba de transcribir las palabras que salían del altavoz de mi móvil: «camisas negras y camisas marrones», «Fauci demoníaco», «aterrador», «tu cuerpo es propiedad del Estado», «como la política del hijo único de

China y la esterilización forzada», «geolocalización», «diabólico (dos veces)».

Eso sí fue una recaída en toda regla.

En mi débil defensa diré que la subida de estatus de Wolf en el pódcast de Bannon supuso un gran avance para la vida de mi *doppelganger*. Una cosa es que te inviten a uno de los programas insignia de la derecha trumpista para improvisar sobre los pasaportes de vacunación o para despotricar sobre Joe Biden; cualquier persona más o menos influyente que se autodenomine demócrata podría ir a hacer el numerito y no pasaría nada. Pero otra muy distinta es ser la persona a quien Steve Bannon recurre para que reacciones en exclusiva a uno de los primeros discursos de Donald Trump después de haber dejado la Casa Blanca, a quien la gran mayoría de los oyentes de Bannon tienen por el presidente legítimo de Estados Unidos (y a quien Wolf se había referido, en su vida anterior, como «un ser humano despreciable, una muy mala persona»).[4] El problema no es solo que con ello venda más libros y aumenten las suscripciones a su página web, sino el gran poder que proyecta, la capacidad de llegar y quizá influir en el comportamiento de millones de personas.

Unas semanas antes, cuando la echaron de Twitter, muchos de los usuarios se alegraron como si la hubiesen borrado de la faz de la Tierra. Sacaron a la luz capturas de pantalla de sus publicaciones más escandalosas e hicieron vídeos con ellas, con música de Céline Dion de fondo, dándole las gracias por los recuerdos que nos había dejado. Alguien tuiteó: «Ding dong, la bruja ha muerto»,[5] y justamente así de festivo era el ambiente, al menos entre los progresistas. Reconozco que su expulsión me provocó una mezcla de alivio y de vacío. Me había dado tantos disgustos… ¿De verdad aquel era el fin de su temerario viaje? ¿De verdad podía ser así de sencillo?

De lo que me di cuenta en aquel arcén fue de que no, no es así de sencillo. Bannon solía tener un contador en la parte superior de su página web que supuestamente llevaba la cuenta de las descargas de su programa. En aquella época, la cifra se acercaba a los cien millones, a los que había que sumarles los millones de transmisiones en directo que decía acumular en distintas plataformas de vídeo y cadenas de televisión. No se puede atribuir credibilidad sin más a esas cifras, viniendo como vienen del arquitecto de la reluciente torre de «verdades alternativas» de Trump. Aun así, no hay duda de que *War*

Room es precisamente eso: un centro neurálgico de la presidencia de ultraderecha que espera su turno, ya sea con Trump a la cabeza o con alguien todavía más peligroso.

«¡Acción! ¡Acción! ¡Acción!»

Ese es el mantra de *War Room*. Bannon lo repite con frecuencia. Aparece en la placa que tiene detrás de la cabeza cuando emite. Lo envía con los contenidos que saca en Gettr («el asesino de Twitter»)[6] y en su boletín de noticias (*Daily Command Brief*).

Y lo dice en serio. A diferencia de Fox News, que, a pesar de sus palpables sesgos, sigue presentándose con el formato de los noticiarios por cable, *War Room* ha construido una plataforma mediática explícitamente activista o, para ser más precisos, militarista. En el espacio que ocuparían los acicalados comentaristas televisivos, Bannon cultiva el sentimiento de que su público forma parte de una reunión tras otra entre un comandante y sus ocupados generales en el terreno que le informan desde los distintos frentes: la estrategia del Gran Robo (el cuestionamiento de los resultados de las elecciones de 2020); la estrategia del distrito (desplegar a sus soldados ideológicos rasos a escala local para evitar el «robo» de las próximas elecciones); la estrategia de los comités escolares (desafiar los planes de estudios *woke* así como las políticas relacionadas con las mascarillas y las vacunas); la estrategia del «mando por negación» (presionar a los representantes republicanos para que le nieguen a Biden cualquier victoria legislativa posible).

Puede que los presentadores y los invitados hablen entre ellos, pero la razón de ser del programa no es el debate, sino la acción. «No te vayas, que quiero hablar más de esto contigo fuera de antena», dice Bannon a menudo al final de un segmento, y el público se queda con la emoción de pensar que están siendo testigos secretos de cómo se forja la historia. Un aspecto clave del atractivo del programa es su falta de esmero, enfatizada por el aspecto desaliñado característico de Bannon: camisas dobles oscuras y arrugadas; unas caóticas ondas de cabello gris que compiten con el de Wolf en volumen, y una cara salpicada de rojeces con la que rechaza abiertamente la impostura del maquillaje televisivo. Es un programa que no tiene espectadores, sino miembros orgullosos de pertenecer a la «cuadrilla de *War Room*» o, cuando a Bannon le sobreviene un momento de euforia, a los denominados soldados de su «caballería».[7]

Si Naomi Wolf era la invitada de referencia de Bannon, no solo para vituperar los preceptos de las vacunas sino también para darles la vuelta en directo a los discursos de Trump, significaba que había cruzado un umbral totalmente nuevo y había pasado a ser una actora de pleno derecho en ese círculo. Poco después, Wolf llegaría incluso a unirse a la demanda colectiva de Trump contra Twitter como codemandante, plantando cara a los mismos que la echaron de la plataforma (aunque seguía afirmando que estaba «profundamente» en desacuerdo con Trump en lo «ideológico»)[8]. Fue allí, en el arcén de aquella carretera, donde tuve la total certeza de que lo que fuese que estaba ocurriendo con ella no solo me afectaba a mí por la específica razón de que era mi *doppelganger*, sino que era mucho más grave. Si alguien como ella podía cambiar de alianzas de una forma tan drástica, el motor de dicha transformación parecía digno de estudio, especialmente porque, para entonces, ya era evidente que había todo un sector liberal y de izquierdas que estaba dando un volantazo «posizquierda» similar hacia la ultraderecha.

A pesar de haber seguido las excentricidades de Wolf durante años, o, mejor dicho, de que ellas me hubiesen seguido a mí, la decisión con la que cruzaba esos límites me cogió por sorpresa. ¿Cómo había logrado —como feminista judía que había escrito un libro advirtiendo de la facilidad con la que el fascismo puede ahogar a las sociedades abiertas— justificarse a sí misma esta alianza con Trump y Bannon? ¿Y, es más, cómo se había justificado Bannon —como orgulloso católico antiabortista al que en su día acusaron de violencia doméstica y cuya exmujer dijo ante un tribunal que él no quería que sus hijas «fuesen al colegio con judíos»—[9] su colaboración con Wolf? (Bannon se declaró inocente de los cargos de violencia doméstica, los cuales se desestimaron cuando su mujer no se presentó al juicio, y niega el comentario acerca de los judíos.) A pesar de estas contradicciones, Wolf no era una invitada habitual más en el programa de Bannon, sino que se estaba convirtiendo rápidamente en una de sus colaboradoras más reconocibles. En el punto álgido de su colaboración, Wolf apareció en *War Room* casi todos los días laborables durante dos semanas. Llegaron incluso a mezclar sus marcas para llevar a cabo las «investigaciones sobre Pfizer de DailyClout y *War Room*», en las que entraban en bucles varios respecto de las vacunas, y las metieron en un libro electrónico. Claramente,

ninguno iba a dejar que sus principios del pasado se interpusieran en esta nueva unión.

Lo que yo intentaba entender era lo siguiente: ¿qué nos dice esta improbabilísima amistad sobre la forma en que el covid ha redefinido el mapa político de un país tras otro hasta desdibujar las fronteras entre la derecha y la izquierda y provocar que grupos hasta entonces apolíticos se echen a la calle? ¿Qué relación guardaba con los «luchadores por la libertad» que habían impedido el acceso de ambulancias a los hospitales que obligaban a su personal a vacunarse? ¿O que se negaban a creerse el resultado de las elecciones que no salían como querían? ¿O que negaban la evidencia de los crímenes de guerra de Rusia? ¿O que..., o que..., o que...?

Un meridiano diagonal global

Naturalmente, la reorganización de la política que se ha convertido en uno de los legados principales del covid va mucho más allá de Wolf y Bannon. El período alucinatorio en el que la pandemia se mezcló con las agitaciones económicas y los desastres climáticos aceleró todo tipo de coaliciones entre compañeros de cama inesperados que se materializaron en grandes manifestaciones, primero contra los confinamientos y luego contra cualquier otra medida sensata que pudiera haber ayudado a que los confinamientos dejasen de ser necesarios. Estas nuevas alianzas terminaron dando lugar al autoproclamado Convoy de la Libertad que durante tres semanas impidió el acceso a Ottawa, la capital de mi país, y que luego se extendió por Estados Unidos y Europa, y en el que las exaltaciones relacionadas con el covid mutaron en un clamor más general y amorfo por «la libertad».

Estas formaciones aúnan muchas cepas políticas y culturales diversas: la derecha tradicional; la ultraderecha conspiranoica de QAnon; subculturas de la salud alternativa que normalmente se asocian con la izquierda ecologista; una pizca de neonazis; personas con hijos (principalmente madres blancas) furiosas contra un montón de cosas que pasan y que no pasan en los colegios (mascarillas, vacunas, baños unisex, libros antirracistas); propietarios de pequeñas empresas enfadados por los impactos a menudo devastadores de los

controles del covid en sus balances y que terminaron entregándose a una rabia generalizada que abarcaba desde la inflación hasta las cocinas de inducción. En el seno de estas nuevas convergencias hay un conjunto de desavenencias importantes; Wolf, por ejemplo, no es ni seguidora de la secta de QAnon ni neonazi. Aun así, impelidos por desinformadores con grandes altavoces como ella y como Bannon, muchos parecen coincidir en que la pandemia fue un complot planeado por las élites de Davos para forzar el rediseño de la sociedad bajo la bandera del Gran Reinicio.

Dentro del discurso de la ultraderecha, dicho plan encubierto pretende imponer una dictadura ecologista/socialista/venezolana/ presidida por Soros/de la obligatoriedad de la vacuna, mientras que en el de la nueva era se advierte de la dictadura de las farmacéuticas/ de los OGM/de los implantes biométricos/del 5G/de los perros robot/ de la obligatoriedad de la vacuna. Dejando a un lado el ingrediente del covid, las teorías conspiranoicas que forman parte de esta convergencia política no son nuevas; la mayoría hace décadas que circulan, y algunas son libelos de sangre muy antiguos. La novedad es la fuerza de la atracción magnética que está acercando a los diversos grupos, que están viniendo a formar lo que la reportera de *Vice* Anna Merlan ha llamado «singularidad conspiranoica».[10]

En Alemania, este movimiento suele describir sus políticas como *Querdenken* (que significa ‘pensamiento lateral’, ‘diagonal’ u ‘original’) y ha forjado unas preocupantes alianzas entre los obsesos de la salud de la nueva era, quienes se oponen a introducir nada que sea impuro en unos cuerpos que tanto se esfuerzan por cuidar, y varios partidos neofascistas, quienes adoptaron el grito de batalla antivacunas como parte de la resistencia a la «dictadura higiénica» en los tiempos del covid. (Con ello pretendían evocar el recuerdo de la «higiene racial» de la época nazi, como si pudiese compararse la atrocidad nazi de tratar a seres humanos como si fuesen gérmenes con tratar a los gérmenes como si fuesen gérmenes.) Inspirados por el término *Querdenken*, pero sin centrarse únicamente en Alemania, William Callison y Quinn Slobodian, estudiosos de la política europea, describen estas alianzas políticas emergentes como «diagonalismo». Así lo explican:

> Nacidos en parte de las transformaciones de la tecnología y la comunicación, los «diagonalistas» suelen impugnar los sobrenombres convencionales de

derecha e izquierda (aunque en general se arqueen hacia las creencias de ultraderecha) para expresar ambivalencia, cuando no cinismo, hacia la política parlamentaria, y para mezclar convicciones sobre el holismo e incluso la espiritualidad con un obstinado discurso centrado en las libertades individuales. En los extremos, los movimientos diagonales comparten la convicción de que en todo poder hay conspiración.[11]

A pesar del discurso pospartidista, los que han logrado absorber las pasiones arrebatadas y la energía del diagonalismo son los partidos de derechas, y a menudo de utraderecha, de todo el mundo. Lo han hecho integrando sus quejas de la época del covid en unos proyectos que ya tenían, caracterizados por ser contrarios a todo lo *woke* y por dar pábulo al miedo a las «invasiones» de migrantes. No obstante, para estos movimientos es importante presentarse (y considerarse) como escisiones de la política de siempre; decir que son algo nuevo que trasciende los polos izquierda-derecha tradicionales.

Por eso es tan importante para ellos la participación de progresistas o liberales autoproclamados y conocidos, y es que su papel no es renegar de los objetivos de justicia social y abrazar la visión del mundo de la ultraderecha (la senda que siguieron célebres extrotskistas como Irving Kristol a mediados del siglo XX). No, deben seguir identificándose como miembros orgullosos de la izquierda o como liberales comprometidos y afirmar que quienes han traicionado sus propios ideales son los movimientos y tendencias de los que formaron parte en el pasado; los mismos que han dejado a estos sujetos de una valentía incomparable huérfanos políticamente y en busca de nuevas alianzas. Estos exiliados del progresismo se presentan no como tránsfugas sino como personas leales; los impostores, los farsantes —dicen—, son los que un día fueron sus camaradas y compañeros.

Junto a otros personajes de este tipo, mi *doppelganger* está especialmente versada en esta maniobra. Por ejemplo, cuando empezó a aparecer en medios de comunicación de derechas en 2021, su postura era reticente, de todo menos desafiante. Decía haber votado a Biden, subrayaba que solía escribir para *The New York Times* y *The Guardian* y aparecer en MSNBC, y se describía a sí misma como una de las liberales «favoritas de la prensa».[12] Sin embargo, ahora aseguraba que los programas de derechas como el de Carlson y Bannon eran los únicos que se atrevían a darle voz.

Por su parte, cada vez que un fogoso presentador de derechas

invitaba a Wolf a su programa, se regodeaba presentándola con un resumen extendido y adornado de todas sus credenciales liberales y mostraba su asombro ante el hecho de que pudiesen estar en el mismo bando. «Nunca pensé que hablaría contigo fuera de un debate»,[13] aseguró Tucker Carlson la primera vez que la invitó. Entonces, en referencia a un tuit en el que Wolf decía que se arrepentía de haber votado a Biden, añadió: «Me impresionó mucho la valentía que demostraste al escribirlo: estoy seguro de que ese tuit te costó algunas amistades, igual que estar hoy aquí». Wolf sonrió melancólicamente y asintió, aceptando el recibimiento del héroe.

Cuando apareció en el pódcast presentado por uno de los negacionistas del cambio climático y provocadores de la derecha más ruidosos de Gran Bretaña, James Delingpole,[14] este empezó diciendo: «Esto es tan asombroso [...] hace cinco años, la idea de que tú y yo compartiríamos mesa [...]. Te había metido en el mismo saco que a la Otra Naomi; Naomi Klein, Naomi Wolf... ¿qué diferencia hay?». (Insertar grito ahogado por mi parte.) Y seguía: «Y ahora, aquí estamos. Porque creo que somos aliados en una guerra mucho más grande. Y tú has estado luchando con uñas y dientes; te felicito».[15] Y, de nuevo, se dejó halagar mientras se hacía la tímida en aquellas incómodas primeras citas políticas.

A medida que fue pasando el tiempo y se fue convirtiendo en una cara habitual, Wolf parecía encantada con su nuevo rol, interpretando con muchas ganas el papel de la élite liberal costera que a los populistas de derechas les encanta odiar, e incluso dejaba caer palabras en francés en sus apariciones en el programa de Steve Bannon. Durante un segmento sobre el confinamiento impuesto en Francia, preguntó: «¿Dónde queda lo de *Liberté, égalité, fraternité*?», como si la mayoría de sus oyentes no fuesen los mismos que habían cambiado el nombre de las «*french fries*» por «patatas libertad» después de que Francia se negara a acompañar a George W. Bush en la invasión de Irak de 2003. Y la primera vez que fue a su programa, le dijo a Bannon: «He pasado años pensando que eras el diablo, sin ánimo de ofender. Ahora estoy encantada de compartir trinchera contigo y con personas de todo el abanico político en la lucha por la libertad [...]. Debemos desprendernos de estas etiquetas inmediatamente para unirnos en la lucha por la Constitución y nuestras libertades».[16]

El mensaje clave con el que debemos quedarnos sobre la política diagonalista es el siguiente: el hecho mismo de que se estén forjando estas alianzas tan poco probables, que las personas que participan de ellas estén dispuestas a unirse bajo un propósito común a pesar de sus diferencias pasadas, debe entenderse como la prueba de que su causa es urgente y necesaria. ¿De qué otra forma podría justificarse Wolf que ahora esté formando equipo con Bannon, quien, junto con Trump, normalizó un discurso político que deshumanizaba a los migrantes como un otro monstruoso, tachándolos de violadores, de pandilleros y de portadores de enfermedades? Esta es también la razón por la que Wolf se apoya tanto en analogías históricas extremas que le permiten comparar las medidas sanitarias contra el covid con el régimen nazi, con el *apartheid*, con la esclavitud.[17] Necesita de este tipo de recrudecimiento retórico para justificar sus nuevas alianzas. En la lucha contra la «esclavitud eterna» o contra un Hitler moderno, todo —incluido el compañero con el que terminas compartiendo cama— es un detalle sin importancia. En muchos sentidos, se parece a la presión a la que los líderes de los cristianos evangélicos sometieron a sus fieles para que dejasen a un lado el hecho de que el comportamiento de Trump —las aventuras amorosas, las presuntas agresiones sexuales, las mentiras, la crueldad— se apartase de los valores que profesaban. Para poder hacer tal cosa, tuvieron que presentarlo, con total seriedad, como un mensajero divino aunque caótico que había sido enviado a la Tierra para luchar contra el *doppelganger* del propio Dios: el diablo. Cuando lo que está en juego es la salvación eterna, ¿a quién le importa que vaya por ahí agarrando coños?

Pero en la alianza Bannon-Wolf, ¿cuál es la causa mayor, exactamente?

¿Qué está sacando el uno del otro?

La fiebre del covid

A menudo aparece alguien que me pregunta una versión u otra de lo siguiente: ¿qué fue lo que la llevó hasta el precipicio? ¿Qué hizo que perdiese el control hasta ese punto? Quieren un diagnóstico, pero, a diferencia de ella, yo no me siento cómoda haciendo de médico. Lo que sí podría ofrecer es una especie de ecuación para explicar el

desembarco de personas de izquierdas y liberales en la derecha autoritaria. Sería algo así como: Narcisismo (Grandiosidad) + Adicción a las redes sociales + Crisis de la mediana edad ÷ Escarnio público = Fusión nuclear con la derecha. Y en ese cálculo habría algo de cierto.

No obstante, cuanto más sé sobre sus actividades recientes, menos capaz me siento de aceptar la premisa de estas preguntas, porque implican de algún modo que, cuando se cayó por el precipicio, se estrelló. Una descripción más precisa sería que Wolf se lanzó por un precipicio y aterrizó sobre los brazos de millones de personas que aceptan cualquiera de sus extraordinarias teorías sin cuestionarlas, y que parecen adorarla. Por eso, y aunque no hay duda de que ha perdido lo que podríamos llamar «la chaveta», ha encontrado mucho más. Ha encontrado un mundo nuevo.

A las feministas de la generación de mi madre, la disposición de Wolf a alinearse con las mismas personas que están librando una guerra contra la libertad de la mujer les resulta desconcertante. Y, por un lado, lo es. Hace poco, en 2019, Wolf describió su malhadado libro *Outrages* como un «relato sobre los peligros que entraña que el Estado secular tenga el poder de meterse en tu habitación».[18] Ahora se ha aliado con la misma gente que llenó la Corte Suprema de Estados Unidos de aspirantes a tecnócratas cuyas acciones están obligando a niñas preadolescentes a llevar adelante embarazos contra su voluntad. Pero, por otro lado, sus acciones son la síntesis perfecta de los valores de la economía de la atención, la cual nos ha entrenado a tantos a medir nuestra valía con unas matrices sin refinar basadas en el volumen. ¿Cuántos seguidores tengo? ¿Cuántos «me gusta»? ¿Cuántos retuits? ¿Cuántos han compartido mi contenido? ¿Cuántas visualizaciones llevo? ¿Se ha convertido en tema del momento? Estos parámetros no miden si algo está bien o mal, si es bueno o malo, sino cuánto volumen, cuánto tráfico, genera en la red. Y si el volumen es lo que cuenta, estas estrellas que cambian de chaqueta y alcanzan niveles nuevos de popularidad entre la derecha no se han perdido; han sido encontradas.

«Algunos escritores se dan a la bebida, otros se dan al público», dijo Gore Vidal ya en 1981.[19] Wolf se dio al público de una forma que Vidal, cuyo apogeo fue anterior a las redes sociales, no habría podido imaginar. Wolf entendió la magnitud del giro hacia la economía de la

atención antes que la mayoría de los autores de su generación. En 2008 abrió una cuenta de Facebook y aprovechó al máximo el potencial de autopublicación que ofrecía la plataforma para enviar al mundo sus teorías largas, sin revisar y a menudo carentes de todo fundamento y, en cuanto la tecnología lo permitió, se puso a emitir vídeos en directo.

Puede que como investigadora no valga mucho, pero internet se le da de maravilla. Embala sus ideas en listículos perfectos para la era del ciberanzuelo: «La América fascista en 10 sencillos pasos». (Atención al número 10.) «Liberemos nuestras Cinco Libertades.» Su página web, DailyClout, es la prueba de su gran dominio del arte de la monetización en internet: no solo logra llamar la atención, sino que además la convierte en dinero. Incluye anuncios, vende productos engalanados con un logotipo de un lobo estilizado («El poder está en la manada»), y cobra 3,99 dólares al mes por una suscripción «premium» y 9,99 por una suscripción «pro».[20] También acepta donativos, a pesar de que lo suyo es un negocio, no una organización benéfica, por no hablar de que uno de los propósitos originales de la página —ofrecer acceso a los anteproyectos de ley y a las resoluciones del Gobierno— consiste en vender algo a lo que ya se puede acceder de forma sencilla y gratuita. Es un poco como montar un peaje para entrar en una biblioteca pública, una estafa descarada.

En este contexto, el nombre que le puso a su página web es muy revelador, ya que refleja esa figura tan propia de nuestros tiempos en la que se ha convertido en la última década: la de una cazadora de fama. La fama es la divisa exenta de valores de la era de la conexión permanente que actúa como sustituta del propio dinero y como conducto hacia él. No es el cómputo de lo que haces, sino del volumen que ocupa tu esencia en el mundo. Hacerte la víctima te reporta fama; victimizar a otros también. Eso es algo que se sabe tanto en la izquierda como en la derecha. Así como la influencia persuade, la fama okupa, invadiendo espacio por el mero hecho de ocuparlo.

Por eso, si las muchas muchísimas teorías conspiranoicas que Wolf ha planteado en los últimos años siguen algún patrón, no es otro que este: tratar sobre los temas que acaparan las noticias y que caldean el ambiente. Evidentemente, ninguno de los que nos dedicamos a ofrecer análisis sobre lo que está ocurriendo en el mundo somos inmunes a aprovechar el momento adecuado para sacar una

opinión polémica. Pero desde Assange hasta el ébola, pasando por ISIS, lo de Wolf fue mucho más allá: al afirmar que tenía cierta información secreta en su poder y que había destapado ella sola, y al decir que estaba siendo objeto de una terrible persecución por atreverse a compartirla, fue capaz de meterse en medio de un sinfín de conversaciones culturales en tendencia. Allí donde los ánimos estuvieran caldeados, estaba ella.

Y nada había alcanzado jamás el nivel de caldeamiento ni había sido un terreno tan potencialmente fértil para cosechar fama como el covid. Todos sabemos por qué: ocurrió a escala global; fue simultáneo, y pasamos semanas, meses, años conectados digitalmente, hablando sobre lo mismo en las mismas plataformas globales. Tal como escribe Steven W. Thrasher en *The Viral Underclass* [*Los marginados virales*], el covid fue «la primera pandemia vírica que también se vivió a través de historias virales en las redes sociales», lo que creó «una especie de viralidad al cuadrado».[21]

Esta viralidad al cuadrado hacía que, si publicabas el contenido relacionado con la pandemia adecuado —acompañado del pertinente batiburrillo de palabras clave («Gran Reinicio», «FEM», «Bill Gates», «fascismo», «Fauci», «Pfizer»)— y le ponías un título al estilo de los cebos de las publicaciones sensacionalistas («Los líderes que se están confabulando para dejarnos indefensos», «Lo que no quieren que sepas», «¿Que Bill Gates ha dicho QUÉ?»), podías subirte a una alfombra mágica digital que haría que todas las experiencias de viralidad anteriores pareciesen una broma. Quienes juegan a este juego lo conocen bien: por ejemplo, el vídeo viral *Plandemic* puso en marcha las teorías conspiranoicas sobre el covid en los primeros días de confinamiento, acumulando ocho millones de visitas en la primera semana. Su director, Mikki Willis, declaró a *Los Angeles Times*: «Sabíamos que el diseño tenía un tono conspiranoico y chocante. Por desgracia, en los tiempos que corren, hay que hacerlo así para llamar la atención de la gente».[22]

Los *doppelgangers* del desastre

Esta es una versión del capitalismo del desastre que he detectado en *shocks* anteriores. En el pasado, he hablado de empresas privadas que

se rebajan a sacar provecho de las necesidades urgentes y de los miedos que aparecen tras huracanes o guerras vendiendo hombres armados y servicios de reconstrucción a precios desorbitados. Ese es el capitalismo del desastre de la vieja escuela, que nos mete la mano en el bolsillo; aquí, en cambio, de lo que hablamos es de un capitalismo del desastre que explota nuestra atención en un momento en el que bien podría decirse que la atención es el bien más valioso de nuestra cultura. Las teorías conspiranoicas siempre han abundado en tiempos de crisis, pero nunca antes habían sido una industria en auge en sí mismas. En palabras de William Callison y Quinn Slobodian, el covid fue una «conspiranoia capitalizable».[23]

Además de enfrentarnos a los intentos habituales de introducir por la puerta de atrás unas políticas que benefician a las élites corporativas a expensas de públicos más extensos, y de enriquecerse directamente de la necesidad de equipos y tratamientos médicos (fenómenos que hemos visto con total claridad durante la pandemia), también tuvimos que lidiar con un pequeño ejército de diagonalistas que vendían unas teorías de la conspiración extravagantes según las cuales esta catástrofe fue orquestada por una camarilla de lo más turbia cuyo objetivo era implementar su Nuevo Orden Mundial o sus planes eugenésicos. He venido a considerar este ejército, tan dependiente de la conjetura y de las exageraciones de los ciberanzuelos, como los *doppelgangers* del desastre, ya que sus numeritos sumamente rentables sirven para distraer al público de los escándalos auténticos que tenemos ante nuestros ojos y que necesitan que les prestemos atención urgentemente. Los incentivos económicos de este tipo de contenido de internet son un factor que ayuda mucho a explicar esos personajes públicos que parecían haberse convertido en otra persona durante ese primer año de covid, en alguien más maníaco, más rabioso y más dispuesto a quemar sus naves, a hacer declaraciones extravagantes y a compartir información poco fiable de fuentes dudosas si tenía posibilidades de ser arrastrada por una corriente fuerte en el océano digital. Podría hacer una lista, pero estoy segura de que cada cual ya está haciendo mentalmente la suya: «Siempre había confiado en fulanito. ¿Qué le ha pasado? Es como si tuviese un *alter ego* y se hubiese dejado absorber por él».

Es muy probable que el enfoque de la adicción sea el más útil para entender estas transformaciones de personalidad tan

discordantes. En *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, el clásico de la literatura de los *doppelgangers* de Robert Louis Stevenson, el doctor Henry Jekyll tiene el poder de convertirse en Edward Hyde gracias a una misteriosa poción, pero con el tiempo la poción deja de surtir efecto y el doctor Jekyll original se pierde por completo. Cuando observo el comportamiento de los últimos años de varias personas a las que solía conocer y de cuya compañía y trabajo había disfrutado, me parece evidente que se están bebiendo a tragos una poción liberadora de dopamina que los ha convertido, tal vez para siempre, en versiones digitales del señor Hyde. Y estoy convencida de que mi *doppelganger* conoce bien esta historia gracias a otro siniestro detalle con el que me crucé en este viaje: en 1995, su padre, Leonard Wolf, publicó *The Essential Dr. Jekyll & Mr. Hyde: The Definitive Annotated Edition of Robert Louis Stevenson's Classic Novel* [*Guía básica de El Dr. Jekyll y Mr. Hyde: La edición anotada definitiva de la novela clásica de Robert Louis Stevenson*], la cual se presentaba como «la edición más completa» del «clásico relato de Robert Louis Stevenson sobre la dualidad», y contenía «todo lo que siempre has querido saber sobre la doble personalidad más famosa de la literatura».[24]

A pesar de las razones que pudiese tener Wolf para no tomarse a la ligera el peligro de engancharse a la dopamina digital, pocos podían sacar más provecho de sus subidones durante la pandemia que ella, y es que muy pocos habían vivido un descalabro como el suyo después de aquella incomodísima entrevista de la BBC en 2019. Si queremos encontrar el punto de partida, el momento que cimentó el viraje futuro de Wolf hacia la derecha populista, seguramente fuese el momento en que la pillaron en directo en la BBC, sumado a la humillación, a las burlas y a la destrucción de los ejemplares de su libro que vinieron después. Rosie Boycott, una feminista británica que conocía a Wolf de la época de *El mito de la belleza*, observó que tras la debacle de *Outrages*, y ante la imposibilidad de volver a pertenecer a las élites intelectuales liberales, «tuvo que encontrar un mundo nuevo en el que encajar, donde los hechos no importen, y ese es el mundo en el que se ha metido. No había ninguna duda de que allí se convertiría en una superestrella».[25]

Lo contrario de cancelada

Ahí radica la ironía de que el Twitter más liberal celebrase la supuesta desaparición de Wolf (al menos hasta que Musk volvió a abrirle la puerta). Como la mayoría de los liberales y las personas de izquierdas no ven ni escuchan a Bannon, ni los demás programas en los que se ha convertido en colaboradora habitual, pensaban que había dejado de ser un motivo de preocupación.

«D. E. P.»

«Muerte registrada.»

Es un poco como cuando los niños creen que el mundo desaparece cuando cierran los ojos, porque Wolf está muy lejos de haber sido desterrada de la esfera pública: gracias a Bannon y Carlson, ahora tiene un foco y una base de seguidores mucho más grandes que nunca desde sus gloriosos días en los años noventa.

Aun así, la extensa creencia de que se había vuelto irrelevante hizo que me preguntara si eso a lo que suele llamarse la cultura de la cancelación es en parte una consecuencia de cómo estas plataformas nos han programado con sus herramientas. Hace muchos años que no bloqueo a nadie en Twitter, pero sí silencio muy fácilmente; en cuanto veo un ataque con mala fe o me doy cuenta de que las publicaciones de alguien siempre me ponen de mal humor, le doy a «silenciar». Es un gesto agradable, y concede un punto de autodeterminación en unas plataformas en las que todo está determinado por terceros, pero también me inquieta la facilidad con la que podemos apagar la voz de otros seres humanos. Me da miedo pensar que hacer desaparecer a alguien con solo pulsar una tecla esté creando hábitos. (Igual que seguro que algún hábito está forjando el placer sádico que proporciona formar parte de una turba que lleva a la expulsión permanente de alguien de una plataforma.)

En cuanto nosotros mismos hemos hecho desaparecer a alguien (¡puf!, ¡problema resuelto!), puede ser más fácil aceptar que las empresas tecnológicas hagan lo mismo y echen a los suyos con un mensaje automático. Puede incluso volverse más fácil hacer lo mismo en las relaciones en el mundo real, algo que sin duda le ocurrió a la Otra Naomi. Wolf ha publicado miles de mensajes en los que habla con todo lujo de detalles de los familiares, vecinos y amigos que la borraron de su vida por sus comentarios sobre el covid, entre ellos una amiga íntima que «se fue del país sin despedirse», «una amiga cuya hija tuvo un bebé y que no me dejaba entrar en su casa para verlo» y

«el amigo que me dijo que no se juntaba en interiores con personas que no se habían vacunado».[26]

Cuando utilizamos estas vías para expulsar a alguien de las redes sociales —ya sean digitales o en la vida cotidiana—, puede que parezca que han desaparecido de veras, que de verdad han sido silenciadas. Nada más lejos de la realidad. Cuando se echa a alguien de las conversaciones o comunidades progresistas porque ha dicho algo ofensivo o que denota ignorancia, o porque ha cuestionado una ortodoxia identitaria, o porque ha alcanzado el éxito demasiado rápido y se considera que ya es hora de que alguien le baje los humos, su ausencia suele ser motivo de celebración, como ocurrió con el destierro de Wolf en Twitter. Pero estas personas no desaparecen solo porque ya no las veamos. Se van a otros sitios. Y muchos entran en el Mundo del Espejo: un mundo que guarda un siniestro parecido con el nuestro, pero cuya distorsión es evidente.

¿Que te expulsan de Twitter? Pues regístrate en Gettr, la copia rival y de derechas de Twitter fundada por el exconsejero de Trump Jason Miller: «A diferencia de los oligarcas de Silicon Valley, Gettr NUNCA venderá tus datos».[27] (Wolf tiene unos 200.000 seguidores en esta plataforma, más de los que tenía en Twitter antes de que le dieran la patada.)

¿Que te censuran en YouTube? Hazte una cuenta en Rumble.

¿Que te vetan en Instagram? Prueba Parler. «Habla con total libertad», nos urge la empresa, en «la primera red social que se rige por la Primera Enmienda».[28]

¿Que GoFundMe se niega a repartir el dinero que has recaudado para dar apoyo a tu Convoy de la Libertad de referencia porque dicen que los fondos se usarían para financiar actos de violencia y acoso? No te preocupes, GiveSendGo, «la página cristiana de recaudación de fondos número 1» repartirá el dinero, junto con una oración, sin hacer ningún tipo de pregunta.

Bannon incluso está vendiendo su propia moneda, la «moneda FJB»; naturalmente, las siglas significan «*Fuck Joe Biden*» [«Que le jodan a Joe Biden»]. Porque, según dice, ya no se puede confiar en la moneda estadounidense ya que los demócratas la han devaluado y nos está «haciendo polvo a diario. Por eso necesitamos alternativas».[29]

Casi todo el mundo con quien hablo hoy día parece estar perdiendo a alguien que se ha sumergido en el mundo del espejo.

Personas a las que conocían pero que de algún modo ahora nos resultan desconocidas, lo cual nos aboca a una sensación de desconcierto e inquietud.

«Ya no puedo hablar con mi hermana.» «Mi madre se ha caído en la madriguera.» «Estoy buscando la manera hacer que mi abuela deje Facebook.» «Era mi héroe. Ahora, cada vez que hablamos acabamos a gritos.»

¿Qué les ha pasado?

Cuando miramos el mundo del espejo, puede parecer evidente que millones de personas se han dejado llevar por la fantasía, por los espejismos, por un teatro. Pero lo que lo complica todavía más, lo que hace que sea tan siniestro, es que eso es lo que ven ellos cuando nos miran a nosotros. Dicen que vivimos en un «mundo ridículo», que estamos atrapados «en un Matrix» del «pensamiento de grupo», que padecemos un tipo de histeria colectiva llamada «psicosis de formación de masas»[30] (un término inventado). La cuestión es que, cada uno desde su lado del cristal reflectante, no es que discrepemos sobre distintas interpretaciones de la realidad; lo que se discute es quién vive en la realidad y quién vive en una simulación. Curtis Yarvin, un intelectual de andar por casa de la derecha bannonita, afirma: «Mi labor [...] es despertar a la gente de este *Show de Truman*».[31] Naomi Wolf dice que los niños que llevan mascarilla en el colegio se convierten en criaturas espeluznantes y espectrales «inmóviles [...] como los niños de Stepford».[32]

Las menciones a Stepford son habituales en ella. En julio de 2022, acudió a un pódcast de derechas de algo llamado *Today's News Talk* y compartió lo que describía como sus «reflexiones más recientes».[33] Había observado que, cuando iba a la ciudad de Nueva York, donde la inmensa mayoría de la población se ha vacunado, la gente le parecía... diferente. De hecho, era, directamente, como si no fuesen personas.

«No percibes la energía humana del mismo modo, es casi como si el campo energético hubiese desaparecido, son como hologramas [...].[34] Se ha convertido en una ciudad de fantasmas, estás ahí, los ves, pero no los sientes.» Y había notado algo aún más extraño: «Las personas [vacunadas] ya no huelen. No los puedes oler. No hablo de cuando alguien huele mal o no huele a nada... no estoy hablando de desodorantes. Lo que digo es que no huelen como si hubiese un ser

humano cerca, y tampoco dan la sensación de que haya un ser humano cerca».

Según le explicó a la presentadora, todo ello se debía a las «nanopartículas lípidas»[35] del ARNm de las vacunas, ya que estas «van al cerebro, van al corazón y como que los apelmaza». Podía ser incluso que «la longitud de onda que es el amor» estuviese sufriendo este «apelmazamiento [...] reduciendo así su capacidad de transmitir».

Para concluir, dijo: «Así es como funcionan estas nanopartículas lípidas».[36]

Las nanopartículas lípidas no funcionan así. Las vacunas no funcionan así. Nada funciona así. Además, y no me puedo creer que esté escribiendo estas palabras, las personas vacunadas siguen oliendo como a humano. Quizá Wolf tenía covid y su propio sentido del olfato se vio afectado, como les ha pasado a muchos que padecen covid de larga duración. Y aun así, la presentadora confesó que ella también había notado que las personas vacunadas olían a fantasma. ¡Cuánto se alegraba de que Wolf hubiese tenido el valor de verbalizarlo!

Evidentemente, todo eso es una locura, el tipo de cosa que hace que me sienta superior y pagada de mí misma, como las bromas de los móviles. Pero, de nuevo, ese es precisamente el problema: muchas de las palabras de Wolf, por muy divorciadas de la realidad que estén, apelan a algo real. Porque la falta de vida y alienación de las ciudades modernas es real, y también es cierto que se agravaron durante la pandemia y que, en cierto sentido, muchos nos sentimos menos vivos, menos presentes, más solos. Pero eso no es culpa de la vacuna, sino del estrés y de la velocidad y de las pantallas y de la ansiedad, todos ellos derivados del capitalismo en su fase necrotécnica. Pero, si un bando dice que eso está muy bien y que es normal y el otro dice que es «inhumano», no debería sorprender a nadie que lo segundo resulte tremendamente seductor.

En mi estudio de los *doppelgangers*, he aprendido que existe una condición médica llamada síndrome de Capgras. Quienes lo padecen están convencidos de que las personas que forman parte de su vida —cónyuges, hijos, amigos— han sido sustituidas por réplicas o *doppelgangers*. Según el historiador del cine Paul Meehan, es probable que su descubrimiento inspirase clásicos de la ciencia ficción como *La invasión de los ultracuerpos* y *Las mujeres de Stepford*.[37] Pero ¿cómo se llama el fenómeno en el que una sociedad se divide en dos facciones

opuestas, cada una de las cuales está convencida de que la otra ha sido sustituida por *doppelgangers*? ¿Hay algún síndrome que lo explique? ¿Algún remedio?

Volvamos a la pregunta inicial: ¿qué gana Wolf con su alianza con Bannon y con su nueva vida en el mundo del espejo? Todo. Está recuperando todo lo que un día tuvo y perdió: atención, respeto, dinero, poder, solo que a través de un espejo que lo distorsiona todo. En *El paraíso perdido* de Milton, Lucifer, un ángel caído, consideraba mejor «reinar en el infierno que servir en el cielo».[38] Bien podría ser que mi *doppelganger* siga pensando que Bannon es el diablo, pero tal vez piense que es mejor servir a su lado que seguir siendo objeto de burla en un lugar que se vende como paradisíaco, pero que todos sabemos que tiene su propio lado infernal.

¿Y Bannon? ¿Qué gana él con las alianzas diagonales con personas como Wolf? ¿Qué tiene ella que él necesite? Es más, ¿qué sacaba él del covid y de todas las conspiranoias que revoloteaban a su alrededor, unas historias siniestras que hoy se han convertido en el marco de su programa (que solía llamarse *War Room* y que en 2020 pasó a llamarse *War Room. Pandemic*)? Bannon no lo hace por la fama, porque ya la tiene, y a espuertas, o, al menos, no lo hace solo por la fama. Tiene en mente un desenlace, y lo que empezaba a quedarme cada vez más claro era que, en el camino hacia él, mi *doppelganger* jugaba un papel capital.

Capítulo 7
Como MAGA, pero más

De bien pequeña aprendí más de lo que seguramente me correspondía sobre los detalles del parto. Mi padre, Michael Klein, era médico de familia y pediatra, y además de traer al mundo a cientos de bebés, fue científico investigador en la Universidad McGill, donde llevaba a cabo grandes ensayos clínicos de control aleatorizados en todos los hospitales de Montreal. El objetivo de los estudios era medir el impacto del uso de distintos tipos de intervención —inducciones, epidurales, fórceps, episiotomías, cesáreas— en las condiciones de salud de madres e hijos. Cuando recibía datos especialmente sorprendentes, no era capaz de quedárselos para sí, de forma que, para cuando llegué a la pubertad, la incontinencia posparto y los desgarros vaginales no eran nada nuevo para mí, por mucho que habría deseado no saber de su existencia.

También había otros detalles angustiantes. Mi padre y sus compañeros formaban a médicos residentes, y una noche de finales de 1970, cuando yo tenía unos ocho años, llegó a casa sin poder contener su entusiasmo sobre una novedad que habían instalado en un par de consultas: el espejo unidireccional. Hasta ahora, explicó, él y los otros médicos habían tenido que mirar por encima del hombro de los residentes para asegurarse de que estaban proporcionando los cuidados adecuados a los pacientes, lo que solía hacer que todo el mundo se pusiera nervioso, tanto el residente como el paciente. Ahora, los pacientes, incluidas las mujeres embarazadas, podían ser atendidos solamente por el residente. Pero en la sala habría algo que parecía un espejo, además de un micrófono. Mi padre, o cualquiera de los otros médicos del hospital, estarían en una salita adyacente observándolo todo a través del espejo, listos para intervenir si fuese necesario.

«Pero ¿y las pacientes? ¿Saben que estás ahí?» Mi padre me aseguró que sí. Bueno, más o menos.

«A todos nuestros pacientes los informamos de que están en un

hospital universitario y que pueden ser observados. Y si quieren más privacidad, pueden solicitarla.»

Aquello no me tranquilizó en absoluto. No podía dejar de pensar en aquellas pobres mujeres, con sus barrigas enormes y aquellas batas tan ligeras, observadas como ratas en una jaula. Todavía hoy soy incapaz de entrar en la consulta de un médico sin buscar espejos falsos y preguntarme quién acecha al otro lado.

Últimamente, también pienso en ese espejo unidireccional cuando escucho o veo a Steve Bannon.

«¿Que estás escuchando a Steve Bannon? ¿¡Para qué ibas a querer hacer eso!?»

Esa es la respuesta que suelo recibir cuando menciono algo que he oído o visto en su programa. «¿Cómo puedes aguantar oírle la voz? ¿Verle la cara?»

Porque, igual que los médicos que observaban a los pacientes en esas consultas, él nos está mirando.

El espejo unidireccional

La prensa progresista no ignora a Bannon. Le prestan mucha atención, pero en general, lo que se dice de él se centra en las maneras en que utiliza su gran altavoz mediático para intervenir en el proceso electoral de Estados Unidos. Desde que Bannon se convirtió en uno de los principales promotores de la Gran Mentira de que Trump ganó las elecciones de 2020 y que fue traicionado por los representantes y trabajadores del Partido Republicano que se negaron a invalidar la victoria de Biden, muchos de sus oyentes se han estado organizando para asegurarse de que, la próxima vez, haya miles de soldados rasos en el terreno, es decir, en cada distrito electoral, que se nieguen a certificar otra victoria electoral demócrata. Y, naturalmente, hemos oído hablar mucho de la decisión de Bannon de desobedecer la citación de la Cámara de Representantes en el marco de su investigación sobre el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021, lo cual podría implicar penas de cárcel.

Todo eso es importante, pero interferir en las elecciones es solo una parte diminuta de lo que anda tramando. Igual de importante es cómo está tratando de ganar elecciones. La estrategia de los distritos

electorales es el plan B por si la estrategia de la victoria fracasa. Pero la estrategia de la victoria está diseñada para que funcione, al menos lo suficiente como para obtener un resultado electoral que dé a la estrategia de los distritos el margen necesario para rapiñar, con cierta credibilidad, una victoria.

Cuando empecé a escuchar el programa de Bannon, iba directamente a las entrevistas de Wolf y me saltaba todo lo que venía antes y después. Pero oía a Bannon dar bombo a los segmentos siguientes, y empecé a quedarme a escucharlos también, por pura curiosidad. Y, de pronto, sin darme cuenta, ya estaba escuchando el programa entero, apareciera ella o no, para ver qué tipo de cobertura darían a los acontecimientos más importantes.

Cuanto más lo escuchaba, más empecé a sentir que la mayor habilidad de Bannon es su forma de construir y expandir las diversas superficies reflectantes del mundo del espejo. Y no solo sus monedas chanchulleras, sino también, y esto es mucho más peligroso, los argumentos y planes políticos reflejo que con tanto cuidado se han diseñado para repeler los argumentos desplegados por sus adversarios. En parte, no es más que la batalla electoral de siempre: los demócratas hablan de la Gran Mentira (la idea de que Trump ganó las elecciones); Bannon habla del Gran Robo (la idea de que Biden las robó). Los demócratas dicen que Trump fomentó la insurrección del 6 de enero; Bannon dice que los demócratas permitieron que los sublevados incendiaran las ciudades durante las revueltas por la justicia social de 2020.[1] A los demócratas los escandaliza que Trump no reconociese los resultados legítimos de las elecciones; a Bannon lo escandaliza que los demócratas no reconociesen a Trump como presidente legítimo. En el mundo del espejo hay copias de historias y respuestas para todo, y a menudo incluyen las mismas palabras clave.

Todo esto parte de la jugada del contragolpe tan característica de Trump, refinada durante la campaña electoral. No importaba de qué lo acusaran, él siempre devolvía el golpe diciendo que su oponente era culpable de lo mismo —corrupción, mentiras, confabulaciones extranjeras—, solo que peor. Esta estrategia llevaba el sello de Bannon, y sobre todo después de que saliera una grabación en la que Trump se vanagloriaba de una agresión sexual. Unas horas antes de su debate con Hillary Clinton, Trump organizó una rueda de prensa con un grupo de mujeres que habían acusado a Bill Clinton de toda una

serie de crímenes sexuales. A Bannon, que entonces era el jefe de campaña de Trump, se lo veía sonriendo, como si estuviese disfrutando enormemente del espectáculo. El reflejo, la distracción y la proyección son recursos muy fértiles, especialmente si se lleva parte de razón.

Vladímir Putin también es un maestro del reflejo, y lleva siéndolo desde los primeros días de su carrera política. Durante la invasión y ocupación ilegal rusa de Ucrania, Putin acusaba al Gobierno ucraniano de exactamente los mismos crímenes que él estaba o bien cometiendo o bien planteándose cometer. En octubre de 2022, cuando Rusia acusó a Ucrania de estar a punto de lanzar una bomba sucia en su propio territorio para luego culpar de ello a Rusia, Ned Price, un portavoz del Departamento de Estado, dijo que formaba parte de un patrón de «imágenes reflejo»,[2] a lo que añadió: «Los rusos han acusado a los ucranianos, los rusos han acusado a otros países, de lo que ellos mismos tenían en mente». Y, sin embargo, si Putin pudo vender esas afirmaciones invertidas a tantos, es en parte porque el Gobierno de Estados Unidos usa este tipo de imágenes reflejo sin parar, fingiendo indignación por la interferencia rusa en las elecciones estadounidenses sin preocuparse de lo irónico que resulta que sus agentes de inteligencia se hayan entrometido en las elecciones de otros países y ayudado a derrocar Gobiernos elegidos democráticamente alrededor del mundo desde la década de 1950, desde Irán hasta Chile, pasando por Honduras. Tampoco podemos olvidar la descarada interferencia del Gobierno estadounidense en la Rusia postsoviética para respaldar a Borís Yeltsin, quien le pasó el relevo a nada más y nada menos que a Putin.[3]

Bannon se sirve de otros trucos de espejos más perturbadores, como por ejemplo su forma de aferrarse a los miedos legítimos a la vigilancia y a los gigantes tecnológicos, y al hecho de que los círculos progresistas estuviesen ignorando en gran medida el miedo a la vigilancia. Y ese no es ni de lejos el único error de los progresistas sobre el que se ha abalanzado.

Marionetas contrapuestas

Como casi todo el mundo, desconozco el origen del virus del covid; no

sé si surgió en un mercado de pescado de Wuhan, en el laboratorio de Bioseguridad de Nivel 4 del Instituto de Virología de Wuhan o en un lugar totalmente distinto. Pero, ahora que echo la vista atrás, me doy cuenta de que acepté demasiado rápido y sin rechistar la historia oficial que decía que había salido de un mercado de pescado en el que se vendían animales salvajes. Si soy sincera, la acepté porque encajaba con mi propio razonamiento motivado y reforzaba mi forma de ver el mundo: la pandemia me daba un poco menos de miedo si era otro de esos casos en los que los humanos sometemos a la naturaleza a una presión excesiva y ella responde con un zarpazo. Entonces, a medida que pasaba el tiempo y que la «teoría de la fuga del laboratorio»[4] se fue convirtiendo en uno de los temas de conversación principales de personas como Wolf y Bannon en el mundo del espejo, donde se mezclaba con afirmaciones infundadas sobre armas biológicas y una buena dosis de racismo antiasiático, parecía que había razón de más para no darles otro repaso a los hechos. A pesar de que cada vez iban saliendo más informaciones y documentos que justificaban considerar más seriamente la hipótesis de la fuga, la mayoría de los progresistas y de la gente de izquierdas no se preocuparon de prestarle atención porque no querían ser como ellos, igual que yo no quería ser como ella. Extrañamente, sus extravagantes conspiranoias alimentaron una credulidad excesiva en nosotros; su «cuestiónalo todo» hizo que muchos no nos cuestionásemos lo suficiente.

Del mismo modo, las preguntas sobre la seguridad de unas vacunas nuevas para personas embarazadas o que estaban planteándose un embarazo podrían haberse tratado con mucho más respeto. En lugar de tener a unos opinadores que se apresuraban a desestimar dichas preguntas por considerarlas frívolas o demenciales, deberíamos haber dado cabida en los debates públicos y en medios dignos de confianza a las preocupaciones sobre cómo esas vacunas afectarían a la salud reproductiva. Deberían haber acudido a médicos expertos en fertilidad y embarazos para que explicasen los métodos de investigación de las vacunas, así como la vulnerabilidad especial al covid durante el embarazo, cuando los sistemas inmunitarios son particularmente débiles. Porque, si estás embarazada o te estás planteando tener un hijo, es perfectamente razonable que te preocupes por una vacuna contra un virus nuevo; a mí, de embarazada, me preocupaba comer quesos blandos. Además, hay muchas personas,

embarazadas o no, que tienen motivos de peso para no confiar ni en las grandes farmacéuticas ni en los Gobiernos intervencionistas, y mucho menos si actúan conjuntamente. En una época en la que ciudades enteras como Flint, en Míchigan, han sufrido envenenamientos del agua potable, en la que las compañías de gas te dicen que la fractura hidráulica es una práctica segura a pesar de los terremotos y de que el agua que sale del grifo sea inflamable, en la que los grupos de presión de Monsanto luchan sin descanso contra las iniciativas para prohibir su pesticida Roundup a pesar de que se lo haya relacionado de forma creíble con el cáncer[5] y en que las empresas farmacéuticas comercializaban las drogas que desencadenaron la crisis de los opioides, mostrarse escéptico sobre el poder monopolístico es totalmente racional. Johnson & Johnson, uno de los mayores productores de la vacuna, no solo está enredado en todo tipo de denuncias por el caso de los opioides, sino que además ha sido condenado a pagar miles de millones en acuerdos en los últimos años por los presuntos daños causados por varios de sus medicamentos con receta e incluso por sus omnipresentes polvos de talco (en los que se ha encontrado amianto).[6] Con este telón de fondo, y dada la falta de debate y de un cuestionamiento permisible acerca de las vacunas en muchos espacios progresistas, no debería sorprendernos que tantos decidiesen «hacer sus propias investigaciones» y fuesen a parar a mi *doppelganger* y a tantos otros como ella que los esperaban con sus excéntricas declaraciones sobre la diseminación de la vacuna y la infertilidad masiva.

Las preocupaciones relacionadas con la fertilidad no fueron las únicas que se ignoraron. Hemos sido testigos de la constante reticencia de la mayoría de los medios informativos serios a dar una cobertura que no fuese esporádica a las reacciones adversas provocadas por las vacunas contra el covid, como los raros casos de inflamación cardíaca entre chicos adolescentes y hombres jóvenes tras recibir las primeras inyecciones de ARNm, un fenómeno del que están haciendo seguimiento los Centros para el Control de las Enfermedades (CDC) de Estados Unidos,[7] o el posible sutil incremento de apoplejías entre personas mayores que recibieron la vacuna bivalente producida por Pfizer y BioNTech, sobre lo que ya alertaron los mencionados CDC a principios de 2023.[8] Todas las vacunas entrañan sus riesgos (como ocurre con cualquier procedimiento médico o medicación), e informar

de casos de reacciones adversas, incluso cuando se confirman, no niega en ningún caso el valor o la importancia de ponerse la vacuna: para la población general, el covid representaba un riesgo mucho mayor para la salud.

Todo esto podrían haberlo explicado fácilmente médicos expertos especializados en ayudar al público a sopesar los pros y los contras de las decisiones sanitarias. No obstante, muchos medios de comunicación parecieron estar paralizados por el miedo de que dar cualquier noticia que no fuese de pasada sobre los posibles riesgos perjudicase la difusión de la vacuna y sirviese de alimento para los conspiranoicos. El problema es que lo que ocurrió fue justo lo contrario: al no tener acceso a información fiable y detallada sobre los riesgos de la vacuna, los rumores sobre amigos de amigos que habían enfermado o habían caído fulminados tras vacunarse se extendieron como la pólvora en las redes. Se allanó el camino para que mi *doppelganger* y otros actores dinámicos de la economía de la atención se posicionasen como valerosos investigadores médicos que escudriñaban datos sin procesar sobre los ensayos de las vacunas e informes que los CDC supuestamente habían ocultado y que, en general, cualquiera que no tenga estudios de medicina no sabrá interpretar. Pero, naturalmente, eso no les impidió seleccionar las alegaciones anecdóticas o casos auténticos de reacciones negativas que más les convenían para refrendar sus reclamos constantes de que estábamos presenciando un «genocidio»[9] provocado por las vacunas y su encubrimiento por parte de los lacayos financiados por las farmacéuticas de los medios *lamestream*.[10]

Este es otro ejemplo de proyección transparente: en abril de 2022, los investigadores estimaron que una cuarta parte del millón de fallecimientos de personas estadounidenses a manos del covid «se podría haber evitado con la vacuna de serie primaria».[11] De haberse vacunado, una cuarta parte del millón de personas fallecidas se podrían haber salvado. La responsabilidad de esa catastrófica pérdida corresponde, en gran medida, a las personas que difundieron mentiras sobre unas vacunas que, a pesar de no estar libres de riesgos, son extraordinariamente seguras y efectivas en la reducción de la gravedad del covid. Pero, aun así, seguramente deberíamos reconocer que la decisión de muchos medios informativos de minimizar o directamente ignorar los raros casos de reacciones adversas a la

vacuna coadyuvaron a que el público recurriese a fuentes de mala calidad. Que los editores y periodistas se mantengan al margen de ciertas cuestiones importantes por miedo a que su público no sea capaz de lidiar con hechos complejos no acalla las teorías de la conspiración, sino que las aviva.

Los debates sobre la solución intermedia de cerrar los colegios de enseñanza presencial también sufrieron los males de una lógica polarizada similar. No cabe duda de que hubo momentos en los que los colegios y los negocios debían cerrarse, pero ¿dónde estaban las conversaciones sobre por qué los centros comerciales y los casinos pudieron permanecer abiertos en períodos que muchas veces coincidieron? Tras el período inicial e inevitablemente caótico del confinamiento en la primavera de 2020, deberíamos haber prestado más atención a los estragos causados por la enseñanza remota: el terrible impacto económico en las familias de rentas bajas que no contaban con la tecnología necesaria; la exclusión que sufrieron muchos alumnos con discapacidades que necesitaban apoyo presencial; la imposibilidad de los padres y madres solteros de trabajar fuera de casa y, a menudo, dentro de ella, lo cual tuvo unos efectos devastadores especialmente para las madres; la repercusión en la salud mental que el aislamiento social estaba teniendo en tantísimos jóvenes.

La solución no pasaba por abrir de par en par las puertas de los colegios en las zonas en que el virus seguía en aumento y antes del despliegue de las vacunas, pero ¿dónde quedaron las discusiones más amplias sobre cómo reimaginar los colegios públicos para que fuesen lugares más seguros a pesar del virus, con grupos más reducidos, más docentes y auxiliares, mejor ventilación y más enseñanza al aire libre? Muy al principio de los confinamientos nos dimos cuenta de que los adolescentes y los adultos jóvenes se enfrentaban a una gran crisis de salud mental; ¿por qué no invertimos en programas de conservación y ocio al aire libre que podrían haberlos despegado de sus pantallas y ayudado a crear comunidad con otros jóvenes al tiempo que contribuían de forma muy significativa a mejorar nuestro achacoso planeta mientras su estado de ánimo mejoraba?

Estancados en el binomio de confinamiento o apertura, no nos paramos a pensar en estas y otras opciones durante los primeros años de convivencia con el virus, y fueron muchos los debates que dejamos

pasar. Ante el influjo de mentiras procedente de la derecha conspiranoica, muchos liberales y progresistas optaron por limitarse a defender medidas propias del *statu quo*, a pesar de que pudimos, y debimos, haber exigido mucho más.

Es como si, en cuanto el mundo del espejo encuentra un problema con algo, eso mismo dejase automáticamente de importar fuera de él. Ha ocurrido en relación con tantas cuestiones que a veces pienso que unos y otros estamos unidos como si fuésemos marionetas contrapuestas: su brazo sube, el nuestro baja. Nosotros pataleamos, ellos abrazan.

También hemos empezado a imitarnos de formas de lo más incómodas. Los que cumplimos con las medidas de salud pública juzgábamos a los que no porque se negaban a anteponer el bienestar de las personas inmunodeprimidas a su propia conveniencia, y por la indiferencia que mostraban ante los enormes sacrificios del personal sanitario cuando las unidades de covid se fueron llenando de personas sin vacunar. ¿Cómo podían ser tan desalmados? ¿Cómo podían estar tan dispuestos a decidir qué vidas humanas eran más o menos dignas de recibir protección y cuidados? Y, aun así, cuando alguien que no se había puesto la vacuna enfermaba de covid, muchas de las personas que afirmaban haberse escandalizado ante su frialdad decían que quizá no merecían recibir atención médica, o hacían chistes de mal gusto (que no siempre eran broma) sobre que quizá el covid libraría al mundo de tontos, o iban incluso tan lejos como el presidente francés, Emmanuel Macron, quien dijo que los que no se habían vacunado no eran ciudadanos de pleno derecho.[12] Ambos bandos nos definíamos como opuestos y aun así cada vez nos íbamos pareciendo más, dispuestos a ver al otro como si no fuese una persona.

¿Cómo cedimos tanto territorio? ¿Cómo nos volvimos tan reactivos?

Tras pasar meses escuchando a Bannon, puedo decir lo siguiente con gran seguridad: mientras la mayoría de los que nos oponemos a su proyecto político decidimos no verlo, él nos observa muy de cerca. Los problemas que estamos abandonando, los debates que no estamos teniendo, las personas a las que insultamos y descartamos; él lo observa todo y va tejiendo su agenda política con ello, una agenda espejo y distorsionada que está convencido de que es el billete que le abrirá las puertas a la próxima ola de victorias electorales; una agenda

que demasiado pocos de los que estamos a nuestro lado del espejo hemos tratado de comprender. Bannon lo llama «MAGA Plus», una versión más grande, bajo su punto de vista, de la coalición original del *Make America Great Again* de Trump, y que se está recogiendo y adoptando también fuera de Estados Unidos.

Steve Bannon será muchas cosas, pero ante todo es un estratega. Y se le da de miedo identificar asuntos que forman parte del territorio natural de sus oponentes pero que estos han abandonado o traicionado, lo que los vuelve susceptibles a que otros atraigan a ciertas partes de sus bases. Eso es lo que le ayudó a hacer a Trump en 2016. Sabía que una gran parte del sector de los trabajadores sindicalizados se sentían traicionados por los demócratas corporativos que habían firmado acuerdos comerciales que aceleraron los cierres de fábricas en la década de 1990, y que su rabia creció cuando el partido rescató a los bancos y no a los trabajadores y a los hipotecados tras el colapso de 2008. Se fijó mucho en el poco caso que se le hizo al movimiento de Occupy Wall Street antes de terminar sofocándolo, y cómo Bernie Sanders, cuya campaña presidencial populista de izquierdas de 2016 había surgido de dicho movimiento, tuvo que hacer frente a todo tipo de jugarretas por parte de la clase dirigente del Partido Demócrata cuando cerraron filas en torno a Hillary Clinton. Bannon vio la oportunidad de separar a una parte de los hombres de clase trabajadora sindicalizados que siempre habían votado a los demócratas, la mayoría de los cuales eran blancos, pero no todos. Bannon confeccionó un mensaje de campaña a partir de las traiciones de sus rivales: Trump sería un republicano distinto, un republicano que plantaría cara a Wall Street, destriparía acuerdos comerciales corporativos, cerraría la frontera para barrar el paso a los inmigrantes que supuestamente venían a robar empleo, y pondría fin a guerras en el extranjero; y lo que es más, a diferencia de los republicanos anteriores, prometía proteger programas sociales como Medicare y la seguridad social. Esta era la promesa original de MAGA.

Naturalmente, les estaban dando gato por liebre: Trump llenó su administración de antiguos ejecutivos de Wall Street, hizo cambios nimios en la política comercial, intensificó las tensiones con otros países y les regaló bajadas de impuestos a los ricos. De la retórica populista de la campaña solo quedó el señuelo de la raza: sí fue a por los inmigrantes, a por los musulmanes, a por los manifestantes de

Black Lives Matter y a por todo lo que tuviera que ver con China. Fue suficiente para retener a sus bases, pero no para salir elegido de nuevo, sobre todo después de su gestión nefasta y asesina del covid.

En la época en que mi *doppelganger* empezó a aparecer en *War Room*, menos de tres meses después de que Biden ganara las elecciones, Bannon se estaba poniendo en serio a trabajar en su nueva coalición de MAGA Plus. Y fue en ese contexto en el que reconoció en el mensaje de la «esclavitud eterna» de Wolf sobre los pasaportes de vacunación un punto de solapamiento muy prometedor. Las advertencias que lanzaba la Otra Naomi sobre la vigilancia, por mucho que se alejaran de la realidad de las aplicaciones, estaban despertando grandes pasiones entre un número considerable de personas que mostraban preocupación por la privacidad y la vigilancia, pero que estaban siendo ignoradas por los liberales de las clases dirigentes de la política y de los medios de comunicación. Ese es el tipo de asunto que más le gusta a Bannon: el que está maduro, listo para la cosecha.

Enseguida metió las aplicaciones de vacunación en una cesta de asuntos a los que llama «la guerra contra los gigantes tecnológicos», una categoría que no solo incluye las quejas de siempre sobre el hecho de que las empresas de redes sociales suspendan las cuentas de conservadores de renombre, sino también otras menos conocidas e incluso esotéricas. Por ejemplo, Bannon tiene un corresponsal que se especializa en el «transhumanismo», y cuyo único cometido parece ser asustar a los oyentes con historias sobre las muchas formas con que las empresas tecnológicas sueñan poder crear una humanidad «mejorada» con la ayuda de los implantes, de la robótica y del empalme de genes.[13] De nuevo, Bannon ha identificado un asunto descuidado por algunos sectores y capaz de seducir a votantes de todos los partidos: a muchas personas de izquierdas las preocupan los efectos deshumanizadores de la tecnología en los trabajadores a los que se trata como si fuesen extensiones de las máquinas (y entre ellos, a mí), por no hablar de las posibilidades distópicas de un futuro en el que los ricos puedan adquirir mejoras genéticas para sí mismos y para sus hijos. Muchos conservadores, por su parte, se oponen a este tipo de tecnofetichismo por otras razones; lo ven como una afrenta contra los designios de Dios.

Bannon advirtió una falta de atención similar en el campo de las

empresas farmacéuticas. Tradicionalmente, el abuso en los precios y la especulación por parte de las farmacéuticas han sido una preocupación de la izquierda; es el tipo de cosas contra las que protesta Bernie Sanders. Pero, al margen de algunos refunfuños, los progresistas no mostraron demasiada resistencia contra la forma en que los fabricantes de vacunas se estaban enriqueciendo con la pandemia, así que fue Bannon quien se enfrentó a la codicia de las farmacéuticas. Solo que, de nuevo, lo hizo a través de teorías conspiranoicas infundadas y no a partir de escándalos reales.

A veces, Bannon pone montajes de audio de programas de la MSNBC y la CNN «patrocinados por Pfizer», cuya clara implicación es que no se puede confiar en ellos porque reciben dinero de estas empresas. Quienes mandan son «los ricos, para los ricos, y contra ti», dice. «Hasta que abras los ojos.» Cuando hace este tipo de cosas, me parece que suena como Noam Chomsky. O como Chris Smalls, el líder del sindicato de trabajadores de Amazon al que se conoce por su chaqueta de «*Eat the rich*». O, de hecho, como yo. Pero, como ocurre siempre en el mundo del espejo, nada es lo que parece.

En la derecha hay muchas figuras prometedoras que siguen una estrategia parecida. Con los bolsillos llenos de dólares procedentes de oligarcas tecnológicos como Peter Thiel, y luego apoyados por Trump, prometen distintas combinaciones de ideas para traer de vuelta los trabajos en las fábricas que pagan sueldos para sustentar a la familia, construir el muro en la frontera, luchar contra el suministro de drogas tóxicas, liberar el discurso de las zarpas de los gigantes tecnológicos y prohibir los planes de estudios *woke*. Entre los que se están forjando una carrera apoyándose en una u otra versión de estos programas electorales tenemos, en Estados Unidos, a J. D. Vance en Ohio, a Josh Hawley en Misuri y a Kari Lake, quien por muy poco no se convirtió en gobernadora de Arizona (y se quejó, claro, de pucherazo). Otras versiones parecidas de diagonalismo electoral han arraigado en países de todo el mundo, desde Suecia hasta Brasil.

No me sorprende que estos mensajes estén calando. Durante años, formé parte de movimientos internacionalistas de izquierdas que se manifestaban en los lugares en que se celebraban encuentros de la Organización Mundial de Comercio, del Foro Económico Mundial en Davos, del Fondo Monetario Internacional y las cumbres del G8 para protestar por su papel en el debilitamiento de las democracias y su

defensa de los intereses del capital transnacional; en Estados Unidos, recriminamos a los dos partidos mayoritarios que se sometieran a la voluntad de las corporaciones que les hacían donativos y se pusieran al servicio de los ricos y no de sus votantes. Ese era el espíritu de Occupy Wall Street, el mismo que luego impulsó a Bernie Sanders y que también estaba tras luchas diversas contra los proyectos de extracción de gas y petróleo nuevos. Pero nuestro movimiento nunca consiguió tener poder.

Y ahora, nuestras críticas contra el reinado de los oligarcas están siendo absorbidas por completo por la derecha radical, quienes las están convirtiendo en *doppelgangers* oscuras de sí mismas. Las críticas estructurales contra el capitalismo han desaparecido, y en su lugar tenemos conspiranoias perturbadas que de algún modo presentan al capitalismo desregulado como un comunismo disfrazado. Giorgia Meloni, quien se convirtió en la primera mujer en ocupar la presidencia de Italia en octubre de 2022 como líder de Fratelli d'Italia (Hermanos de Italia), un partido de fuerte tradición fascista, encarna esta tendencia a la perfección. Meloni, una de las primeras en aliarse con el proyecto populista internacional de Bannon, teje sus discursos a base de referencias de la cultura popular y despotrica contra un sistema que reduce a todos a meros consumidores. También declaró, en un supuesto reproche contra la ideología *woke*: «Soy mujer, soy madre, soy italiana, soy cristiana».[14]

Mientras presenciaba su meteórica trayectoria, me acordé de lo distinta que era Italia en el verano de 2001, cuando el movimiento alterglobalización alcanzó su punto álgido al sacar un millón de personas a las calles de Génova durante la cumbre del G8 para protestar contra los ataques corporativos a la democracia y la cultura y los efectos del consumismo desbocado. Ese movimiento surgió de la izquierda: jóvenes italianos, junto a agricultores y sindicalistas, defendían los derechos laborales y de los inmigrantes al tiempo que se enorgullecían de la cultura propia de su país. Pero, siguiendo un patrón que se repitió en tantos otros países, los partidos de izquierdas perdieron la confianza en sí mismos tras los atentados del 11S y las enérgicas medidas en materia de seguridad que trajeron consigo, y el legado de aquella claudicación es más que evidente: hoy, es Meloni quien critica a un sistema que reduce a todos a la condición de «perfectos consumidores esclavos».[15] Solo que, en lugar de ofrecer un

análisis del capital, ese sistema en el que todos los aspectos de la vida deben por fuerza formar parte del mercado para así poder explotarlos como si fuesen centros de ganancias, a quien culpa de la vacuidad de la modernidad es a las personas *trans*, a los inmigrantes, a los laicos, al internacionalismo y a la izquierda. Y por mucho que critique a los «grandes especuladores financieros»,[16] no tiene ninguna política pensada para marcarles límites; eso sí, lo que no le falta son ataques contra las escasas protecciones de desempleo de Italia.

Bannon tampoco ofrece a sus oyentes ninguna alternativa real a los depredadores corporativos de los que tanto se queja; solo los despluma más discretamente al decirles que compren metales preciosos y moneda FJB y comidas preparadas para cuando llegue el colapso, además de toallas de su patrocinador principal, MyPillow. («*War Room* es una máquina de hacer dinero porque no cuesta nada producirlo», declaró a *The Atlantic*.)[17] Hace suyos muchos de los argumentos de la que en su día fue una izquierda muy posicionada contra la guerra para oponerse a los crecientes gastos militares de Estados Unidos en Ucrania, acusando al «cártel» que controla Washington de bailar al son del «complejo militar-industrial», y luego hace todo lo que puede para dirigir ese creciente complejo directamente a China, una fórmula infalible para desencadenar la tercera guerra mundial. Pero lo cierto es que no se puede culpar a un estratega de ser estratégico. Y es sumamente estratégico hacer tuyos los asuntos de más calado que tus oponentes han tenido la negligencia de dejar abandonados.

Retomando una cuestión anterior, las marcas corporativas ofrecen algunas herramientas útiles para entender esta dinámica. La ley de marcas dice que toda marca que no se esté utilizando activamente puede considerarse latente y, por ende, libre de ser usurpada por un tercero. Empecé a pensar que lo que me había estado pasando con la Otra Naomi es lo mismo que le ha pasado a la izquierda en un sentido mucho más general, con Bannon y Vance y Meloni y tantos otros. En muchos espacios, esos asuntos que antaño defendimos habían quedado latentes, y ahora estaban siendo usurpados, asumidos por sus perversos dobles en el mundo del espejo. Si la llegada de tu *doppelganger* es una señal de que hay algo que debes atender, parece que ese mensaje luminoso es algo a lo que muchos debemos prestar atención.

El teatrillo de la inclusión

Mientras mira a través del espejo unidireccional, Bannon no solo está tomando nota de qué asuntos están desatendiendo e ignorando sus oponentes y hallando nuevos terrenos fértiles de los que adueñarse o, al menos, fingir que hace suyos. También se está fijando en errores más sutiles: el tipo de conversaciones que se tienen acerca de los problemas, cómo se gestionan los desacuerdos, el tratamiento que reciben las personas por parte de sus amistades y camaradas. A través del espejo unidireccional, está estudiando todas nuestras hipocresías e incongruencias para poder presumir de estar haciendo todo lo contrario.

En cuanto a los movimientos de los que tengo cierta idea, puedo decir lo siguiente: en la izquierda socialista democrática, favorecemos las políticas sociales inclusivas y protectoras; esto es, la asistencia sanitaria pública y universal, los colegios públicos bien financiados, la descarcelación y los derechos de los migrantes. Pero los movimientos de izquierda a menudo caemos en comportamientos que no son ni inclusivos ni protectores. Y, a diferencia del cortejo de Bannon de los demócratas desencantados, tampoco pensamos lo suficiente en cómo construir alianzas con personas externas a nuestros movimientos. Sí, hablamos mucho de ampliar nuestras redes, pero, en la práctica, la mayoría (e incluso muchos que afirman albergar un total desprecio por la policía) dedicamos mucho tiempo a patrullar las fronteras de nuestros movimientos, dando la espalda a personas que consideran que están de nuestra parte, reduciendo nuestras tropas en lugar de ampliarlas.

En cambio, he observado que Bannon se limita, con bastante juicio, a los asuntos que ofrecen más puntos en común con otros sectores: el odio hacia Biden, el rechazo a las vacunas, las críticas contra los gigantes tecnológicos, la siembra de miedos acerca de los migrantes y de dudas sobre los resultados de las elecciones. Se anda con pies de plomo al adentrarse en asuntos que tradicionalmente han preocupado más a los conservadores y que, aunque a él puedan interesarle, tienen números de alienar a algunos de sus nuevos amigos, como el derecho al aborto y a la posesión de armas. No los ignora, pero no les dedica tanto tiempo como cabría esperar.

Nos encontramos de nuevo con lo contrario de lo que ocurre en

grandes sectores de la izquierda. Cuando tenemos diferencias, solemos obsesionarnos con ellas y nos centramos en encontrar tantas oportunidades para fracturarnos como podamos. Las discrepancias importantes hay que debatirlas, y muchos conflictos que surgen en los espacios progresistas tienen que ver con comportamientos que, cuando no se revisan, favorecen que esos espacios se vuelvan hostiles o peligrosos para las personas a las que van dirigidos. Pero no es ningún secreto que hay muchos que lo llevan demasiado lejos y convierten leves infracciones semánticas en crímenes imperdonables al tiempo que adoptan un discurso tan complejo y cargado de jerigonza que resulta desagradable, cuando no absurdo, a los que no pertenecen al ámbito académico. («Hablad en la lengua vernácula», imploró en una ocasión el historiador radical Mike Davis a un grupo de organizadores jóvenes. «La urgencia moral del cambio adquiere toda su grandeza cuando se expresa en un lenguaje compartido.»)[18]

Además, cuando grandes categorías de personas se reducen a su raza y género, y se les pone la etiqueta de «privilegiados», queda muy poco espacio para hacer frente a la infinidad de formas de maltrato a las que se somete a hombres y mujeres blancos de clase trabajadora en el contexto del orden capitalista predatorio en el que vivimos, y los movimientos de izquierdas pierden muchas oportunidades de forjar alianzas que nos harían más fuertes y poderosos. Todo esto no es en absoluto estratégico, porque el mundo del espejo está ahí, esperando a recoger a todos esos grupos e individuos a los que les damos la patada, para alabar su valentía y escuchar sus agravios.

La jugada más característica de Bannon consiste en tender la mano a todo aquel que acabe de ser exiliado por la izquierda o que sea objeto de escarnio en *The New York Times* para darle voz. Por ejemplo, tras uno de estos derribos, le cedió un capítulo entero a Robert F. Kennedy Jr. para que predicase su evangelio antivacunas. Bannon fue tan solícito que resultaba empalagoso al elogiar a la familia Kennedy por su dilatado legado de servicio público y entrega a los más pobres. La cosa no iba solo de ser un anfitrión atento; Bannon estaba planteando un argumento nada sutil. Estaba diciendo que, a diferencia de los liberales, quienes consideran «deplorables»[19] e infrahumanos a los oyentes de *War Room*, él es capaz de mantener conversaciones cordiales —incluso generosas— más allá de la división entre partidos, y que su cuadrilla nunca tratará de cancelarlo por ello.

Bannon, que ha hecho tanto como el que más en los tiempos que corren para abrir las compuertas del odio xenófobo en Estados Unidos, incluso ha empezado a hablar de la «otredad» para describir cómo los liberales tratan a sus oyentes. Ha sido una de las grandes razones, asegura, que lo han obligado a construir el mundo del espejo, con sus redes sociales espejo y su moneda espejo y sus publicaciones de libros espejo. Porque los suyos estaban siendo víctimas de esa «otredad». Pero eso se acabó. «Ya nunca podrán volver a excluiros, a haceros desaparecer [...]. Eso es lo que hizo el Partido Comunista Chino, es lo que hicieron los bolcheviques, es lo que hicieron los nazis»,[20] dijo Bannon a sus oyentes justo antes de las Navidades de 2021 (estaba intentando venderles monedas FJB). Y añadió: «Ningún miembro de este público le hará jamás eso a nadie. No se os ocurriría. Diríais "no es justo"».

Ese era básicamente el tono de Bannon en aquella época: cercano, amable, protector de su «comunidad»,[21] elogiando constantemente la amabilidad, la inteligencia y la valentía de sus oyentes. Todo ello está pensado como reproche a la dureza, el esnobismo, el sectarismo y el absolutismo identitario de ciertos sectores de la izquierda erudita. Eso sí, Bannon tiene otra cara, cuyo tono es el que adopta para enseñar los dientes y amenazar con clavar «cabezas en estacas»,[22] pero ese está reservado exclusivamente para sus enemigos.

En el proceso de construcción de MAGA Plus, Bannon se ha esforzado mucho en rebajar el racismo descarado en su programa. La oposición ante lo que él llama la «guerra fronteriza» sigue siendo un eje del proyecto, pero no deja de hablar profusamente sobre lo que ha dado en llamar «nacionalismo inclusivo».[23] Bannon afirma (y las encuestas le dan la razón) que cada vez hay más personas negras y latinas, especialmente hombres, que están abiertas a votar al Partido Republicano, en parte por la frustración de ver los efectos de las medidas anticovid en sus empleos y pequeñas empresas, y en parte también por la incomodidad de que sus hijos lleguen a casa con ideas extrañas en la cabeza sobre la mutabilidad del género.[24]

En Francia y en Australia estamos viendo otros intentos de diversificar las bases de la derecha radical. Estos movimientos no dejan de girar en torno al odio y a la división: convierten a los migrantes en chivos expiatorios; patologizan a los jóvenes *trans* y

critican a los profesores que tratan de ayudarlos o que cuentan una versión más honesta del pasado de sus naciones; y siembran miedos sobre comunistas e islamistas. Ese «nacionalismo inclusivo» solo significa que han encontrado bloques de votantes nuevos que también buscan chivos expiatorios, y no todos son blancos u hombres.

El desenlace deseado no es ningún secreto. Bannon dice a su cuadrilla que van a «gobernar este país durante cien años, [para] todas las etnias, todos los colores, todas las razas, todas las religiones; eso es un nacionalismo inclusivo».[25] Aunque no funcionó en las elecciones de mitad de mandato de 2022, es posible que este enfoque baste para improvisar otra victoria presidencial, pero, si no fuese el caso, ya están fraguando planes alternativos. Según los resultados de una encuesta llevada a cabo por el Public Religion Research Institute publicada en noviembre de 2021, entre los republicanos que dicen que creen que a Trump le robaron las elecciones de 2020, casi cuatro de cada diez dicen que los «verdaderos patriotas estadounidenses tal vez debamos recurrir a la violencia para salvar nuestro país».[26]

Lo cierto es que el propio Bannon promociona un sistema para hacer práctica de tiro en casa en el que tu rifle automático funciona con láseres en lugar de munición real y te ayuda a desarrollar la «memoria muscular» para cuando llegue el momento de la verdad.[27]

> *Paso n.º 3. Crea una casta de matones*
> Cuando los líderes que buscan lo que llamo «una transición fascista» quieren cerrar una sociedad abierta, envían grupos paramilitares de hombres jóvenes que dan miedo a aterrorizar a los ciudadanos. Los camisas negras iban por la Italia rural apaleando comunistas; los camisas pardas celebraron manifestaciones cruentas por toda Alemania. Esta fuerza paramilitar cobra especial relevancia en una democracia: es necesario que los ciudadanos teman a los matones violentos, y por eso hacen falta matones a los que no se pueda perseguir [...]. Pongamos que hay manifestaciones, o alguna amenaza, durante una jornada electoral; la historia no descartaría la presencia de una empresa de seguridad privada en un local electoral para «restablecer el orden público».[28]

La persona que escribió el fragmento anterior (en 2007) es Naomi Wolf, a quien ahora podemos ver de forma habitual en *War Room*, un programa presentado por un hombre que está intentando asegurarse de que, en las próximas elecciones, haya matones en cada local electoral.

Renovación de imagen completada

En los primeros meses, cuando oía a Wolf en *War Room: Pandemic* decir que alguno de los planes para animar a la población a vacunarse nos dejaba a un paso de los campos de concentración, a veces me parecía detectar una risita reprimida en la voz de Bannon, como si estuviese pensando: «No me puedo creer que esta feminista esté yendo aún más lejos de lo que iría yo mismo. Sigue, sigue…». Pero siempre mantiene la compostura. Igual que en 2016 sabía que Trump no podía ganar sin el sector cabreado de los sindicalistas, hombres y en su mayor parte blancos, ahora sabe que las madres cabreadas de las zonas residenciales suburbanas y mayoritariamente blancas —con los nervios de punta tras unos años marcados por el yoyó de la enseñanza remota y de los gimnasios cerrados; aún alteradas por las medidas obligatorias de vacunación y vetadas en la sombra en Instagram; presas de una preocupación sincera por el bienestar de sus hijos y de sus pequeñas empresas, y hartas de que unos liberales mezquinos se burlen de ellas llamándolas «Karen»— son el camino hacia el próximo resurgimiento de la ultraderecha. La última vez, Bannon despotricó contra Wall Street y los globalistas que habían desplumado al hombre de a pie; ahora despotrica contra eso y contra las farmacéuticas, las tecnológicas y el «capitalismo *woke*», todo lo cual está atormentando a la madre de a pie a base de envenenar las mentes y los cuerpos de sus hijos.

Esa es la esencia de MAGA Plus: es la antigua brigada de las gorras rojas sumada a mi *doppelganger*, más todo lo que ella ahora representa. No es ninguna exageración decir que Bannon ha presentado a Wolf como una especie de madre en jefe para el bloque del electorado que espera ganarse: es una antigua demócrata de renombre, una feminista que en su día fue célebre y que ahora quiere hablar con el encargado en nombre de todas ellas.

«A todas esas madres que están escuchando a Naomi Wolf», dice Bannon en su programa, reconociéndola como una capitana fundamental de las que ahora llama las «madres guerreras» o «ejército de madres»,[29] y ella acepta la corona. Con el paso de los meses, la relación entre Wolf y Bannon se ha ido volviendo cada vez más cercana a medida que sus proyectos políticos han ido convergiendo, a pesar de lo irónico de la situación. Ella le advierte seriamente de la

amenaza ficticia de que el Estado podría estar a punto de arrancar a los hijos de sus padres sin vacunar, aparentemente sin que la preocupe lo más mínimo que él sirvió fielmente a un presidente que separó por la fuerza a más de 5.000 niños y bebés de sus familias cuando trataban de entrar en Estados Unidos.[30] Bannon, por su parte, la lisonjea sin reservas, declarando que cada pedazo de información basura que le trae al programa y que entiende mínimamente es «una noticia importantísima» e instándola a que la ponga por escrito «con ese estilo tan brillante tuyo». En mayo de 2021, dijo que estaba entre sus «candidatas a convertirse en la mujer del año».[31]

Antes de Bannon, Wolf estaba sola. Ahora cuenta con su propia «manada». Bannon, el comandante en jefe de *War Room*, entiende esta necesidad primaria de pertenecer, de tener un propósito, de conectar a nivel celular. La entiende en sus espectadores —esa «cuadrilla de *War Room*» a la que elogia e involucra constantemente— y la entiende en Wolf. En un momento dado, llegaron a hacer camisetas con sus dos marcas para vendérselas a los miles de voluntarios que afirmaban haber reclutado para que los ayudaran a repasar los datos de los ensayos de las vacunas, como si fuesen una especie de equipo de béisbol de enajenados. VACCINE INVESTIGATION TEAM [Equipo de investigación de la vacuna], pone en la parte de arriba; WAR ROOM POSSE MEMBER [Miembro de la cuadrilla de *War Room*], pone en la parte de abajo. Y en el medio, una imagen de una jeringuilla de vacunación con partículas volando por todas partes. Tuya por solo 29,99 dólares.

Wolf cambia según lo que ve en su gente, y así se va convirtiendo cada vez más en lo que parecen querer que sea. Publicó un vídeo en el que salía haciendo un entrenamiento con armas en una carretera rural, aconsejada por su nuevo marido, un exsoldado reconvertido en investigador privado/guardaespaldas de nombre Brian O'Shea, quien fundó una empresa de seguridad privada y al que no parece que le guste que le llamen «mercenario».[32]

Wolf aprende rápido y ha asimilado las reglas de su nueva cultura. Así como antes publicaba vídeos lastimeros sobre la injusticia que era que le suspendieran las cuentas, ahora lleva por bandera su exclusión de los foros públicos y la explota para recaudar fondos. «Os necesitamos mucho», le dice a Bannon, «porque, desde que empezamos a informar sobre todo esto, nos han vuelto a excluir de las

plataformas. […] Nos han echado de YouTube, así que, por favor, venid a DailyClout.io». Cuando le reactivaron la cuenta de Twitter gracias al régimen amigo de las conspiranoias de Musk, su primer estallido nada más llegar fue: «Saludos. Firmado: La que ha sido expulsada siete veces y sigue teniendo razón».[33] Sabe que, en el mundo del espejo, solo los «borregos» pueden hablar sin trabas, mientras que los profetas deben luchar para que se los escuche.

Sigue siendo una feminista a favor del derecho a decidir, asegura, pero, cuando el Tribunal Supremo anuló el caso de Roe contra Wade, se encogió de hombros ante la decisión, diciendo que «hace algo que es necesario, creo, que es devolver la decisión a los estados».[34] Hoy en día, se reserva la indignación feminista para los seguidores de teorías conspiranoicas hombres que está convencida de que no le reconocen el mérito de haber sido la primera en plantear las teorías en cuestión. Como esa vez que se despachó contra *Infowars*, el programa producido por el mentiroso de escala industrial que es Alex Jones: «Caray, es que estoy HARTA de sacar primicias a base de mucho esfuerzo y de encontrar conexiones, y luego que OTROS comentaristas (normalmente hombres) se agencien el mérito de la información […]. BASTA por favor @infowars».[35]

Me di cuenta de la profundidad del realineamiento de Wolf después de que Glenn Youngkin, republicano apoyado por Trump, ganase las elecciones a gobernador de Virginia, en parte porque se subió a la ola de la rabia de padres y madres. Bannon lo vio como un barómetro del poder de MAGA Plus. Uno de los factores decisivos fue la oposición de Youngkin a que los colegios adoptasen un currículum antirracista, pero su oposición a las mascarillas y a las vacunas también lo ayudó, igual que también le fue útil politizar las nuevas medidas de inclusión de las personas *trans* en los colegios. En pocas palabras, las madres guerreras ganaron, y Bannon estaba encantado con aquella victoria supuestamente populista, a pesar de que Youngkin acabase de abandonar, tras veinticinco años, la dirección de Carlyle Group, una empresa de servicios de inversión notoriamente hermética vinculada a toda una serie de expresidentes, primeros ministros y familias dinásticas; es decir, un grupo «globalista» por antonomasia. El día después de las elecciones, Bannon se pasó todo el programa hablando con su Ejército de Madres, incluida mi *doppelganger*.

Hasta este momento, Wolf había afirmado que seguía siendo demócrata, o al menos independiente, de forma que no esperaba que celebrase abiertamente la victoria de Youngkin. Ay, ilusa de mí. Proclamó que era «un día histórico para los asuntos que me importan [...] en especial los derechos de las mujeres y las voces de las mujeres».[36] Hasta 2020, Wolf había arremetido con fuerza contra los ataques a los derechos de las personas *trans* por parte de algunas feministas de su generación, insinuando que se habían convertido en peones de la derecha.[37] Ahora hacía piña con las mismas mujeres que relacionaban los baños unisex con las agresiones sexuales. El resultado de aquella «enorme victoria» demostraba, según ella, la «gigantesca arma de plutonio» que eran las «mujeres suburbanas dispuestas a todo por sus hijos»; madres que se habían dado cuenta de que «hay fuerzas oscuras acechando a sus hijos [...] todo tipo de abusos infantiles extraños».[38]

Ese día, en *War Room*, declaró que había que reconocerles el mérito a las mujeres, pero que Bannon también se merecía una reverencia. «Has hecho tantísimo —dijo con entusiasmo—, más que la mayoría de los hombres a los que me he pasado veinticinco años pidiéndoles visibilidad para las voces de las madres como líderes [...]; nadie lo ha entendido lo suficiente hasta ahora.»[39]

En realidad, los movimientos fascistas y neofascistas, desde Mussolini hasta Pinochet, han reconocido el papel fundamental de las mujeres, especialmente cuando se les asigna su rol supuestamente «natural» como madres y protectoras de tradiciones nacionalistas y linajes sanos (como Giorgia Meloni, por ejemplo). Hitler recompensaba a las mujeres consideradas de buena pasta aria que accedían a dejar de trabajar para convertirse en máquinas de hacer bebés. Parecía que Wolf, con sus «10 sencillos pasos» que afirma que sigue todo líder autocrático, había pasado por alto este detalle histórico.

Llegadas las elecciones de mitad de mandato de 2022, Wolf se uniría a Bannon en un negacionismo electoral desenfrenado al negarse a aceptar la legitimidad de los resultados en el estado de Nueva York. Unos meses después, publicó una «disculpa a pleno pulmón» dirigida a «conservadores, republicanos, MAGA» por haber dado credibilidad al relato de los medios de comunicación acerca del asalto violento al Capitolio del 6 de enero.[40] Tras ver la emisión de Tucker Carlson de

una versión blanqueada hasta el ridículo de los acontecimientos, en que presentaba a los alborotadores como visitantes curiosos, se dio cuenta de que «la propaganda de amplio espectro» la había «engañado». Decidió incluso reevaluar el mal concepto que tenía de Donald Trump y escribió: «Me han mentido tanto y durante tanto tiempo sobre él que ya no sé».

Se mire por donde se mire, se trata de una transformación política que marearía a cualquiera. Pero ser testigo de este cambio radical en alguien cuyo rostro se confunde constantemente con el mío resulta particularmente estremecedor. De nuevo me viene a la mente la descripción de Freud de lo siniestro: «Esa especie de miedo que parte de lo que antaño conocíamos bien y hacía mucho que nos era familiar».[41]

El terror de una sociedad que le da la vuelta al fascismo desde dentro —sin la ayuda de una invasión externa— reside precisamente en esta perturbadora sensación de familiaridad. Cuando se invoca a esa fuerza feroz para declarar la guerra a una parte de la población del país, no hay forasteros a los que culpar. Son las personas agradables y normales de la calle las que resultan ser capaces de tal monstruosidad. La monstruosidad se revela como el gemelo perverso de lo agradable, como el *doppelganger* de lo normal.

En un intento de comprender esta aterradora dualidad, los artistas a menudo han recurrido a la figura del *doppelganger* para materializar su temor. Por eso son tantos los libros y películas sobre *doppelgangers* que tratan del potencial fascista latente en nuestras sociedades, incluso en nuestro interior. En películas como *Enemigo*, de Denis Villeneuve, sobre un profesor que enseña a sus alumnos los peligros del fascismo y termina enmarañado en una tramposa red con su doble amoral (¿o es su gemelo?, ¿o su *alter ego*?), las alegorías suelen ser sutiles y veladas. En mi caso, el tiempo escasea demasiado como para preocuparme siquiera de disimular las mías.

Hombres máquina y corazones de máquinas

La película más célebre del género *doppelganger*/fascismo ya la he mencionado: *El gran dictador*. Parte de la genialidad de Charlie Chaplin como director fue asignarse los dos papeles protagonistas.

Interpretaba al amable barbero judío perseguido y al vanidoso, ridículo y asesino dictador, y luego hizo que el primero imitase al segundo. Al duplicarse y desdibujar los límites entre los personajes de la víctima y del victimario, formulaba de forma implícita la siguiente pregunta: «¿Qué hace falta para que nos convirtamos en nuestros gemelos perversos?». Es posible que este proceso perturbase especialmente a Chaplin, teniendo en cuenta algunas de las siniestras semejanzas entre el cineasta y Hitler: ya no eran solo sus diminutos bigotes a juego, ni siquiera que naciesen con cuatro días de diferencia en 1889, sino la preocupación que compartían, aunque de naturalezas muy distintas, por las adversidades a las que se enfrentaba el hombre corriente, el hombre olvidado. Un reportaje publicado en 1939 en la revista *The Spectator* apuntaba lo siguiente sobre Chaplin y Hitler: «Cada uno es un espejo deformante del otro, uno de la bondad, el otro de una maldad inconcebible».[42]

Entonces, ¿qué determina qué versión prevalece? Chaplin parecía creer que las personas nos enfrentamos a una elección entre esas fuerzas, una elección que debe hacerse en momentos trascendentales de la historia. Ese era el mensaje del famoso discurso final, el cual Chaplin, interpretando al barbero judío disfrazado del malvado dictador, pronuncia ante las tropas vestido de pies a cabeza con indumentaria fascista:

> ¡Soldados, no os rindáis a esos hombres que en realidad os desprecian, os esclavizan, reglamentan vuestra vida y os dicen lo que tenéis que hacer, que pensar y que sentir! [...] ¡No os entreguéis a estos individuos inhumanos, hombres máquina con cerebros y corazones de máquinas! ¡Vosotros no sois máquinas! ¡No sois ganado! ¡Sois hombres! [...] ¡Soldados, no luchéis por la esclavitud, sino por la libertad![43]

El gran dictador salió justo antes de que la magnitud real de los horrores del Holocausto saliera a la luz. Ese discurso final estaba dirigido al público local de Chaplin, al estadounidense, donde el fascismo nacional se estaba extendiendo y muchos seguían mostrándose reticentes a entrar en la guerra contra Hitler. Y hoy en día —y esto es lo que más me inquieta de todo—, la persona que cuenta con el mayor altavoz en nombre de los hombres de a pie y de las madres de a pie olvidados y que grita «hombres máquina con cerebros y corazones de máquinas» es Stephen K. Bannon, con Giorgia Meloni y mi *doppelganger* a su lado, cada uno urgiendo a sus

respectivos públicos a que se resistan a la «esclavitud» de ser un mero consumidor de los gigantes tecnológicos.[44]

En la película de Chaplin, cuando los soldados del dictador oyen el emocionante discurso del barbero judío, se libran del embrujo fascista al instante y dan vivas por la «razón» y la «democracia».[45] En el mundo del espejo, lo que está ocurriendo es algo totalmente distinto.

Capítulo 8
Ridículamente serio, seriamente enmudecidos

Antes de seguir avanzando, siento que debo confesar que la Otra Naomi no ha sido la primera Naomi en sembrar cierta confusión en mi vida. Ya me había pasado antes, y muchas veces, con una Naomi totalmente distinta.

Antes de que todo esto tomara un cariz tan político, tenía la teoría de que el nombre que compartimos es tan poco común que la primera Naomi con la que alguien se cruzaba tendía a quedarle grabada en la mente como una especie de Naomi universal. Y cualquier otra Naomi con la que ese alguien entrase en contacto se quedaba embarullada con aquella primera. Sé que suena algo rebuscado, pero no sé de qué otra forma explicar que, durante la primera década de mi vida pública como autora, los presentadores de televisión dijeran: «A continuación, hablaremos con Naomi Campbell».

No me pasaba siempre, pero sí con la frecuencia necesaria como para que me pareciera necesario desarrollar una broma autocrítica que consistía en disculparme por decepcionar a los espectadores que esperaban ver en el plató a una deslumbrante supermodelo y tenían que conformarse con una autora anticapitalista de 1,67. En al menos una ocasión, aquel cruce de señales tan inverosímil jugó claramente a mi favor. En 2004, mientras informaba sobre la invasión estadounidense de Irak, recibí un alijo de documentos filtrados sobre Carlyle Group que parecían demostrar que el ex secretario de Estado James Baker III estaba intentando utilizar su posición como enviado del presidente George W. Bush en relación con la deuda de Irak con el fin de presionar al Gobierno de Kuwait para que hiciera tratos con Carlyle Group, donde era consejero sénior y socio capitalista con una suma estimada de 180 millones de dólares en juego.[1] Antes de publicar mi artículo, necesitaba confirmación de la veracidad de los documentos; Carlyle Group no iba a hacerlo, de forma que solo podía obtenerla del primer ministro de Kuwait. Como no tenía ningún contacto en Kuwait, llamé de la nada a la oficina del primer ministro y

dejé un mensaje en recepción, completamente segura de que no me harían ni caso. Para mi sorpresa, a una hora intempestiva recibí una llamada de Ahmed al-Fahad, el subsecretario del primer ministro. Me lancé a coger un bloc de notas y enseguida conseguí la verificación que necesitaba para poder publicar.

Antes de colgar, al-Fahad me hizo una confesión: «¿Es consciente de que la única razón por la que le he devuelto la llamada es porque creía que era Naomi Campbell?».

Durante mucho tiempo conté aquella historia, especialmente a otros periodistas, como una anécdota graciosa. Algunos se quedaban atónitos de que el líder designado de un emirato petrolero corrupto hubiese imaginado siquiera que Naomi Campbell lo iba a llamar. Yo no tenía información de primera mano, pero es un poco menos raro si tenemos en cuenta que Campbell había declarado como testigo en el juicio internacional por los crímenes de guerra del antiguo presidente de Liberia Charles Taylor ante la alegación de que el célebre asesino le había regalado una bolsita de diamantes de sangre después de conocerse en una cena organizada por Nelson Mandela. De lo que solo podemos concluir que, en cuanto alcanzas cierto nivel de fama, riqueza o poder, siempre te devuelven las llamadas. (Este conocimiento intuitivo de que las élites habitan su propio mundo interconectado en el que no se da importancia alguna a las leyes que nos gobiernan al resto es una fuente inagotable de la singularidad conspiranoica de hoy.)

El carácter escurridizo de mi nombre casi nunca resulta tan útil como en la historia de Baker, pero suele dar pie a momentos divertidos. Por ejemplo, en la jungla de las redes, existe un vídeo de una mesa redonda que se celebró en Croacia en una época especialmente tumultuosa en la Europa posterior a la crisis económica de 2008. En la conversación participaban Alexis Tsipras, que entonces estaba a punto de ser elegido primer ministro de Grecia, y el filósofo y provocador esloveno Slavoj Žižek. Mientras despotricaba contra la brutal austeridad a la que se enfrentaban los griegos en ese momento, Tsipras declaró: «Han intentado implementar una doctrina del *shock*, como dijo Naomi Campbell».[2] Žižek, sentado frente a él en el escenario, asentía con el semblante serio. Una pequeña expresión de pánico cruzó el rostro del moderador.

Un fantasma avinagrado entra en escena

Cuando empecé este proyecto, mi intención era intercalar muchas referencias literarias serias e importantes que aportaran profundidad a mis estrafalarias anécdotas. Tenía pensado apoyarme más en la teoría de lo siniestro de Freud, puesto que está relacionada con los dobles y el ello reprimido. Iba a ponerla en contraste con las teorías de Carl Jung sobre la sincronicidad y el arquetipo de la sombra. Pretendía aplicar estas ideas sobre el inconsciente reprimido a las obras sobre dobles de Poe, Saramago y Dostoyevski, y a la *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens. Iba a profundizar en ejemplos reales de escritores atormentados por sus dobles. Como el caso de Graham Greene, quien, en su colección de ensayos de 1980, *Ways of Escape* [*Formas de evasión*], describía cómo su *doppelganger* se hizo pasar por él durante décadas, utilizando su semejanza para acceder a festivales elegantes, seducir a mujeres bellas y estafar a personas de todo tipo.

Pero el problema es que, a pesar de que estas lecturas me ofrecieron destellos de conocimiento por aquí y por allá, en este capítulo de mi vida en el que todo estaba patas arriba, solo había un autor que parecía entender de veras la textura concreta de mi dolor y hasta qué punto era el resultado de una peculiar combinación de elementos graves y absurdos a partes iguales. Solo encontré un escritor que se había planteado seriamente qué se sentiría al compartir un yugo doble con un bufón, un hazmerreír que, a pesar de serlo, es muy probable que esté contribuyendo a una oleada de sufrimiento y muerte innecesarios y que quizá, muy de vez en cuando, también pueda llevar algo de razón. Solo había un escritor que hubiese reflexionado en lo que le supondría a un escritor tener que competir por su propia identidad con alguien que se ha convertido no solo en escritor, sino en un hacedor sumamente activo y peligroso.

Y ese escritor es Philip Roth.

Como me había ocurrido ya con el dilema moral que me planteaba defender una marca, este hecho me incomodaba por varias razones muy personales. La principal era que mi último encuentro con las páginas de Roth fue cuando, a los veinte años, lancé un ejemplar de *La contravida* al otro lado de mi habitación de la residencia de la Universidad de Toronto mientras juraba que jamás volvería a leer un libro de Philip Roth. Acababa de descubrir, con todo lujo de detalle, la

compleja vida de sus personajes masculinos, sus conflictos psicológicos más íntimos y sus grandes ideas globales, mientras que los personajes femeninos daban saltitos por la página como si fuesen enfermeras ligeras de ropa en una escena de Benny Hill.

Había leído furtivamente *El mal de Portnoy*, *El profesor del deseo* y *Adiós, Columbus* de preadolescente; más que ficción, me parecían visitas cargadas de tensión a la rama de Nueva Jersey de mi propia familia. Y es que casi era así: mi padre creció en el mismo barrio de clase trabajadora de Newark y fue al mismo colegio que Roth, Weequahic High, solo un par de cursos por debajo. Recuerdo haber pensado, mientras el libro se estrellaba contra la pared, que hasta aquí habíamos llegado, que la experiencia humana es grande y rica, y que ya sabía casi todo lo que tenía que saber sobre los hombres judíos de mediana edad de la zona de los tres estados y los dramas que tenían con sus madres. Ya era hora de ceder espacio mental a otros arquetipos étnicos nuevos aquejados de neurosis menos conocidas.

Y durante treinta años me mantuve fiel a mi promesa. Por eso me molestó que mi investigación sobre los *doppelgangers* literarios no dejase de llevarme, como un perro que rascaba insistentemente mi puerta, a *Operación Shylock*, una novela de *doppelgangers* que muchos consideraban la obra maestra de Roth. Y, para agravar aún más mi fastidio, justo cuando compraba la novela por internet y esperaba a que llegase a la roca, Roth, que había fallecido en 2018, de pronto acaparó las noticias como un fantasma avinagrado.

Acababa de publicarse su biografía autorizada, con sus novecientas páginas, y había dado pie a un montón de artículos sobre las medidas extraordinarias y en ocasiones crueles que había tomado el ya fallecido autor para proteger su legado literario e interpersonal. Había rescindido un contrato con al menos un biógrafo, se decía que sometía su archivo a unos controles draconianos, y finalmente le confió su historia al escritor Blake Bailey, quizá porque Bailey parecía un hombre hecho y derecho que no lo juzgaría porque su forma de tratar a las mujeres no fuese precisamente óptima, tanto sobre el papel como fuera de él. Roth parecía haber acertado en su juicio. La mayoría de las reseñas eran brillantes y elogiaban efusivamente la grandeza de ambos hombres. Laura Marsh, en su artículo para *The New Republic*, observó astutamente que «En Bailey, Roth halló un biógrafo en excepcional sintonía con sus agravios y que raramente cuestiona sus

consideraciones morales».[3]

Entonces, pasadas apenas unas semanas desde aquel ostentoso recibimiento, todo se vino abajo. Salieron a la luz alegaciones de agresión sexual por parte de Bailey, y la editorial de Estados Unidos anunció para sorpresa de todos que iba a descatalogar *Philip Roth: la biografía*. Volvieron a correr ríos de tinta, esta vez para hablar mal tanto de Bailey como de Roth; los de siempre soltaron sus rebuznos sobre que era otro caso de la «cultura de la cancelación»; y mientras yo observaba aquel caos en un estado de creciente ansiedad. Me parecía que podía decirse que Roth había hecho todo lo que puede hacer un escritor para controlar y proteger el significado de su nombre en el mundo: se había pasado toda la vida contando y volviendo a contar versiones de su propia vida en una novela tras otra, le había declarado la guerra a su exmujer por haber osado contar su versión de la historia (*Adiós a una casa de muñecas*, de Claire Bloom), y luego dedicó sus últimas energías vitales a asegurarse de que su biografía oficial dejase su legado en el lugar que él consideraba que le correspondía. Y entonces, de repente, todo había desaparecido en medio de una nube de escándalo y mano dura empresarial para cubrir unas cuantas espaldas. Si Roth, un titán de las letras estadounidenses, había fracasado de forma tan estrepitosa en su intento de proteger su nombre a pesar de sus hercúleos esfuerzos, ¿qué esperanza podía tener yo, una escritora de segundo orden, de mantener a la Otra Naomi bajo control?

Entonces me llegó el libro. No la biografía (aunque ya han vuelto a imprimirla), sino *Operación Shylock*, publicado por primera vez en 1993. Los críticos tenían razón: es, de lejos, la obra más sofisticada de Roth, por no decir que es el libro de *doppelgangers* más trepidante que he encontrado en mis estudios ya avanzados del género. Y mi yo de veinte años también tenía razón: el único personaje femenino constante es Jinx —cortada por el mismo patrón que Wendy—, una enfermera rubia y pizpireta que está compinchada con el *doppelganger* de Roth. No obstante, a mi yo de cincuenta años aquello le parecía más triste para Roth que ofensivo para mí, y fui capaz de centrar la atención en el resto del libro.

Roth siempre favorecía a los protagonistas que eran unos dobles de sí mismo poco camuflados: el masturbador Alexander Pornoy, el mujeriego Nathan Zuckerman, un escritor torturado llamado Philip de

su novela de 1990 *Engaño*. Pero aquí había ido mucho más lejos. *Shylock* está escrita desde el punto de vista de un escritor llamado Philip Roth que ha escrito exactamente los mismos libros y llevado la misma vida que el Philip Roth auténtico. Lo llamaremos el «Roth Real». Empieza la novela ya desequilibrado, recién recuperado de una crisis mental iniciada debido a una pastilla para dormir, Halcion. Su situación había llegado a ser tan grave que, en un estado psicótico, le había preguntado a su mujer «¿Dónde está Philip?»,[4] un desgarrador recordatorio de que a uno se le puede escurrir la identidad entre los dedos sin la ayuda de nadie. Mientras se recupera del episodio, el Roth real descubre que hay un hombre que se hace llamar Philip Roth, que viste como Philip Roth, que se parece mucho a Philip Roth y que se está metiendo en todo tipo de líos en la lejana Jerusalén. A este personaje lo llamaremos el «Roth falso».

El Roth falso ha estado dando conferencias y concediendo entrevistas sobre su opinión de que la creación del Estado de Israel fue un grave error: está tan rodeado de enemigos, cree el Roth falso, que sin duda terminará habiendo otro holocausto judío. Por eso, el Roth falso ha iniciado un movimiento llamado «Diasporismo» para animar a los judíos israelíes a llevar a cabo un éxodo invertido desde Israel hacia las mismas tierras del Este de Europa de las que se fueron décadas atrás huyendo de los sangrientos pogromos y de los campos de concentración. Para ello, el Roth falso ha llegado incluso a reunirse con distintos jefes de Estado europeos, siempre haciéndose pasar por el Roth real. El Roth falso insiste en que el problemilla del antisemitismo que persiste en estos países del Este de Europa se podría solucionar implementando el programa de desintoxicación del odio «Antisemitas Anónimos», que diseñó para su propia novia, la preciosa y antisemita Jinx.

El Roth real está convencido de que todo esto es sumamente peligroso, y no le queda más remedio que seguir los pasos de Charlie Chaplin e imitar a su imitador en su viaje a Jerusalén. Y, a partir de aquí, empiezan sus travesuras y el sexo con Jinx.

La razón por la que empecé a pintarrajear el libro —subrayándolo y añadiendo asteriscos y signos de exclamación— en cuanto me llegó es que *Operación Shylock* explora, con una precisión francamente inquietante, muchos de los extraños callejones sin salida en los que me había ido encontrando desde que empeoraron los

problemas con mi *doppelganger*: la vergüenza de tener que hacer frente a una versión paródica de una misma; el círculo vicioso de tener que defender tu propia marca personal; la sombra fascistoide de uno mismo que los *doppelgangers* pueden proyectar en nuestro interior; el hecho de que sociedades enteras puedan tener *doppelgangers* siniestros. La novela trataba todo eso y más.

En *Operación Shylock*, Roth explota la tensión entre el profundo deseo humano de ser único y el anhelo igual de potente de querer verse reflejado en el ser de otra persona. Este último impulso es un aspecto del misterio de los *doppelgangers* que no he tocado hasta ahora, y por eso considero que merece mucho la pena recordar que millones de personas suben sus fotografías voluntariamente a servicios de búsqueda de *doppelgangers* como Twin Strangers, deseosas de que los programas de reconocimiento facial de estas páginas localicen a alguien como ellas en algún lugar del mundo. Una infinidad de mejores amigos se pasan horas intentando parecer «gemelos», sincronizando su ropa y estilo con enorme meticulosidad para parecer dobles. Naturalmente, a muchos nos encantaría encontrar a otra persona que sepa cómo es vivir en nuestro cuerpo y nuestra mente, un deseo que convive con el anhelo de ser totalmente diferente. La versión de 2023 de *Inseparables*, en la que Rachel Weisz interpreta a unas obstetras gemelas, explota, en palabras de un crítico, «los impulsos contradictorios de individualización y de necesitar al otro, de la repulsión y del amor». Es en esta ambivalencia donde los *doppelgangers* ganan todo su peso emocional.

En *Shylock*, Roth asigna estos sentimientos contradictorios a las dos versiones de Roth. Al Roth real lo horroriza su rebelde *doppelganger* y se dispone a enfrentarse a él airadamente por sus tretas y por usurparle la identidad. Espera que su doble se asuste o se acobarde al ser descubierto por el hombre por el que se ha estado haciendo pasar, pero, cuando se encuentran cara a cara en la recepción de un hotel de Jerusalén, el Roth falso rodea al Roth real con sus brazos, abrazándolo como si fuese su hermano, y vierte unas lágrimas poco elegantes cargadas de una familiaridad íntima. «Es como verme a mí mismo —dijo él, en un arrobo—, solo que no soy yo, es usted.»[5]

El Roth real vuelve a perder el equilibrio. Tenía planeado un enfrentamiento sobre quién era el dueño legítimo del rostro y del

nombre que comparten, y en cambio se encuentra con que es objeto de adoración. No es capaz de hacer acopio de la rabia que se había pautado, pero tampoco puede compartir el deleite familiar del Roth falso al mirarse en un espejo viviente. Al fin y al cabo, debe proteger su nombre. «¡Tu nombre para arriba, tu nombre para abajo! ¿Piensas alguna vez en algo que no sea tu puñetero nombre de mierda?»,[6] le echa en cara Jinx. Y no me quedó otra que llorar de la risa con la escena en la que el Roth falso admite que el Roth escritor bien podría ganarle en los tribunales si decidiese denunciarle por robarle su marca. Le señala incluso un precedente muy útil: la denuncia fructífera (y real) del presentador televisivo Johnny Carson contra Here's Johnny Portable Toilets.

He aquí precisamente la paradoja de la protección de una marca literaria. Si no haces nada, pierdes el control. Si tratas de controlarla, admites que solo te interesa vender: unos venden libros, otros venden aseos; al final, todo es lo mismo. El Roth real no se querella contra él, sino que se embarca en un apasionante viaje que lo lleva a imitar a su imitador por Cisjordania y otros lugares.

Mudoppelgangers

La historia me resultaba sumamente familiar, pero no tanto como la sensación de Roth de que su impostor había cogido sus palabras y sus ideas de toda la vida y las había convertido en una parodia de sí mismas.

«Philip, siento que te estoy leyendo en una historia escrita por ti.»[7] Eso le dice la versión dramatizada del novelista Aharon Appelfeld a la versión dramatizada de Philip Roth sobre un artículo en el que explica que el Roth Falso ha ido a Polonia para reunirse con el presidente del país, Lech Wałęsa, y convencerlo de que abra la puerta a que los judíos israelíes regresen a sus patrias europeas originales y reconozca que el experimento sionista ha fracasado. Este momento es clave para entender el vértigo que encierra la novela: la oposición del Roth falso a que Israel constituya un Estado judío —su preocupación sobre cómo estaba afectando a la moral y a la seguridad de los judíos, así como la creencia de que la diáspora era el terreno más fértil para la cultura y las ideas judías— no había surgido de la nada, sino que

provenía de Philip Roth; no el personaje, sino el hombre.

A Roth lo llevaban acusando de ser un «judío que se odiaba a sí mismo» desde que tenía veintipocos años. Sus personajes de Nueva Jersey eran demasiado groseros, tenían demasiados defectos, y una autoridad tan importante como el Consejo Rabínico de América lo acusó de poner a los suyos en peligro al darles esa mala imagen. Lejos de recular, Roth extendió su mirada crítica de Newark a Israel y, en *La contravida*, a la violenta radicalización que estaba alimentando la expansión de los puestos fronterizos en los territorios ocupados, donde los emigrados de Nueva York y Nueva Jersey se contaban entre los colonos israelíes más fervorosos. Este era otro tipo de exploración de los *doppelgangers*: Roth presentaba al «nuevo judío» israelí, armado y fornido, como una suerte de doble colectivo del viejo judío, de los artistas e intelectuales, como el propio Roth, a quienes muchos israelíes tachaban de débiles e inútiles desde su duro proyecto nacionalista. O quizá el nuevo judío fuese un espejo macabeo de los nacionalistas chovinistas de Polonia, Ucrania y Alemania que durante tanto tiempo utilizaron a los judíos como chivos expiatorios. Este escepticismo ante el sionismo, junto con su defensa de la diáspora como un lugar emocionante y totalmente legítimo que habitar como judío, es una de las cosas que más he admirado siempre de Roth, a pesar de las Wendy y las Jinx de sus novelas.

En *Operación Shylock*, el Roth falso se apropia de todas las críticas sociales y políticas del Roth real y las lleva al extremo del fanatismo y las caricaturiza al tiempo que manifiesta una amalgama exagerada de las neurosis psicosexuales que Roth había implantado en tantos de sus protagonistas/*doppelgangers* literarios previos, desde Portnoy hasta Zuckerman. Es «todos ellos al mismo tiempo, huidos de las novelas y reunidos todos en una sátira de sosias mío, por burlarse un poco»,[8] se lamenta Roth acerca de su impostor.

Así es, en cierto modo, como me he sentido al ser confundida con Wolf cuando declara que todo *shock* y toda crisis menor —ya sea el covid o la escasez de leche de fórmula— es un complot contra Estados Unidos, por usar otra referencia de Roth. Estoy atrapada en el vaivén zozobrante que Roth sintetiza de forma magistral: «La cosa es demasiado ridícula para tomársela en serio, y demasiado seria para pasar por meramente ridícula».[9]

Sé que la alianza diagonalista que Wolf ha construido con

Bannon empeorará drásticamente la vida de un número insondable de personas a medida que se vaya traduciendo en poder político a escala estatal y superior. Y a pesar de su evidente gravedad, la absoluta ridiculez de las gracietas de Wolf —los tuits sobre los viajes en el tiempo, las camisetas del equipo de investigación sobre las vacunas, las analogías constantes y promiscuas con el Holocausto— hacen que sea prácticamente imposible tomársela totalmente en serio. O, dicho de otra forma, puede que Wolf sea una broma, pero no tiene ninguna gracia. Y aun así, si soy sincera, mi *doppelganger* me tiene casi todo el rato entre la risa y el llanto.

En *Operación Shylock*, el Roth real intenta ejercer cierto control sobre su «ridículo apoderado»[10] negándose a llamarlo por el nombre que comparten y optando en su lugar por cambiárselo por Moishe Pipik. Pipik es el diminutivo que de pequeño usaban en su casa en referencia a los niños traviesos y a personajes torpones; el nombre significa, literalmente, 'Moisés ombligo', muy apropiado teniendo en cuenta todo este ombliguismo. Cambiarle el nombre le proporciona un alivio momentáneo, pero finalmente le sale el tiro por la culata: el Roth falso sigue atrapado en lo que Roth llama «pipikismo» u ombliguismo, «una fuerza antitrágica que lo hace todo incongruente, que todo lo convierte en farsa, que todo lo trivializa, que todo lo hace superficial».[11]

¿Es posible escapar de un rayo tractor como el del pipikismo? En cuanto una idea se «pipikifica», ¿puede recuperar jamás la seriedad? En cierto sentido, ese es el problema de todos los monstruosos payasos que han redibujado la política moderna de los últimos años: Trump en Estados Unidos, Boris Johnson en el Reino Unido, Rodrigo Duterte en Filipinas. Y luego está Putin presentándose como relator de verdades globales sobre los crímenes del colonialismo occidental y defensor de las tradiciones antiimperialistas y antifascistas; Putin, a la manera de Pipik. Estas figuras propagan el pipikismo allá donde van. Y con ello no solo convierten en farsa sus propias palabras, sino también lo que otros podamos y queramos decir después.

Por ejemplo, cuando Bannon dice que su cuadrilla armada y autoritaria está siendo «otreada» por izquierdistas y liberales, se está apropiando de un término importante que los analistas del autoritarismo han venido usando para describir la forma en que los fascistas presentan a sus objetivos como infrahumanos, haciendo que

resulte más fácil apartarlos e incluso exterminarlos. Pero es que todavía hay más. También está ridiculizando el propio concepto de la otredad, lo que a su vez dificulta poder emplearlo para describir lo que él hace de forma rutinaria con los migrantes, con los votantes negros, con la juventud trans y no binaria. En la misma línea, cuando después de las elecciones de 2016 Trump acusó a la mitad de las corporaciones mediáticas de difundir «noticias falsas», puso en marcha un proceso que llevaría a sus seguidores a dudar de todo lo que leían y veían en los medios de comunicación de masas. Pero, de nuevo, eso tampoco era todo. Se estaba apropiando de un término que había sido empleado por los académicos de la comunicación para describir un fenómeno muy real: el de una propaganda fabricada y diseñada para parecerse a las noticias auténticas pero que es un completo invento. Para Trump, este tipo de artículos falsos fueron una bendición, incluido uno que se hizo especialmente viral y que informaba falsamente de que contaba con el apoyo del papa. Pero ahora, gracias a esta apropiación de la expresión «noticias falsas», nos arrebataron a todos una frase perfectamente útil para describir este fenómeno.

O fijémonos si no en la pausa que se dio Tucker Carlon de su enardecimiento del nacionalismo blanco para decir que, al usar las palabras «personas blancas», sus competidores de la MSNBC estaban ejerciendo un «abierto odio racial» y se habían convertido en el equivalente de los locutores de radio hutus en Ruanda, quienes avivaron las llamas del odio contra los tutsis antes del genocidio de 1994. «Esta es la radio de los hutus», insistía. Al mismo tiempo, acusaba a un segmento sobre el racismo en el fútbol americano profesional de ser «discurso genocida», y afirmaba: «No exagero. Eso es exactamente lo que es».[12] Cuando la figura del bufón se convierte en un elemento central de la vida pública, el problema no es solo que diga estupideces, sino que convierte todo lo que toca en una estupidez, incluido —especialmente— el potente lenguaje que necesitamos para hablar sobre él y sus acciones. A estas figuras las llamo «*mudoppelgangers*», y es que pipikifican tantos términos y conceptos que corren el riesgo de dejarnos a todos sin palabras.

New Statesman publicó un artículo titulado «¿Qué le ha pasado a Naomi Wolf?» ya en 2014 que ofrecía una explicación irónica inspirada en sus muchas teorías conspiranoicas de pacotilla: «En algún momento de los últimos cinco años, la Wolf auténtica fue

discretamente "neutralizada" y sustituida por una actriz que ha trabajado sin descanso para hacer que la política de izquierdas en general y el feminismo en particular parezcan una banda de pardillas que se creen casi cualquier cosa siempre que parta de la premisa de que "Estados Unidos es malo"».[13]

Qué tranquilizador sería que Wolf fuese una farsante a la que pudiésemos desenmascarar y no un síntoma del proceso de deshilachado masivo del significado que afecta a... bueno, a todo. No obstante, mientras leía cómo Roth se peleaba con las fuerzas de la trivialización en *Shylock*, me puse a pensar de qué formas he estado dejando que las fuerzas del pipikismo me cambien. Desde que empecé a ver las versiones de *La doctrina del shock* carentes de datos y sedientas de atención que circulaban por el mundo del espejo, no he tenido claro cómo reaccionar. ¿Me lo he buscado yo sola? Creía que, en mis escritos sobre la explotación del *shock*, había recalcado con el suficiente esmero que las crisis catalizadoras no estaban siendo diseñadas dentro de un gran complot en las sombras para explotarlas, sino que su explotación era (y es) oportunista, un medio estratégico de sortear la oposición política ante políticas impopulares. Pero ¿debería haberme esforzado más? ¿Había alimentado esta proliferación de conspiranoias al pedir a mis lectores que sospechasen del poder en los momentos de *shock*? ¿Era eso lo que estaba intentando decirme mi propia historia de *doppelgangers*? O —y esta posibilidad me preocupaba más— ¿el problema era que yo, y tantos otros miembros de la izquierda, habíamos sido demasiado tímidos y obedientes durante la época del covid? ¿Acaso habíamos aceptado con demasiada facilidad unas medidas para contener la pandemia que exigían tanto de los individuos? Y ¿habíamos cometido el error de no plantar cara con la seriedad necesaria a la extrema avaricia corporativa que caracterizó a aquella época?

El *New Deal* de las pantallas

Tanto políticos como líderes corporativos emplearon las estrategias de la doctrina del *shock* durante la época del covid. El Gobierno británico creó una «vía de prioridad máxima» para fabricar mascarillas y otros equipos de protección que guardaba un parecido asombroso con la

oportunidad de llenar los bolsillos de amigos y donantes (y que, en algunos casos, resultó en productos inservibles). Cuando el Servicio Nacional de Salud (NHS), aquejado de una escasez de recursos crónica, se vio sobrepasado por el covid y otras crisis sanitarias a finales de 2022, el Gobierno *tory* introdujo por la puerta de atrás distintas formas de atención privada como supuestas soluciones que despertaron el miedo a que lo próximo fuese una subasta más generalizada de una NHS tan estimada en Gran Bretaña. En varias provincias canadienses hemos visto intentos similares de privatizar la sanidad bajo mano con la excusa, de nuevo, de la sobrecarga provocada por la pandemia. Y en nombre de evitar una «pérdida de aprendizaje» todavía mayor, el Gobierno de derechas de Ontario intentó arrebatar a los trabajadores del sector de la educación pública el derecho a huelga que les corresponde por ley, una de tantísimas otras embestidas que recibieron los colegios públicos bajo el pretexto de la crisis. Por su parte, en la India, el Gobierno emprendió una serie de ataques históricos contra las protecciones económicas de los agricultores rurales durante la pandemia que finalmente tuvo que retirar tras varias oleadas de protestas. Hubo otros Gobiernos, como los de Serbia y Grecia, que utilizaron la crisis para reforzar su poder en materia de seguridad y tomar medidas enérgicas contra sus oponentes. Las extremas políticas de «cero covid» de China supusieron un grave ataque contra los derechos laborales: hubo trabajadores que no pudieron salir de sus fábricas durante semanas.

La carpeta en la que guardaba este tipo de casos estaba bien llena, y en los primeros meses escribí y me pronuncié públicamente sobre este tipo de oportunismo y mercantilismo pandémico. En mayo de 2020, publiqué un extenso reportaje en *The Intercept* y *The Guardian* sobre el aprovechamiento de los confinamientos por parte de grandes empresas tecnológicas como Google y Amazon para implementar las tecnologías «sin contacto» a las que tantas ganas les tenían, poniéndoles el lazo «anticovid». Como ejemplo especialmente flagrante, cité a Anuja Sonalker, CEO de Steer Tech, una empresa ubicada en Maryland que se dedica a comercializar tecnologías de aparcamiento autónomo. Sonalker afirmó con bastante frialdad: «La aceptación de tecnologías sin participación humana, sin contacto, ha crecido notablemente. Los humanos son peligros biológicos; las máquinas no».[14]

Esto fue durante aquella primera ola tan devastadora, antes de que dispusiéramos de mascarillas de calidad y mucho menos de vacunas, cuando mantener la distancia entre unos y otros era básicamente el único recurso a nuestro alcance para frenar la propagación de un virus del que apenas sabíamos nada. Pero el ex-CEO de Google Eric Schmidt y otros milmillonarios de empresas tecnológicas aprovecharon esas medidas de emergencia temporales para forzar cambios más permanentes que generarían enormes oportunidades lucrativas para su sector: desde trasladar grandes partes de la educación a internet de forma permanente hasta crear las llamadas ciudades inteligentes, las cuales aumentarían drásticamente la vigilancia de la vida cotidiana. El futuro que esta crisis dibujaba no solo se caracterizaba por unos hogares que ya jamás volverían a ser espacios exclusivamente personales, sino que, gracias a las conexiones digitales de alta velocidad, se convertirían también en colegio, consulta médica, gimnasio y, si así lo determinaba el Estado, en cárcel. Era una visión lúgubre y facilitada por la IA de una sociedad sin contacto que emplearía a muchos menos profesores, médicos y conductores, y en la que no se aceptaría el dinero en efectivo, donde se dejaría en los huesos al sistema de transporte público y en la que habría mucho menos arte en directo. Todas estas tendencias ya se habían iniciado antes de la pandemia, pero durante esos primeros meses de confinamiento se aceleraron a la velocidad de la luz. Nada de lo que escribí en mi artículo era producto de la especulación: me basé en declaraciones públicas de empresas tecnológicas y en documentos obtenidos al amparo de la Ley de Libertad de Información de Estados Unidos. Empezaba a gestarse algo que guardaba un parecido coherente con una doctrina del *shock* de la pandemia, a la que le puse el divertido nombre de «*Screen New Deal*» o «el *New Deal* de las pantallas».

Pasados unos meses desde la publicación del artículo, empecé a ver ejemplos de estas mismas tendencias presentados a través de unos prismas mucho más conspiranoicos: quizá las empresas tecnológicas lo habían orquestado todo. Quizá el Foro Económico Mundial, con su plan para el Gran Reinicio, lo había orquestado todo. O quizá la pandemia no era real y las cifras de muertos eran un elaborado engaño. Quizá, tal como parecía insinuar mi *doppelganger*, era una estratagema para obligarnos a aceptar un Estado policial de crédito

social como el del PCC.

Empecé a dudar de mí misma: ¿debería no haber dicho nada sobre cómo las empresas tecnológicas estaban explotando la crisis? ¿Podría haber hecho más en mis escritos acerca de los *shocks* para dejar claro que las emergencias reales existen y requieren de medidas de emergencia? Lo cierto es que reculé; no del todo, pero demasiado. Cuando Wolf empezó a hacer la ronda en la Fox en su recién estrenada calidad de «CEO de una empresa tecnológica»[15] y a sonar, por mucho que no fuese su intención, como mi «ridícula apoderada», no veía la manera de seguir hablando sobre la explotación de la crisis por parte de las grandes empresas tecnológicas sin verme absorbida por aquella ruidosa máquina de teorías conspiranoicas. Me parecía imposible que una conversación seria sobre el verdadero capitalismo del desastre no terminase metida en el mismo saco que unas fantasías antivacunación sumamente peligrosas y el negacionismo descarado del coronavirus. El pipikismo me había boicoteado.

¿El Gran Reinicio Verde?

Todavía me inquietaba más que las fuerzas que todo lo convierten en farsa del mundo del espejo también parecían estar socavando los intentos nacientes y frágiles de abordar de verdad muchas de las crisis reales a las que nos enfrentamos, desde el colapso climático hasta la encarcelación masiva, pasando por las espantosas condiciones laborales de explotación que la pandemia sacó a relucir. Parece que hace mucho, pero hubo unos meses en 2020 —medio año bien bueno— en los que se extendió la creencia de que la pandemia podría servir de catalizador para que nuestras sociedades dejasen de procrastinar y de ignorar colectivamente muchos de los cambios estructurales que necesitamos y los implementasen. Muchos incluso nos permitimos soñar con que el vacío de las autopistas, el descanso del ir y venir de aviones que les estábamos dando a los cielos y todo eso de que lo que más añorábamos era a los nuestros podría desencadenar un cambio fundamental en nuestra forma de vivir cuando la pandemia por fin se relajase. Aquellas fueron las semanas en que tantos compartimos y citamos el escrito de Arundhati Roy, «La pandemia es un portal», imaginando que una calamidad global podría llevarnos a un lugar

distinto, sí, pero también mejor.[16]

Aquellas esperanzas indómitas se acrecentaron todavía más cuando, esa primera primavera y ese primer verano, las calles vacías de coches se llenaron de manifestantes que exigían el fin de los asesinatos policiales de personas negras y la reimaginación radical de las prioridades y del gasto público. Era la época en que los grupos activistas y consultores legislativos progresistas colaboraban en plataformas que pedían una «recuperación popular» del covid, con planes que combinaban la visión de un mundo verde con la visión de un mundo marcado por la justicia racial y la igualdad.

Y aun así, pasados apenas unos meses, gran parte del espíritu del cambio que caracterizó aquellos primeros meses de protestas pandémicas se había evaporado. Atravesamos el portal y nos adentramos en un mundo que había cambiado, pero no de las formas que tantos habíamos deseado. Las razones abundaban: las elecciones presidenciales de Estados Unidos absorbieron mucha energía política; el incremento del ritmo en nuestro esfuerzo por volver a la normalidad; la dificultad de mantenernos concentrados cuando seguíamos tan distanciados físicamente; las divisiones de muchos movimientos provocadas por peleas internas, muchas relacionadas con las tiranteces sobre si lo que estaban construyendo eran marcas alrededor de figuras clave o movimientos de base para sus participantes y miembros.

Pero había otra cosa interponiéndose en nuestro camino: la idea misma de la pandemia como portal hacia algo nuevo —algo mejor, más verde, más justo— estaba siendo pipikificada sistemáticamente en el mundo del espejo por personas como mi *doppelganger*. Todo ello se estaba mezclando y confundiendo con el discurso conspiranoico que decía que las «élites globalistas» del Foro Económico Mundial estaban tratando de utilizar la recuperación para instaurar su Gran Reinicio. Para principios de 2021, cualquier conversación sobre cómo podían y debían cambiar nuestras sociedades en respuesta a unas crisis que se solapaban y se cruzaban entre ellas quedaba inmediatamente sofocada entre los gritos de los diagonalistas, quienes decían que formaba parte de una conspiración que había nacido en el regazo de Bill Gates en una montaña suiza. De pronto los «confinamientos climáticos» empezaron a convertirse en tema del momento, cuando eran una amenaza totalmente inventada vinculada al Heartland Institute, el

laboratorio de ideas más importante del negacionismo del cambio climático que dijo la sandez de que, en cuanto los globalistas hubiesen logrado encerrarte en casa para luchar contra el covid, te iban a encerrar en casa para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Y algunos, como la previamente respetada periodista de *60 Minutes* Lara Logan, hoy convertida en altavoz de teorías conspiranoicas a jornada completa, dijeron que eran «los que quieren que comamos insectos, cucarachas, mientras riegan su cena con sangre de niños»,[17] un enfoque que condujo a su expulsión del canal de derechas Newsmax pero que aun así es compartido por infinidad de devotos de QAnon en todo el mundo.

Esta esfera de pipikismo en expansión constante no solo consigue que resulte más difícil hablar de ejemplos reales del mercantilismo del desastre o de la necesidad de un *Green New Deal*, sino también que, poco a poco, parezca que cualquier idea de cierta trascendencia, cualquier palabra capaz de transmitir la magnitud del momento actual, se convierta en un campo de minas antes incluso de llegar a pronunciarla.

Recuerdo el momento en el que me di cuenta de lo peligroso que se había convertido este pipikismo. Estaba escribiendo un artículo sobre los políticos de un Gobierno local de ultraderecha del norte de California que habían ordenado que se echara a los supervivientes del incendio más mortífero del estado de las tiendas de campaña instaladas en parques públicos en las que habían estado viviendo. Tecleé una frase en la que decía que era un muy mal presagio de un «futuro ecofascista» en el que se aprovechen los miedos ecológicos para justificar la ejecución de medidas de seguridad severas y violentas contra las personas a quienes se considera de segunda, que a menudo son los inmigrantes y las personas pobres. El ecofascismo es una amenaza real, y se está volviendo más explícita en algunos sectores de la derecha. Pero eliminé el término y lo sustituí por «ecoautoritarismo», algo más diluido. Pero es que soltar el término *fascismo* a la primera de cambio es lo que hace la Otra Naomi, ¿y acaso no había contribuido a convertir la propia palabra en un concepto absurdo? Entonces me di cuenta de lo que acababa de hacer: *ecofascismo* es el término adecuado para describir esa amenaza, pero qué cómodo resulta para las fuerzas fascistas en plena fusión que se haya abusado y pipikificado tanto el término que los antifascistas

seamos reacios a usarlo para describir correctamente los acontecimientos del mundo real.

Por aquellas fechas recibí una videollamada de mi amiga Alex desde Australia y nos pusimos al día. «¿Es verdad que los confinamientos del covid están convirtiendo Australia en un Estado fascista?», pregunté. «Porque eso es lo que Naomi Wolf le acaba de decir a Steve Bannon. Pero no encuentro ninguna información fiable que lo confirme.»

Alex, una de mis pocas amistades a las que le daba igual el contenido que escuchase, se encogió de hombros y contestó: «La policía no lo está haciendo bien. Pero es extraño: antes sabía quiénes eran los fascistas y quiénes eran los antifascistas. Había peleas en la calle. Los bandos estaban claros. Pero ahora los fascistas se han hecho totalmente con nuestro lenguaje. Siento que he enmudecido».

Es curioso, pero oírla usar la palabra *enmudecido* me hizo sentir mejor. Hasta ahora, había creído que mi falta de palabras era consecuencia del problema Naomi-Naomi, tan mío y específico, pero resultó que, en aquellos momentos de inmensa soledad, éramos muchos los que veíamos el mundo girar con la boca abierta.

El problema de quedarse sin palabras va más allá del mal uso constante que se está haciendo de palabras importantes en el mundo del espejo. Creo que también puede tener que ver con la progresiva incertidumbre acerca del papel que desempeñan las palabras, de su utilidad fundamental. Las palabras siguen siendo útiles para aspectos prácticos, como organizar quién irá a recoger a los niños al colegio y hacer la lista de la compra y escribir canciones pegadizas, pero ¿para cambiar el mundo? Mi amigo Bill McKibben habla a menudo de por qué pasó de escribir artículos y libros a fundar la organización ecologista 350.org (de cuya junta directiva ambos fuimos miembros durante una década). Bill dice que cuando era joven e ingenuo y escribió *El fin de la naturaleza*, el primer libro sobre el cambio climático de divulgación general, «pensaba que los libros cambiaban el mundo». Entonces, tras un par de décadas viendo cómo los legisladores ignoraban sus libros y una biblioteca llena de muchos otros, por no hablar del trabajo minucioso de miles y miles de científicos dedicados al estudio del clima que cada vez estaban más aterrorizados, llegó a la conclusión de que, aunque las palabras ayudan, «lo que cambia el mundo son los movimientos de las

personas». Pero esta es la pregunta que me ha estado reconcomiendo por dentro: ¿y si nuestros libros y nuestros movimientos tal como están configurados actualmente (a menudo de formas que parecen marcas corporativas) solo están cambiando las palabras? ¿Y si las palabras —escritas sobre el papel o gritadas en una manifestación— solo cambian lo que dicen las personas y las instituciones, y no lo que hacen?

«SOY EL TÚ QUE NO ES PALABRAS»,[18] le anuncia el Roth Falso al Roth Real, adentrándose en la pregunta central de muchas historias de *doppelgangers*: ¿quién es real y qué es real? ¿Es el real el que reclama primero la identidad? ¿O el real es el que hace más con ella? En *El doble* de Dostoyevski, el Goliadkin Falso es tan activo y sociable que enseguida supera y sustituye al original. En *Operación Shylock*, el Roth Real es un farsante a tiempo completo, un escritor de historias, no un hacedor de hazañas. El Roth Falso es activista y aspirante a hacer historia, y le echa en cara al Roth Real que haya desperdiciado el poder cultural que ha amasado gracias a su fama literaria limitándose a escribir más novelas neuróticas, a juntar más palabras en lugar de actuar y dar pasos concretos para ayudar a los judíos que protagonizan sus novelas.

Para el Roth Real, la respuesta a qué hace real a alguien es evidente: el impostor es el que se esconde tras la representación; el real actúa «más allá de las palabras». Esta idea nos dice mucho de las arenas movedizas en que vivimos: la confusión entre decir/hacer clic/publicar y hacer. La fricción entre la naturaleza virtual de una vida vivida bajo la luz azul de las pantallas y la realidad del trabajo físico (cavar, cosechar, soldar, coser, fregar, boxear, arrastrar, entregar) y los recursos materiales (petróleo, gas natural, carbón, cobre, litio, cobalto, arena, árboles) que la hacen posible.

Ese es el verdadero origen de mi falta de palabras en este período tan irreal: la sensación de la ruptura cercana y violenta entre el mundo de las palabras y el mundo que hay más allá de ellas. En los últimos años, los movimientos sociales de izquierdas han logrado grandes victorias al transformar la forma en que hablamos de todo tipo de cuestiones —multimillonarios y poderes oligárquicos, colapso climático, supremacía blanca, abolición de la cárcel, identidad de género, derechos de los palestinos, violencia sexual—, y he de creer que estos cambios representan victorias reales, que importan. Y, aun

así, en casi todos los frentes, estamos perdiendo un terreno tangible. El cambio de discurso no evitó que los diez hombres más ricos del planeta duplicasen sus fortunas colectivas de 700.000 millones de dólares a 1,5 billones de dólares en los dos primeros años de la pandemia;[19] no evitó que las fuerzas policiales aumentasen sus presupuestos mientras los docentes tienen que pagar de su bolsillo materiales básicos; no evitó que las fuerzas policiales israelíes atacasen el funeral de la venerada periodista palestinoamericana Shireen Abu Akleh después de que una bala que prácticamente seguro fue disparada por un soldado israelí le quitara la vida.[20]

«Sí, hemos cambiado el discurso...», me señaló una amiga el otro día, pero entonces el pensamiento se disipó. Es verdad, hemos cambiado el discurso, pero parece que lo hicimos justo en el momento en que las palabras y las ideas sufrieron una depreciación radical, una caída que está relacionada, de formas que apenas estamos empezando a comprender, con el torrente de palabras en el que nadamos en esas pantallas; un torrente que amplifica asiduamente las formas más operísticas de la performatividad de la moral y las formas más cínicas del pipikismo. Angela Davis, en la primavera de 2022, expresó la tensión de las manifestaciones históricas pos-George Floyd como sigue: «En muchos sentidos, no ha cambiado casi nada, pero, al mismo tiempo, ha cambiado todo».[21]

Más allá del bla, bla, bla

Es difícil escribir y hablar de estas cuestiones porque lo único que tenemos son precisamente esas devaluadas palabras. Por eso me gustaron tanto las intervenciones de Greta Thunberg durante la cumbre del clima de Glasgow en 2021, las cuales consistieron básicamente en burlarse de la gente que habla sobre el cambio climático al tiempo que hace muy poco al respecto. Para avergonzarlos, Greta repitió muchas veces las palabras «bla, bla, bla».

Merece la pena recordar que la primera protesta de Thunberg consistió, aún de niña, en su negativa a hablar. Había aprendido sobre la crisis ecológica, vio lo poco que se estaba haciendo al respecto y dejó de hablar con cualquiera que no fuese su familia. Empezó a hablar cuando vio algunos cambios, pequeños al principio, como que

sus familiares se comprometieran con el vegetarianismo, y luego otros más trascendentales, como que millones de personas se unieran a las huelgas por el clima en todo el mundo.

Entonces habló mucho, ante todo tipo de públicos, y del cuidado con el que daba sus discursos se desprendía que una parte de ella creía que podrían conducir a la acción. Lo interesante de la versión de Greta que vimos en Glasgow es que era evidente que había perdido aquella fe, la fe en el espectáculo que consistía en dar discursos que pusieran en evidencia a los líderes por no hacer nada. Así que empezó a dar discursos que tenían menos que ver con el cambio climático y más con lo absurdo de aquel teatrillo. «Reconstruir mejor. Bla, bla, bla. Economía verde. Bla, bla, bla. Neutralidad de carbono para 2050. Bla, bla, bla»,[22] dijo en la antesala de la cumbre. «Nuestros supuestos líderes lo repiten sin parar. Son palabras, palabras que suenan muy bien pero que hasta ahora no se han traducido en acciones. Nuestros sueños y esperanzas se ahogan en sus palabras y promesas vacías.» Cuando dos días después la BBC le preguntó qué opinaba del acuerdo final que se había alcanzado en Glasgow, respondió: «Han logrado diluir incluso su bla, bla, bla, lo que es todo un logro».[23]

Era una reacción mucho más mordaz de las que le habíamos visto en este tipo de encuentros tan celebrados. Entonces, regañaba. Suplicaba. Lloraba. Y aunque trataba con dureza a los líderes que la escuchaban, sus palabras seguían transmitiendo cierta fe. Pero, según parece, Greta ya no cree en esa teoría del cambio. Ha llegado a ese punto en el que tantos nos encontramos: a darnos cuenta de que no va a venir nadie a salvarnos, que solo nos tenemos a nosotros mismos y a las acciones que seamos capaces de impulsar a través de la cooperación, la organización y la solidaridad.

Ponerle nombre a esta situación, en lugar de limitarnos a rellenar el tiempo en antena, encierra su propio poder. Porque, si te encuentras diciendo, como hicieron algunos activistas más diplomáticos que Greta, que celebrar una cumbre sobre el clima es «un buen primer paso» y que dicha cumbre se llama oficialmente Conferencia de los Partidos 26 —porque en aquel momento llevaba celebrándose todos los años desde 1995 (excepto en 2020 por culpa del covid)—, entonces puede que vaya siendo hora de admitir que las palabras ya no surten el efecto que esperamos.

He estado hablando sobre que Bannon y Wolf están pipifikando

las palabras, mofándose de conceptos importantes, porque resulta sumamente desorientador. Pero también desconcierta lo que algunos líderes más de centro llevan mucho más tiempo haciendo: emplean las palabras en el sentido apropiado, pero no tienen intención alguna de hacer nada al respecto. Y una forma de negacionismo alimenta a la otra: el negacionismo declarado del mundo del espejo se vuelve concebible gracias a la guerra estándar contra las palabras y el significado que se les da en sectores más liberales de nuestra cultura.

«En algún momento habrá que vivir como si la verdad fuese cierta», canta Tamara Lindeman, de The Weather Station, en su balada climática *Loss*.[24] En algún momento, sí, pero, según parece, todavía no.

He pasado toda mi vida adulta escribiendo sobre la escisión de los signos de sus significados, pero lo cierto es que no tenía ni idea de que se llegaría tan lejos. Cuando llené las páginas de *No Logo* con las lecturas minuciosas de los textos de algunas de las primeras campañas de marca basadas en el estilo de vida que se habían apropiado de la iconografía revolucionaria para vender zapatillas deportivas y portátiles y cuentas de débito —Apple estampaba los rostros de los fallecidos Martin Luther King Jr. y Gandhi en sus vallas publicitarias, Nike utilizaba los himnos del movimiento contra la guerra de Vietnam para vender sus zapatillas—, creí que entendía los peligros que entrañaba. Por un lado, los movimientos y las ideas transformadores se arrancaban de sus contextos, y al hacerlo se mermaba su poder y su autenticidad. Por otro lado, se estaba empleando la iconografía revolucionaria para esconder y distraer activamente de los mundos oscuros y muy reales en los que se creaban los productos anunciados: las adolescentes de Indonesia y China que añoraban sus hogares y padecían un acoso crónico mientras fabricaban zapatillas y dispositivos electrónicos; las sustancias contaminantes y las toxinas que supuraban de la cadena de suministro global en cada etapa del proceso; los empleos que se estaban convirtiendo en contratos escurridizos mientras se nos decía que alegrásemos esa cara y fuésemos nuestra propia marca. Era una apropiación, un encubrimiento y una estafa, todo a la vez.

Pero había un contexto más general que no alcancé a ver, la guerra abierta contra el significado que representaba esta nueva fase del capitalismo disfrazado de progresismo. Al final, lo más importante

de aquellas campañas era el atrevimiento con el que anunciaban que, a partir de ahora, ya nada significa nada: si Martin Luther King Jr. y Gandhi y Bob Dylan se pueden reclutar como cómplices neoliberales, entonces ya se puede sacar cualquier cosa y a cualquier persona de sus contextos y hacer que signifiquen justo lo contrario. La historia subyacente al relato era la normalización de la disociación entre las palabras y la realidad, la cual solo podía dar paso a la era de la ironía y del desafecto, porque parecía que estas eran las únicas posturas íntegras que podíamos adoptar en un mundo en el que todos mentían a todas horas. Y a partir ahí se nos condicionó a todos para que nos metiéramos de cabeza en el mar de *non sequiturs* de las redes sociales, del deslizamiento en las pantallas que revuelve las estructuras narrativas de los argumentos y las historias para rodearnos de un confeti de pensamientos en el que todo es «esto» y «esto» y «esto» y «mira esto otro».

Si nada significa nada y no hay una relación lógica entre una cosa y otra, entonces, como ya advirtió Hannah Arendt, todo es posible. La realidad es una masilla que se puede moldear a placer. Ese impulso es bastante salvaje en el mundo del espejo, donde hay *influencers* como mi *doppelganger* que afirman a diario que solo ellos son capaces de «unir los puntos» en los complots de un mundo que se ha vuelto loco: Epstein, Gates, Davos, Fauci, el PCC. Pero no deja de ser bastante salvaje también a este lado del espejo, donde unos adolescentes desesperados les dicen a los líderes mundiales que el mundo está en llamas y estos responden haciéndose selfis con adolescentes apasionados, chocándoles la mano para Twitter o, en el caso del primer ministro de Canadá Justin Trudeau en 2019, participando en la masiva huelga por el clima para protestar contra las políticas del Gobierno que él mismo encabeza, como si se le hubiese olvidado por completo que tiene el poder necesario para hacer algo más que manifestarse.

Me gustaron las intervenciones del «bla, bla, bla» de Greta porque plasmaban perfectamente esa sensación omnipresente de enmudecimiento mucho mejor que mis silencios impotentes y taciturnos de entonces. Greta había encontrado la forma de criticar el lenguaje al tiempo que lo protegía: se burlaba de las palabras que utilizan y de lo que ocurre cuando las oye, pero también se reservaba las suyas para los espacios en los que quizá todavía importen, donde

aún se pueden casar con principios y acciones, donde la gente no está ahí solo para actuar ante las cámaras. La policía no tardaría en detenerla cuando se unió a otros activistas que trataban de impedir la expansión de una mina de carbón en el oeste de Alemania.

Aunque lo digo con la boca pequeña, en este sentido podríamos aprender alguna cosa de Steve Bannon: de la terquedad de sus estrategias y de su forma de construir coaliciones ganadoras a pesar de las diferencias; de cómo ha transformado a oyentes y espectadores en un grupo muy organizado de hacedores; de lo concentrado que está en la «¡Acción! ¡Acción! ¡Acción!».

Probablemente ya sea demasiado tarde para recuperar todo lo que hemos perdido ante las fuerzas del pipikismo, pero hay una cosa que no debemos entregar jamás, y no es otra que el lenguaje del antifascismo. Los significados verdaderos de *genocidio* y *apartheid* y *Holocausto*, y de la mentalidad supremacista que los hace posibles. Necesitamos esas palabras, más afiladas que nunca, para nombrar y combatir lo que se está fraguando a toda velocidad en el mundo del espejo: una cosmología entera construida sobre la reivindicación de que existen cuerpos superiores, sistemas inmunitarios superiores y bebés superiores, y financiada por ventas complementarias, bitcoin y yoga prenatal.

Todo ello sería demasiado ridículo si no fuese tan serio.

Capítulo 9
La ultraderecha y el terreno de lo rocambolesco

Cuando se fijó la fecha de las elecciones y empezó la guerra de los carteles, nuestro hijo, T., daba vivas cada vez que pasábamos por delante de un letrero naranja con el nombre de su padre. Les hablé a Avi y a su equipo de la investigación que estaba llevando a cabo sobre el mundo del espejo porque podría ser relevante para su campaña, pero estábamos en el verano de 2021, y le restaron importancia al creer que no eran más que un montón de desvaríos específicos de Estados Unidos.

Yo no lo tenía tan claro. En uno de los pódcast de temática conspiranoica que sigo había oído hacía poco que una mujer que no vivía muy lejos de nosotros, llamada Romana Didulo, se había autoproclamado «reina de Canadá, cabeza de Estado y comandante en jefe» y estaba muy ocupada emitiendo decretos que ordenaban a los negocios que dejasen de pedir pruebas de vacunación, ya que de lo contrario se enfrentarían a la pena capital (que no existe en Canadá). Eso ya era bastante extraño, pero aún más raro era que parecía tener miles de leales súbditos, algunos de los cuales habían estado entregando en mano unas órdenes de «cese y desista» que informaban a negocios, colegios e incluso a la policía de que eran «cómplices de crímenes contra la humanidad» y que serían «procesados por nosotros, el pueblo» en tribunales militares. También había empezado a ver pequeños grupos de manifestantes que se reunían periódicamente en la intersección más transitada del pueblo vecino. Sostenían pancartas que me resultaban familiares porque había ido siguiendo las aventuras de la Otra Naomi: no doy mi consentimiento, *plandemia*, el verdadero virus es el miedo. Aun así, en aquella época, cuando apenas llevábamos un año de pandemia, la única persona que conocía y que estaba de acuerdo conmigo en que Canadá se estaba precipitando hacia el caos del mundo del espejo que estaba arrasando al sur de la frontera era mi instructora de *fitness*, a quien habían estado inundando de amenazas desde que estableció la vacuna como requisito de acceso

a su centro.

Yo entendía el escepticismo del equipo de campaña: la petulancia canadiense es una droga muy potente. Aquí, en la Columbia Británica, la provincia más al oeste de Canadá, el Gobierno había delegado casi todas las comunicaciones importantes sobre el covid en la doctora Bonnie Henry, una funcionaria de salud pública que parecía sumamente sensata y que podría decirse que era todo lo contrario a Trump. Con una voz tranquilizadora que rozaba el susurro nos explicaba todos los días los últimos datos y nos rogaba: «Sean amables, mantengan la calma, protéjanse». Los niveles de contagios se mantuvieron bajos ese primer año, y durante un tiempo, la fiebre de la «doctora Bonnie» llegó a intensificarse hasta el punto de que hubo artistas que pintaron murales de su rostro enmarcado por una media melena rubia, y John Fluevog diseñó un modelo de merceditas de charol en su honor.

Por Canadá ya corrían el negacionismo del covid y la histeria del Gran Reinicio, pero todavía parecían ser exclusivos de la derecha política. Muchos votantes estaban abandonando al serio Partido Conservador y acudiendo en manada al Partido Popular de Canadá (el People's Party), alternativo y rabiosamente antiinmigración, que había sacado sus argumentos electorales directamente del mundo del espejo. «¡Digamos no a los pasaportes de vacunación!», rezaba un folleto que me metieron en el buzón. Resistamos ante «los tiránicos dictados del *establishment*». Avi creía que no sería un factor especialmente importante entre los votantes progresistas a los que pretendía llegar. Se presentaba con el NDP, el Nuevo Partido Democrático, antaño socialista y orgulloso, en cuya fundación colaboraron su abuelo y su padre, y el cual, en la línea de las tendencias globales, hacía ya mucho que era más o menos de izquierdas y no de izquierdas de verdad. En aquellas elecciones, el partido prometía reforzar los programas sociales que habían ayudado al país a superar las primeras olas de covid con relativa holgura. Avi apostaba a que muchos canadienses estarían listos para adoptar una forma de gobierno más activista para acometer las emergencias del clima y de la vivienda. Por eso, haciéndose eco de las grandes esperanzas que muchos todavía albergábamos en ese momento, el eslogan por el que se decidió fue «¡La recuperación de la pandemia debe traer un *Green New Deal* para todos!».

Intenté advertírselo, de verdad que lo intenté. Le dije que el negacionismo estaba trazando una diagonal que no atendía a fronteras y que sus mecanismos eran difíciles de predecir por medio del tradicional eje de derecha e izquierda. Lo alerté de que, en la comunidad en la que vivimos, donde la sanación energética y el *coaching* vital son carreras profesionales al menos igual de populares que la enfermería y el magisterio, y donde los partos sin asistencia médica y las fiestas en el bosque bajo la luna llena están tan en boga, iba a haber una parte del electorado —sus posibles votantes— que seguiría a personas como mi *doppelganger* hacia el mundo del espejo. Le pedí que leyera informes de vacunación, que se familiarizase con el Gran Reinicio, que adoptase una posición considerada y reflexiva en todos esos frentes.

Pero no tenía tiempo. Estaba demasiado ocupado redactando las que eran sus posiciones políticas sobre crisis reales: la escasez de agua por culpa de una sequía crónica, la subida como la espuma de los precios del alquiler y los elevados costes de la vivienda, la inadecuación del transporte público y la explotación forestal de nuestros últimos bosques vírgenes. Qué adorable: seguía pensando que el voto se ganaba con realidad.

Entonces empezamos a visitar a nuestros vecinos.

Pedir el voto puerta a puerta nunca es especialmente agradable, pero hacerlo cuando llevábamos diecisiete meses inmersos en un acontecimiento global que nos había metido el miedo a la respiración ajena en el cuerpo le confería un desasosiego especial. Era evidente que, para algunos de los que abrían la puerta o miraban a través de la cortina, la presencia de extraños en la entrada de su casa era una aparición estremecedora.

Cuando llevábamos cerca de una hora, mi compañero Tak y yo habíamos llamado a un montón de timbres y solo habíamos registrado una interacción positiva en nuestra carpeta. La mayoría ni siquiera nos abría la puerta, aunque a veces los oíamos gritarse entre ellos en el interior. Entonces llegamos a una casa con una hilera de paneles solares en el tejado y un coche eléctrico cargando en la entrada.

«Estos son de los nuestros», dijo Tak, rebosante de seguridad.

Eran cerca de las tres de la tarde, y la mujer de cuarenta y tantos años que nos abrió la puerta blanca iba ligeramente desaliñada.

«Lo siento, aún no me he vestido», dijo, claramente avergonzada

y señalando un pantalón de pijama de ositos.

«Uy, no seré yo quien la juzgue», contesté, esperando que la enorme sonrisa que quedaba oculta bajo la mascarilla se tradujera en cálidas arrugas alrededor de los ojos. «De hecho, me sorprende que no vaya yo también en pijama. ¡Mi hijo no se ha puesto ropa de calle desde hace más de un año!»

Reímos. Su labradoodle negro salió corriendo de la casa, ladrando y dando vueltas.

«No le hagan caso. Ya no está acostumbrado a la gente. Como yo.»

Volvimos a reír. Le hablé de mi cockerpoo desocializada y poco avispada, la misma que está en guerra contra su *doppelganger*; le hice mimos al labradoodle; piropeé sus paneles solares. Habíamos empezado con buen pie. «Hemos venido a preguntarle qué problemas tiene en mente de cara a las elecciones federales», le pregunté. «Somos del NPD...»

Ahí fue donde la cosa empezó a torcerse. Dio un paso hacia atrás y me miró fijamente con lo que he venido a llamar los Ojos de Internet.

«He votado al NPD toda la vida. Mis padres los votaron. Mis abuelos los votaron. Pero he de decirles que estoy muy disgustada con su líder y con cómo se ha vendido a los globalistas.»

¿A los globalistas? Se me pusieron los pelos de punta al percibir que estaba hablando en código y se refería a los judíos. Pero, bueno, había venido a pedirle el voto, no a hacer amigos. Traté de tender lo que, en las formaciones para pedir el voto puerta a puerta, se conoce como «un puente».

«Soy escritora. De hecho, hace años escribí un libro sobre la globalización corporativa, y el NPD siempre ha plantado cara a las grandes empresas y a los malos acuerdos comerciales. Quieren imponer un impuesto a las rentas altas...»

«No, ya estoy harta», dijo, llamando a su perro y dando otro paso atrás. «Esta vez, voy a votar al Partido Popular.»

Y con esas, desapareció junto a su perro negro tras una puerta blanca que cerró con decisión.

Tak y yo nos alejamos aturdidos.

«He trabajado en unas cuantas campañas», dijo lentamente. «Pero es la primera votante que conozco que se ha pasado del NPD al

Partido Popular.»

Aquella mujer se había subido a un tren de alta velocidad: el *establishment* canadiense consta de dos partidos —los Liberales y los Conservadores— que ocupan el centro político y que tradicionalmente se han ido turnando en el poder. Esta votante había pasado del NPD, de izquierdas, al Partido Popular, de ultraderecha, sin detenerse ni un instante en ninguno de los dos partidos de centro. Entendía que estuviese molesta con el NPD; yo también lo estaba. En cuestiones que abarcan desde la acción climática hasta las enormes desigualdades, en los últimos años no habían ofrecido una verdadera alternativa de izquierdas. Por eso Avi se había presentado: para empujarlos a estar a la altura de sus ideales originales. Pero ¿utilizar la molestia de que el izquierdismo del NPD estaba comprometido como trampolín para pasarse directamente a la ultraderecha? ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

Llamamos a algunas puertas más, recibimos la más cálida de las bienvenidas por parte de una familia de canadienses del Punyab que valoraban que el NPD hubiese prestado apoyo a los agricultores de la India en plena revuelta masiva, y Tak y yo empezamos a sentirnos un poco menos como si nos hubiésemos metido en una de las madrigueras sin fondo de Reddit.

Ahora que teníamos nuestra hoja llena de datos de votantes y los nombres de un par de posibles «supervoluntarios», nos dirigimos a la reunión que se había convocado en casa de un fiel seguidor del partido para dar parte. Avi, que había estado llamando a puertas a unas manzanas de distancia, llegó unos momentos después. Parecía agitado y venía balbuceando algo sobre que «olía a sándalo». Después de quitarse la mascarilla y beber un poco de agua, nos contó lo que había pasado. Había ido a una casa donde la puerta principal estaba abierta y el olor del incienso llegaba hasta la acera. Los alféizares de las ventanas estaban repletos de estatuas de bronce; había reconocido a Buda y a Ganesh. Igual que nos había pasado a nosotros con las placas solares, había imaginado que no le costaría mucho venderle el *New Green Deal* a un hogar como aquel. Y, como nosotros, no podía estar más equivocado.

Una mujer blanca y de músculos fibrosos había salido al porche vestida con ropa de yoga y lista para pelear. Tapándose la boca con la mano en lugar de ponerse una mascarilla, solo tenía una pregunta que

hacerle: «¿Cuál es su postura acerca de los pasaportes de vacunación?».

Avi contestó que el partido estaba a favor de comprobar el estado de vacunación para las actividades en interiores, ya que era una medida sensata desde el punto de vista epidemiológico en ese punto de la pandemia, y le preguntó qué opinaba ella al respecto.

Y ahí fue cuando empezó a hablar sobre su «autonomía corporal» y su «ciudadanía soberana» y a decir que tenía «un sistema inmunitario fuerte».

«Eso es fantástico», dijo Avi, tendiendo su propio puente. «Es fantástico que esté tan sana. Pero la cuestión, creo, es que no todo el mundo tiene un sistema inmunitario fuerte. Algunos están inmunodeprimidos o tienen problemas de salud que los hacen más susceptibles a que el virus los haga caer gravemente enfermos, o a morir.»

Su respuesta, en aquella comunidad *happy flower* de la costa oeste, fue: «A mi parecer, esas personas deberían morir».

Y con las mismas, desapareció en una nube de sándalo.

Tras aquellos desgarradores encuentros, ambos empezamos a ver evidencias de la propagación del diagonalismo a nuestro alrededor: en los paneles de anuncios de las comunidades, en las reuniones de los Ayuntamientos. ¿Y ese grupúsculo de manifestantes del pueblo? Crecía a pasos agigantados. Cuando llevábamos un par de semanas de campaña, pasé con el coche por delante del tranquilo hospital donde nació T. y vi un grupo de trescientas personas en la puerta, la manifestación más grande que recordaba haber visto en esta comunidad rural. Sin duda eran muchos más de los que salieron a protestar contra la invasión de Irak, y probablemente más de los que se unieron a las huelgas por el clima de 2019.

Los manifestantes interferían con los pacientes que necesitaban atención urgente y atacaban verbalmente al personal de enfermería, todo ello en el día de las «protestas mundiales»[1] contra los mandatos relativos a la vacunación, que mi *doppelganger* había estado anunciando en su nueva cuenta de Gettr. En un momento dado, la multitud cantó, o más bien balbuceó, una versión de *Women's Warrior Song*, un himno sagrado para muchas comunidades indígenas de esta zona, incluida la comunidad aborigen de los shíshálh, cuyo Consejo de Banda tenía la oficina justo al otro lado de la calle. El Consejo emitió

inmediatamente un comunicado en el que condenaba aquella apropiación como un insulto a su cultura. Mientras tanto, en la otra punta del país, Trudeau cancelaba un mitin por la presencia de un grupo de antivacunas que amenazaban con violencia, lanzaban improperios y exigían la celebración de una nueva edición de los juicios de Núremberg.

«Entonces, ¿tú qué dirías sobre los pasaportes de vacunación?», me preguntó Avi esa noche, tratando de parecer relajado.

«Yo empezaría validando sus miedos sobre los datos. Diles que tu máxima prioridad es proteger su privacidad y mantener su información personal fuera del alcance de las empresas tecnológicas privadas. Redirige la conversación hacia la necesidad de regular esas empresas, de fragmentarlas, de tratarlas como servicios públicos, de garantizar el derecho de todos a participar en la playa digital. Demuéstrales que existe una manera de meter caña a los gigantes tecnológicos sin poner en peligro sus vidas y las de los demás.»

Me estaba escuchando.

«Y lo mismo con las farmacéuticas. Recuerda que tienen motivos de peso para detestar a estas empresas. Céntrate en los puntos en común, en por qué los tratamientos y los medicamentos que salvan vidas no deberían ser una fuente de ingresos. Pasa a hablar de la necesidad de ampliar la sanidad pública para que incluya los medicamentos con receta. Explica que podemos crear empleos de calidad en los ámbitos de la sanidad pública y de la medicina preventiva.»

Se sabía esos argumentos de memoria, llevaba años defendiéndolos. Solo hacía falta presentarlos de una forma nueva para recuperar parte del terreno que nos había ganado el mundo del espejo. Me parecía que esa estrategia tenía bastantes números de funcionar con algunos votantes, con los que solo se habían asomado al espejo en momentos concretos. Pero, en el caso de los que ya habían cruzado el umbral, no tenía grandes esperanzas de que Avi, por muy encantador que fuera, pudiese traerlos de vuelta.

En las semanas que siguieron, algunos intentaron convencerlo de que estaba totalmente equivocado por medio de unas cartas que, muy astutamente, utilizaban mi trabajo en su contra:

> He estado investigando mucho sobre a qué nos enfrentamos y tenía la esperanza de que Naomi fuese a escribir una continuación de *La doctrina del*

shock sobre todo lo que está pasando en el mundo con la pérdida de nuestras libertades, la discriminación si no queremos ponernos una «inyección» experimental [...]. El mundo ha perdido mucho a causa de esta «plandemia», y quiero que se haga justicia y que se depuren responsabilidades entre los que han participado en todo esto, como Anthony Fauci, Bill Gates, las farmacéuticas, los medios de comunicación.

La mayoría no estaban dispuestos a entrar siquiera en el nivel de diálogo que yo había sugerido.

Incluso a pesar de llevar meses atrapada en el mundo del espejo, algunas de las cosas que Avi y yo oíamos a nuestros vecinos me tenían asombrada. Al inicio de la pandemia, hubo quien se pronunció para pedir que se sacrificase a enfermos y mayores para mantener la economía en marcha. Pero habían sido republicanos zalameros; crueles, pero en su línea. Lo que no esperaba era ver votantes del NPD de toda la vida —el partido que tuvo un papel tan crucial en la consecución del sistema de sanidad pública universal de Canadá— restando importancia a una oleada masiva de muertes. Y tampoco esperaba que alguien que podría haberme dado una clase de *vinyasa* defendiese abiertamente la extinción de las personas de físico débil («A mi parecer, esas personas deberían morir»). O que apareciese un cartel del Partido Popular justo al lado de uno de un champú de la marca Bliss, de sesiones de meditación o de masajes de tejido profundo. O escuchar a ecologistas de toda la vida decir, en conversaciones privadas, que el derecho a no vacunarse era lo único que les importaba en estas elecciones, ya que lo veían como una forma de posicionarse por principios contra las farmacéuticas. (Luego descubriríamos que el hombre que agredió violentamente al marido de ochenta y dos años de Nancy Pelosi, Paul, en su hogar de San Francisco, había crecido a dos pasos de aquí.)

Fuese cual fuese la línea que en el pasado creí que había entre «ellos» y «nosotros», se había desdibujado completamente. Era evidente que se había liberado un veneno en la cultura, y no solo se propagaba entre los votantes de la derecha con la ayuda de algunas estrellas liberales que habían cambiado de bando. No, había algo más: un compuesto venenoso mezclado con ciertas ideas muy potentes sobre un estilo de vida natural, la fuerza corporal, la buena condición física, la pureza y la divinidad, todas presentadas junto a sus opuestos: lo antinatural, la debilidad física, la holgazanería, la contaminación y la perdición.

Ya hace muchos años que las subculturas del *fitness* y de la salud alternativa frecuentan los movimientos fascistas y supremacistas. En Estados Unidos, los primeros entusiastas del *fitness* y del culturismo también eran apasionados de la eugenesia y de la posibilidad de hacer cruces para engendrar la que consideraban una forma humana superior. La propaganda nazi estaba repleta de imágenes de hombres jóvenes haciendo excursionismo, y Hitler estaba convencido de que la comida «natural» era fundamental para el éxito del Reich (aunque parece ser que su vegetarianismo se ha exagerado un poco). El Partido Nazi estaba plagado de modas relacionadas con la salud y de creencias místicas extremas, las cuales se aplicaron en el proyecto de construir una raza superior aria de hombres de cualidades divinas. Dicho de otra forma, la misión de construir una supuesta raza dorada tenía un lado místico, razón por la cual se integró tan bien con las modas de salud de la nueva era y otros fetichismos naturalistas varios.

Tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial, la alianza entre los fascistas, el *fitness* y la nueva era se desintegró. Cuando la nueva era disfrutó de su siguiente gran ola de popularidad, en los años sesenta, estuvo fuertemente asociada a los *hippies*, el ecologismo y los Beatles estudiando meditación trascendental. Pero ahora parecía como si las raíces más antiguas y supremacistas del movimiento se estuviesen reafirmando.

Las personas a las que Avi y yo encontrábamos en el extremo de este espectro no parecían negar el covid del todo. Más bien consideraban el virus como una especie de limpieza o «matanza selectiva del rebaño», y algunos incluían en la ecuación creencias ecofascistas e imaginaban que la pandemia era un medio que permitiría al mundo natural recuperarse de las presiones humanas. Esta línea de pensamiento estuvo muy extendida en los inicios del confinamiento, cuando los memes de «la Tierra se está curando» y «el virus somos nosotros» arrasaron en internet, junto a vídeos (muchos de ellos falseados) de animales salvajes apoderándose de nuestras ciudades y pueblos desiertos. Pero ahora la aceptación de un cierto volumen de muertes humanas se estaba volviendo más manifiesta, y se relacionaba de forma explícita con la oposición a las vacunas. En esa época, Ron Schmitt, expresentador de Fox News que se cambió a Newsmax, reflexionó en antena: «Pienso que la vacuna es, extrañamente, como antinatura en general. O sea, quiero decir, si hay

una enfermedad ahí fuera, quizá en la vida haya altibajos en los que algo tiene el papel de eliminar a cierto número de personas, y así es como funciona la evolución. Y es como que las vacunas obstaculizan ese proceso».[2]

Estas ideas van acompañadas de historias empapadas de sangre en las Américas que se remontan a los relatos de los conquistadores y colonizadores europeos, según las cuales las enfermedades infecciosas que habían asolado a las poblaciones indígenas —ya debilitadas a causa de que los colonos las despojaron de sus tierras y diezmaron sus fuentes de alimento— en realidad eran obra de Dios, una señal divina de que aquellos continentes pertenecían a los cristianos blancos. «Una plaga maravillosa»,[3] así describió el rey Jacobo I de Inglaterra las pandemias en la Carta Estatutaria de Nueva Inglaterra de 1620. «El Señor Todopoderoso, en su gran bondad y recompensa hacia nosotros», la había enviado «entre los salvajes». En 1634, John Winthrop, el primer gobernador de la colonia de la bahía de Massachusetts, describió las enfermedades que arrasaron a los pueblos nativos algonquinos en términos similares: «Pero, para los nativos de estas tierras, la persecución divina fue tal que, en el espacio de trescientas millas, la viruela ha acabado con la mayoría de ellos, la cual sigue entre ellos, y, con ello, Dios nos concede el título de este lugar».[4] En 1707, el que había sido gobernador de Carolina, John Archdale, también describió la muerte masiva como un designio divino: «A Dios Todopoderoso lo complace enviarles [a "los indios"] enfermedades inusuales como la viruela, etcétera, para mermar a sus integrantes; así, el inglés, en comparación con el español, es responsable de muy poca sangre india».[5] No era cierto, tenían las manos muy manchadas de sangre, y las enfermedades fueron solo uno de tantos asesinos en aquellas oleadas genocidas. Pero la idea de que las pandemias responden a la voluntad de un poder superior —tanto si ese poder se imagina como Dios o como la naturaleza— es un elemento básico del mito fundacional del mundo moderno.

Por desgracia, era de esperar que el pensamiento ecofascista se disparase en nuestro momento histórico particular. Son tiempos en los que tener dos trabajos no garantiza poder permitirse una vivienda y en los que muchos de nuestros Gobiernos consideran que derribar los campamentos de personas sin techo es una solución política viable. Y mientras todo esto ocurre, cada día estamos más cerca de un colapso

climático que, si no se ralentiza y se revierte, sin duda provocará la matanza selectiva de grandes porciones de nuestra especie y de otras, y a quienes azotará primero y con más severidad será a los más vulnerables. El proceso ya está en marcha. Es inevitable que el hecho de vivir en un momento como este, en el que todo pende tanto de un hilo y en el que nos vemos obligados a ser cómplices de todo ello mientras nuestros supuestos líderes no mueven un dedo, provoque todo tipo de síntomas macabros. Y a la gente no le queda otro remedio que buscar relatos que la ayuden a darle sentido a esta realidad.

Entre estos relatos está el que el movimiento para la justicia climática lleva años contando, el mismo en el que se basaba Avi: las personas concienciadas, pese a todas las líneas que están ahí para dividirnos, podemos unirnos, construir poder y transformar las sociedades en un espacio más justo y verde, para llegar a tiempo. Pero, cada día que pasa, esa historia cuesta más de creer, y por eso hay otro relato, que se está extendiendo a mucha más velocidad, que dice así: a mí me irá bien, estoy preparado, tengo comida enlatada y paneles solares y una posición relativamente privilegiada en este planeta; los que sufrirán serán otros. Eso sí, este relato tiene el defecto de que exige encontrar formas de justificar el sufrimiento masivo de otros y convivir con él. Y entonces es cuando las historias y los razonamientos que presentan estas muertes como una forma ineludible de selección natural, que quizá sea incluso una bendición, entran en juego.

Igual que ocurre con la alianza entre el fascismo y la nueva era, todo esto forma parte de una especie de círculo vicioso histórico. Siempre que un grupo ha decidido permitir que se someta a otro grupo a una violencia terrible, ha habido relatos y razonamientos que han dado permiso a los beneficiarios de la violencia para, o bien participar activamente (e incluso alegremente), o bien mirar de forma deliberada hacia otro lado. Eran relatos que decían cosas como esta: las personas a las que se está sacrificando/esclavizando/encarcelando/colonizando/abandonando para que se mueran y que así otros puedan vivir cómodamente no están al mismo nivel como humanos. Son diferentes/peores/inferiores/más oscuros/más salvajes/enfermos/criminales/vagos/incivilizados. Estos razonamientos ya hace años que han resurgido en la derecha, tal como vemos claramente en líderes protofascistas y autoritarios en Brasil, la India, Hungría, Filipinas,

Rusia y Turquía, entre otros. Pero lo que estábamos viendo durante la campaña de Avi era que aquellos razonamientos se estaban propagando, en diagonal, desde los conservadores autoritarios hacia sectores de la izquierda ecologista y de la nueva era, y lo hacían siguiendo unos circuitos neuronales trillados de historial dilatado y siniestro.

El hilo que los conecta es sencillo y muy duro: consiste en sentirse cómodo con la matanza selectiva.

Un quién es quién de místicos

Cuando todavía vivíamos en Nueva Jersey, que en aquel entonces era el único estado por detrás de Nueva York en número de muertos por covid, el rechazo temprano a los confinamientos provenía sobre todo de dos grupos. El primero era el de las personas extremadamente religiosas: los cristianos evangélicos, muchos de los cuales abarrotaban megaiglesias a pesar de los confinamientos, y nuestros vecinos judíos ortodoxos, quienes entraban en conflicto con las autoridades locales por seguir congregándose para celebrar grandes funerales y otros servicios a pesar de las órdenes sanitarias. Pero no era nada nuevo, ya que muchas personas ultradevotas creen que su fe actúa como una especie de campo de fuerza contra todo daño, o que la enfermedad es un precio irrisorio que pagar a cambio de cumplir con sus obligaciones religiosas. Partiendo de esa lógica, no seguir la directiva divina de reunirse para rezar en comunión planteaba un riesgo mucho mayor que exponerse a los aerosoles particulados de sus correligionarios en la iglesia o la sinagoga. Una noche durante las primeras semanas de confinamiento, mientras veía un telediario tras otro, dieron un reportaje sobre miles de personas que abarrotaban un servicio ilegal en una megaiglesia donde casi todo el mundo iba sin mascarilla. Al preguntarle si le preocupaba contagiarse de covid, una feligresa dijo, radiante de felicidad: «¡En absoluto! ¡Estoy bañada en la sangre de Cristo!».

El segundo grupo que desafiaba constantemente las órdenes sanitarias en aquellas mismas semanas era un poco menos previsible. Eran las ratas de gimnasio, entre las cuales había algunos que organizaron manifestaciones cuando no llevábamos ni dos meses de

pandemia. Hacían flexiones y abdominales en la calle mientras clamaban por su derecho de hacer pesas en interiores. El propietario de Atilis Gym en Bellmawr, Nueva Jersey, infringió la ley y abrió su negocio, un gesto de resistencia que convirtió a este exconvicto tatuado y barbudo en un héroe que pocos habrían esperado ver en Fox News. (Luego se presentaría, sin éxito, como candidato al Congreso en las primarias republicanas.)

Al principio no fui capaz de ver la conexión entre estos dos grupos y las dos actividades tan dispares que representaban: ¿qué vínculo compartían la fe extrema y el ejercicio extremo, el culto a Dios y el culto al cuerpo? En cuanto empecé a pasearme por el mundo del espejo empecé a verlo con más claridad, especialmente entre los rincones en los que los *influencers* del bienestar de la nueva era compartían sus teorías conspiranoicas sobre el covid. Era una versión evolucionada de la mentalidad que se describió por primera vez en un artículo académico publicado en 2011 como *conspiritualidad*,[6] un término que desde entonces se ha popularizado gracias al libro y pódcast homónimos (ese que escucho demasiado). Igual que el subconjunto de los ultrarreligiosos a quienes no los preocupaba contraer covid, este subconjunto de ultradeportistas también creía que gozaba de una protección especial contra el virus: que sus templos —es decir, sus cuerpos libres de toxinas y musculados— los mantendrían a salvo. El bienestar y el *fitness* eran su campo de fuerza particular, o eso parecían creer.

Esto contribuye a entender en parte el importante papel que juega en el diagonalismo un grupo al que, en términos generales, describiré como «obsesos por el culto al cuerpo». Naturalmente, todos rendimos culto al cuerpo, ya que vivimos en nuestro cuerpo y tratamos de disfrutarlo y mantenerlo alejado del peligro. Pero me refiero a las personas que han hecho del cuerpo su negocio. No a los médicos (aunque alguno hay por ahí), y desde luego no a los epidemiólogos que poseen conocimientos reales sobre las enfermedades infecciosas. No, me refiero a las personas que, como los propietarios de gimnasios y yoguinis avanzadas, afirman tener un conocimiento especial de lo que es beneficioso para los cuerpos de los demás: entrenadores, instructores de yoga y de *crossfit*, masajistas, practicantes de artes marciales mixtas, quiroprácticos, consultoras de lactancia, doulas, nutricionistas, herbolarios, *coaches* de la menopausia

y zumoterapeutas titulados.

En estos campos hay muchas personas muy formadas y conocedoras de la fisiología humana que se han tomado el covid en serio; muchos propietarios de gimnasios y centros de yoga se han esforzado mucho (y han invertido mucho dinero) para proteger a sus clientes. Aun así, lo cierto es que algunas de las figuras más notorias de este lucrativo sector se han sumado a la deriva QAnon en lo que respecta al covid. Cuando el Centro para Contrarrestar el Odio Digital (CCDH, por sus siglas en inglés) publicó una lista de lo que llamó «los 12 de la desinformación»,[7] un grupo de doce personas a quienes sus investigaciones apuntaban como responsables colectivos de originar cerca del 65 % de los datos basura que circulaban sobre el covid y las vacunas, entre ellos no se encontraban estrellas mediáticas de ultraderecha, como cabría esperar. No, la lista incluía a un quiropráctico y tres osteópatas, entre ellos uno de Florida que tenía un negocio de suplementos en plena expansión; una pareja que vende aceites esenciales para curar el cáncer y colecciones en DVD sobre cómo «recobrar» la salud; el editor de *Health Nut News*, quien publica memes antisemitas que dicen que los Rothschild y «la élite global están detrás de este espectáculo #NuevoOrdenMundial #PortadorDeVerdades», y el gurú que se encarga del boletín informativo *GreenMedInfo*, quien publica memes que dicen que Bill Gates está usando la vacuna para despoblar la Tierra intercalados con consejos sobre cómo sanarte consumiendo superalimentos.

En la lista también había algunas mujeres que, como Wolf —con sus libros en los que elogia la belleza natural, el parto natural y los orgasmos que te cambian la vida—, habían construido marcas personales como expertas en los cuerpos de las mujeres. Christiane Northrup,[8] exobstetra y ginecóloga que escribió un libro superventas de los que le gustan a Oprah, *Cuerpo de mujer, sabiduría de mujer*, entró en la lista de «los 12 de la desinformación» cuando empezó a aderezar sus consejos sobre productos de limpieza no tóxicos y una «salud radiante» con un negacionismo del covid con tintes de QAnon. También incluyeron a Kelly Brogan, «psiquiatra holística» y autora superventas que tanto publica un vídeo en el que aparece bailando en una barra vertical como te dice que le des «gracias a tu cuerpo» por luchar contra el covid sin la ayuda de vacunas o mascarillas (las cuales suplicó a sus seguidores que se quitaran como un acto de

liberación similar a la quema de sujetadores de la segunda ola).

En pocas palabras, era un quién es quién de místicos: salud alternativa; bienestar de la mujer, y dietas y ejercicios impregnados de espiritualismo. Todos ellos estaban ya irremediablemente enredados con la creciente ultraderecha y se habían ganado el carné de ciudadanos del mundo del espejo.

Muchos han dicho que lo que estamos presenciando no es más que la teoría de la herradura en acción: la idea de que la derecha y la izquierda se pueden doblar tanto hacia sus respectivos extremos que casi llegan a tocarse. Pero eso es confundir a la izquierda radical, que es donde viven los socialistas y los revolucionarios, con el terreno de lo rocambolesco, que es adonde los espiritualistas del bienestar y de la nueva era van a pasar el rato. Además, los miembros de las subculturas incluidas en la lista de «los 12 de la desinformación» encontraron la forma de monetizar sus ideas rocambolescas radicales, ya que poseen plataformas digitales grandes y marcas personales robustas, las cuales utilizan para vender retiros y seminarios y membresías y boletines informativos e infusiones a precios elevados. Hablamos de *influencers* de renombre con incontables seguidores más discretos.

En cuanto tenemos esto claro, las nuevas alianzas empiezan a cobrar algo más de sentido. Las pequeñas empresas y los autónomos que trabajan con el cuerpo, ya sea el suyo o los de sus clientes, estuvieron entre los que más padecieron con los confinamientos de la pandemia. Algunos de los motivos de los cierres tenían sentido desde el punto de vista epidemiológico: el trabajo terapéutico no admite la distancia social, y el ejercicio físico implica respirar profundamente en recintos cerrados. Pero este sector también lo tuvo difícil por otras razones. Los primeros programas de rescate económico estuvieron muy enfocados en los centros de trabajo grandes y con muchos empleados; los centros deportivos pequeños en los que la mayoría de los trabajadores son autónomos a menudo no recibieron esas ayudas del Gobierno, a pesar de seguir atados a los alquileres desorbitados de las zonas urbanas.

Muchos propietarios de gimnasios asumieron grandes deudas personales para seguir funcionando bajo unas reglas nuevas y muy estrictas que, a medida que avanzaba la pandemia, no dejaban de sustituirse por otras que muy a menudo eran arbitrarias. Por ejemplo,

en la región de Canadá donde vivo, los gimnasios cerraron a consecuencia del aumento de casos de la variante ómicron en 2022, pero, tal como apuntaron muchos fanáticos del ejercicio (con un tono bastante moralista), los restaurantes de comida rápida y los clubs de *striptease* parecían no ser motivo de preocupación. Además, los centros de *fitness* pequeños parecían estar sujetos a muchas más restricciones que los gigantescos estadios deportivos y estaciones de esquí, los cuales podían costearse los servicios de grupos de presión que velaban por sus intereses.

El resultado fue una masacre económica. A principios de 2022, cerca de 10.000 gimnasios se vieron obligados a cerrar de forma permanente en Estados Unidos, según los datos recopilados por la Asociación Internacional de Salud, Raqueta y Clubes Deportivos. Justin Grover, copropietario de un gimnasio en Kamloops, en la Columbia Británica, sintetizó de esta forma la indignación que se palpaba en el sector: «Puedes ir al *pub* a comer pepinillos fritos y a emborracharte de cerveza barata, y eso se considera esencial, pero al que lleva veinte años en Alcohólicos Anónimos y utiliza un centro deportivo para mantener la cabeza en su sitio, eso no se le reconoce».[9] Estas y otras ofensas abrieron la puerta a que muchos trabajadores del sector del bienestar vieran complots siniestros tramados por las élites en todo lo que tuviera que ver con el virus. Pero ¿el hecho de que la industria del bienestar se viese especialmente afectada por los confinamientos justifica la virulencia de sus conspiranoias? ¿Cómo es que a los propietarios de los teatros locales no les dio por lo mismo? ¿Qué tenía la búsqueda de una condición física óptima y de una «salud radiante», en palabras de Northrup, que hizo que se volviera tan desagradable?

Dobles de cuerpo

En *El mito de la belleza*, Wolf planteaba que las estrictas expectativas de belleza que se aplicaron a las mujeres en los años ochenta eran el impuesto que el patriarcado les hacía pagar por las conquistas del feminismo. Ahora, además de las exigencias profesionales y de trabajar un segundo turno compuesto de tareas domésticas y del cuidado de los niños, había también un «tercer turno [añadido] a su

tiempo libre. La supermujer [...] tenía que sumar un arduo trabajo "de belleza" a su agenda profesional».[10]

Tres décadas después de que Wolf plantease este argumento, otra autora feminista, más sensibilizada con la economía política, se fijó en la misma escalada de interés en el *fitness* y la belleza en los años ochenta e hizo una lectura diferente. En *Causas naturales. Cómo nos matamos por vivir más*, Barbara Ehrenreich, fallecida en septiembre de 2022, analizaba cómo había llegado la búsqueda de la salud y del bienestar a convertirse en obsesiva en la era de Reagan y Thatcher, y explicaba que no ha dejado de ganar influencia desde entonces. Según ella, este giro fue una reacción no ante los éxitos del feminismo, sino ante los fracasos de los movimientos revolucionarios, cuando las grandes esperanzas de los sesenta y los setenta se dieron de bruces con el muro del neoliberalismo de los ochenta.

Una vez frustrados los sueños de justicia y la visión colectiva de una vida mejor, lo que quedó fue un sálvese quien pueda: un mundo de individuos atomizados que trepaban los unos encima de los otros para llevar ventaja en un contexto laboral precario y recién desregulado. Fue con ese telón de fondo —siempre según la autora—, con el que tantos dirigieron su atención hacia el perfeccionamiento del cuerpo y sustituyeron las manifestaciones por la cinta de correr y el amor libre por las mancuernas. Al principio, la presión fue mucho mayor para las mujeres, pero los hombres cis heterosexuales no tardaron en tener sus propios cánones y mitos corporales y de belleza inalcanzables. Para Ehrenreich, todo ello formaba «parte de una retirada de mayor alcance hacia las preocupaciones individuales tras la breve y edificante inspiración comunitaria que algunos habían experimentado en los años sesenta [...]. Si no podías cambiar el mundo o incluso diseñar tu propia carrera profesional, al menos sí podías controlar tu cuerpo, lo que introduces en él y cuánta energía muscular gastas».[11] Y fue en este escenario en el que Jerry Rubin pasó de ser un *yippie*, un provocador y uno de los acusados en el juicio de Los Siete de Chicago a ser, en los ochenta, un orgulloso *yuppie* y evangelista del *fitness*.

Al explicar la larga y a menudo complicada relación que mantenía con el gimnasio, Ehrenreich escribía: «Puede que no sea capaz de hacer mucho acerca de las graves injusticias que hay en el mundo, al menos no yo sola o rápidamente, pero sí puedo decidir

aumentar 9 kilos en la máquina de hacer piernas y conseguir levantarlos en cuestión de semanas».[12] Yo nunca he sido una rata de gimnasio, pero sé a qué se refiere. Ha habido largos períodos de tiempo en los que he sentido que el yoga era lo único que me aportaba cierta sensación de control. No podía evitar que Estados Unidos invadiera Irak —aunque fuimos millones los que lo intentamos con todas nuestras fuerzas—, pero podía hacer que mi cuerpo hiciera la postura del cuervo y, cuando tenía un muy buen día, la postura invertida sobre la cabeza. Años después, cuando me diagnosticaron un cáncer, mi rutina se volvió más obsesiva: obligarme a alcanzar nuevas metas de fuerza y flexibilidad me hacía sentir que mi cuerpo me obedecía en algo. A medida que la crisis climática se acelere y veamos cómo la tierra se agita bajo nuestros pies y arde a nuestro alrededor, imagino que muchos seguiremos refugiándonos en cualquier obediencia corporal que podamos obtener. Es un buen lugar al que acudir para encontrar consuelo.

Y aun así, también sé, por experiencia personal como la adolescente bulímica y adicta a las tablas de ejercicios de Jane Fonda que fui, que esta búsqueda, en sus versiones extremas y tóxicas, es una especie de duplicación en sí misma. Cuando te entregas a la transformación por medio de la dieta y el ejercicio, estás tú tal y como eres ahora, y estás tú tal como imaginas que podrías ser después de la dosis suficiente de sacrificio y disciplina, hambre y repeticiones. Una versión mejorada, diferente de ti, siempre un poco más allá de tu alcance. Ehrenreich escribió con un estilo muy evocador acerca del extraño silencio de los gimnasios, un lugar donde la gente comparte un espacio reducido pero apenas se habla, a menos que sea para negociar el acceso a las máquinas. Esto se debe, observó, a que la relación principal que se está dando no es entre distintas personas que están haciendo ejercicio, sino entre la persona que hace ejercicio y ella misma tal como debería ser, su doble de cuerpo.

En *Su cuerpo y otras fiestas*, Carmen Maria Machado explora la relación entre el yo delgado y el yo gordo como un tipo de *doppelganger* interno. En el relato «Ocho bocados», la narradora detesta su cuerpo tal y como es, con su pesadez, su blandura, su flaccidez: «Estaba cansada de las luces de los probadores, planas e implacables; estaba cansada de mirarme al espejo y agarrar todo lo que odiaba y levantarlo, hundiendo las uñas, y de luego dejarlo caer y que todo

dolieras».[13] Así que se somete a una cirugía bariátrica y se encoje hasta alcanzar una talla más socialmente aceptable, pero la persigue lo que de primeras cree que es un fantasma y luego descubre que es algo mucho más siniestro: es la grasa de la que se ha desprendido quirúrgicamente, hasta el último de esos 45 kilos, que ha adoptado una forma humana carente de rasgos y ahora vive en su casa. Es un gólem de grasa, el yo al que no supo aprender a querer y que decidió rebanarse. «Me arrodillo a su lado —dice la narradora—. Es un cuerpo que no tiene nada de lo que necesita: ni estómago ni huesos ni boca. Solo unas marcas suaves. Me agacho y le acaricio el hombro, o lo que creo que es su hombro. Se gira y me mira. No tiene ojos, pero aun así me mira. Me mira. Es horrible pero honesta. Es grotesca, pero es real.»[14] Entonces, la narradora procede a golpear a su doble con una violencia espantosa.

El odio y la rabia hacia el yo imperfecto e inadecuado puede ser la otra cara de la búsqueda de un cuerpo perfeccionado y controlado, alcanzado por medio de la combinación correcta de ejercicios, dietas, cirugías y otras intervenciones de bienestar varias. Y puede intensificarse aún más a medida que iniciamos otro tipo de duplicación corporal: el envejecimiento, ese proceso que nos hace testigos del cambio de nuestro rostro y nuestra figura a cuenta de estragos como los embarazos, la falta de sueño durante la crianza, el estrés, la contaminación y, básicamente, vivir durante las revoluciones suficientes alrededor del Sol. «La vejez no es una batalla; la vejez es una masacre», observó Philip Roth, mi problemático rey de los *doppelgangers*.[15]

Cuanto más tiempo vivimos, más irreconocibles podemos volvernos a nuestros propios ojos, ya que con cada versión distorsionada de nuestro yo más joven y «primoroso» nos identificamos menos que con la anterior. Si nos aferramos con demasiada fuerza a nuestro doble juvenil, nos arriesgamos a convertirnos en una parodia bisturificada e inyectada. O en algo peor. Al fin y al cabo, esa es la advertencia manifiesta que encierra *El retrato de Dorian Gray*: si persigues la eterna juventud y le niegas a tu doble envejecido su existencia, ambos terminaréis muriendo.

El deseo del bienestar perfecto y de una juventud radiante y perenne es precisamente lo que está acercando a muchas a *influencers* como Christiane Northrup, la Martha Stewart del mundo de la

conspiritualidad, quien promete vitalidad eterna a cambio de que compres sus libros, suplementos para la menopausia, contorno de ojos y crema hidratante vaginal, todo a la venta en su página web. Hay otras fuerzas que impulsan a muchos hacia esos círculos, entre ellas los límites y los traspiés de la medicina convencional, ya que los médicos especialistas y las empresas farmacéuticas con frecuencia no ayudan a las personas que padecen enfermedades y trastornos complejos. Tal como aprendí a una edad muy temprana durante aquellas conversaciones inapropiadas a la hora de cenar sobre las investigaciones de mi padre, la salud reproductiva adolece de una terrible falta de estudio, y las quejas legítimas de las mujeres suelen subestimarse, ignorarse o cuestionarse y tacharse de hipocondría. La experiencia de dar a luz puede estar cargada de impotencia, y todos estos fallos y abandonos de la medicina convencional adquieren una gravedad mucho mayor en el caso de las mujeres negras e indígenas, a quienes se considera una y otra vez como narradoras poco fiables de lo que ocurre en sus propios cuerpos. Según los Centros para el Control de las Enfermedades de Estados Unidos, «las mujeres negras tienen el triple de posibilidades de morir por causas relacionadas con el embarazo que las mujeres blancas»; un estudio de 2021 arrojó que había más del doble de casos de mortalidad infantil entre los bebés nacidos de madres negras que de madres blancas.[16]

Todo esto y mucho más ha empujado a millones de personas a tratar de sanarse, curarse y controlarse valiéndose de una serie de directrices de autoayuda y brebajes de bienestar en constante expansión, muchos de los cuales ofrecen beneficios reales. Ese es el problema del mundo del espejo: siempre hay un punto de verdad entre todas las mentiras; siempre hay algún fracaso colectivo demoledor que ha identificado y está explotando de forma oportunista.

Cómo se pasa de un mal parto a las conspiranoias del covid

Fijémonos en Glowing Mama, la *influencer* residente en Toronto que estaba disgustada por la posibilidad de que los cariñosos abuelos de su hija pudiesen diseminar imaginarias partículas de la vacuna. Antes del

covid, Glowing Mama se dedicaba a orientar a las mujeres para que se pusiesen en forma antes, durante y después del embarazo. («Deja que te enseñe lo sencillo que puede ser optimizar tu salud y condición física, y sentirte mejor que nunca, en la locura que es la #vidademadre.»)[17] Durante el covid, cambió de rumbo y pasó a liderar un movimiento de madres sin mascarilla que ocupaban centros comerciales para exigir el fin de los mandatos de salud pública.

Su camino, por muy errático que parezca, seguía cierta lógica. Tratar de descifrar cómo maximizar tu salud mientras llevas dentro un bebé y luego le das el pecho puede ser una experiencia sumamente radicalizadora. Muchas personas que nunca han prestado atención a las toxinas ambientales aprenden de golpe que muchas de las cosas que podrían introducir en sus bebés, ponerles encima o colocar cerca de ellos contienen sustancias químicas que, en la cantidad suficiente, podrían suponer riesgos para el feto en desarrollo o para el bebé ya nacido. También es casi inevitable que, mientras investigue qué tipo de parto quiere, a esta futura madre la bombardeen con las historias de terror de otras personas: sobre médicos impacientes que forzaron medicaciones para inducir el parto y desencadenaron toda una serie de intervenciones futuras que terminaron en una cesárea de urgencia que a su vez provocó otros problemas de salud duraderos. Puede que incluso hayan hojeado un ejemplar prestado del libro que mi *doppelganger* publicó en 2001, *Misconceptions: Truth, Lies and the Unexpected on the Journey to Motherhood* [*Concepciones erróneas. Verdad, mentiras y el inesperado camino hacia la maternidad*], donde explora su propia experiencia y los sentimientos de rabia e impotencia que le provocó. Y como la medicina occidental suele ignorar este tipo de preocupaciones, muchas personas que se quedan embarazadas buscan fuentes de información y de apoyo alternativas, lugares en los que se les dice que la profesión médica está diseñada para provocarle sentimientos de indefensión, dependencia y debilidad, pero que ellas tienen la capacidad de encontrar su poder intuitivo, su fuerza innata y, quizá incluso, según un documental de 2008 en el que aparece Christiane Northrup, de tener un «partorgasmo». En todo esto hay aspectos que pueden resultar positivos y saludables: es maravilloso tener distintas opciones de lo que puede ser un parto. Pero es aquí donde la vena blanca, rica y libertaria de la industria del bienestar puede resultar letal, porque, aunque es cierto que muchos médicos se

rinden demasiado pronto con los partos vaginales, o hacen un uso excesivo de las intervenciones quirúrgicas, o expresan alarma por partos en casa de bajo riesgo, también es cierto que las complicaciones derivadas del embarazo y el parto siguen estando entre las primeras causas de muerte en el mundo. Incluso en un país tan rico como Estados Unidos, lo que muchas mujeres y personas de géneros marginalizados necesitan es más atención médica (y más sensibilizada), no menos.

La doctora Michelle Cohen, médica de familia y profesora adjunta del Departamento de Medicina Familiar de la Universidad de Queens, ha analizado el papel a menudo perjudicial de las *influencers* del bienestar femenino que difundieron pseudociencia en la época del covid. Al tiempo que reconoce los defectos reales de su profesión, dice que estas *influencers* están explotando el «sexismo de la medicina para crear un mercado nuevo destinado a un género concreto para vender aceite de serpiente»;[18] es decir, en lugar de tratar de arreglar el sistema, se aprovechan de sus carencias. «La industria del bienestar no está presionando para que se hagan más y mejores estudios científicos sobre la salud de las mujeres; lo que quiere es crear una vía secundaria para los problemas de las mujeres fuera de la corriente principal. El riesgo menos evidente es que el bienestar seguirá evolucionando por un camino marcado por el género, lo que hará que las mujeres queden expuestas de una forma desproporcionada a los peligros de la charlatanería.»

En todo esto se observa un marcado giro respecto de los inicios del movimiento feminista a favor de la salud de los años setenta, el cual partía de un anticapitalismo discreto y se centraba en iniciativas como el boicot a Nestlé porque la empresa promocionaba la leche de fórmula en polvo para las madres pobres del Sur global. En aquella época, el movimiento de la salud feminista luchaba por impulsar cambios a escala colectiva e institucional, como la inclusión de centros de alumbramiento dentro de los hospitales y la certificación de las matronas y las doulas, así como el acceso a abortos seguros y el establecimiento de instituciones de investigación centradas en aspectos de la salud de las mujeres que durante tanto tiempo se habían ignorado. También se preocupaba por el derecho a disfrutar de una baja de maternidad remunerada y a dar el pecho sin ser criminalizadas. Habiendo crecido dentro de este movimiento, gracias a

la investigación de mi padre y a la participación de mi madre, doy fe de que no tenía nada de glamuroso. Las matronas y las doulas cobraban (no mucho); los médicos de familia cobraban más, aunque mucho menos que los obstetras; los ejemplares vendidos de *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* ayudaron a fundar el Colectivo del Libro de Salud de las Mujeres de Boston. Pero nadie se estaba haciendo rico. Además, lo que se conoce con el término general de *bienestar* sigue siendo sumamente valioso. Somos muchos los que llevamos una vida peligrosamente sedentaria porque el trabajo nos lo exige. Lo más probable es que mover el cuerpo durante el tiempo libre del que dispongamos nos haga sentir mejor y más sanos, y la comida preparada con ingredientes frescos es más nutritiva que la comida rápida que compramos sobre la marcha. Nada de todo eso evitará que muramos ni nos dará la juventud eterna, pero movernos y estar fuertes es bueno para nosotros; es bueno que comamos alimentos ricos en nutrientes; es bueno que ampliemos nuestros horizontes sobre la salud más allá de las soluciones de las empresas farmacéuticas. Todo el mundo debería tener acceso a este tipo de opciones independientemente de dónde viva, así como contar con el tiempo y los recursos necesarios para sacarles provecho, algo que hoy dista mucho de la realidad.

Durante la pandemia ha habido médicos y profesionales de la salud alternativa que han sugerido todos estos métodos no como una alternativa a las vacunas, a las mascarillas y a los medicamentos con receta, sino como complementos importantes. La doctora Rupa Marya, por ejemplo, ha criticado con dureza a los conspiranoicos que hablaban del covid, y ha dicho de las actitudes anticiencia que son «una de las principales causas de muerte en Estados Unidos».[19] Pero también considera que hay mucho por cambiar en el *statu quo* de la medicina, razón por la cual escribió *Inflamed: Deep Medicine and the Anatomy of Justice* [*Inflamados. La medicina profunda y la anatomía de la justicia*] a cuatro manos con Raj Patel. Ambos reconocen que los gurús del bienestar están en lo cierto cuando dicen que vivimos en una cultura que enferma a las personas por rutina, pero, en lugar de presentar el bienestar individual óptimo como una solución a precios elevados, defienden la idea de la «medicina profunda», es decir, los cambios estructurales que desintoxicarían el mundo y harían que las opciones saludables estuviesen al alcance de todos.

Muchas otras personas expertas en salud alternativa y medicina preventiva podrían, como Marya y Patel, haber utilizado sus conocimientos para abogar por respuestas colectivas y estructurales ante las crisis de salud colectivas a las que nos enfrentamos durante la pandemia. Eso es lo que ocurrió durante la Gran Depresión en Estados Unidos, cuando los programas del *New Deal* crearon millones de empleos con la construcción de piscinas públicas y cientos de parques nacionales y estatales. La filosofía que había detrás de aquellos ambiciosos proyectos de obras públicas era que el ejercicio y el acceso a la naturaleza eran derechos que no debían ser exclusivos de los ricos. Hoy podrían impulsarse iniciativas parecidas con el énfasis puesto en los barrios de personas negras y de tez oscura que nunca llegaron a ser equipados con las infraestructuras del *New Deal* o que las perdieron cuando los blancos se rebelaron contra la integración. En lugar de atacar al personal de enfermería y a los docentes, los expertos en bienestar podrían haberse unido a ellos y luchado por que los niños aprendiesen más al aire libre y tuviesen más acceso a la naturaleza, y para que sus padres trabajasen menos horas a la semana, con sueldos mejores y protección sindical, lo que les habría facilitado llevar una vida más activa y elegir y preparar alimentos más saludables.

Sin embargo, este no es el tipo de influencia que la mayoría de los *influencers* del bienestar más famosos han optado por ejercer. No: siguen prometiendo que una vida perfecta nos espera si alcanzamos nuestro doble de cuerpo perfecto. *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, la biblia de la salud que mi madre solía consultar, ha sido sustituida por el *ethos* omnipresente del «mi cuerpo es mi valor», cuyo corolario parece ser «tu cuerpo es tu problema».

A estas alturas, todos estamos familiarizados con el aspecto y la composición de este grupo. Mujeres casi exclusivamente blancas, de belleza convencional y sumamente en forma que se fotografían y se graban sobre un fondo blanco nuclear. Con los rostros lisos, como de dibujo animado, gracias a los filtros fotográficos y los rellenos inyectables. Camisetas de tirantes ajustadas con eslóganes empoderadores y mallas estampadas. Y luego están las mamás *influencers* de cabelleras onduladas que convierten la crianza en una serie de cuadros etéreos de contenido orgánico patrocinado. Estas *influencers* nos miran a través de la lente de la cámara tan rebosantes de amor que es fácil olvidar que a lo que en realidad miran es a su

propia cara en el móvil —a su doble digital— mientras nos enseñan a esforzarnos por ser nuestra mejor versión, nuestros dobles de cuerpo, en una casa de los espejos que no se acaba nunca.

Como tantas otras cosas en internet, hubo un tiempo en que la radiante cultura de los *influencers* no parecía ser un peligro. Sí, Instagram y TikTok podían destrozarnos la autoestima, y sí, nos estaban vendiendo un montón de charlatanería y tés diuréticos de calidad cuestionable, pero también había recetas saludables y consejos gratuitos para hacer deporte, y alguna que otra información verdaderamente útil.

Entonces llegó el covid y la industria floreciente y sin regular de los expertos en salud hechos a sí mismos colisionó con una crisis de salud global que nos tenía a casi todos asustadísimos, incluidos los que estaban bien por deformación profesional. Y es que, por primera vez, sus centros de yoga, gimnasios de *crossfit* y clínicas de masajes estaban cerrados a cal y canto, y de pronto no tenían la menor idea de qué pasaría con sus ingresos y su futuro. Y, como nos enseñó Ehrenreich, acudimos al cuerpo cuando sentimos que hemos perdido el control sobre nuestra vida. Fue en ese período en el que muchas de aquellas *influencers* preciosas y en forma dejaron de limitarse a arrullarnos dulcemente y animarnos a que hiciésemos ejercicio en casa y tomásemos zumos verdes y empezaron a susurrarnos mensajes de alarma sobre unas fuerzas oscuras que venían a envenenarnos primero y a acallarnos, pincharnos y dominarnos después. Fue entonces cuando las líneas diagonales empezaron a acercarse a toda velocidad.

Unidos por las ventas

Nadie tiene a Steve Bannon por un fanático de la salud; Donald Trump siente una desafiante devoción por la comida rápida, y uno de los pasatiempos favoritos de Fox News es despotricar contra los liberales que tratan de decirles a los estadounidenses de pura cepa que coman verdura (el huerto que Michelle Obama tenía en la Casa Blanca era uno de sus objetivos favoritos). Y, aun así, han localizado una parcela compartida que además es enorme.

Lo que une a la ultraderecha y al terreno de lo rocambolesco es el frenesí comercial, por un lado, y la fe en el hiperindividualismo, por el

otro. En el mundo de la salud alternativa, todos venden algo: clases, retiros, baños de sonido, aceites esenciales, aerosoles antimetales y antitoxinas, lámparas de sal del Himalaya, enemas de café. Solo los suplementos alcanzaron un valor estimado de 155.000 millones de dólares a nivel mundial en 2022.[20] Y lo mismo ocurre en el *War Room* de Bannon y el *Infowars* de Alex Jones, donde venden sus suplementos masculinos, artículos para preparacionistas, entradas para los Freedom Fest, ofertas de metales preciosos, pastas de dientes de plata coloidal y entrenamientos con armas de fuego, sin olvidarnos del documental que Tucker Carlson sacó en 2022 en el que recomendaba que los hombres se broncearan los testículos regularmente con una luz infrarroja especial para aumentar los niveles de testosterona como preparación para los «tiempos difíciles» que se avecinaban.

Los tonos de estos dos tipos de discursos promocionales son distintos: uno es íntimo; el otro, áspero y agresivo. (A medida que las calamidades legales de Jones han ido empeorando, ha recurrido a urgir a sus oyentes a que compren productos de su marca gritándoles: «¡Si no nos apoyáis, estáis ayudando al enemigo!»)[21] Pero el mensaje subyacente es muy parecido: la sociedad se está derrumbando y tú, como individuo (no como miembro de la sociedad), tienes que prepararte y curtirte, ya sea optimizando tu cuerpo, comprando todo lo necesario para tu búnker para cuando llegue el colapso, o ambas cosas. En muchos sentidos, los *influencers* de más éxito de los mundos del bienestar y del *fitness* —los que amasan fortunas vendiendo versiones idealizadas de sí mismos y la idea de que tú también puedes alcanzar el nirvana con un proyecto de mejora personal perpetua— encajan a la perfección con los libertarios económicos y los anarcocapitalistas de ultraderecha, quienes también fetichizan al individuo como el único actor social relevante. En ninguna de estas visiones del mundo se hace mención alguna de soluciones colectivas o cambios estructurales que harían realmente posible que todos llevásemos una vida saludable.

¿De verdad creen lo mismo acerca de las vacunas la ultraderecha y los que habitan el terreno de lo rocambolesco? Carlson afirma no haberse vacunado contra el covid y Bannon insinúa lo mismo con vehemencia, pero no hay forma de saberlo con total seguridad. Lo que sí sabemos es que vieron que sabotear lo que podría haber sido un programa gubernamental de gran éxito y popularidad —la difusión, en

plena pandemia, de vacunas gratuitas que salvaban vidas— les granjearía una ventaja política enorme.

En parte, es evidente que esto tuvo que ver con el hecho de que el programa se desplegara después de que Trump perdiese las elecciones de 2020 y mientras los demócratas seguían controlando las tres ramas del Gobierno. Un proceso exento de problemas que alcanzase niveles elevados de vacunación habría salvado muchas vidas, pero también habría supuesto una victoria considerable para los demócratas. Así las cosas, y gracias a la divulgación constante de desinformación médica, estados como Wyoming y Misisipi tuvieron que pelear mucho para conseguir que la mitad de las personas candidatas a recibir la vacuna se pusiera la dosis completa.[22]

También es posible que la oposición a la vacuna respondiese a motivos ideológicos más profundos. Si los esfuerzos de Estados Unidos para controlar el covid a través de la vacunación gratuita y los programas de sustitución de salarios hubiesen sido más fructíferos, habría quedado demostrado que el Gobierno federal, cuando se lo propone, es capaz de ofrecer cuidados oportunos, universales y humanos a toda la población. Pero da pie a que nos planteemos algunas cosas: si lo pueden hacer por el covid, ¿por qué limitarse solo a eso? ¿Por qué no lanzar programas públicos igual de ambiciosos para abordar otras emergencias humanas? ¿Podría el Gobierno abordar el hambre, los desorbitados precios de la vivienda y la necesidad de una sanidad universal? Si la reacción ante el covid hubiese tenido éxito, habría sentado un precedente para la existencia de un Gobierno moderno y activista, un precedente que muchos integrantes de la derecha consideran peligroso. Así, merece la pena tener en cuenta la posibilidad de que las medidas de salud pública contra el covid estuviesen en el punto de mira de personas como Bannon y Carlson por una razón menos sencilla de lo que parece: porque eran públicas.

Los gurús y charlatanes del bienestar que nutren la lista de «los 12 de la desinformación» (y los que aspiran a alcanzar el mismo nivel de influencia) también se consideran en guerra con las autoridades de salud oficiales, aunque sus razones son más mercenarias. «La salud NO ES EL OBJETIVO del *establishment* médico. ¡Suscríbete a mi boletín de noticias y descubre las Verdaderas Causas de la Salud!», anuncia Christiane Northrup en la parte superior de su página web, junto a un

montón de fotos de su cara, la cual parece extrañamente inmune al paso del tiempo.[23] O, citando un meme que ha corrido mucho por internet: «¡No me he puesto la vacuna de la gripe! Porque soy lo suficientemente inteligente como para saber que la industria médica prefiere que la población esté crónicamente enferma a que esté sana». (La segunda afirmación tiene algo de cierta, pero no tiene nada que ver con si uno se pone o no la vacuna gratuita de la gripe.)

Estas afirmaciones resumen una lógica muy presente en las partes más emprendedoras del sector del bienestar: los médicos y las farmacéuticas quieren que enfermes para poder venderte tiritas, mientras que los profesionales del *fitness* y del bienestar quieren que estés bien, solo que primero tienes que comprar lo que sea que vendan. Cuanto más grande y rentable se vuelve la industria del bienestar, más agresiva se vuelve esta perspectiva competitiva, hasta el punto de que incluso ir al médico o comprar un medicamento con receta puede parecer un fracaso para tu bienestar, una prueba fehaciente de que no has tomado los zumos suficientes o no has entrenado lo suficientemente duro. Hacer cola junto a todas esas personas comunes y corrientes (es decir, tóxicas, en baja forma) para que te inyecten algo a lo que se puede acceder sin ningún conocimiento ni virtud especial y por lo que no hay que pagar —lo cual lo hace todavía más sospechoso en un sistema regido por el mercado— puede bastar para desencadenar una crisis de identidad en toda regla.

Con la llegada del covid, la competencia entre muchas personas de renombre que se especializan en el bienestar y aquellas a las que consideraban especialistas en enfermedad (es decir, médicos y científicos) alcanzó unos niveles nunca vistos por una sencilla razón. Durante meses, la medicina convencional no tuvo nada que ofrecernos. Era la época en la que, si creías que podías tener covid, el consejo principal de los médicos era de todo menos tranquilizador: «Intente no contagiar a nadie»; «Quédese en casa a menos que apenas pueda respirar»; «Si no puede respirar, llame a una ambulancia y pruebe suerte en su hospital de referencia, del que es bastante probable que no salga».

No se trataba de una conspiración y en su mayor parte tampoco llegaba a ser un defecto. Sí, nuestros sistemas sanitarios podrían haber estado más preparados de haber contado con más reservas de

mascarillas, más respiradores, más camas y más personal de enfermería, pero eso no habría cambiado el problema de base, que era que entender cómo funciona un virus nuevo lleva tiempo. Hace falta tiempo para llevar a cabo estudios antes de que cualquier científico serio pueda pronunciarse sobre cuál es la mejor forma de actuar.

Fue ahí, en ese vacío, donde tantos vendedores de bienestar detectaron que el primero en mover ficha llevaría ventaja. Es cierto que ellos tampoco sabían cómo funcionaba el virus, pero eso nunca había bastado para evitar que muchos de este sector sin regular exagerasen las bondades de una hierba o una dieta en concreto. Por eso, y a diferencia de los epidemiólogos que estaban ocupados tratando de entender el SARS-CoV-2, muchos gurús del bienestar no desperdiciaron ni un segundo para ponerse a vender todo tipo de suplementos, infusiones y curas milagrosas que decían ser capaces de hacer lo que los médicos no podían: protegernos. Aquello fue una época de bonanza, hasta que, claro, llegaron las vacunas y amenazaron con aguarles la fiesta.

¿A alguien le extraña que el bienestar se declarase en guerra?

La peste negra

Hasta ahora he presentado a la alianza diagonalista como una unión de conveniencia. Tanto los propagandistas de la ultraderecha como los *influencers* del terreno de lo rocambolesco tenían razones de peso para envenenar el pozo del despliegue de la vacuna. Los primeros temían el precedente de un Estado funcional e implicado (y la victoria política de sus rivales); los segundos temían que el crecimiento exponencial de su sector se detuviese. Pero con el tiempo he llegado a creer que su vínculo es más profundo y perturbador, que en estos mundos que se extienden hasta casi tocarse también hay una serie de creencias compartidas y cada vez más explícitas que tienen que ver con qué vidas valen más y qué muertes se pueden atribuir a la «naturaleza».

El ejercicio físico aporta placeres intensos y saludables, igual que otros aspectos de la búsqueda del bienestar. Sin embargo, para muchos de los fanáticos de estos mundos, tanto el ejercicio como las dietas son empeños cargados de valores. Lograr tus objetivos implica establecer unas metas rigurosas y demostrar una disciplina

inquebrantable para alcanzarlas (o, dicho de otro modo, «que te lo curres»). Así es como uno alcanza su doble de cuerpo idealizado. Y eso está muy bien si no pasa de ahí, pero el problema es que sí suele pasar. Tal como explica Carmen Maria Machado en su relato de *doppelganger*, en cuanto se alcanza el cuerpo delgado y perfeccionado, el cuerpo menos controlado que fuiste permanece como una sombra siempre presente, un doble desechado al que se detesta profundamente. En «Ocho bocados», la cirugía de la narradora y su consiguiente transformación provocan dolor y rabia en su hija porque lo percibe como un ataque. «¿Odias mi cuerpo, mamá?», pregunta, con la voz rota de dolor.[24] «Es evidente que odiabas el tuyo, pero el mío es igual que el que tenías antes, así que...» Ese es el problema con este tipo de *doppelganger* más privado: cuando la fiebre del cuerpo nos invade, el yo en forma puede no quedarse satisfecho con haber machacado al yo de baja forma; puede buscar otros objetivos, supurando autodesprecio y proyectándose en los cuerpos de otros, menos trabajados, de capacidades menos convencionales.

Este tipo de juicios físicos moralistas se intensificaron durante la pandemia, especialmente cuando se hizo patente que la obesidad, la diabetes y algunos tipos de adicciones aumentaban los riesgos que suponía el covid, junto con otros factores coadyuvantes como la edad.[25] Al mismo tiempo, la responsabilidad de llevar mascarilla y de vacunarse se presentaba en gran medida como la obligación de proteger a los que eran más vulnerables. Fue entonces cuando la cultura del bienestar y su hostilidad apenas disimulada hacia los cuerpos menos perfectos según los cánones convencionales y los estilos de vida menos «limpios» empezaron a enseñar los dientes.

Es imposible citar todos los ejemplos, pero hay un intercambio que para mí lo resume todo. Nos llega de nuestra vieja amiga Glowing Mama, quien en los muchos vídeos que publica en Instagram sobre teorías conspiranoicas relacionadas con el covid suele admitir que se marea. «Lo siento, chicas, es mi tercer día de ayuno», dice. Es verdad que el hambre aporta emoción a sus vídeos. En un momento dado durante el segundo año de la pandemia, se grabó enfadadísima por la insinuación de que, al negarse a llevar mascarilla o a vacunarse, tanto ella como su hija podrían suponer un riesgo para la salud de los demás. Es evidente que la idea de que su cuerpo sano pudiese ser otra cosa que una fuente de positividad embriagadora le resultaba

inconcebible, y su respuesta a los críticos que imaginaba tener fue: «Comeos una puta zanahoria y subíos a la cinta de correr».[26] Ese comentario fue aplaudido por otra entrenadora, quien apuntó que: «Me estoy dando cuenta de que no me importa en absoluto si alguien que tiene un metabolismo enfermo se cura o mejora su condición [...]. Pero que reconozcan y acepten que su salud es cosa suya y que la mía es cosa mía... ¡y punto!». Y entonces volvió a sus publicaciones sobre magdalenas paleo (#ComidaLimpia).

Estos comentarios evidencian que, al menos para estas entrenadoras, si no estás en una forma física óptima como ellas, no tienes derecho a tener opiniones sobre ningún aspecto de la salud, y desde luego no tienes derecho a pedirles nada relacionado con la salud. El mensaje principal sobre salud pública en la época del covid —que todos debíamos soportar algunas incomodidades personales por el bien de la salud colectiva— obtuvo un apoyo mayoritario. Pero era imposible casarlo con el mensaje dominante de la industria del bienestar: que cada uno debe ocuparse de su propio cuerpo al considerarlo su lugar principal de influencia, control y ventaja competitiva, y que los que no ejercen este tipo de control se merecen todo lo que les pase. Neoliberalismo del cuerpo en formato destilado.

Cuando llevábamos un mes de pandemia seguíamos sabiendo muy poco sobre el virus, pero sí sabíamos una cosa: que era más peligroso para las personas negras que para las blancas. En un artículo en *The New York Times* publicado en abril de 2020, la historiadora de Princeton Keeanga-Yamahtta Taylor llamó al covid «la peste negra», apuntando que: «Miles de estadounidenses blancos también han fallecido a causa del virus, pero el ritmo al que están muriendo los afroamericanos ha transformado esta crisis de salud pública en una lección sobre desigualdad racial y de clase».[27] Sin embargo, esa no es la lección que aprendieron muchos *influencers* conspiranoicos de la salud, más bien todo lo contrario. La lección que parecían haber extraído de las disparidades raciales y de clase en el total de muertos al inicio de la pandemia era: «Este virus matará a personas que no son como yo». (Aunque al principio fuese cierto, eso cambió a medida que avanzaba la pandemia, en gran parte gracias a la desinformación acerca de las vacunas y del uso de mascarillas.)[28]

Esta disposición a dar por perdidas a grandes porciones de la humanidad que se presentan como inferiores dentro de los relatos

supremacistas es el pegamento más fuerte que mantiene unido al mundo del bienestar, de colores pastel y mujeres que se quieren mucho, y al mundo de las bocanadas de fuego y antiinmigrantes de la derecha de Bannon. Dudo que las entrenadoras de *fitness* blancas y delgadas que insultaban a quienes querían que se vacunasen diciéndoles que «se comiesen una zanahoria y se subiesen a la cinta de correr» tuviesen en cuenta que las personas que pagarían el precio más alto por la circulación incontrolada del virus eran, en aquel momento, en su mayoría pobres, negras y de tez oscura. Sin embargo, eso no quita que este hecho se alinease perfectamente con los objetivos supremacistas blancos de los miembros de la ultraderecha de la alianza diagonalista. Las personas que corrían los mayores peligros formaban parte de los mismos grupos a los que Bannon presenta como invasores en sus segmentos sobre la «guerra fronteriza» y proceden de los mismos vecindarios a los que Trump describió como zonas de guerra en su discurso de inauguración, en el que habló de la «carnicería estadounidense» (y que presuntamente fue escrito por Bannon junto a otros ayudantes).

Los puntos de unión no acaban ahí. Igual que la ultraderecha transnacional —desde Giorgia Meloni hasta Jair Bolsonaro— encontró en la propagación de miedos tránsfobos un adhesivo potente para unir las piezas de su Frankenstein de «nacionalismo inclusivo», en el mundo del bienestar, muchas de las personas que criticaban la artificialidad de las vacunas contra el covid son las mismas que han empezado a hablar más abiertamente sobre la supuesta naturalidad del binarismo de género y de los roles de familia tradicionales. Lejos de ser la extraña pareja que parecían al principio, hay grandes sectores de la industria del bienestar que están demostrando ser perfectamente compatibles con las ideas sobre jerarquías naturales, superioridad genética y personas desechables de la ultraderecha.

Las estrellas amarillas y una proyección demencial

Wolf fue una de las primeras del panorama antivacunas en equiparar los mandatos sobre el uso de mascarillas y la vacunación con las estrellas amarillas que los judíos estuvieron obligados a llevar en la

Europa ocupada por los nazis. Es una de las muchas analogías directas con el Holocausto nazi a las que ha recurrido este movimiento: se presenta constantemente a Justin Trudeau y Emmanuel Macron como Hitler, a Anthony Fauci como Josef Mengele, y a los hoteles de cuarentena como campos de concentración. La lista sigue. Estas comparaciones engañosas son tan populares que una tienda de sombreros de Nashville, Tennessee, puso a la venta unos parches amarillos con la forma de la estrella de David con el mensaje NO VACUNADO bordado («¡Han quedado genial! 5 $/u. [...]. Pronto tendremos gorras», presumía el propietario de la tienda en Instagram).[29]

Pero todavía tengo que encontrar a alguien que se recree en las analogías nazis con más entusiasmo que mi *doppelganger*.

Además de las comparaciones directas con el nazismo, ha dicho en repetidas ocasiones que nos hemos enfrentado a un golpe de Estado «biofascista». ¿Por qué? Porque los mandatos de vacunación, supuestamente, parten de la idea fascista de que ciertos cuerpos (los vacunados) son superiores a otros (no vacunados). Como tantas veces con Wolf, las capas de proyección presentes en sus afirmaciones son reveladoras. Para empezar, los nazis relajaron los programas de vacunación en Alemania y se oponían activamente a ellos en los territorios que se anexionaban precisamente porque favorecían la extinción de las poblaciones no arias. («Los eslavos existen para trabajar para nosotros. Actualmente no los necesitamos, así que pueden morir. Por lo tanto, la vacunación obligatoria y los servicios de salud alemanes son superfluos», escribió Martin Bormann, jefe del Estado Mayor de Hitler y líder del Partido Nazi, en 1942.)[30] Y yendo más al caso, los programas de vacunación que piden a las personas fuertes y sanas que acepten pequeñas molestias para protegerse a sí mismas —así como a otros más enfermos, mayores y más vulnerables desde el punto de vista médico— son justo lo contrario del biofascismo. En realidad, son actos de lo que podríamos llamar biojusticia.

Cuando nos vacunamos contra enfermedades que exponen a otros miembros de la comunidad a un peligro mayor del que corremos nosotros mismos, estamos diciendo que todos, independientemente de las discapacidades o problemas físicos que puedan presentar, tienen el mismo valor fundamental y el mismo derecho a acceder a la esfera

pública y a una vida digna que las personas sanas. Ese es el principio rector del movimiento por la justicia para personas con discapacidad, el cual, tras años de luchas, afortunadamente se ha consagrado en algunas de las legislaciones (aunque no en las suficientes) de la mayoría de las democracias constitucionales. Esta lucha es la razón por la que los edificios cuentan con rampas y ascensores, y la razón por la que los colegios públicos están obligados a acomodar a los niños cuyos cerebros y cuerpos son atípicos. Pero estas victorias reciben ataques constantes porque la idea de pensar y funcionar como comunidades de cuerpos entrelazados que presentan necesidades y vulnerabilidades diversas contradice uno de los mensajes clave del capitalismo neoliberal: que estás solo y te mereces lo que te ha tocado en la vida, para bien o para mal. Y, en la misma línea, va en contra de un mensaje clave de la cultura liberal del bienestar: que tu cuerpo es tu zona de control y tu ventaja principal en este mundo cruel y contaminado. Así que, venga, espabila y optimízalo.

Beatrice Adler-Bolton, autora y defensora de la justicia para personas con discapacidad, se refiere a la mentalidad que tanto ha alimentado el negacionismo del covid como «muertes sacadas del futuro»,[31] un concepto que define como la postura sumamente moralista que presenta «las muertes por covid como si de algún modo estuviesen predestinadas» porque, seguramente, los que más se mueren habrían fallecido de forma prematura de todos modos. El covid no hizo más que adelantarlo unos años, así que ¿a qué viene tanto revuelo? Y eso es en el sector moderado del espectro; en el extremo, ese que huele a sándalo, esas muertes sacadas del futuro se celebraban. Como dijo aquella amante del yoga: «A mi parecer, esas personas deberían morir».

A riesgo de sonar como mi *doppelganger* y generar aún más confusión, ese es un pensamiento fascista. Y, más concretamente, genocida. Recuerda a cómo se justificaban las masacres coloniales, y es que, en el *ranking* de la vida humana creado por pseudocientíficos racistas, los pueblos indígenas, como los habitantes originales de Tasmania, se clasificaban como «fósiles vivientes». Lord Salisbury, el primer ministro del Reino Unido, explicó en un discurso de 1898 que «se puede hacer una división aproximada de las naciones del mundo entre vivas y agonizantes».[32] Según su relato, los pueblos indígenas estaban premuertos, y su exterminación no hacía más que acelerar un

cronograma inevitable.

Estas son las historias que actualmente se evocan en la cultura dominante del bienestar, la cual ha adoptado la idea de la optimización personal de Silicon Valley, que ya es, en sí misma, un subproducto de la cultura de la marca personal que atormenta a tantos jóvenes de hoy. Cada paso, contado. Cada sueño, medido. Cada comida, «limpia». Y este contexto ha allanado el terreno para el reempaquetado de la alianza fascista/nueva era de la década de 1930. La idea misma de que los humanos puedan y deban ser «optimizados» se presta a una visión fascista del mundo, porque, si tu comida es extralimpia, es fácil que eso quiera decir que la de los demás es extrasucia. Si tú estás a salvo porque tienes un sistema inmunitario robusto, se le puede dar la vuelta para decir que los demás están en peligro porque son débiles. Si tú estás optimizado, los otros son, por definición, subóptimos. Defectuosos. A un paso de ser desechables. Este es también el contexto en el que algunos antivacunas de renombre han empezado a llamarse *sangrepura*, ya que supuestamente han mantenido su sangre impoluta al no vacunarse, sin preocuparse lo más mínimo por los espeluznantes ecos supremacistas del término.

Lo que nos lleva a la proyección más pipifikada del mundo del espejo. Desde las primeras ondas de las teorías de la conspiración del covid hasta el maremoto de mentiras que terminaría inundándonos, hay una afirmación que se ha repetido con más frecuencia que ninguna: que detrás de todo esto había un plan para sacrificar a grandes partes de la humanidad. Primero decían que el virus era un arma biológica diseñada por los chinos para forzar una matanza selectiva; luego era Bill Gates, que según ellos llevaba su eugenesia en secreto, quien había cocinado el virus para obligarnos a vacunarnos, el cual era el verdadero mecanismo para sacrificarnos. Pero ¿quién está teniendo los comportamientos que han contribuido a una matanza selectiva, a un sacrificio masivo e innecesario de vidas humanas? Los propios diagonalistas, con su negativa sistemática a adoptar unas medidas sencillas y seguras que nos brindaban la mejor forma que teníamos de evitar que una enfermedad extremadamente contagiosa sacrificase a los miembros más vulnerables de nuestras comunidades: los que ya estaban enfermos, las personas con discapacidades, los inmunodeprimidos, las personas mayores. El objetivo principal de la eugenesia es el sacrificio selectivo del rebaño para eliminar a los

miembros más frágiles y fortalecer la genética. Y, a grandes rasgos, es lo que ha sucedido. De las primeras 800.000 personas que fallecieron por covid en Estados Unidos, tres cuartas partes tenían más de sesenta y cinco años.[33] Y, según un análisis llevado a cabo por la Poor People's Campaign, el índice de muertes entre las personas que vivían en condados pobres de Estados Unidos era casi el doble que entre los habitantes de los ricos; durante el brote de la variante delta, las personas de los condados más pobres del país morían a un ritmo cinco veces superior que en las zonas más ricas. En la historia que cuentan las cifras, el covid es una guerra de clases.

Entonces, ya está, ¿no? La culpa de este monstruoso sacrificio humano es de los que han sucumbido al mundo del espejo. El resto podemos sentirnos tranquilos con nuestra forma de actuar cuando este terrible virus nos puso a prueba. Nos pusimos nuestras mascarillas y nos vacunamos y tratamos de doblegar una curva tras otra.

No obstante, la verdad incómoda es que esta es una historia sobre *doppelgangers*, y las historias de *doppelgangers* nunca tratan solo sobre el doble; siempre hablan también de nosotros. La literatura es inequívoca. Jean Paul, el escritor alemán al que se le atribuye el término *Doppelgänger* en su novela de tres tomos *Siebenkäs* de 1796-1797, lo definió como «*Leute, die sich selber sehen*» ('personas que se ven a sí mismas').[34]

Yo, ¿me he visto? ¿Me he mirado directamente a los ojos y he asimilado impávida mis muchos fallos, defectos y debilidades? Ahora que me fijo de cerca en la Otra Naomi y sus nuevos aliados, ¿qué sigo negándome a ver en mí y en los míos? ¿Y en las personas en las que pienso cuando hablo de «nosotros»?

¿Qué veríamos si, como la pareja del cuadro prerrafaelita, nos encontrásemos con nosotros mismos en un bosque? Me temo que muchos también nos desmayaríamos del susto, porque, al trazar los contornos del mundo del espejo, no puedo evitar constatar que la mentalidad que envenena este extraño y trágico capítulo no es en absoluto exclusiva del eje diagonalista. A este lado del espejo, ¿cuánto nos esforzamos por presionar a nuestros Gobiernos para que mantuvieran los mandatos vigentes para proteger a las personas

inmunodeprimidas? ¿O para que el aire limpio y filtrado fuese un derecho en todos los centros de trabajo? ¿O para compartir las vacunas más allá de nuestras fronteras? En América del Norte y Europa, los Gobiernos querían que nos pusiésemos una segunda y una tercera dosis. ¿Y si nos hubiésemos negado hasta que todas las personas del mundo se hubiesen puesto la primera? ¿Qué cuerpos sacrificamos tácitamente al dejarnos llevar por la corriente? ¿Y hasta qué punto nos esforzamos, los que tuvimos la suerte de trabajar desde casa, por asegurarnos de que a los trabajadores a los que aplaudíamos por ser «esenciales» se los remunerara y protegiera como tales? ¿Luchamos por su derecho a organizarse, o seguimos comprando en Amazon solo porque era cómodo? Lo cierto es que muchos podríamos haber hecho mucho más.

Y eso, creo, es parte de la dificultad que entraña sacar a la gente del mundo del espejo. ¿Qué alternativa se está ofreciendo a este otro lado del espejo? ¿Tenemos un plan para un mundo en el que no se sacrifique a nadie? Y ese plan, ¿resulta creíble, está basado en la acción, o suena a más bla, bla, bla? Dicho de otra forma, ¿cómo convencemos a los que están siendo seducidos por una fantasía de que todavía es posible ejercer poder para cambiar la realidad de formas significativas e importantes? Cuando Avi y Tak y yo fuimos de puerta en puerta a conocer a unos vecinos a los que la pandemia tenía desconcertados, eso es lo que les pedíamos que hicieran con nosotros: que creyeran en que podemos hacer de la lucha contra la contaminación climática y la pobreza sistémica una misión social global. Conocimos a algunas personas que más que listas para dar ese paso con nosotros estaban ansiosas, como si hubiesen estado esperando una invitación, pero también conocimos a otros que podrían haber estado abiertos a una misión colectiva de este tipo en el pasado pero que ahora se habían dejado llevar por unas frecuencias narrativas nuevas y más agoreras.

Y yo no podía desprenderme de la sensación de que, a menos que algo grande e importante cambiase, ese no era más que el principio de una migración masiva de cerebros.

Los resultados de las elecciones materializaron lo que ya vimos en las

puertas a las que llamamos: Trudeau, que había convocado elecciones anticipadas porque estaba seguro de poder traducir la lucha de Canadá contra el covid en una mayoría parlamentaria, terminó exactamente donde había empezado: como primer ministro, pero con una minoría parlamentaria. Avi logró duplicar el número de votos para el NPD en su distrito, pero aun así el escaño fue para los Liberales de Trudeau (lo cual no nos sorprendió). Por su parte, el Partido Popular de ultraderecha triplicó sus votos a escala nacional. Podría haber sido peor, pero no era nada bueno.

Un año más tarde, las líneas diagonales volvieron a encontrarse, aunque esta vez llegaron más lejos y más cerca de casa. En octubre de 2022, Vancouver celebró sus elecciones municipales y el Ayuntamiento, regido desde hacía mucho por un Gobierno formado por progresistas de centro con tintes verdes, de pronto pasó a estar en manos de la derecha, y con un sesgo muy desagradable. Vancouver es la tercera ciudad más cara de Norteamérica, por delante de San Francisco y de Los Ángeles, así como el epicentro de la emponzoñada crisis de la droga.[35] En lugar de proponer soluciones a las emergencias de la vivienda y del consumo de droga, los candidatos que habían ganado las elecciones avivaron el miedo a las personas sintecho y con enfermedades mentales de la ciudad al tiempo que prometían contratar a otros cien agentes de policía.

Muchos comentatistas especularon con que el factor decisivo en la balanza electoral podría haber sido un enorme flujo de dinero por parte del tercer hombre más rico de la ciudad, Chip Wilson, el fundador de Lululemon, el gigante de la ropa para hacer yoga.[36] En 2013, Wilson había enfurecido a muchas de sus clientas al responder ante las quejas sobre la calidad de las mallas de su empresa diciendo: «No son aptas para los cuerpos de algunas mujeres [...]. Tiene que ver con el roce de los muslos».[37] Poco después dio un paso atrás y dejó la dirección de la empresa, pero sigue siendo uno de los accionistas principales. Durante un tiempo, se dedicó a compartir unas opiniones bastante extrañas en su blog personal, incluido el post ya eliminado que tituló «¿Importan las erecciones?», en el que defendía que «la continuación de la raza humana» estaba amenazada porque las mujeres no eran lo suficiente «femeninas», lo que ponía en peligro la excitación de los hombres.[38]

Más recientemente, Wilson ha estado utilizando su inmensa

fortuna para financiar a políticos de ultraderecha y operaciones mediáticas sensacionalistas, también en la precampaña de aquellas elecciones de Vancouver.[39] Mientras amigos y compañeros seguían tambaleándose por el disgusto por el resultado electoral, Garth Mullins, presentador del pódcast *Crackdown*, observó: «Las elecciones se basaron en el miedo al crimen instigado con el dinero negro del yoga».[40]

¿Cien policías nuevos financiados por un imperio de pantalones de yoga fundado por un milmillonario gordofóbico preocupado por el futuro de la masculinidad? No cabía ninguna duda de que el mundo del espejo se estaba ensanchando y que se volvería más y más extraño. El mes de diciembre de 2022 trajo la noticia de un intento fallido de derrocar el Gobierno alemán con un golpe de Estado violento y de reinstaurar la monarquía, un plan maquinado por una coalición diagonalista fuertemente armada compuesta de extremistas de ultraderecha e ingenieros de conspiranoias que, como los seguidores de la reina de QAnon de Canadá, se habían convencido de que el Gobierno actual de Alemania era una fantasía ilegítima. Al mes siguiente vino la insurrección fallida de Brasil, donde los seguidores del presidente de ultraderecha Jair Bolsonaro exigían un golpe militar mientras asaltaban las sedes gubernamentales. Durante semanas, Bannon y la cuadrilla de *War Room* habían estado dando voz a unas reivindicaciones falsas que decían que las elecciones de Brasil habían sido amañadas y que Lula estaba ejecutando la toma marxista del continente en nombre del PCC.

Al tiempo que la fusión de hombres fuertes y mujeres en forma se ha ido intensificando y que sus objetivos se han ido volviendo más ambiciosos, me ha ido invadiendo el aciago presentimiento de cómo afectará su versión de la perfección, cortada con moldes para galletitas, a la infinidad de personas que se queden fuera de su abrazo. También he tenido una sensación de amenaza más personal, porque, en esta obsesión con los niños puros y los cuerpos perfectos, oigo un ataque inconfundible, aunque implícito, contra mi propio hijo.

Capítulo 10
El autismo y la precuela del movimiento antivacunas

Porque el tiempo avanza, incluso cuando te has caído en una madriguera, T. hace poco que cumplió diez años; para cuando estas palabras lleguen al mundo, tendrá once. Desde el principio, tomé la decisión consciente de que en mi trabajo no describiría ni daría detalles de cómo estaba criando a un niño neurodivergente ni hablaría de las etiquetas que un médico, que pasó dos horas con él, le asignó cuando tenía cuatro años. Un poco como lo que ocurre con las marcas personales, definir a T. de ese modo lo anclaría a un punto temporal concreto y a una imagen vista a través de ojos ajenos. La decisión sobre cuándo compartir su mundo privado (si es que decide hacerlo) le corresponde a él. He incluido algunas anécdotas desenfadadas sobre su pasión por los depredadores y alguna observación de una sabiduría preternatural aquí y allá, pero las he escogido porque podrían pertenecer a casi cualquier niño.

Lo que sí haré, porque por desgracia resulta relevante, es escribir sobre mis propias experiencias en una subcultura muy específica: la comunidad de padres y madres de niños autistas.

Hubo una época en la que estuve desesperada por encontrar a esos padres, por hablar con alguien, quien fuese, que pudiese entender la situación de mi familia.

T. nació en el lugar de la Columba Británica donde vivimos ahora, pero a los pocos meses nos mudamos a Toronto para estar cerca de la familia de Avi y de los servicios propios de la gran ciudad, pero resultó que, para los niños como T., esos servicios eran sumamente escasos. El médico que lo diagnosticó nos advirtió que la lista de espera para acceder a la terapia financiada por el Gobierno podía ser de años. También nos dijo que la intervención temprana era «clave». La guardería del colegio público de nuestra zona casi nos destroza: treinta niños por clase, cinco de ellos con problemas del desarrollo; una maestra y una auxiliar maravillosa. La maestra cogió una baja por

enfermedad y ya no volvió; la auxiliar estaba tan sobrepasada por la imposibilidad de llevar a cabo su trabajo que pidió el traslado a otro distrito. «Podría haber cambiado la vida de esos cinco niños», me dijo más adelante. «Pero no de cinco más los otros veinticinco.» Había un «equipo de autismo» para cien colegios; llegaron a la clase de T. diez días antes de que terminara el curso.

Tenía que conocer a otros padres que hubiesen logrado hacer que estos sistemas deficientes les funcionasen a sus hijos. Imaginaba grupos de apoyo, quizá regados de alcohol, en los que poder reír y consolarnos mientras compartíamos trucos sobre cómo rascar recursos a unos comités escolares que estaban secos. Encontré a algunos compañeros de viaje en este mundo nuevo y desconocido, y un par de ellos nos ayudaron mucho, pero, a medida que me iba introduciendo, también encontré otra cosa: una industria de extrañas curas mágicas. Inyecciones de vitaminas infantiles bajo cuerda; dietas de eliminación extremas; terapias inmersivas de veinticuatro horas al día; ondas sonoras y mensajes subliminales que prometían reprogramar cerebros y que me recordaban la investigación que hice sobre los experimentos del programa MK Ultra de la CIA con pacientes psiquiátricos. En internet encontré un grupo que se identificaba como «padres guerreros de niños autistas» porque estaban en «guerra» con el autismo de sus hijos; algunos se aconsejaban mutuamente sobre unos «tratamientos» espeluznantes, entre los cuales estaba dar de beber dióxido de cloro a sus hijos, una lejía de uso frecuente en fábricas de papel y celulosa.[1] Varias personas me dijeron que, cuando recibieron el diagnóstico, dejaron el trabajo para convertirse en terapeutas de análisis conductual aplicado a tiempo completo para sus hijos, terapia que consiste en un sistema de recompensas y castigos con una historia muy oscura que en su día incluyó el electrochoque y que a menudo se administra siguiendo brutales metodologías diseñadas para «extinguir» el rastro de los rasgos autistas en niños pequeños. «Una intervención agresiva temprana lo cambia todo», me aseguró uno de estos padres. «Si no se coge pronto, ya es demasiado tarde.»

Poco después del diagnóstico, estaba en el YMCA al que antes había ido a hacer clases de yoga de noventa minutos y donde ahora me quedaba en la entrada de una sala de gimnasia cavernosa viendo a T. arrastrar unos bloques de espuma enormes de aquí para allá. Entablé conversación con un abogado defensor a quien conocía de

otra etapa de mi vida. Tenía ojeras y me contó que a su hijo pequeño le habían diagnosticado autismo. El niño había estado bien, dijo, pero después de vacunarse había cambiado, se había retraído, había dado un paso atrás. Sin duda era por la vacuna, afirmó. Me recomendó que lo investigase por mi cuenta, y que entonces ya hablaríamos. En los próximos años, aquel hombre se convirtió en uno de los abogados más preeminentes del movimiento antivacunas (y, en la época del covid, ayudaría a liderar la campaña contra los supuestamente tiránicos mandatos sanitarios).

Nada de esto era lo que yo quería cuando empecé a buscar padres de niños autistas. No buscaba a nadie a quien culpar ni denunciar. Solo quería compañía mientras nos abríamos paso por un mundo que no estaba diseñado para niños como los nuestros, o incluso el teléfono de un terapeuta musical o un dentista que tuviese en cuenta las dificultades del procesamiento sensorial de estos niños. Acepté un puesto en la Universidad Rutgers en 2018 en parte como si se tratase de un avemaría. Rutgers es famosa por sus investigaciones sobre neurodiversidad, y Nueva Jersey destaca por tener algunos de los mejores servicios para niños como T. en los colegios públicos. Como canadiense acostumbrada a sentir cierto orgullo de nuestros sistemas de sanidad y educación públicas, fue una sorpresa descubrir que la ley para estadounidenses con discapacidades y la ley para la educación de individuos con discapacidades eran unas herramientas significativamente más sólidas y mejores que cualquier cosa que tuviésemos al norte de la frontera, y los padres de Nueva Jersey se habían agarrado a ellas con todas sus fuerzas para forzar a los colegios a proporcionar a sus hijos una integración auténtica.

Cuando llegamos el verano antes de que T. empezase el primer grado, notamos una diferencia abismal: en este nuevo colegio público había una enfermera, un psicólogo, un logopeda y un terapeuta ocupacional, todos ellos compartidos solo con otros dos colegios. Cuando se acercaron a T. como un *Ocean's Eleven* de las discapacidades, lloré de alivio. Tras dos días enteros de pruebas, nos presentaron un plan educativo detallado que implicaba meter a T. en una clase con solo cinco alumnos, todos con trastorno del espectro autista, apoyados por tres docentes. Fuera del horario escolar, exploramos un deslumbrante abanico de actividades extraescolares pensadas para niños neurodivergentes: clases de música, obras de

teatro adaptadas, y *Buddy Ball*, un adorable programa deportivo semanal que emparejaba a un adolescente neurotípico con un niño con trastorno del espectro autista. Aquel parecía un mundo totalmente nuevo.

Pero había una cosa que seguía siendo igual: la búsqueda de una cura. A los cinco minutos de llegar a *Buddy Ball*, conocí a un padre que me puso un folleto brillante en la mano que explicaba la supuesta relación entre las vacunas y el autismo. Me explicó sus evidencias, las cuales consistían en un grupo de control de dos sujetos. Me explicó que su hijo mayor había nacido en el extranjero y que no lo habían vacunado. Ese niño es neurotípico. El pequeño nació en Estados Unidos, lo vacunaron, y es autista. «Así que es evidente que es por las vacunas», sentenció.

Tal es el poder de lo que los médicos llaman el «mito de la vacuna y el autismo», ese relato viral que insiste en que la inmunización infantil contra el sarampión, las paperas y la rubeola, las cuales empiezan a ponerse a partir de que los niños cumplen un año, es la causante del autismo. Es un relato que, en muchos sentidos, estableció los cimientos de lo que más adelante se convertiría en el movimiento contra la vacuna del covid. Las primeras afirmaciones se fundamentan en un artículo del todo desacreditado que sugiere que la vacuna del sarampión, las paperas y la rubeola (SPR) podría estar asociada con el autismo (y con la enfermedad intestinal inflamatoria), publicado en la prestigiosa revista médica británica *The Lancet* en 1998. Doce años después, la revista retractó el artículo porque «se ha demostrado [que sus afirmaciones] son falsas».[2] Diez de los trece coautores originales del artículo habían enviado una carta para retractarse años atrás, en 2004, alegando la «interpretación» defectuosa de los datos del estudio.[3] Al autor principal, el gastroenterólogo Andrew Wakefield, se le prohibió practicar la medicina en Gran Bretaña a la luz de unos conflictos de interés de los que no había informado y por lo que el Consejo Médico General de Gran Bretaña describió como su «cruel indiferencia» por los niños de su estudio.[4]

Y aun así, casi un cuarto de siglo después de la publicación original del artículo de Wakefield, y sin ningún otro tipo de evidencia que respalde la premisa, este mito es más prevalente que nunca. Sigue difundiéndose a través de una red global de grupos de Facebook,

canales de YouTube y documentales producidos con gran astucia que logran, a ojos de cualquiera que no tenga la formación necesaria para leer artículos científicos, hacerse pasar por periodismo de investigación. Esta red cuenta con sus propios pseudoexpertos en medicina, celebridades, *influencers* y abogados, con Robert F. Kennedy Jr. despuntando entre ellos. Sus ya refutadas afirmaciones han contribuido al resurgimiento de enfermedades como el sarampión, que se declaró eliminado en Estados Unidos en 2000 pero que, desde entonces, ha vuelto con muchas ganas. En 2019, la Organización Mundial de la Salud informó de una ola global de sarampión,[5] la cual «ha alcanzado el número más elevado de casos informados en veintitrés años»[6] y se cobró 207.500 vidas, un incremento de más del 50 % de fallecimientos en tan solo tres años.

La culpa del aumento de la desinformación que afirma falsamente que las vacunas provocan autismo suele relacionarse con el auge de las redes sociales y con la facilidad con la que la información basura sobre las vacunas circuló libremente por ellas durante años. Decirles a los padres que las vacunaciones rutinarias están provocando discapacidades permanentes en sus hijos es un mensaje a todas luces sensacionalista que parece hecho para la economía de la atención. Pero igual que ocurrió con la desinformación relativa al covid, las redes sociales solo intensificaron unas tendencias que ya existían. Cuando hablo con padres de niños autistas que han seguido el camino de la culpabilización de las vacunas, siempre me llama la atención su sensación de haber sido víctimas de un engaño o de una injusticia; de que alguien o algo les ha arrebatado a sus hijos legítimos, de quienes están convencidos que eran neurotípicos, y se los han cambiado por otros, distintos y defectuosos; que, de algún modo, sus familias han sido invadidas.

A estas alturas, mi *doppelganger* ya está totalmente metida en el movimiento de la desinformación sobre el autismo: da voz a sus figuras principales y ellos, muy contentos, le dan voz a ella; publica orgullosa fotografías en las que aparece con RFK Jr. y le dice, a propósito de su organización rabiosamente antivacunas Children's Health Defense, que «respeto todos los estudios que lleva a cabo tu organización. Me parecen increíblemente bien documentados».[7] Sus respectivas editoriales incluso han llegado a asociarse para ofrecer los últimos libros sobre la pandemia en un *pack*. («Estas Navidades, regala

verdad.»)[8] Asimismo, Wolf ha utilizado terminología ofensiva e ignorante al describir la cultura tras el covid como una cultura «de tipo Asperger» y ha dicho que los colegios, en su intento de frenar la propagación del virus, están promoviendo «un tipo de rasgo Asperger en niños que por lo demás son normales».[9]

El hijo como doble

No obstante, esta parte de nuestra historia de *doppelgangers* tiene menos que ver con Wolf y más con un tipo de duplicidad más extendida, la que puede ocurrir entre padres e hijos. Desde hace mucho, y especialmente entre los que vienen de familias adineradas, la procreación se ha considerado una especie de duplicidad temporal en la que a veces el hijo recibe el mismo nombre que el padre o la madre, prolongándose así el legado y la fortuna del progenitor hacia el futuro (por ejemplo, RFK Jr.). En esta época de marcas personales e identidades optimizadas, para hacer algo parecido no hace falta haber heredado riqueza o títulos. Sencillamente, puedes tratar a tu hijo como un derivado o extensión de tu marca, y tú y tu miniyó os podéis vestir con ropa a conjunto para Instagram o compartir bailes entrañables en TikTok.

Glowing Mama lo hace con su graciosa hija y publica vídeos encantadores de sus bailoteos en la sala de estar. Y también publica vídeos marcadamente menos encantadores. «No te atrevas a decir que nuestros hijos sanos te están poniendo en peligro», dice muy enfadada mirando a la cámara mientras su hija duerme en el asiento trasero del coche.[10] «Tú preocúpate de tu estilo de vida, ¿vale? Deja de llenarte la boca de basura, de sentarte todo el día, de consumir puto contenido [...]. Y luego vas y me dices que mi preciosa hija, que está llena de vida, te pone en peligro cuando lo que eres es un imbécil enfermizo y un vago. Que te den. Que te den, ¿vale?»

En mi opinión, esta es la consecuencia del señalamiento y la patologización a la que se somete a los niños que son diferentes en nuestra cultura, y del desmesurado orgullo por unos niños que parecen tenerlo todo, cumplir con todos los requisitos sociales y ser perfectos: niños que necesitan protección, que los mantengamos puros de cualquier transgresión. En el espejo, muchas de las batallas que se

libran —las leyes anti-*woke*, los proyectos de ley del «no digas gay», las prohibiciones generalizadas de los procedimientos médicos de afirmación del género, las guerras en los comités escolares sobre vacunas y mascarillas— se reducen a lo mismo: ¿qué son los niños? ¿Son personas independientes, y nuestro trabajo, como padres y madres, es darles apoyo y protegerlos mientras encuentran su camino? ¿O son apéndices, extensiones, derivados, dobles nuestros a los que moldeamos para, en última instancia, beneficiarnos de ellos? Muchos de estos padres parecen convencidos de que tienen derecho a ejercer un control absoluto sobre sus hijos sin ningún tipo de interferencia o aporte: que pueden controlar sus cuerpos (calificando las mascarillas y vacunas de una especie de violación infantil o envenenamiento); sus mentes (calificando la educación antirracista de una inyección de ideas extrañas en las mentes de su progenie), y su género y su sexualidad (calificando todo intento de hablar sobre el abanico posible de expresiones del género y orientaciones sexuales de «acoso sexual infantil»).[11]

Esta misma incapacidad de ver a los niños como seres autónomos es, en parte, la razón por la que a los niños con discapacidades se los mantuvo escondidos en instituciones inhumanas. Si lo que muchos padres quieren es un doble que los haga quedar bien, la discapacidad se convierte en una interrupción desagradable de unos planes perfectamente diseñados. O, como diríamos hoy, si tu hijo es la extensión de tu marca, tener un niño que no encaje con los estándares sociales de la normalidad puede sumir tu marca personal en una crisis.

Este tema no entiende de partidos. Hay conservadores que defienden con mucha más fuerza los derechos de los niños con discapacidades que algunos liberales. Y no conozco a nadie que quede fuera del alcance de estas presiones. Nuestra cultura se deshace en halagos con los padres por los éxitos de sus hijos y los juzga sin miramientos por sus problemas, algo a lo que yo no soy en absoluto inmune. Curiosamente, lo que me ha ayudado es la ambivalencia que sentí por la maternidad durante gran parte de mi vida. Nunca fui de las que tienen una imagen fija en la cabeza de cómo sería como madre y qué serían mis hijos para mí; simplemente, no era un elemento de la vida que me imaginase. Es posible que eso me convirtiera en una madre menos instintiva, pero quizá también haya hecho que sienta una curiosidad auténtica por conocer a esa persona, fuese quien fuese.

Y lo digo porque me he dado cuenta, en mis conversaciones con padres de niños autistas, que a menudo pasan por un profundo período de duelo por las fantasías que habían albergado. Están tan tristes por el niño-doble que no tuvieron que no pueden ver al singular niño que sí tienen. No es muy distinto de la experiencia de algunos padres de niños trans: a menudo necesitan algo de tiempo para lamentar la pérdida de la hija o el hijo que creían tener antes de poder aceptar totalmente su identidad de género.

A veces no es más que una fase breve y dolorosa para el padre o la madre, tanto en el caso de la pérdida de un hijo cisgénero como de uno neurotípico (o, como no es extraño que ocurra, de ambos a la vez). Por suerte para nosotros, los niños suelen ser bastante comprensivos con estas duras fases parentales. El problema es que, tal como he visto en el ámbito de los padres de niños autistas, muchos padres y madres no parecen ser capaces de superar que sus fantasías se vean frustradas, y entonces se quedan encallados buscando curas, conspiraciones y terapias extremas cuyo objetivo es «extinguir»[12] los comportamientos de sus hijos, en lugar de entenderlos y apoyarlos.

En 2018, *The Washington Post* publicó un fragmento adaptado de las memorias de Whitney Ellenby como madre de un niño autista, *Autism Uncensored: Pulling Back the Curtain* [*Autismo sin censuras. Toda la verdad*]. En el fragmento, Ellenby describe, con un nivel de detalle desgarrador, el día que obligó a su hijo de cinco años a ver el espectáculo *Sesame Street Live!* en un auditorio ruidoso y oscuro a pesar del «terror que le provocaban los espacios cerrados».[13] Su hijo patalea y grita, pero ella le sujeta las extremidades a la fuerza y forcejea con él en el suelo, y al final logra reducir a aquel niño de cinco años con la «resistencia de un caballo pura sangre». Ya en el interior, el niño, al cual ella nombra pero yo no lo haré, se tranquiliza y adopta un estado plácido y ve el espectáculo. Ellenby, triunfante, declara que el niño ha superado su fobia y describe sus acciones como «mano dura, pero con cariño».

Muchas personas autistas lo vieron de otra forma. Aaden Friday, autista y de género no binario, escribió como respuesta:

> Hay muchos muchísimos niños autistas que crecen en entornos en los que abundan las confrontaciones físicas como la que se describe en el artículo de Ellenby, o en hogares que rechazan información médica básica y revisada por pares, o con unos padres que demuestran una indiferencia plena y profunda

> por la autonomía de sus hijos autistas, y en los que se dice que todo lo hacen por amor.
> Pero eso no es amor, es maltrato [...]. Somos supervivientes que no queremos que los niños autistas de cualquier edad sufran malos tratos. Escuchadnos. Creednos. Vuestro hijo no necesita una cura, necesita respeto, que lo escuchen y, sobre todo, que lo quieran. Que lo quieran de verdad.[14]

Es posible que la línea más reveladora del texto de Ellenby sea esa en la que describe a su hijo sentado tranquilamente en el auditorio tras perder la guerra de los gritos. En esos «preciosos momentos,[15] es indistinguible de los otros niños», escribe. Esta frase tiene claras reminiscencias de otra muy famosa del psicólogo al que se le atribuye la invención del análisis conductual aplicado, Ole Ivar Lovaas. En un artículo de 1987, Lovaas escribió que casi la mitad de los niños a los que se trataba con ese análisis se volvían, según sus maestros, «indistinguibles de sus amigos normales».[16]

Esto transmite un mensaje terrible a los jóvenes cuyas mentes son diferentes: que su mera existencia es un problema que los demás deben resolver, un trastorno que hay que curar o, al menos, esconder. Tener un hijo que no encaja con las definiciones convencionales de la normalidad, que es distinguible de los demás niños, puede ser un regalo extraordinario. Y también es difícil; es difícil para los padres, para los docentes y, sobre todo, para el niño que debe transitar un mundo lleno de máquinas chirriantes y luces frenéticas y de espectáculos de *El Barrio Sésamo*, nada de lo cual se diseñó teniendo en cuenta su mente. Es evidente que, a algunos padres, la experiencia de no encajar, de ser suma y claramente distinguible, y no siempre de un modo beneficioso para su estatus, les genera el pánico de quedarse atrás en la carrera de la perfectibilidad en un mundo repleto de espejos.

Y así emprenden otra carrera: la de la búsqueda de curas mágicas, de terapias de extinción y, a menudo, de alguien a quien culpar.

A pesar de los miles de millones que se han invertido en estudiar el autismo,[17] no se sabe por qué algunos cerebros son de otra manera. Sin embargo, sí tenemos algunas respuestas para la pregunta de por qué ha habido un aumento tan drástico de casos de autismo diagnosticados en las últimas dos o tres décadas, hasta el punto de que la Red de Vigilancia del Autismo y las Discapacidades del Desarrollo (ADDMN, por sus siglas en inglés), un programa financiado por los

Centros para el Control de Enfermedades de Estados Unidos, ha dicho que a uno de cada 44 niños de ocho años se les diagnosticó autismo en 2018, en comparación con uno de entre 150 en el año 2000.[18] Una de esas respuestas es que la definición clínica de autismo se amplió significativamente en los años noventa para incluir a muchas personas neuroatípicas que hasta entonces habían sido excluidas.[19] Esto, a su vez, hizo que muchas más personas decidiesen hacerse las pruebas, lo que contribuyó al aumento de diagnósticos y a un mayor entendimiento de las distintas modalidades del autismo.[20] Más recientemente, los médicos han mejorado en el diagnóstico del autismo en niñas, quienes tienden a disimularlo mejor y, en menor medida, en niños negros, indígenas y latinos, en cuyos casos sigue siendo excesivamente probable que se los riña o se los tache de «traviesos» en lugar de darles un entorno de apoyo en el que tenga cabida su neurodiversidad.[21] También hay otro factor que puede haber contribuido al aumento de casos. Hay padres, como yo, que estamos teniendo hijos más tarde.[22] Existen diversos estudios revisados por pares que arrojan que los niños que nacen de padres más mayores tienen más posibilidades de ser diagnosticados de autismo.

Lo que confiere al mito de la vacuna y el autismo su atractivo, sin importar cuántas veces y de cuántas formas se haya desacreditado, es que da a los padres que ven la diferencia como una tragedia algo externo a lo que culpabilizar. No es la lotería genética, no es la edad de los progenitores; es la vacuna, se dicen. Y sus egos están así bien protegidos. Del mismo modo, para los que acaban de ser padres y siguen a mamás *influencers* esbeltas para que los ayuden a perfeccionar y optimizar este capítulo nuevo y sobrecogedor de la vida, no vacunar a sus hijos es una forma de sentir que controlan una situación que, en realidad, nadie puede controlar. Que es lo mismo que ocurre con la propia promesa del bienestar.

Así pues, no debería sorprendernos que los que más han hecho por mantener vivo el mito de la vacuna y el autismo no sean médicos despojados de su licencia, sino famosos que se pluriemplean como *influencers* del bienestar y mamás *influencers*. Se trata de personas (en su mayoría mujeres) que no parecen ser capaces de creer que cualquier cosa por debajo de la perfección convencional pueda haber aparecido en su vida meticulosamente optimizada, y que se aferran a la fantasía de que sus hijos serán el vivo reflejo de todo lo que más

valoran en sí mismas. La modelo reconvertida en *influencer* del bienestar Elle Macpherson (línea de productos: WelleCo) mantenía, supuestamente, una relación sentimental con Andrew Wakefield y ayudó a promocionar su película propagandística antivacunas. Y no es ninguna casualidad que Byron Bay, una ciudad de playa y lujo muy de la nueva era conocida como «la capital de los *influencers*» de Australia, también sea conocida como la «capital antivacunas» del país: en 2021, solo el 66,8 % de los niños y niñas de un año de Byron tenían todas las vacunas, en comparación con el 94,8 % de media en el mismo estado, lo que contribuyó al resurgimiento de enfermedades como la difteria.[23]

Pero la persona que más ha ayudado a popularizar el mito es la modelo-actriz-presentadora de televisión Jenny McCarthy, quien, en sus muchas entrevistas de gran difusión sobre el tema, describía constantemente el autismo de su hijo como un cataclismo que invadió su hasta entonces perfecta vida. Del momento en el que un médico le dio el diagnóstico, dice: «En ese momento, me morí».[24] No ha dejado de difundir desinformación durante más de una década, y en 2015 declaró lo siguiente en el programa *Frontline* de la PBS: «Si le preguntas al 99,9 % de los padres que tienen hijos con autismo si preferiríamos sarampión o autismo, nos quedamos con el sarampión».[25]

El argumento utilizado en estos casos es el que desde la época del covid vemos por todas partes: preferiría tener un virus que, a pesar de ser potencialmente letal para muchos, he decidido que para mí y mi familia no es más que un resfriado fuerte. Si los argumentos del sarampión y del covid se parecen tanto es por una sencilla razón: el uno fue el prototipo del otro. Mucho antes de que las madres guerreras fuesen al programa de Bannon a maldecir la vacuna contra el covid y la teoría crítica de la raza, McCarthy ya salía en todos los programas principales vendiendo su libro *Mother Warriors: A Nation of Parents Healing Autism Against All Odds* [*Madres guerreras. Una nación que está curando el autismo contra todo pronóstico*].[26]

Eric Garcia, autor de *We're Not Broken: Changing the Autism Conversation* [*No estamos rotos. Un cambio del discurso sobre el autismo*], fue de los primeros en detectar estos vínculos. Explica que «hace años que el miedo al autismo moldea el mundo en el que vivimos», a lo que añade que «muchas de las personas que ahora lo cuestionan todo,

desde la eficacia de [las vacunas] del covid hasta la integridad de las elecciones en Estados Unidos, se curtieron promoviendo teorías conspiranoicas y descaradas falsedades sobre el autismo».[27]

Este es un rasgo clave de la topografía del paisaje actual. El terror a tener un hijo autista, y a la discapacidad en general, tiene que ver con cómo hemos llegado hasta aquí. Para citar al ya fallecido economista del libre mercado Milton Friedman, un viejo enemigo de mis días de *La doctrina del shock*, «las ideas» estaban «ahí»,[28] listas para cuando llegase el *shock* adecuado; también lo estaban las vías de información digital que transportaban dichas ideas a todos los rincones del mundo. Todo estaba ya listo: los hábiles comunicadores; el etéreo atractivo de «lo natural»; las técnicas arteras para exagerar casos basados en la autoevaluación y sin verificar de lesiones y muertes a manos de las vacunas; las teorías conspiranoicas sobre la confabulación por parte de las farmacéuticas y el Estado intervencionista para declarar la guerra a unos cuerpos que, por lo demás, estaban sanos; los remedios de curanderos a base de lejía. (Donald Trump llevaba mucho flirteando con el mito de la vacuna y el autismo, mucho antes de promover la charlatanería del covid.) Lo que hizo que pudiesen sacar tan rápidamente el documental pseudocientífico *Plandemic*, que tanto daño hizo al inicio de la pandemia, fue precisamente que era un refrito de todo lo que el movimiento antivacunas ya venía diciendo. Por su parte, muchos de los miembros de «los 12 de la desinformación» del covid tenían sus argumentos antivacunas listos y esperando porque habían estado promulgándolos durante años acerca de unas vacunas totalmente distintas y sabían exactamente cómo usarlos, a menudo para convencer a padres desesperados y asustados de que lo mejor sería que comprasen su suplemento/seminario/régimen de salud de turno, siempre a precios elevados. (Una estafa que se remonta al artículo original de Wakefield: cuando lo publicó, no informó de que su investigación había sido en parte financiada gracias a una beca que le consiguió Richard Barr, un abogado que representaba a un grupo de personas que alegaba daños causados por la vacuna SPR, ni que él mismo había tratado de patentar una vacuna diferente y que, por lo tanto, desautorizar la vacuna SPR podría llegar a beneficiarle económicamente.)[29]

En esta convergencia de mundos vemos algo más que una

infraestructura de desinformación compartida: también hay una visión del mundo compartida, una mentalidad compartida, una forma compartida de ver a las personas como normales o desviadas, puras o contaminadas, como éxitos o fracasos. E incluso, como en todas las historias de *doppelgangers*, como reales o impostoras.

«¡Puf!, le desapareció el alma de los ojos.»[30] Así es como Jenny McCarthy describió el efecto de una vacuna en su hijo autista. No era la primera persona en hablar de un niño con una discapacidad en estos términos.

«¡Llevaos al vuestro y traedme al mío!»

La ampliación de la definición de autismo, y por tanto el incremento de diagnósticos, se debe al trabajo de la psiquiatra infantil inglesa Lorna Wing. Cuando empezó a centrarse en este campo a finales de los años cincuenta, el autismo se consideraba una afección tan rara, extrema y debilitante que solo entre dos y cuatro niños de cada 10.000 recibían este diagnóstico.[31] El psiquiatra Leo Kanner diagnosticó este síndrome por primera vez en 1943 y, según su definición, los niños autistas, a pesar de estar «incuestionablemente dotados de buenas potencialidades cognitivas», vivían en sus propios mundos, hacían movimientos repetitivos, se obsesionaban con ciertos objetos, solían tener limitaciones del habla y presentaban dificultades para llevar a cabo un cuidado personal básico.[32]

Wing sabía que esta definición era tan específica que excluía a muchos niños neuroatípicos que necesitaban ciertos apoyos. Por eso desarrolló la idea de que el autismo no era un conjunto fijo de síntomas, sino un espectro que, como tal, se manifestaba de formas distintas en cada individuo y podía incluir a personas muy verbales y capaces físicamente. Con el tiempo, su investigación llevó al diagnóstico del autismo como un «trastorno de espectro».[33] Para reforzar su argumento sobre la necesidad de contar con una definición de mayor alcance, dirigió la atención hacia los entonces desconocidos escritos de un pediatra austríaco llamado Hans Asperger, quien había estudiado el autismo al mismo tiempo que Kanner, pero en Viena, también durante el período en que Austria estuvo bajo el control de los nazis. En la década de 1990, y gracias en gran medida al trabajo

de Wing, el «síndrome de Asperger» fue incluido en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría* como un tipo concreto de autismo «altamente funcional», una distinción que, más adelante, sería cuestionada.[34]

Además de por su trabajo clínico, Wing, cuya hija era autista, tenía un interés adicional por cómo se había representado a las personas autistas en las historias populares, la religión y la literatura, mucho antes de que existiesen términos médicos de cualquier tipo para definirlas. Encontró las primeras representaciones de personas autistas en leyendas irlandesas y celtas y en «el mito de los niños cambiados por otros que se dejaban en el lugar de niños humanos verdaderos que habían sido robados por hadas».[35]

Curiosamente, los niños cambiados también son representaciones tempranas de los *doppelgangers*. La leyenda dice lo siguiente: las hadas robaban bebés y niños humanos de sus camas y se los llevaban al reino de las hadas. En su lugar dejaban otros niños mágicos, que eran dobles idénticos de los niños secuestrados, solo que con ciertas deformaciones físicas o problemas conductuales «pícaros», como tener un afecto retraído, sobrenatural. Para Wing y su coautor, David Potter, defensor de los derechos de las personas con autismo, era evidente que aquellas leyendas sobre *doppelgangers* mágicos servían para explicar las discapacidades. «En algunas versiones de estos mitos [de niños cambiados], la descripción del niño cambiado hermoso pero extraño y remoto se parece mucho a un niño con autismo», escribe.[36] Encontramos versiones de mitos sobre niños cambiados en muchas culturas, como la alemana, la egipcia, la escandinava y la inglesa, entre muchas otras.

En algunas de estas historias, las familias crían al niño cambiado como propio por miedo a ser castigadas por el mundo de las hadas. En otras, lo que se recomienda es atormentar al *doppelganger*, a veces hasta la muerte, para persuadir a sus padres mágicos de que se lleven a su niño de vuelta y, supuestamente, devuelvan al niño humano que han robado.[37] En un artículo de 1968, Carl Haffter, psiquiatra suizo y catedrático de la Universidad de Basel, detalla los tipos de tormento con los que echar al doble que describen las leyendas:

> [El niño cambiado] debía ser golpeado nueve veces con varas de abedul hasta hacerlo sangrar, mientras los padres gritaban: «¡Llevaos al vuestro y traedme

> al mío!». Debían sostenerlo sobre agua hirviendo y amenazar con sumergirlo en ella. Debían calentar el horno con nueve tipos de madera distinta y colocar al niño en la pala como si pretendiesen echarlo al fuego [...]. Debían darle cuero y hierro candente de comer y veneno de beber.[38]

Según las historias, si los tormentos funcionaban, el niño cambiado huiría de la casa, se escabulliría por la chimenea y regresaría al reino de las hadas para no volver. En algunos cuentos, el niño «real» sería devuelto; en otros, bastaba con librarse del doble para resolver el asunto.

En los tiempos en que se contaban estas historias no se consideraban ficción; la mayoría, incluidas las más horripilantes de los hermanos Grimm, se presentaban como ciertas. Además, no cabe duda de que algunos padres las entendían como manuales de instrucciones para lidiar con niños con discapacidades o divergentes en algún sentido. D. L. Ashliman, un prestigioso académico del ámbito de las leyendas folclóricas que ha estudiado los orígenes y el legado de la mitología de los niños cambiados, escribe que a menudo se basaban en hechos reales, es decir, en el tratamiento sádico que las familias, siguiendo el consejo de otros miembros de su comunidad, aplicaban a los niños con discapacidades: «Abundan las evidencias de que estos relatos legendarios no son representaciones erróneas ni exageradas del maltrato que recibían los niños que se sospechaban cambiados».[39]

Ashliman prosigue diciendo que «las historias con este tipo de finales fantasiosos proporcionaban esperanza, deseos cumplidos y evasión en una época plagada de defectos de nacimiento y enfermedades infantiles debilitantes».[40] Al leer estas explicaciones, no podía evitar pensar en mis encuentros con los padres y madres que culpaban a las vacunas en el campo de fútbol o en el YMCA. Las historias que me contaban para explicar la extrañeza súbita de sus hijos encajan casi a la perfección con las de los niños cambiados: mi niño era perfecto, normal, hasta que sucedió algo (la vacuna), y ese algo lo convirtió en otra cosa, en un *doppelganger*, en una versión distorsionada de sí mismo. Citando a McCarthy otra vez: «¡Puf! Le desapareció el alma de los ojos».

En el libro *Una tribu propia: Autismo y Asperger* publicado en 2015, Steve Silberman escribe que, desde que empezaron a aumentar los diagnósticos de autismo, «en internet empezaron a circular historias sobre bebés que parecían estar desarrollándose normalmente

hasta que recibieron una inmunización rutinaria [...]. Los padres decían de sus hijos e hijas que habían sido secuestrados, como si un ladrón —vestido con la bata blanca de un pediatra— los hubiese robado en plena noche».[41]

Algunas de las reacciones de padres y madres ante estos supuestos cambiazos también tienen ecos siniestros de las leyendas de los niños cambiados. No, los Padres Guerreros de Niños Autistas no escaldan a sus hijos en agua hirviendo, pero son demasiados los que siguen sometiéndolos a distintos tipos de maltrato en nombre de una cura. Y no cabe duda de que estos padres gritan a pleno pulmón, metafóricamente cuando no literalmente, el antiguo conjuro de los niños cambiados: «¡Llevaos al vuestro y traedme al mío!».

Esta es la terrible consecuencia de que tantos padres, aconsejados por estafadores de calañas diversas, hayan decidido que la discapacidad de su hijo en realidad no es un rasgo del propio niño sino una fuerza externa y maléfica que los ha invadido. Si la discapacidad es una invasora, una forastera, una ladrona de almas, entonces, igual que con los niños cambiados, casi cualquier crueldad es justificable por parte de los padres cuando intentan exorcizar a la invasora y recuperar la vida normal y perfecta que se habían imaginado. Como ocurre con la rabia apenas disimulada que irradian algunos sectores del mundo del bienestar contra las personas que están gordas y menos obsesionadas con hacer ejercicio, esta también es una mentalidad sumamente peligrosa que se da en el seno familiar y se inflige en los cuerpos y las mentes de niños vulnerables. Y está estrechamente ligada a otra versión de *doppelganger*, una que atribula a sociedades enteras cuyo estado de ánimo y personalidad parecen cambiar drásticamente bajo ciertas circunstancias extremas. Hablo de lugares como Viena.

Palacios para los niños

En los primeros años del régimen nazi, un grupo de médicos de Austria mostraron un profundo interés por estudiar a los niños que no se ajustaban a la versión homogénea y supremacista del colectivo ario, el *Volk*, en torno al cual giraba el proyecto supremacista. Ese interés encerraba una ironía estremecedora porque, apenas unos años antes,

algunos de esos mismos médicos habían participado en el surgimiento de un enfoque progresista del desarrollo infantil en lo que se conocía como la Viena Roja.

Al término de la Primera Guerra Mundial, Viena se encontraba en una situación desesperada: cientos de miles de refugiados que lo habían perdido todo, muchos de ellos judíos, se hacinaban en viviendas insalubres donde las enfermedades infecciosas se propagaban a un ritmo galopante; por las calles vagaban una infinidad de niños a los que la guerra había dejado huérfanos, mientras que otros tantos veteranos de guerra, tullidos en el campo de batalla, se enfrentaban a un futuro desolador. En ese contexto, el Partido Obrero Socialdemócrata ganó las elecciones en 1919 y, hasta que los fascistas se hicieron con el control en 1934, convirtieron la ciudad en un laboratorio de políticas socialistas y humanistas, en un remanso de paz para laicistas e intelectuales judíos en un país dominado por políticos católicos conservadores. En la Viena Roja se implementaron unas formas de vida radicalmente innovadoras e inclusivas gracias a la construcción de bloques de viviendas sociales de diseño elegante, bañadas por la luz natural y con amplios patios interiores. Con aquella iniciativa se alojó a 200.000 personas de clase trabajadora —el 11 % de la población de Viena de entonces—, y todavía hoy se estudia como referente progresista en el ámbito de las políticas de vivienda social.[42]

Tamara Kamatovic, una académica de la época que vivía en Viena, escribe: «Los socialistas vieneses fueron de los primeros en Europa en crear programas universales de prestaciones sociales diseñados para mitigar la pobreza infantil y reparar la desigualdad de forma sistémica».[43] Muchos de los edificios de pisos nuevos contaban con servicios básicos integrados, como centros de salud materna, explica Kamatovic, para que «las mujeres pudiesen recibir información sobre enfermedades y nutrición infantil de la mano de profesionales sanitarios cerca de donde vivían, [lo que] representó un esfuerzo firme por integrar los servicios de salud pública en la vida cotidiana de los trabajadores».

Este experimento socialista democrático partía de la idea nueva y radical de que los niños no eran meros apéndices de sus padres ni sus futuros estaban predestinados por su clase, y que el objetivo de la educación no debía ser adoctrinarlos para la obediencia ni preparar a los niños pobres para una vida de servidumbre. Bebiendo en los

grandes avances en el conocimiento de la compleja vida interna de los niños (al fin y al cabo, estamos hablando de la ciudad de Freud), los legisladores vieneses adoptaron la creencia de que los niños tenían derechos propios y de que el objetivo de la educación era liberar todo su potencial. Tal como escribió el socialista y teórico de la educación Otto Felix Kanitz en 1925, «ahora que ya no están subyugados, ahora que ya no están despojados de las alegrías de la niñez, ahora que ya no están amenazados por la mentira que les dice que son objetos de caridad, estos niños pueden crecer para convertirse en individuos orgullosos, libres, completos y creativos».[44]

En la Viena Roja, este enfoque empezaba ya en el nacimiento, cuando las madres sin recursos recibían paquetes de pañales y ropa para que no tuviesen que recurrir a envolver a sus recién nacidos en papel de periódico. «Ningún niño vienés debería nacer en papel de periódico», rezaba la campaña.[45] Se contrató todo un ejército de «trabajadores asistenciales» para los servicios de salud, de educación y servicios sociales; se construyeron parques maravillosos, campamentos de verano para la clase trabajadora y piscinas públicas; se abrieron guarderías y se lanzaron programas de actividades extraescolares. Los colegios incorporaron formas nuevas y experimentales de educación artística y al aire libre, dejando en muy mal lugar a los conservadores, quienes decían que aquellos niños jamás aprenderían a leer y escribir.

Pero se equivocaban: los niños de la Viena Roja florecieron y aquella sociedad construida con los niños como eje fue, en muchos sentidos, el prototipo europeo del *New Deal*, aunque con un objetivo igualitario más explícito. Muchos de los programas de bienestar social se desarrollaron bajo la supervisión del médico reconvertido en político socialista Julius Tandler, quien entendía que ese tipo de inversiones en la infancia eran una forma de evitar la criminalidad más adelante. Suya es esta célebre declaración: «El que construye palacios para los niños derriba los muros de las cárceles».[46]

No era ningún paraíso; hablamos de los tiempos en que el pensamiento eugenésico crecía a ambos lados del Atlántico, adoptado tanto por progresistas como por conservadores. En Estados Unidos, varios estados ya habían puesto en marcha programas que esterilizaban a la fuerza a los llamados débiles mentales y a otros que se consideraban una amenaza para el acervo genético. Algunos de los líderes socialistas de la Viena Roja, entre ellos el venerado Tandler, no

veían utilidad alguna en las personas con discapacidades graves y problemas mentales, y se pronunciaban a favor de los programas de esterilización estadounidenses, aunque nunca instauraron sus propias versiones.

En su lugar, los médicos, psiquiatras y trabajadores sociales de Viena, en su intento por implementar la visión niñocéntrica de la ciudad, adoptaron un enfoque activista e intervencionista con los niños que presentaban problemas del desarrollo. Muchos fueron internados en instituciones de rehabilitación y en casas de acogida de distintas calidades. Tal como escribe la historiadora Edith Sheffer en *Los niños de Asperger. El exterminador nazi detrás del reconocido pediatra*, aquel fue un momento de experimentación: «Viena se había convertido en un crisol de ideas, donde la abundancia de educadores, pediatras, psiquiatras y psicoanalistas aplicaban distintas teorías en los colegios, los tribunales, las clínicas y un incipiente estado de bienestar».[47]

La institución de bienestar social insignia era la clínica de educación terapéutica del Hospital Infantil de la Universidad de Viena, llamada Heilpädagogik. Aquí era adonde se derivaba a los niños, a quienes anteriormente se habría hacinado en instituciones de tintes carcelarios o que habrían recibido el latigazo de la disciplina con la que se pretendía extinguir los comportamientos divergentes, para que los evaluaran, los educaran y se les administraran tratamientos. En este centro se empleaban unos enfoques terapéuticos asombrosamente progresistas para la época que combinaban música, arte, naturaleza, ejercicio, logopedia y juegos, además del tradicional currículo académico. Tal como documenta Silberman en *Una tribu propia*, cuando llegaban psiquiatras de Estados Unidos para visitar la clínica, se quedaban atónitos ante la ausencia de las pruebas y la disciplina reglamentadas que eran la norma en su país.[48] Muchos de los jóvenes tratados en aquella clínica presentaban características que los médicos describían como «autistas» —del griego *autos*, «por sí mismo», en el sentido de que su atención se dirigía hacia el interior— y tenían dificultades para ajustarse a las normas sociales. Sin embargo, la clínica de Viena se negó durante años a asignar etiquetas diagnósticas a aquellos niños o a clasificarlos siquiera de «anormales». Los educadores observaron que muchos de los rasgos que les provocaban dificultades sociales habían estado presentes a lo largo de la historia y

se habían expresado por medio de arquetipos como el del artista hiperconcentrado o el catedrático despistado, y por eso no hacía falta tratarlos como si fuesen enfermedades. Así, y en línea con los valores de la política niñocéntrica de la Viena Roja, los educadores consideraban que estos comportamientos eran, sencillamente, formas de ser, y desarrollaron apoyos específicos para los niños que estaban bajo su tutela. Pero aquello no duraría.

Hans Asperger encuentra su otra cara

Ya a principios de la década de 1930, cuando el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores ya hacía más de una década que ostentaba el poder en Viena, las fuerzas fascistas ganaban terreno en las zonas rurales de Austria. En 1933, aquellas fuerzas terminaron haciéndose con el poder y enseguida prohibieron los partidos políticos rivales y los sindicatos. Muchos lucharon por defender las conquistas de la Viena Roja, pero, tras una breve guerra civil, los austrofascistas tomaron la ciudad. Para mayo de 1934, el país entero estaba controlado por el Frente Patriótico y, cuatro años después, Austria fue anexionada a la Alemania nazi. De la etapa de experimentación progresista de la Viena Roja ya no quedaba ni rastro. Los líderes socialistas, muchos de ellos judíos, huyeron al exilio. Algunos de los que se quedaron, entre ellos el teórico de la utopía de la infancia liberada Otto Felix Kanitz, terminarían siendo asesinados en los campos de exterminio nazis.

Bajo el mandato de los nazis, a los niños se los veía de otra forma: ya no eran individuos complejos con derechos, sino la clave para construir una raza superior. Para ello, debía estimularse la procreación de bebés arios deseables y evitar los nacimientos o poner fin a la vida de bebés y niños que supuestamente amenazaban la pureza colectiva.

En Viena, los nazis no abolieron todos los programas y políticas socialistas centrados en la infancia y la familia, sino que les dieron la vuelta, convirtiéndolos así en siniestros *doppelgangers* de sí mismos. Aquellos programas que habían ofrecido un apoyo integral a madres e hijos, incluidos muchos refugiados judíos, se reciclaron en iniciativas que proporcionaban apoyo y atención exclusivamente a las madres

arias y a sus hijos, ya que eran un puntal esencial de la misión nazi de construir una raza maestra. Kamatovic explica que «bajo el mandato nazi, "el sistema de bienestar familiar" se reformuló en un sistema de bienestar racializado».[49] Los programas de la Viena Roja diseñados para entender mejor y prestar apoyo a los niños que presentaban problemas sociales y del desarrollo se convirtieron en máquinas de diagnósticos, en lugares donde los médicos los clasificaban según si los consideraban útiles para el proyecto nazi o, en la jerga del partido, «indignos de vivir».[50]

Mucho antes de empezar a asesinar judíos a escala industrial en los campos de exterminio, los nazis practicaron y refinaron sus métodos con las personas discapacitadas en los centros psiquiátricos. En el marco de un programa de eutanasia conocido como Aktion T4, iniciado oficialmente en 1939, asesinaron a más de 200.000 personas con discapacidades. Algunas murieron en las primeras cámaras de gas del Reich; muchas otras probablemente fueron asesinadas por medio de unos actos de «eutanasia salvaje» practicados por profesionales médicos que, por iniciativa propia, decidieron seguir el principio nazi que decía que proporcionar atención a las personas discapacitadas suponía una carga económica excesiva para un país en guerra. Los cuerpos se lanzaban en fosas comunes o se incineraban. En la mayoría de los casos, a los familiares se les decía que habían fallecido a causa de una enfermedad infecciosa.

En la prestigiosa clínica infantil Am Spiegelgrund de Viena se llevaron a cabo más de ochocientos asesinatos, pero allí ni la muerte ponía fin a las atrocidades: conservaron cientos de cerebros de niños en tarros con formaldehído para experimentar con ellos. En Am Spiegelgrund se siguió investigando a partir de láminas extraídas de los restos mortales de las víctimas hasta mucho después de la guerra, hasta la década de 1980.

Una de las personas que se beneficiaron de la conversión de Austria en su propio *doppelganger* fue Hans Asperger, un joven médico a quien nombraron director de la afamada clínica Heilpädagogik, donde se había tratado a tantos jóvenes con autismo y otros problemas del desarrollo. Había llegado como estudiante de medicina en pleno apogeo idealista de la Viena Roja, y trabajó con psiquiatras judíos como George Frankl, quien contribuyó a formular unas teorías progresistas que hoy se consideran fundamentales en el estudio de la

neurodiversidad; por ejemplo, que los cerebros se configuran de formas distintas y que la diferencia no tiene por qué ser equivalente de patología. Hasta el año antes de la anexión de Austria por parte de los alemanes, Asperger demostró haber asimilado este análisis al escribir sobre sus jóvenes pacientes con rasgos autistas que no se les podía asignar un diagnóstico categórico. «Existen tantos enfoques [del desarrollo infantil] como tipos de personalidad. Es imposible establecer un conjunto rígido de criterios para alcanzar un diagnóstico», escribió en 1937.[51] Pero en cuestión de meses había cambiado de opinión drásticamente, y empezó a hacer suyo el discurso eugenista nazi al escribir sobre la necesidad de evitar «la transmisión de material hereditario enfermo».[52] A los niños con rasgos autistas de los que anteriormente había dicho que no admitían diagnóstico ahora los consideraba un «grupo de niños bien caracterizado» y los llamaba «psicópatas autistas».[53]

El propio diagnóstico estaba imbuido de ideología nazi, bajo la cual el valor de todo individuo se medía, tal como describe Sheffer, en función de su *Gemüt*, un concepto complicado y de difícil traducción que, en aquella época, hacía referencia al sentimiento de vinculación con el grupo que conformaba el *Volk*, el colectivo ario que el Estado nazi estaba diseñando y militarizando. Según Asperger, las personas con autismo —debido a que dirigen la mirada hacia dentro y no hacia afuera, y a que muchos presentan dificultad para leer las señales sociales y tienden a dar menos importancia a la aprobación social que otros— adolecían de «pobreza de *Gemüt*».[54] No funcionarían como miembros del equipo del *Volk*. La mayoría, escribió, carecían de valor social: ya de adultos, «vagarán por las calles como "originales", grotescos y dilapidados, hablando a gritos para sí o sin preocuparse de los demás transeúntes».[55] Sin embargo, sí había un subgrupo reducido, al que llamó sus «pequeños profesores»,[56] que podrían funcionar excepcionalmente bien. En 1941, cuando los nazis seguían bien aferrados al poder, escribió: «Sabemos cuántos de los que un día fueron niños, incluidos casos muy difíciles, desempeñan perfectamente sus obligaciones profesionales, en las fuerzas armadas y en el partido [nazi], y no pocos ostentan posiciones destacadas. Así sabemos que el éxito de nuestro trabajo merece el esfuerzo que exige».[57]

Teniendo en cuenta que el programa de eutanasia ya asesinaba en masa a personas con discapacidades, lo que decía era que la

mayoría de las personas autistas merecían morir, pero que los pocos que mostraban una habilidad de concentración especial podían ponerse al servicio del Partido Nazi (quizá como descifradores de código o algún otro cometido que requiriese de hiperconcentración dentro del proyecto fascista). Una investigación reciente ha demostrado que Asperger firmó la documentación para enviar niños de apenas dos años a Am Spiegelgrund, donde serían asesinados.[58] En otras palabras, Asperger fue un peldaño fundamental en el sistema de clasificación que decidía quién vivía y a quién se asesinaba, un aparato que no tardaría en expandirse en una maquinaria asesina capaz de matar a millones de personas que no encajaban con el ideal ario en otros sentidos.

Sheffer considera que esto no solo empaña el diagnóstico del síndrome de Asperger, sino también, probablemente, el diagnóstico del espectro autista mucho más amplio que Asperger tanto ayudó a formular. Si atendemos a estos escritos, es evidente que tuvo mucho menos que ver con la ciencia médica que con el pensamiento fascista, ya que los nazis exigían la sumisión a un pensamiento de grupo supremacista para construir la raza aria. La postura de Asperger que establecía que los niños autistas tenían una patología porque carecían de la capacidad del *Gemüt* tenía menos de diagnóstico médico que de diagnóstico sumamente ideológico sobre lo que constituía el comportamiento normal: lo que les diagnosticaba era, literalmente, un déficit de fascismo. «El cometido de los psiquiatras infantiles nazis como Asperger consistía en diagnosticar el carácter de un niño conforme a las normas del régimen», escribe Sheffer.[59]

Al separar a sus «pequeños profesores» del resto de los niños autistas y defender que eran los únicos que merecía la pena salvar, Asperger creó la polémica distinción entre el «autismo altamente funcional» y el «autismo de bajo funcionamiento». Este es el legado de Asperger: la elevación de un pequeño grupo de niños neuroatípicos a una condición supuestamente superior a todos los demás y la participación en un aparato que sentenciaba a muerte a los niños que estaban desprovistos de esa ventaja competitiva.

La discordante carrera profesional de Asperger demuestra que, en cuestión de pocos años, las mismas instituciones y algunas de las mismas personas pueden pasar de tener unos valores centrados en la atención y la curiosidad respecto de un grupo vulnerable a adoptar

una ética caracterizada por la brutalidad y la limpieza genocida. Como si alguien hubiese encendido un interruptor.

A medida que un año de covid seguía a otro y mi *doppelganger* y las fuerzas que ayudaba a instigar propagaban nuevas oleadas de pánico sobre el hecho de que los que nos hemos vacunado hemos perdido el alma, como en las historias de los niños cambiados, o que nuestra sangre es impura, el tipo de duplicidad que más me preocupaba tenía que ver con cuál es exactamente el proceso que sigue una sociedad hasta convertirse en su doble fascista. Wolf había dicho ya hacía tiempo que todo tirano sigue diez pasos en la ejecución de dicho cambio. Yo no creo que sea tan sencillo, y tampoco que todo recaiga en el tirano que está arriba del todo. También entran en juego el hambre y el gusto de las personas de a pie por aquellos que incitan sentimientos de superioridad y pureza. Aunque el arquetipo del *doppelganger* ha aparecido a lo largo de la historia para explorar cuestiones relativas a la vida y la muerte, el cuerpo y el alma, el ego y el ello, el niño real y el niño falso, lo que ahora nos ocupa es eso otro contra lo que la figura del doble, o del «gemelo perverso», hace tanto que viene previniéndonos: el tirano en la sombra que todos llevamos dentro y que espera latente en todos los países.

Una cosa y la otra

Aquí, Philip Roth también tiene mucho que aportar. A pesar de su ridiculez superficial, *Operación Shylock* termina hablando de esas formas más extensas y mucho más serias de duplicidad. El libro se sitúa en 1988 y tiene como telón de fondo el juicio real de John Demjanjuk, un trabajador de la industria automotriz ucraniano residente en Cleveland, Ohio, que fue detenido, extraditado a Israel y acusado de ser Iván el Terrible, el guarda de la cámara de gas de Treblinka famoso por su sadismo que disfrutaba provocando el máximo sufrimiento mientras gaseaba un grupo de cientos de judíos cautivos tras otro. Mientras leía el libro, poco a poco fui dándome cuenta de que la aventura aparentemente absurda de Roth con su *doppelganger* era en realidad un recurso para llevarnos a un territorio de consecuencias mucho más graves.

Mientras el Roth real y el Roth falso están enfrascados en su

caprichosa lucha ególatra, el hombre al que se acusa de ser Iván el Terrible se está enfrentando a una sucesión de supervivientes del Holocausto traumatizados en un juzgado de Jerusalén. El Roth real acude al juicio y escucha a los denunciantes y a la defensa. Un Demjanjuk sexagenario insiste en que se está cometiendo un terrible error al atribuirle la identidad equivocada, que su tarjeta de identificación del campo de exterminio es una falsificación soviética. No es ningún monstruo, es un devoto hombre de familia, un padre y abuelo cariñoso, un jardinero prodigioso y un pilar en su comunidad suburbana. Mientras lo observa en el estrado, el Roth real imagina su defensa: «Mi corazón está con vosotros, por todo lo que habéis sufrido, pero el Iván que andáis buscando nunca fue tan simplón y tan inocente y tan pedazo de pan como este Johnny que tenéis delante, jardinero de Cleveland, Ohio [...]. Toda mi inocuidad desmiente una y mil veces las demenciales acusaciones de que se me hace objeto. ¿Cómo podría ser una cosa y la otra, a la vez?».[60] Para Roth, el escritor, la corriente vida hogareña de Demjanjuk no constituía una coartada. Lo espeluznante era precisamente que alguien pudiese ser tanto una cosa como la otra, la monstruosa máquina de matar y el afectuoso hombre de familia. Los dobles coexisten, no se contrarrestan entre ellos. «Los alemanes han demostrado de una vez por todas, a ojos del mundo entero, que mantener dos personalidades radicalmente divergentes, una muy agradable y otra no tanto, ha dejado de ser prerrogativa de los psicópatas», observa el Roth real.[61]

Asperger también mantenía dos personalidades aparentemente divergentes: la del hombre que observaba pacientemente y redactaba perfiles sensibles y humanos de sus fascinantes «pequeños profesores», defendiendo su derecho a la vida, y la del hombre que firmó sin ningún miramiento las órdenes de traslado de unos niños menos verbales, de un encanto menos convencional. Sheffer considera que «el carácter de dos caras de las acciones de Asperger subraya el carácter de dos caras del nazismo en su conjunto»,[62] un sistema que cometía atrocidades propias de la mayor depravación en nombre de la salud y el bienestar colectivos.

La naturaleza doble del carácter de Asperger ahora impregna la literatura sobre el autismo: ¿era Jekyll o era Hyde? ¿Salvador o nazi? ¿Luz o sombra? Los académicos siguen debatiéndose, pero no hace falta escoger: puede ser una cosa y la otra; no hay conflicto entre ellas.

Anna de Hooge, académica sobre el autismo, escribe lo siguiente a propósito de las dos caras de Asperger, el hombre cuyo nombre catalogó a tantos otros como ella hasta que el «síndrome de Asperger» se eliminara de los manuales de diagnóstico: «Me interesa la ideología subyacente que lo hizo decidir a qué niños había que salvar y a qué niños había que enviar a Spiegelgrund. Y me interesa también de qué forma esa misma ideología sigue entre nosotros».[63]

Comparto su interés. Cada noche, cuando me invade la angustia leyendo lo que se dice en internet, doy con más personas que utilizan un lenguaje estremecedor para hablar de su buena genética y de sus robustos sistemas inmunitarios y de su «sangre pura» y de sus hijos perfectos como argumento contra acciones sencillas, como ponerse una mascarilla, que pueden proteger a personas algo menos fuertes y perfectas de lo que ellas creen ser. La mayoría no son conscientes de que han heredado unas tradiciones barbáricas que en el pasado pretendieron librar al mundo de niños como mi hijo. Cuando *influencers* relucientes y gordofóbicas escupen bilis contra cualquiera que se atreva a pedirles que tengan en cuenta su impacto en los demás, están sirviéndose de una lógica supremacista profunda sobre qué vidas tienen valor y cuáles son desechables. Y cuando los padres y madres se niegan a poner a sus hijos unas vacunas que han controlado virus como el sarampión durante generaciones porque no pueden soportar el terror de tener el tipo de hijo que los nazis declararon indignos de vivir, también alimentan esa misma lógica.

Ese es el linaje de los antivacunas de hoy. Y aun así, en su mundo del espejo pipifikado, muchos parecen totalmente convencidos de que es a ellos a quienes se los obliga a llevar el equivalente moderno de la estrella amarilla, y que son ellos los que acabarán en campos de concentración.

¿Presenta conductas espejo?

No tengo forma de saber si mi experiencia con la comunidad de padres de hijos autistas es representativa: tras una serie de encuentros casuales en los laterales de campos deportivos y varias salas de espera en consultas terapéuticas, salí corriendo en la dirección opuesta. Lo que sí puedo confirmar es que la industria de la desinformación sobre

las vacunas convierte un sufrimiento auténtico en su presa.

Las familias de los niños con discapacidades que afectan al desarrollo viven en el mismo mundo que todos los demás, ese mundo tan generoso con los diagnósticos y tan terriblemente tacaño cuando se trata de ayudar. Ese mundo en el que acabas expulsado de los círculos de personas supuestamente serias por sus ensordecedoras carcajadas si se te ocurre hablar de construir palacios para niños pobres como medio para derrumbar los muros de las cárceles. Es fácil acabar arruinado por tener que cuidar de un niño con graves discapacidades, a pesar de tener un «buen» seguro médico. E incluso en los lugares en los que el movimiento por la justicia para las personas con discapacidades ha logrado victorias importantes para los niños en edad escolar, muchos de esos programas quedan en agua de borrajas en cuanto los niños se convierten en adultos.

Incluso en los colegios que se han visto obligados a ponerse a la altura de las circunstancias —los cuales se encuentran casi exclusivamente en distritos donde los padres y madres son en su mayoría blancos y ricos y se pueden permitir denunciarlos—, el método de enseñanza prevalente sigue siendo el del análisis conductual aplicado, el cual a menudo consiste en un sistema de caramelos y consecuencias no muy distinto del adiestramiento de perros. En Nueva Jersey, una vez superada la euforia inicial de no tener que lidiar con un abandono descarado en el sistema educativo, a menudo tenía la sensación de que a los niños atípicos se los separaba en aulas especiales y los bombardeaban con ejercicios de análisis conductual aplicado no tanto para velar por sus necesidades, sino para demostrar unos resultados asombrosos en unas evaluaciones que se sucedían constantemente. Esas evaluaciones constituían las bases de los *rankings* de colegios, los cuales constituían la base del valor de la vivienda, la cual constituía la base de los impuestos a la propiedad, los cuales financiaban los colegios. Y desde el momento en el que empieza el proceso de diagnóstico, a los niños se los mete en una matriz de normalidad y anormalidad.

«¿Juega correctamente con los juguetes?», preguntó el primer médico.

¿Correctamente? ¿Quién dice que sea más correcto hacer carreras con coches de juguete que apilarlos contra la pared y convertirlos en una escultura abstracta? No seré yo.

«¿Presenta conductas espejo?», preguntó un terapeuta que vino a casa para su evaluación. «¿Qué son las conductas espejo?», le pregunté como respuesta.

«¿Imita lo que haces, como en el juego de Simón dice?».

Ah. Nunca me había fijado. Pero eso dio pie a otra pregunta: ¿quería que imitase? Y en ese caso, ¿a quién? ¿A mí? ¿A los otros niños? ¿A los dibujos animados? ¿Acaso no es el impulso reflejo de copiar lo que hacen todos los demás lo que nos ha metido en parte en el lío en el que estamos? Sí, haría que todo fuese más fácil. Pero ¿tan malo es que haya algunos niños entre la multitud que bailen al ritmo de una música que solo ellos oyen?

¿De verdad necesitamos más espejos? ¿Por qué no algún portal que nos lleve a algún lugar nuevo?

La experiencia de mi familia con las discapacidades ha estado muy caracterizada por el conflicto con los enfoques que buscan nombrar, curar y controlar, pero —como siempre— existen otros enfoques, que es lo que descubrimos, para nuestra sorpresa, cuando nos mudamos a la roca. Lo cierto es que esa es la razón por la que decidimos quedarnos. Al principio estaba segura de que mandar a T. a un colegio ordinario en una zona rural, sin los deslumbrantes apoyos que teníamos en Nueva Jersey, sería un desastre. Resultó ser la mejor experiencia de su corta vida, por una sencilla razón: las presiones, las mediciones y las evaluaciones son mínimas.

No hay terapeutas especializados en autismo, pero, cuando se siente estresado, da un paseo por el bosque con una cariñosa auxiliar educativa, y hacen turnos para elegir de qué temas hablar para que se acostumbre a los intercambios que conlleva vivir en un mundo compartido con otras personas. Su maestra, de una creatividad infinita, no sé de dónde saca el tiempo para diseñar ejercicios sobre su interés reciente en los depredadores. T. me asegura que tiene la suerte de que el acoso escolar es totalmente inexistente, algo que podría cambiar y que, seguramente, cambiará. He conocido a otros que no han tenido tanta suerte por aquí, pero, por ahora, en esta comunidad, en la que no faltan marginados e inadaptados (y sí, en la que algunas ideas políticas extrañas flotan en el ambiente), está experimentando algo parecido a lo que todos los niños merecen: aceptación.

Una salida

Poco después de la campaña de verano de Avi, estaba haciendo cola en la farmacia para comprar un medicamento cuando una chica joven, que aparentaba unos dieciocho años, se me puso a hablar sobre las ventajas de las mascarillas de tela en comparación con las desechables.

«No soporto las mascarillas azules», dijo. «Generan demasiada basura.» «No molestes», dijo la mujer (¿su madre?, ¿su abuela?) que la acompañaba. La agarró del brazo y la apartó de mí.

«No quiere hablar contigo», dijo, refiriéndose a mí.

No sé qué etiqueta le habría puesto un médico a aquella joven, pero sospecho que no sería muy distinta de la que le pusieron a mi hijo.

«No, si no me molesta», dije. «Total, solo estoy esperando.»

Y nos pusimos a hablar. Sobre los beneficios de las mascarillas de tela (más suaves, más bonitas, mejores para el medio ambiente); sobre cuántos hermanos y hermanas tengo (uno de cada); sobre qué edad tengo. Y mientras hablábamos, me fijé en que su cuidadora se relajaba visiblemente y bajaba la guardia.

He tenido varias experiencias de este tipo, normalmente mientras hago cola, y siempre siguen el mismo patrón: primero aparece la simpatía de la persona neuroatípica, la cual pincha mi burbuja de aislamiento público (que a menudo consiste en unos auriculares); luego llega la vergüenza y el pánico del padre o abuelo, y, finalmente, el alivio de tener permiso para no sentir esas emociones que tanto duelen sobre una persona a la que quieren y que les ofrece un pequeño cobijo en una tormenta infinita.

Sé un poco cómo se sienten. Cuando yo todavía era adolescente, mi madre tuvo una apoplejía grave y perdió muchas de sus capacidades físicas de forma permanente, así como algunas de sus habilidades cognitivas. Como cuidadora, pronto descubrí que la indiferencia reina en nuestro mundo y aprendí a reconocer las miradas de asco e impaciencia de personas que claramente creían que las discapacidades debían esconderse. Y aun así, cargaba con mi propia vergüenza y no siempre era capaz de ver la belleza de las distintas formas en que los cerebros humanos se encuentran e interactúan con el mundo.

Mi punto de inflexión llegó cuando T. estaba en la guardería. A la entrada del colegio había una estructura sencilla para que los niños jugasen, y me fijé en que a T. le estaba costando. Entonces llegó una niña de su clase que empezó a saltar y balancearse como una gimnasta profesional, con el largo cabello acariciando el polvoriento suelo al colgarse bocabajo. ¿Cómo sería —me pregunté— tener un hijo así de capaz? ¡Y así de tierna! La niña se detuvo un momento e intentó ayudar a T. a entender cómo cruzar colgándose de las barras como un mono. Las niñas seguras de sí mismas que sacan tiempo para mi hijo me tienen robado el corazón.

Entonces llegó su padre, y lo felicité por la brillantez de su hija y su amabilidad con un niño que es diferente del resto. Aquello precipitó un arrebato de alardeo maníaco con el que descubrí, en cuestión de muy poco tiempo, que además de su evidente talento como gimnasta, su hija de cinco años era capaz de recitar soliloquios de Romeo y Julieta, competía en torneos de ajedrez, tocaba el violín y jamás había ingerido nada que llevase azúcar refinado.

Me sentí agotada. Me parecía que las Olimpiadas de la perfección en las que aquel dúo de padre e hija era evidente que despuntaban eran algo muy triste. Aquella pequeña ya brillaba con luz propia, no hacía falta que la pulieran hasta convertirla en un trofeo. Pero, si soy sincera, también pensé que, si yo tuviese un hijo capaz de moverse por el mundo con aquella facilidad, me sería casi imposible resistir la tentación de vivir a través de él y tratar de ganar todos los premios que nuestro despiadado orden económico pueda ofrecer a los pocos a quienes se considera dignos de mérito. En ese momento me di cuenta del regalo tan especial que es tener un hijo cuyas diferencias innatas siempre le impedirían competir en esa carrera. Para entonces, ya estaba en su propio campo, inventando sus propias reglas: unas reglas que están muy bien, que quizá lo lleven a lugares muy interesantes cuando crezca, pero, eso sí, unas reglas que solo él sería capaz de descodificar.

Miré a T. mientras se deslizaba por el tobogán de plástico, con tanta alegría como torpeza, y le di las gracias por darnos a los dos aquella salida.

Sombras y secretos

Me he angustiado por haber compartido estos detalles, por pocos que sean, sobre T., este ser maravilloso que nació sin la armadura protectora que muchos damos por sentada. Espero que, cuando sea mayor, esté de acuerdo con que mereció la pena dejar entrar algo de luz en los rincones sombríos del mundo de los padres de hijos autistas. También dudé sobre si debía compartir la historia sobre aquel padre orgulloso, porque podría reconocerla y sentir una punzada de dolor. ¿Se lo merece, si solo fue alguien que seguramente mostró unas ganas ligeramente excesivas de impresionar a alguien a quien acababa de conocer? Puede que no. Pero aun así creo que es importante tener en cuenta su actitud, porque, a diferencia de muchas de las otras cosas sobre las que he escrito, no tiene que ver con los ridículos sucesos del mundo del espejo, sino con lo que ocurre en los círculos que se precian de atender a la razón y al humanismo y a la ciencia y de preocuparse por los más desfavorecidos al tiempo que se definen como distintos de ellos.

Son los padres y madres liberales y acomodados los que han convertido la infancia en una carrera armamentística de logros en la que la admisión en una universidad de élite es solo la primera de muchas líneas de meta, pero es tan importante que sus hijos se ven obligados a convertir sus traumas más íntimos en historias de superación (mientras que las familias más ricas solo tienen que sobornar y hacer trampas para poder entrar, como hemos visto todos en escándalos recientes). También me preocupa que haya miembros de esta misma clase de padres liberales que, en unos años, se convenzan a sí mismos de que un poquito de modificación genética embrionaria para mejorar el coeficiente intelectual o las habilidades atléticas o la altura de su futuro hijo no es solo su prerrogativa, sino su obligación.

El mundo se está yendo de madre, se dirán. Y por eso mis hijos necesitan una ventaja competitiva. O tal como me dijo hace poco Bill McKibben: «En lugar de encontrar la manera de tener un mundo en el que todos puedan prosperar, quieren que sus hijos prosperen en un mundo que se cae a trozos».

Eso es lo que más me perturba de la carrera de la perfección que se ha instalado en los mundos solapados del bienestar y la paternidad: el malestar estructural y generalizado del que es tan evidente que los ultrasanos e insistentemente perfectos están huyendo. De ese malestar

que nos tiene rodeados. Al final, sospecho que gran parte de los reflejos y duplicidades que estamos viendo se reducen a quién y a qué no podemos soportar ver, mirar de verdad, ya sea en la sociedad, en nuestro pasado o en el tumultuoso futuro que se acerca a toda velocidad. Hay muchas formas distintas de tratar de ganarle la carrera a nuestras sombras; sucumbir a los mundos conspirativos es solo una de ellas. Y era hacia la confrontación con esas sombras hacia lo que este ejercicio cartográfico me conducía, inexorablemente.

Tercera parte
Zonas de sombra
(Partición)

Hemos plantado muchas banderas,
han plantado muchas banderas.
Para que creamos que son felices.
Para que crean que somos felices.

YEHUDA AMICHAI, «Jerusalén»

«Esto va a doler, te lo advierto», dijo Amy. «Cuando algo muerto vuelve a la vida, duele.»

TONI MORRISON, *Beloved*

Capítulo 11
Calma, conspiración… capitalismo

El año 2007, yo estaba de gira, dando conferencias sobre *La doctrina del shock*, y aquel día tenía parada en Portland, Oregón. Me vino a recoger al aeropuerto una de las organizadoras, una amable mujer de pelo cano visiblemente estresada. Me explicó que había en la ciudad un grupo muy activo de conspiranoicos, y que había llegado a sus oídos que existía un plan para boicotear mi acto de la tarde.

Así era, y consiguieron su propósito. En mitad de mi charla en una iglesia de la ciudad, un par de tipos con sudaderas de capucha desplegaron desde un palco una pancarta en que se leía «EL 11-S LO ORGANIZÓ EL GOBIERNO».

Las teorías conspiranoicas estaban a la orden del día en aquel momento, y una parte de la izquierda las toleraba o hasta las promovía. La estrategia del movimiento, espoleado por el documental de bajo presupuesto *Loose Change* (el *Plandemic* de aquellos años), consistía básicamente en intentar que personalidades relevantes críticas con la administración Bush «admitieran» que, en el fondo, todos sabíamos que Dick Cheney y George W. Bush habían conspirado para volar las Torres Gemelas y hacer que pareciera un atentado terrorista. Reventaron el turno de preguntas en muchas de mis charlas, como le hicieron también a mi amigo Jeremy Scahill cuando promocionaba su libro *Blackwater: el auge del ejército mercenario más poderoso del mundo*.

Desde entonces, se han sucedido suficientes incidentes de ese tipo para poder concluir que la línea que separa las teorías conspirativas sin fundamento de las investigaciones fiables no es tan nítida ni tan estable como a muchos nos gustaría creer. Está claro que hay mucha gente que lee indistintamente periodismo de investigación, análisis basados en hechos y tesis conspirativas gratuitas, y llega a sus propias conclusiones combinando las tres cosas en pie de igualdad.

A ojos de un investigador, las diferencias entre los tres géneros deberían ser palmarias. Los investigadores responsables se ajustan a

una serie de estándares compartidos: recurrir a dos o tres fuentes, verificar los documentos filtrados, citar estudios revisados que hayan pasado un examen de pares, abordar con transparencia las incertidumbres, compartir secciones de texto con expertos reconocidos para asegurarse de haber entendido bien los términos técnicos y los métodos de investigación, someter los datos al examen de verificadores antes de la publicación y finalmente pasar el documento a un abogado especializado en libelos (o, en el caso de mis libros, a varios, a razón de uno por territorio). Es un proceso lento, caro y minucioso, pero no conocemos una forma mejor de convenir en que una noticia es verdad.

Los *influencers* de las conspiranoias realizan lo que he llegado a considerar un *doppelganger* del periodismo de investigación, porque imita muchas de sus convenciones estilísticas pero se salta sus barreras de seguridad. Wolf es una profesional de esta técnica: una y otra vez, asegura que ha encontrado una «prueba irrefutable» o que tiene una «exclusiva sensacional»; hace referencias constantes a decenas de miles de páginas de documentos científicos, así como a metadatos que nadie se va a tomar la molestia de comprobar si dicen lo que ella dice que dicen (habitualmente, que se ha cometido un «genocidio» mediante las vacunas del covid; y no, los documentos que cita y que he podido consultar no demuestran eso en absoluto).

Al igual que la caterva de negacionistas profesionales del cambio climático que intentan «refutar» la avalancha de pruebas científicas del calentamiento del planeta aportando tablas de temperaturas totalmente descontextualizadas, datos obsoletos y un torrente de abstrusos términos científicos, Wolf se aplica a una tarea que podríamos calificar de remedo de la ciencia. Adereza sus comentarios con terminología médica de la que abusa sin la menor contención, divagando sobre «nanopartículas lipídicas», «proteínas de la espícula» y la «barrera hematoencefálica» a tal velocidad y de modo tan ininteligible que hasta Steve Bannon tiene que suplicarle: «¡Más despacio! ¡Más despacio!».

La exposición constante a ese tipo de discurso nos acaba sumiendo en un estado reflexivo de recelo permanente que el profesor de filosofía brasileño Rodrigo Nunes bautizó como *negacionismo*.[1] Esto, en un estado vuelto del revés, como lo está todo en el mundo del espejo, sirve a los intereses de la derecha y perjudica a la izquierda,

porque —afirma Nunes— «reemplaza las verdaderas amenazas que asoman por el horizonte por versiones distorsionadas, como los espejos deformantes de los parques de atracciones. Por tanto, el problema de la democracia no son las élites políticas, que en todas partes están condicionadas por los intereses de las grandes empresas y los mercados financieros, sino una camarilla secreta de pedófilos que planea instaurar un Gobierno mundial». Igual que «el problema medioambiental no es el cambio climático, sino la utilización de la ciencia como arma al servicio de una agenda política empeñada en alterar nuestro estilo de vida e impedir el crecimiento». A todo ello podemos añadir ahora que el problema del covid no sería una enfermedad infecciosa muy contagiosa que combatieron de mala gana las farmacéuticas, orientadas como están a conseguir beneficios, y unos Estados reducidos a la mínima expresión, sino una aplicación con la que se pretendía convertirnos en esclavos.

Será por eso por lo que a los tipos como Bannon, financiados por una casta rotatoria de milmillonarios, les encantan las teorías conspiratorias, al margen de que personalmente se las crean o no, porque confían en que desviarán la atención de los escándalos de los que nos enteramos —y que muchos han demostrado con gran esfuerzo— hacia noticias más sensacionales, siempre a punto de demostrarse pero nunca demostradas del todo. (¡Es verdad, hubo fraude electoral! ¡Es verdad, las vacunas están matando niños! ¡Y médicos!)

Desde la crisis sanitaria mundial del covid, ha habido un aluvión de ejemplos reales de corporaciones que especularon con el virus, y de iniciativas cínicas de líderes políticos para vender al mejor postor servicios públicos vitales con la excusa de la emergencia. Se destinaron billones a respaldar mercados y rescatar multinacionales, para luego asistir a despidos masivos de trabajadores; los ultrarricos incrementaron sus fortunas a un ritmo indignante, desplumando a sus clientes y disparando el coste de la vida. Todo eso justificaría de sobra una revuelta democrática popular, sin necesidad de más adornos (igual que habrían debido bastar la invasión ilegal de Irak y los cientos de miles de vidas que se perdieron, sin necesidad de sugerir que el 11-S lo hubiera planeado el Gobierno estadounidense). No hacía falta poner el grito en el cielo por el *apartheid* al que supuestamente se sometió a los no vacunados habiendo un *apartheid* de verdad entre países ricos y pobres en materia de vacunación; ni

inventarse fantasías delirantes sobre «campos de internamiento» por el covid cuando se permitía al virus hacer estragos en las cárceles, las plantas de envasado de carne y los almacenes de Amazon, como si la vida de quienes trabajaban allí no tuviera ningún valor. En un mundo justo, habríamos estado hablando a todas horas de esos escándalos, reales y demostrados; la mayoría no lo hicimos, en parte porque el tiempo se nos iba en discutir las consecuencias negativas que podían derivarse de inventar conspiraciones.

La calma como forma de resistencia al *shock*

Suelo describir la labor a la que he dedicado mi vida como «reconocimiento de patrones». Recuerdo el momento en que, como en una epifanía, caí en la cuenta de que había una conexión entre la creciente precariedad del trabajo, la concentración de la propiedad de industrias clave y el crecimiento exponencial de los presupuestos de *marketing* que caracterizaba las huecas estructuras corporativas de las principales marcas que apelan a un determinado estilo de vida. No se trataba de un plan maestro concebido por una camarilla, pero había un flujo, un patrón, que entrelazaba modas aparentemente dispares en un relato coherente sobre una nueva iteración del capitalismo. Fue en ese momento cuando decidí escribir *No Logo*, y era una sensación tan fuerte que un cuarto de siglo después aún recuerdo dónde estaba sentada y qué estaba haciendo (en el suelo, hablando por el fijo con un estudiante de periodismo) cuando comprendí que todo encajaba.

Escribí *La doctrina del shock* con la esperanza de proporcionar una sensación de orientación similar. Por aquellos años, los atentados del 11S habían revuelto las señales políticas y sacudido la confianza de muchos amigos y colegas. Me vi de nuevo buscando una historia de conexiones: esta vez, entre nuestro momento de posterror y la forma en que, a lo largo del medio siglo anterior, se aprovecharon otros *shocks* para forzar políticas que despojaban a otros pueblos y naciones de derechos, de intimidad y de riqueza de titularidad común. En el torrente de datos inconexos que llegan a nuestros terminales, está claro cuál es el papel del investigador-analista: encontrarles algún sentido, ordenar un poco los acontecimientos, trazar mapas de poder.

La reacción más significativa que he obtenido a lo largo de mi carrera como escritora vino del más encantador de los cartógrafos literarios, John Berger, cuando le envié las galeradas de *La doctrina del shock*. Mucha gente me ha dicho que la obra la enfureció, pero su respuesta fue muy distinta. Escribió que, en su opinión, el libro «provoca e infunde calma». Cuando las personas o las sociedades entran en un estado de *shock*, pierden sus identidades y sus puntos de anclaje, observó. «Por tanto, la calma es una forma de resistencia.»[2]

Pienso en sus palabras muy a menudo. La calma no reemplaza la justa ira o la rabia ante la injusticia, que son ambas potentes palancas de un cambio necesario, pero es un requisito previo de la claridad mental, de la capacidad de establecer prioridades. Si un *shock* provoca pérdida de identidad, la calma es el estado que nos permite volver a ser nosotros. Berger me ayudó a entender que la búsqueda de la calma es la razón por la que escribo: para atemperar el caos que reina a mi alrededor, en mi propia mente y también en la de mis lectores, o eso espero. La información es casi siempre inquietante y, para muchos, traumática; pero, según yo lo veo, mi objetivo nunca debería ser sumir a quienes me leen en un estado de *shock,* sino que debería ser sacarlos de él.

Después de empaparme de las palabras y acciones de mi *doppelganger* a lo largo de este prolongado período, me llama la atención que ella parece tener un objetivo muy distinto. Wolf describe repetidamente su estado mental como «aterrorizada». Califica su propia investigación sobre las vacunas del covid de «espeluznantemente espeluznante», y las medidas de salud pública a las que ha decidido declarar la guerra no las describe ya de equivocadas, ni siquiera de peligrosas, sino de «para quedarse de piedra».[3]

«No quiero caer en la exageración», le dijo a Steve Bannon hablando de los funcionarios del Departamento de Sanidad que dejaban información básica sobre la vacunación en los portales de las casas.[4] Y a continuación predijo: «Se llevarán a tus hijos si no los has vacunado, ya verás, es el siguiente paso. O te meterán en un campo en cuarentena, si no puedes enseñarles un certificado de vacunación. O sea, eso puede sonar un poquito... aprensivo o exagerado...». Sí que suena así. Siempre suena así. Es como se supone que ha de sonar. El efecto de la cultura de la conspiración es lo contrario de la calma; es

sembrar el pánico.

La conspiración es… el capitalismo

Aquí es donde la cosa se complica, como ocurre siempre en el reino de los *doppelgangers*. Cuando escritores y estudiosos radicales y antisistema intentan analizar los sistemas subyacentes que establecieron el poder en nuestro mundo y lo sostienen, incluida la existencia probada de operaciones encubiertas encaminadas a eliminar amenazas a esos sistemas, es habitual que se los desdeñe tildándolos de teóricos de la conspiración. Lo cierto es que esa es una de las tácticas más manidas para enterrar y marginar ideas que no convienen a quienes manejan los hilos del poder económico y político o se sienten atacados personalmente por los análisis anticorporativos, anticapitalistas o antirracistas porque las críticas los salpican. Todos los analistas del poder serios y de izquierdas, de Marx en adelante, han sido objeto de ese escarnio.

En su empeño por contrarrestar la espiral de desinformación sobre el covid, muchas instituciones públicas incurrieron en esa misma táctica. Por ejemplo, la Comisión Europea publicó una guía que definía las teorías conspirativas como «la creencia según la cual ciertos acontecimientos o situaciones están secretamente manipulados entre bastidores por poderosas fuerzas con intenciones aviesas».[5] Muy bien, pero eso omite el factor más importante: que la teoría en cuestión sea falsa o al menos no esté demostrada. Porque hay multitud de acontecimientos y situaciones —crisis financieras, carestías energéticas, guerras— que están sin duda «manipulados entre bastidores por poderosas fuerzas», y los efectos de esas manipulaciones sobre los ciudadanos de a pie son tremendamente negativos. Creer eso no lo convierte a uno en un conspiranoico; lo convierte en un observador riguroso de la política y la historia.

En mi caso, la razón de que lea y escriba sobre sistemas económicos y sociales e intente identificar sus patrones subyacentes es precisamente porque resulta estabilizador. Esta clase de trabajo sistémico es similar a poner unos buenos cimientos a una construcción: una vez que los tenemos en su sitio, todo lo que construyamos después será más sólido; sin ellos, nada estará a salvo

de fuertes rachas de viento. Sí, nuestro mundo sigue siendo confuso después de que hayamos entendido esto, pero ya no es incomprensible. Siempre hay fuerzas sistémicas en juego, y muchas de ellas tienen que ver con el mandato fundamental del capitalismo de expandirse y crecer buscando nuevas fronteras.

Ese mandato explica sin duda muchas cosas sobre el tipo de duplicados que hemos discutido hasta ahora. La necesidad acelerada de crecimiento ha hecho nuestra vida económicamente más precaria, lo que a su vez trajo el impulso de convertir nuestra identidad en marcas y en mercaderías, de optimizar nuestro mismo ser, nuestro cuerpo y nuestros hijos. El mismo mandato estableció las reglas (o su ausencia) que permitieron que un grupo de frikis de la tecnología se apoderara de todo nuestro ecosistema de la información y levantara una nueva economía gracias a nuestra atención y nuestra indignación. Es la misma lógica que explica que se dejara la respuesta al covid en manos de los individuos (usa mascarilla, vacúnate), obviando la necesidad de inversiones sustanciales en el refuerzo de los sistemas públicos escolares, sanitarios y de comunicaciones. Las élites que obtienen grandes beneficios al establecer esas prioridades son las mismas que financian proyectos políticos y mediáticos destinados a enfrentar a los menos pudientes entre sí sobre la base de su raza, su etnicidad o su expresión de género, lo cual los convierte en menos inclinados a unirse por intereses económicos y de clase comunes.

Por otra parte, está claro que no es lo mismo un sistema que hace lo que se supone que ha de hacer, sin importar el coste humano, que una camarilla secreta de villanos que interfieren con el funcionamiento de una democracia por lo demás justa y equitativa. Siempre he pensado que esa es una de las principales razones por las que debe existir una izquierda: para brindar análisis estructurales de la riqueza y el poder que aporten orden y rigor a la sensación mayoritaria (y certera) de que la sociedad está amañada en perjuicio de la mayoría, y que hay verdades importantes que se ocultan tras retóricas políticas patrióticas. Porque no podemos cambiar lo que no entendemos. Y porque el sistema, efectivamente, está amañado, y es mucha la gente que lo sufre; pero, sin una comprensión clara del impulso capitalista de buscar nuevas fuentes de beneficio para asaltar y explotar, serán muchos también los que imaginen que hay una camarilla de individuos excepcionalmente perversos que mueven los

hilos.

Ciertamente, ese parece ser el caso de mi *doppelganger*, ya desde la época de su libro *El mito de la belleza*. «De algún modo, en algún lugar, alguien debió de averiguar que [las mujeres] compran más cosas si se las mantiene en una situación de aspirantes a "bellezas", con su corolario de odio a sí mismas, permanente sensación de fracaso, hambre e inseguridad sexual», escribía entonces.[6] Un postulado lógico elemental de la industria publicitaria, sobre todo al dirigirse a las mujeres, es que compramos más cosas cuando nos sentimos inseguras, pero jugar con esas inseguridades no constituye un complot para tenernos sometidas, como Wolf sugería. Solo es un ejemplo de cómo ha operado siempre el viejo capitalismo: hallando formas novedosas de mercantilizar cualquier aspecto de la vida.

Por ese mismo motivo, Wolf malinterpretó groseramente lo que ocurrió con la represión policial durante la iniciativa Occupy Wall Street. Cuando echaron a la gente de los parques, ella vio ahí una conspiración y una «guerra» contra el pueblo estadounidense al máximo nivel.[7] En realidad, las policías de todo el país compartieron consejos para desalojar los campamentos por la misma razón por la que utilizaron gas lacrimógeno y espray de pimienta contra los movimientos que, una década antes, se habían enfrentado a la Organización Mundial de Comercio y al Fondo Monetario Internacional, y por la que volvieron a utilizarlos frente a las revueltas del movimiento Black Lives Matter: porque vivimos bajo un sistema cuya estructura está diseñada para proteger a las clases propietarias frente a cualquier desafío de los de abajo, unas veces mediante la represión violenta, otras mediante la apropiación de sus símbolos y a menudo mediante una combinación de ambas.

De las varias diferencias que me separan de Wolf, esta es la que más me importa, porque creo que es la principal razón de que ella y tantos otros se hayan quedado sin puntos de anclaje. Yo soy una mujer de izquierdas que centra su atención en los estragos que causa el capitalismo en nuestro cuerpo, en nuestras estructuras democráticas y en los sistemas vivos que sostienen nuestra existencia colectiva. Wolf es una liberal que jamás ha hecho una crítica al capital; lo único que pretendía era que las mujeres como ella no fueran víctimas de prejuicios o discriminación dentro del sistema, de modo que pudieran ascender como individuos. «Creo en equipar a las mujeres para que no

estén indefensas en la economía de mercado», dijo hace muchos años a la periodista de *The Guardian* Katharine Viner.[8]

Wolf tenía una gran fe en la promesa de la meritocracia liberal: siguió sus reglas y fue subiendo en su ascensor, piso a piso, hasta llegar a la cima (club de debate en el instituto, Yale, Oxford, niña mimada de la izquierda mediática, asesora de algunos de los hombres más poderosos del mundo, cenas con el club de Davos). Se ha descrito a sí misma como «hija de la narrativa» y «favorita de [...] la élite de los pensadores más influyentes de la costa noreste o de ambas costas».[9] ¿Qué pasó, entonces? ¿Descubrió en un momento dado que ese orden de la élite liberal, la misma que la había aupado tan alto, no era lo que aparentaba? ¿Que en realidad el sistema no era justo, sino que estaba plagado de reglas amañadas y promesas falsas y crueles? ¿Fue entre los escombros de ese concepto del mundo que había colapsado sin que nada pudiera reemplazarlo donde llegó a ver un laberinto de camarillas y conspiraciones?

Jack Bratich, un estudioso de la comunicación de la Universidad Rutgers que ha investigado el tema de las conspiraciones, me explicó esa posible trayectoria de la siguiente manera: «La apuesta de los liberales por el individualismo nos lleva a contemplar el poder como atributo de individuos o grupos y no de unas determinadas estructuras. Al prescindir de un análisis que tome en consideración el capital o las clases, acaban recurriendo a los cuentos que difunde Occidente sobre el poder del individuo para cambiar el mundo. Pero los relatos heroicos se pueden convertir fácilmente en relatos de villanos».[10] Este punto es trascendental: la cultura de la conspiración no cuestiona el hiperindividualismo presente en el origen de tantas crisis que alcanzan el punto de ruptura, sino que lo que hace es reflejarlo, echando toda la culpa de los males que aquejan a la sociedad a individuos excepcionalmente poderosos: Fauci. Gates. Schwab. Soros.

Dice Wolf que las medidas sanitarias de prevención del covid la llevaron a creer en la existencia de un mal satánico. Es una pena que no la llevaran a perder parte de su fe en el capitalismo.

El *shock* de la interconexión

Por ese tránsito de las narrativas de héroes a las de villanos empieza a explicarse que tanta gente en apariencia apolítica se haya podido obsesionar con terroríficas teorías conspirativas sobre el covid. Muchos, como Wolf, habían seguido las reglas para ganar posiciones en ese sistema quebrado, y les había ido bien. Habían puesto en marcha su propio negocio, ahorrado algo de dinero, obtenido créditos, conseguido tal vez unos ingresos extra como pequeños propietarios. Aceptaron la premisa de que su trabajo era cuidar de sí mismos y de sus familias y que no se les podía exigir nada más (por mucho que la escalada de los precios de la vivienda, las matrículas universitarias, los servicios médicos y la energía pusieran la simple logística de esa clase de cuidados cada vez más fuera del alcance de la mayoría). Se habían tragado el cuento de que sus comodidades y éxitos eran fruto únicamente de su ingenio, su esfuerzo y su trabajo (no de sus trabajadores, ni de sus cuidadores, ni de unas políticas comerciales que favorecen a los países ricos ni, por descontado, de su raza o su clase social). Y entonces, de repente, nos vimos todos frente a una crisis que exigía que actuáramos como más que individuos, más que familias, más que países, porque el hecho es que estamos todos interconectados. Y ese fue un *shock* aún mayor que el covid.

No basta con tratar de entender cómo se ha vuelto todo tan raro: también tenemos que entender lo raras que eran las cosas ya desde antes. En la era liberal que comenzó en la década de 1970 y aún no ha terminado, se quiso ver en toda dificultad y en cualquier adversidad —desde la pobreza a la deuda estudiantil, pasando por los desahucios y la drogadicción— una patología: el fracaso personal. En cambio, cualquier éxito es alabado como prueba de la relativa superioridad del hombre supuestamente hecho a sí mismo. Y, naturalmente, esos engaños del individualismo feroz se extienden mucho más allá del medio siglo que lleva el neoliberalismo desmontando el Estado social. La mayor parte de quienes vivimos en países nacidos del colonialismo, como Estados Unidos, Canadá y Australia, nunca hemos valorado con rigor el hecho de que si nuestras naciones existen se debe solo al doble latrocinio de tierras y pueblos, ni que la esclavitud y el genocidio fueron los sangrientos subsidios que permitieron a los colonos —muchos de ellos condenados a su vez a colonizar en castigo por algún delito— emprender la aventura de hacerse a sí mismos. Como tampoco lo han hecho los países europeos que, de entrada, se

embarcaron en aquellas cruzadas coloniales.

Ahora estamos recogiendo la cosecha podrida de décadas de sembrar deliberadamente la desconfianza: desconfiamos de la noción misma de ser miembros de comunidades y sociedades, desconfiamos de cualquier expectativa de que el Gobierno pueda y deba hacer algo positivo por nosotros. «Eso que llaman sociedad no existe», declaró en su día Margaret Thatcher.[11] ¿De verdad puede sorprendernos que tanta gente le creyera? Esa forma empobrecida de ver el mundo y de vernos unos a otros lleva en circulación tanto tiempo, y se ha expresado en tantos dialectos (represión sindical, crueldad fronteriza, hospitales y colegios públicos que se desmoronan), que el concepto mismo de «bien público» nos resulta ajeno. Tan ajeno que cualquier política que exija algo de los individuos —ya sea frente al covid, la crisis climática o la crisis de desigualdad— se percibe en el mundo del espejo como parte de un complot de China para imponer en Occidente los valores de su Partido Comunista.

Naturalmente, a nuestras sociedades —edificadas sobre la base de un concepto de la libertad opuesto a cualquier injerencia del Estado y de la firme determinación de no ver lo que tenemos delante de las narices como un estilo de vida— les costó asimilar el *shock* del covid. Esta era una crisis que únicamente podía abordarse si todos decidíamos vernos de verdad unos a otros, incluso a quienes viven y trabajan en la sombra; una crisis a la que solo se podía hacer frente mediante la acción colectiva y la disposición a hacer algunos sacrificios individuales en aras del bien común. ¿Cómo olvidar aquellas primeras semanas tan delicadas en que la vida se paralizó, en que tantos de nosotros estuvimos solos, pero al mismo tiempo más conectados que nunca? Cada vez que inhalábamos fuera de casa nos veíamos obligados a preguntarnos quién más había exhalado en ese aire. Cada vez que tocábamos cualquier cosa —el pomo de la puerta, el botón del ascensor, un banco del parque, los envases de comida, un paquete postal— teníamos que preguntarnos quién más lo había tocado. ¿Estaban sanos? Si no lo estaban, ¿tenían derecho a una baja laboral? ¿Y a la atención sanitaria? La ilusión de independencia se desvaneció. No éramos, después de todo, personas hechas a sí mismas. Nos hacemos —y nos deshacemos— unos a otros.

Nuestros Gobiernos no hicieron ni por asomo lo que podían y debían haber hecho para disponer una verdadera infraestructura de

cuidados y solidaridad durante la pandemia; no, si lo comparamos con lo que sabemos que es posible hacer por la experiencia del *New Deal* y de la movilización del frente doméstico durante la Segunda Guerra Mundial. Así y todo, el período en que muchos Gobiernos pagaban a la gente por quedarse en su casa y ofrecían pruebas del covid y vacunación gratuitas supuso una desviación histórica extrema respecto a la tendencia imperante en materia de políticas públicas durante el medio siglo anterior, que fue una larga huida de la simple idea de que nos debamos algo unos a otros por el simple hecho de compartir una misma condición humana. No tuvieron elección. De no ser por aquellas medidas, habrían muerto innecesariamente millones de personas más, y economías enteras se habrían colapsado.

No está de más recordar que se tardó décadas en «desocializar» a la gente para que aceptara las crueldades del neoliberalismo. La histeria racista y xenófoba, dirigida contra negros e inmigrantes, fue el caldo de cultivo ideal para que una sucesión ininterrumpida de políticos y gigantes de la comunicación aprovecharan la aprobación de programas sociales (concebidos para ayudar a todos los necesitados) para tachar a sus beneficiarios de «reinas del bienestar», «superdepredadores» e «ilegales». No hace falta que revivamos las décadas de 1980 y 1990. Pero lo que sí hace falta para determinar el perfil y los acontecimientos del mundo del espejo es entender una cosa: que el legado de unos mensajes, repetidos durante generaciones, que enfrentaban entre sí a los miembros de una misma sociedad no va a desaparecer de la noche a la mañana solo porque haya una pandemia. Y, sin embargo, curiosamente, era precisamente eso lo que la mayoría de los políticos de centro esperaba cuando estalló el covid, lo que venía a ser una forma de pensamiento mágico. El mensaje de gran parte de nuestras clases política y corporativa cambió de forma radical. Resultó que sí que éramos una sociedad después de todo, que los jóvenes y sanos debían hacer sacrificios por los ancianos y enfermos; que debíamos llevar mascarilla por solidaridad con ellos, si no por nosotros mismos, y que todos debíamos aplaudir y estar agradecidos a las mismas personas —muchas de ellas negras, muchas mujeres, muchas nacidas en países más pobres— cuyas vidas y trabajos habían sido sistemáticamente más devaluados, menospreciados y relegados antes de la pandemia.

Con esas expresiones de solidaridad llegó el vértigo, el verdadero

mundo al revés, ya que no tenían nada que ver con lo que durante tanto tiempo el capitalismo nos había enseñado: a no preocuparnos por los demás, a no verlos siquiera. Visto ahora en retrospectiva, no tiene nada de sorprendente que una parte de la población dijera: «Que se jodan: no vamos a ponernos la mascarilla, ni a vacunarnos ni a quedarnos en casa para proteger a gente que ya habíamos optado por no ver». También tiene todo el sentido que la gratuidad de las vacunas despertara recelos en mucha gente; sobre todo en Estados Unidos, un país que trata la atención sanitaria como una fuente de beneficio, y en el que se ha llegado a identificar la buena medicina con los seguros médicos privados. Como razonaba Kevin Newman, un agente inmobiliario de treinta y un años de Arkansas, «si el covid fuera tan grave, tendríamos que pagar por la vacuna. Todo lo demás lo cobran caro, así que ¿por qué la regalan? Es sospechoso».[12]

También llama la atención que las protestas por el covid se dirigieran a símbolos de la acción colectiva. En Italia y Australia, por ejemplo, manifestantes diagonalistas atacaron y saquearon las sedes de los sindicatos. «LIBERTAD», gritaban en la calle. Esa palabra grandiosa y vacía. ¿Libertad para qué? Las protestas suelen ser expresiones de un poder colectivo, basadas en el principio básico de que somos más fuertes si estamos unidos. Pero aquello era otra cosa: un conglomerado temporal de individuos atomizados que veían en todo lo colectivo un enemigo, una amenaza para cada uno de sus cuerpos y cada una de sus familias. Era, en cierto modo, una rebelión contra la conectividad, un grito contra las lecciones que de forma tan brutal nos había enseñado el virus: que compartimos con gente que no conocemos un mismo aire, los mismos hospitales, el mismo bioma; que, nos guste o no, estamos todos interconectados. No, lo que los manifestantes decían era «somos entes aislados, nos hemos hecho a nosotros mismos y no respondemos ante nadie. Somos “ciudadanos soberanos” y no podéis obligarnos a vivir en comunidad o en sociedad».[13]

Nada de esto tendría que haber pillado a nadie por sorpresa. Lo que sí es sorprendente, y francamente reconfortante, es que, tras décadas de ataques frontales a la idea de que vivimos en sociedad, una masa crítica de nosotros se aferró lo suficiente a un espíritu cívico de comunidad como para aceptar esas nuevas normas durante cerca de dos años, y que, además, celebrábamos la repentina aparición de un

Estado social. Sí, cuando nuestros Gobiernos dieron por concluidas sus políticas relativas al covid, nos vimos de vuelta en la crisis denominada «normalidad»; pero, durante un breve período, pudimos entrever otro mundo, otro tipo de volantazo colectivo.

Algunas conspiraciones son verdad

Entender la forma en que el capitalismo en su última fase da forma y desfigura nuestro mundo puede proporcionarnos cierta estabilidad, pero eso no implica que no existan en el mundo conspiraciones demostrables y muy reales. Si definimos *conspiración* como una confabulación entre miembros de un grupo para llevar a cabo en la sombra algún tipo de trama maligna, los representantes del capital —tanto en el Gobierno como en el sector corporativo— se implican en conspiraciones de forma rutinaria. Caben pocas dudas de que a principios de la década de 1970 hubo una conspiración respaldada por la CIA para derrocar a Salvador Allende, el presidente de Chile democráticamente elegido, después de que nacionalizara las minas de cobre; como la hubo también en 1953 para deponer al primer ministro iraní, Mohammad Mosaddegh, cuando pretendió nacionalizar la compañía petrolera que luego se convertiría en la British Petroleum.

En *La doctrina del shock* expuse una historia alternativa del ascenso del neoliberalismo a través de una larga serie de intrigas bien documentadas, y no me cabe duda de que habría otras que consiguieron permanecer en la sombra. Conocemos asimismo muchos ejemplos contemporáneos de gente poderosa que conspiró contra la población general. El sistema envenenado de suministro de agua a Flint, en Míchigan, lo estuvieron encubriendo durante años funcionarios estatales. La British Petroleum y Halliburton recortaron gastos en la gestión de la plataforma petrolífera Deepwater Horizon, y el resultado fue el mayor vertido accidental de crudo de la historia del golfo de México, y las compañías hicieron todo lo posible por ocultar el alcance de los daños. Volkswagen conspiró durante años para falsear la cantidad de dióxido de carbono contaminante que emitían sus coches (trucados para engañar a los controladores). Coherentemente sin duda, Exxon y varias otras grandes petroleras conspiraron durante décadas para sembrar dudas y confusión sobre la

realidad del cambio climático, siguiendo el ejemplo de las grandes tabacaleras. Y estos son solo los casos más flagrantes.

Esas decisiones se tomaban en alguna habitación, tal vez tenuemente iluminada. Pero, a diferencia de los delirios satánicos de QAnon, los motivos para aquellas conspiraciones eran más bien banales: una empresa minera estadounidense decidida a conservar su control sobre una importante fuente de lucrativo metal, un gigante petrolero interesado en proteger su implantación en un país rico en crudo. Maximizar los beneficios es justo lo que pretende el capitalismo... aunque para lograrlo haya de conspirar. Esto nos lleva a otra víctima del pipikismo: la expresión «Estado profundo». La habían popularizado en principio los izquierdistas turcos para describir la realidad de las actividades encubiertas de una red de militares y personalidades destacadas. Pero Bannon y Trump se la apropiaron para referirse a cualquier forma de poder —económico, judicial, mediático o de los servicios de inteligencia— que supusiera una cortapisa para su ejercicio omnímodo y a menudo inconstitucional del poder, al tiempo que lo presentaban como chivo expiatorio de sus propios fracasos. Nada era nunca responsabilidad suya; la culpa era siempre del «Estado profundo».[14]

En su libro *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776, Adam Smith afirmaba: «Quienes trabajan en un mismo ramo rara vez se reúnen, ni siquiera por entretenimiento o diversión, pero su conversación acaba siempre en una conspiración contra el público o en alguna estratagema para subir los precios».[15] El escritor y editor inglés Mark Fisher fue más allá cuando señaló en 2013 que buena parte de lo que actualmente se presenta como conspiraciones no son más que «muestras de solidaridad de clase de la clase dominante».[16] Quería decir con ello que en general no es más que los superricos del mundo de los negocios o del Gobierno cubriéndose las espaldas unos a otros.

Las conspiraciones de esa clase son una realidad, y hay otras que son igual de reales y bastante más sórdidas que las que se cuecen en asépticas salas de juntas de Nueva York y Londres para amañar precios, burlar normativas o torpedear a un Gobierno socialista recién elegido en algún país del Sur. Eso es así porque el capitalismo no se agota en las capas superficiales de los mercados en las que opera directamente la clase media de las regiones más ricas del planeta

(supermercados y gasolineras bien iluminados, atractivas páginas web y anodinas oficinas); todo eso no es más que su escaparate. Esas actividades requieren cierto grado de explotación de sus trabajadores, dependientes y consumidores, pero también se asientan sobre las zonas más ocultas de la cadena de suministros, zonas donde hay hiperexplotación, confinamiento de personas y envenenamiento de ecosistemas que no son fallos accidentales del sistema, sino que forman parte desde siempre del mecanismo que hace funcionar nuestro mundo.

A efectos de trazar nuestro mapa, podemos llamarlas «zonas de sombra». Son el sotobosque denso y enmarañado de esta nuestra economía global, que supuestamente va como la seda, sin fricciones. Décadas de exprimir cualquier posible recurso eficiente implican que cada eslabón de la cadena —las minas y granjas industriales de donde se extraen las materias primas; las fábricas y los mataderos que transforman esos materiales en piezas y productos acabados; los trenes y barcos que los transportan a través de continentes y océanos; los almacenes que los clasifican y los guardan para tenerlos listos al toque de un clic de cursor; los camiones y furgonetas que los entregan cuando llega ese clic; las montañas de desechos y los canales envenenados a los que van a parar los residuos de cada fase; los deslumbrantes patios de recreo en que los superricos disfrutan de su botín— cuenta una historia de saqueo distinta, pero asombrosamente familiar.

Lo que es alarmante no son tanto las historias en sí como el hecho de que ya no parecen causarnos la menor alarma. Un cuarto de siglo después de la publicación de *No Logo*, parece que hemos asumido que la ropa que se pone una joven en Nueva York, Londres o Toronto supone que otra joven ha tenido que arriesgarse a ser incinerada en alguna fábrica textil de Daca. O que las redes para impedir el suicidio de trabajadores desesperados sean un elemento arquitectónico normal de la fábrica que produce nuestros móviles en Shenzhen, en China. O que ciudades como Dubái y Doha sean construidas y mantenidas por ejércitos de inmigrantes que viven y trabajan en condiciones tan penosas que si mueren en accidente laboral los empresarios que los contrataron no deben responder de nada. O que los trabajadores de un almacén de Nueva Jersey tengan que luchar con uno de los tres hombres más ricos del mundo para que la duración de las pausas les

permita ir al servicio. O que los moderadores de contenidos de Manila hayan de pasarse el día contemplando decapitaciones y violaciones de niños para asegurarse de que a nuestros terminales llega solo información «limpia». O que nuestro frenético ritmo de consumo y uso de energía provoque incendios en los lujosos suburbios de Los Ángeles y Sonoma que deben combatir presos a los que se pagan unos pocos dólares al día por desempeñar un trabajo tan peligroso, mientras que emigrantes de países centroamericanos que han sufrido allí desastres climáticos recolectan aguacates y fresas respirando un aire tóxico, y que si caen enfermos o reclaman mejores condiciones sean enviados de vuelta a sus casas sin contemplaciones, desechados como fruta macada.

Pero es que, además, esos son los afortunados, los que han salido mejor librados. Tienen un trabajo que les permite enviar dinero a sus familias o pagarse algunos lujos en la cárcel. Un número ingente de otras personas se ven atrapadas en rincones aún más siniestros de nuestro mundo: centros de internamiento de extranjeros, pateras que no aguantan una leve tormenta o ciudades de tiendas de campaña que crecen en nuestras rutilantes urbes mientras la propiedad inmobiliaria es objeto de una especulación cada vez más lucrativa. Pero las fricciones no desaparecen porque dejemos de verlas: solo se desplazan a esas otras vidas que son pura fricción, en las zonas de sombra.

Esa penumbra está asociada igualmente a conspiraciones reales. No es solo que esa gente viva y trabaje en condiciones penosísimas, sino que, dado que se las mantiene deliberadamente en la sombra para salvaguardar las ilusiones de la modernidad, también son víctimas de prácticas habituales que rozan el sadismo más extremo: las zonas de sombra son lugares en que los abusos físicos y sexuales por parte de supervisores y guardias son rutinarios. Y eso es así porque la vida de los que se ven más afectados —pobres, indocumentados en situación legal precaria, en su mayoría negros o de piel morena— se da por amortizada. En las zonas de sombra, abusan de esas personas porque pueden. Y esto, a su vez, exige que se conspire para proteger a los culpables y para proteger a los consumidores que conspiramos para seguir en la ignorancia y conservar la inocencia mientras paseamos por las partes mejor iluminadas de la cadena de suministros.

Hay además otra clase de conspiración, relacionada con la anterior, que debe sacarse a la luz; se deriva directamente del hecho

de que cuando a un pequeño estrato de la población se le permite hacerse más rico que a los monarcas de la era victoriana, como ha sido el caso en las zonas de sombra, a algunos de los que respiran ese aire enrarecido se les va a meter en la cabeza la idea de que ellos están por encima de la ley. Que es tanto como decir: creo que muchos secretos de hombres poderosos murieron cuando Jeffrey Epstein murió en la cárcel, y no estoy segura de que lleguemos algún día a saberlo todo. ¿Y tú?

El poder y la riqueza conspiran para protegerse. Lo hacen en público y también en privado. Lo hacen bajo los focos y también en la sombra. De modo que, si tratamos de entender las ridículas teorías que circulan por el mundo del espejo, deberíamos tener mucho cuidado de no acabar diciendo que no hay sadismo ni depravación, que solo un conspiranoico lunático se creería semejante disparate. Porque un orden económico que asume desigualdades tan extremas como las que vemos —con milmillonarios fletando cohetes que son un monumento a su vanidad sobre océanos de humanidad indigente— es en sí mismo una clase aparte de depravación, y ese nivel de injusticia multiplica la depravación de forma rutinaria.

El problema ya no es que no conozcamos esas verdades tan bochornosas, sino que somos demasiados los que no sabemos cómo conocerlas. Todos sabemos que nuestro mundo se asienta sobre las zonas de sombra, pero ¿qué hacemos con ese conocimiento? ¿Dónde nos lleva? ¿Hacia dónde se desvían la indignación, la vergüenza y la tristeza?

Tras dos décadas y media informando sobre los crímenes de nuestras élites oligárquicas, paso por temporadas en que la impunidad de todo el asunto me desespera. Los talleres esclavistas del tercer mundo y los vertidos de crudo. La invasión de Irak. La crisis financiera de 2008. Los golpes de Estado que lanzaron al mar desde helicópteros a una generación de idealistas en América Latina. El ataque coordinado desde Washington a la incipiente democracia rusa postsoviética que propició el auge de los oligarcas y le allanó el camino a Vladímir Putin. Que toda esa gente se fuera de rositas me resulta sencillamente intolerable. Ninguno pagó por sus actos. Todos revalorizaron su marca. Henry Kissinger sigue asesorando presidentes. A Dick Cheney se le ensalza como republicano razonable. Robert Rubin, uno de los hombres que ayudó personalmente a inflar la

burbuja de los derivados financieros que cortocircuitó la economía mundial en 2008, se dedica ahora a advertir que no podemos correr para impedir un cambio climático catastrófico. Se me hace un nudo en la garganta. Mi corazón se acelera. Los días malos, siento que voy a explotar. La impunidad puede volverte loco. Quizá hasta pueda volver loca a toda la sociedad. «El abuso de poder genera denuncias de conspiración, y los hombres y las mujeres del capital que están detrás de las conspiraciones deben culparse a sí mismos, al menos en parte, de las alegaciones extremas y ficticias que se lanzan contra ellos», dijo Marcus Gilroy-Ware, un estudioso del periodismo digital, en *After the Fact? The Truth About Fake News* [*¿Después del hecho?: La verdad sobre las «fake news»*].[17] Sarah Kendzior, en su libro de 2022 *They Knew: How a Culture of Conspiracy Keeps America Complacent* [*Lo sabían: cómo una cultura de la conspiración mantiene a América satisfecha*], exploró también las formas en que la impunidad de conspiraciones auténticas contribuyó a alimentar el auge de creencias descabelladas.[18]

Las teorías conspirativas relativas al Gran Reinicio pueden ser un buen ejemplo. Cuando surgieron, durante las primeras protestas contra el confinamiento, se presentaron como si fueran la revelación de un gran secreto. Lo extraño, sin embargo, era que el Gran Reinicio no era algo oculto en absoluto: fue una campaña lanzada por el Foro Económico Mundial para presentar una versión remozada de las ideas que llevaba tiempo proponiendo: documentos de identidad biométricos, impresión en 3D, energía corporativa verde, economía colaborativa. Todo ello se promovió a toda prisa como modelo para relanzar la economía mundial tras la pandemia «buscando una versión mejorada del capitalismo». En una serie de vídeos, el Gran Reinicio reunió a presidentes de varias multinacionales del petróleo para que opinaran sobre la necesidad urgente de abordar el cambio climático, así como a políticos partidarios de «construir mejor» y caminar hacia «un mundo más justo, más verde y más saludable». Era un mensaje típico del Foro de Davos: arrogante, sin duda, y muy peligroso en algunos puntos. Pero no tenía nada de nuevo ni de secreto.

No obstante, periodistas y políticos de derechas e «investigadores independientes» de izquierdas reaccionaron como si hubieran destapado una conspiración que astutas élites trataban de ocultarles. De ser así, fue la primera conspiración que contó con su propia agencia publicitaria y sus vídeos explicativos.

Una justicia quimérica

¿Qué extraño impulso es ese de revelar lo que no está oculto? Tal vez lo que ocurre sea que en unas democracias que aún proclaman de boquilla su aspiración a la igualdad social (o al menos a la «equidad») hay algo profundamente insatisfactorio en lo abiertamente que hablan las élites del poder que creen tener derecho a ejercer sobre el resto de nosotros. Los mecanismos de la oligarquía no están ocultos; nos los restriegan con tanto orgullo que no hacen sino humillar a su público. Ultrarricos, jefes de Estado, celebridades destacadas, periodistas y miembros de varias familias reales se reúnen cada año en el Foro Económico Mundial de la ciudad suiza de Davos, igual que lo hacen en Aspen (Colorado) e igual que lo hicieron en Manhattan con ocasión de la Iniciativa Mundial Clinton; Google organiza incluso un «campamento de verano» en Sicilia, al que solo se puede asistir por invitación, y en el que tan pronto te puedes cruzar con Mark Zuckerberg como con Katy Perry. En todas esas reuniones se centran en buscar soluciones a los problemas del mundo —la crisis climática, las enfermedades infecciosas, el hambre— sin que medie un mandato, sin la participación de ninguna institución pública y, llamativamente, sin la menor vergüenza por el papel decisivo que ellos mismos desempeñaron en la gestación y la prolongación de esas crisis.

Saber que esta especie de plutocracia descarada puede arraigar en sociedades democráticas sin que intenten siquiera guardar las apariencias es como ser obligado a mirar a tu cónyuge mientras te engaña aunque eso no te excite. Tal vez debiéramos ver la cultura de la conspiración —con su teatrillo de destapar cosas que no son ningún secreto— como una especie de intento retorcido de conservar el respeto por sí mismos.

Puede incluso que sea eso en parte lo que mueve a QAnon. En el corazón de esa conspiranoia hay una fantasía sensacionalista de justicia: la «gran tormenta», o el «gran despertar», cuando «los buenos» arrestarán de pronto a todos los pederastas facinerosos, satanistas y ladrones y los enviarán a Guantánamo. Es de una ingenuidad conmovedora, porque, en palabras de Mark Fisher, «¿de verdad piensa alguien, por ejemplo, que las cosas irían mejor si sustituyéramos a todos los altos ejecutivos y banqueros por un plantel de "buenas personas"?».[19] Pero ¿sabéis qué? Entiendo que la idea

tiene su atractivo. Desde luego, es mejor que ver a Michelle Obama compartiendo caramelos con George W. Bush… O que escuchar la risa cómplice del público al oír al expresidente denunciar en un lapsus «la invasión brutal y totalmente injustificada de Irak… de Ucrania, quiero decir», como hizo en mayo de 2022.[20]

Esto plantea una pregunta urgente: ¿hay alguien fuera del mundo del espejo que tenga una visión de justicia y un espíritu de rendición de cuentas? Está el sueño democrático de que Donald Trump deba responder algún día por sus crímenes, tanto los cometidos en el ejercicio de su presidencia como en su actividad privada. Pero, aparte de eso, ¿hay alguien reclamando que nuestros criminales de guerra vivos comparezcan ante el Tribunal Penal Internacional? ¿Cuál es el plan para incautar los activos de las empresas que propiciaron el cambio climático? Es de un cinismo escandaloso que los republicanos trumpistas describan las diversas y mediáticas comisiones de investigación abiertas actualmente en el Congreso estadounidense como un nuevo «comité Church», en referencia a la comisión del Senado constituida en 1975 y presidida por el senador demócrata Frank Church para investigar algunas de las operaciones clandestinas más infames desarrolladas tanto en territorio nacional como en el extranjero. ¿Pero qué hicieron los demócratas cuando controlaban la cámara para investigar los casos en que agencias de inteligencia colaboraron con las grandes empresas tecnológicas para invadir nuestra privacidad y vigilarnos por multitud de medios? ¿O para perdonar a quienes, como Snowden, violaron secretos oficiales al denunciar prácticas ilegales? ¿Hasta ese punto hemos renunciado a la justicia? De ser así, mal puede sorprendernos ver resurgir esa tendencia, en versión deformada, en el mundo del espejo. Se ha creado un vacío, y si algo me ha enseñado mi *doppelganger* es que los vacíos tienden a llenarse.

Ahora hay algo más que parece alimentar la cultura de la conspiración. Durante las últimas tres décadas, la tendencia extrema hacia la consolidación en el mundo de las grandes empresas ha creado un terreno de juego tan amañado en contra de los consumidores que cubrir las necesidades básicas de la vida puede ser como vernos expuestos a una serie interminable de estafas. Se diría que todo el mundo está intentando engañarnos con la letra pequeña de los términos y condiciones, sabiendo que no nos los vamos a leer. La caja

negra no se reduce a los algoritmos que rigen nuestras redes de comunicación: casi todo es una caja negra, un sistema opaco que oculta otra cosa. El mercado inmobiliario no va de suministrar viviendas; va de fondos de cobertura y especulación. Las universidades no van de proporcionar educación; van de convertir a los jóvenes en deudores de por vida. Las residencias no van de cuidar a nuestros mayores; van de exprimirlos en sus últimos años de vida y de hacerse con sus propiedades. Muchas páginas de noticias no van de informar; van de camelarnos para que cliquemos anuncios y publirreportajes en reproducción automática que ocupan la mitad inferior de casi todas las webs. Nada es lo que parece. Este tipo de capitalismo depredador, extractivo, genera necesariamente desconfianza y paranoia. En ese contexto, no sorprende que QAnon, con su conspiranoia de que las élites se dedican a sacarles la sangre (el adrenocromo) a los jóvenes, se haya hecho viral. Las élites nos están dejando secos, despojándonos de nuestro dinero, nuestro trabajo, nuestro tiempo y nuestros datos. Tan secos que grandes áreas de nuestro planeta sufren combustión espontánea. Las élites de Davos no se comen a nuestros niños, pero sí su futuro, y eso es terrible. Los creyentes de QAnon se imaginan que hay túneles secretos bajo las pizzerías y los parques para el tráfico de niños. Eso es pura fantasía, pero sí que hay túneles —zonas de sombra en sentido literal— bajo algunas grandes urbes que acogen y esconden a los pobres, los enfermos, los drogadictos, los desechos de la sociedad. Bajo las deslumbrantes luces de Las Vegas, cientos o incluso miles de personas viven, efectivamente, en una laberíntica red de túneles concebidos para el desagüe de inundaciones causadas por eventuales lluvias torrenciales.

Igual que mi *doppelganger* proyecta todos nuestros temores a la vigilancia a la que estamos sometidos sobre una aplicación de vacunación, los conspiranoicos interpretan mal los hechos, pero sus sensaciones son acertadas: la sensación de vivir en un mundo con zonas de sombra, la sensación de que la miseria de unos es el beneficio de otros, la sensación de que nos esquilman con su depredación extractiva, la sensación de que se nos ocultan verdades importantes. El nombre del sistema que provoca esas sensaciones empieza por ce, pero si nadie te ha enseñado cómo funciona el capitalismo y en cambio te han contado que va de libertad y días soleados y Big Macs y acatar las reglas para conseguir la vida que

mereces, es comprensible que lo confundas con otra palabra que empieza por ce: *conspiración*.

Como dice Gilroy-Ware, «las teorías conspirativas son disfunciones de un instinto político sano y justificado: la sospecha».[21]

Pero la sospecha, cuando apunta al blanco equivocado, es muy peligrosa.

Correr más que nuestra sombra

La película de terror de 2019 *Us*, de Jordan Peele, también es una historia de *doppelgangers*: imagina un mundo muy parecido al nuestro, situado encima de un inframundo de sombras habitado por dobles de todas las personas de la superficie, y unidos a ellas por un lazo invisible. Cada movimiento que se produce arriba debe tener su reflejo abajo, en un entorno de oscuridad y miseria. El sufrimiento de la gente bajo tierra hace posible la cómoda vida de los de arriba, una dinámica que muchos interpretaron como una analogía de los horrores de clase en el capitalismo racial. Pero en *Us* la gente del inframundo está harta de vivir vidas distorsionadas que no son sino sombras de otras vidas, por lo que suben a la superficie, donde siembran el caos.

¿Quiénes son esa gente de las sombras?

La respuesta es como un puñetazo en el estómago: «Somos americanos».

El director surcoreano Bong Joon-ho plantea una situación similar —el mundo de arriba y el de abajo— en otro film de 2019, *Parásitos*, en que miembros de la clase trabajadora, a los que se trata como a las cucarachas en sus guaridas subterráneas, suben a la superficie dispuestos a ocupar las vidas rutilantes de unos ricos a los que están hartos de servir. Esto va más allá que la serie de la BBC *Arriba y abajo*; es una metáfora de todas las zonas de sombra del capitalismo y el imperialismo: los adolescentes explotados en talleres de China, los niños de las minas de cobalto del Congo, las guerras por el petróleo que llena los depósitos de nuestros coches, los emigrantes que permitimos que se ahoguen para proteger la ilusión de una Europa fortificada. Y ahora podemos añadir a los miles de millones a los que se negó una simple dosis de la vacuna del covid mientras los que vivíamos en países ricos hacíamos cola para nuestra segunda o

tercera dosis de refuerzo (suponiendo que no declináramos nuestros privilegios por fantasiosas amenazas de «tiranía»).

La novelista Daisy Hildyard sostiene que el modo en que nos enredamos en esas zonas de sombra viene a ser una forma de duplicación. En su novela de 2017 *The Second Body* [*El segundo cuerpo*], describe la condición humana como tener dos cuerpos: aquel en el que vivimos conscientemente (saciando el hambre, acudiendo al trabajo, yendo al gimnasio, haciendo hijos) y otro en la sombra que apuntala esas acciones atravesando mundos paralelos en nuestro nombre con gran diligencia, que extrae los recursos y fabrica los bienes que las hacen posibles. Dice:

> Estás atrapado aquí en tu cuerpo, pero podría decirse en sentido técnico que estás en la India y en Irak, que estás en el cielo provocando tormentas y en el mar arrastrando ballenas a las playas. Es probable que no sientas que tu cuerpo está en esos lugares, pero es como si tuvieras dos cuerpos separados: uno personal, en el que existes, comes, duermes y te ocupas de tus asuntos cotidianos; y un segundo cuerpo que tiene un impacto en países extranjeros y en el mar [...] un cuerpo que no es tan sólido como el otro, pero ocupa una extensión mucho mayor.[22]

Según lo entiende Hildyard, nuestra complicidad en las guerras que se libran con el dinero de nuestros impuestos para proteger el petróleo y el gas que probablemente calientan nuestros hogares, cocinan nuestra comida y propulsan nuestros vehículos, propiciando a cambio la extinción, no está separada de nosotros; en realidad, es una extensión de nuestros cuerpos físicos. «Este segundo cuerpo es literalmente tu existencia física y biológica; es una versión de ti», afirma. Es una dimensión menos visible de nuestro yo encarnado.

Esto no es únicamente una patología del mundo del espejo, no se trata solo de «ellos». Se trata de nuestro mundo y de todos y cada uno de nosotros. De un mundo que se asienta sobre zonas de sombra, que siempre se ha asentado sobre zonas de sombra. Y esto nos lleva a la dualidad esencial de nuestras sociedades del mundo rico; no al nazi que marcha al paso de la oca y es fácil de detectar, sino a la violencia exterminadora y la explotación despiadada en la que se ha fundado desde siempre el proyecto de la «civilización». El gran filósofo alemán Walter Benjamin escribió poco antes de suicidarse en 1940: «No hay un solo documento de la civilización que no sea a la vez un documento de la barbarie».[23] Dos décadas después, el igualmente brillante novelista, ensayista y autor teatral James Baldwin escribiría:

«Huelga decir, creo, que, si nos entendiéramos mejor a nosotros mismos, nos perjudicaríamos menos. Pero la barrera entre nosotros y lo que sabemos es altísima. ¡Son tantas las cosas que preferiríamos no saber!».[24]

La era del covid nos obligó a enfrentarnos a verdades de todo tipo que muchos preferiríamos ignorar: sobre nuestro orden económico actual y el trato despiadado que se da a nuestros mayores y a tantos otros que se encargan de los trabajos más necesarios. Y también sobre nuestro pasado colectivo: la verdad sobre la crucial importancia de los pueblos africanos violentamente saqueados y las tierras indígenas que se robaron para crear el mundo moderno. Es ese ajuste de cuentas con el pasado y su huella en el presente lo que tanta gente de mi círculo de *doppelgangers* trata por todos los medios de eliminar de los libros de texto y de las estanterías de las bibliotecas escolares. Por si no bastara con eso, también tenemos deudas que saldar con el futuro, un futuro que se nos viene rápidamente encima tras más de tres décadas en que Gobiernos y dirigentes corporativos hicieron todo lo contrario de lo que los científicos les suplicaban que hicieran: reducir las emisiones de gases de efecto invernadero. Percibimos un futuro brutal agazapados tras el brillo de nuestras pantallas, el ronroneo de nuestros motores, la rapidez con que nos entregan las cosas a domicilio. Sabemos que nuestros congéneres cercanos o lejanos, así como innumerables seres vivos no humanos y ecosistemas enteros, pagarán el precio con su vida. Vimos un adelanto en el otoño de 2022, cuando las inundaciones en Pakistán desplazaron a casi tanta gente como la que vive en mi país, y anegaron la cosecha estacional en su totalidad, y sin embargo la noticia desapareció de nuestras pantallas mucho antes de que se retiraran las aguas.

En las partes relativamente ricas del mundo, esas zonas de sombra paralelas son nuestro subconsciente personal y planetario, y nos atormentan. Los fantasmas del pasado, del presente y del futuro se abalanzan sobre nosotros todos a la vez. Sentimos que las barreras que separan esos mundos no pueden sostenerse en pie mucho más tiempo. Y que, hasta para los que contamos con más recursos, la cortina que oculta la fealdad y a los que sufren está más que raída. Que si las sociedades pueden mutar en sus *doppelgangers* monstruosos, lo mismo le puede pasar al planeta: que pase de habitable a inhabitable. Que cuando la selva tropical amazónica es incinerada y los acantilados de

hielo de la Antártida se desploman en el mar, es que ese proceso ya ha comenzado.

«Cuando estás en un antiguo campo de batalla o sobre una fosa común, lo sabes», decía Deena Metzger en su libro de 2022 *La Vieja: A Journal of Fire* [*La Vieja: diario del fuego*].[25]

Tú lo sabes. Lo sabemos todos. Y se nota que las sombras están estrechando el cerco.

Capítulo 12
No hay más salida que dar media vuelta

«Algún día, todos nuestros hijos y nietos nos preguntarán directamente a cada uno de nosotros: “Mamá, papá (abuelo, abuela), ¿tú qué hiciste en la guerra?”. Eso nos preguntarán.»[1]

Cuando Naomi Wolf publicó esas palabras en su *newsletter* del 2 de marzo de 2022, volvía a sonar el fragor de una guerra: el ataque más catastrófico a un país europeo desde la Segunda Guerra Mundial. Rusia llevaba una semana bombardeando Kiev —la capital de Ucrania — y sus suburbios, y acababa de iniciar el cerco del puerto de Mariúpol; un millón de ucranianos, según las estimaciones de la ONU en ese momento, habían huido de su hostigado país. Pero Wolf no aludía a esa guerra cuando imaginaba a hijos y nietos interrogando a sus mayores. Tampoco a la guerra contra el planeta, pese a que tres días antes el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático había completado un informe que podía leerse, en palabras del secretario general de Naciones Unidas António Guterres, como un «atlas del sufrimiento humano y una grave acusación del fracaso del liderazgo climático».[2]

No, mi *doppelganger*, en una publicación que encabezó con el titular «No es que yo sea valiente; es que tú eres un gallina», se refería a la guerra que se estaba librando en el hotel Walker del próspero barrio de Tribeca, en Manhattan; una guerra en la que la propia Wolf, según su relato, tuvo una actuación que solo podía calificarse de heroica.

El caso de las gachas del día anterior

Contaba Wolf que, habiéndose alojado en el hotel, advirtió que en el interior de la cafetería había un cartel de «solo vacunados». Gestionaba el establecimiento Blue Bottle, una cadena en que cobran cuatro dólares por una taza de café y seis por unas gachas de avena

del día anterior. Wolf decidió jugarse el tipo rebelándose contra tamaña tiranía:

> De modo que al tercer día de mi estancia comuniqué educadamente al personal del Blue Bottle Cafe que no estaba vacunada, y que acto seguido me iba a llevar mi minúsculo café y mis gachas del día anterior a la barra de almuerzos que me estaba vedada y me iba a sentar allí tranquilamente, pero que no pensaba acatar la ordenanza municipal que ordenaba a la cafetería discriminarme.
>
> El personal me informó en tono grave —era su trabajo— que hacer eso contravenía un mandato municipal. Les dije que lo entendía, pero que igualmente optaba por no obedecer [...]. Luego me senté en la barra prohibida, mandé un mensaje a mi abogado diciéndole que estuviera preparado y colgué una publicación en abierto dirigida a la gobernadora [Kathy] Hochul y al alcalde [Eric] Adams declarando que estaba en ese momento violando deliberadamente la orden discriminatoria del Ayuntamiento de Nueva York que impedía a las personas no vacunadas sentarse en cafés y restaurantes, y que me encontraba concretamente en la barra de la cafetería del hotel Walker de Tribeca, por si querían detenerme.
>
> Estuve una hora esperando a que me detuvieran, con el corazón a cien.
>
> ¿Saben qué paso?
>
> ¡Nada![3]

Eso es. Absolutamente nada. La policía no intervino, y al parecer la gobernadora y el alcalde tenían cosas más importantes que hacer.

En sus trece, y con sus redes sociales ahora en alerta, Wolf se dirigió entonces a la Grand Central Station y procedió a montar el mismo numerito en una sala de espera para personas vacunadas. Esta vez, «aparecieron de inmediato dos policías». Según cuenta, estos le indicaron educadamente que debía trasladarse a otra sala de espera, la destinada a los no vacunados:

> Les expliqué que los puntos fuertes de Nueva York, y de Estados Unidos en general, eran su diversidad y la igualdad de trato para todos, y que, si la gente se hubiera negado a acatar otras formas de discriminación y acomodación segregada, se habría acabado antes con las normas discriminatorias. De nuevo, manifesté mi intención de desobedecer pacíficamente.

Wolf esperó a que la detuvieran por su segundo y heroico plante del día. «Estaba otra vez preparada para que me esposaran», escribió. «De nuevo, el corazón me iba a cien.» Pero, como en el Blue Bottle, no pasó nada. Nada de nada. «Cuando pregunté si podía irme ya y coger mi tren… nadie me lo impidió.»

De estas experiencias más bien triviales, pedirse un café y coger un tren, Wolf sacó algunas conclusiones altisonantes:

Cuando me negué a acatar esos «mandatos» ilegítimos que habían consumido el alma de una ciudad que había sido magnífica, NO OCURRIÓ NADA [...]. Pero tuve que pasar por esos momentos terribles de miedo, de resistencia a esos «mandatos» para demostrar, al menos ante mí misma, que no tenían ningún sentido.
En este mundo, el valor de otros nos abre posibilidades.

Esa, decía Wolf, es «la conclusión».[4]

No es la única conclusión que se deduce de la incapacidad de mi *doppelganger* para hacerse detener en Nueva York. Otra es que, pese a sus insistentes aseveraciones en contrario, nunca se llevó a cabo un golpe de Estado para acabar con la libertad con la excusa de una pandemia, y que ella jamás ha vivido bajo un régimen biofascista. De hecho, como bien debía saber cuando escenificó su protesta, el alcalde de Nueva York Eric Adams ya había anunciado que mientras las infecciones por covid se mantuvieran en cifras bajas iba a levantar las medidas de prevención que afectaban a la restauración en interiores.[5] Y así lo hizo pocos días después.[6] Con la excepción de algunas instancias en las que se prolongaron, las medidas sanitarias temporales fueron, efectivamente, temporales.

Como ya he dicho, yo tenía mis dudas sobre las aplicaciones de vacunación: la creciente digitalización de la vida cotidiana agrava desigualdades preexistentes, pero lo mismo puede decirse de dejar que el virus campara a sus anchas mientras se amontonaban los cadáveres. Una vez que el virus mutó y se hizo evidente que las vacunas eran cada vez menos efectivas para la prevención del contagio, prolongar las restricciones para los no vacunados empezó a tener menos sentido, que es la razón por la que se estaban levantando en lugares como Nueva York. (Las mascarillas y los test rápidos seguían siendo bastante efectivos para reducir las infecciones y los contagios, pero, desafortunadamente, también se suprimieron.)

Al margen de esas cuestiones, lo que más me sorprendió del épico relato de Wolf de su día en la ciudad, que al final transcurrió sin mayores incidentes, fue la extraña elección de sus palabras. En los Blue Bottle sirven sobre todo comida para llevar; en sus locales cuentan con algunas plazas para comer sentados, pero no tienen una «barra de almuerzos», que es la expresión que utilizó Wolf hasta tres veces. Es evidente que al emplear ese término anacrónico pretendía evocar las sangrientas y valientes sentadas en las barras de almuerzos de principios de la década de 1960, que sí se produjeron, de forma

destacada en los bazares de Woolworth de Greensboro, en Carolina del Norte, cuando cuatro activistas negros del movimiento por los derechos civiles insistieron en su derecho a que se les sirviera, pese a que la política de la cadena era servir solo a blancos. Las acciones de los Cuatro de Greensboro inspiraron más actos de desobediencia civil por todo el Sur segregado; a muchos les pegaron y los detuvieron por su valor.

Las leyes de Jim Crow imponían sin duda un sistema tiránico que tenía por objetivo que los negros siguieran siendo ciudadanos de segunda categoría. Al invocar las barras de comidas y citar momentos anteriores de la historia estadounidense en que se dieron «plazas separadas obligatorias» y «normas discriminatorias», Wolf pretendía equipararse con Rosa Parks, quien, como es sabido, se negó a ceder su asiento a un blanco en un autobús de Montgomery, Alabama.[7] (Wolf la admiraba hasta el punto de ponerle su nombre a su hija.)[8] Más adelante, escribió que vivir en el estado de Nueva York durante el covid había sido «como si viviéramos todos bajo las leyes de Jim Crow».[9]

Juegos de rol raciales

Esas alegaciones históricas no eran anomalías. En sus entrevistas, además de aludir constantemente a los nazis, Wolf señala una y otra vez paralelismos entre la normativa de vacunación y las estructuras, muy reales, de opresión racial. Por su parte, el movimiento antivacunas, antimascarillas y anticonfinamiento se ha comparado repetidamente con los movimientos de liberación negra, de los que toma prestado el vocabulario a su conveniencia. A Steve Bannon le ha dado por decir a su público de activistas que están «desviando el curso de la historia». Ya sea en Nueva York, en Sídney, en París o en Roma, personas de raza blanca —que son una mayoría abrumadora entre los manifestantes y los líderes de las protestas— se declaraban parte de «un nuevo movimiento por los derechos civiles» porque eran víctimas de una nueva jerarquía humana que los convertía en «ciudadanos de segunda» y se enfrentaban a un «*apartheid* médico». Algunos enarbolaban pancartas con el lema VACUNACIÓN OBLIGATORIA = ESCLAVITUD. En septiembre de 2021, un profesor auxiliar de una

escuela de primaria de Newberg (Oregón), llegó al punto de protestar contra la normativa de vacunación de su distrito presentándose a trabajar con la cara pintada de negro. «Represento a Rosa Parks», dijo en un programa de debate.[10] En su conjunto, el movimiento se ha reivindicado en distintos momentos como opositores a poco menos que todos los crímenes cometidos contra minorías raciales y religiosas desde los tiempos de las cruzadas: la esclavitud, el genocidio, el Holocausto, las leyes de Jim Crow, el *apartheid* y unos cuantos más.

Una *influencer* muy popular, a la que sigo, decía, por ejemplo, que estaba harta de luchar por su «derecho a respirar», en referencia a su negativa a llevar la mascarilla en tiendas en que era obligatoria.[11] Un grupo de madres de San Diego que no querían que sus hijos llevaran mascarilla en clase llamaron a su organización «Dejadlos respirar». Es difícil de creer que esas madres blancas, con estudios y de clase media-alta no fueran conscientes de que su eslogan era calcado a otro: los gritos de «no puedo respirar», que se habían oído en las calles en 2014 a raíz de que un oficial de policía de Nueva York inmovilizara a Eric Garner asfixiándolo; el hombre falleció tras pronunciar esas aciagas palabras. Por fuerza tenían que saber que la frase se volvió a corear en las calles en 2020, cuando las pronunció George Floyd antes de ser asesinado por un agente de policía de Minneapolis. Y, sin embargo, menos de un año después de que las protestas desencadenadas por la muerte de Floyd —y las de Ahmaud Arbery, Breonna Taylor y tantos otros, antes y después— sacudieran el país, volvían a sonar esas mismas palabras, solo que en forma ligeramente distinta, dirigidas esta vez contra una política sanitaria pensada para reducir los contagios de covid, que seguía causando estragos, muy mayoritariamente en las comunidades negras.

Ese tipo de juego de rol racial es omnipresente entre los diagonalistas. En la primavera de 2021, Wolf tenía previsto hablar de su campaña de las «Cinco Libertades» en un acto antivacunas programado el 19 de junio, el Día de la Liberación, que conmemora el fin de la esclavitud en Estados Unidos. El periodista Eoin Higgins preguntó al organizador si le parecía adecuado apropiarse para ese fin de una festividad tan importante para la comunidad negra. ¿La respuesta? «Hemos sido esclavizados por nuestro Gobierno.»[12]

Al parecer, el acto se canceló, pero el plan original apuntaba a algo que siempre me ha llamado la atención de las incesantes

afirmaciones de Wolf en el sentido de que las medidas de contención del covid han traído una nueva era de sumisión política, y solo ella y sus compañeros de viaje han tenido el valor de oponer resistencia. Su relato ignora por completo el hecho de que aquel verano de 2020, pese a la imposición de la mascarilla y del distanciamiento social, millones de personas salieron a la calle, día tras día, noche tras noche, para protestar por la muerte de ciudadanos negros por disparos de la policía y exigir una reasignación radical de recursos, detrayéndolos de las encarcelaciones masivas y la militarización policial y destinándolos a servicios e infraestructuras educativos, habitacionales y sanitarios, a fin de empezar a cerrar la brecha en materia de riqueza y de inversiones que supone, en la práctica, dar un tratamiento de segunda a las comunidades negras, por más que se haya puesto fin a la segregación legal.

Si a uno le preocupa que el covid marcara el inicio de una nueva época de obediencia masiva al estilo del Partido Comunista de China, seguramente convendría mencionar que las mayores manifestaciones de la historia de Estados Unidos tuvieron lugar en la era del covid, cuando millones de personas estuvieron dispuestas a enfrentarse a nubes de gas lacrimógeno y espráis de pimienta para ejercer sus libertades de expresión, reunión y pensamiento. Y pensándolo bien, si a uno le preocupan las acciones tiránicas del Estado, también deberían preocuparle los asesinatos y la privación de libertad de la población reclusa que provocaron aquellas protestas masivas. Sin embargo, en ninguno de los vídeos que ha publicado Wolf con infaustas advertencias de que Estados Unidos se estaba convirtiendo en una nación de borregos he visto que reconociera siquiera la existencia de ese ajuste de cuentas de justicia racial, ni el hecho de que, si una persona negra hubiera montado el mismo numerito que ella montó en el Blue Bottle y en la Grand Central Station, con toda probabilidad habría acabado tumbada en el suelo y esposada, y no porque la normativa covid fuera tiránica, sino a causa de un racismo policial sistémico contra los negros, la cuestión que desencadenó las protestas que ella ha puesto tanto empeño en ignorar.

La cosa se volvió aún más ridícula, o más seria, cuando en junio de 2022 —tres meses después de la batalla de Little Blue Bottle— Wolf montó con más éxito un nuevo acto autopropagandístico en Salem, Oregón. Encontró uno de los pocos restaurantes de la ciudad que aún

exigían certificado de vacunación para comer en el interior: el Epilogue Kitchen and Cocktails, un negocio de titularidad afroamericana que exhibía en la ventana fotografías de George Floyd y de Breonna Taylor, así como rótulos de BLACK LIVES MATTER y NO PLACE FOR HATE. Pese a que podía haber elegido cualquier otro restaurante de Salem y a que, de hecho, había reservado mesa en uno, Wolf entró en el Epilogue y escenificó una confrontación hasta que le pidieron que se fuera. Entonces, se grabó sermoneando al gerente negro del restaurante, al que dijo: «En la historia de este país, mucha gente ha forzado los límites de este modo. Y resultó ser lo que debía hacerse, porque no sé si usted sabe que aquí tenemos igualdad de derechos». Afirmó asimismo que la exigencia de estar vacunados era «absolutamente discriminatoria».[13]

La filípica se prolongó de forma interminable, con Wolf declarando que el trato recibido era «un momento crucial en la historia de este país».[14] Después de que colgara, toda orgullosa, los vídeos en Gettr, el restaurante fue objeto —como era de esperar— de toda clase de abusos racistas por parte de los seguidores de la activista, por teléfono, por correo electrónico y a través de varias redes sociales más. Muchos decidieron hacer falsas reservas (algunas, a nombre de Donald Trump) y forzar deliberadamente la caída de las valoraciones *online* del restaurante. «Tuvimos más de ciento cincuenta valoraciones falsas de una estrella», contó una semana más tarde Jonathan Jones, copropietario del negocio.[15] «La mayoría derivaban enseguida en el racismo. Un racismo desatado y repugnante.» Efectivamente, un gran número de respuestas combinaban temas que ya hemos tocado repetidamente en este repaso: gordofobia, racismo contra negros, conspiraciones y reivindicaciones de superioridad genética, dirigidas con especial saña a los carteles del Black Lives Matter de la entrada.

Todo esto plantea la cuestión de cuál es la relación de los diagonalistas con otros movimientos importantes de nuestra época. ¿Discurren por cauces separados? ¿Vemos, como aseguran muchos diagonalistas, evidencias de un doble rasero descarado, con la condena por parte de las élites liberales de las protestas contra el confinamiento mientras que las mismas élites aplaudían las manifestaciones que reclamaban justicia racial? ¿O estamos ante una dinámica más compleja, con un movimiento enzarzado con el otro en

una especie de dialéctica retorcida propia del mundo del espejo?

No me cabe la menor duda de que mientras estuvieron vigentes los certificados de vacunación quienes no habían recibido sus dosis se sintieron víctimas de discriminación, o incluso parias sociales. Y pudo y debió haber excepciones más claras a las que acogerse en caso de padecer enfermedades que desaconsejaran el uso de mascarillas o la vacunación. Pero a la vista de que muchas de las denuncias más estentóreas de esta forma alevosa de discriminación las hacían mujeres como yo (blancas y pudientes) no pude evitar sentir que creían que autoexcluirse del consenso sobre la conveniencia de las vacunas les otorgaba un innegable estatus de víctimas, precisamente en un momento en que el foco sobre la violencia racializada estaba llevando a multitud de mujeres blancas a cuestionar nuestra situación y nuestro papel. ¿Podía considerarse que ser mujer y blanca nos convertía en víctimas de discriminación en un momento en que todo el mundo arremetía contra la típica «Karen» (un nombre con el que se alude al arquetipo de mujer blanca, pudiente y superficial)? Bueno, puede que sí, si una Karen consigue convencerse de que en realidad es una Rosa (Parks) disfrazada, porque le niegan la entrada a restaurantes y al transporte público y su familia y amigos la evitan. Porque, claro, denunciando su súbito cambio de estatus iba a recuperar el que a sus ojos le correspondía; lo que, asumámoslo, no resulta una idea tan descabellada de creer en esta fase del capitalismo neoliberal, que ha conseguido convertir en su divisa la opresión basada en la identidad, que las políticas identitarias originalmente combatían con un objetivo de solidaridad y análisis compartido.

En un momento especialmente revelador, mientras Wolf está sermoneando al gerente negro de ese restaurante de Salem sobre la ironía de oponerse a la violencia contra los negros mientras discrimina a los no vacunados, el gerente le replica con calma: «Lamento que piense que todo gira alrededor de usted».[16] Posteriormente, el propietario y el gerente declararon que no tenían ni idea de quién era Wolf en el momento del incidente, pero, en cierto sentido, sabían perfectamente quién era.

En países que han edificado sus economías sobre el trabajo esclavo de los negros, y que deben su existencia al robo de las tierras de pueblos indígenas mediante campañas de una violencia espantosa, torturas, hambre y desplazamientos forzosos, el pasado es una sombra

colectiva, indeleble y omnipresente. Solo en momentos puntuales de concienciación como el que siguió al asesinato de George Floyd la cultura dominante logra fijarse con algo más que una ojeada furtiva en esos crímenes fundacionales, o en la realidad actual de segregación racial permanente en nuestros barrios, escuelas y sistemas sanitarios y de justicia (por no mencionar las líneas que separaban a los que solo tuvieron que encerrarse en casa durante la pandemia de aquellos otros de los que se esperaba que se enfrentaran al virus sin el equipo de protección adecuado en hospitales, residencias de ancianos, almacenes, instalaciones de gestión de residuos y tantos otros centros de trabajo mal pagado que sostienen la infraestructura de la vida moderna).

Cuando derechas e izquierdas, como reflejos especulares, reivindican el manto de la verdad y la rectitud, la omisión de ese ajuste de cuentas con la historia y el presente es una parte esencial del mundo de sombras de la raza blanca, esa verdad conocida pero igualmente reprimida. En *Entre el mundo y yo*, Ta-Nehisi Coates denomina la negación de esas sombras por parte de los blancos «el Sueño», una abreviatura del sueño americano que resta importancia a lo de «americano» en favor de la ensoñación.[17] Lo significativo es que el Sueño sabe que es un sueño, que no es real, y la realidad está llamando a la puerta y amenaza con sacarlo de su letargo. Así que es necesario un esfuerzo enorme para mantener corridas las cortinas y evitar que entre la luz.

Ahí estriba la ironía más cruel del circo de Wolf en los establecimientos de Manhattan y Salem. Mientras ella asimilaba el lenguaje del movimiento por los derechos civiles y se apropiaba de él, muchos de sus compañeros de viaje en el mundo del espejo se dedicaban a combatir activamente cualquier intento de construir un relato más fiel a la verdad del pasado estadounidense, arguyendo que, como las mascarillas y las vacunas, enseñar a los alumnos la realidad del racismo en su país es una forma de abuso infantil. Son los mismos que reclaman leyes que obliguen a enseñar únicamente historia «patriótica» y a que se prohíban libros; porque, como dice la escritora Keeanga-Yamahtta Taylor, conocer la historia exige hacer algo respecto a su legado en el presente:

> Estos esfuerzos colectivos son una burla del debate público sobre la historia del racismo y la xenofobia en Estados Unidos, y, en algunos contextos, lo han

> hecho poco menos que imposible. Las discusiones sobre la historia racista del país arrojan mucha luz sobre los patrones de la pobreza, el desempleo y la exclusión social en el momento actual. Son la base de los argumentos en favor de la creación o ampliación de los programas públicos encaminados a aliviar la exclusión racial.[18]

Tales debates, evidentemente, son un anatema para la derecha, señala Taylor, pero también los evitan algunos liberales que temen que se los etiquete como partidarios de un «Gobierno grande», sobredimensionado.

Así, mientras Wolf se disfrazaba de Rosa Parks, algunos de sus nuevos camaradas en la guerra por la «libertad» andaban muy ocupados prohibiendo libros sobre esa historia que querían escamotear, entre ellos un librito ilustrado titulado *Yo soy Rosa Parks*, que entró en la lista de títulos prohibidos de la junta directiva de una escuela de Pensilvania. En las docenas y docenas de apariciones suyas en medios de derechas que he escuchado, jamás la he oído pronunciarse en contra de la cada vez más frecuente prohibición de libros en centros de todo el país, pese a que ella se lamenta con frecuencia de ser víctima de *deplatforming* (exclusión de plataformas y foros públicos), como otras figuras «vetadas en la sombra».[19]

Es como si los diagonalistas estuvieran tratando, mediante la apropiación del lenguaje y las posiciones de los oprimidos, de correr más que la larga sombra del pasado, obviando el hecho de que nuestras jóvenes naciones se edificaron sobre aldeas incendiadas y cementerios, a cuyos espíritus no se les concedió nunca el descanso.

Historia de dos convoyes de camiones

En mayo de 2021, la primera nación de los tk'emlúps te secwépemc, una comunidad indígena del interior de la Columbia Británica, hizo público un manifiesto que resonaría en el mundo entero. Decía que habían localizado los restos de doscientos quince niños —nada menos — en tumbas sin señalizar dentro de los terrenos del antiguo internado indio Kamloops, una institución que estuvo en funcionamiento durante casi un siglo.[20] Algunos de los pequeños tenían solo tres años cuando los enterraron. Enviaban a aquel centro a estudiantes indígenas de toda la región, y aun de más allá.

Los internados fueron un arma relativamente moderna del

genocidio que, en conjunto, diezmó la población nativa en más de un 90 % tras el contacto con los europeos. Los supervivientes de aquellas escuelas ya llevaban tiempo compartiendo sus recuerdos de enterramientos secretos, de niños que desaparecían de noche para no volver jamás, de bebés que se evaporaban misteriosamente tras ser engendrados por sacerdotes. Era un secreto a voces, hasta tal punto que un informe oficial de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación (CVR), publicado en 2015, instaba al Gobierno canadiense a ordenar una investigación a fondo de las muertes y posibles asesinatos en las escuelas.

El informe investigó meticulosamente lo que calificó de «genocidio cultural»: entre la década de 1880 y finales de la de 1990, en todo Canadá al menos 150.000 niños de las primeras naciones, los metis y los inuit, habían sido apartados de sus familias y de su cultura y obligados a ingresar en esos supuestos internados, que administraban la Iglesia católica y otras organizaciones a petición del Gobierno nacional o de los provinciales.[21] Tras realizar miles de entrevistas, la Comisión para la Verdad y la Reconciliación identificó los nombres de 3.200 niños que habían muerto en los internados, un número que posteriormente se elevó a 4.117. El juez Murray Sinclair, presidente de la CVR, que ha estimado que la cifra real podría estar más cerca de los 25.000, ha instado repetidamente al Gobierno a registrar los terrenos en que se construyeron esos antiguos centros educativos.[22]

Pero Ottawa se lo tomó con calma. En vista de lo cual, algunas de las primeras naciones emprendieron sus propias investigaciones, que no interrumpieron ni siquiera durante la extraña quietud del confinamiento por el covid. Y entonces, con la ayuda del radar de penetración terrestre, la tierra empezó a revelar sus secretos, y confirmó con ciencia occidental las amargas verdades que los supervivientes y sus descendientes ya conocían. Los internados no solo se aplicaron a acabar con la cultura indígena; es que mataron niños indígenas. Muchos. Por falta de atención médica, malnutrición, malos tratos físicos y en algún caso, según parece, asesinándolos. *Apocalipsis*, en su sentido original en griego, es el acto de destapar algo, una revelación. Y eso fue exactamente el informe.

La revelación de que en Kamloops había niños enterrados —un afloramiento del inconsciente colectivo a través de «reflejos» en el

radar— pulverizó cualquier posibilidad de negar la violencia genocida que Canadá toleró. Y eso era solo el principio. La primera nación de los tk’emlúps te secwépemc dejaría posteriormente la cifra en doscientos, pero en las semanas que siguieron se descubrirían cientos de tumbas más sin señalizar en los emplazamientos de otros antiguos internados; mientras escribo estas líneas se está investigando la posible existencia de tumbas a escasos minutos de donde vivo. Ya se han encontrado docenas a ras de tierra. Hasta la fecha, se han identificado más de dos mil sin señalizar en los terrenos de antiguos internados. Caben pocas dudas de que habrá más revelaciones macabras similares.[23]

El objetivo último de aquellas instituciones no era la educación, sino acabar con la identidad indígena. Oficialmente, lo que perseguía Canadá era «matar al indio que hay en el niño»: cortar todos los lazos entre los pueblos indígenas y las tradiciones, ceremonias, lenguas y relaciones familiares de sus tierras.[24] A veces esto se atribuye únicamente al racismo, pero eso es solo la mitad de la historia: la supremacía blanca y cristiana que estaba en la base del sistema de internados servía también a los intereses económicos y políticos de la nación. Canadá, que empezó siendo un conglomerado de compañías de comercio de pieles y otras industrias extractivas, necesitaba esas escuelas, porque su hambre de tierras era voraz, y esas conexiones seccionadas —las relaciones cortadas de cuajo y traumatizadas entre padres e hijos, entre la tierra y el pueblo— facilitaban la incautación de territorios indígenas no cedidos para la extracción de recursos y el establecimiento sin cortapisas de los colonos.

Como ocurrió en 2020 con el asesinato de George Floyd, la verdad sobre las tumbas sin señalizar que salió a la luz en 2021 desencadenó oleadas de rabia, dolor y solidaridad por todo Canadá. Se derribaron estatuas de figuras destacadas de la colonización que habían intervenido en la concepción de aquellas instituciones perversas; una gran universidad se cambió el nombre; se quemaron iglesias. A raíz de ello, el papa Francisco visitó Canadá en lo que denominó una «peregrinación penitencial», que remató con esta conclusión: «Sí, fue un genocidio».[25] Luego, el Parlamento canadiense aprobó por unanimidad una moción que declaraba que el sistema escolar de internados encajaba con la definición aprobada por la ONU de genocidio.[26]

Uno de los símbolos del movimiento que exigía justicia para aquellos crímenes, ya desde antes del descubrimiento de las tumbas, era una camiseta naranja con el eslogan «Todos los niños importan». Aquella primavera, empezaron a ondear al viento banderas naranjas con esas palabras en las ventanas de miles de hogares y centros de trabajo, bancos, universidades; algunas instituciones instituyeron «días de camiseta naranja», y se colgaron lazos de ese color en las vallas de alambre de la práctica totalidad de los colegios y los patios de recreo, siempre en número de doscientos quince. Las plazas se llenaron de zapatitos y osos de peluche en memoria de los niños desaparecidos. Los periódicos publicaron artículos en que se debatían las ficciones legales supremacistas que sirvieron de excusa para separar familias y robar tierras: decretos absurdos y unilaterales de monarcas europeos y papas, como los del «destino manifiesto» y la «doctrina del descubrimiento», por los que declararon su derecho divino a saquear tierras ya habitadas pero recién «descubiertas».

Aquí, en la llamada «Columbia Británica» (una provincia en cuyo mismo nombre se combinan de forma humillante la corona británica y Cristóbal Colón), parecía que los mundos soterrados sobre los que se edificó nuestro Estado colonial salían a la superficie a borbotones. Las muertes de aquellos niños y su ocultamiento posterior fueron auténticas conspiraciones, y ya era imposible negarlas. El gran jefe George Manuel, que contribuyó a fundar los movimientos indigenistas modernos, fue alumno de la escuela de Kamloops. «Lo primero y lo último que recuerdo de aquel colegio es el hambre», contó en sus memorias. «Y no solo yo. Todos los estudiantes indios olían a hambre.»[27] Sus cuerpos debilitados hacían a los jóvenes indígenas más vulnerables a las enfermedades; el propio Manuel contrajo tuberculosis a los doce años y padeció una incapacidad el resto de su vida.

Su nieta, Kanahus Manuel, una de los líderes de un movimiento que lleva años intentando detener la prolongación de un oleoducto por el interior de la Columbia Británica, describió el propósito de las escuelas en que tantos miembros de su familia habían sufrido abusos: «Nos robaron a los niños para robarnos la tierra».[28] Cuando la entrevisté, poco después de que se descubrieran las tumbas, me contó que solo habría justicia cuando se produjera una reparación material. Reclamaba la «devolución de la tierra», el grito de guerra que ha

galvanizado a gran parte del movimiento por los derechos de los indígenas. Finalmente, se había empezado a entablar una discusión compleja sobre cómo podía concretarse eso.

Al emerger las zonas de sombra de los crímenes fundacionales del proyecto colonial, a muchos les quedó clara una cosa: las reconfortantes mitologías de la historia oficial ya no servían. Al salir a la luz tan solo un año después de las protestas raciales que desencadenó el asesinato de Floyd, que también habían sacudido las instituciones canadienses de prácticamente todos los sectores y profesiones, aquellos crímenes monstruosos contra cuerpos y mentes jóvenes, tanto tiempo mantenidos en secreto por la Iglesia y el Estado, exigían de los canadienses un nuevo relato de quiénes somos, cómo llegamos aquí y qué queríamos ser de ahora en adelante.

El descubrimiento de las tumbas se hizo público a finales de mayo. Canadá suele celebrar su fiesta nacional el 1 de julio, aniversario de la constitución en confederación de las colonias que lo formaron. En 2021, mientras seguían desarrollándose las labores de búsqueda, se fraguó un consenso sereno sobre la no conveniencia ese año del habitual despliegue de fuegos artificiales y banderas rojiblancas con la hoja de arce. Victoria, la capital de la Columbia Británica, canceló directamente la celebración del Día de Canadá. En otras ciudades, se celebró el día pintando murales con el lema «Todos los niños importan» y con declaraciones oficiales de dolor y contrición, a las que se sumó el primer ministro Justin Trudeau, que exhortó al país a «ser honestos con nosotros mismos sobre nuestra historia».[29] En la costa donde vivo, las celebraciones multitudinarias fueron un mar naranja, sin banderas rojiblancas a la vista.

«Las naciones son en sí mismas narraciones», asegura Edward Said en *Cultura e imperialismo*.[30] Nuestra narración no se sostenía. Esa primavera, y el comienzo del verano, fue una especie de excavación arqueológica nacional, que llegó más hondo de lo que yo había visto en toda mi vida. Lo interesante es que lo viví como lo contrario del vértigo. Reemplazando al conjunto de anécdotas y al patrioterismo de la historia oficial, con su construcción de mitos nacionales, se diría que se fue formando una idea cabal del lugar en que vivimos y de cómo accedieron a las tierras los colonizadores como yo... Y de lo que debíamos hacer para llegar a ser por fin buenos huéspedes y vecinos, sin negar que nuestra vida se construyó sobre la premisa de no ver y

no saber. «Un pasado inventado nunca va a ser de utilidad; se resquebraja y se desmorona bajo la presión de la vida como barro en una sequía», escribió James Baldwin.[31] Sin embargo, «asumir tu pasado —tu historia— no es lo mismo que ahogarte en él; es aprender a usarlo».

Muchos de los amigos y vecinos indígenas con los que hablé, aunque ciegos de dolor y rabia, expresaron una prudente esperanza de que este tipo de aprendizaje profundo haya empezado a producirse. En una entrevista concedida a *The Globe and Mail*, Norman Retasket, superviviente del internado de Kamloops, comentaba, hablando de lo que allí sucedía: «Si hubiera contado esta misma historia hace tres años, la gente la habría considerado "ficción"». Ahora sí le creen. «La historia no ha cambiado. Ha cambiado el público.»[32]

Una de las personas que sintió que enterarse de aquello le cambió es Mike Otto, un camionero blanco, pequeño empresario y padre, que vive a unas dos horas de aquellas primeras tumbas por la autopista 97. Otto se puso a imaginar por lo que debieron pasar durante aquellos años las familias indígenas, las que nunca supieron qué les había pasado a «esos pequeños que desaparecieron».[33] Al ser testigo de la pena de sus vecinos indígenas, decidió que tenía que hacer algo para demostrar que los canadienses no indígenas se solidarizaban con sus esfuerzos por exigir justicia al Gobierno, al sistema judicial y a la Iglesia.

La pandemia aún no daba tregua, y la comunidad en que se hallaron las tumbas había dejado claro que no querían que un montón de forasteros anduvieran deambulando por su territorio. A Otto se le ocurrió una idea con mucha fuerza que respetaba la necesidad de distancia física que sentía la comunidad: que un convoy de camiones pasara por delante de los enterramientos, hiciera algunas ofrendas y se fuera. Lo llamó el Convoy de la Solidaridad.

Otto mandó invitaciones a varios grupos de camioneros de Facebook y a miembros influyentes de la industria. Su objetivo era que el convoy reuniera doscientos quince camiones; al final, el número de los que se sumaron estuvo más cerca de los cuatrocientos, además de muchas motos y coches. Los conductores decoraron sus vehículos con mensajes de amor, colgaron camisetas naranjas en las rejillas de los radiadores y agitaron banderas con el lema «Todos los niños importan». El convoy fue recibido con vítores a lo largo de todo

el camino, y en algunos casos poblaciones enteras le salieron al paso para darles la bienvenida y ofrecerles comida. Cuando los camiones llegaron al antiguo internado, tocando las bocinas al pasar, muchos miembros de la nación secwépemc los saludaron con tambores ceremoniales y cantos guerreros, y quemando salvia. Levantaban el puño en actitud decidida, y las lágrimas les bañaban la cara.

Menciono estos hechos porque fueron importantes en la parte del mundo en que vivo, un ejemplo desgraciadamente infrecuente de gente no indígena tomándose la muerte de indígenas como una auténtica crisis colectiva, en vez de dejar que se encargaran de pedir justicia quienes ya tenían mucho con lo que cargar. Pero también menciono el convoy de cuatrocientos vehículos de junio de 2021 porque ya ha caído prácticamente en el olvido, incluso dentro de Canadá, donde la hazaña organizativa de Mike Otto motivada por su gran corazón quedó completamente eclipsada en la memoria del público por otro convoy mucho más ruidoso de camioneros canadienses que se montó al cabo de solo ocho meses.

Bocinas que se oyeron en el mundo entero

Puede que algún lector lo recuerde, del invierno de 2022. Los medios de comunicación internacionales estaban ávidos de imágenes de canadienses corpulentos con enormes tráileres engalanados con carteles de QUE SE JODA TRUDEAU cercando el centro de Ottawa, nuestra capital, durante casi un mes. O del bloqueo de puentes que convirtió las principales rutas entre Canadá y Estados Unidos en aparcamientos. Este segundo convoy lo provocó el hecho de que se exigiera a los camioneros que presentaran un certificado de vacunación para cruzar la frontera, pero no tardó en convertirse en una reivindicación más genérica, la de que se pusiera fin a «los mandatos», como la exigencia del uso de mascarillas y el resto de las restricciones sanitarias públicas.

La mayor parte de los camioneros canadienses ya tenían la pauta de vacunación completa, y no se oponían a las medidas sanitarias, pero una minoría, imbuida de la retórica diagonalista, proclamaba que la exigencia de vacunación constituía una nueva forma de tiranía, y se sumó a un batiburrillo de dueños de pequeños negocios agraviados,

expolicías y exsoldados, el autor de la serie de libros de cocina vegana *Oh She Glows* y multitud de cristianos evangelistas bajo el lema común de «parar el país», con el objetivo de convencer al gobernador general, representante de la reina en Canadá, de que disolviera el Gobierno del recién reelegido Trudeau.

El convoy contaba con muchos fans. Donald Trump y Elon Musk aplaudían a los «camioneros canadienses» como héroes de la clase trabajadora; Steve Bannon y Tucker Carlson les dieron cobertura constante; mi *doppelganger* los calificaba de modernos luchadores por la libertad. No tardaron en organizarse convoyes miméticos, de Washington D. C. a Wellington, en Nueva Zelanda. El Gobierno de Trudeau, que durante las primeras semanas había reaccionado con considerable pasividad, dio un giro de ciento ochenta grados e invocó, por primera vez en nuestra historia, la ley de emergencias, que amparaba una serie de tácticas represivas, como congelar las cuentas bancarias de los participantes. Las razones que alegó para hacerlo eran lo bastante vagas como para sentar un precedente peligroso de cara a cualquier acción futura que entorpeciera sensiblemente la actividad económica, ya fuera una huelga o un bloqueo por parte de los indígenas. Y la mano dura del ejecutivo hizo a los camioneros rebeldes aún más populares entre la gente como Bannon y el gigante de los pódcast Joe Rogan, que se hizo eco de su desafío repetidamente.

No cabe duda de que las protestas generaban imágenes impactantes. Había batallas de bolas de nieve, cerveza a raudales, nubes de humo de marihuana y un mar de banderas canadienses. Hubo manifestaciones de la Jerico March (una coalición judeocristiana partidaria de Trump), sermones callejeros y multitudes que aseguraban que obedecían órdenes directas de Dios. Hubo abrazos a desconocidos y epítetos a los viandantes que pasaban con la mascarilla puesta. Era una auténtica bañera hinchable de agua caliente. Y no faltaron las señales inequívocas de confusión política características del mundo diagonalista: unos enarbolaban solemnemente banderas nazis y otros, enseñas confederadas, todos mezclados con manifestantes antivacunas que lucían estrellas amarillas y sostenían pancartas en que declaraban que sufrían un *apartheid* o vivían sometidos a las leyes de Jim Crow. ¿Qué era esa gente, nazis o antinazis? ¿Segregacionistas o antisegregacionistas? ¿Eran patriotas orgullosos o insurrectos decididos a dar la vuelta al resultado de las

últimas elecciones presidenciales? Tampoco parecía que importara: el convoy era un cúmulo de contradicciones, un nudo de seriedad y ridiculez que no había manera de desenredar.

Muchos de los que apoyaban el convoy intentaron presentar a los participantes a todas luces racistas como elementos aislados, probables operaciones encubiertas de la policía o manifestantes antifascistas que pretendían desacreditarlos. Desafortunadamente para esas teorías, las conexiones son profundas. Uno de los líderes más locuaces del convoy era un hombre llamado Pat King, quien ofrecía apoyo logístico a los manifestantes a través de su página de Facebook, que tenía en aquel momento unos 350.000 seguidores. King es un racista declarado que se ha referido a la cultura indígena como «una vergüenza» y que en 2019 organizó un convoy parecido, aunque de menores dimensiones, para oponerse a la inmigración y a la lucha contra el cambio climático, que consideraba amenazas gemelas al estilo de vida canadiense.[34] «Se llama despoblación de la raza caucásica, o anglosajona», aseguraba. «Y ese es el objetivo, despoblar la raza anglosajona, porque es la que tiene los linajes más fuertes.»[35] Hablaba también de un plan para «no solo infiltrarse inundándonos de refugiados [sino también] penetrar en el sistema educativo para manipularlo».[36]

King, por supuesto, no hacía sino repetir como un loro la teoría del Gran Reemplazo, que desempeñó un papel decisivo en tantas matanzas llevadas a cabo por supremacistas blancos. Y no era, ni mucho menos, el único líder del convoy con puntos de vista y afiliaciones abiertamente racistas. La Red Canadiense contra el Odio informó de que prácticamente todos los grupos que monitorizaba ejercieron de líderes, entre ellos una red que pretende forjar un nuevo país al que llaman «Diágolon», que abarcaría desde Alaska a Florida, pasando por las grandes praderas canadienses y Alberta.[37] Según la Red contra el Odio, «Diágolon se parece cada vez más a una red de milicias; sus objetivos, al final, son fascistas: tomar el poder por medios violentos y despojar de derechos a aquellos que no pasan sus test de pureza ideológica, racial o de género [...]. Su lema es "balazo o soga"».[38]

Conviene pararse a pensar en todo esto. El descubrimiento, menos de un año antes, de las tumbas sin señalizar había forzado un debate sobre el hecho de que aquellos internados formaban parte de

una política estatal oficial orientada a reemplazar activamente las naciones, lenguas y culturas indígenas con la cultura cristiana angloparlante o francófona. Los internados eran máquinas expresamente diseñadas para erradicar unas cosmologías que incorporaban el conocimiento de que la naturaleza es un ser vivo, algo sagrado e interdependiente; unas enseñanzas cuya enorme importancia se ha puesto de manifiesto en este momento de crisis planetaria. De pronto había un convoy liderado por un hombre que aseguraba que era su cultura, caucásica y cristiana, la que estaba amenazada de ser sustituida por otras inferiores y de piel más oscura a través del supuesto Gran Reemplazo. Según Jesse Wente, destacado escritor de la tribu ojibwe que además es el presidente del Consejo Canadiense de las Artes, el carácter mimético de la iniciativa era flagrante. «No es ninguna coincidencia que esto ocurra justo cuando están saliendo a la luz más verdades históricas», escribió Wente sobre el convoy, que él describía como «un deseo de reafirmar la dominación colonial ante la perspectiva de tener que hacer frente [a esas verdades] y de ofrecer una sensación de comunidad allí donde la pandemia ha demostrado que apenas la hay».[39]

Un diputado conservador, en un intento de presentar la ocupación de Ottawa como la acción de un puñado de patriotas de a pie, describió así el ambiente en las calles: «El día de Canadá multiplicado por mil».[40] En cierto sentido, la descripción era acertada. Daba la impresión de que todas las banderas rojiblancas que se habían dejado en casa en aquel Día de Canadá contemplativo y de duelo habían vuelto ansiosas de venganza, ondeando en todos los camiones, extrañamente mezcladas con las barras y estrellas de Estados Unidos, como si tras dos años de examen de conciencia racial nuestros dos países se hubieran unido en un único proyecto de olvido colectivo.

La integración de las zonas de sombra sobre las que se edificó el mundo moderno abre una posibilidad de lograr algo parecido a una base sólida. Como escribió James Baldwin, solo si encaramos los horrores del pasado podemos hacer de la historia algo que sea útil para todos y que quizá sea capaz de forjar nuevos cimientos para la unidad. Pero nadie dijo que la integración fuera a ser indolora. Una interpretación del convoy de tráileres de dieciocho ruedas que se abrió paso en Ottawa es que se trata de una airada reafirmación de inocencia, un intento de sepultar aún más las verdades incómodas en

las sombras y reavivar de paso el sueño reconfortante de virtud y dominación, como individuos y como nación.

El convoy que bloqueó Ottawa ofrecía un contraste cruel con el organizado ocho meses antes, menos conocido. Mientras que la manifestación de Mike Otto estuvo marcada por una voluntad, pocas veces vista, de revisar con honestidad el genocidio sobre el que se fundó nuestra nación, este nuevo convoy encarnaba un agresivo presentismo —la creencia de que solo existe el presente— contrario a tomar en consideración cualquier verdad incómoda, ya sea la violenta historia de Canadá o la realidad de que el covid seguía causando estragos (muchos de aquellos manifestantes contrajeron la enfermedad), o el calentamiento global al que contribuyeron paseando sus enormes camiones durante un mes (el símbolo oficioso del convoy era un bidón de gasolina de contrabando). En menos de un año, habíamos pasado del Convoy de la Solidaridad al Convoy de la Libertad, un rechazo a la interdependencia en favor de una independencia ultraindividualista. Era evidente que un sector de mi país quería traer de vuelta sus fantasías libres de culpa, y que estaban dispuestos a tomarnos a los demás como rehenes para recuperarlas.

¡Yo también soy una víctima, la principal víctima!

Como la nuestra es una política de *doppelgangers*, reducida a lo que sería un rechazo de lo que se teme que sea insuficiente, exige un mimetismo, una parodia especular. De modo que en Ottawa, además de fuertes de nieve y bocinazos, en el Convoy de la Libertad no podían faltar una pipa de la paz y un tipi (denunciados por tres jefes locales de la tribu algonquina). Algunos de los manifestantes agitaban banderas naranjas con el lema TODOS LOS NIÑOS IMPORTAN… que al parecer no aludían a los niños indígenas violados, torturados y asesinados en internados —de los que seguían descubriéndose restos —, sino más bien a sus propios hijos, que según la escalada incesante del discurso diagonalista sufrían lo que algunos manifestantes llamaron un «segundo genocidio» por tener que llevar mascarillas y porque se esperaba de ellos que se vacunaran. Esa equivalencia en el mundo del espejo llevaba meses gestándose: a las dos semanas del

descubrimiento de las primeras tumbas clandestinas, un grupo de madres blancas antivacunas empezaron a vender sudaderas naranjas y otros artículos con el lema EL COVID ES EL SEGUNDO GENOCIDIO CANADIENSE.[41]

¿Pretendían los camioneros eclipsar, echar un pulso o apropiarse de las reivindicaciones de justicia racial de los indígenas y la población negra que pusieron en cuestión durante esos años de pandemia nuestro relato nacional y tantas otras ideas establecidas que tenemos sobre nosotros como nación? Probablemente, no de forma consciente. No hubo ninguna sala en penumbra donde Steve Bannon y los Proud Boys[42] se reunieran con mi *doppelganger* y con Pat King para urdir un plan tan retorcido. Pienso más bien que lo que vemos hoy tiene más de acto reflejo, de lo que a ojos de los implicados era solo instinto de conservación.

Es duro vivir en una época en la que tantas verdades que se daban por sentadas de pronto se tambalean bajo nuestros pies. Y más aún en un momento en que tantas otras cosas se han vuelto inciertas: la posibilidad de acceder a una vivienda en propiedad, o de conseguir suficiente dinero para pagar unos alquileres disparados, o de conservar cualquier trabajo, o incluso de saber cuánto nos costará la semana que viene la cesta de la compra. Todo está cambiando tanto y tan rápido que, como la predictibilidad que atribuíamos a las estaciones, nada volverá ya a ser estable, al menos durante varias generaciones, y eso en el mejor de los casos. Toda esta desestabilización requiere de nosotros varias cosas: cambiar, reevaluar y reimaginar quiénes tenemos que llegar a ser. No debería sorprendernos que un momento tan exigente suscite reacciones y posicionamientos extremos. No debería sorprendernos que, en vez de considerar honestamente lo que nos han enseñado sucesivas olas de revelaciones —personal sanitario obligado a enfundarse bolsas de basura a falta de equipos de protección, la frialdad y el odio en los ojos del agente Derek Chauvin mientras cargaba con todo su peso sobre el cuello de George Floyd, la perversión de tantos curas—, haya mucha gente que prefiera optar por ciertas distracciones bastante espectaculares. Por ejemplo, presentarse como víctimas cósmicas de todos los crímenes cometidos contra la humanidad durante los últimos cinco siglos, combinados.

Esto podría explicar por qué las tesis conspirativas del mundo del

espejo parecen contradecirse entre sí tan a menudo. Para esta nueva configuración política, el verdadero objetivo nunca fue convencer a la gente de sus teorías no avaladas por pruebas; eso era solo una herramienta. El objetivo, consciente o no, es fomentar el negacionismo y la evasión. Se trata de no tener que asumir verdades ingratas e incómodas a la vista de unas realidades ingratas e incómodas, ya sea el covid, el cambio climático o el hecho de que nuestras naciones se forjaron con un genocidio y jamás han acometido un proceso mínimamente serio de reparación. ¡Es tanto más fácil negar las cosas que hacer examen de conciencia, o mirar atrás, o hacia delante! Mucho más fácil que cambiar. Pero la negación requiere relatos, coartadas, y eso es lo que ofrece la cultura de la conspiración.

A pesar de todo, me incomoda lo reconfortante que puede resultar ese análisis que carga el peso de la negación sobre las espaldas de los habitantes del mundo del espejo. Pasa lo mismo con el negacionismo del cambio climático: existen los negacionistas de la línea dura, que afirman que es todo un engaño y son fáciles de identificar. Pero puede que el mayor obstáculo hayan sido siempre los negacionistas de la línea blanda, todos nosotros, que sabemos que es real pero hacemos como si no lo fuera y nos olvidamos del asunto de mil maneras, más o menos flagrantes.

Como ya he señalado, Bannon clama incesantemente contra lo que llama el Gran Robo: la afirmación de que Biden cometió un fraude electoral en 2020; mientras que los demócratas llaman a eso la Gran Mentira. Y es una gran mentira, una mentira peligrosa. Pero ¿es esa LA gran mentira? ¿Más grande, pongamos por caso, que la economía de goteo? ¿Más que «los recortes fiscales crean puestos de trabajo»? ¿Más que el crecimiento infinito en un planeta finito? ¿Más que el doble directo de Thatcher de «no hay alternativa» y «eso que llamamos “sociedad” no existe»? ¿Más, ya puestos, que el «destino manifiesto», la *terra nullius* o la doctrina del descubrimiento, las mentiras que constituyen la base de Estados Unidos, Canadá, Australia y todos los demás Estados de origen colonial? Si podemos soportar pararnos a reflexionar sobre las zonas de sombra aunque sea solo por un minuto, se pone claramente de manifiesto que estamos atrapados en una red de mentiras que aniquilan la vida, y que cualquier cuento con que nos salga esta semana el mundo del espejo no es ni la mentira más grande ni la más peligrosa. Es perfectamente posible que con la

guerra declarada por Bannon y Wolf contra la realidad pase lo mismo que con tantas y tantas grandes mentiras sobre las que se erigió el mundo moderno: que se derrumban ante nuestros ojos. Cuando la casa se viene abajo, algunos optan por evadirse en una fantasía en toda regla, eso está claro; pero no significa que el resto de los que nacimos y nos criamos en esa casa seamos los guardianes de la verdad.

¿Qué es, entonces, lo que muchos de nosotros seguimos sin ver, seguimos evitando, en este bosque de espesas sombras?

Capítulo 13
El nazi del espejo

Una noche, mientras los camioneros se entretenían con sus batallas de bolas de nieve en la otra punta del país, decidí ver algo que esperaba que me ayudara a encontrarle algún sentido a estos extraños acontecimientos: la miniserie de cuatro capítulos de HBO *Exterminad a todos los salvajes*, del director haitiano Raoul Peck. Deliberadamente lenta, deja mucho tiempo para pensar. En un cierto momento, el propio Peck comenta en voz en *off*: «La misma existencia de esta película es un milagro».[1] Es sin duda un síntoma de que se están abriendo más grietas en las zonas de sombra, y están saliendo de sus tumbas más secretos y más fantasmas.

Según él mismo explicaba, las películas anteriores de Peck (*Lumumba*, que trata del asesinato del líder de la independencia y primer presidente del Gobierno de la República del Congo Patrice Lumumba; *I Am Not Your Negro* [*No soy tu negro*], sobre la vida y el pensamiento de James Baldwin, y *El joven Karl Marx*, entre otras) contaban un fragmento de la violenta historia del nacimiento de nuestro mundo. Y con *Exterminad a todos los salvajes* buscaba una teoría unificadora que cubriera esos y otros episodios, en un intento de identificar una visión capaz de hilvanar los diversos holocaustos, masacres y asesinatos políticos que allanaron el terreno a los colonizadores europeos en las Américas y les permitieron saquear África y establecer un *apartheid* racial en Estados Unidos.

Los cimientos de todo eso, dice Peck, están engastados en el título que eligió, inspirado en el libro de 1992 *Exterminad a todos los salvajes*, del escritor sueco Sven Lindqvist, que lo sacó de una ominosa línea de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, publicado por primera vez en 1899 y que cuenta la historia de una misión comercial colonial en el centro de África. Conrad tomó elementos de múltiples ejemplos de europeos que se lanzaron a «civilizar a los salvajes» a modo de excusa para afirmar sus derechos sobre sus tierras, su riqueza y sus cuerpos.[2] Inevitablemente, ese impulso civilizador degeneró en un

afán ciego de laminar a los nativos: una conclusión que se anuncia desde el momento en que un grupo de personas se categoriza como biológicamente superior a todas las demás.

Esa frase —«exterminad a todos los salvajes»— expresa el impulso criminal de buscar el propio interés a toda costa. Es la mentalidad supremacista que contempla la extinción de pueblos enteros no ya como un factor inevitable de la marcha del progreso, sino como una fase saludable y conveniente de la evolución de la especie humana. «Y si la raza inferior debe perecer, es una ganancia, un paso adelante en el perfeccionamiento de la sociedad, que es el objetivo del progreso», explica el señor Travers en otra novela de Conrad, *El rescate*, que es un destilado de la mentalidad que ahogó en sangre continentes enteros y que ciertamente operó aquí en Canadá, en esas supuestas escuelas con cementerios secretos.[3] Conforme a ella, el genocidio no es un crimen; es tan solo una etapa difícil pero necesaria y bendecida (para los creyentes) por Dios o (para los racionalistas) por Charles Darwin, que escribió en *El origen del hombre*: «En algún período futuro, no muy lejano si lo medimos en siglos, las razas civilizadas del hombre exterminarán y reemplazarán, con certeza casi absoluta, a las razas salvajes en todo el mundo».[4] Una teoría del Gran Reemplazo en toda regla.

Lo que yo no esperaba descubrir es que la obra de Peck fuera una historia de *doppelgangers*. Su tesis es que el relato prevalente sobre Hitler y el Holocausto fue una expresión intensificada y concentrada de esa misma ideología colonialista que en épocas anteriores arrasó otros continentes. Los nazis la aplicaron dentro de la propia Europa. En esencia, *Exterminad a todos los salvajes* viene a sostener que Hitler —el villano más denostado del siglo XX, y con razón— no fue el perverso «otro» del Occidente civilizado y democrático, sino su sombra, su *doppelganger*. Con esto, está recurriendo al argumento de que la mentalidad exterminadora hunde sus raíces en «el núcleo del pensamiento europeo [...] y resume la historia de nuestro continente, nuestra humanidad y nuestra biosfera desde el Holoceno hasta el Holocausto».[5]

La historia que cuentan Peck y Lindqvist no comienza en América, sino en la Europa de los siglos que condujeron a la Inquisición española, la quema de herejes y la sangrienta expulsión de judíos y musulmanes. Desde allí cruzó el Atlántico y reprodujo los

mismos patrones a una escala mucho mayor con el genocidio de los nativos americanos, al que se sumó el tumultuoso reparto de África, para finalmente volver a Europa durante el Holocausto. Esto cuestiona el relato de la Segunda Guerra Mundial que tantas veces se nos ha contado: el de unos aliados antifascistas, unidos frente a los monstruosos nazis. Es cierto que derrotar a Hitler y liberar los campos de concentración, aunque fuera tarde, fue la victoria más justa de la era moderna. Sin embargo, complica el tema el hecho de que Hitler escribió largo y tendido sobre cómo en múltiples aspectos se había inspirado para establecer su régimen genocida en el colonialismo británico y las diversas estructuras de jerarquía racial que se ensayaron antes en América del Norte.

Por ejemplo, en 1941, Hitler hizo esta reflexión: «Los campos de concentración no se inventaron en Alemania. Sus inventores fueron los británicos, que se valieron de dicha institución para ir quebrando poco a poco la resistencia de otras naciones».[6] Lo dijo con una clara intención propagandística, claro, pero había en ello algo de verdad. Los campos de concentración, de hecho, se habían utilizado en numerosos contextos coloniales: lo hicieron los españoles en Cuba; los colonos alemanes, en el sudoeste de África, contra los pueblos herero y nama, y los británicos en lo que ahora es Sudáfrica, durante la guerra de los bóeres, en que decenas de miles de prisioneros murieron en recintos cercados azotados por enfermedades. Antes de que Hitler empezara a caracterizar el asesinato en masa de los genéticamente «inferiores» como conveniente para velar por la salud de la raza, el comandante Bedford Pim de la Marina Real Británica había explicado en 1866 a la Sociedad de Antropología de Londres que, a la hora de exterminar poblaciones indígenas, había «misericordia en la masacre».[7]

También había influencias más recientes y contemporáneas. Cuando Hans Asperger y otros médicos de Alemania y Austria se pusieron a decidir a qué discapacitados se permitiría vivir y cuáles eran «indignos de la vida», actuaron muy influidos por Estados Unidos, donde el Congreso de Indiana había aprobado en 1907 la primera ley que, con base en la eugenesia, regulaba la esterilización obligatoria, que no tardó en extenderse a otros estados.[8] Mediante leyes como esa, la eugenesia ya había brindado una justificación pseudocientífica para la esterilización forzosa de decenas de miles de

aspirantes a padres y madres cuyos genes se consideraban amenazas para el acervo genético en su conjunto, un proyecto plagado de prejuicios sobre la inteligencia relativa de los individuos de ascendencia anglosajona y nórdica. Los nazis partieron de este precedente y lo ampliaron de forma drástica: se estima que 400.000 personas fueron esterilizadas bajo su régimen; pero sus innovaciones en ese terreno fueron de escala y ritmo, no de fondo.

James Q. Whitman, autor de *El modelo americano de Hitler: Los Estados Unidos y la gestación de la ley racial nazi*, publicado en 2017, documenta con estremecedor detalle la deuda de los nazis para con Norteamérica. Whitman, catedrático de Derecho en la Universidad de Yale, argumenta que las contorsiones legales que hizo Estados Unidos para negar el derecho a la plena ciudadanía con criterios raciales fueron la fuente de inspiración de las leyes de Núremberg de 1935, por las que se despojó a los judíos alemanes de su nacionalidad y sus derechos políticos, además de prohibir el sexo, el matrimonio y la reproducción entre arios y judíos (la ley de ciudadanía del Reich y la de protección de la sangre y el honor alemanes). Se han descubierto borradores para el establecimiento de los nuevos guetos elaborados en parte con base en el estudio de los sistemas de segregación legal establecidos bajo las leyes de Jim Crow y las de las reservas indias; el sistema de *apartheid* sudafricano fue asimismo una fuente clave de inspiración.

Fue determinante el hecho de que muchos nazis eran estudiosos y admiradores de la mitología estadounidense de la frontera: el supuesto derecho a expandirse hacia el oeste y reclamar constantemente nuevos territorios para establecer asentamientos. El equivalente alemán era el *Lebensraum*, o espacio vital, necesario para vivir y crecer, que Hitler adoptó e interpretó como un mandato imperativo de conquistar y apropiarse de tierras al este de Alemania. Como en el Oeste estadounidense, ese territorio lo ocupaban otros que fueron considerados obstáculos para el proyecto: eslavos y judíos. Hitler, que alababa a los colonos europeos por haber «reducido a tiros millones de pieles rojas a unos pocos cientos de miles», sostenía que le había llegado a Alemania el turno de emprender limpiezas étnicas y reubicaciones en masa dentro de sus fronteras.[9]

«Tenemos una única tarea: acometer la germanización del territorio, llevando alemanes y dando a los pobladores nativos el

mismo trato que a los indios», dijo el *Führer* en 1941.[10] Y ese mismo año aseguró en otra ocasión: «Abordaré este asunto de frente y a sangre fría [...]. No veo por qué un alemán, al comer un trozo de pan, habría de torturarse con la idea de que la tierra que ha producido ese pan fue conquistada por la espada. Cuando comemos pan de Canadá, no pensamos en los indios expoliados».[11] En su reivindicación de los cereales de Ucrania, se permitía bromear diciendo «suministraremos a los ucranianos pañuelos, cuentas de cristal y todas esas cosas que les gustan a los pueblos coloniales».[12]

Los nazis veían a algunos de los moradores de las tierras que usurpaban como aptos para el trabajo esclavo, pero no a los judíos, que consideraban irredimibles y, en consecuencia, abocados a la erradicación, en parte para hacer sitio a los colonos alemanes. A medida que la guerra se prolongaba, la escala y la velocidad de los asesinatos alcanzaron cotas nunca vistas: nadie había construido jamás cámaras de gas o crematorios para utilizarlos día tras día con el fin de eliminar vastos sectores de la población. Pero, si bien la locura asesina llevó el odio promovido por el Estado a cotas desconocidas, el exterminio para robar tierras no fue una innovación suya. «Auschwitz fue la aplicación moderna, en modo industrial, de una política de exterminio en la que se basó durante siglos el dominio europeo del mundo», dice Lindqvist.[13] Sin embargo —añade—, «cuando lo que se había hecho en el corazón de las tinieblas se repitió en el corazón de Europa, nadie lo reconoció. Nadie quería admitir lo que todos sabían».[14]

Eso es inexacto. Varios de los intelectuales negros más destacados advirtieron ya en su día el paralelismo con gran claridad. W. E. B. Du Bois escribió en *The World and Africa* [*El mundo y África*], publicado poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial:

> No hubo atrocidades nazis —campos de concentración, mutilaciones y asesinatos sistemáticos, violaciones o profanaciones blasfemas de la infancia— que la civilización cristiana europea no llevara mucho tiempo practicando contra poblaciones de color de todo el mundo, en nombre y en defensa de una raza superior nacida para gobernar el planeta.[15]

Lo que sí era una novedad es que ahora eran otros europeos los señalados como raza inferior.

En *Discurso sobre el colonialismo*, el escritor y político de Martinica Aimé Césaire lanza la acusación de que los europeos

toleraron «el nazismo hasta que lo sufrieron en carne propia».[16] Mientras sus métodos no se aplicaron en suelo europeo, «lo absolvieron [...], se negaron a verlo, lo legitimaron, porque, hasta entonces, solo se había aplicado a pueblos no europeos». Césaire consideraba que, para los aliados, el crimen de Hitler fue que hizo a los judíos y a los eslavos lo que «hasta entonces estaba reservado exclusivamente» a los no blancos colonizados en territorios lejanos. Pero, visto desde el Caribe, todo formaba parte de la misma, larga y tortuosa historia.

Césaire fue explícito al exponer que, a su modo de ver, Hitler no fue tan solo el enemigo de Estados Unidos y Gran Bretaña, sino que fue su sombra, su hermano gemelo, su *doppelganger* perverso: «Sí, valdría la pena estudiar clínicamente, en detalle, los pasos dados por Hitler y el hitlerismo y revelarle al muy distinguido, muy humanista, muy cristiano burgués del siglo XX que, sin ser él consciente, lleva un Hitler dentro, que Hitler vive en él, que es su demonio».[17]

El espejo se hace añicos

Este análisis consigue que se tambalee la práctica totalidad de las historias con las que crecí, y que nos habían enseñado que el Holocausto fue una acontecimiento singular, sin precedentes, tan fuera de los límites de la historia humana que era en esencia imposible de entender. Aprendimos de mil maneras que tenía algo de sacrílego mencionar siquiera el Holocausto nazi en la misma frase que cualquier otro crimen, que hacerlo lo volvía menos horrendo, menos espantoso, casi ordinario. Pero ¿y si lo ordinario es horrendo? ¿Y si esa fuera precisamente la cuestión, que el nazismo no fue una aberración dentro de una historia, por lo demás ejemplar, de ilustración y modernidad, sino su no-tan-lejano doble, su otra cara?

Dice Lindqvist a propósito del gran escritor de Alemania Johann Wolfgang von Goethe:

> La idea del exterminio no está más lejos de la esencia del humanismo que Buchenwald lo está de la casa de Goethe en Weimar. Esa noción se ha reprimido casi por completo, hasta por los propios alemanes, convertidos en el único chivo expiatorio de unas ideas exterminadoras que son en realidad una herencia común europea.[18]

Hay muchos y muy conocidos argumentos para sostener que el Holocausto perpetrado por los nazis fue algo diferente. Se valió de una tecnología más avanzada. Las muertes eran más expeditivas. Se llevó a cabo a escala industrial. Todo ello es cierto. Pero es igual de cierto que cada holocausto es distinto. Todo genocidio tiene sus características peculiares, y a todo grupo señalado como blanco del odio se le odia de una forma particular. Si lo que se toma en consideración es el número de muertos, el genocidio de los pueblos indígenas de América supera a todos los demás. En términos de tecnologías modernas, el comercio transatlántico de africanos secuestrados y esclavizados, así como las plantaciones a cuyo servicio se puso ese tráfico en el sur de Estados Unidos anterior a la guerra de Secesión y en el Caribe, era extremadamente moderno para la época. Tan de vanguardia que, como han demostrado algunos estudiosos, los sistemas que se desarrollaron para transportar, asegurar, depreciar, rastrear, controlar y extraer de ese trabajo forzado la máxima riqueza posible configuraron en buena medida numerosos aspectos de la contabilidad y la gestión de recursos humanos actuales. Y como expone Rinaldo Walcott —especializado en estudios de raza y género— en su manifiesto *Sobre la propiedad*, «las ideas que se forjaron en torno a la economía de las plantaciones siguen dando forma a nuestras relaciones sociales».[19] Entre esas relaciones sociales se incluyen los actuales mecanismos de control policial, vigilancia a gran escala y encarcelaciones masivas.

¿En qué más se fundamenta la alegación de excepcionalidad? En el hecho de que los judíos europeos estaban profundamente asimilados e integrados en la cultura europea, comprometidos con la idea de «civilización» según se definía en aquella época en el continente. Muchos de los que fueron asesinados eran ricos, incluso. Pero ¿qué hay de las familias japonesas arraigadas en Estados Unidos y Canadá que fueron enviadas a campos de internamiento por la misma época? ¿Y de los incendios provocados y la masacre de la «Wall Street negra» de Tulsa, en Oklahoma, bastante antes de la entrada en la guerra? Son crímenes a otra escala, sin duda, pero todos evidencian los límites de la asimilación a la hora de garantizar protección. La negativa a creer que pudieran ser objetivos de las masacres nazis fue la perdición de multitud de judíos de Alemania y Austria: llevaban demasiado tiempo diciéndose que ellos tenían demasiada cultura y educación para que se

los tratara jamás como a bestias. Lo que Du Bois y Césaire trataban de decirnos es que la cultura, la lengua, la ciencia y la economía no constituyen una protección frente al genocidio: lo único que necesita un poder decidido a denunciar tu cultura como salvaje y declararte una simple bestia es contar con el respaldo de una fuerza militar suficiente. Esa es la historia de la violencia colonial en todo el orbe. Etiquetar a la gente de no vinculada a la tierra —porque practiquen una forma distinta de agricultura, porque se trasladen de un lugar a otro con las estaciones o por cualquier razón que sirva a determinados fines— ha sido siempre una antesala del genocidio. Los judíos fueron declarados «desarraigados» antes de ser masacrados, de forma similar al modo en que las potencias coloniales declararon a los pueblos indígenas nómadas y, en consecuencia, no civilizados, en lo que fue el preludio del robo de sus tierras bajo pena de aniquilación en todos los continentes del planeta.

Mucha gente que había visto su cultura, su tierra y su cuerpo convertidos de igual modo en blancos reconoció la lógica que había detrás del proyecto político de Hitler, justamente porque no le era desconocida. En 1938, por ejemplo, tras la noche de los cristales rotos, una delegación de la Liga Australiana de Aborígenes envió una carta de protesta en que condenaba «la cruel persecución al pueblo judío por parte del Gobierno nazi de Alemania» y, en lo que es un episodio histórico poco conocido, se la entregó en mano al cónsul alemán en Melbourne (el Consulado se negó a admitirla).[20] Esto ocurrió mucho antes de que los Gobiernos occidentales se decidieran a plantar cara a Hitler, y sin embargo, aquellos líderes indígenas, enfrascados aún en la lucha por sus propios derechos básicos, comprendieron claramente la gravedad de la amenaza. La masacre industrial de los nazis era una novedad, y el caso de los judíos es distinto. ¡Pero también lo son todos los demás casos! Y en algunos aspectos presentan demasiadas similitudes.

La otra cara del clamor de «nunca más» tras la Segunda Guerra Mundial era un tácito «nunca antes». El empeño en sacar el Holocausto de la historia, la incapacidad para reconocer el patrón al que se ajustaba y la negativa a entender cómo encajaban los nazis en el marco general de los genocidios coloniales salieron muy caros. Los países que derrotaron a Hitler no tuvieron necesidad de afrontar el hecho de que el líder nazi había tomado nota de su ejemplo y se había

inspirado en ellos para diseñar su política de depuración de la raza y confinamiento de personas, lo que les permitió mantener su sentimiento de inocencia no solo intacto, sino reforzado por lo que fue incuestionablemente una victoria justa.

El argumento de Linqdvist era el siguiente:

> Dos hechos no han de ser necesariamente idénticos para que uno facilite el otro. La expansión mundial europea, acompañada como lo estuvo por una defensa desacomplejada del exterminio, creó hábitos de pensamiento y precedentes políticos que allanaron el camino a nuevas salvajadas, hasta culminar en la más horrenda de todas: el Holocausto.[21]

Y uno de los hábitos de pensamiento de los que más cuesta desprenderse es el reflejo de mirar hacia otro lado, de no ver lo que tenemos delante y de ignorar lo que sabemos perfectamente.

Lindqvist escribió *Exterminad a todos los salvajes* a comienzos de la década de 1990, cuando la crisis climática apenas asomaba por el horizonte. Aún no sabía que las potencias europeas y los Estados coloniales en que se habían establecido pasarían las tres décadas siguientes decidiendo en la práctica dejar que los continentes habitados por esas «razas inferiores» ardieran y se ahogaran, porque, una vez más, la alternativa habría supuesto interrumpir el flujo ilimitado de acumulación de riqueza. Lo que debemos preguntarnos ahora —incluso aquellos de nosotros cuyos antepasados fueron víctimas de genocidio— es esto: ¿y si el fascismo puro y duro no fuera el monstruo que llama a nuestra puerta, sino el que tenemos viviendo en casa, nuestro monstruo interior?

Este es, me temo, el mayor peligro que entrañan el mundo del espejo y la guerra, cada vez más enconada, que libra contra la historia. Las puertas de las zonas de sombra se habían abierto de par en par; salían volando verdades que ya no se podía volver a reprimir. Los trabajadores invisibles y más explotados de nuestras economías —mujeres y hombres inmigrantes con visados de trabajo temporales que trabajan en cuatro residencias de ancianos distintas cada día, o envasan piezas de pollo en instalaciones inconcebiblemente frías y sangrientas— salían al fin en las pantallas de nuestros televisores. No porque se los vitoreara como a héroes, sino porque eran los que estaban en los llamados puntos calientes: aquellos cuyos cadáveres se apilaban en tanatorios y camiones refrigerados. No nos quedaba más opción que ver y apechugar con lo que durante tanto tiempo había

permanecido oculto y reprimido. Entonces, cuando salimos por millares a las calles durante aquella primera primavera del covid a gritar los nombres de los asesinados, y de nuevo al cabo de un año cuando agachábamos la cabeza consternados por los chiquillos que nunca volvieron a casa, siguieron saliendo a la luz verdades ocultas.

Como esa pareja del cuadro prerrafaelita, un número creciente de nosotros empezamos —solo empezamos, y apenas— a vernos a nosotros mismos y nuestro lugar en un mundo plagado de presencias espectrales. A algunos, esto nos hizo desfallecer. A otros, nos enfureció. A muchísimos, nos hizo querer cambiar: expulsar al monstruo interior del subconsciente colectivo, o intentarlo al menos. Intentar ser la clase de personas cuya vida cotidiana no exige la aniquilación de otras vidas y de otros modos de vida.

«Las fuerzas contrarias a la justicia siempre están listas para revertir por completo lo que lograron las luchas de ayer si se les presenta la ocasión», dice Olúfé.mi O. Táíwò en *Reconsidering Reparations* [*Replantearse las reparaciones*], publicado en 2022.[22] Para entonces, los partidarios del olvido volvían a tronar: se tenía que dar carpetazo a ese tema y envolver otra vez a nuestros países en el manto de la inocencia y la virtud. «Hay una resistencia a la memoria en la propia memoria», afirma la historiadora del psicoanálisis Jacqueline Rose.[23]

Un año después del asunto de los enterramientos anónimos de Kamloops, *New York Post* publicó un artículo en que se citaba a Tom Flanagan, un influyente ideólogo conservador contrario desde siempre a los derechos de los indígenas, que decía que el descubrimiento de las tumbas era «la noticia falsa más flagrante de la historia de Canadá» y un caso de «pánico moral».[24] Al parecer, a mucha gente, contar la verdad de la historia le parece una traición, que debe descalificarse con rotundidad. Pero, si esas verdades se sofocan hasta hacerlas desaparecer, seguirán persiguiéndonos y resurgiendo en el mundo del espejo de forma distorsionada y retorcida.

El 14 de mayo de 2022, un supremacista blanco de dieciocho años obsesionado con la teoría del Gran Reemplazo y la baja tasa de natalidad entre la población blanca condujo su coche hasta un supermercado de la cadena Top’s de Búfalo, en el estado de Nueva York, con el objetivo de matar a todos los negros que pudiera. Asesinó a diez personas con un rifle de tipo AR-15 adquirido legalmente.

Retransmitió la matanza en directo, como habían hecho otros antes que él, y actuando como se había enseñado a actuar a su generación. Dejó previamente un manifiesto largo e inconexo en que alababa a los nazis y se autocalificaba, entre otras cosas, de «ecofascista».[25] Julian Brave NoiseCat, escritor y colega del movimiento por la justicia climática, observó que se daban algunos paralelismos bastante enigmáticos:

> Me llama la atención la similitud de las teorías conspirativas de la derecha con políticas reales hacia los pueblos indígenas.
> «Teoría del reemplazo» — Destino manifiesto
> QAnon (abuso infantil generalizado e institucionalizado) — Internados
> «Plandemia» — Viruela, alcohol, bioterrorismo
> ¡Es todo tan freudiano! El miedo a que les pase a ellos emana de una admisión implícita de que ellos se lo hicieron a otros.
> Como si los negros, morenos e indígenas oprimidos fuéramos tan odiosos como ellos y pensáramos dar la vuelta a la tortilla y hacerles lo que ellos nos hicieron.[26]

¿Es eso lo que estamos presenciando, aunque sea en parte? ¿Tienen miedo los defensores violentos de teorías conspirativas a ser objeto de redadas, a que se los trate como ciudadanos de segunda, se ocupen sus casas y se los sacrifique porque, en el fondo, saben que son esas conductas genocidas las que crearon y mantienen sus relativos pero cada vez más precarios privilegios? ¿Les aterra que, si algún día las verdades de esas zonas de sombra —pasadas, presentes y futuras— salen a la luz en su totalidad y deben finalmente repararse, el resultado solo pueda ser una dramática inversión de los papeles, con las víctimas ahora en el papel de verdugos?

No sería la primera vez que ocurre. De hecho, ya está ocurriendo en un lugar donde cada cosa tiene su doble, donde la política *doppelganger* rige todos los aspectos de la vida. Está ocurriendo en Israel y en su tierra de sombras dividida, Palestina. Es la última parada de nuestro recorrido y el lugar donde muchas de las fuerzas que acabamos de repasar en este tortuoso viaje confluyen y colisionan.

Capítulo 14
El doble étnico del que no hay forma de desprenderse

«Es antisemitismo.»

Se ha ido la luz por quinta vez en lo que va del invierno, un invierno que ha roto récords de tormentas y aludes de lodo, y he salido pitando a casa de mis padres para gorronearles electricidad y cargar mi portátil. Mamá aprovecha la rara ocasión de estar a solas conmigo para advertirme de que no debería enredarme más con el tema Wolf. (¡Un poco tarde para eso!)

«Se os percibe a las dos como un mismo tipo de persona», me dice mientras tomamos un cuenco de sopa de verduras descongelada. «¿Para qué quieres armar más ruido?»

Se la ve triste al decírmelo, desanimada. Está convencida de que centrándome en el problema de mi doble —aprovechándolo para desenredar esta red de teorías sobre dobles digitales, marcas personales, el mundo del espejo y las zonas de sombras— no voy a conseguir sino atraer más atención, una atención peligrosa que es, de entrada, la verdadera razón que hay detrás de todo el equívoco. Algo que a ella le parece evidente. La cuestión judía.

Otros han respaldado su postura con argumentos. Jeet Heer, columnista de *The Nation* y atento seguidor de los movimientos de Wolf, escribió esto a raíz de una de sus más flagrantes piezas de desinformación: «A estas alturas, confundir a Naomi Klein con Naomi Wolf no es otra cosa que antisemitismo. Lo siento, yo no pongo las reglas. Tu cerebro debería ser capaz de manejar más de una Naomi».[1]

Yo tampoco pongo las reglas. Hannah Arendt, por otra parte, sí que tenía una regla: «Si a uno le atacan por judío, debe defenderse como judío», escribió. «No como alemán, no como ciudadano del mundo.»[2] ¿Es eso lo que tengo que hacer, entonces? ¿Lo que he evitado hacer todo este tiempo? ¿Tengo que defenderme de todo esto como judía?

«Bienvenida al club, señorita blanca», os oigo decir a algunos.

Es justo. Sobre este planeta desgarrado por jerarquías raciales, innumerables personas han de enfrentarse a formas incomparablemente más odiosas de proyección étnica y racial, y se ven condenadas a representar únicamente el color de su piel a ojos de los blancos. También han de ver, cada vez que entran en sus redes sociales, que se les atribuyen la responsabilidad y la culpa de las palabras y acciones de otros. El poeta australiano Omar Sakr comparte regularmente historias delirantes sobre responsables de programas de televisión y simples lectores que le confunden con cualquier otra celebridad de color. En una ocasión, recibió incluso un itinerario completo de viaje para que pudiera llegar a su aparición estelar en un programa de bricolaje con el que jamás había tenido contacto. Y el mismo programa reincidió en su error con otro escritor, Osman Faruqi.

«¿POR QUÉ NOS ENVÍAN USTEDES EL ITINERARIO DE VIAJE DE OTRA PERSONA?», les preguntó Sakr. «¿DE VERDAD SON INCAPACES DE DISTINGUIR A UNA PERSONA DE COLOR DE OTRA?»[3]

Pensemos si no en aquellos que deben aguantar el fastidio diario de tener un «gemelo laboral»: otra persona de color, de origen étnico vagamente similar (o totalmente distinto), con la que sus colegas lo confunden constantemente. Por aclarar lo evidente: no estoy hablando de *doppelgangers*. No hay parecidos asombrosos entre los implicados: es solo la forma en que la raza se empeña en despistar nuestro cerebro.

Para ser sincera, yo en general he podido decirme que tales confusiones no son una cruz con la que haya tenido que cargar. He circulado por el mundo de forma despreocupada, dando por hecho que la gente con la que me cruzaba podía descodificar sin dificultad mi particular disposición de rasgos e identificarme correctamente, sin proyectar sobre mí una identidad supuesta basada en el tono de mi piel, la textura de mi pelo o la forma de mis ojos. Lo que me decía mi madre durante el almuerzo, sin embargo, era que me he estado engañando miserablemente, que a Wolf y a mí nos han metido juntas en un mismo saco muy concreto: el de la judía peleona.

«Hay quienes me reprochan que sea judío, otros me ensalzan por ello, algunos me lo perdonan, pero todos lo tienen presente», decía molesto el autor alemán de escritos políticos Ludwig Börne en 1832.[4]

(Cambiarse su nombre original, Loeb Baruch, y convertirse al protestantismo no bastó para protegerlo.) Es otro tema que surge en la novela de Philip Roth *Operación Shylock*: el carácter supuestamente eterno del odio a los judíos. Al final del libro, el doble real de Roth resulta no ser el Roth falso en absoluto. Comprendemos que, en cierto sentido, no existe un verdadero Philip Roth, un pensador y hombre de letras, como tampoco existe un Roth falso, ferviente activista y evangelista de la diáspora. A ambos, en el mundo de la novela, se los acaba viendo como Philip Roth el judío. Y eso significa que los dos son Shylock, el usurero mutilador de la obra de Shakespeare *El mercader de Venecia*, emperrado en obtener su libra de carne. Según Roth, Shylock es el eterno *doppelganger* de los judíos.

Así es como funcionan los prejuicios. Quien los tiene, aunque no sea consciente de ello, crea un doble de cada integrante del colectivo despreciado, y ese gemelo grotesco se cierne sobre todo aquel que se ajuste a sus parámetros, amenazando permanentemente con devorarlo. Tener uno de esos dobles supone que, seas quien seas, y cualquiera que sea la identidad que tú mismo te has construido, por muy original y única que sea tu marca personal y por mucho que te distingas de los estereotipos asociados a los de tu clase, los *haters* siempre verán en ti un representante del grupo que desprecian. Tú no eres tú; eres tu doble étnico, racial o religioso, y no puedes desprenderte de ese doble porque no lo creaste tú.

«Un judío es aquel a quien los demás consideran judío [...] porque es el antisemita el que hace al judío.» Estas palabras las escribió Jean-Paul Sartre en su extenso ensayo *Reflexiones sobre la cuestión judía*.[5] Era una observación deliberadamente provocativa, ya que, por descontado, son muchos los judíos que desarrollan su propia condición mediante la práctica positiva de su cultura y de su fe, no a través del odio de otros. Pero Sartre la hizo inmediatamente después de que París fuera liberada de la ocupación nazi, con el recuerdo aún fresco de un tiempo en que los judíos franceses —muchos de ellos tan asimilados que apenas se identificaban como judíos, o hasta ignoraban que sus padres o abuelos lo eran— fueron sistemáticamente investigados y sometidos a inspecciones en busca de símbolos judaicos que los delataran. Esa es la premisa de la inquietante película de Joseph Losey sobre el tema del *doppelganger*, *El otro señor Klein* (1976), que cuenta la historia de un acaudalado marchante de arte al que

confunden con un judío con su mismo nombre, y se ve enredado gradualmente con su doble étnico, del que parece incapaz de deslindarse. La película empieza en un consultorio, donde un médico sin la menor empatía examina a una mujer de mediana edad —encías, fosas nasales, mandíbula, andares— midiéndolo y sopesándolo todo de forma meticulosa y humillante, por si la paciente estuviera ocultando su identidad judía: es el antisemita que hace al judío, creando al doble letal con clínica precisión.

Todos los miembros de grupos que históricamente han sido objeto de odio han debido cargar con alguna versión de ese doble invisible, y ser percibidos como dobles de según qué resulta mucho más peligroso que serlo de otra cosa. Ser negro en Estados Unidos, escribió W. E. B. Du Bois en 1897, exigía una «doble conciencia», una sensación permanente de ser dos, que le provocaba un anhelo de «fundir su doble yo en otro mejor y más auténtico», uno que no exigiera ese desdoblamiento.[6] Todavía hoy, la negritud genera un doble tan traicionero para aquellos sobre quienes se proyecta, y tan implacable en su persistencia a lo largo de los siglos, que ninguna actividad está a salvo de ser atribuida al mortífero doble racial: ni conducir, ni salir a correr, ni volver de la tienda a casa ni forcejear con la cerradura de tu propia casa si la puerta está atascada. («Pienso darte motivos para tus ataques de nervios / y tus tics faciales», dice June Jordan en su poema de 1976. «Debo convertirme en una amenaza para mis enemigos.»)[7] El *software* de reconocimiento facial, que en un principio se presentó como un medio de erradicar de la labor policial ese tipo de confusiones prejuiciosas entre «dobles», lo que ha hecho ha sido automatizarlas, pues se ha visto que la inteligencia artificial identifica erróneamente de forma habitual los rostros negros, lo que suele llevar a detenciones injustas y a arruinar vidas. En Europa, entre tanto, se permite que pateras atestadas de inmigrantes negros se hundan una tras otra: los dobles letales de sus pasajeros los desplazan antes siquiera de llegar a tierra firme.

François Brunelle, un artista de Montreal que ha retratado a cientos de parejas de *doppelgangers*, explica por qué le atrae fotografiar rostros que guardan un parecido asombroso: «La cara es la herramienta de comunicación por excelencia que tenemos para establecer y mantener relaciones entre nosotros como seres humanos».[8] Así es. Y muchísima gente ve saboteada la capacidad

comunicativa de su cara por la percepción sesgada de otra gente. ¡Y sucede constantemente!

Otras formas de duplicación racial van y vienen con las mareas geopolíticas. Después de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, la figura del terrorista islámico estaba tan presente como doble de cualquier hombre musulmán que todo, desde estudiar ingeniería hasta ir al aeropuerto, se volvió peligroso de repente. Porque ¿qué es un perfil racial sino un *doppelganger* hecho por el Estado? En la práctica, eso supuso que los pasajeros con nombres tan comunes como Mohammed (y no digamos ya Osama) debían afrontar la muy real posibilidad de que figuraran en alguna lista confidencial, plagada de errores, de personas a las que debía impedirse el acceso a vuelos comerciales, por la que se las haría bajar del avión para interrogarlas o, peor aún, se les cubriría la cabeza con una capucha y serían «puestas a disposición» de la administración Bush en alguna de sus nuevas «instalaciones negras». La culpabilización de China suscitada en los años del covid (con la que algo tuvieron que ver mi *doppelganger* y su incesante fabulación sobre armas biológicas del Partido Comunista chino) ensombreció la vida de los estadounidenses de origen asiático de forma tan ominosa que, según una encuesta llevada a cabo entre ellos por el centro de investigaciones Pew Research en la primavera de 2022, aproximadamente uno de cada tres reconoció haber modificado su rutina cotidiana para evitar ser víctima de delitos de odio.

¿Cómo encaja el doble judío en este panorama de emparejamientos malignos? Los judíos jasídicos, tan identificables con sus sombreros y largos abrigos negros, son objetivo fácil de la violencia callejera. Pero ¿una judía secular como yo? Francamente, estoy resistiéndome a la sensación de que es un tanto fraudulento mencionarnos a unos y otros en la misma frase. Gracias a que nací en un momento y un lugar que coincidieron con un punto álgido de la educación sobre el Holocausto y de contrición colectiva, he gozado de cierta protección contra el odio a los judíos (con la notable excepción del curso que pasé, cuando tenía diez años, en la ciudad inglesa de Oxford, donde *judío* era una pulla tan habitual en el patio del colegio que oculté mi identidad religiosa tarareando los himnos matinales: «¡Brilla, Jesús, brilla! ¡Llena esta tierra con la gloria de Dios padre!»). Aun así, nunca pensé que el antisemitismo pudiera herir otra cosa que

mis sentimientos: mi mayor preocupación era que si me descubrían pudiera perder la amistad de Katie Bennet, la hija del pastor. (No ocurrió. «¡Feliz Hannukah, Naomi!», me dijo con toda naturalidad su padre aquel diciembre; al parecer, como judía encubierta no valgo un pimiento.)

Avi lo tenía un poco peor. Él tiene facciones y maneras típicamente judías mucho más visibles que yo, y habiendo vivido con él durante un cuarto de siglo y llegado a distinguir las reacciones viscerales que provoca de vez en cuando, supe reconocer que se producía esa misma duplicación cuando acompañé a Bernie Sanders en su campaña de 2020 por la nominación demócrata: había gente sencillamente incapaz de superar la imagen de judío agresivo, enfadado y burdo que se hacían de él basándose en su estilo oratorio y sus maneras; qué más daba que personalmente fuera un hombre enormemente dulce y compasivo.

Pero ¿y yo? Yo había pulido los rasgos étnicos que me delataban, sin duda; para protegerme, había evitado suscitar en los demás esa reacción visceral. Y, sin embargo, incluso al escribir estas líneas de pronto me entran dudas. ¿No es acaso el miedo a mi sombra judía el verdadero motivo de que me quejara amargamente de tener un nombre de pila demasiado hebreo, con esa sucesión quejumbrosa de vocales? ¿No es por eso por lo que me empeño en alisarme el pelo y me enorgullezco de que mi aspecto no me delate tanto como a mi «*doppelganger* peluda», como me he referido a Wolf en más de una ocasión? ¿No revela eso un deseo, derivado del autodesprecio, de esquivar el perenne vilipendio que sufren las mujeres judías, por parte tanto de judíos como de no judíos, el desprecio a la «princesa judeonorteamericana»? ¿No es Noemí (la Naomi bíblica), tan resuelta, tan dispuesta hacer lo que hiciera falta para que su pueblo sobreviviera, el doble étnico con quien temía que me confundieran o mezclaran desde un principio? Son todas posibilidades bastante claras.

También es posible que la pausa impuesta al antisemitismo tras el Holocausto esté tocando a su fin. Desde la irrupción de Trump, los delitos de odio antisemita no han dejado de aumentar. Los judíos tienen un lugar de honor en la teoría del Gran Reemplazo: según parece, somos nosotros, los eternos Shylocks, la razón de que se permita la entrada a Estados Unidos a tantos inmigrantes; es para que los judíos nos enriquezcamos aún más explotándolos. Ese era el

sistema de creencias abrazado por el pistolero que acabó con la vida de once personas durante los ritos matinales de la sinagoga Árbol de la Vida en Pittsburgh en 2018. Es posible que la amenaza proferida por Kanye West de pasar a «death con 3 con LOS JUDÍOS»,[9] que son supuestamente quienes dirigen su mundo, haya contribuido a levantar aún más la veda. Subsisten numerosas diferencias entre las diversas formas de duplicación racial y de género, y en estos momentos están aumentando. La gente no aviva el paso ni cierra con llave las puertas del coche por temor a mi sombra judía; los médicos no dan por sentada la tolerancia de mi cuerpo al dolor, y los asaltantes callejeros no suponen que alguien con poder vaya a venir en mi auxilio si me hacen daño. Y a pesar de todo, como hemos visto, la necesidad de dobles perfectos puede fácilmente oscurecer aquello que compartimos y, lo que es más grave, cortocircuitar posibilidades de solidaridad.

El ejército de gemelos perversos de Satán

Los estudiosos del antisemitismo han rastreado su origen hasta la Antigüedad, al resentimiento helenístico por la autosegregación de los judíos, que percibían como la cerrazón de un clan. Pero fue en el mundo cristiano donde se hizo inevitable. El Nuevo Testamento contiene una poderosa cosmología de dobles: Dios y Satán, Cristo y el Anticristo, ángeles y demonios, cielo e infierno. Como los Evangelios asocian a los judíos con Satanás, entre judíos y cristianos se estableció desde el principio una relación de gemelos, con los judíos representados permanentemente como los *doppelgangers* demoníacos de los fieles seguidores de Cristo. No solo fuimos incapaces de reconocer al verdadero mesías cuando tuvimos la oportunidad, sino que se nos culpa desde entonces de la muerte de Jesús. (Así que tengo que rectificar lo que he dicho antes: esta es justamente la cruz con la que tenemos que cargar.) Es un relato que dispuso el escenario para siglos de difamaciones y libelos.

Muchos de esos libelos incluyen macabras acusaciones de secuestro de niños para sacarles la sangre y usarla en rituales secretos, que sirvieron de pretexto para la violencia tumultuaria contra los judíos. En catedrales de Polonia aún hay frescos en que aparecen rollizos bebés ensartados a los pies de judíos jorobados. Esta antigua

forma de odio al hebreo alcanzó sus cotas más altas en la Reconquista española y con la subsiguiente expulsión de judíos y musulmanes en 1492, precedida por masacres, quema de judíos en la hoguera y masivas conversiones forzadas al catolicismo (que en tiempos de la Inquisición brindaban escasa protección frente al riesgo de ser denunciado como judío encubierto). En respuesta a aquella expulsión, a muchos refugiados judíos y musulmanes —aliados en aquella época — se les dieron salvoconductos para exiliarse en el Imperio otomano.

Aquel brote de violencia no fue el primer episodio en que grupos humanos masacraron a otros grupos humanos en medio de una lucha sanguinaria por tierras y recursos. Pero Lindqvist y Raoul Peck sostienen que fue en ese período cuando se originó el impulso —que resurgiría una y otra vez en el curso de los siglos siguientes— de «exterminar a todos los salvajes» en nombre de la civilización, el progreso y la piedad. Y tal vez no fuera una coincidencia que ese mismo año, 1492, las naves de Cristóbal Colón zarparan para cruzar el Atlántico, llevando consigo la globalización de aquellos instrumentos de piadosa aniquilación.

La asociación de los judíos con el satanismo brindó a lo largo de la Edad Media y aun después la justificación para imponerles una serie de limitaciones como súbditos de segunda, encerrarlos en guetos y excluirlos de la propiedad de las tierras de labor y de participar en comercios clave. En consecuencia, tuvieron que hacerse vendedores ambulantes o minoristas, así como prestamistas, una profesión que se toleró que ejercieran en gran medida porque eso permitía a la clase dominante cristiana mantenerse al margen de una actividad considerada impía. Hacia la década de 1700, el negocio de los pequeños prestamistas creció, dando lugar a bancos más grandes, y fue esa progresión lo que generó las formas más modernas del antisemitismo que han perdurado hasta la actualidad, y que ponían el foco en la figura del banquero judío codicioso, responsable de todas las penalidades y estrecheces de la clase trabajadora, e integrado en una camarilla internacional de judíos que se confabula para perpetrar maldades aún mayores.

De los *illuminati* a *Los protocolos de los sabios de Sion*, de la saga de banqueros de los Rothschild a la actividad filantrópica de George Soros, los judíos han sido blancos de la teoría conspirativa más persistente de los últimos dos siglos y medio. Aunque cambiaran los

nombres y los protagonistas, el guion se ha mantenido marcadamente similar: una conspiración judía internacional acusada de intrigar en la sombra para socavar los valores cristianos, debilitar a los Estados donde esa confesión es mayoritaria, hacerse con las propiedades de sus ciudadanos y, en las versiones más recientes, controlar los medios de comunicación. Ya se hable de revoluciones, de pandemias o de atentados terroristas, siempre parece que la culpa sea nuestra.

QAnon no se distingue por la originalidad de sus argumentos, sino por su habilidad para amalgamar el tópico, más moderno, del conciliábulo de judíos que gobierna el mundo con el libelo ancestral sobre el secuestro y desangramiento de niños cristianos. En la versión de QAnon, una conspiración internacional en la que están involucrados muchos judíos prominentes, pero no solo ellos, secuestra niños para extraerles todo el adrenocromo, supuestamente con la esperanza de prolongar la vida de los propios conspiradores. Estos cuentos circulan actualmente en nuestra cultura, combinándose y transformándose para prestar una energía ancestral y siniestra al doble étnico invisible con el que cargamos los judíos allá donde vamos.

¡Mira para allí!

En el mundo del espejo, las teorías conspirativas desplazan el foco lejos de los ultrarricos que financian las redes de desinformación y de las políticas económicas —desregulación, privatizaciones, austeridad — que con tan cataclísmicos efectos han estratificado la riqueza en la era neoliberal. Instigan la ira contra las élites de Davos, los gigantes tecnológicos y las grandes farmacéuticas, pero esa ira parece no alcanzar nunca a sus objetivos, porque se desvía hacia las guerras culturales en torno a la educación antirracista, los aseos mixtos y el pánico al Gran Reemplazo, y pone el punto de mira en los afroamericanos, los inmigrantes de razas distintas de la blanca y los judíos. Mientras, los milmillonarios que financian toda la pantomima descansan tranquilos sabiendo que la furia que atraviesa nuestra cultura no va a recaer sobre ellos. Este juego no lo inventaron ni Steve Bannon ni Tucker Carlson.

A lo largo de los siglos, la conspiración contra los judíos ha servido a un propósito muy concreto para el poder de las élites: hace

de parachoques, absorbe el impacto del descontento. Antes de que la ira del pueblo pudiera alcanzar a los reyes, las reinas, los zares y las grandes fortunas hereditarias, las teorías conspirativas la absorbían y la redirigían hacia los gestores intermedios: el judío intrigante, el judío taimado, que probablemente esconde un par de cuernos bajo la kipá.

Por eso a veces se denomina al antisemitismo «el socialismo de los tontos», expresión acuñada por el demócrata austríaco Ferdinand Kronawetter y popularizada por los socialdemócratas alemanes en la década de 1890.[10] Si el análisis socialista, basado en realidades materiales, explica que el capitalismo es un sistema regido por una lógica interna que exige desposeer y explotar, los charlatanes que venden teorías conspirativas ofrecen jugosas historias de pérfidos satanistas que obran al margen de los límites normales de las sociedades y las economías. Y si se hallan fuera de esas estructuras, pueden ser sencillamente extirpados del cuerpo político: expulsados de la comunidad o directamente exterminados como salvajes.

En Europa, cada vez que grupos de trabajadores y campesinos comenzaron a armar un poder desde la base, amenazando con desafiar a las fortunas atrincheradas, saltaba inmediatamente la propaganda antisemita. Una y otra vez, se repetía el cuento de los judíos demoníacos enfrentados a los ciudadanos cristianos, étnicamente puros, de unas naciones-Estado en las que los judíos nunca fueron plenamente admitidos, desde España a Francia y a Polonia. El eterno gemelo perverso.

La razón de que tales métodos se hayan aplicado repetidamente a través de los siglos es muy sencilla: porque funcionan. Eran un medio garantizado de reventar incipientes alianzas y coaliciones de trabajadores y de salvaguardar los intereses de los ricos y poderosos.

Un caso particularmente trágico fue la fallida revolución rusa de 1905. En enero de ese año, trabajadores y campesinos de todo el Imperio zarista emprendieron una ola de huelgas y revueltas, incluso dentro del ejército, desafiando a la monarquía y al Gobierno de Nicolás II. Al frente de la revolución había una alianza multiétnica y diversa, en la que una de las facciones más activas era la Unión de Trabajadores Judíos, un partido socialista con decenas de miles de afiliados y cientos de agrupaciones y milicias locales, que era especialmente fuerte en Polonia y Ucrania. Uno de sus principios

básicos era el *doi'kayt* o 'estar aquí', que consistía en la idea de que los judíos pertenecían al lugar donde vivían, dentro de lo que se conocía como «la valla del asentamiento», y debían luchar por obtener más derechos y mayor justicia como judíos y como trabajadores, codo a codo con miembros no judíos de su clase. Defendían que de este modo no tendrían que depositar sus esperanzas en una lejana patria hebrea, como los primeros sionistas habían empezado a sostener por la misma época, ni tendrían que huir a América del Norte, como se habían visto forzados a hacer cientos de miles de judíos alemanes y de Europa del Este. El *doi'kayt* proclamaba que los unionistas se quedarían allá donde estuvieran, trabajando por mejorar sus condiciones de vida.

En respuesta a la pujante coalición revolucionaria, las élites rusas —incluido el zar— contraatacaron de dos maneras: ofreciendo concesiones, como la instauración de un tímido sistema parlamentario de partidos, y lanzando una virulenta campaña de odio contra los judíos que presentaba la revuelta de 1905 como una conspiración de hebreos sediciosos que aspiraban a imponerse a los cristianos. Esa combinación de pequeños cambios y una maniobra de distracción de gran calado logró su objetivo. Nada más anunciarse las reformas, turbas antisemitas se lanzaron a una ola de sangrientos pogromos en seiscientos sesenta pueblos y ciudades, que revistieron especial gravedad en Odesa.[11] Se estima que allí la orgía de violencia se cobró la vida de unos ochocientos judíos. El historiador Robert Weinberg describió así algunas de las atrocidades en *The Russian Review*: «Tiraban a los judíos por las ventanas, violaban a las mujeres, rajaban el vientre de las embarazadas y masacraban a los niños delante de sus padres. En un incidente especialmente estremecedor, los pogromistas colgaron de las piernas a una mujer, boca abajo, y dispusieron en el suelo debajo de ella los cadáveres de sus seis hijos».[12]

Es una imagen que evoca extrañamente las pinturas al óleo de dos siglos antes que ilustraban el truculento libelo antisemita; solo que ahora era verídico, y los judíos eran las víctimas y no los verdugos. Según Weinberg, «la división racial fue una fuerza centrífuga que redujo la capacidad de los trabajadores de Odesa para actuar de forma unitaria».[13] Una lección para el zar y para las élites de cualquier siglo: si quieres aplastar un movimiento revolucionario que te amenaza desde abajo, nada funciona mejor que una conspiración antisemita que invoque odios más ancestrales que Jesucristo.

Por hacer honor a la verdad, cualquier división identitaria puede instrumentalizarse para cumplir esa función: judíos contra negros, negros contra asiáticos, musulmanes contra cristianos, feministas «críticas» con la ideología de género contra transexuales, inmigrantes contra nacionales. Es el manual que aplicaron Trump y otros prebostes pseudopopulistas de todo el mundo: lanzar el hueso de unas mínimas concesiones económicas a las bases (o al menos prometérselas), soltar los perros del odio racial y de género y retener el control de la transferencia de riqueza de abajo hacia arriba.

El socialismo de los hechos

Una de las cosas interesantes de indagar en la historia del odio a los judíos es lo contradictorias que son las teorías: ¿somos los judíos banqueros codiciosos que intrigan para hacerse con propiedades cristianas y embolsarse el dinero? ¿O somos alborotadores comunistas e intrigamos para acabar de una vez por todas con el capitalismo? Una caricatura nazi que alcanzó gran difusión representa al «judío eterno» (un hombre encorvado con monedas de oro en una mano y un mapa de Alemania con la hoz y el martillo en la otra), que de alguna forma se las apaña para ser a la vez un archicapitalista y un marxista revolucionario. Las teorías conspirativas no requieren coherencia interna para tener gancho (ejemplos no faltan: el covid es un leve resfriado, ¡tranquilidad! / el covid es un arma biológica, ¡que cunda el pánico!). Aun así, resulta llamativo que las dos líneas de ataque más persistentes a las que han debido hacer frente los judíos a lo largo de las generaciones lleven permanentemente rumbo de colisión lógica una contra la otra.

Como ocurre siempre, hay semillas de verdad que fertilizan las fantasías. Igual que los judíos, al haberles sido vedadas muchas otras actividades, estaban sobrerrepresentados en el sector financiero, también lo estuvieron entre los revolucionarios socialistas y comunistas. Y quiero decir MUY sobrerrepresentados. Entre sus filas se contaron León Trotski y buena parte de los líderes mencheviques y bolcheviques que protagonizaron la Revolución rusa; Rosa Luxemburgo y gran número de sus camaradas de la Liga Espartaco, que albergaban la esperanza de introducir en Alemania una versión

más democrática de la revolución; Vladímir Medem y el liderazgo de la Unión de Trabajadores Judíos al completo; Emma Goldman y la izquierda anarquista neoyorquina; así como Walter Benjamin, Theodor Adorno y otros miembros de la Escuela de Fráncfort, y, por supuesto, el gran hombre en persona: Karl Marx, que no se educó en el judaísmo, pero descendía de rabinos por ambos lados de su familia; el padre de Karl se convirtió al luteranismo y se cambió el nombre de Hershel a Heinrich.

Una forma de entender la atracción de los judíos hacia las ideologías socialista y comunista podría ser: «¡Ahí va! ¡La izquierda es realmente una conspiración de los judíos!». Otra sería que, habiendo sufrido tanto odio y tanta discriminación, albergan una voluntad sobrenatural de enfrentarse a la injusticia en todas sus formas (una de las halagadoras historias de izquierdistas con las que crecí). Pero hay una tercera posibilidad, relacionada con las anteriores: que el interés de los judíos por los aspectos teóricos de lo que ahora llamamos marxismo —con sus explicaciones y análisis omnicomprensivos y científicos del capitalismo global— sea un intento de competir con esas teorías conspirativas que han perseguido a nuestro pueblo desde siempre; que las miles de páginas de teorías y manifiestos sean, al menos en parte, una larga procesión de judíos dando cabezazos en el muro de ladrillo de la historia y diciendo: «No, tus problemas económicos no son el resultado de que unos picapleitos judíos desplumen a los laboriosos gentiles, sino que derivan de un sistema que fue diseñado para extraer la máxima riqueza de los trabajadores. Y ese sistema no se llama *illuminati* ni “los sabios de Sion”: se llama capitalismo. Y solo la unidad de los miembros de las clases trabajadoras, sin distinción de razas, etnias, género o religión, tendrá alguna vez una posibilidad de conquistar un mundo más justo. Ah, y por favor: no nos matéis».

Al fin y al cabo, no se puede decir que esos teóricos fueran meros espectadores. En mayor o menor grado, todos los socialistas y comunistas que escribieron y se organizaron en el siglo XIX y principios del XX se jugaban la piel. El marxismo brotó de la misma tierra que fertilizó *Los protocolos de los sabios de Sion* y que, andando el tiempo, llevaría primero a la República de Weimar y luego a la Alemania nazi. Ninguno se libró de verse afectado; nadie estaba a salvo de su gemelo, Shylock, ni siquiera los conversos o los ateos. El padre de Marx no se

convirtió al cristianismo por una cuestión de fe, sino porque era abogado y un decreto del Gobierno prusiano había excluido a los judíos de ejercer profesiones jurídicas o cargos públicos. Eleanor Marx, la hija de Karl, eligió recuperar su herencia familiar y estudió yidis por su cuenta para poder organizar mejor a los obreros textiles del East End londinense, manifestando así inequívocamente, en plena histeria antisemita de Europa, «yo soy judía».[14] El partido político de Rosa Luxemburgo fue el blanco de lo que ella describió como «una orgía desenfrenada de antisemitismo» por parte de la prensa.[15] Trotski, en los inicios de su carrera como periodista, se forjó informando de los estallidos de violencia antisemita tumultuaria y describiendo escenas de cuadrillas «borrachas de vodka y del olor a sangre».[16] A él mismo, sus adversarios políticos le describían rutinariamente como un demonio judío (con cuernos y todo). Y en 1940, el año de su muerte, Trotski señaló con gran perspicacia que «en la época de su auge, el capitalismo sacó a los judíos de sus guetos para utilizarlos como instrumento de su expansión comercial. La sociedad capitalista decadente de hoy se esfuerza al máximo por exprimirlos por todos sus poros».[17]

Esos revolucionarios tenían objetivos más ambiciosos que simplemente privar a sus enemigos de la poderosa arma de la teoría conspiranoica antisemita. Consagraron su vida a materializar el socialismo en el mundo real. A pesar de todo, creo que es justo ver en su entusiasta entrega a la labor de hacer de una formación política accesible a los trabajadores una batalla contra la idea de la conspiración judía como subtexto, si no como texto. Una cruzada para superar los miedos irracionales de los vulnerables y desviar la inquietud a objetivos que merecen más la pena: sistemas económicos, ideologías, desigualdades estructurales. Sustituir el socialismo de los tontos por el socialismo de los hechos.

Un debate interrumpido a mitad de frase

Nada de esto supone que los intelectuales judíos de aquella época turbulenta se pusieran de acuerdo en qué debía hacerse respecto a la pertinacia del antisemitismo. Durante las décadas anteriores a que Hitler convirtiera en sinónimos *judaísmo* y *trauma*, y antes de que la

disensión fuera suplantada en muchos lugares por un conformismo aterrorizado, la vida intelectual judía era una efervescencia de debates sobre lo que entonces se denominaba eufemísticamente «la cuestión judía». (El equivalente actual podría llamarse «la cuestión de las políticas identitarias» o «la cuestión racial contra la cuestión clasista».) Enzo Traverso, profesor de la Universidad Cornell que ha estudiado en profundidad esa historia intelectual, define la cuestión judía como «un conjunto de problemas relacionados con la emancipación y el antisemitismo, la asimilación cultural y el sionismo»,[18] y entre los marxistas y socialistas judíos no se divisa un próximo consenso en torno a las posibles respuestas.

¿Deberían los judíos luchar por la plena igualdad en las sociedades cristianas (derecho de voto, acceso a todas las industrias) como proponen los socialdemócratas? ¿O debiera ser nuestro objetivo una transformación revolucionaria de esas sociedades, acompañada de una asimilación completa al proletariado liberado, dado que la religión sería menos necesaria como fuente de consuelo? («La religión es el suspiro de una criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón y el alma de un sistema desalmado. Es el opio del pueblo», escribió Marx, una postura que compartían Trotski y Luxemburgo.)[19] ¿Era el judaísmo una prisión de la que la revolución podía liberarnos, como sostenían los bolcheviques (aunque muchos admitieran que debía defenderse el derecho a la práctica religiosa en la vida privada)? ¿O era la asimilación de los judíos, incluso en una sociedad socialista, una trampa que obviaba la necesidad de los judíos europeos de un idioma y una cultura propios para protegerse en el seno de una sociedad multiétnica y multinacional de trabajadores (postura del Bund, la Unión de Trabajadores Judíos)? ¿O acaso estaba el odio a los judíos demasiado arraigado en el continente y era demasiado visceral para que nada de eso pudiera funcionar, con lo que la liberación semita solo podía hallarse en los movimientos proletarios de la amnésica América (postura que abrazaron muchos de mis familiares al cruzar el Atlántico)? ¿O hasta eso era pura fantasía, sobre todo bajo las severas, abiertamente racistas y antisemitas leyes de inmigración aprobadas por Estados Unidos y Canadá en las décadas de 1920 y 1930, lo que dejaba como única esperanza de seguridad para el pueblo hebreo el establecimiento en su propia nación-Estado, que pondría fin a la diáspora y donde el socialismo podría hacerse realidad (postura

de los laboristas sionistas)?

Así pues, el Bund, con sus decenas de miles de miembros de la clase trabajadora entusiastas del «estar aquí», debatía habitualmente con los sionistas, burlándose de su empeño por «irse allí». La Unión de Trabajadores Judíos se aferraba a la convicción de que los judíos serían libres cuando todo el mundo lo fuera, y no por construir lo que no sería sino un gueto militarizado en tierras de Palestina. «Vuestra liberación solo puede ser un producto derivado de la liberación universal de los pueblos oprimidos», escribió el líder bundista Victor Alter en 1937.[20] Además, argumentaba Walter Benjamin, «las cosas irán por muy mal camino en Europa si las energías intelectuales de los judíos la abandonan».[21]

Años antes, Rosa Luxemburgo había debatido con el Bund y abogado por un universalismo no condicionado por su identidad judía. «¿Dónde queréis ir a parar con ese tema del "especial sufrimiento de los judíos"?», le preguntó un amigo en 1917. Ella contestó: «Me preocupan exactamente igual las pobres víctimas de las plantaciones de caucho de Putumayo, el pueblo negro de África con cuyos cadáveres juegan a la pelota los europeos [...]. No tengo un rincón especial en mi corazón para el gueto [judío]. Me siento en casa en cualquier parte del mundo donde haya nubes y pájaros y llanto humano».[22] Esas palabras llevaron a sus detractores a afirmar que minimizaba el sufrimiento de los judíos en un momento de grandes penalidades. Yo prefiero interpretar que aspiraba a una visión de la solidaridad humana que trascendiera identidades y fronteras nacionales.

Los acalorados debates sobre la cuestión judía no terminaron porque una facción saliera vencedora por el mayor peso de sus argumentos, o porque se ganara los corazones y el parecer de la mayoría del pueblo hebreo. Languidecieron porque, como la Viena Roja, el terreno en que se libraba la discusión fue aplastado por el terror, y la traición o el abandono fueron frustrando una posibilidad tras otra. Los judíos eran aniquilados allí donde los nazis se hacían con el control y donde los movimientos obreros judíos, pletóricos de fervor revolucionario, habían promovido huelgas y organizado ligas de autodefensa. Cuando Stalin tomó las riendas de la Unión Soviética, centralizó aún más el poder, declaró una guerra despiadada a sus rivales e intentó ocultar sus atrocidades soltando una vez más los

perros del antisemitismo (hasta el punto, según Trotski, de invocar el viejo libelo sangriento para acusar a su hijo Sergei de planear un envenenamiento en masa de trabajadores). Entre tanto, Estados Unidos y Canadá, como tantos otros países, apenas ofrecían un puerto seguro a los barcos repletos de refugiados judíos desesperados que llegaban de Europa. (En las infames palabras de un burócrata canadiense: «Ninguno ya son demasiados».)[23] Adiós a la perspectiva de hallar seguridad en el optimismo y la amnesia de Nueva York o Montreal.

Al repasar los broncos debates de la izquierda europea sobre la cuestión judía, me llama la atención que tantas de sus principales figuras que proponían un proyecto distinto para nuestro pueblo murieran en circunstancias violentas. Rosa Luxemburgo fue abatida a tiros en 1919 por oficiales paramilitares alemanes, que arrojaron su cadáver al berlinés canal Landwehr, y el oficial que orquestó su asesinato se convirtió en aliado de Hitler. Innumerables líderes del Bund murieron en los campos de concentración nazis, otros muchos en las purgas de Stalin. Uno de sus agentes le clavó un piolet en la cabeza a Trotski, pero no antes de que este admitiera que la asimilación como solución al problema de los judíos había fracasado (lo que no le impidió seguir mostrándose crítico con el sionismo). Walter Benjamin se quitó la vida en el pueblo costero catalán de Portbou, al fracasar en su intento de asegurarse un medio seguro de salir de Europa tras su expulsión de la Francia de Vichy.

Pero es el recuerdo de un izquierdista belga llamado Abram Leon el que tengo más presente. Durante la guerra, cuando estaba en la veintena, él mismo podría haber pasado por un joven Trotski, con su cara redonda y aniñada rematada por un pelo negro y ondulado y unas gafas con gruesa montura negra. Había vivido en Palestina con su familia en su adolescencia. De regreso en Bélgica, se desencantó con el sionismo y se convirtió en un trotskista acérrimo. Durante la ocupación nazi, se vio obligado a actuar en secreto, pero siguió organizando reuniones clandestinas y publicando panfletos y periódicos ilegales. También trabajó en un proyecto que podríamos describir como un intento de entender a su propio doble judío: durante la guerra, Leon estudió cómo el proyecto mundial del capitalismo se había valido del antisemitismo de distintos modos, retrotrayéndose hasta el Imperio romano y llegando hasta el período

nazi, y escribió un tratado académico sobre el tema. Cuesta imaginar cómo fue capaz de desarrollar una investigación tan exhaustiva estando en la clandestinidad, pero lo consiguió, recurriendo a una gran variedad de fuentes.

El análisis que hace Leon de la utilización de las teorías conspirativas antisemitas resulta especialmente relevante en el momento histórico actual. Describe la forma en que Hitler aprovechó las penalidades económicas de las clases bajas y medias —empobrecidas por la Primera Guerra Mundial, machacadas después por las sanciones y golpeadas finalmente por la Gran Depresión— y dirigió ese descontento contra una quimera que los nazis llamaron «el capitalismo judío».[24] Situado en una categoría aparte del resto del capitalismo, supuestamente sano y decente, era una estructura mítica, como el hombre del saco, con un objetivo conocido. «El gran capital se propuso desviar y controlar el odio anticapitalista de las masas en su exclusivo beneficio», escribió. De forma muy similar a como la derecha seguidora de Bannon clama airadamente a través de sus redes internacionales contra los «globalistas» a fin de desviar la ira popular lejos del capitalismo como sistema y hacia una camarilla imaginaria de la que puede prescindirse dejando intactas las estructuras que crearon y protegen a la clase mundial de los multimillonarios.

Leon explicaba asimismo cómo el partido nazi, tras presenciar el triunfo de la revolución obrera en Rusia y viendo que el comunismo ganaba poder político en Alemania, puso todo su empeño en restar importancia a las distinciones de clase ante los trabajadores alemanes. Esto se hizo sustituyendo la solidaridad de clase por la solidaridad racial, suplantando los intereses comunes de todos los trabajadores por los placeres y recompensas derivados de pertenecer a la raza aria, un vínculo que pretendía unir a los obreros cristianos más empobrecidos con los industriales más opulentos. Pero, dado que en un régimen capitalista trabajadores y propietarios tienen intereses abismalmente distintos, dicha maniobra requería una sombra, un gemelo perverso. «Igual que es necesario presentar a las diferentes clases [de arios] como miembros de una única raza —escribió Leon—, también lo es que esa "raza" tenga un único enemigo: "el judío internacional". El mito de la raza va necesariamente acompañado de su "negativo": la antirraza, el judío.» Era este un análisis muy incisivo de la relación dialéctica entre raza y clase dentro de un régimen

supremacista blanco: Leon argumentaba que la solidaridad de clase entre trabajadores, por encima de las líneas étnicas, era la mayor competencia y la principal amenaza a las que se enfrentaba el proyecto nazi.

Leon recopiló sus ideas y su investigación en un librito importante, aunque poco conocido, *La cuestión judía: una interpretación marxista*, publicado inicialmente en francés en 1946. Pero no llegó a ver la culminación de sus esfuerzos, porque la misma dinámica que había analizado fue a por él. En 1944, como miembro de la «antirraza» (así categorizada por la autoproclamada raza superior), fue apresado, torturado por la Gestapo y enviado a Auschwitz, donde murió asesinado en las cámaras de gas. Tenía veintiséis años.

En estos tiempos de pipikismo rampante, lo que más me conmueve de la corta vida de Leon es su fe en las ideas. Aun rodeado por todas partes de asesinatos en masa, incluso en circunstancias personales extremas, no dejó de creer que la palabra, el análisis y la investigación eran importantes, que seguían teniendo la capacidad de deshacer un hechizo maléfico. Aunque esas palabras llegaran demasiado tarde para importarle a él.

La historia de Leon resume el destino del debate sobre la cuestión judía en el seno de la izquierda judía: fue asesinado a mitad de frase. Dice Traverso que «la guerra y el Holocausto [...] al exterminar a la mayoría de los actores [del debate] destruyeron las condiciones de esa discusión».[25] Pero no fue solo eso. Para muchos de los que sobrevivieron, Stalin dio el tiro de gracia a su confianza en la posibilidad —o incluso la conveniencia— del cambio revolucionario. A diferencia del faro que fue la Viena Roja, cuanto más brutal y totalitario se volvía el experimento soviético, menos capaz parecía el socialismo de ofrecer una alternativa moral a la barbarie. Esa fue la mayor traición de Stalin.

Gemelos enzarzados en una batalla eterna

Aunque hubo defensores de ambas corrientes que sobrevivieron al Holocausto, entre los escombros solo una respuesta siguió afirmándose con gran aplomo: el sionismo. Israel como patria territorial para los judíos, una nación que pudiera armarse y protegerse de cualquier

posible amenaza, se situó como la única opción que les quedaba. La única que no había sido aplastada por una u otra forma de totalitarismo.

Y así, en la batalla —ahora literal y muy real— por el territorio y sus fronteras, muchos de aquellos primeros debates quedaron arrinconados. En el seno de la joven nación, y sobre todo tras la guerra de 1967 y la prolongada ocupación de Cisjordania y Gaza, el antisemitismo pasó a ser tratado no ya como una cuestión que requería respuestas con una base histórica, sino más bien como algo eterno, por encima de las coyunturas históricas. En ese relato pesimista, el odio a los judíos se presentaba como algo tan profundo, tan arraigado en el sustrato colectivo de la humanidad, que cualquier intento de combatirlo defendiendo principios de igualdad humana universal y uniendo fuerzas con otros de los muchos grupos humanos que fueron víctimas del terror y de masacres en nombre de la pureza y (o) superioridad racial o religiosa de otros grupos era considerado por los líderes israelíes y por muchos judíos en posiciones de liderazgo no ya ingenuo, sino directamente peligroso.

Lo que ofrecía el sionismo una vez que sus competidores ideológicos quedaron drásticamente debilitados era muy sencillo: en vez de intentar vencer al antisemitismo yendo a sus raíces, le pondremos una pistola en la sien y lo obligaremos a someterse. Y ante el rostro espectral de Shylock, el judío eterno que es el doble en la sombra de todos los judíos, Israel responderá con su propio *doppelganger*: el nuevo judío bronceado, musculoso, ávido de territorio que empuña una ametralladora; el *alter ego* desatado del viejo judío pálido, aplicado y melancólico.

Ese era el tipo de desdoblamiento que preocupaba a Roth, pero la cosa no acababa ahí, naturalmente. Igual que los antiguos judíos se vieron atrapados en una batalla fraternal con los europeos cristianos, que los veían como demonios sobre los que proyectar todos sus males, los judíos modernos necesitaban su propia contrafigura: los palestinos, el foco de una amenaza permanente dentro de Israel y en sus fronteras.

Para explicar cómo llegamos a ocupar esa posición en apariencia insostenible, es obligado hacer un poco de historia, lo cual nunca es un propósito fácil en una parte del mundo en la que versiones opuestas del pasado forman una maleza impenetrable. En la década de

1930 se produjeron una serie de revueltas árabes contra la afluencia de judíos a Palestina, que entonces estaba bajo mandato británico. Aquella ola de inmigración hebrea era percibida por muchos palestinos como una imposición colonial, una percepción que se consolidaría más adelante cuando las tropas británicas y la policía local sofocaron el levantamiento árabe con un uso abrumador de la fuerza, que no hizo sino generar más resentimiento. Con la partición de Palestina en 1947 —una decisión tomada con la casi unánime oposición de los árabes— y la constitución de Israel como Estado al año siguiente, la primera guerra árabe-israelí estaba servida. Son esos años los que los palestinos llaman la *nakba* o 'catástrofe': 750.000 palestinos fueron expulsados de su territorio, cientos de aldeas fueron destruidas y en sus filas hubo miles de víctimas mortales; solo en años recientes han salido por fin de las zonas de sombra de Israel y a la luz pública todos estos datos.

Como es natural, los palestinos iban a resistirse a aquella limpieza étnica con más violencia, pero en vez de juzgar la resistencia árabe como lo que era —una batalla nacionalista y anticolonialista por su tierra y su autodeterminación (con algunos elementos antisemíticos, sin duda)—, muchos líderes sionistas influyentes presentaron la causa palestina como puro odio a los judíos y una prolongación directa del mismo antisemitismo que había dado lugar al Holocausto y que, en consecuencia, debía ser aplastado con el tipo de fuerza militar que no habían podido organizar en la Europa dominada por los nazis. En ese constructo, se retrataba a los palestinos —en tanto que nuevo enemigo eterno— como tan faltos de legitimidad, tan irracionales y tan «otros» que los israelíes se creyeron con todo el derecho a reproducir muchas de las formas de violencia, propaganda deshumanizadora y desplazamiento forzoso de las que los judíos habían sido objeto y que los habían privado de raíces por toda Europa durante siglos; un proceso que sigue actualmente en curso, con demolición de hogares, asesinatos selectivos, ataques de los colonos a las comunidades palestinas, leyes abiertamente discriminatorias y guetos amurallados en los que se encierra a los palestinos.

En el colegio hebreo en que estudié en Montreal, como en tantos

otros, nos inculcaban los hechos del genocidio nazi igual que las tablas de multiplicar: el número de muertos, las retorcidas formas de tortura, las cámaras de gas, los perímetros infranqueables. Era a finales de la década de 1970 y principio de la de 1980, antes de que se construyeran los museos inmersivos dedicados al Holocausto con vagones de ganado en los que el visitante puede entrar, antes de que los *tours* de la Marcha de los Vivos llevaran de visita a Auschwitz a cientos de miles de jóvenes judíos; pero, aunque nos mostraban versiones en baja fidelidad de las mismas experiencias, nuestra imaginación sobrecogida rellenaba los huecos.

Viéndolo en retrospectiva, ahora que soy madre de un niño de más edad que la que yo tenía entonces, lo que me llama la atención es lo que «no» se incluía en aquellos relatos extrañamente mecánicos. Dejaban espacio para las emociones a flor de piel: el horror ante tanta atrocidad, la rabia que provocaban los nazis, un deseo de venganza. Pero no había espacio alguno para emociones más complejas, como la vergüenza o el sentimiento de culpa, ni para la reflexión sobre los deberes que puedan tener los supervivientes del Holocausto de oponerse a las lógicas genocidas en todas sus formas. Me sorprende que nunca debiéramos pasar un duelo ni se nos animara a asumir nuestra ira y convertirla en una herramienta de solidaridad.

Muchos años después, mi amiga Cecilie Surasky, que era entonces una de los líderes de Jewish Voice for Peace, señalaba al respecto de esos métodos educativos: «Es volver a traumatizar, no rememorar. No es lo mismo». Cuando lo dijo, supe que tenía razón. Rememorando se vuelven a unir los pedazos de nuestras psiques hechas añicos; se busca recuperar la integridad. Si se hace bien, permite que el duelo y la pérdida nos transformen. Pero retraumatizar es congelarnos en un estado quebrado; es un régimen de recreación ritual diseñado para asegurar que nuestras pérdidas se mantengan todo lo vívidas y dolorosas posible. Nuestra educación no nos exigía sondear esa parte de nosotros que podría ser capaz de infligir mucho daño a otros, ni aprender a reprimirla. Solo nos pedía que estuviéramos tan indignados y escandalizados con lo que les pasó a nuestros antepasados como si nos hubiera ocurrido a nosotros, y que siguiéramos así.

La razón de esa cualidad congelada de nuestra educación la comprendo ahora: el Holocausto no fue sino un punto argumental de una historia preescrita, más extensa, que no solo se nos contó, sino

que se utilizó para tenernos atrapados en ella, como el cuento del fénix renacido de sus cenizas, que empezó en las cámaras de gas de la Europa dominada por los nazis y terminó en las colinas que rodean Jerusalén. Aunque sin duda hubo excepciones, en general el objetivo de aquellas enseñanzas no era convertirnos en un pueblo que combatiera el siguiente genocidio, allá donde se produjera. El objetivo era convertirnos en sionistas.

La línea que unía las historias de terror de un pueblo perseguido y exterminado y la existencia de ese Estado en la otra punta del mundo no era, como se nos hizo creer, una línea recta. Iba así: si alguna vez resurgía el fervor fascista y a unos hombres con botas militares se les metía en la cabeza la idea de purgar el cuerpo de su nación de genes judíos, no estaríamos indefensos y desarmados de nuevo, sin más alternativa que implorar nuestra supervivencia, no se nos impediría la entrada a cualquier nación que pudiera salvarnos, no seríamos devorados por el espectro de nuestro *doppelganger*, Shylock. ¿Por qué? Porque la próxima vez tendríamos a Israel: la bandera blanca y azul que ondeaba en todas las reuniones escolares, la tierra donde crecían los árboles comprados con el dinero de la paga que donábamos y plantados en unas aldeas palestinas que nunca nos dijeron que existían.

Como era habitual en muchas familias judías de izquierdas, yo aprendí una versión distinta del «nunca más»: era una directriz, nuestro sagrado deber, combatir el odio y la discriminación en todas sus formas, independientemente de quiénes los sufrieran. Pero mi madre, por la misma razón por la que decidió ponerme un nombre bíblico, insistió en que fuera a una escuela hebrea, a fin de afianzar el vínculo con nuestra tribu, de aprender las canciones, los rituales y los idiomas (tanto el hebreo como el yidis) que nuestros adversarios venían tratando de aniquilar desde mucho antes de que apareciera la Inquisición. Y en esa escuela, «nunca más» no quería decir «nunca más a nadie», como en nuestra casa, sino «nunca más a los judíos». Quería decir «nunca más porque nosotros, perseguidos desde siempre por la sombra de Shylock, ahora tenemos nuestro propio doble… y está armado hasta los dientes».

La nación *doppelganger*

«Política *doppelganger*.» Así es como Caroline Rooney, profesora de Estudios Africanos y del Medio Oriente en la Universidad de Kent, describe el Estado de Israel y el complejo espacio psicológico que ocupa en sus vertientes de víctima y verdugo.[26] La naturaleza dual de su identidad nacional está incrustada en el doble lenguaje utilizado para definirla, en el que cada término tiene su pareja y nunca aparece solo: Israel y Palestina, árabes y judíos, dos Estados, el Conflicto. Esta forma de coser a dos pueblos, basada en una ilusión de poderes simétricos, implica que somos siameses inseparables en una situación de lucha interminable, una rivalidad fraterna irresoluble entre dos ramas que descienden ambas de Abraham.

Según Rooney, Israel existe como *doppelganger* a dos niveles. En primer lugar, es un *doppelganger* de las formas de nacionalismo chovinista europeas que convirtieron a los judíos en los parias del continente desde épocas muy anteriores al Santo Oficio. Eso fue lo que vendió el sionismo a las potencias antisemitas europeas, una solución que beneficiaba a ambas partes: vosotros os deshacéis de vuestro «problema judío» (es decir, los judíos se irán de vuestros países y emigrarán a Palestina), y los judíos ganan un Estado propio en el que imitar/duplicar las mismas formas de nacionalismo militante que los habían oprimido durante siglos. (Es por eso por lo que el sionismo se topó con la feroz oposición de los miembros del Bund, que pensaban que su enemigo era el nacionalismo en sí, fruto del odio racial.)

Israel se convirtió también en *doppelganger* del proyecto colonial, concretamente con su colonialismo de asentamientos. Muchos de los argumentos básicos del sionismo dejaban traslucir claramente que eran una judaización de conceptos coloniales europeos: *terra nullius* —la afirmación de que continentes como Australia estaban vacíos en la práctica, ya que se etiquetaba a los pobladores indígenas como no plenamente humanos— se reformuló como «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra», eslogan adoptado por muchos sionistas que había sido acuñado por cristianos en el siglo XIX.[27] El argumento del destino manifiesto se transformó en «tierra otorgada a los judíos por derecho divino». «Apaciguar la frontera salvaje» tomó la forma de «hacer florecer el desierto».[28]

Como en todo proyecto colonial, los colonos israelíes hubieron de cerrar deliberadamente los ojos a realidades de varios tipos. El legendario periodista de investigación estadounidense I. F. Stone

apoyó la creación de una patria judía en Palestina, y hasta llegó a embarcarse en una de las naves clandestinas, llenas de supervivientes del Holocausto, que en 1946 llegaron por fin a un puerto seguro en «una Haifa de color de estuco».[29] Pero, tras la guerra de 1967, admitió: «Para los sionistas, el árabe era el hombre invisible. Desde el punto de vista psicológico, no estaban allí».[30] Lo dijo aún más claro la primera ministra Golda Meir: «Los palestinos eran una ficción [...]. No existían».[31] El gran poeta palestino Mahmoud Darwish trazó el mapa de ese estatus espectral —el de ser un «presente ausente»— en su libro *En presencia de la ausencia*.[32] Sostener la mentira de la ausencia de población autóctona, bien conocida por todos los proyectos de asentamiento colonial, requería no poco esfuerzo. La Fundación Nacional Judía plantó pinos encima de aldeas palestinas y de sistemas de terrazas agrícolas con siglos de antigüedad. Los topónimos hebreos reemplazaron a los árabes. Se arrancaron, y se siguen arrancando, olivos, algunos de ellos milenarios. Como explica el periodista Yousef Al Jamal, «los colonos israelíes siguen adelante con su incansable campaña de arranque de olivos porque ese árbol les recuerda la existencia de los palestinos».[33]

Se daban, no obstante, diferencias esenciales en esta versión *doppelganger* del asentamiento colonial. Una era el momento. Tras la Segunda Guerra Mundial, cobraron fuerza por todo el sur mundial movimientos anticolonialistas, con una ola tras otra de fuerzas nacionalistas que alzaban la voz para rechazar los mandatos coloniales y reclamar el derecho de autodeterminación. En los primeros años de la posguerra, en torno a lo que más tarde sería el Estado de Israel, las antiguas colonias proclamaban su independencia: los franceses se vieron obligados a renunciar definitivamente a la administración de Siria y el Líbano y a retirar sus tropas en 1946; ese mismo año, Jordania conquistó su independencia de Gran Bretaña; los egipcios se rebelaban abiertamente contra la presencia permanente de los británicos. Israel, que se convirtió en Estado en 1948, fue a la vez fruto y llamativa excepción entre aquellas fuerzas. El Gobierno de Londres revocó su mandato colonial en el contexto, más amplio, de la reducción de un Imperio que en su cénit se había extendido por todo el planeta. Aprovechando que una discreta población de judíos había vivido en Palestina de manera continuada, los sionistas catalogaron su lucha como de liberación nacional: al igual que otros pueblos

oprimidos, aspiraban a un Estado propio. Claro que, desde el punto de vista de la población palestina, mucho más numerosa, y que estaba siendo expulsada de sus hogares, de sus tierras y de sus comunidades para hacer sitio a un país de nuevo cuño, Israel era lo menos parecido a un proyecto anticolonialista. Era, de hecho, lo contrario: un asentamiento de colonos en un momento en que el resto del mundo caminaba en la dirección opuesta. Y eso solo podía tener efectos incendiarios.

El asentamiento colonial de Israel se distinguía de sus predecesores en otro aspecto. Si las potencias europeas habían colonizado desde una posición de fuerza y con la justificación de una superioridad conferida por Dios, la reivindicación sionista de Palestina tras el Holocausto se basaba en lo contrario: en la victimización y la vulnerabilidad de los judíos. El argumento tácito que muchos proponían en aquella época era que los judíos se habían ganado el derecho a que se hiciera con ellos una excepción al consenso colonial: una excepción que derivaba de haber estado muy recientemente al borde de la extinción. La versión sionista de la justicia estaba diciendo a las potencias coloniales: si vosotros pudisteis establecer vuestros imperios y vuestras naciones coloniales mediante la limpieza étnica, las matanzas y el robo de tierras, decir que nosotros no podemos es discriminación. Si vosotros barristeis de vuestras tierras a sus habitantes originarios, o hicisteis eso mismo en vuestras colonias, decir que nosotros no podemos es antisemitismo. Era como si la búsqueda de la igualdad se estuviera reformulando no como el derecho a no ser objeto de discriminación, sino como el derecho a discriminar: colonialismo presentado como reparación por el genocidio.

Excepto que, si Hitler se había inspirado en el asentamiento colonial en América (y está claro que sí), aquello era cualquier cosa menos una reparación. Aquello era una prolongación de la lógica colonial, pero soltando a un pueblo deshecho y traumatizado a la caza de un pueblo con menos poder incluso que ellos. Los palestinos, bajo este arreglo, se convirtieron, como lo expresó el anticolonialista Said, en «las víctimas de las víctimas»,[34] o, en palabras del académico Joseph Massad, en «los nuevos judíos».[35]

Imponer a otros la misma alteridad que te han impuesto a ti es, por supuesto, psicológicamente intolerable. Y es evidente que tales

acciones son tan antitéticas de los valores judíos que exigen una represión y una proyección extremas. En la literatura, los *doppelgangers* son a menudo la encarnación de un yo fracturado, y, como afirma Rooney, «la política *doppelganger* es en primer término una política de autodisociación», en la que proyectamos sobre el otro todo lo que no soportamos de nosotros mismos.[36] Si Israel practica una política *doppelganger* imitando a los nacionalismos europeos, hace lo mismo de una segunda forma: proyectando toda la delincuencia y la violencia sobre el «otro», el palestino, para no tener que afrontar los crímenes fundacionales del propio Estado. Entre tanto, la naturaleza colonial del proyecto queda más en evidencia con el tiempo, con actores abiertamente racistas y supremacistas judíos consolidando su poder a todos los niveles. Cuando a finales de 2022 se formó el nuevo Gobierno de extrema derecha israelí, no solo hizo un llamamiento a prolongar la ocupación de Cisjordania, sino que abogó por anexionársela, al afirmar explícitamente que «el pueblo judío tiene el derecho exclusivo e incuestionable sobre todas las tierras del territorio israelí. El Gobierno promoverá y desarrollará asentamientos en todas las partes de la Tierra de Israel: Galilea, el Néguev, el Golán, Judea y Samaria».[37] La frontera se movía, como hacen todas las fronteras.

Dejar de ver al otro

No es difícil entender por qué la promesa del sionismo se ganó a tantos partidarios en un principio. Después de un trauma tan profundo, debió de parecerles irresistible que les ofrecieran una bandera, un uniforme y un fusil, para contar con más opciones que las de ser un blanco o un caso de caridad. De haber ido yo en uno de aquellos barcos llenos de refugiados a los que no quería nadie, ¿habría tenido la fuerza y la previsión necesarias para resistirme a la promesa de obtener nuestro propio Estado fortificado? No sé si habría sido capaz.

Muchos palestinos, invisibilizados por los israelíes, reaccionan negándose a ver a un Estado que se niega a verlos a ellos. «La entidad sionista», siguen llamándolo algunos setenta años después de su creación. «¿Reconocerán o no ustedes que Israel tiene derecho a existir?», preguntan los líderes y los defensores del país, insistiendo en

que la negativa a ese reconocimiento demuestra que los palestinos son partidarios de un segundo Holocausto. Pero muchos palestinos, al igual que quienes los apoyan, se resisten a moverse ni un milímetro de sus posiciones, conscientes de que admitir el derecho de Israel a existir no va a hacer que los israelíes modifiquen sus acciones, y de que seguirán sosteniendo la idea de una patria exclusivamente judía, que ellos rechazan por principios. Puedo entender ese rechazo: es una de las pocas herramientas de que dispone un pueblo ocupado y en clara inferioridad en cuestión de armamento. Pero también parece justo admitir que, para el pueblo judío, que ha sido objeto a lo largo de la historia de un trato inhumano, ser llamado «entidad» es algo muy hiriente, y que hiere de un modo que quizá no sea especialmente constructivo.

En cuanto a los que no se ven directamente afectados por este conflicto, ayudaría que pudieran mantener más debates, y más complejos: que tuvieran la capacidad de reconocer que los israelíes que se fueron a Palestina en la década de 1940 eran supervivientes de un genocidio, refugiados desesperados, muchos de ellos sin ninguna otra opción, y que ellos mismos fueron colonizadores y tomaron parte en la limpieza étnica de otros pueblos: que los judíos eran víctimas del supremacismo blanco europeo a las que se había transferido el manto de la raza blanca en Palestina; que los israelíes son tan nacionalistas como el que más y que a su país lo reclutó hace tiempo Estados Unidos para que fuera una especie de base militar subcontratada en la región. Todo ello es igualmente cierto. Contradicciones así no encajan bien en los binomios del antiimperialismo (colonizador/colonizado) ni en los de las políticas identitarias (blancos/racializados); pero si algo nos ha enseñado la dinámica Israel-Palestina tal vez sea que el pensamiento binario nunca nos permitirá superar identidades fracturadas, ni naciones fracturadas. Nada de esto pretende ser una apología de los asentamientos coloniales israelíes. Es más bien, como dice la profesora británica Jacqueline Rose en su libro *La cuestión de Sion*, un intento de «entrar en la mentalidad sionista sin bloquear la salida».[38]

En la inquietante novela *La ciudad y la ciudad*, dos metrópolis ocupan el mismo espacio físico, pero a sus habitantes no se les permite reconocer recíprocamente la existencia de los otros. Cuando esa ilusión, protegida con todo cuidado, pincha, y un residente de una de

las ciudades reconoce la ciudad *doppelganger* o interactúa con ella, se considera una violación de las normas, y es muy grave. Muchos han visto en ese libro una alegoría de Israel y Palestina, pese a que la negativa a ver al otro en el día a día se da muy mayoritariamente en el lado israelí. (Los palestinos no pueden evitar ver los muros y a los soldados que los mantienen confinados y vigilados.) Pero la novela ayuda a conceptualizar lo extraño del terreno espacial cotidiano, en particular en Cisjordania, salpicada de asentamientos israelíes ilegales que no dejan de expandirse.

Como ocurre con todas las sociedades segregadas y superpuestas, Israel y Palestina no son dos realidades geográficas separadas. Constituyen más bien una única sociedad *doppelganger*, que requiere el doble de todo: de escuelas, de carreteras, de leyes, de tribunales. Es una prisión psicológica para los judíos israelíes, encerrados en una fortaleza de miedo y negación, y es una prisión en sentido literal para los palestinos, atrapados en Cisjordania en un laberinto de muros y puestos de control en esa cárcel al aire libre que es Gaza y en el siempre creciente número de celdas que han convertido las encarcelaciones en algo tan rutinario y cotidiano que en torno a un 20 % de la población palestina de los territorios ocupados ha sufrido algún tipo de arresto o detención a manos de las fuerzas israelíes: unas 800.000 personas, según un estudio del grupo Addameer de Apoyo a los Prisioneros palestinos.[39]

En las entrevistas que ha concedido, Miéville manifiesta la incomodidad que le produce la idea de que su novela sea una alegoría; afirma que esa lectura es demasiado literal y que el libro explora la lógica arbitraria de las fronteras en general, entre los países e incluso dentro de una misma nación. Lo que es seguro es que en este mundo brutalmente dividido los israelíes no son el único pueblo que trata de vivir despreocupadamente, sin tener que pensar en las tumbas sin señalizar, ni en las tierras robadas, ni en los prisioneros hacinados ni en las presencias espectrales que hicieron posible la existencia de su país. No es la única nación que intenta lograr «seguridad» encarcelando a otro pueblo y apuntándolo con fusiles. No es en absoluto la única nación con zonas de sombra que se niegan a seguir en las sombras. Pero al apelotonar a estos dos pueblos emparejados en esa estrecha franja de territorio —la desgarradora intimidad de la invasión y de la demolición de hogares, la regularidad ritual de los

bombardeos sobre Gaza, el espectáculo de ver a quienes fueron en su día refugiados sin Estado mandando a otro pueblo al exilio de la carencia de Estado— vemos de forma condensada la vía muerta en que está ese proyecto que una vez osó darse el nombre de *civilización*.

Y es que, por tentador que resulte, no puede zanjarse la cuestión de Israel y Palestina considerándola un conflicto étnico irresoluble entre una pareja de gemelos semíticos intransigentes. Es más bien el último capítulo de esa historia de la formación del mundo moderno, un mundo que ahora mismo está en llamas. Un mundo que nació en llamas. Una historia en la que todos estamos involucrados, vivamos donde vivamos. Comenzó con los antecedentes de la Inquisición, con la quema, tortura y posterior expulsión de musulmanes y judíos; siguió con la conquista sangrienta y el saqueo de las Américas y con el expolio de las riquezas de África y la utilización de sus pobladores como combustible humano de la economía de las nuevas colonias; provocó el caos colonial en Asia, y acabó volviendo a Europa al destilar Hitler todos los métodos forjados en esos capítulos previos (racismo científico, campos de concentración, genocidio de frontera…) en su Solución Final.

Pero la historia no acabó ahí. Porque los aliados, tras acordar por fin que convenía detener a Hitler, decidieron que no querían abrir sus fronteras a sus víctimas supervivientes, y prefirieron endosarle el problema judío, junto con su vergüenza colectiva y su sentimiento de culpa por el Holocausto, al mundo árabe, diciéndole: «Encargaos vosotros».

Involucrarse en la forma de sionismo que creó el Estado de Israel en 1948 implica admitir que un pueblo, igual que una persona, puede ser a la vez víctima y verdugo; que puede a un tiempo sufrir un trauma e infligirlo. Gran parte de la historia moderna es un relato de bolsas de trauma que se mueven por el planeta como piezas de ajedrez hechas de miseria humana, y en que las víctimas de ayer se alistan en el ejército de ocupación de hoy. La historia en la que estamos atrapados no trata de un pueblo, ni de dos pueblos, ni de gemelos. Es la historia de una lógica, la lógica que desde hace tanto tiempo asola nuestro mundo.

Creo que ese es el motivo de que, después de todo este mapeado de identidades y mundos especulares y de dobles fascistas, me sienta arrastrada a este lugar que durante gran parte de mi vida ha sido mi

tierra de sombras particular; un lugar al que he combatido en público y en privado, y en mi propia y muy dividida familia (que recorre todo el espectro de actitudes, desde el antisionismo radical a los colonos ortodoxos). Porque a mi modo de ver, si bien Israel es un lugar, también ha sido siempre una advertencia. Una advertencia sobre los peligros de construir una identidad basada en renovar un trauma y no en afrontar nuestro duelo colectivo; sobre los peligros de construir una identidad con el criterio de separar a los de dentro y los de fuera; sobre lo que ocurre si lo que un día fue un debate apasionado da paso a un discurso ferozmente policial.

Cuando Wolf tenía razón

Lo que nos lleva de vuelta a... ella.

Durante un breve período, antes de que sucumbiera al mundo conspiranoico, antes de la debacle de *Outrages*, antes de que se dedicara a fotografiar nubes, mi *doppelganger* hizo algo que yo admiraba. Tal vez no lo hubiera expresado con las mismas palabras o exactamente de la misma forma que ella, pero recuerdo haberme cruzado con gente que entonces me confundía con ella sin que me incomodara lo más mínimo.

Corría el año 2014, e Israel acababa de lanzar sobre Gaza un ataque especialmente mortífero, con el doble objetivo de destruir el sistema de túneles por el que se transportaban armas (y muchas más cosas) a través de la frontera y detener el lanzamiento de misiles por parte de los palestinos. La cifra de bajas refleja la abrumadora asimetría entre ocupantes y ocupados. Según un informe de la ONU, aquel verano perdieron la vida 1.462 civiles palestinos, frente a 6 civiles israelíes; cayeron abatidos 789 combatientes del lado árabe, frente a 67 soldados judíos.[40] La organización israelí en favor de los derechos humanos B'Tselem informó de que, de los que no habían intervenido en las hostilidades, «526 —una cuarta parte del total de palestinos muertos en la operación— eran niños, menores de dieciocho años».[41]

Antes de eso, jamás tuve noticia de que Wolf hablara alguna vez de crímenes israelíes. Como muchos judíos liberales estadounidenses, había vivido en Israel, hablaba hebreo y creía en la solución de los dos

Estados, pero en aquel último ataque algo no le cuadraba. La escandalizó el número de civiles muertos, sobre todo el de niños. Escribió que el atentado era una violación de los valores judíos y de las lecciones del Holocausto. Y luego hizo algo muy llamativo: convirtió su página de Facebook en una oficina de reclamaciones para «ciudadanos periodistas» que quisieran mostrar el lado humano del ataque a Gaza.[42] Durante un tiempo, se convirtió en una fuente esencial de información. También colgó una publicación que tuvo gran difusión:

> La gente me pregunta por qué he tomado partido por este «bando». No hay ningún bando. Lamento todas las víctimas. Pero al señalar como objetivos a civiles de Gaza se están violando todas las leyes de la guerra y las normas internacionales. Me solidarizo con el pueblo de Gaza precisamente porque las cosas podrían haber ido de otra manera si en Alemania más gente se hubiera solidarizado con los judíos.[43]

Seguía diciendo que había ido a la sinagoga, en la vana esperanza de que lo que consideraba una profunda crisis moral pudiera abordarse en su comunidad espiritual. «[Al final] tuve que marcharme, porque estuve un rato esperando a que se hablara de la matanza de Gaza. [...] Nada. ¿Dónde está Dios? Dios solo está allí donde nos solidarizamos con el prójimo que está en problemas y contra la injusticia. Entrego aquí y ahora mi acta de fe, a la vista de nuestro abrumador silencio como judíos [...] sobre el genocidio que está teniendo lugar en Gaza.»

El término *genocidio* desató muchas iras, pero Wolf no es famosa por su sutileza. Y justificó el uso de esa palabra: el señalamiento como objetivos de infraestructuras civiles, la ausencia de un corredor humanitario, el evidente castigo colectivo. También pronunció una serie de discursos muy publicitados sobre el asunto, entre ellos uno especialmente notable ante la sociedad de debates Oxford Union. Lo que más me llamó la atención cuando recientemente lo vi fue que no había ni rastro de la absoluta seguridad en sí misma que demostró, con tan catastróficas consecuencias, en relación con la epidemiología. Al contrario, le tiembla la voz, y confiesa que la aterra entrar en ese conflicto tan tenso. Sin embargo, a diferencia de lo que le ocurre con otros temas, cuando da la impresión de ir en buena medida de farol, Wolf conoce bien el Antiguo Testamento, y sostiene con buenos argumentos que el Génesis en ningún momento promete dar Israel a

los judíos en exclusiva, que la promesa siempre ha estado condicionada a que obraran con justicia, lo que incluye tratar bien a los extraños.

Todo esto no le trajo a Wolf nada bueno. «Las acusaciones de genocidio lanzadas por Wolf contra Israel alientan el antisemitismo» fue el tipo de titular que le dedicó la prensa israelí.[44] En Estados Unidos, un rabino especialmente prominente, Shmuley Boteach, pareció hacer suya la misión de arruinarle la vida. Wolf declaró a *The Guardian* que el asunto le había costado su puesto de profesora en la universidad. «Estaba [dando clases] en Barnard, y los miembros del consejo dijeron que no estaban cómodos con que mis opiniones políticas fueran la cara de la universidad», dijo. «Lo único que he querido en mi vida ha sido dar clases y hacer este tipo de investigación.»[45] También recibió «algunas amenazas muy serias *online*»; lo bastante serias para que consultara a una empresa de seguridad privada, que es donde conoció a su marido, exoficial de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos y fundador de Striker Pierce Investigations.[46]

Habiéndome enemistado yo también con muchos de esos mismos guardianes de la judería oficial a lo largo de las tres últimas décadas, no tengo la menor duda de que tales acontecimientos fueran para Wolf tan terroríficos como dolorosos. Eran sus amigos, sus familiares y sus colegas los que se volvían contra ella. El sionismo, además, había sido siempre el puntal de su actividad política. Ahora ese puntal estaba cediendo. Lo que plantea un interrogante: ¿contribuyó esa experiencia, junto a su posterior excomunión pública, a que fuera tan por libre en los años siguientes? El hecho de que perdiera su hogar político ¿explica en parte que se desviara tanto para encontrar un nuevo hogar?

Wolf está lejos de ser la única que ha pasado por la experiencia de ser atacada sin piedad, amenazada y penalizada en su trabajo por cuestionar la ortodoxia sionista. Forma parte de una historia mucho más extensa sobre cómo una cultura que en su día había animado los debates sobre esas mismas cuestiones —desde nuestros deberes respecto a los derechos universales a las posibilidades de la solidaridad multirracial— se había convertido en su reflejo especular. Antes se admitían muchas maneras de ser judío y combatir el antisemitismo; era una pregunta con muchas respuestas posibles. Y

entonces nos contaron que solo había una respuesta.

Aquel consenso fue siempre una ilusión, y de unos años a esta parte la fachada de esa ilusión la ha hecho saltar en mil pedazos una nueva generación de escritores y organizadores judíos reunidos en torno a publicaciones como *Jewish Currents* y organizaciones como IfNotNow (‘Si no es ahora’ [¿cuándo?]) y Jewish Voice for Peace (‘Voz judía por la paz’), que están recuperando el viejo concepto del Bund del «estar aquí», y se han sumado a los palestinos en la denuncia de la violencia colonial israelí. Pero siguen siendo pocos, al menos en comparación con otros grupos que pretenden hablar en nombre de todos los judíos: los que llevan toda la vida afrontando nuestro trauma colectivo e intergeneracional mediante la confección de listas de enemigos, la exigencia de juramentos de fidelidad y la censura de conferencias, obras de teatro y películas de palestinos o de quienes los apoyan, así como el desmentido de artículos y la retirada de ofertas de trabajo. Esos portavoces autodesignados argumentan que las legítimas desavenencias políticas suponen una amenaza existencial para todo nuestro grupo identitario, y ahora muchos de ellos promueven leyes que penalizan a individuos y empresas por apoyar la herramienta política indispensable del boicot pacífico.

En esa realidad hunde sus raíces la incomodidad y el recelo que suscitan en mí las tendencias progresistas que aplauden la censura a nuestros adversarios políticos u ofrecen su comprensión acrítica a cualquiera que reclame el estatus de víctima: he visto demasiadas veces lo mal que pueden resultar ambas reacciones.

El capítulo que falta

Philip Roth, como cabía suponer, tenía mucho que decir al respecto de todo esto. Le interesaban las víctimas imperfectas y el mal uso que se puede hacer del trauma. «¡Los nazis sirven de excusa para todo lo que pasa en esta casa!», le dice Portnoy a su hermana en el libro que le hizo famoso.[47] Y como subrayó el profesor de Ciencias Políticas Corey Robin en un ensayo de 2021, «Roth no está hablando solo de su familia; habla de la casa común israelí».

A Roth le incomodaban enormemente las formas en que el militarismo de Israel amenazaba con absorber el judaísmo cultural. En

La contravida, primero, y luego en *Operación Shylock*, una procesión de personajes se fustiga a cuenta de la decadencia moral del país. En *Shylock*, uno que resulta ser agente del Mossad describe a Israel como «un país judío sin el alma judía». El falso Roth acusa a Israel de «deformar y desfigurar a los judíos de mil maneras terribles, como en el pasado solo tuvieron poder para hacerlo nuestros enemigos antisemitas».[48] En cambio, otro personaje, un viejo amigo palestino de Roth (basado, según supusieron algunos críticos, en el intelectual estadounidense Edward Said), describe la cultura judía de la diáspora como «enteramente humana, elástica, adaptable, con sentido del humor, creativa», pero advierte que en Israel «han sustituido todo eso por un palo».[49]

¿Suponía eso que Roth fuera un antisionista? No nos llegó a sacar de la duda. Tras recuperar muchos de los viejos argumentos del Bund en favor de la diáspora, el libro concluye con el Roth Real sucumbiendo a su atávico miedo étnico. Acepta una misión encubierta que le propone el Mossad para reunir información sobre «elementos judíos y antisionistas que amenacen la seguridad de Israel».[50] Cuando el Mossad le ofrece un soborno si borra el último capítulo del libro, que cuenta la historia de esta operación de máximo secreto, el Roth Real obedece. El libro termina bruscamente, dejando que el lector se imagine sus últimas páginas pasando por la trituradora.

Después de semejante soflama antisionista, el mensaje último de Roth parecía claro. Sí, había sido crítico con Israel y un provocador irreverente toda su vida, pero en un momento en que se lo estaban jugando todo también él estaba dispuesto a dejar a un lado sus convicciones personales y a cumplir con su deber para con su fortificada y militarizada tribu. Su *alter ego* literario, el Roth Real, actuaba no como escritor, no como solitario y burlón impenitente, sino como auténtico judío conforme a la definición del Mossad, integrándose en la identidad colectiva generalizada al margen de su identidad individual concreta, ya que la identidad colectiva no hunde sus raíces en lo que cualquier persona judía quiera o deje de querer ser o hacer, sino en el miedo profundo y pertinaz de lo que vayan a hacernos los no judíos. En la cara de su inseparable *doppelganger* étnico, Roth acepta la oferta de Israel y se convierte en otra clase de doble: un nuevo judío. («Soy miembro de la tribu y estoy con la tribu», dice el agente del Mossad.)[51]

En un encendido ensayo que escribió en 1963 para *Commentary*, Roth había dicho que no era función de un novelista ni hacer propaganda de su grupo étnico ni ocuparse de preguntas propias de provincianos como «¿Qué van a pensar los *goyim*?».[52] ¿Nos estaba diciendo treinta años más tarde que había cambiado de opinión? ¿Que estaba preparado para cumplir con su obligación tribal? ¿O era todo el final una parodia en la que Roth jugaba con sus detractores y les decía: «Mire, rabino, estoy haciendo propaganda de Estado, como usted siempre ha querido; hasta he dejado que el Mossad haga trizas mi libro. ¿Ya soy un buen judío?». O puede que no quisiera elegir: puede que nos estuviera diciendo que era una cosa y la otra.

Armada y peligrosa

¿Y qué hay de ella, de la Otra Naomi? ¿Cuál de las dos es?

Bueno, durante una semana de mediados de mayo de 2022, mi *doppelganger* publicó una serie de fotografías de su nuevo fusil, convenientemente espaciadas para atraer la atención del mayor número posible de quienes la siguen en Gettr. Para echar la pelota a rodar, colgó una foto del fusil en una caja grande: «Por fin ha ocurrido; hoy me he comprado mi primera arma de fuego. Soy la orgullosa aunque algo nerviosa propietaria de un fusil Rimfire del calibre 22. Adecuado para una dama y manejable».[53] A continuación, una de su marido montándolo: «¿Quién me iba a decir que el marido perfecto para una feminista es un hombre que ayude a su mujer a armar su primer fusil?».[54] Por último, publicó una fotografía del arma totalmente montada encima de su escritorio. «Tal vez todo escritor o disidente crítico debiera tener un bípode en su casa, con los tiempos que corren. Puede que la pluma sea más poderosa que la espada, pero hoy por hoy, con el Ministerio de la Verdad a punto de ir a por nosotros, a lo mejor los escritores necesitamos tanto la pluma como la espada (defensiva).»

Eso lo escribió el mismo día que en la ciudad neoyorquina de Búfalo un supremacista blanco de dieciocho años mataba a diez personas en un supermercado con un fusil AR-15 adquirido legalmente.

La semana siguiente, Wolf compartió un vídeo en que afirmaba

que la única razón por la que Estados Unidos «no está completamente esclavizada como Australia, Shanghái o Canadá [...] es que tenemos millones de propietarios de armas [...]. Una población armada es más difícil de someter. Por eso nos dieron la Segunda Enmienda nuestros fundadores. Precisamente para tiempos como estos».[55]

Aquel día también hubo un tiroteo indiscriminado, esta vez en una escuela elemental de Uvalde, en Tejas. El homicida, también de dieciocho años, asesinó a diecinueve niños y a dos profesores con un rifle de asalto adquirido legalmente.

En su *newsletter*, Wolf, ahondando en el tema, escribió una especie de carta de amor feminista a su nueva arma de fuego. «¿Cómo se me ha podido pasar por alto este tema durante tanto tiempo, como superviviente de una violación y como feminista? La superviviente de una violación que llevo dentro anhelaba, a nivel animal, tener un arma. Ansiaba, a nivel animal, disuadir a cualquier futuro atacante. La superviviente de una violación que llevo dentro quería un arma igual que un animal herido quiere dientes y garras.»[56] Se preguntaba: «¿Es posible que fuera así de fácil, todo este tiempo? ¿Podían las mujeres resistirse e impedir su victimización simplemente poseyendo armas de fuego y sabiendo utilizarlas?». ¿Su respuesta? «Evidentemente.»

Wolf no es, ciertamente, la primera víctima de una agresión que sucumbe a la promesa de un arma, aunque antes era consciente de que eso no suele acabar bien, o para la víctima o para el agresor. Aun así, me da por pensar que debe de resultar liberador, habiendo vivido tanto tiempo a la contra, y luego tanto tiempo más siendo humillada, hallarse por fin del lado de los que cuentan con muy pocos hechos y muchísimas armas.

Ya no habla ni escribe nunca sobre los derechos de los palestinos; eso no está entre las principales preocupaciones de sus nuevos amigos del Centro de Mando. Y al parecer su concepto de Dios ya no implica estar «con el prójimo que está en problemas y contra la injusticia».[57] Al contrario, se ha alistado en las trincheras de la «guerra de fronteras» de Bannon, y se hace eco de sus mentiras sobre «fronteras abiertas de par en par bajo la presidencia de Biden». Eso, dice, es «el sueño de un tirano», y asegura que «los traidores están diluyendo los lindes de nuestra nación».[58]

La guerra civil ya está aquí, advierte con aire funesto: «Soy una persona pacífica. No quiero la guerra. Pero nos la están declarando».[59]

Y al igual que tantos otros, ella se prepara con algo más que palabras.

Erez, de Erez

Yo también he tenido algún que otro encontronazo con la política *doppelganger* de Israel; demasiados para compartirlos en esta etapa final de nuestro viaje. Pero puede que tenga tiempo para contar al menos uno.

Fue en 2009, cuando acababa de publicar las ediciones en hebreo y en árabe de *La doctrina del shock*. Hacía unos meses que el ejército israelí había lanzado un ataque brutal sobre la Franja de Gaza, que se calcula que mató a 1.400 palestinos y destruyó infraestructuras críticas. Aquel año decidí que no tenía más elección que respetar el llamamiento al boicot, la desinversión y las sanciones (BDS) promovido por una amplia coalición de grupos de la sociedad civil palestina; pero también quería que el libro se editara en Israel y en Palestina, porque incluía un capítulo sobre el próspero capitalismo del desastre de la región. En colaboración con activistas de Ramallah y Jerusalén, di con la manera de publicarlo sin dejar de respetar el llamamiento, lo cual implicaba trabajar con una editorial activista israelí con una larga historia de defensa de los derechos de los palestinos.

Antes del lanzamiento del libro en Israel, fui a Gaza a ver las consecuencias del ataque por mí misma. Viajaba con Avi y nuestra amiga Cecilie Surasky, de Jewish Voice for Peace. No estábamos seguros de si sería posible entrar: Israel controla estrictamente el acceso a Gaza por el puesto de control del paso de Erez, y para conseguir un pase de corresponsal extranjero había que solicitarlo a través de la agencia de prensa israelí. Cualquiera de nosotros podía haber hecho saltar una alarma de seguridad. Pero, gracias seguramente a nuestros apellidos judíos, la persona que gestionaba la oficina no se tomó la molestia de investigarnos, y obtuvimos la acreditación requerida. En el puesto de control de Erez, esos mismos apellidos activaron una vez más a nuestros dobles étnicos, y dieron por sentado que simpatizábamos con la ocupación israelí. Así que, mientras los palestinos hacían colas interminables para ser interrogados, nosotros cruzamos el paso con una simple comprobación

de nuestros documentos de identidad y un examen con rayos X de nuestras bolsas y nuestros cuerpos. Hecho eso, no sin cierta inquietud, nos plantamos al otro lado del muro de cemento, rodeados de torres de vigilancia.

Ya dentro de Gaza, los tres hablamos con docenas de palestinos de distintos sectores para aprender cuanto pudiéramos de la vida en una ciudad sitiada. Entrevistamos a granjeros, a un apicultor y a un médico, que habían perdido todos algún hijo en el reciente ataque aéreo. Vimos cuerpos jóvenes abrasados por el fósforo blanco. Atravesamos los escombros de bloques de apartamentos que era imposible reconstruir porque los materiales básicos de construcción, como el cemento, estaban siendo bloqueados por el embargo. Conocimos a Mona Al Shawa, una activista palestina por los derechos de las mujeres, que me dijo: «Teníamos más esperanza durante los ataques; entonces, al menos, creíamos que las cosas iban a cambiar». Ahora, algún otro asunto había atraído la atención exterior, y los gazatíes volvían a sentirse abandonados por el mundo. La idea de que tuvieran más esperanza cuando les llovían las bombas todavía me atormenta.

Pasamos nuestra última noche sentados a la sombra en sillas de plástico en el patio trasero de una familia palestina que insistió en ofrecernos una opípara comida de alimentos de su huerto: gente con un corazón inmenso que se negaba a odiarnos por culpa de nuestros dobles étnicos. El padre, un médico, nos contó que le hacía feliz que su joven prole conociera a judíos que querían paz y justicia, ya que los únicos judíos con los que tenían ocasión de interactuar eran los soldados de los puestos de control.

«No quiero que crezcan odiando a los judíos», nos dijo. «Pero ¿qué puedo hacer, si los únicos judíos que ven les están apuntando con sus fusiles?»

Por la tarde, cuando empezaba a oscurecer, llegó el momento de volver a Jerusalén, y ahí empezaron nuestros problemas. Un grupo pro derechos humanos de la ciudad de Gaza había organizado una conferencia de prensa sobre mi visita, y evidentemente la noticia había recorrido toda la cadena de mando del puesto de control de Erez. Esta vez, estaban preparados para recibirnos.

En vez de dejarnos volver sin más, los israelíes nos tuvieron esperando durante horas, solo a nosotros tres, del lado de Gaza del

muro. Al caer la noche y pasar de la hora del toque de queda, nos preguntamos si conseguiríamos cruzar siquiera. El puesto de control está en un área de contención, y tiene un pasillo largo y desolado, salpicado de información de seguridad sobre Hamás, así que estar atrapados allí sin un vehículo ni amigos alrededor no era una situación ideal.

Por fin, se abrió una puerta en el lado opuesto del pasillo y, una vez registrados y escaneados a conciencia, se nos acercó un oficial robusto y musculoso con el pelo cortado a cepillo que se identificó como Erez.

«Erez, de Erez», dije, tratando de sonar despreocupada. Él no sonrió; miró directamente detrás de mí, a Avi, y le indicó que le siguiera al piso de arriba para inspeccionarle un poco más. Cecilie y yo nos quedamos esperando mientras le interrogaban. Cuando salió, lo hizo a paso vivo e indicándonos por señas que nos diéramos prisa y pusiéramos tierra por medio con todos los Erez.

De vuelta en el hotel Colony de Jerusalén, nos enteramos de que le habían llevado a un despacho que había en una esquina para presentarle a un mando superior de las Fuerzas de Defensa israelíes. El comandante llevó a Avi junto a una ventana y señaló un batallón de tanques que practicaba algún tipo de maniobra cerca del lugar.

«¿Ve eso? En unos minutos, pensaba enviarlos a que los rescataran. ¿Tiene idea del peligro que han corrido? ¿Tienen la menor idea de lo que Hamás pensaba hacer con ustedes? Nosotros vemos y oímos todo lo que pasa aquí.» (Esta es la otra cara de no ver a los palestinos, esencial para una sociedad *doppelganger*: el ojo que todo lo ve del Estado vigilante.)

Erez se nos unió e informó a Avi de que había oído algo de lo que yo había dicho del BDS (boicot, desinversión y sanciones), y que tenía que darle un consejo de hombre a hombre: «Cuéntele a su esposa lo que ha pasado. Dígale lo que quería hacer Hamás con usted. Controle a su mujer».

Con la ayuda de muchas cervezas, entre los tres deconstruimos los niveles de luz de gas que Erez de Erez parecía haber orquestado. No, no nos creímos que los militares israelíes hubieran estado a punto de desatar en Gaza una guerra a pie de calle para rescatar a tres judíos que no estaban perdidos. Ni que hubiéramos estado en peligro inminente de caer en las garras de Hamás. Habían interrogado a Avi

en un contenedor durante unos quince minutos, sobre todo para averiguar por qué tenía un apellido israelí siendo canadiense (el laborismo sionista de los años jóvenes de su madre). Pero dieron por buenas sus credenciales de prensa, y habían sido ellos los que nos habían dejado durante horas en el lado de Gaza antes de dejarnos cruzar el puesto de control.

Parecía evidente que habían querido hacernos sudar, que nos preguntáramos si nos iban a abandonar al otro lado de las líneas «enemigas». Y luego quisieron mandarnos un mensaje muy claro: que al margen de quiénes nos creyéramos que éramos o de lo que pensáramos que era lo que íbamos a hacer allí, en esa tierra empapada de sangre no éramos otra cosa que nuestros dobles judíos, nuestra identidad judía y nada más. Que Hamás, por el mero hecho de ser judíos, iba a secuestrarnos o a matarnos, y que me iba a dar igual mi ingenua defensa de los derechos de los palestinos, porque entonces los únicos que acudirían a rescatarnos serían los soldados del ejército israelí, arriesgando su vida para salvar la nuestra, pese a no sentir por nosotros más que desprecio. Porque, al igual que a Hamás, a ellos les da igual por quién nos tengamos como individuos; se preocupan por nuestros dobles judíos. Así que cuando Hamás nos atacara como judíos, Israel estaría allí para salvarnos como judíos.

Ese era el teatrillo con el que supuestamente me iban a tener controlada, y es una instantánea del sórdido pacto que Israel ofrece a todos los judíos, ahora más que nunca: vale, puede que no te guste la pinta que tiene nuestra actuación (los adolescentes palestinos en la cárcel, el asesinato de periodistas, los partidos abiertamente racistas y antiárabes que han pasado de ser marginales a ocupar algunos de los despachos con más poder del Gobierno de Israel); pero vas a tragar con todo porque, cuando el mundo se ponga otra vez en contra de los judíos —y lo hará, porque Shylock es eterno—, vendrás corriendo aquí, donde están nuestros tanques, nuestros cazas y el arsenal nuclear que ni confirmamos ni negamos que tengamos, porque será el único sitio del mundo donde estés a salvo.

Entiendo el pánico cerval que lleva a muchos miembros de mi pueblo a suscribir ese contrato, porque el mismo trauma se ha transmitido de generación en generación hasta llegar a mí. Pero sigo sin poder firmar; el precio que hay que pagar es demasiado alto. Y no solo para palestinos y judíos. Porque el trato que nos ofreció Erez es

una versión del mismo trato envenenado que se les ofrece a todos aquellos pobladores relativamente afortunados en este planeta fragmentado. Empuña el arma. Acepta las jaulas. Fortifica tu cápsula de salvamento y tus fronteras. Perfecciona a tus hijos. Protege tu marca. Ignora las zonas de sombra. Hazte la víctima.

Pero lo de compartimentar, actuar y proyectar ya no funciona. Las fronteras y los muros no nos protegen del aumento de las temperaturas, de los virus en propagación descontrolada ni del fragor de la guerra. Y los muros que nos rodean a nosotros y a nuestros hijos tampoco se tienen en pie. Porque somos sociedades porosas y conectadas, como han tratado de enseñarnos muchas historias de *doppelgangers.*

De modo que ha de haber otra manera. Otra puerta a una historia distinta de lo que somos.

Cuarta parte
Afrontar la realidad
(Integración)

Si algo significa la palabra *integración*, es esto: que nosotros, con amor, forzaremos a nuestros hermanos a verse tal y como son, a dejar de huir de la realidad y a empezar a cambiarla.

JAMES BALDWIN, *The Fire Next Time* Aparécete en los sueños de tus camaradas y en las pesadillas de tus enemigos; vive en un futuro que nunca llegó: sé un espectro, un recuerdo y un heraldo. Recuérdales que el estado actual de las cosas no fue inevitable hasta que llegó a serlo. No te ocupes de por qué ese futuro que era tan posible fracasó, deja que los vencedores busquen a tientas las respuestas. Sé la pregunta, y no metas prisa a tu impotencia. Un fantasma no necesita tener presencia ni actuación materiales, solo te hace falta destellar.

ALAA ABD EL—FATTAH, *Aún no has sido derrotado*

Capítulo 15
Desensimismarse

A lo largo de mi vida, he perdido el conocimiento varias veces: por fiebre, por hambre, por sed. Pero solo una me he desvanecido.

Tenía diecisiete años, y habían pasado unas semanas desde que mi madre sufrió el primer ictus. Al salir del colegio, fui directamente al hospital, y me la encontré levantada por primera vez. Un fisioterapeuta la estaba ayudando a dar sus primeros pasos con un andador (pronto, cuando le diera el segundo ictus, iba a perder esa habilidad y muchas otras). La observé desde el área de espera a través de un cristal como si fuera la madre de otra persona: los pasos temblorosos e irregulares, el rostro desencajado, la vía con el tubo de alimentación. Y de repente me encontré tendida boca abajo sobre el frío suelo de vinilo.

El vértigo nos invade cuando el mundo que creíamos conocer deja de sostenerse.

El mundo no se sostiene. Los sistemas vitales en los que se apoyan nuestras vidas, las de todos, están enfermos. Se tambalean. Tiemblan. Requieren con urgencia de nuestros cuidados.

Una confesión: en el tiempo que llevo escribiendo sobre mi doble y el mundo del espejo, había previsto en un principio ocuparme de otro tipo de vértigo, uno que tiene que ver con mi auténtico trabajo, si es que *auténtico* significa algo en estos tiempos. Durante casi dos décadas, desde que se rompieron los diques de Nueva Orleans a causa del huracán Katrina, mi investigación, mis películas, mi actividad organizativa y mis conferencias se habían centrado casi exclusivamente en diversos aspectos de la cada vez más profunda crisis climática. Y en casi todo seguía un arco narrativo muy particular, al que le he cogido bastante afición. La historia iba así: la cosa está mal, y está a punto de ponerse mucho peor. Pero podemos

evitar ese «mucho peor» si acometemos un nuevo Plan Marshall / *New Deal* a la misma escala que tras la Segunda Guerra Mundial, uno que transforme toda nuestra economía para que funcione fundamentalmente con el viento y el sol, y siempre que, además, nos demos la oportunidad histórica de combatir cualquier forma de desigualdad que se dé en el mundo.

El pero era que teníamos que hacerlo ya. «Década 0», la llamaban la primera vez que asistí a un congreso sobre el clima organizado por Naciones Unidas en 2009. Llegados a 2014, cuando salió *Esto lo cambia todo*, nos encontrábamos ya casi a la mitad de ese plazo. Entonces, la década 0 empezó a ir y venir. En 2020, basándonos en los estudios científicos más fiables, si bien era demasiado tarde para impedir un calentamiento peligroso, aún estábamos a tiempo de evitar un cambio climático catastrófico, pero, de nuevo, sería necesario rebajar la polución mundial a la mitad en diez años.[1] La buena noticia era que para entonces ya había surgido con fuerza un movimiento intergeneracional por el clima, a la vez que se extendía rápidamente la idea de que la única vía creíble era un cambio sistémico.

Ese mismo año, antes de que nos golpeara la pandemia, había estado trabajando con una intensidad demencial en la campaña por la nominación de Bernie Sanders como candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos, en buena medida porque Sanders se presentaba respaldado por una plataforma disruptiva que reconocía la urgencia de una acción climática transformadora, y porque a él se le veía claramente preparado para la inevitable batalla con los grandes contaminadores. En los meses previos al estallido del covid, y hasta la misma víspera de que se declarara, viajé a cinco estados como delegada de campaña de su política climática, para arengar a las tropas en docenas de mítines y reuniones con voluntarios. En aquellos días apasionantes —como aquel en que la rutilante y trumpista Las Vegas votó abrumadoramente por Bernie—, una parte de mí llegó a creer que podíamos conseguirlo y llevar a Sanders al despacho oval, por improbable que pudiera parecer, incluso para nosotros.[2]

No lo conseguimos (evidentemente). Y ahora otra «última década para salvar al mundo» se nos está escurriendo entre los dedos.

En los primeros meses de pandemia, mientras seguí viviendo en Nueva Jersey, salí a dar uno de esos extraños paseos por caminos desiertos y vi a una vecina conversando largo y tendido con una

ardilla. Parecía feliz, plantada en su porche en albornoz sin que la incomodara lo más mínimo que la vieran en un acto flagrante de comunión entre especies. Como tantos otros, durante aquellos meses surrealistas me permití albergar la esperanza de que, pese a la que habíamos liado, aún tuviéramos una oportunidad de revisar nuestras prioridades colectivas, así como nuestros modos de vida frenéticos y despilfarradores; de que saliéramos del túnel de la pandemia transformados.

Sin embargo, algo cambió después de convivir durante un año con la maldita enfermedad. Puede que el desencadenante fuera la noticia de que las emisiones habían vuelto a aumentar en China, como después lo harían en el resto del mundo. O tal vez fuera cuando Joe Biden empezó a conceder miles de nuevos permisos de prospección de petróleo y gas.[3] O cuando los cruceros llenos de turistas ansiosos por ver los glaciares de Alaska antes de que desaparecieran empezaron a desfilar a lo largo de la costa en donde ahora vivo.

Pero la principal causa de mi creciente desesperación no fue ninguna de esas. Sentí verdadera desesperación cuando los movimientos de masas que tan rápido habían surgido en años recientes —con la declaración de huelgas climáticas, el apoyo a Sanders y a otros candidatos insurgentes y las calles llenas de voces reclamando justicia racial— comenzaron a dividirse y a devorarse a sí mismos desde dentro, a menudo por personas cuyo objetivo era claramente construir su marca personal instigando las disensiones. Como además era el ruido en redes sociales lo que a menudo determinaba el liderazgo del movimiento y escaseaban las vías de exigencia de responsabilidades a esos líderes, los conflictos y la desconfianza se extendieron con facilidad, potenciados por algoritmos que primaban la ira, y alentados por cuentas falsas y *bots* rusos que echaban sal en nuestras heridas abiertas. La lógica depredatoria de las multinacionales que actores anteriores de la izquierda reconocían como nuestro enemigo había arraigado en lo más profundo de nosotros: en las arterias que nos conectaban, en nuestros hábitos mentales, en nuestras mismas células. Parecía que no se podía confiar en nada, y menos todavía los unos en los otros.

Para mí aquello significaba que me había quedado sin vías que ofrecer para alejarnos del desastre que resultaran medianamente creíbles. Ya no veía manera de evitar las consecuencias sociales y

ecológicas que tantos de nosotros más tememos. Esa era la causa más profunda de mi vértigo. ¿Quién era yo, si no podía compartir esa historia de posible salvación?

Fue entonces cuando tomé la extraña decisión de seguir a mi *doppelganger* por sus diversas madrigueras. Más que nada, era una forma de distraerme y no tener que escribir sobre lo que ya no podía negar: que parecíamos estar echando a perder la última buena oportunidad de cambiar. No podía resignarme a escribir eso, yo no. Así que busqué otro tema.

No obstante, cuanto más me adentraba en este recorrido por el mundo de los dobles, más volvía a hallarme en el punto de partida. Cuanto más estudiaba a los *doppelgangers* y los mensajes que transmiten, más importante me parecía el conocimiento para nuestras posibilidades de convertirnos en el tipo de gente que es capaz de desviarse de nuestra senda traicionera.

El yo como marca perfeccionada, el yo como avatar digital, el yo como mina de la que extraer datos, el yo como cuerpo idealizado, el yo como proyección racista y antisemita, el niño como espejo del yo, el yo como eterna víctima. Todos esos dobles tienen una cosa en común: son todos formas de no ver la realidad. De no vernos claramente a nosotros mismos (porque estamos muy ocupados representando nuestra versión idealizada); de no vernos claramente unos a otros (porque estamos muy ocupados proyectando sobre otros lo que no soportamos de nosotros), y de no ver claramente el mundo y las conexiones que nos unen (porque nos hemos fragmentado y hemos bloqueado nuestra visión). Creo que es eso, más que ninguna otra cosa, lo que explica la extraña sensación que nos produce nuestro momento en la historia, con sus reflejos especulares, nuestros yos sintéticos y nuestras realidades prefabricadas. Al final, todo se reduce a qué y a quién no toleramos ver, en nuestro pasado, en nuestro presente y en un futuro que ya se nos echa encima.

Representar, compartimentar y proyectar son los pasos de que se compone la danza de la elusión. ¿Qué es lo que eludimos? Pienso que es nuestro verdadero *doppelganger*. Lo que Daisy Hildyard llama nuestro «segundo cuerpo», el que está enredado en guerras y matanzas de ballenas, el que se beneficia de los genocidios del pasado y aporta sus pequeñas gotas de veneno a las extinciones del futuro.[4] El segundo cuerpo que explota perpetuamente las zonas de sombra para su

confort y en su provecho.

Los eludimos porque no queremos ser esos cuerpos. No queremos que nuestros cuerpos tomen parte en una extinción masiva. No queremos que nuestros cuerpos los envuelvan prendas confeccionadas por otros cuerpos: cuerpos degradados, maltratados y explotados hasta la extenuación. No queremos ingerir alimentos viciados por recuerdos de sufrimiento humano y no humano. No queremos que las tierras en que vivimos sean robadas y sitiadas. No queremos que los niños a los que amamos vivan en un mundo menos vivo, menos portentoso, más aterrador.

¿Cómo íbamos a querer nada de eso? Todo es insufrible. No es de extrañar que nos esforcemos tanto en mirar hacia otro lado. No es de extrañar que levantemos esos muros, físicos y psicológicos. No es de extrañar que prefiramos ver nuestro reflejo, o perdernos en nuestros avatares, antes que hacer frente a nuestras sombras.

James Baldwin, a propósito del doble proyectado sobre él en tanto que hombre negro en Estados Unidos, señaló que todo tenía que ver con la persona que lo proyectaba. ¿Qué veía un hombre blanco al mirar a Baldwin? «A mí, no», aseguraba él. «Veía algo que no quería ver. ¿Y sabes qué era? En último extremo era, sí, su propia muerte. O llámalo problemas. *Problemas* es una buena metáfora de la muerte.»[5]

¡Hay tantas formas de duplicación que son maneras de no mirar a la muerte, o a los problemas! Y la muerte parece terriblemente próxima de un tiempo a esta parte; tan próxima como una pastilla con fentanilo, una cúpula de calor, un crimen de odio, una bocanada de aliento cargado de virus. Mucho más próxima para unos que para otros, como de costumbre, pero no lo bastante lejos para que ninguno estemos realmente tranquilos. ¿Cómo evitamos desviar la mirada, entonces? ¿Cómo podemos mirar de frente a nuestros segundos cuerpos, y a nuestros cuerpos mortales, si no es tirando de compartimentaciones, fingimientos y proyecciones con que ocultarnos de ellos? ¿Qué haría falta para que dejemos de huir? ¿Saber —saber de verdad— lo que ya sabemos?

Siéntete como el coral, como los peces

La no muy sutil alegoría climática *No mires arriba* (2021), del director

y guionista Adam McKay, habla sobre todo de no mirar. Mientras monitoriza el cielo nocturno, la doctoranda de Míchigan Kate Dibiasky —el personaje de Jennifer Lawrence— descubre un cometa que se precipita hacia la Tierra. Por ello, ponen su nombre al cometa y sus colegas aplauden ese momento estelar de creación de su marca personal desde su rinconcito del mundo académico. El problema, claro, es que el cometa en cuestión resulta ser un «destructor de planetas», lo que supone que «cometa Dibiasky» sea lo último que desearía nadie para su marca (o aún peor, la última marca que se asigne a nadie).

Viendo la película desde la perspectiva del colapso de mi marca personal, me dio por pensar que el aprieto en que se ve Kate refleja a la perfección las grotescas contradicciones de este momento trascendental de la historia del planeta: estamos todos atrapados en unas estructuras socioeconómicas que nos empujan a perfeccionar obsesivamente nuestro minúsculo yo, por más que sepamos —aunque solo sea a nivel inconsciente— que estamos apurando los últimos años en que aún sería factible evitar una crisis existencial planetaria. El lienzo del cambio se hace cada vez más pequeño mientras nuestros problemas se vuelven cada vez más grandes.

Algunos de los científicos del clima cuyo trabajo más respeto me merece han llegado a la conclusión de que existe una estrecha relación entre el exceso de atención que dedicamos a nuestro ego y lo mucho que desatendemos el planeta. David Bowman, profesor de Estudios del Fuego de la Universidad de Tasmania, donde los incendios y las sequías han devorado ecosistemas forestales únicos y mágicos, afirma que la lección más urgente que los humanos deben aprender es una muy sencilla: «Lo que pasa es que no somos el centro del universo. Este mundo no se hizo para nuestro disfrute exclusivo».[6] Charlie Veron, un legendario estudioso del coral que se ha pasado la vida investigando la Gran Barrera de Arrecifes (ahora en sus últimos estertores), describe su trayectoria vital como un sacarse a sí mismo del centro de atención a fin de dejar espacio en su cabeza para ver de verdad otras formas de vida, tanto humanas como no humanas. Fue una lección que aprendió por las malas, empezando por la muerte por ahogamiento de su joven hija Fiona, o Noni, una tragedia que le hizo comprender que la vida de la pequeña le importaba más que la suya. Habiendo alcanzado el equilibrio a través del dolor, personal y

ecológico, aspira a disolverse en el arrecife que estudia, a sentirse «como el coral o como un pez».[7] Esto recuerda a la descripción que hace la novelista y filósofa Iris Murdoch de observar algo hermoso, ya sea un pájaro o un cuadro, como «una ocasión para desensimismarse».[8]

Esto es algo urgente, como señala Veron, porque «los que están explotando el planeta son gente que piensa en primer término en sí misma»; gente que es incapaz de salir de sus propias coordenadas ni siquiera por un instante.[9] Por decirlo de otra manera, la crisis climática puede entenderse como un exceso de gases que atrapan el calor dentro de la atmósfera, pero también puede entenderse como un exceso de yo: el producto de toda la energía —literal y figurada— que requiere representar y perfeccionar los yos que tienen la suerte de vivir fuera de las zonas de sombra.

Si el cometa Dibiasky simboliza la mentalidad que nos tiene atrapados en este ciclo, el humilde tránsito que propone Veron hacia el desensimismamiento bien podría ser la clave de nuestra supervivencia colectiva. Porque significa que nuestro papel aquí en la Tierra no es simplemente maximizar las ventajas en nuestra vida (ni tratar de extender nuestro yo más allá de nuestra vida con avatares de «duelo tecnológico»), sino maximizar (proteger, regenerar) toda la vida. Estamos aquí no para garantizar nuestra supervivencia como individuos, sino para asegurar que sobreviva la vida; no para buscar influencia, sino para buscar la vida.

Eso es otra cosa que tal vez nos convendría aprender de nuestros dobles ambulantes: la idea de que cada uno de nosotros tiene un sosias suelto en algún rincón del mundo implica que nadie es tan especial ni tan único como podríamos creernos. Dentro de la casa de los espejos del capitalismo, esta revelación suele contarse como un cuento de terror; es el caso de la película *El doble*, donde el personaje encarnado por Jesse Eisenberg gimotea «me gustaría pensar que soy bastante único».[10] Este debo-matar-debo-apuñalar-debo-ser-el-único-yo-que-quede-en-pie es la reacción a los dobles que recorre toda la literatura, el cine y las religiones monoteístas. Pero también tenemos la opción de ver a nuestros dobles como lo hace el falso Roth: «¡Hurra! ¡No estoy solo en este mundo cruel!».

Eso es lo que yo veo al contemplar el proyecto artístico de François Brunelle *¡No soy un sosias!*, con sus fotografías de cientos de

parejas de personas a las que confunden con el otro. El aspecto más fascinante de esa obra no es que las parejas se parezcan tanto, sino que su reacción a esa revelación está en las antípodas del horror. Las imágenes de Brunelle son enternecedoramente íntimas, con los desconocidos idénticos absolutamente relajados: algunos envuelven al otro con su cuerpo, otros se miran a los ojos, algunos parecen estar divirtiéndose. Se sienten cómodos con su falta de individualidad, muestran interés por esa otra persona que parece su reflejo en un espejo. Me recuerda algo que escribió la filósofa Helena de Bres, que tiene una hermana gemela. Bres confesaba sentir «lástima por quienes sufren la casi inimaginable desgracia de nacer a este mundo solos».[11]

Pero no estamos solos, al menos no tan solos como puede parecernos. La mayoría no hemos disfrutado la intimidad de ser un gemelo, desde luego, pero conectar, experimentar la solidaridad y sentir afinidades son cosas que están al alcance de todos, si es que decidimos guardar con menos celo nuestras barreras. Tenemos seres afines por todas partes. Algunos se parecen a nosotros; muchos no se nos parecen nada y, sin embargo, tienen una conexión con nosotros. Los hay que ni siquiera son humanos. Algunos son corales. Algunos son ballenas. Y están ahí para que conectemos con ellos si conseguimos no ponernos trabas nosotros mismos el tiempo suficiente.

Que quede claro que no tengo intención de hermanarme con mi *doppelganger* como si fuera un pariente con quien había perdido el contacto. Pero los *doppelgangers*, al enredarnos en juegos psicológicos y minar nuestra ilusión de autonomía, pueden ayudarnos a aprender una lección: que no estamos tan separados de los demás como pudiéramos creer. No como individuos, y tal vez tampoco como grupos de individuos nacidos a una diversidad de duelos fratricidas en apariencia eternos.

Lo que yo veo en las fotografías de *¡No soy un sosias!* es un modelo de rendición, no a la mismidad, sino a la interconexión y a la mezcla: la misma lección que la pandemia trató de enseñarnos en aquellos primeros momentos. Nadie se hace a sí mismo: todos nos hacemos y nos deshacemos unos a otros. Niega esa verdad el tiempo suficiente y acabarás en el mundo del espejo, gritando «¡LIBERTAD!» al gélido viento invernal mientras tocas el claxon y declaras que eres un «ciudadano soberano» que no ha de rendir cuentas ante nadie ni ante nada.

Y hablando de ese tema: últimamente he notado que la confusión con la Otra Naomi ha remitido. Se diría que la Naomi Wolf armada, amiga de Bannon y azote de comunistas es ahora por sí sola un fenómeno al que resulta imposible confundir con nadie. Un alivio, sin duda, pero, por extraño que pueda parecer, no lamento que la confusión se produjera. Recordando mi época de intensa dedicación al problema de la *doppelganger*, me doy cuenta de que, pese a sus momentos de innegable implicación personal, al final me ha ayudado a lograr cierta liberación de la tiranía de mi propio yo. Lo que empezó siendo una forma de autodefensa («¡Pienso reafirmarme como dueña de mis ideas, de mi identidad, de mi nombre! ») se fue convirtiendo en una forma de liberarme de mí misma. Al provocar una crisis de mi marca personal (la que siempre negué que tuviera), e introducir una dosis considerable de ridiculez en la seriedad con que alguna vez me tomé mi persona pública, y al mostrarme lo sórdido que es pasarse la vida buscando notoriedad a costa de otros, la Otra Naomi me ha dejado sin más elección que dejar de aferrarme a esa versión performática y fragmentada de mí misma. Y al hacerlo, me he sentido considerablemente más calmada. Y, como me enseñó John Berger hace mucho, «la calma es una forma de resistencia».

La lucha por la propia identidad, cualquiera que sea la forma en que se manifieste (la megalomanía de mi *doppelganger*, mis diversas neurosis, tu tú-sabrás-qué) es una historia en la que el yo ocupa demasiado espacio, igual que la historia de la civilización judeocristiana occidental pone al ser humano —entiéndase al ser humano blanco, varón y con poder— en el centro de la historia de la vida sobre este planeta, creado en su totalidad para servir a nuestra especie. Todo mentira. Ya nos amemos más de la cuenta o nos odiemos más de la cuenta o hagamos ambas cosas (que es lo más probable), no dejamos de situarnos en el centro de cualquier historia. Seguimos tapando el sol.

Es por todo eso por lo que a lo largo de este viaje que ahora concluye he llegado a apreciar el lío de Naomis como un ejercicio budista poco convencional de aniquilación del ego. Nunca acabé de cogerle el tranquillo al desapego antes de pasar por eso; pero creo que, gracias a ella, ya lo he conseguido.

Admito que este es un final demasiado limpio para esta historia. Si representar, compartimentar y proyectarse son todas técnicas para eludir las zonas de sombra, es que ni el desapego budista ni la integración freudiana del inconsciente bastan para ayudarnos a afrontar lo que hemos estado evitando. Nuestras crisis son materiales y profundamente colectivas, de modo que al final solo seremos capaces de soportar unas realidades insoportables si además nos esforzamos por cambiarlas. Eso significa que debemos pasar a la acción (¡acción! ¡acción!) para conseguir que el mundo sea distinto de como es ahora. Debemos intentar, y con urgencia, imaginar un mundo que no requiera zonas de sombra, que no exija el sacrificio de pueblos, sistemas ecológicos y continentes. Más que imaginarlo, debemos comenzar a construirlo desde ya.

Para eso hay que empezar, como hizo siempre la activista y escritora bell hooks, por dar nombre a los sistemas que han forjado las zonas de sombra y las han considerado prescindibles, desechables: capitalismo, imperialismo, supremacismo blanco, patriarcado. Es preciso enseñar esas palabras —y su verdadero significado— a las personas presentes en nuestra vida, para que la próxima vez que alguien les diga que la culpa del sufrimiento y de las cargas que soportan la tienen los globalistas secuestradores de niños, o los inmigrantes que les roban el trabajo, o unos profesores bien intencionados, o los judíos, o los chinos, o las *drag queens* de la biblioteca, no le crean. Y así serán más capaces de luchar. «Podemos ser duros y críticos con las estructuras, pero blandos con las personas», dice el especialista en derechos civiles John A. Powell.[12] Es el discurso contrario al que hoy impera, que tan duro es con las personas y se pasa de blando con las estructuras.

El cambio de actitud para empezar a enfrentarse a las estructuras y repensarlas aún exige otra cosa más: reconocer que no es una labor que podamos hacer por nuestra cuenta, como individuos, con donaciones a oenegés, cursos de formación en diversidad y equidad o exhibiendo nuestras virtudes en redes sociales. Lo cierto es que una de las principales razones de que no soportemos mirar las zonas de sombra es que vivimos en una cultura que nos pide que arreglemos crisis enormes por nuestra cuenta, mejorando nuestra persona. Apoya los derechos laborales comprando en otra tienda. Acaba con el

racismo combatiendo tu propia fragilidad de hombre blanco, o representando al colectivo marginado con el que te identificas en espacios elitistas. Resuelve el cambio climático comprándote un coche eléctrico. Trasciende tu ego con una aplicación de meditación.

Alguna de esas cosas ayuda… un poquito. Pero lo cierto es que ante unos sistemas amañados como los nuestros poco podemos hacer yendo por libre, ya sea a título individual o incluso a través de nuestro propio grupo identitario. El cambio exige colaboración y coaliciones, incluso (y sobre todo) coaliciones incómodas. Mariame Kaba, defensora de la abolición de las cárceles con una larga trayectoria a sus espaldas, y que ha hecho tanto como el que más por imaginar qué haría falta para vivir en un mundo que no identifique seguridad con policía y rejas, formula la lección de forma sucinta, tal y como se la enseñó su padre: «Todo lo que merece la pena se hace con más gente».[13]

Que nuestra situación parezca plantear un desafío excepcional (y en los días malos al borde de lo irremediable) probablemente tenga que ver con la combinación de lo mucho que hemos llegado a esperar de nosotros como individuos y la quiebra de las estructuras (los sindicatos, los vecindarios colaborativos, unos medios de comunicación locales operativos, etcétera) que antes hacían más fácil hacer cosas juntos. Es nuestra fragmentación lo que nos atemoriza, tanto como los propios desafíos.

Y, sin embargo, aun en estos tiempos de inestabilidad, creo que es posible superar en parte esa fragmentación y tejer nuevas relaciones que vuelvan a unirnos. La ola de organizaciones sindicales poco convencionales en multinacionales como Amazon y Starbucks demuestra que muchos trabajadores jóvenes ya están explorando esas formas nuevas. Lo mismo vale para los movimientos de organización de deudores en cuasisindicatos, como el Colectivo de la Deuda o las uniones de arrendatarios y de personas sin hogar que han surgido en muchas ciudades gentrificadas en las que se ha permitido que el precio de los alquileres se dispare hasta cotas imposibles. Al convertir Twitter en su máquina de *vendettas* personal de un día para otro, Elon Musk hizo una demostración insuperable de por qué no podemos dejar nuestro ecosistema de información vital al capricho de multimillonarios y debemos, por el contrario, invertir en alternativas comunitarias que no estén basadas en apropiarse de nuestros datos

azuzando a nuestras peores versiones. Son todas señales positivas. Pero ninguno de esos cambios se producirá lo bastante rápido mientras no seamos más los que desarrollemos formas de suavizar las aristas de nuestros yos individuales y las de nuestros diversos grupos identitarios, de tal modo que sea posible ponernos de acuerdo en torno a una causa común.

¿Somos capaces de hacerlo? Los *doppelgangers*, al despertar en nosotros emociones tan contradictorias, nos advierten de que habrá que luchar por ello. Por un lado, está el horror a la falta de unicidad y singularidad; por otro, el deseo profundo de conectar, de fundirnos con otros, de sentir que se disuelven las aristas del yo. Con o sin *doppelgangers*, la mayoría de nosotros notamos el tira y afloja de esas emociones, como individuos y como integrantes de grupos: queremos separación y singularidad, y queremos unidad y comunidad. Es una tensión fructífera que no es necesario resolver. El problema estriba en el hecho de que nuestra cultura favorezca tanto una tendencia en detrimento de la otra. En nuestra economía de suma 0, es la refriega por la separación lo que se alienta y se recompensa generosamente, mientras que el impulso de obrar de forma solidaria y ayudarnos unos a otros se desincentiva y se sofoca, cuando no se criminaliza directamente.

Este prejuicio en contra de la solidaridad resulta especialmente peligroso en un momento como el actual, en que nuestros diversos *doppelgangers* fascistas se envalentonan cada día más. La lógica supremacista y aniquiladora no encontró en ningún momento una oposición decidida, y ahora jóvenes armados y convencidos de que alguien intenta «reemplazarlos» convierten los supermercados y grandes superficies, las mezquitas y las sinagogas, en mataderos. Y la tendencia va en aumento por las líneas diagonales que conectan a la gente con ideas de supremacía de su raza con la que tiene una fijación con la supremacía de su sistema inmunitario y la perfección de sus hijos.

Enfrentados a unas amenazas tan tangibles, nos hacemos un flaco favor al defender ferozmente las fronteras de nuestra identidad personal y las más extensas de nuestra identidad grupal, étnica, racial o de género. De hecho, si hemos de tomar la historia como guía, eso sería nuestra perdición. Porque cada historia de triunfo de la derecha fascista es también una historia de fragmentación, sectarismo y tozuda

resistencia a una política de alianzas estratégicas dentro de la izquierda antifascista.

Las teorías conspirativas, como hemos visto, son a la vez síntoma de confusión e impotencia y herramientas de división y distracción que benefician a las élites. Pero no son ni mucho menos lo único que nos mantiene divididos; también lo hacen a veces las formas en que hemos aprendido a comprender nuestra propia victimización, y la forma en que esta puede o no estar relacionada con la victimización de otros. Arielle Angel, editora en jefe de *Jewish Currents* y descendiente de supervivientes del Holocausto, escribía hace poco estas palabras:

> Últimamente, siento la amenaza del fascismo en mi cuerpo como si de una vieja fractura de hueso antes de la lluvia se tratara. Es un legado del dolor de mis abuelos, para bien o para mal, y tal vez de antepasados más remotos, que huyeron del fanatismo de monarcas y sacerdotes españoles. En salones particulares y en reuniones de discusión de propuestas, mientras las protestas o los partidos pierden fuelle, mis camaradas y yo debatimos los méritos comparados de unas estrategias sobre otras, sin dejar de admitir que ninguna parece especialmente prometedora. Pero una cosa está clara: vamos a necesitarnos unos a otros. Eso significa seguir sintonizando con la posibilidad de un poder colectivo, en vez de abonarnos a un dolor privativo.[14]

Ese es, en síntesis, el mensaje que deseo transmitir al final de mi viaje por el mundo *doppelganger*: es hora de soltar el lastre de diversas formas de dolor privativo y de individualismo, y buscar una multitud de formas distintas de conexión y afinidad con cualquiera que comparta un deseo de enfrentarse a las fuerzas de la aniquilación y el exterminio y a su mentalidad de pureza y perfección. Frente a la mayor amenaza de los *doppelgangers* (la deriva fascista que ya se está implantando en muchas regiones del mundo), esa capacidad de fundir algunas de las aristas duras y gélidas de la identidad —por más que esas defensas se hayan conquistado con esfuerzo— será necesaria para cualquier esperanza de éxito que podamos tener. No bastará con proteger a «nuestra» gente; necesitaremos la fuerza de la verdadera solidaridad, que define «nuestra gente» como «todo el mundo».

Esa clase de universalismo cuesta. Sobran motivos perfectamente legítimos para que quienes se definen como de izquierdas, en el sentido más amplio, se sientan hartos, enfadados y decepcionados unos con otros, y para aferrarse a esas decepciones como justificación del fraccionamiento en grupúsculos cada vez más pequeños. Pero, en

un momento en que el poder, la riqueza, el armamento y la tecnología de la información se concentran en tan pocas manos, unas manos dispuestas a poner ese arsenal al servicio de los fines más corruptos y temerarios, fragmentarse equivale a rendirse. Contra la oligarquía, contamos únicamente con el poder latente en nuestra capacidad de unirnos. Raza, género, orientación sexual, clase y nacionalidad dan forma a las necesidades, experiencias y deudas históricas particulares de cada uno. Debemos aferrarnos a esas realidades y además tenemos que construir a partir del interés común de cuestionar la concentración del poder y la riqueza, levantando al mismo tiempo nuevas estructuras que sean infinitamente más justas y más gratificantes.

Las cosas casi siempre son más fáciles de decir que de hacer. Pero, si hablamos de unirnos superando barreras aparentemente insuperables, puede que sea más cierto lo contrario: es más fácil hacerlo que decirlo. Si nos quedamos en el ámbito de las palabras, nunca van a faltarnos motivos para fragmentarnos, pero cuando pasamos a la acción con voluntad de cambiar las circunstancias materiales —ya sea sindicalizando nuestros centros de trabajo, frenando desahucios, exigiendo la liberación de presos políticos, construyendo alternativas a la vigilancia policial, deteniendo la construcción de un oleoducto o trabajando por la elección de un candidato insurgente—, esas tendencias, aunque no desaparecen, suelen compensarlas el reconocimiento de unos intereses comunes, el placer de la camaradería y, de vez en cuando, la emoción de la victoria.

Y eso no es todo, como me contó Keeanga-Yamahtta Taylor hace poco: basándose en sus investigaciones como historiadora, además de en su propia experiencia como activista, señaló que los movimientos cambian a las personas que toman parte en ellos. «La lucha nos ayuda a vernos unos a otros», me dijo.[15] «Nos ayuda a romper con nuestro individualismo y con las peculiaridades de nuestras identidades.» Cuando los individuos se organizan para lograr un objetivo, no solo descubren que comparten intereses con otros que podrían parecer muy distintos de ellos (y votar distinto), sino que, además, una sensación nueva de poder emana de esa alianza. «Los combates en que nos involucramos crean condiciones y posibilidades de unirnos, porque clarifican qué es lo que está en juego y la forma en que podríamos

lograrlo», explicaba Taylor.

Eso recuerda una observación que hizo John Berger en un ensayo de 1968 sobre la alquimia de las grandes manifestaciones, huelgas, mítines y sentadas. Tales acciones, decía Berger, no solo demuestran algo a quienes tienen el poder (que la gente está enfadada, por ejemplo, y que tiene la capacidad de cortocircuitar el flujo de los negocios). También demuestran algo a la gente congregada en las calles. Esa gente se da cuenta entonces de que no son simples individuos, con el limitado poder de cada uno, sino que pertenecen a una clase.[16] «La pertenencia a esa clase deja de sugerir un destino común para significar una oportunidad colectiva.» Esas oportunidades se manifiestan de distintas formas: cuando los inquilinos, deudores o trabajadores individuales no pueden pagar las facturas, se ven sumidos junto a sus familias en una crisis; cuando grupos de inquilinos, deudores o trabajadores se niegan a pagar sus facturas, o deciden suspender todos su trabajo, la crisis la sufren sus acreedores, caseros o jefes.

Ese es el poder de la organización colectiva: al ampliar la posible extensión del «nosotros», amplía la percepción de lo posible. Convence a los involucrados de que, contrariamente a lo que se les ha dicho, su dolor no es producto de una carencia personal o de que no trabajen lo suficiente. Lo es más bien de unos sistemas socioeconómicos diseñados cuidadosamente para producir efectos crueles, sistemas que solo pueden cambiarse si la gente deja de avergonzarse y se une para luchar por un objetivo común. Cuando un número suficiente de personas empiezan a creérselo, estamos ante un despertar en el sentido más genuino de la palabra: se construye en tiempo real una nueva identidad de grupo, más amplia y espaciosa que la que había antes.

Freud observó que si uno se encuentra con su *doppelganger* se vuelve un extraño para sí mismo. A nivel individual, eso puede ser muy desestabilizador, como yo he tenido ocasión de comprobar. Pero siendo una activista que se ha perdido repetidamente a sí misma en causas y en multitudes, sé también que volverse un extraño para uno mismo no tiene por qué ser una experiencia terrorífica; a mí me ha hecho sentir trascendente. Cuando unimos fuerzas en movimientos que trabajan en pro de un cambio del calado que los tiempos exigen (que es menos zumos verdes y más *New Deal* verde mundial), eso nos

cambia, y nos convertimos en personas que nos resultan no desconocidas, pero sí sorprendentes. Más valientes. Más esperanzadas. Más conectadas. Más capaces de sentir amor por gente que apenas conocemos.

Y también cambia otra cosa: cuando nuestras acciones empiezan a armonizarse con nuestras creencias, cuando participamos en el trabajo que sabemos que ha de hacerse, nos hacen menos falta los diversos dobles que nuestra cultura nos ofrece, presentándolos como una buena vida. El atractivo de disolvernos en nuestros avatares digitales disminuye (ya sea la idea de Bannon de Áyax encarnado en él en la vida real o los diversos *influencers* rutilantes que se desvanecen en el éter con una pirueta). Como dijo Marx de la religión, los dobles son nuestro opio; los necesitamos menos cuando hay menos dolor y disonancia de los que escapar.

Aunque no es frecuente, yo lo he visto. He estado en fábricas tomadas por sus trabajadores y en plazas ocupadas por gente henchida de fervor revolucionario; he vivido momentos en que todo aquel con quien te cruzas es tu camarada político y tu amigo de toda la vida, los dos en uno. Y de nuevo en esa carrera presidencial estadounidense que unió a millones al grito de tres palabras que empezaron siendo un eslogan y se convirtieron en una especie de plegaria por la justicia social: «Yo no. Nosotros». El momento decisivo de la campaña se produjo en un mitin celebrado en el barrio neoyorquino de Queens. Fue ahí donde Sanders, frente a una multitud de 25.000 personas, hizo algo que no había hecho hasta entonces. Animó a cada uno de los presentes a mirar a alguien que tuviera cerca, a alguien a quien no conociera, «quizá a alguien que no se parece mucho a ti, que tal vez profese otra religión, que tal vez venga de otro país... La pregunta que ahora os hago es si estáis dispuestos a luchar por esa persona a la que ni siquiera conocéis tanto como lo estáis a luchar por vosotros mismos».[17]

¿Lucharían por acabar con la deuda estudiantil, aunque ellos no tuvieran que pagarla? ¿Lucharían por el derecho de personas que aún no habían nacido a vivir su vida a salvo del desastre climático? En el clamor de la multitud, la gente no solo se conmovió: la gente se transformó. Los transformó el poder representado por la idea de alzarse y luchar, dejando atrás la concepción más estricta del yo y de la identidad.

El problema es que una campaña presidencial no puede cumplir una promesa así. Por definición, una campaña electoral tiene una duración limitada, y acaba con la victoria o la derrota del candidato. Cuando Bernie perdió y llegó ese final, el desensimismamiento que con tanta intensidad habíamos sentido durante la campaña pareció morir con ella. Recluidos en casa por la primera ola de confinamientos estrictos, separados del movimiento que nos había mantenido juntos, muchos de los que nos habíamos sentido embargados por el poder del «nosotros» nos sentimos arrojados de golpe a un insondable mar de «yos».

Aun así, habíamos vislumbrado lo que era posible, y aprendido una lección vital: unas elecciones son un contenedor demasiado fugaz e inestable para ser vehículo de un mensaje tan importante como «Yo no. Nosotros». Pero eso no quiere decir que el mensaje estuviera equivocado.

Reconstruir los caminos que no hemos tomado

Esto nos lleva a una última forma de entender el fenómeno de los *doppelgangers* y los mensajes que transmiten, una que puede resultarnos útil si pensamos en el difícil trabajo colectivo que tenemos por delante. Freud teorizó acerca de que la figura del *doppelganger* es recurrente en la cultura porque la idea de que haya duplicados de nosotros representa las enormes posibilidades que encierra nuestra vida. Somos el producto de una serie de decisiones, tomadas por nosotros mismos y también por otros. Pero según Freud esas no son las únicas opciones que tenemos. Están también «todas las posibilidades que, de haberse materializado, podrían haber conformado nuestro destino, y a las que nuestra imaginación sigue aferrándose, todos los esfuerzos del ego que se vieron frustrados por unas circunstancias adversas, todos los actos de volición reprimidos que alimentaron la ilusión del libre albedrío».[18]

Vista así, la idea de que tengamos un duplicado paseándose por ahí representa los caminos que no tomamos. ¿Quiénes seríamos si las elecciones que marcaron nuestra vida hubieran sido un poco —o radicalmente— distintas? ¿Qué versiones latentes de nosotros existen

pero nunca tuvieron ocasión de materializarse porque escogimos un camino en vez de otro, o porque viviéramos en un tipo de sociedad y no en otro?

Ese es el tipo de *doppelganger* que exploran las historias multiversales como *Todo a la vez en todas partes*. En esa película, Michelle Yeoh interpreta a una inmigrante en Estados Unidos, sobrecargada de trabajo, que debe lidiar con un marido que le ha presentado una demanda de divorcio, una hija a la que no sabe cómo amar, un padre para el que es una decepción y una lavandería que se enfrenta a una auditoría del Gobierno. Pero entonces esta mujer esclavizada resulta ser una superheroína capaz de viajar por el multiverso, que en un universo alternativo es una glamurosa estrella de cine (los directores utilizaron metraje real de Yeoh en la alfombra roja en estrenos anteriores). La película, y especialmente esa secuencia, destaca la fina membrana que nos separa de la vida que cualquiera de nosotros habría acabado teniendo de haber sido otras las circunstancias. La decisión de tener un hijo cierra la puerta a algunas vidas posibles y abre otras. Y lo mismo ocurre con aceptar un trabajo o no aceptarlo.

Sin embargo, todos sabemos (o deberíamos saber) que las opciones de que disponemos no son en absoluto fruto del azar. Se amplían o se contraen drásticamente dependiendo de en qué país hayamos ido a nacer, en qué cuerpo, con qué sexo, en qué raza, en qué familia. No solo las vidas individuales encierran posibilidades de tener un doble; también las tienen sociedades enteras. Porque todos encarnamos ese ser dos personas distintas de Philip Roth. Bondadosos e insensibles. Compasivos y ferozmente egoístas. Abiertos con los demás e hirientemente cerrados.

Zambullirme en la cultura *doppelganger* me ayudó a sintonizar con muchos ejemplos de esa dualidad, tanto en mí como en otros. Casos extremos, como el de Hans Asperger, que pasó de ser un médico curioso y que se preocupaba por personas como mi hijo a enviar a la muerte a niños que eran algo distintos. O hasta mi propia cultura judía, y la forma en que pasó de ser un espacio de debates valientes y elásticos a la rígida ortodoxia del conmigo-o-contra-mí que solo ahora empieza a resquebrajarse. O la cantidad de gente que se sumó a las protestas que exigían justicia racial en 2020, llena de esperanza revolucionaria ante la perspectiva de transformar la sociedad sobre

unos principios de igualdad y cuidados, y luego, al cabo de un año, muchas de esas mismas personas parecían inalcanzables, perdidas, entregadas a la desesperación, y a veces a la conspiranoia. «Si nunca has creído que tuvieras derecho a nada, es menos probable que te revuelvas contra otros que contra ti mismo», me dijo Keeanga-Yamahtta Taylor.[19] Cada caso es distinto, pero todos estamos rodeados de muestras de distintas personas que habríamos podido ser, y aún podríamos llegar a ser, en circunstancias un poco diferentes.

Tomemos el caso de esos dos convoyes de camioneros: el que armaba ruido y el más tranquilo que, ocho meses antes, se había convocado en solidaridad con comunidades indígenas que lloraban a sus hijos robados. El contraste no podía ser mayor. Una forma de verlos sería que unos eran los buenos y otros los malos. Un convoy, el progresista; el otro, el reaccionario. Ese sería un binomio reconfortante en el que elegir, y, en cierto modo, es como he presentado la historia. Pero ahí es donde el terreno se vuelve pantanoso: algunos camioneros tomaron parte en los dos. En junio de 2021, sintieron compasión y solidaridad; en febrero de 2022, rabia y superioridad moral. Eran, como todo el mundo, una cosa y la otra. Y circunstancias que diferían ligeramente —sociales, políticas, económicas— hicieron aflorar distintas facetas suyas.

Cuando trato de entender a la Otra Naomi, veo algo parecido. Ella también es una cosa y la otra. Siendo una joven autora, contribuyó a inspirar a un sinnúmero de mujeres a hacerse feministas. En su madurez, tomó posiciones que exigían verdadero coraje moral, como cuando salió de aquella sinagoga o compartió su plataforma con gente a la que le llovían los misiles. También ha hecho, sobre todo recientemente, multitud de cosas muy dañinas, y creo que muchas de las razones que hay detrás son perfectamente anodinas: por un deseo de llamar la atención, para halagar su ego, por dinero; tal vez la impulsara el afán de demostrar que tenía razón y que todos los que la criticaron estaban equivocados. Pero sus instintos más bajos los exacerbó en gran medida una cultura que otorga un valor infinito a la atención que uno despierta y al dinero, y que crea herramientas de información que parecen diseñadas para convertir la metedura de pata de cualquiera en una oportunidad para el escarnio público, la burla, el abandono y la humillación, a una escala hasta hace poco inconcebible.

Eso, supongo, es otra forma de decir que mi *doppelganger* no se

parece a mí. Se parece a nosotros.

Una lucha entre preocuparse y despreocuparse

Al final, la pregunta que me hago no es la que tanto me hacen sobre ella (¿cómo es que aquella persona se convirtió en esta otra?), sino esta: ¿qué clase de sistema es más fácil que active lo mejor que hay en nosotros y que pueda sostener el fuego que aviva una protesta, o una rebelión de verano, o una campaña presidencial?

Sally Weintrobe, una psicoanalista especializada en la crisis climática, sostiene: «Pienso que el primer paso para construir una sociedad más centrada en los cuidados es no olvidar nunca que cuidar de los demás y desentendernos de ellos son facetas integrantes de cada uno de nosotros, y que cada una busca expresarse y dominar a la otra».[20] En otras palabras, todos nosotros (no solo esos pérfidos «otros») libramos una lucha permanente con nuestro «esto y lo otro». El problema es que vivimos en una sociedad que anima y recompensa a la parte de nosotros que es indiferente a los problemas de los demás, y además nos pone trabas para preocuparnos por quienes no forman parte de nuestra familia más cercana (y a veces, incluso por quienes sí) de una forma mínimamente sostenible. De modo —argumenta Weintrobe— que si queremos que más gente tome mejores decisiones (no comprar trastos inútiles como forma de consuelo, no divulgar desinformación para acumular *likes* y ganar influencia, no ver en la vulnerabilidad y las necesidades de otros una amenaza a nuestros propios intereses) necesitamos estructuras y sistemas mejores.

No sorprenderé a nadie si digo que yo, personalmente, pienso que el jurado declara culpable al capitalismo, porque aviva nuestros instintos más indiferentes a los demás y nos está fallando en todos los aspectos que importan. Lo que necesitamos son sistemas que estimulen lo mejor de cada uno, esa parte de nosotros que quiere mirar al mundo en crisis que nos rodea y colaborar en las labores de reparación. Sistemas que hagan más fácil, en cosas grandes y pequeñas, que el cuidado de los demás gane su batalla contra la indiferencia.

La Viena Roja sigue viva

Ahí, entonces, hay una posible puerta de salida del mundo *doppelganger*: formas de organizar las sociedades que en su día estuvieron sobre la mesa, que hasta se intentaron, y que podríamos volver a intentar. Si escarbamos lo suficiente en cualquier cultura, encontraremos formas alternativas de resistir y de vivir, y hasta algunos modelos que se han conseguido proteger celosamente de la apisonadora que pretende llamarse «progreso» y «civilización». En este libro, he tratado de sacar a la luz algunas de esas vías alternativas, y a menudo olvidadas, de resistencia y de vida que no se exploraron en la tradición a la que pertenezco (judía, de izquierdas). Modelos como el Bund de trabajadores judíos y su voluntad de integrarse en una alianza multiétnica de trabajadores. O como su compromiso con el aquí y ahora, de luchar por la justicia allá donde estuvieran: una idea muy aplicable a nuestro tiempo, en que tantos millones se ven forzados a mudarse y encontrar un nuevo hogar y necesitan un marco que les permita reclamar su derecho a estar «aquí», sea donde sea. O el socialismo democrático que Rosa Luxemburgo entendía como única alternativa a la barbarie.[21] Las ideas que dieron forma a nuestro mundo nos están fallando, pero siempre hay otras lógicas y otras ideas que elegir. Ideas sobre cómo proteger culturas, lenguas e identidades sin necesidad de levantar una muralla fortificada alrededor de las fronteras nacionales. Sobre unidad y solidaridad entre todos los pueblos forzados a cargar con traicioneros dobles oscuros. Un nuevo relato tejido sobre una labor de retales de relatos anteriores.

Pienso en Abram Leon escribiendo su libro *La cuestión judía* mientras se estrechaba el cerco de los nazis, explicando en detalle de qué forma las conspiraciones racistas desvían el foco del capitalismo a las cábalas. Escribió esas palabras mediada la veintena, sabiendo que millones de personas ya habían muerto y que tal vez sus ideas fueran pronto todo lo que quedase de él, pero tenía suficiente fe en las ideas como para sentarse a escribirlas; lo que significa que están disponibles para quien las quiera.

Esto no va de «¿qué habría pasado si...?». ¿Y si a quienes entendieron a Hitler como un *doppelganger* del proyecto colonial —como lo expresaron W. E. B. Du Bois, Aimé Césaire, Walter Benjamin y Abram Leon— se les hubiera hecho caso hace ochenta años? No se los

escuchó. Pero aún no es tarde para escuchar, y dejar que lo que escuchemos influya en qué hagamos después. Se nos ha dicho que las cosas son como son y no pueden ser de otra manera, porque supuestamente todos los demás modelos se han probado y han fracasado. Sin embargo, no todas esas ideas sobre formas distintas de ser, de pensar y de vivir fracasaron; muchas, más bien, cayeron aplastadas por la violencia política y el terror racial. Ser aplastado no es lo mismo que fracasar, porque lo que fue aplastado puede revivir, ser imaginado de nuevo. Según Freud, los *doppelgangers* representaban caminos no emprendidos, opciones desechadas. También podríamos optar por verlos como recordatorios de caminos que aún se pueden explorar, de pasados que aún son pertinentes en nuestro presente.

Pienso sobre todo en la Viena Roja, y en la extraordinaria sociedad, centrada en los niños, que levantó sobre las ruinas de la Primera Guerra Mundial. Ese experimento cayó bajo la bota de las fuerzas fascistas, pero el espíritu que levantó palacios metafóricos para los niños para así derribar prisiones fue un enorme triunfo. Los socialdemócratas se organizaron a todos los niveles —desde los centros de trabajo a los barrios y a los cargos electos— y llevaron a cabo políticas que fueron inmensamente populares y efectivas. Ejércitos de cuidadores. Pañales y ropa de bebé gratuitos. Viviendas sociales luminosas para los trabajadores, de las que muchas todavía siguen en pie. Parques y piscinas. El derecho a disfrutar de la naturaleza. Los planteamientos artísticos y creativos de la educación infantil. La negativa a excluir a los niños pobres o neurodiversos. El empeño en acoger a refugiados y víctimas del odio étnico. Su compromiso de ofrecer una alternativa a los males del nacionalismo que arrasaban el continente por aquel entonces.

La Primera Guerra Mundial mutiló a una generación de soldados en los campos de batalla y luego los abandonó, lisiados, a la vez que creaba innumerables huérfanos. Fue en ese contexto en el que la visión utópica de la Viena Roja transformó una ciudad empobrecida y azotada por la enfermedad en un faro que iluminó otra forma de vivir, de relacionarse, a pesar de las imperfecciones y deficiencias. O, más exactamente, por las imperfecciones y las deficiencias.

Leanne Betasamosake Simpson, una escritora y artista del pueblo michi saagiig nishnaabeg, me dijo algo hace más de diez años en lo que todavía pienso a menudo. Estaba hablando de vivir en una parte

de Ontario que era un foco de polución industrial y de sus ganas de mudarse a un entorno natural más «impoluto». Pero, dijo: «Si pienso en la tierra como mi madre, o como una relación de familia, yo no odio a mi madre porque esté enferma, o porque hayan abusado de ella. No dejo de ir a verla porque haya pasado por una relación abusiva y tenga cicatrices y moratones. En todo caso, has de estrechar esa relación».[22] La visitas más a menudo, incluso. Yo, como hija de una madre que acabó gravemente discapacitada y madre de un hijo con algo catalogado oficialmente como una discapacidad (aunque nosotros preferimos verlo como una forma distinta de ser humano), me identificaba con sus palabras a muchos niveles. La forma en que Simpson lo formula es un llamamiento a que nos ocupemos del estado de este mundo nuestro, enfermo y dañado, pero no para utilizarlo como excusa para desentendernos e ir en busca de la perfección. Al contrario, cuando la necesidad nos rodea, se nos está llamando a ser mejores cuidadores.

La teórica de los derechos de los discapacitados Sunaura Taylor ha pensado y escrito mucho sobre lo que puede significar una sociedad basada en los cuidados en estos tiempos de *shocks* planetarios y catástrofes encadenadas. Taylor ve muchos paralelismos entre el estado del mundo natural y el estado en que se encuentran tantos cuerpos y mentes discapacitados que se preguntan cómo pueden vivir en este mundo. La crisis ecológica no es un simple binomio de salud y muerte, sostiene. Sí, hay especies que se están extinguiendo y ecosistemas que ya no pueden sustentar la vida. Pero el estado más común de nuestros suelos empobrecidos, de los cauces agostados por las sequías de nuestros ríos, de las criaturas salvajes diezmadas y de los bosques sobreexplotados es el de disfunción crónica, y el medio ambiente afectado es «precario, dependiente, abundante en pérdidas y en luchas, necesitado de ayuda, de espacio y de formas creativas de cuidarlo».[23] Y agrega:

> Como persona discapacitada, reconozco en esto una discapacidad [...]. Con lo que estamos viviendo ahora mismo y lo que viviremos durante las próximas décadas, aun en las hipótesis más optimistas, es con la parálisis ecológica masiva de un mundo que no se acaba en lo humano, una parálisis que está absolutamente ligada con la discapacitación de seres humanos. A la vista de esto, parece de vital importancia reflexionar sobre qué formas de cuidado, tratamiento y asistencia va a requerir esta era de la discapacidad.

El reto que ella se plantea es la antítesis de la búsqueda de la perfección individual y la optimización de la fuerza, que tanto daño ha hecho en la época del covid. También es netamente distinto de las formas que muy a menudo se convierten en moneda corriente en la economía de los cuidados, y que son puntos que nos separan más que posibilidades de conexión. El enfoque de Taylor parece especialmente apremiante, dado que es fácil que el covid persistente, sobre todo tras múltiples reinfecciones, se convierta en un fenómeno de discapacitación masiva, con gran número de personas anteriormente sanas y en buena condición física teniendo que lidiar con nuevas limitaciones para las que no hay un arreglo rápido.

Taylor no niega que la discapacidad pueda suponer una verdadera pérdida (tanto para humanos como para no humanos), pero apela a un «ambientalismo de los lesionados: la insistencia en luchar por un mundo en que los lesionados puedan florecer».[24] No se trata de caridad o beneficencia; ninguno somos inmunes a sufrir daños. En cierto sentido, a todos nos ha hecho daño este mundo, o nos lo hará o haremos daño nosotros. Como todo lo que proyectamos sobre otros, las lesiones y la discapacidad no van a limitarse al «otro lado»; al final nos tocarán a nosotros: a nuestro cuerpo, a nuestra familia, a los lugares que amamos. Si no logramos construir infraestructuras de cuidados, las crueldades y el desquiciamiento de la época del covid serán solo un pequeño adelanto de la barbarie que se avecina. Taylor ofrece una visión del otro lado de la puerta de salida de la cultura *doppelganger*: una sociedad sin víctimas ni lugares propiciatorios, un mundo que ya no requiera zonas de sombra. Poner fin a la huida de nuestros segundos cuerpos. Una verdadera integración.

Visión doble

He calificado en estas páginas al colonialismo de práctica violenta y aniquiladora, y lo es. También se me ocurre que para los primeros colonos europeos de estas tierras debió de ser aterrador ir a lugares que ni conocían ni entendían, lugares que para ellos no tenían historias, ni mitos ni carácter sagrado. Una de las formas en que intentaron orientarse fue dando a esas tierras tan nuevas para ellos el nombre de otras más familiares, o sus propios nombres. En la parte del

mundo en la que vivo, las ciudades suelen llevar el nombre de hombres que llegaron con sus familias a mediados del siglo XIX y tuvieron la audacia de dar a la tierra sus apellidos. Gibsons. Roberts Creek. Wilson Creek.

Poco a poco, están ganando visibilidad los verdaderos nombres de esos lugares, y los hombres que están detrás y debajo de esos otros. Ahora, los indicadores verdes que cuelgan en las autopistas tienen a menudo dos nombres: se puede leer en ellos TS'UKW'UM (WILSON CREEK) o XWESAM (ROBERTS CREEK); ambos mundos ocupan el mismo espacio. Emparejamientos que son un reto, el de retener en nuestra conciencia los nombres que dieron los colonos a unos lugares que apenas conocían y los que la nación shíshálh les dio y nunca dejó de usar. Esos indicadores nos invitan a quienes no tenemos sangre indígena a tener una doble conciencia: a recordar que vivimos en una nación que se impuso a otras naciones y trató de relegarlas —junto con sus miembros, sus lenguas, sus culturas y sus formas de conocimiento— a las zonas de sombra.

Los indicadores de carretera verdes son supuestamente una muestra de lo que nuestro Gobierno llama «reconciliación», una consecuencia menor de la desgarradora investigación que ha llevado a cabo la Comisión para la Verdad y la Reconciliación sobre los crímenes de los mal llamados internados. Son una realidad que dista mucho de la reconciliación, pero lo que hacen los indicadores es visibilizar la falta de reconciliación. Es el más tímido de los principios, pero sugiere de forma amable de qué modo podríamos encarar algunas de las verdades más duras y que con tanto empeño hemos preferido ignorar.

Mientras acababa de escribir este libro, murió la reina Isabel II, a la edad de noventa y seis años; tuvo una buena muerte, una muerte inexorable y nada trágica. Gran parte del mundo anglófono entró en una especie de duelo contrito, un tipo de duelo colectivo que nuestra cultura no había declarado por muchas otras muertes: malas muertes, muertes evitables, muertes prematuras, muertes trágicas. Estando en Londres, les decía a unos amigos en broma (de mal gusto) que al menos en Canadá seguíamos teniendo una reina: la llamada Reina

QAnon, que vive no muy lejos de mi casa y publica todo tipo de edictos ridículos.

En el fondo, no bromeaba. Sinceramente, no tengo claro por qué nadie habría de considerar absurda una reina y perfectamente razonable otra. Me da la impresión de que es la misma fantasía la que opera siempre que alguien se atreve a ceñirse una corona, o a trazar una línea en el suelo y declarar la existencia de un nuevo país (sobre todo si el país ya tiene dueños, como es siempre el caso). En esas tierras concebidas para convertirse en *doppelgangers* de otras tierras («Nueva» York, «Nueva» Inglaterra, «Nueva» Francia, «Nueva» Gales del Sur, etcétera), creadas por decreto por hombres enfundados en mantos diversos en lugares lejanos, cuando empecemos a distinguir los hechos de la ficción, las fantasías de las realidades, aún habrá de pasar mucho tiempo hasta que demos con alguna cosa sólida. Si algo admiro de los diagonalistas y demás habitantes del mundo del espejo es que aún creen en la idea de cambiar la realidad; una aspiración, me temo, a la que de este lado del espejo muchos hemos renunciado. No deberíamos inventarnos los datos como hacen ellos, pero sí tendríamos que dejar de tratar muchos sistemas creados por el hombre —como las monarquías, los tribunales supremos, las fronteras y los ultrarricos— como si fueran inmutables e irreformables. Porque cualquier cosa que hayan inventado unos humanos pueden modificarla otros humanos. Y si nuestros sistemas actuales son una amenaza para la esencia misma de la vida (que lo son), es que hay que modificarlos.

Cuando el mundo que creíamos conocer ya no se sostiene, nos asalta el vértigo. El mundo que conocemos se está derrumbando. No pasa nada. Era un edificio que se mantenía en pie a base de negaciones y desautorizaciones, de negarse a ver y a saber, de espejos y sombras. Tenía que desplomarse. Ahora, entre los escombros, podemos construir otro más fiable, que merezca más nuestra confianza, más capaz de sobrevivir a los *shocks* que están por venir.

Epílogo
¿Quién es el doble?

> Me vi sacudido por una duda metafísica. ¿Era yo el impostor desde un principio? ¿Era yo el Otro?
>
> GRAHAM GREENE, *Vías de escape*

Tengo preguntas para mi *doppelganger*. Un montón. Sobre su alianza con Steve Bannon y sobre su asociación con fascistas declarados. Sobre los miles de personas que murieron de covid porque temían que las vacunas las mataran, o mataran a sus hijos, o les impidieran tener hijos. Sobre su rifle y sobre cómo cree que encaja con todas las demás armas de fuego. Sobre lo que le hicieron sus seguidores a aquel restaurante de Oregón con propietarios negros. Sobre por qué no parece preocuparla la revocación de la sentencia del juicio de Roe contra Wade, que volvió a abrir la puerta a la prohibición del aborto. Sobre lo que realmente pasó cuando empezó a denunciar la situación en Palestina para luego dejar de hacerlo inopinadamente.

Tenía muchas ganas de hacerle esas preguntas a Wolf. Elaboré una lista y le pedí una entrevista. Hice el seguimiento enviando correos a su web, a su editor y a su cuenta personal. Pedí ayuda a un amigo mutuo, uno de los pocos que no había cortado lazos con ella. Le escribí diciendo que, aunque tuviéramos desacuerdos políticos, podía prometerle un debate respetuoso. Le dije que podíamos colgarlo en *The Intercept*, confiando en que viera la ventaja de hacerlo cuando estaba promocionando su último libro.

No hubo respuesta. Por entonces, mi doble colaboraba con docenas de medios de ultraderecha, donde la trataban como lo que ella parece creerse: una profetisa, una Casandra, una víctima perseguida por fuerzas poderosas, una heroína por insistir en proclamar sus verdades pese a todo. Yo no parecía tener nada que

pudiera interesarle.

Una pena. Si hubiera accedido a la entrevista, le habría hecho todas esas preguntas, y una más. Le habría preguntado si se acordaba de mí.

Corría enero de 1991; yo tenía veinte años y ella, veintiocho. Se acababa de publicar *El mito de la belleza*, que alcanzó gran repercusión en el Reino Unido. A un miembro del claustro de mi universidad le había impresionado, e invitó a aquella joven feminista emergente a dar una charla en la sala social de una de nuestras residencias de estudiantes, meses antes de que se convirtiera en una superestrella en América del Norte. Como yo era la benjamina de las feministas del campus, me llamaron para preguntarme si me gustaría entrevistar a Wolf para el periódico universitario, *The Varsity*. Nunca había entrevistado a un escritor. Dije que sí.

En la sala de aquella charla no seríamos más de treinta; así de reciente era su salto a la fama. Nos sentamos con las piernas cruzadas sobre una alfombra barata y enorme a escuchar a Wolf contarnos qué fuerzas poderosas habían desarrollado unos ideales de belleza inalcanzables justo cuando mujeres jóvenes como nosotras estaban por fin a punto de romper los techos de cristal que habían cerrado el paso a nuestras madres. Esa era la razón por la que muchas nos matábamos de hambre, nos amordazábamos y gastábamos valiosas neuronas odiando nuestro cuerpo o soñando con cirugías plásticas en vez de hacer lo que habíamos ido a hacer. Todo eso nos agotaba, nos distraía y nos privaba del poder y del lugar que nos correspondían en el mundo.

Estuve sentada en la primera fila, embelesada. No era por el contenido de la charla, al que apenas presté atención. En mi rápida lectura de *El mito de la belleza*, no había encontrado nada que resultara novedoso o revelador para alguien como yo, criada por una feminista de la segunda ola que había rodado un documental sobre la pornografía once años antes. Ese mismo curso, antes de su visita, mis amigas y yo habíamos organizado proyecciones del documental *Killing Us Softly*, que deconstruía las representaciones de la belleza y la docilidad femeninas en la publicidad, el mismo asunto que trataba *El mito de la belleza*.[1] En el turno de preguntas, una de mis amigas le preguntó educadamente por qué tenía tan poco que decir sobre la especial presión a la que estaban sometidas las mujeres negras y

asiáticas para que se aclararan la piel y se hicieran blefaroplastias en los párpados superiores a fin de ajustarse a los ideales de belleza eurocéntricos. Ya entonces íbamos muy por delante de ella.

Sin embargo, nada de eso le restaba magnetismo, porque lo que sí resultaba revelador era su persona. El hecho de oír esas palabras sobre la belleza en boca de alguien tan joven, tan segura de sí misma y tan canónicamente guapa. Era como una hermana mayor fumadora de marihuana que hubiera alcanzado la mayoría de edad en los desaforados años de la década de 1970, mientras que a nosotras la adolescencia nos pilló en los rutilantes y sofocantes años ochenta. Podría parecer un detalle sin importancia, pero Wolf no vestía como una escritora de éxito. En aquella época, llevaba vaqueros gastados y camisetas. En su foto de autora lucía una cazadora de cuero. Y encima, había escrito un libro que había captado la atención del público. Un libro importante sobre ideas importantes.

Jamás se me había pasado por la cabeza que eso fuera posible. No fui una de esas jóvenes que trazaban el mapa de sus carreras profesionales en la pubertad. No era miembro de ningún club ni me había marcado objetivos en la vida. Me habían expulsado una vez del instituto, y suspendí casi todo en el primer ciclo universitario cuando mi madre cayó enferma, antes de entrar por fin en la universidad, donde no acabé la carrera. No me hacía ni la idea más remota de cómo sería mi vida de adulta, más allá de la vaga sensación de que quería hacer algo que tuviera que ver con palabras y que me permitiera viajar y costearme un *loft* como el que había visto en la serie de televisión *Luz de luna*. Pero ¿y lo que había hecho Wolf, escribir un libro sobre ideas e interesar a un público mundial antes de cumplir los treinta? Me pareció algo a lo que valía la pena aspirar.

Una vez finalizado el turno de preguntas y mientras los asistentes empezaban a mezclarse, me presenté como la periodista y estudiante con el mismo nombre de pila que ella que había concertado una entrevista.

Wolf clavó sus ojos en los míos.

«Sabía que eras tú», dijo. «Tienes pinta de que te acaben de violar.»

Aún siento la sacudida que sus palabras desencadenaron en todo mi cuerpo. Era un comentario absolutamente fuera de lugar, algo de lo que me doy cuenta ahora. Visto en retrospectiva, también era una

advertencia temprana de cierta propensión a sacar conclusiones antes de conocer todos los hechos, o al menos algún hecho. Y al recordar el aplomo con que pronunció esas palabras, siento lo mucho que anhelaba intimar, así como su compulsiva necesidad de saber de todo, de ser la experta en todas sus interacciones. Como desde entonces algo he aprendido sobre las técnicas de los líderes carismáticos en los mundos superpuestos de la espiritualidad, el bienestar de las mujeres y las conspiraciones, ahora lo entiendo como una jugada de libro en el juego del poder: creo que Wolf estaba afirmando su acceso a alguna veta especial de conocimiento para ganarse mi confianza desde el minuto 1.

Nada de eso se me pasó por la cabeza en aquel momento, porque la impresión que me produjo entonces fue que Naomi Wolf me estaba mirando directamente al alma.

Sí que la entrevisté sobre *El mito de la belleza*, en el vestíbulo de la sala social, y publiqué la entrevista a toda página en *The Varsity*, justo al lado de un artículo que denunciaba la primera guerra del Golfo («Fuera EE. UU. del golfo: ¡No más Vietnams!»). Y hablamos de más cosas aparte del libro. Su truquito para ganarse inmediatamente mi confianza había funcionado, y me abrí en canal con ella. No, no acababan de violarme, al menos no recientemente. Pero me hallaba en medio de una agresión de otro tipo. La primera *intifada* estaba en su apogeo, y una semana antes yo había publicado en nuestro periódico universitario un virulento artículo sobre las violaciones de los derechos humanos por parte de Israel. Y había desencadenado reacciones tormentosas, como haría Wolf dos décadas y media después. Hubo excomuniones furibundas y amenazas de muerte, y miles de ejemplares del periódico aparecieron en la papelera que había frente a nuestra redacción. Se montó una campaña para que los donantes a la universidad amenazaran con retirar su financiación si no se sancionaba a la revista, y al menos uno lo intentó, sin éxito. Supongo que fue mi primera experiencia con lo que hoy llamamos cultura de la cancelación.

De modo que es posible que Wolf detectara en mí alguna señal de trauma; solo que aventuró mal la causa. Cuando le expliqué la situación, su actitud fue tranquilizadora. Me dijo que yo tenía una historia que contar y me animó a escribirla. Me dijo que me ayudaría a vendérsela a *The New York Times*; su novio era uno de los editores.

Escribí la historia, y el *Times* la rechazó (lógicamente), pero me la publicaron en una pequeña revista feminista llamada *Fireweed*, en un número especial de denuncia de la ocupación israelí y la colonización de Palestina. Fue mi primera publicación profesional; acaricié la portada, suave y acharolada, sin salir de mi asombro.

Después de conocernos, Wolf y yo seguimos en contacto durante algún tiempo. Recuerdo una conversación que mantuve con ella una noche, en la que le confesé mi incapacidad para superar la timidez. Era como si flotara por encima de mi cuerpo, observando, incluso en las situaciones más íntimas, siempre criticando, corrigiendo mis fallos. («No sé cómo ser yo misma. Es como si estuviera siempre fuera de mi cuerpo», le dice Simon a su *doppelganger* en *El doble.*)[2] Wolf me ofreció una explicación: «Es la mirada del macho», dijo, y me dejó convencida de que tenía razón.

Perdimos el contacto poco después, y solo seguí su trabajo por encima: el manifiesto por un feminismo empoderado *Fire with Fire*, su consejo a Al Gore de que fuera más macho alfa. No sentía ninguna afinidad con la persona de chaquetas con hombreras en que Wolf se había convertido, y que tan ávida parecía del tipo equivocado de poder.

Es muy posible que ella no recuerde nada de eso. Al parecer, no era infrecuente que provocara reacciones emocionales en las universitarias. Según un artículo de 2005 de *San Francisco Chronicle*, «su intensa energía, sumada a las altas expectativas que pone en sus estudiantes, consigue que a las jóvenes alumnas se les salten las lágrimas». Me pregunto si utilizaría la réplica de la violación reciente con alguna de ellas.

Más adelante, dejé atrás a Wolf como modelo de rol feminista, pero la sensación que tuve en aquel campus perdura: la revelación de lo que podía ser un autor, y de cuándo podía serlo. A los veintiséis años, abandoné la universidad (por segunda vez) para escribir sobre el poder antidemocrático de las multinacionales y los incipientes movimientos que surgían para oponérseles. Mi padre se quedó horrorizado de que renunciara a mi licenciatura (otra vez), pero yo estaba convencida de que si escribía ese libro en ese momento dejaría mi marca en el mundo, como había visto que hizo *El mito de la belleza*.

Mi fe no vaciló ni siquiera tras cosechar una serie de cartas de rechazo de editoriales estadounidenses. Ni siquiera cuando una

editora, en su cubículo de cristal con vistas al río Hudson, se reclinó en su butaca y me explicó: «A mí me gustaría leer este libro, pero los lectores quieren libros de memorias sobre desórdenes alimentarios». Me soliviantó la idea de que el único ámbito de experiencia aceptable para las escritoras jóvenes fuera el de nuestro propio cuerpo. Al marcharme, me pasó las galeradas de una de esas memorias de anoréxicas, un libro del que claramente esperaba que fuera el siguiente *El mito de la belleza.* No lo fue. En cambio, supongo que puede decirse que lo fue *No Logo*.

A veces me pregunto qué fue lo que me metió en la cabeza la idea de que tenía derecho a ocupar tanto espacio, a hacer proclamas tan contundentes y atrevidas, siendo tan joven. ¿De dónde saqué tanta audacia? Mi madre tiene más mérito del que suelo reconocerle. Crecí rodeada de feministas valientes y creativas, aunque nunca pensaran mucho en llevar esas ideas más allá del ámbito del movimiento. Tuve maestras, un par de ellas muy buenas. Pero, si soy sincera, Wolf también desempeñó un papel en todo aquello: el hecho accidental de encontrarme en una órbita tan intensa como la suya en el preciso momento en que estaba lista para imaginar un futuro distinto para mí misma.[3]

Cuando miro mi primera foto como autora en la solapa interior de *No Logo*, con el pelo largo y castaño, tuerzo el gesto al ver lo mucho que procuré, inconscientemente, parecerme a la foto de prensa de Wolf en *The Varsity* diez años antes. Supongo que eso significa que, cuando ella lea estas palabras, tendrá por fin todo el derecho del mundo a reaccionar como el falso Roth cuando dice del verdadero: «El falso es él, ahí está la ironía... Él es el puto doble, un impostor deshonesto y un puto sosias hipócrita».[4]

Le he dado vueltas a este tema, y he intentado separar mi gratitud por el papel que desempeñó entonces en mis sentimientos —miedo, disgusto, fascinación, ira, preocupación— del que me suscita su deriva actual. Si hace tantos años fue para mí una clase muy diferente de espejo, uno que me ayudó a ver lo que podía llegar a ser, ¿qué le debo ahora? ¿Silencio? ¿Respeto? ¿Lealtad de por vida?

No lo creo. Si algo he aprendido de este viaje es que la identidad no es algo fijo. Ni la mía, ni la de Wolf. Ni siquiera es fija la barrera entre nuestras dos identidades. Todo es fluido, varía y se replica constantemente. Negociar esa duplicación —entre nuestro yo más

joven y el actual, entre nuestra persona pública y la privada, entre nuestro yo vivo y el que agoniza— forma parte de lo que significa ser humano. No obstante, otra parte más importante del hecho de ser humano, y ciertamente de vivir una vida buena, no tiene nada que ver con cómo nos construimos a nosotros mismos en las arenas movedizas del yo, sino con lo que hacemos juntos.

Además, no me pusieron el nombre de Ruth, la leal, la que valía por siete hijos. Me pusieron el de Naomi, la que hizo lo que era necesario para sobrevivir.

Agradecimientos

Cuando una se ha pasado un cuarto de siglo escribiendo libros en una determinada línea política y editorial, puede resultar difícil cambiar de marcha. He tenido la suerte de trabajar con un equipo editorial fantástico que acogió con entusiasmo ese cambio de dirección. Kimberly Witherspoon, mi actual agente en Inkwell Management, subió a bordo con las mejores intenciones. Se incorporó con una confianza imponente, y desde entonces venimos colaborando con una calidez y una complicidad inusuales. Mi agradecimiento eterno a Sue Halpern por presentarnos.

Kim estaba decidida a encontrar un editor y una editorial que rompieran todas las reglas de la edición corporativa que hiciera falta para que este libro fuera lo que pretendía ser. Encontramos eso y mucho más en Alexander Star y el equipo de Farrar, Straus and Giroux al completo. Después de hablar con Alex durante una hora de dobles literarios y teorías conspiranoicas, supe que había encontrado a alguien dispuesto a meterse en honduras conmigo, y a sacarme de ahí cuando fuera necesario. En los mejores días, el trabajo parecía un juego. Alex consiguió que el texto fuera más incisivo y profundo de mil maneras, en colaboración y con el sabio ejemplo de mi editora canadiense de toda la vida, Louise Dennys (ahora editora emérita de Penguin Random House Canadá), de Martha Kanya-Forstner, editora de Knopf Canadá, y de Thomas Penn, director de publicaciones de Penguin Books de Gran Bretaña. Mi más sincero agradecimiento a Mitzi Angel y Stephan McGrath por depositar su confianza en mí.

Antes de que tuviera agentes y editores, tuve a Harriet Clark. En un momento de vértigo pandémico especialmente intenso, decidí aprovechar las restricciones a los desplazamientos y las maravillas de Zoom para ir a la escuela de escritura a la que nunca asistí. Mi escuela fue Harriet. Solo pasé un par de meses sintiéndome como una estudiante torpe antes de que este proyecto echara raíces. Mientras se estuvo desarrollando, Harriet no dejó en ningún momento de

enseñarme, y mi deuda con esta comadrona literaria es inmensa.

Igualmente grande es la deuda que tengo con Kendra Jewell, investigadora en jefe en este proyecto. Mientras preparaba su doctorado en Antropología en la Universidad de la Columbia Británica, Kendra sacó tiempo para ahondar en lo que hiciera falta, desde las teorías psicoanalíticas sobre los *doppelgangers* a los colegios concertados en Florida. Kendra tiene una cabeza prodigiosa, y pensar con ella ha sido una de las alegrías de mi vida profesional. Tuvimos la fortuna de trabajar codo a codo con otros dos auxiliares de investigación de primera, Isabella Pojuner y J. J. Mazzucotelli, que estaban cursando másteres en la UBC. Este equipo de investigación trabajó con enorme dedicación durante meses, llevando a cabo revisiones de estilo, comprobando y volviendo a comprobar los datos, etcétera. Y todos merecen cobrar un complemento de peligrosidad por la cantidad de episodios de *War Room* que tuvieron que transcribir. También estoy agradecida a Nicole Weber, mi antigua asistente de investigación en la Universidad Rutgers, que fue una colega magnífica en las primeras fases de elaboración de este libro.

Pasé borradores a varios amigos, colegas y familiares para que me dieran sus impresiones: Bill McKibben, Alex Kelly, Harsha Walia, Cecilie Surasky, Jacqueline Rose, Johann Hari, Katharine Viner, Rajiv Sicora, Cesleste Lecesne, Larry Zuckerman, Nancy Friedland, M. J. Shaw, Christine Boyle, Michele Landsberg y Stephen Lewis. Así como Seth, Bonnie, Michael y Misha Klein. Todos me aportaron ideas perspicaces y útiles. El resultado de mis interminables conversaciones con Kyo Maclear y V se dejan sentir en cada página.

Quedo especialmente en deuda con dos escritores e intelectuales sumamente ocupados: Keeanga-Yamahtta Taylor y China Miéville. Los dos se implicaron considerablemente en versiones tempranas de este manuscrito e influyeron en él en aspectos tanto importantes como menores. Una conversación con Molly Crabapple sobre el Bund de trabajadores judíos tuvo un gran impacto en el texto en un momento determinante, al igual que posteriores intervenciones suyas, más anecdóticas. Estoy extraordinariamente agradecida a mi querido amigo y camarada Anthony Arnove, que sigue siendo mi representante para varios títulos antiguos de mi catálogo. Anthony me trasladó sus impresiones sobre el manuscrito del libro y me prestó una ayuda inestimable al descubrirme textos fundamentales sobre la «cuestión

judía» en el pensamiento marxista. Roger Hodge, de *The Intercept*, editó con esmero varios artículos mencionados en este texto, y apoyó el proyecto por más que le supusiera desaparecer durante largos períodos, igual que Betsy Reed.

Siempre me faltan palabras para expresar mi agradecimiento a la magnífica Jackie Joiner, que organiza mi vida profesional y personal desde 2005. Lo único que puedo decir es que lo hace todo posible, con amabilidad y buen humor constantes, y es además una erudita en materia editorial.

En las etapas preliminares de mi investigación para este libro, mantuve una conversación con Gage Averill, ahora rector de la Universidad de la Columbia Británica, que me cambió la vida. Le estoy infinitamente agradecida por llevarme a la UBC, como agradecida estoy a mis colegas del Departamento de Geografía y del Centro para la Justicia Climática, especialmente a Geraldine Pratt y Jessica Dempsey (dos de las primeras lectoras del libro), además de a Mohammed Rafi Arefin, Sara Nelson, Alec Blair y Jarrett Martineau. Los alumnos de mis seminarios en Rutgers y la UBC han sido una fuerza estabilizadora en tiempos turbulentos: nuestras discusiones semanales de tres horas nunca han dejado de renovar mi fe en lo posible. Asimismo, quiero dar las gracias a la distinguida Barbara Ransby por incluirme como asociada en el Proyecto Portal de Justicia Social de la Universidad de Illinois, un espacio para el debate interdisciplinar entre activistas y académicos, lo que ha supuesto para mí un reto y una fuente de inspiración.

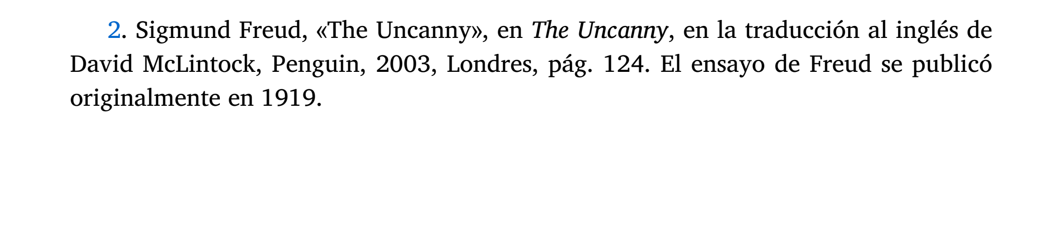
Hubo temporadas en que me hizo falta escaparme de casa unas semanas para escribir, y conté con varios anfitriones maravillosos: el Indigo Cottage en Pender Harbour, Jane Walker en Squamish, Nancy y Craig en Sechelt. Pero nada pudo serme de más provecho que compartir casa en el Valle del Hudson durante la primavera con V y Celeste. En estas páginas, he escrito sobre los profesores y auxiliares que apoyan y celebran la neurodiversidad. También hicieron posible mi vida de escritora Jeannette Lewis, Erin Wilson, Nikki Underwood, Robin Hansen y Tania Obalek. Los trabajos de cuidados son en verdad los cimientos del mundo que viene.

Qué lujo es vivir dentro de una red tan desbordante de creatividad, compromiso y generosidad. Y todo esto no hace sino sumarse al apoyo más personal y la recarga de energía que me da mi

familia directa: Avi, mi perpetua roca sobre la roca, y T., mi luz del norte. Este libro versa sobre la inestabilidad del yo, pero lo cierto es que mientras os tenga a vosotros dos siempre voy a saber quién soy.

Notas

[1]. Michael Egilson, «Extreme Heat and Human Mortality: A Review of Heat-Related Deaths in B.C. in Summer 2021», Informe al Forense en Jefe de la Columbia Británica, 7 de junio de 2022, pág. 4; Stefan Labbé, «Heat Dome Primed B.C. Coastlines to Resemble Subtropical East Asia, Says Researcher», *North Shore News*, 29 de abril de 2022.



2. Sigmund Freud, «The Uncanny», en *The Uncanny*, en la traducción al inglés de David McLintock, Penguin, 2003, Londres, pág. 124. El ensayo de Freud se publicó originalmente en 1919.

3. Freud, «The Uncanny», pág. 142.

4. Emilio Uranga, *Analysis of Mexican Being: A Translation and Critical Introduction*, en la traducción al inglés de Carlos Alberto Sánchez, 1952, repr. de Bloomsbury Academic, 2021, Londres, pág. 180.

5. Philip Roth, *Operation Shylock: A Confession*, Simon & Schuster, 1993, Nueva York, pág. 55. [Trad. cast.: *Operación Shylock*, Debolsillo, 2005.]

6. José Saramago, *The Double*, traducción al inglés de Margaret Jull Costa, Harcourt Books, 2004, Orlando, Florida, pág. VII [Trad cast.: *El hombre duplicado*, Alfaguara, 2002].



1. Jules Gleeson, «Judith Butler: ‘We Need to Rethink the Category of Woman’», *The Guardian*, 7 de septiembre de 2021.



1. Naomi Klein, «Occupy Wall Street: The Most Important Thing in the World Now», *The Nation*, 6 de octubre de 2011.



2. Naomi Wolf, «The Shocking Truth About the Crackdown on Occupy», *The Guardian*, 25 de noviembre de 2011.



3. Naomi Wolf, «Naomi Wolf: How I Was Arrested at Occupy Wall Street», *The Guardian*, 19 de octubre de 2011.

4. Wolf, «The Shocking Truth About the Crackdown on Occupy».

5. Wolf, «The Shocking Truth About the Crackdown on Occupy».



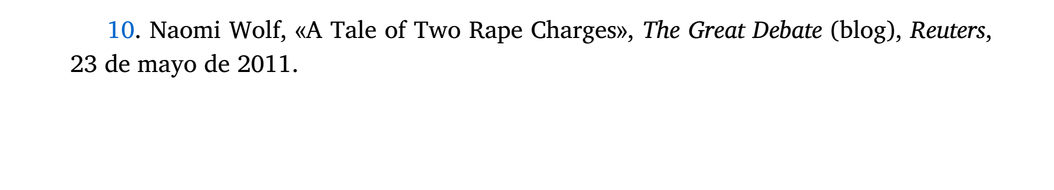
6. Matt Wells, «Occupy Wall St: Naomi Wolf Condemns 'Stalinist' Erosion of Protest Rights», *The Guardian*, 19 de octubre de 2011.

7. Joe Coscarelli, «Naomi Wolf Thinks Edward Snowden and His Sexy Girlfriend Might Be Government Plants», *New York Magazine*, 14 de junio de 2013; Naomi Wolf, «My Creeping Concern That the NSA Leaker Is Not Who He Purports to Be», notas de Facebook, publicado el 15 de junio de 2013, actualizado el 14 de marzo de 2021.

8. Naomi Wolf, publicación de Facebook, 30 de septiembre de 2014.

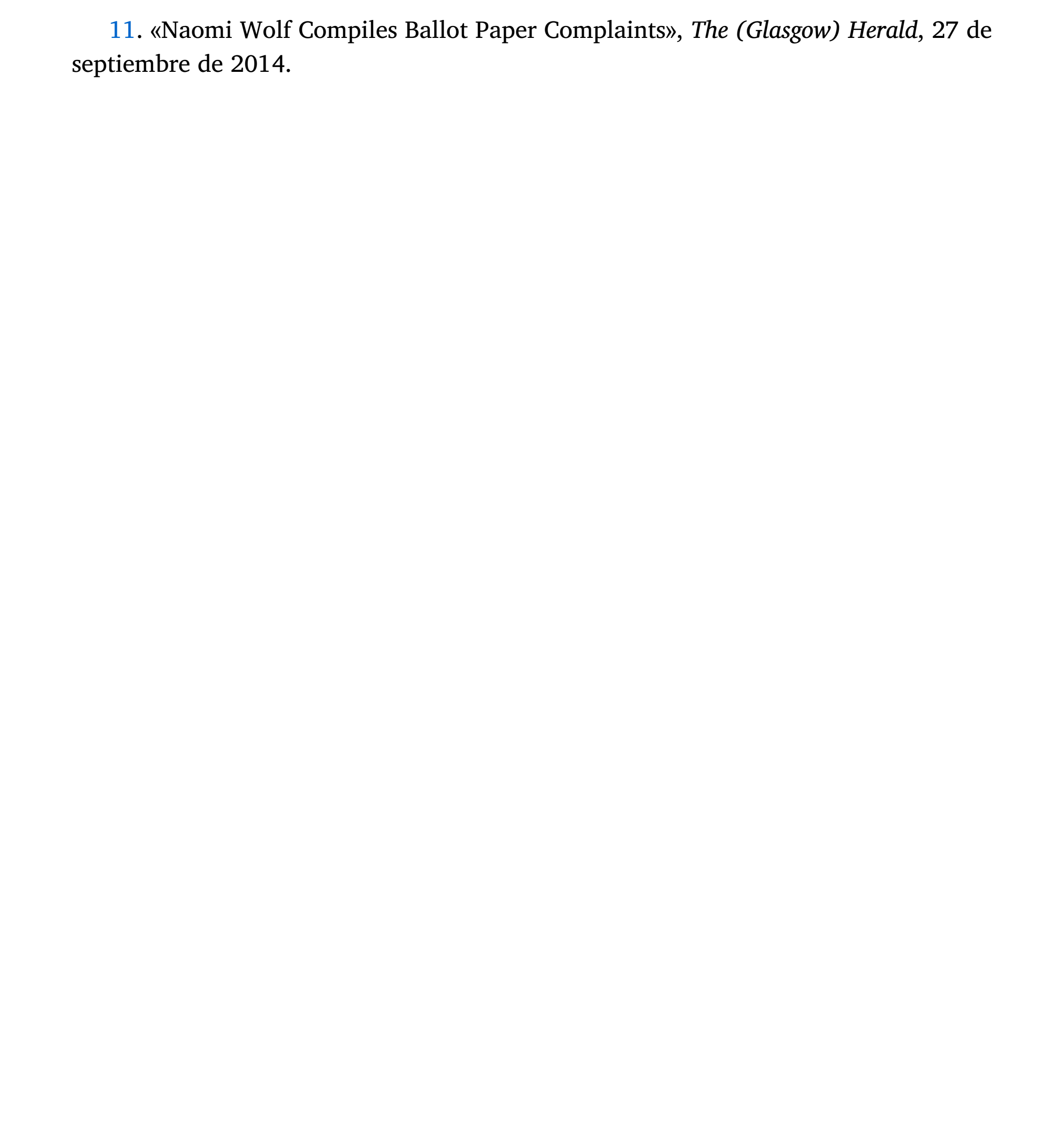


9. Max Fisher, «The Insane Conspiracy Theories of Naomi Wolf», *Vox*, 5 de octubre de 2014.



10. Naomi Wolf, «A Tale of Two Rape Charges», *The Great Debate* (blog), *Reuters*, 23 de mayo de 2011.

11. «Naomi Wolf Compiles Ballot Paper Complaints», *The (Glasgow) Herald*, 27 de septiembre de 2014.



12. «Progressive Feminist Naomi Wolf Rips the Green New Deal as ‘Fascism’—‘I WANT a Green New Deal’ but ‘This One Is a Straight Up Power Grab’», *Climate Depot*, 21 de febrero de 2021.

13. Tim Skillet @Gurdur, tuit, 24 de marzo de 2018, Twitter.

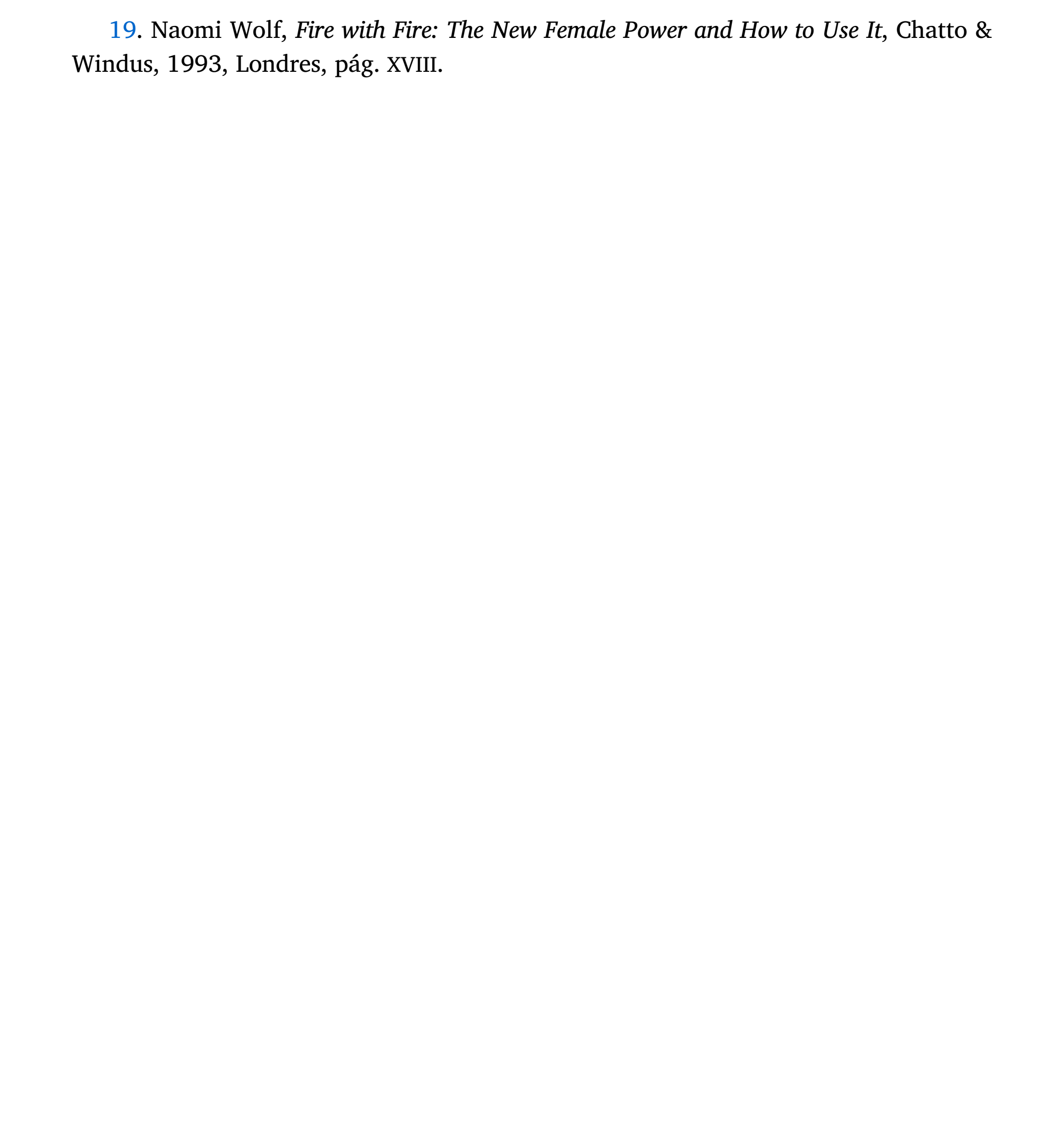
14. Naomi Wolf @naomirwolf, tuit, 5 de julio de 2019, 01:13 h., en Séamas O'Reilly @shockproofbeats, tuit, 5 de abril de 2020, 04:27 h, Twitter.

15. Naomi Wolf, *The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women*, repr. por Perennial, 2002, Nueva York, págs. 157-158. [Trad cast. *El mito de la belleza*, Continta me tienes, 2020.]

16. Casper Schoemaker, «A Critical Appraisal of the Anorexia Statistics in the Beauty Myth: Introducing Wolf's Overdo and Lie Factor (WOLF)», *Eating Disorders*, 12, n.º 2, 2004, págs. 97-102.

17. Alice Steinbach, «WOLF VS. ‘BEAUTY MYTH’ Feminist Sees Conspiracy in Stress on Appearance», *Baltimore Sun*, 23 de junio de 1991.

18. Wolf, *The Beauty Myth*, pág. 25.



19. Naomi Wolf, *Fire with Fire: The New Female Power and How to Use It*, Chatto & Windus, 1993, Londres, pág. XVIII.

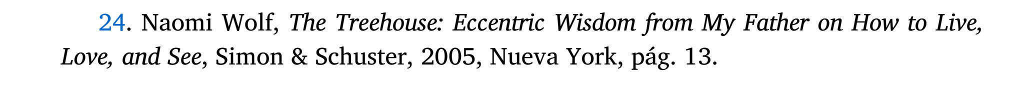
20. Conocida revista para adolescentes. *(N. de la t.)*

21. Camille Paglia, «Hillary, Naomi, Susan and Rush. Sheesh!», *Salon*, 17 de noviembre de 1999.

22. Michael Duffy y Karen Tumulty, «Campaign 2000: Gore’s Secret Guru», *Time*, 8 de noviembre de 1999.



23. Maureen Dowd, «Liberties; The Alpha-Beta Macarena», *The New York Times*, 3 de noviembre de 1999.



24. Naomi Wolf, *The Treehouse: Eccentric Wisdom from My Father on How to Live, Love, and See*, Simon & Schuster, 2005, Nueva York, pág. 13.

25. Wolf, *The Treehouse*, pág. 25.

26. Wolf, *The Treehouse*, pág. 27.

27. Naomi Wolf, «Dr. Naomi Wolf Confronts Yale for Crimes Against Students», *DailyClout* (vídeo), 5 de diciembre de 2022.

28. Wolf, *The Treehouse*, pág. 9.

29. Wolf, *The Treehouse*, pág. 72.



30. Eve Andrews, «The Real Fear Behind Climate Conspiracy Theories», *Grist*, 6 de abril de 2018.

31. En castellano: «Si la Naomi es Klein, *todo bien.* Si la Naomi es Wolf / ay, amigo. Uuuuuf». *(N. de la t.)*

32. Véase, por ejemplo, @markpopham, tuit, 23 de octubre de 2019, 06:18 h, Twitter. Los orígenes de este poema no están claros y existen distintas versiones, de forma que no se puede atribuir con total certeza al usuario aquí citado.

33. Grace Ebert, «I'm Not a Look-Alike: Hundreds of Unrelated Doppelgängers Sit for François Brunelle's Uncanny Portraits», *Colossal*, 9 de febrero de 2022.

34. Edgar Allan Poe, «William Wilson», *Burton Gentleman's Magazine & American Monthly Review*, 5, n.º 4, octubre de 1839, pág. 208.

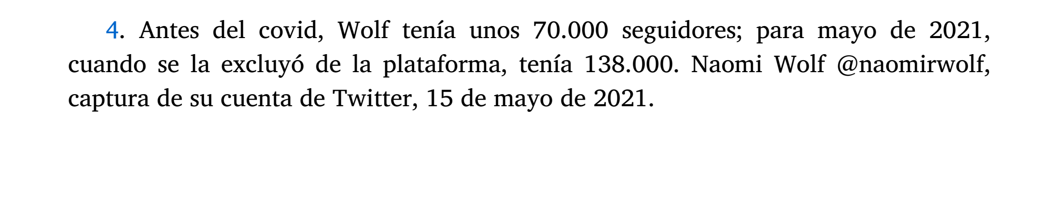
35. Poe, «William Wilson», págs. 207 y 212.

1. Naomi Wolf @naomirwolf, tuit, 4 de junio de 2021, Twitter.

2. Russell Muirhead y Nancy L. Rosenblum, *A Lot of People Are Saying: The New Conspiracism and the Assault on Democracy*, Princeton University Press, 2019, Princeton, Nueva Jersey, pág. 19.

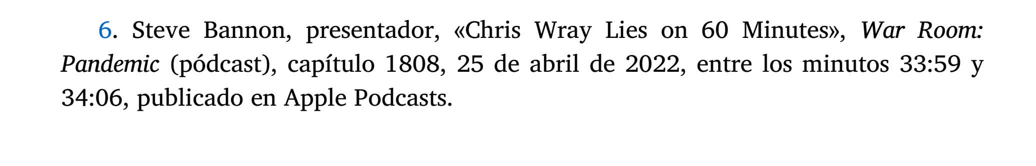


3. Naomi Wolf, «Dear Friends, Sorry to Announce a Genocide», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 29 de mayo de 2022.



4. Antes del covid, Wolf tenía unos 70.000 seguidores; para mayo de 2021, cuando se la excluyó de la plataforma, tenía 138.000. Naomi Wolf @naomirwolf, captura de su cuenta de Twitter, 15 de mayo de 2021.

5. Naomi Wolf @DrNaomiRWolf, publicación en Gettr, 16 de mayo de 2022.



6. Steve Bannon, presentador, «Chris Wray Lies on 60 Minutes», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1808, 25 de abril de 2022, entre los minutos 33:59 y 34:06, publicado en Apple Podcasts.



7. Naomi Wolf, «Facing the Beast», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 17 de julio de 2022.



8. Geoff Brumfiel, «The Life Cycle of a Covid-19 Vaccine Lie», National Public Radio, 20 de julio de 2021.

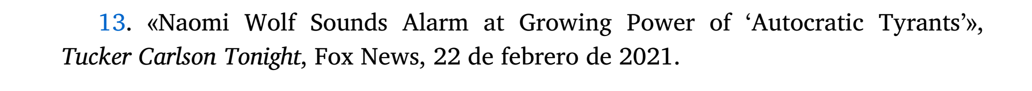
9. Brumfiel, «The Life Cycle of a Covid-19 Vaccine Lie».



10. Morgan Yew @weynagrom, tuit, 23 de mayo de 2021, Twitter, vídeo 9 de 25, minuto 0:24.

11. Yew, tuit, 23 de mayo de 2021.

12. Yew, tuit, 23 de mayo de 2021.



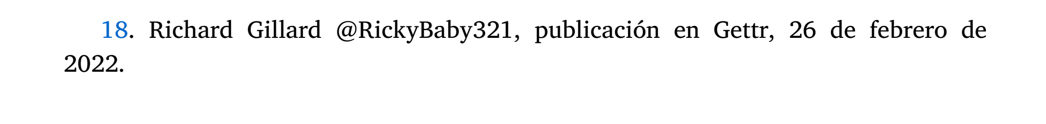
13. «Naomi Wolf Sounds Alarm at Growing Power of 'Autocratic Tyrants'», *Tucker Carlson Tonight*, Fox News, 22 de febrero de 2021.

14. Naomi Klein @NaomiAKlein, tuit, 23 de febrero de 2021, Twitter.

15. Naomi Klein @NaomiAKlein, tuit, 5 de junio de 2021, Twitter.

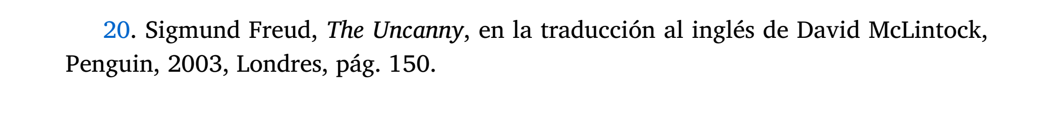
16. Naomi Wolf, 2021, introducción de *The End of America: Letter of Warning to a Young Patriot*, Chelsea Green Publishing, 2021, White River Junction, Vermont, pág. XV.

17. «Naomi Wolf Sounds Alarm at Growing Power of 'Autocratic Tyrants'».



18. Richard Gillard @RickyBaby321, publicación en Gettr, 26 de febrero de 2022.

19. *Dual*, dirigida por Michael Ragen, RLJE Films, 2022.



20. Sigmund Freud, *The Uncanny*, en la traducción al inglés de David McLintock, Penguin, 2003, Londres, pág. 150.

21. Lewis Carroll, *Alice's Adventures in Wonderland,* 1865; repr. por Engage Classic, 2020, Vancouver, pág. 35. [Trad. cast.: *Alicia en el país de las maravillas*.]

22. Benedict Carey, «A Theory About Conspiracy Theories», *The New York Times*, 28 de septiembre de 2020.

23. Tahar @laseptiemewilay, tuit, 30 de marzo de 2021, 19:12 h, Twitter.

24. Richard Seymour, *The Twittering Machine,* Indigo Press, 2019, Londres, capítulo 1, parte III. [Trad. cast.: *The Twittering Machine (La máquina de trinar),* Akal, 2020.]

25. Zadie Smith, «Generation Why?», *The New York Review*, 25 de noviembre de 2010.

26. Rut 1:20.

27. Rut 1:16

1. Dan Hon @hondanhon, tuit, 8 de mayo de 2021, Twitter.

2. «Brand Dilution: Definition, Causes and Examples», *MediaValet*, 2 de marzo de 2021.



3. «‘Satan Shoes’ to Be Recalled as Nike Agrees to Settle Lawsuit», BBC News, 9 de abril de 2021.

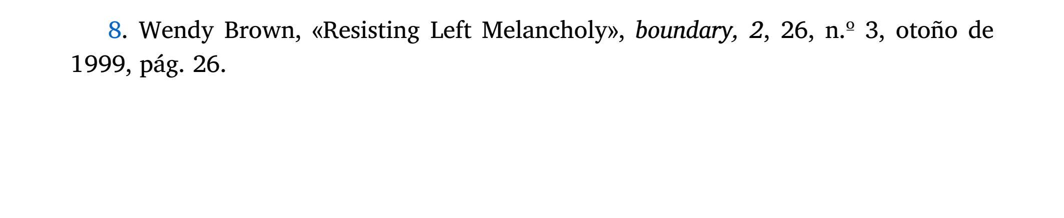
4. Tom Peters, «The Brand Called You», *Fast Company*, 31 de agosto de 1997.

5. David Lidsky, «Me Inc.: The Rethink», *Fast Company*, 1 de marzo de 2005.

6. Peters, «The Brand Called You».

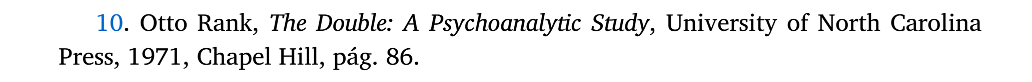


7. Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Verso, 1988, Londres, pág. 276.


8. Wendy Brown, «Resisting Left Melancholy», *boundary, 2*, 26, n.º 3, otoño de 1999, pág. 26.



9. Alice Marwick, *Status Update: Celebrity, Publicity, and Branding in the Social Media Age*, Yale University Press, 2013, New Haven, Connecticut, pág. 163.



10. Otto Rank, *The Double: A Psychoanalytic Study*, University of North Carolina Press, 1971, Chapel Hill, pág. 86.

11. Sigmund Freud, «The Uncanny», en *The Uncanny*, en la traducción al inglés de David McLintock, Penguin, 2003, Londres, pág. 142. El ensayo de Freud se publicó originalmente en 1919.

12. Freud, «The Uncanny», pág. 142.

13. Naomi Wolf, «Pixels, Bots and Human Cruelty», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 13 de enero de 2023.

14. *American Dharma*, dirigido por Errol Morris, agosto de 2018.

15. *American Dharma.*

16. Jennifer Senior, «American Rasputin», *The Atlantic*, 6 de junio de 2022.

17. Timothy W. Martin y Dasl Yoon, «These Campaigns Hope ‘Deepfake’ Candidates Help Get Out the Vote», *The Wall Street Journal*, 8 de marzo de 2022.



18. Martin y Yoon, «These Campaigns Hope ‘Deepfake’ Candidates Help Get Out the Vote».

19. Mark Sutherland, «ABBA’s ‘Voyage’ CGI Extravaganza Is Everything It’s Cracked Up to Be, and More: ‘Concert’ Review», *Variety*, 27 de mayo de 2022.



20. Anjana Ahuja, «‘Grief Tech’ Avatars Aim to Take the Sting Out of Death», *Financial Times*, 20 de diciembre de 2022.

21. Simone Browne, *Dark Matters: On the Surveillance of Blackness,* Duke University Press, 2015, Durham, Carolina del Norte.

22. Browne, *Dark Matters*, págs. 91-92.

23. Browne, *Dark Matters*, pág. 91.

24. Browne, *Dark Matters*, pág. 91.

25. Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks*, traducción al inglés de Richard Philcox, Grove Press, 2008, Nueva York, pág. 89.

26. Nancy Colier, «The Branding of the Self», *Psychology Today*, 15 de agosto de 2012.

27. Ralph Waldo Emerson, «Self-Reliance», en Lewis Mumford (comp.), *Ralph Waldo Emerson: Essays and Journals*, Doubleday, 1968, Nueva York, pág. 95. [Trad. cast.: *Autosuficiencia. Confiar en uno mismo*, Verbum, 2020.]

28. Lilly Singh, «I’ll See You Soon…», YouTube, 12 de noviembre de 2018, en el minuto 2:43.

29. Richard Seymour, *The Twittering Machine,* Indigo Press, 2019, Londres, capítulo 2, parte IX. [Trad. cast.: *The Twittering Machine (La máquina de trinar),* Akal, 2020.]

30. Alison Flood, «Naomi Wolf Accused of Confusing Child Abuse with Gay Persecution in Outrages», *The Guardian*, 8 de febrero de 2021.





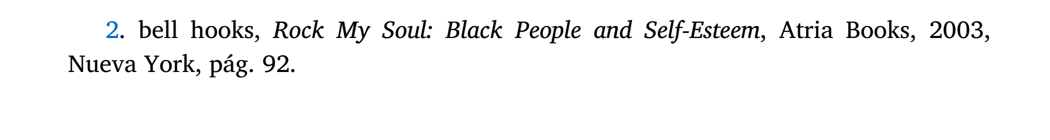
31. Matthew Sweet, «Blind to Bestiality and Paedophilia: Why Naomi Wolf's Latest Book Is Its Own Outrage», *The Telegraph*, 5 de febrero de 2021.

32. Ankita Mukhopadhyay, «Naomi Wolf Talks Homophobia, Feminism and ‘Outrages’», *Fair Observer*, 8 de enero de 2020.

33. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, 1951, repr. por Meridian Books, 1962, Cleveland, Ohio, pág. 476. [Trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, 2006.]

34. Hannah Arendt, «Truth and Politics», en Peter Baehr (comp.), *The Portable Hannah Arendt*, Penguin, 2000, Nueva York, pág. 556.

1. Ha habido distintas versiones de *Cómo se conocieron*: un dibujo de 1851 (que supuestamente se perdió o destruyó), una recreación hecha en tinta del diseño de 1851 en 1860 y una réplica en acuarela del dibujo de 1860 en 1864. Aquí me refiero a la versión en acuarela de 1864. Véase Ford Madox Hueffer, *Rossetti: A Critical Essay on His Art*, Duckworth, 1902, Londres.



2. bell hooks, *Rock My Soul: Black People and Self-Esteem*, Atria Books, 2003, Nueva York, pág. 92.



3. George Yancy y bell hooks, «bell hooks: Budhism, the Beats and Loving Blackness», *The New York Times*, 10 de diciembre de 2015.

4. Heather Williams, «bell hooks Speaks Up», *The Sandspur*, Rollins College, Winter Park, Florida, 26 de marzo de 2013, pág. 1.



5. bell hooks, *Feminist Theory: From Margin to Center*, South End Press, Boston, 1984, pág. 51. [Trad. cast.: *Teoría feminista: de los márgenes al centro*, Traficantes de Sueños, 2020.]

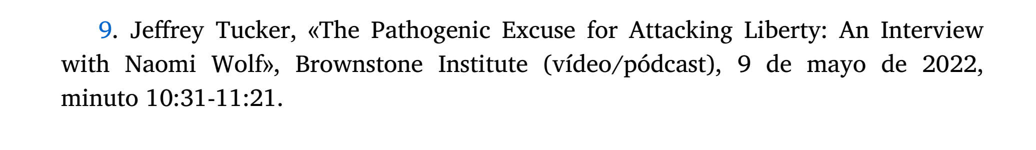


6. bell hooks, *Teoría feminista: de los márgenes al centro*, pág. 29 de la edición publicada por South End Press, 1984.



7. «bell hooks & John A. Powell: Belonging Through Connection», entrevista en the Othering & Belonging Conference, abril de 2015, YouTube, minuto 6:00-6:40.

8. Philip Roth, *Operation Shylock: A Confession*, Simon & Schuster, 1993, Nueva York, pág. 55. [Trad. cast.: *Operación Shylock*, Debolsillo, 2005.]


9. Jeffrey Tucker, «The Pathogenic Excuse for Attacking Liberty: An Interview with Naomi Wolf», Brownstone Institute (vídeo/pódcast), 9 de mayo de 2022, minuto 10:31-11:21.

10. *The Great Dictator*, dirigida por Charles Chaplin, United Artists, 1940.



1. Matthew Gertz, «Fox Keeps Hosting Pandemic Conspiracy Theorist Naomi Wolf», *Media Matters for America*, 20 de abril de 2021.

2. Matthew Gertz @MattGertz, tuit, 26 de febrero de 2021, Twitter.



3. David Connett, «Naomi Wolf Banned from Twitter for Spreading Vaccine Myth», *The Guardian*, 5 de junio de 2021.

4. Liza Featherstone, «The Madness of Naomi Wolf», *The New Republic*, 10 de junio de 2021; Ian Burrell, «Naomi Wolf's Slide from Feminist, Democratic Party Icon to the 'Conspiracist Whirlpool'», *Business Insider*, 5 de junio de 2021; Rebecca Onion, «A Modern Feminist Classic Changed My Life. Was It Actually Garbage?», *Slate*, 30 de marzo de 2021.



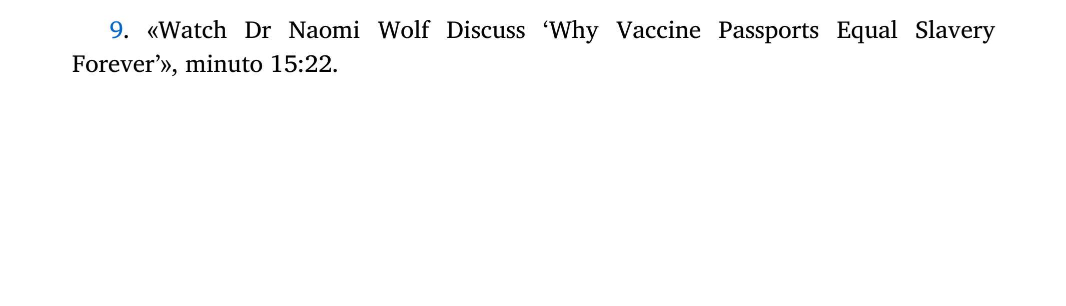
5. «CommonPass—Travelling the World in the Covid Era», *World Economic Forum*, vídeo, 24 de agosto de 2020.

6. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», canal de DailyClout en YouTube, 30 de marzo de 2021, minuto 15:30.



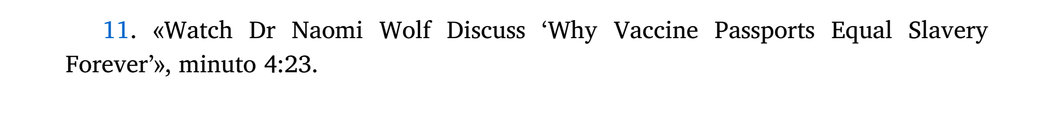
7. Brian Stelter, «ADL Calls on Fox News to Fire Tucker Carlson Over Racist Comments About ‘Replacement’ Theory», CNN, 9 de abril de 2021.

8. «Naomi Wolf on the New American Coup», canal de YouTube de Big Think, 23 de abril de 2012; Naomi Wolf, «Fascist America, in 10 Easy Steps», *The Guardian*, 24 de abril de 2007.



9. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 15:22.

10. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss 'Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever'», minuto 0:53; Paul Vallely, presentador, «The Stand Up America US Show», *Don Smith Show* (pódcast), capítulo 35, 16 de mayo de 2022, minuto 40:01, publicado en Rumble.

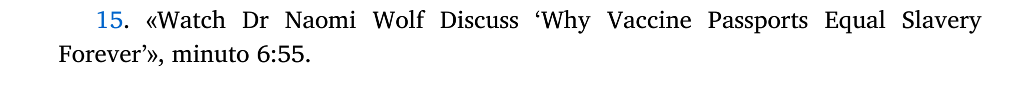


11. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss 'Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever'», minuto 4:23.

12. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minutos 1:58, 2:58 y 15:21.

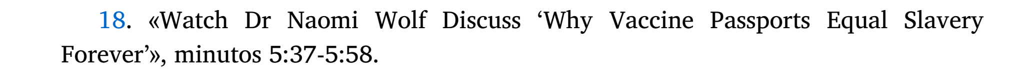
13. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 7:57.

14. Tim Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport Could Lead to the End of Human Liberty in the West», *RealClearPolitics*, 29 de marzo de 2021, minuto 2:45; «Watch Dr Naomi Wolf Discuss 'Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever'», minuto 7:57.

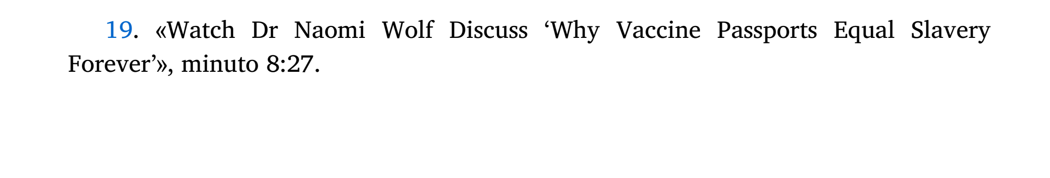

15. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 6:55.

16. «His Glory Presents: Take FiVe w/ Dr. Naomi Wolf», *His Glory*, 28 de julio de 2022, minuto 28:54.

17. Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 2:06.



18. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minutos 5:37-5:58.


19. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 8:27.

20. Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 3:05.

21. Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 3:12.

22. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 5:26.

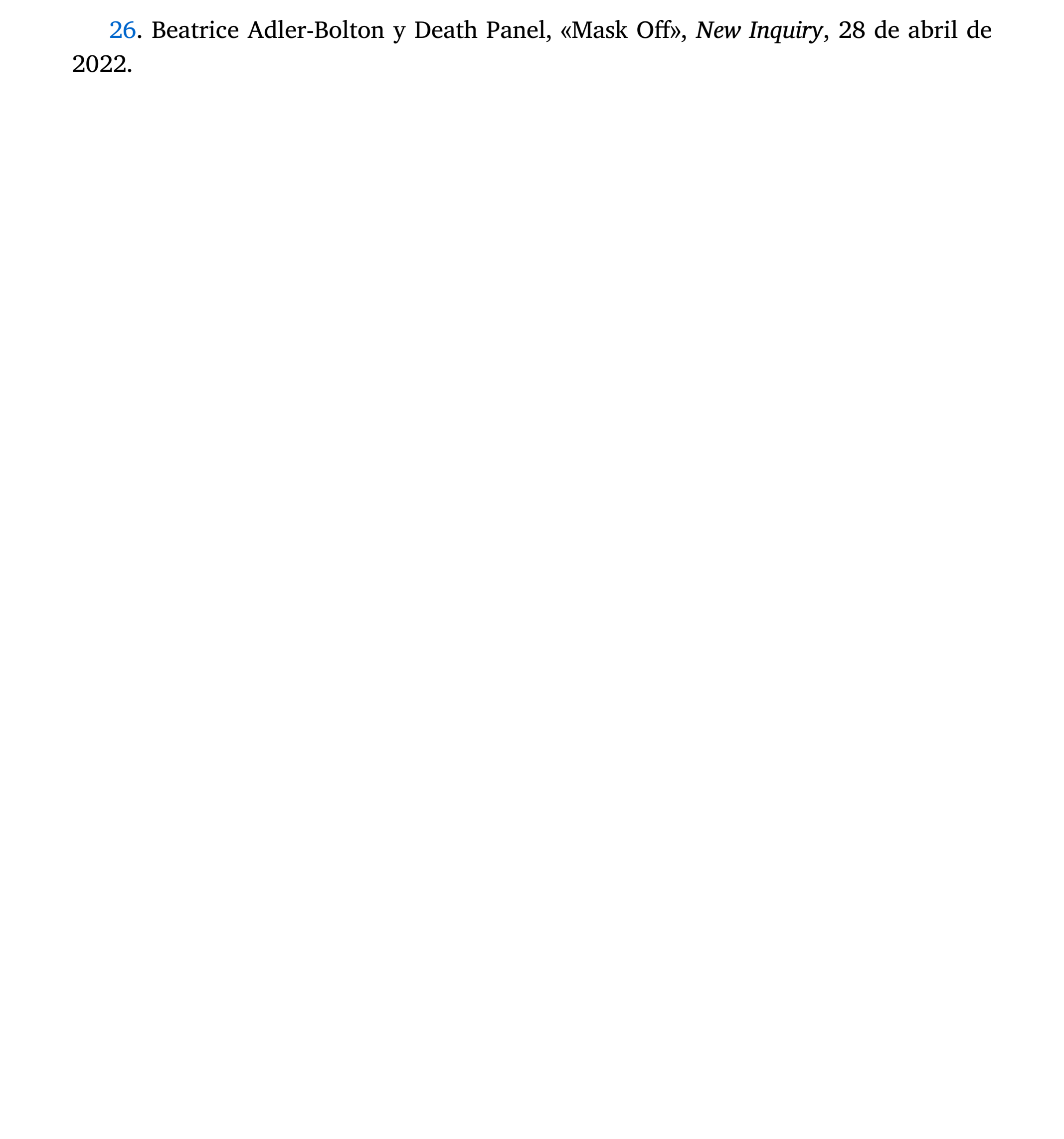
23. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss 'Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever'», minuto 8:23.



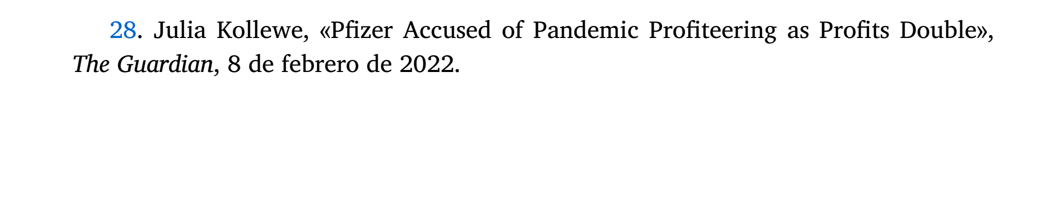
24. Alexis Hancock, en un correo electrónico dirigido a la autora, 26 de agosto de 2022.

25. Kenith Png, «Police Would Not Agree to Stop Accessing COVID SafeWA App Data, Premier Mark McGowan Says», *ABC News*, 15 de junio de 2021.

26. Beatrice Adler-Bolton y Death Panel, «Mask Off», *New Inquiry*, 28 de abril de 2022.



27. William Horobin, «It Would Cost $50 Billion to Vaccinate the World, OECD Says», *Bloomberg*, 1 de diciembre de 2021.



28. Julia Kollewe, «Pfizer Accused of Pandemic Profiteering as Profits Double», *The Guardian*, 8 de febrero de 2022.

29. Maggie Fick y Edward McAllister, «COVID Shots Are Finally Arriving, but Africa Can't Get Them All into Arms», *Reuters*, 6 de diciembre de 2021.

30. «COVID-19: Pfizer Reports Massive Revenues Whilst Failing to Vaccinate Billions», Amnistía Internacional, 2 de noviembre de 2021.

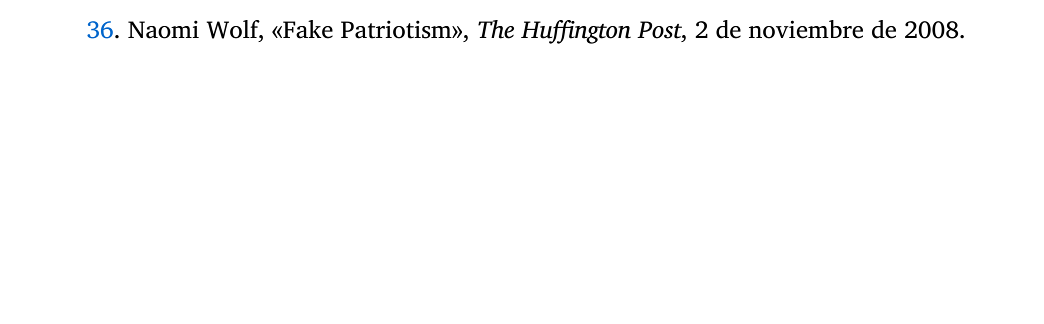
31. Stephanie Nebehay y Josephine Mason, «WHO Warns Against Vaccine Hoarding as Poorer Countries Go Without», *Reuters*, 9 de diciembre de 2021.

32. Steven W. Thrasher, *The Viral Underclass: The Human Toll When Inequality and Disease Collide*, Celadon Books, Nueva York, 2022.

33. Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 3:12.

34. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss 'Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever'», minuto 5:06; Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 2:01.

35. Información del dominio de DailyClout, enero de 2017 - abril de 2021, Semrush, consultado en julio de 2022.

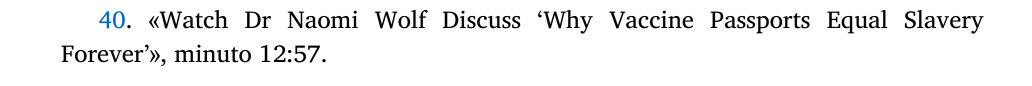


36. Naomi Wolf, «Fake Patriotism», *The Huffington Post*, 2 de noviembre de 2008.

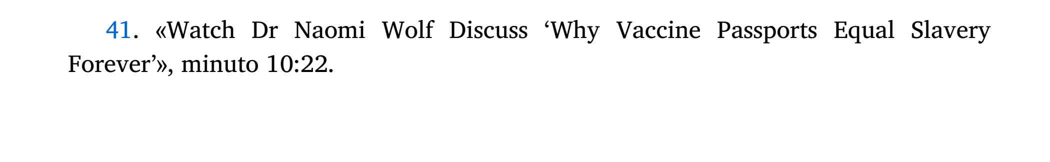
37. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’.»

38. Hains, «Naomi Wolf: Mandatory Vaccine Passport», minuto 1:47.

39. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 13:35.



40. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 12:57.


41. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», minuto 10:22.

42. «Robert Kennedy Jr Slams the Corrupt System of Big Pharma, Dr Fauci and the F.D.A.—Video», *DailyClout*, 26 de mayo de 2022, minuto 9:36.

43. Steve Bannon, presentador, «The Dirty Dozen: 12 Most Dangerous People in America», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1. 120, 24 de julio de 2021, minuto 18:32.

44. Correspondencia con la autora, 3 de abril de 2021.



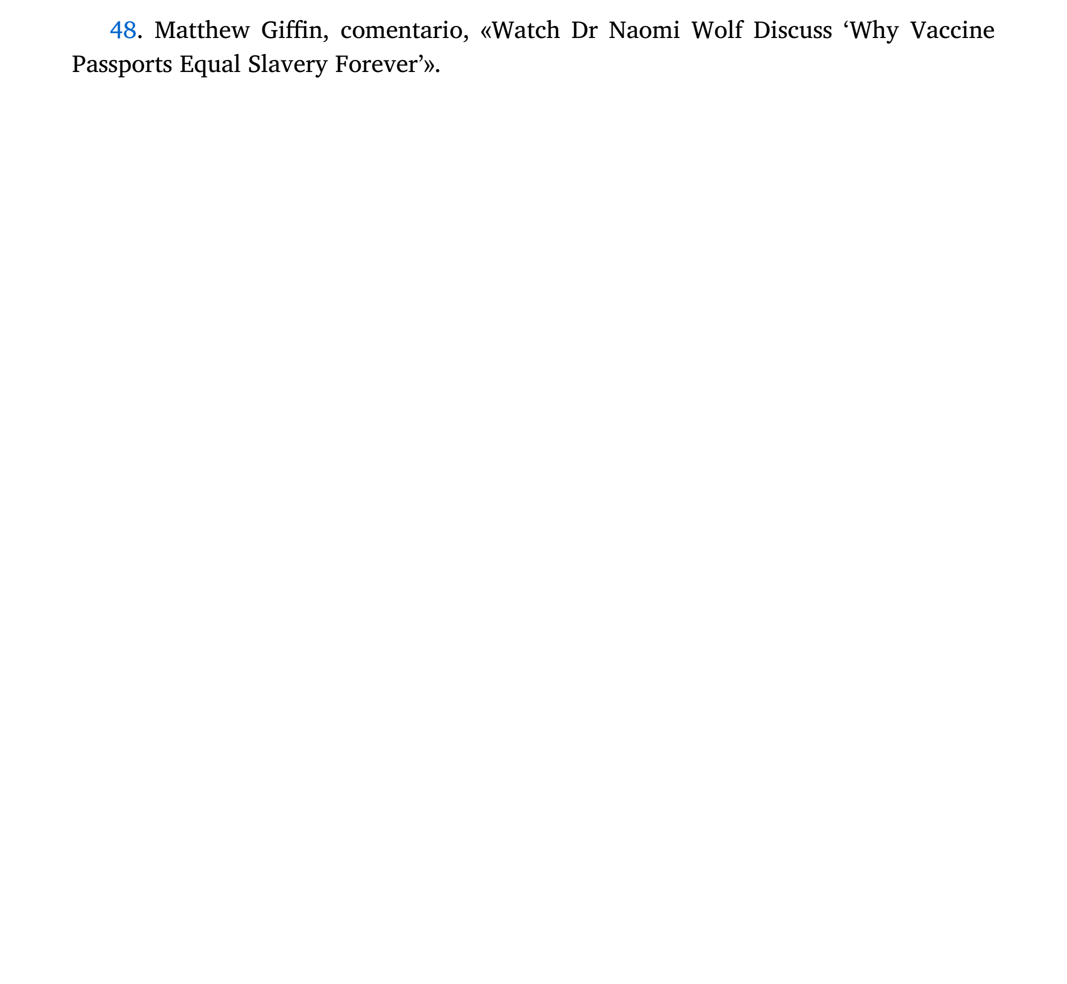
45. Varios comentaristas, «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’».

46. Varios comentaristas, «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’».



47. Matthew Giffin, comentario, «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’».





48. Matthew Giffin, comentario, «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’».



49. @Scipio, comentario, «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’».

50. Representante Shelley Rudnicki, publicación en Facebook (imagen), 10 de mayo de 2021; Associated Press, «Republican Barred from Inviting Guests into State House», *Associated Press News*, 11 de mayo de 2021.

51. Craig Mauger, «Michigan Leads the Nation in New COVID Cases, According to CDC Data», *Detroit News*, 16 de noviembre de 2021; Bruce Walker, «Michigan House Oversight Committee Considers Legislation to Ban Vaccine Passports», *Center Square*, 6 de mayo de 2021; Dave Boucher, «Michigan Lawmakers Invite COVID-19 Conspiracy Theorist to Testify on Bill to Ban Vaccine Passports», *PolitiFact*, 6 de mayo de 2021.

52. Jason Horowitz, «Steve Bannon Is Done Wrecking the American Establishment. Now He Wants to Destroy Europe's», *The New York Times*, 9 de marzo de 2018.

53. Jennifer Senior, «American Rasputin», *The Atlantic*, 6 de junio de 2022.

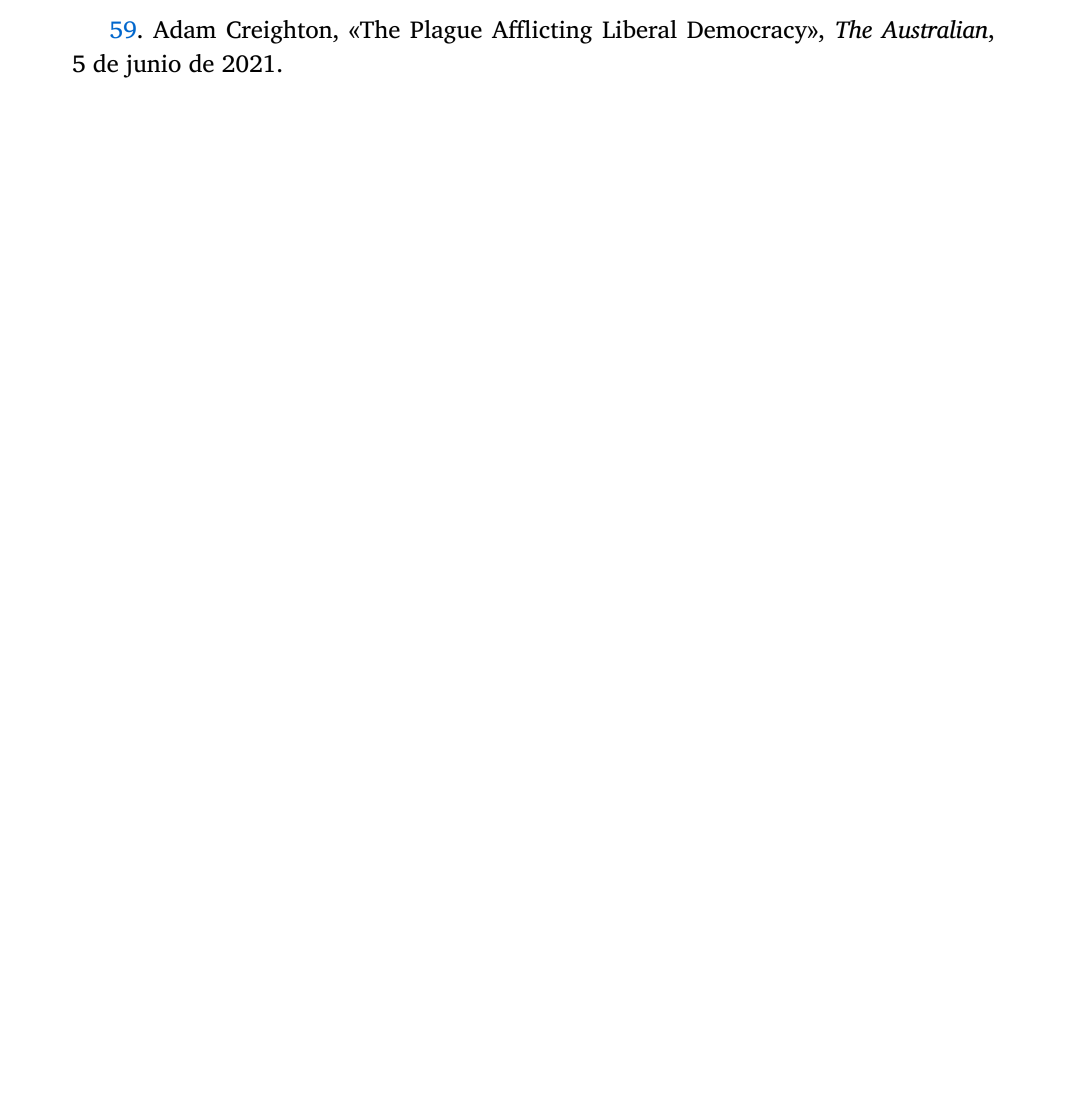
54. Shoshana Zuboff, *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power,* Profile Books, Londres, 2019.

55. Stephanie Kirchgaessner *et al.*, «Revealed: Leak Uncovers Global Abuse of Cyber-surveillance Weapon», *The Guardian*, 18 de julio de 2021.

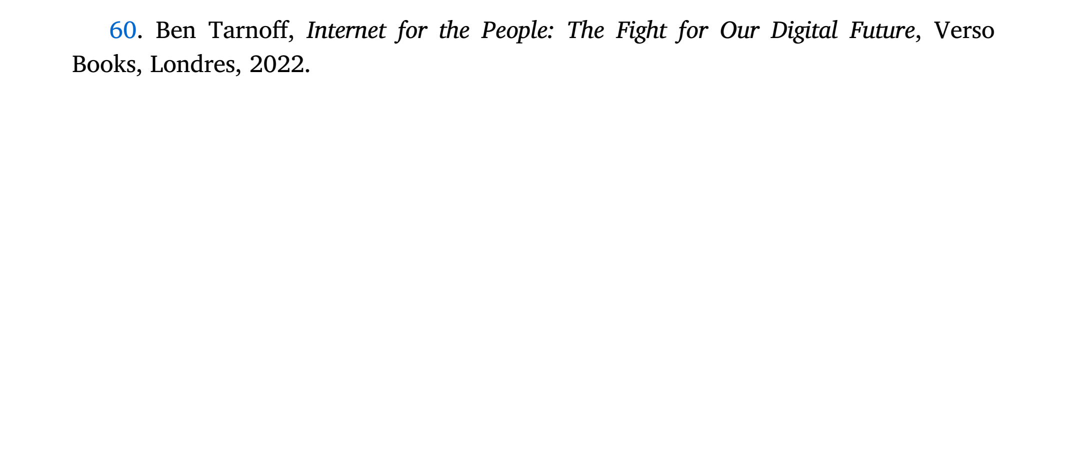
56. Allyson Chiu, «She Installed a Ring Camera in Her Children's Room for 'Peace of Mind.' A Hacker Accessed It and Harassed Her 8-Year-Old Daughter», *The Washington Post*, 12 de diciembre de 2019; Alfred Ng, «Amazon Gave Ring Videos to Police Without Owners' Permission», *Politico*, 13 de julio de 2022; Alex Hern, «Uber Employees 'Spied on Ex-partners, Politicians and Beyoncé'», *The Guardian*, 13 de diciembre de 2016; Johana Bhuiyan y Charlie Warzel, «'God View': Uber Investigates Its Top New York Executive for Privacy Violations», *BuzzFeed News*, 18 de noviembre de 2014; Kashmir Hill, «The Secretive Company That Might End Privacy as We Know It», *The New York Times*, 18 de enero de 2020; Rina Torchinsky, «How Period Tracking Apps and Data Privacy Fit into a Post-Roe v. Wade Climate», *National Public Radio*, 24 de junio de 2022.

57. *The Red Hand Files*, Nick Cave, n.º 218, enero de 2023.

58. Paul Vallely, presentador, «The Stand Up America US Show», *Don Smith Show* (pódcast), capítulo 35, 16 de mayo de 2022, minuto 40:01, publicado en Rumble.



59. Adam Creighton, «The Plague Afflicting Liberal Democracy», *The Australian*, 5 de junio de 2021.



60. Ben Tarnoff, *Internet for the People: The Fight for Our Digital Future*, Verso Books, Londres, 2022.

61. Tarnoff, *Internet for the People*, XV, pág. 33.

62. Jean Burgess, «The 'Digital Town Square'? What Does It Mean When Billionaires Own the Online Spaces Where We Gather?», *The Conversation*, 27 de abril de 2022.

63. Tarnoff, *Internet for the People*, pág. 58.

64. Steve Bannon, presentador, «Breaking Down the Data That the Establishment Fears», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 143, 22 de septiembre de 2022, publicado en Amazon Music.

1. «Que corra la voz por todo Hong Kong. *Lucharemos hasta que desaparezcan.* Nos alegraremos cuando deje de existir. / Acabemos con el PCC.» (*N. de la t.*)

2. Rut 4:15.

3. Rut 3:4.

4. Adam Creighton, «The Plague Afflicting Liberal Democracy», *The Australian*, 5 de junio de 2021.

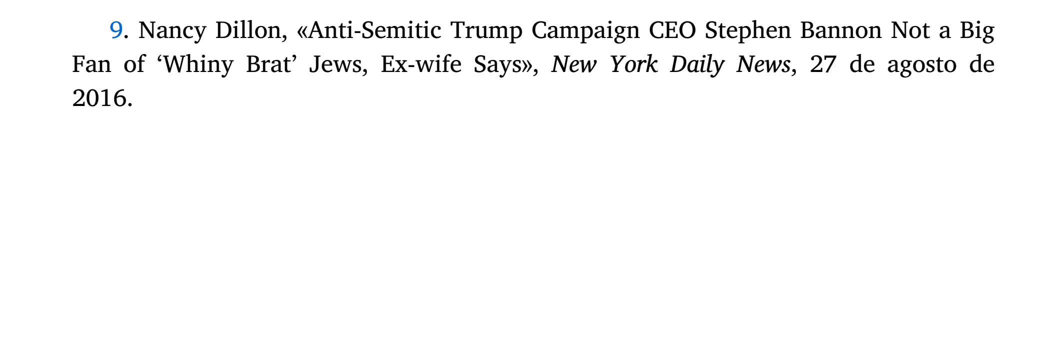
5. Jet @Jet0o, tuit, 5 de junio de 2021, Twitter.

6. Steve Bannon @SteveBannon, publicación en Gettr, 4 de julio de 2021.

7. Steve Bannon @SteveBannon, publicación en Gettr, 29 de octubre de 2022.



8. Adam Rawnsley, «Anti Vaxxer Naomi Wolf Joins Trump's Doomed Tech Suit», *Daily Beast*, 28 de julio de 2021 (actualizado el 30 de julio de 2021).



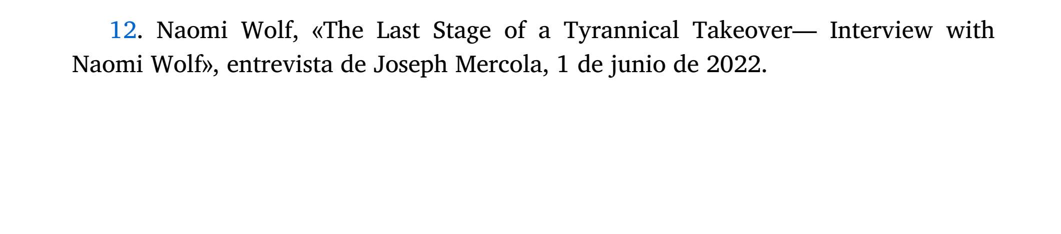
9. Nancy Dillon, «Anti-Semitic Trump Campaign CEO Stephen Bannon Not a Big Fan of 'Whiny Brat' Jews, Ex-wife Says», *New York Daily News*, 27 de agosto de 2016.



10. Anna Merlan, «The Conspiracy Singularity Has Arrived», *Vice News*, 17 de julio de 2020.



11. William Callison y Quinn Slobodian, «Coronapolitics from the Reichstag to the Capitol», *Boston Review*, 12 de enero de 2021.


12. Naomi Wolf, «The Last Stage of a Tyrannical Takeover— Interview with Naomi Wolf», entrevista de Joseph Mercola, 1 de junio de 2022.



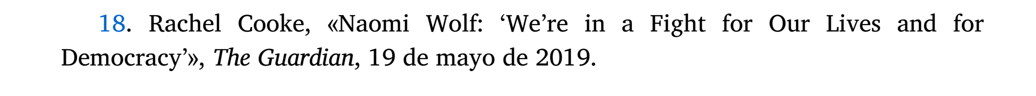
13. Tucker Carlson, «Naomi Wolf Sounds Alarm at Growing Power of ‘Autocratic Tyrants’».

14. James Delingpole, «‘Climategate Was Fake News’, Lies the BBC…», *Breitbart*, 11 de julio de 2019, publicado en *Internet Archive’s Wayback Machine*.

15. James Delingpole, «Naomi Wolf», *The James Delingpole Podcast*, 3 de mayo de 2021, minuto 0:25-1:04.

16. Steve Bannon, presentador, «Not Science Fiction... Dr. Naomi Wolf Reveals Dangers of Vaccine Passports», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 874, 14 de abril de 2021, minutos 13:43-14:03, publicado en Rumble.

17. Joseph Mercola, presentador, «Best of Series—Ten Tyrannical Steps», *Take Control of Your Health* (pódcast), 4 de mayo de 2022; Bannon, «Not Science Fiction… Dr. Naomi Wolf Reveals Dangers of Vaccine Passports».



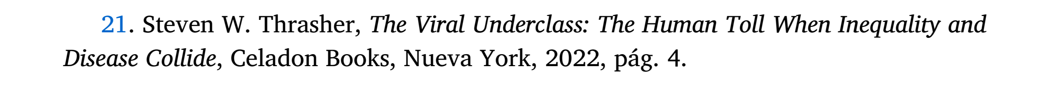
18. Rachel Cooke, «Naomi Wolf: ‘We’re in a Fight for Our Lives and for Democracy’», *The Guardian*, 19 de mayo de 2019.



[19]. Michiko Kakutani, «Vidal: 'I'm at the Top of a Very Tiny Heap'», *The New York Times*, 12 de marzo de 1981.



[20]. «Become a DailyClout Member», *DailyClout* (página web), consultada el 2 de noviembre de 2022.



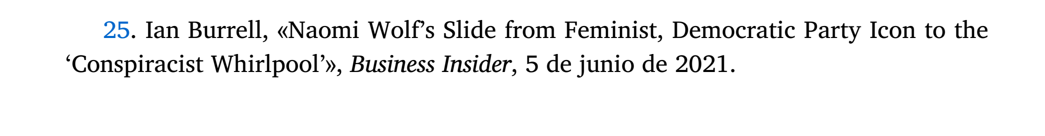
21. Steven W. Thrasher, *The Viral Underclass: The Human Toll When Inequality and Disease Collide*, Celadon Books, Nueva York, 2022, pág. 4.

22. Josh Rottenberg y Stacy Perman, «Meet the Ojai Dad Who Made the Most Notorious Piece of Coronavirus Disinformation Yet», *Los Angeles Times*, 13 de mayo de 2020.



23. Callison y Slobodian, «Coronapolitics from the Reichstag to the Capitol».

24. Leonard Wolf (comp.), *The Essential Dr. Jekyll & Mr. Hyde: The Definitive Annotated Edition of Robert Louis Stevenson's Classic Novel*, Plume, 1995, Nueva York, contracubierta.

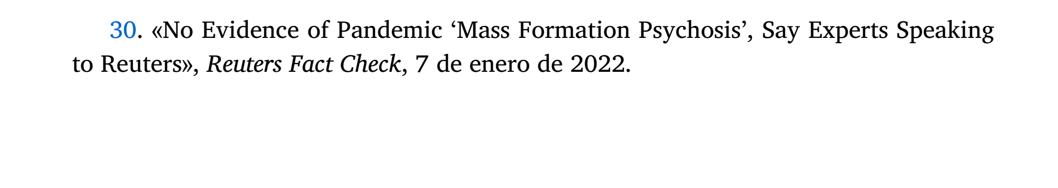

25. Ian Burrell, «Naomi Wolf's Slide from Feminist, Democratic Party Icon to the 'Conspiracist Whirlpool'», *Business Insider*, 5 de junio de 2021.

26. Naomi Wolf, «A Lost Small Town», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 26 de octubre de 2022.

27. Gettr @GETTRofficial, tuit, 23 de septiembre de 2021, Twitter.

28. «Parler: About This App», Google Play, actualizado el 28 de agosto de 2022.

29. Steve Bannon, presentador, «Independence Day!!; Naomi Wolf's Coup», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1.506, 23 de diciembre de 2021, minuto 24:55, publicado en Rumble.



30. «No Evidence of Pandemic ‘Mass Formation Psychosis’, Say Experts Speaking to Reuters», *Reuters Fact Check*, 7 de enero de 2022.



[31]. James Pogue, «Inside the New Right, Where Peter Thiel Is Placing His Biggest Bets», *Vanity Fair*, 20 de abril de 2022.

32. Naomi Wolf, @DrNaomiRWolf, Gettr, 16 de abril de 2022.

33. «Dr Naomi Wolf on Kristina Borjesson Show», *Today's News Talk* (audio), 24 de julio de 2022, minuto 26:46.

34. «Dr Naomi Wolf on Kristina Borjesson Show», minutos 26:58-28:26.

35. «Dr Naomi Wolf on Kristina Borjesson Show», minutos 29:30, 30:23.

36. «Dr Naomi Wolf on Kristina Borjesson Show», minuto 30:21.

37. Paul Meehan, *The Ghost of One's Self: Doppelgangers in Mystery, Horror and Science Fiction Films*, McFarland, 2017, Jefferson, Carolina del Norte, pág. 28.

38. John Milton, *Paradise Lost*, Londres, 1677, línea 263. [Trad. cast.: *Paraíso perdido,* Espasa Libros, 2015].

1. Patricia Zengerle, Richard Cowan y Doina Chiacu, «Trump Incited Jan. 6 Attack After ‘Unhinged’ White House Meeting, Panel Told», *Reuters*, 12 de julio de 2022; Dan Friedman y Abigail Weinberg, «Here’s the Whole Transcript of That Leaked Steve Bannon Tape, Annotated», *Mother Jones*, 17 de agosto de 2022.

2. «Putin Accuses Ukraine of ‘Dirty Bomb’ Plans, Says Risks of World Conflict High», *Reuters*, 26 de octubre de 2022; «Ukraine Says Russian Troops Will Fight for Key City as Proxy Government Flees», *The New York Times*, 24 de octubre de 2022.

3. Julian Barnes, «Russian Interference in 2020 Included Influencing Trump Associates, Report Says», 16 de marzo de 2021; Elaine Sciolino, «U.S. to Back Yeltsin If He Suspends Congress», *The New York Times*, 13 de marzo de 1993.

4. Rob Kuznia *et al.*, «Weird Science: How a 'Shoddy' Bannon-Backed Paper on Coronavirus Origins Made Its Way to an Audience of Millions», *CNN Politics*, 21 de octubre de 2020; «His Glory Presents: Take FiVe w/ Dr. Naomi Wolf», *His Glory*, 28 de julio de 2022, minuto 28:54.

5. Zach Boren y Arthur Neslen, «How Lobbyists for Monsanto Led a ‘Grassroots Farmers’ Movement Against an EU Glyphosate Ban», *Unearthed*, 17 de octubre de 2018; «IARC Monograph on Glyphosate», Agencia Internacional de Investigación sobre el Cáncer de la OMS; «Roundup Weedkiller ‘Probably’ Causes Cancer, Says WHO Study», *The Guardian*, 21 de marzo de 2015.

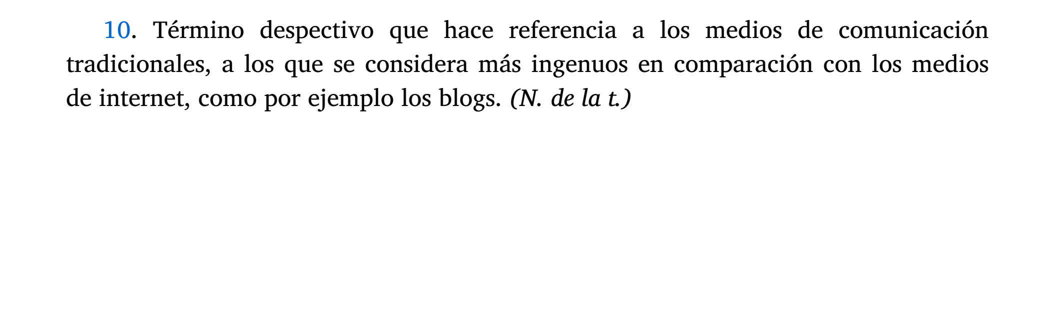
6. Edward Helmore, «Lawsuits, Payouts, Opioids Crisis: What Happened to Johnson & Johnson?», *The Guardian*, 18 de octubre de 2019.

7. «Myocarditis and Pericarditis After mRNA COVID-19 Vaccination», Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, 27 de septiembre de 2022, <https://www.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/vaccines/safety/myo carditis.html>.

8. «CDC & FDA Identify Preliminary COVID-19 Vaccine Safety Signal for Persons Aged 65 Years and Older», Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, 13 de enero de 2023, <https://www.cdc.gov/coronavirus/2019-ncov/vaccines/safety/bivalent-boosters.html>.



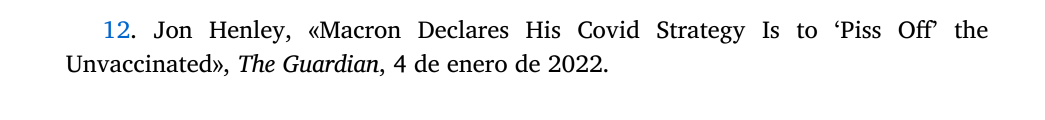
9. Naomi Wolf, «Dear Friends, Sorry to Announce a Genocide», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 29 de mayo de 2022.



10. Término despectivo que hace referencia a los medios de comunicación tradicionales, a los que se considera más ingenuos en comparación con los medios de internet, como por ejemplo los blogs. *(N. de la t.)*

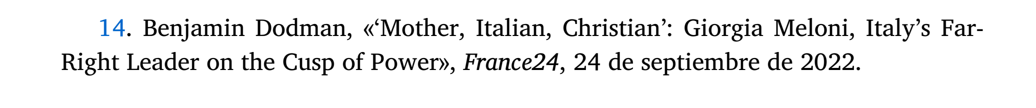


11. Krutika Amin *et al.*, «COVID-19 Mortality Preventable by Vaccines», *Health System Tracker*, 21 de abril de 2022.



12. Jon Henley, «Macron Declares His Covid Strategy Is to ‘Piss Off’ the Unvaccinated», *The Guardian*, 4 de enero de 2022.

13. Steve Bannon, presentador, «The Transhumanist Revolution», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1.394, 6 de noviembre de 2021; Charlie Kirk, presentador, «Transgenderism to Transhumanism with 'Detransitioner' Ritchie Herron and Tech Writer Joe Allen», *Charlie Kirk Show* (pódcast), 15 de septiembre de 2022.

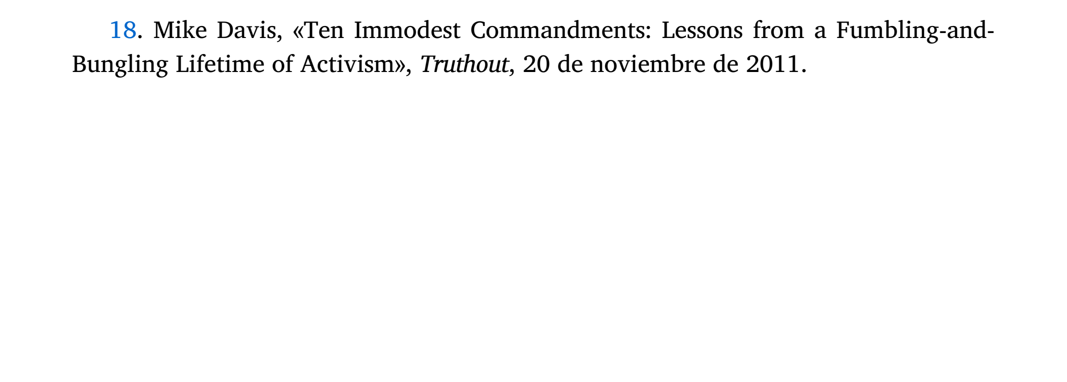

14. Benjamin Dodman, «‘Mother, Italian, Christian’: Giorgia Meloni, Italy’s Far-Right Leader on the Cusp of Power», *France24*, 24 de septiembre de 2022.

15. Ian Schwartz, «Italy’s Giorgia Meloni: We Are the Enemy to Those Who Would Like Us to Have No Identity, Be the Perfect Consumer Slaves», *RealClearPolitics*, 26 de septiembre de 2022.



16. Amy Kazmin, «Giorgia Meloni Faces Economic Storm as She Prepares to Take Helm in Italy», *Financial Times*, 18 de octubre de 2022.

17. Jennifer Senior, «American Rasputin», *The Atlantic*, 6 de junio de 2022.



18. Mike Davis, «Ten Immodest Commandments: Lessons from a Fumbling-and-Bungling Lifetime of Activism», *Truthout*, 20 de noviembre de 2011.

19. Steve Bannon, presentador, «Biden Chaos; Easy Money Destroys the Deplorable’s», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1.517, 28 de diciembre de 2021, publicado en Rumble.

20. Steve Bannon, presentador, «Independence Day!!; Naomi Wolf's Coup», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1.506, 23 de diciembre de 2021, minuto 17:30, publicado en Rumble.

21. Bannon, «Independence Day!!», minuto 19:53.

22. Dan Mangan, «Steve Bannon's Podcast Barred from Twitter After He Made Beheading Comment About Fauci, FBI Director Wray», CNBC, 5 de noviembre de 2020.

23. Captura de pantalla de *War Room* publicada en *Internet Archive's Wayback Machine*, 22 de octubre de 2022; Steve Bannon @SteveBannon, publicación, Gettr, 9 de junio de 2022.

24. Joshua Jamerson y Aaron Zitner, «GOP Gaining Support Among Black and Latino Voters, WSJ Poll Finds», *The Wall Street Journal*, 7 de noviembre de 2022.

25. Steve Bannon, presentador, capítulo eliminado, *War Room: Pandemic* (pódcast); Bannon, «Biden Chaos», minuto 13:56.

26. «Competing Visions of America: An Evolving Identity or a Culture Under Attack? Findings from the 2021 American Values Survey», Public Religion Research Institute, 1 de noviembre de 2021.

27. Steve Bannon, presentador, capítulo eliminado, *War Room: Pandemic* (pódcast).

28. Naomi Wolf, «Fascist America, in 10 Easy Steps», *The Guardian*, 24 de abril de 2007.

29. Steve Bannon, presentador, «Parents Are Still Taking to the Streets», *War Room: Pandemic* (pódcast), capítulo 1.387, 3 de noviembre de 2021, publicado en Rumble; Steve Bannon, presentador, «Army of Moms Have Been Mobilized», *War Room: Pandemic* (vídeo), 29 de octubre de 2021, minuto 0:45.

30. Bannon, «Independence Day!!», minuto 43:50; Myah Ward, «At Least 3,900 Children Separated from Families Under Trump 'Zero Tolerance' Policy, Task Force Finds», *Politico*, 6 de agosto de 2021.

31. Steve Bannon, presentador, *War Room: Pandemic* (pódcast), 21 de mayo de 2021, fragmento publicado en *Media Matters for America*.

32. Brian W. O'Shea, comentarios, Dr. Naomi Wolf, publicación de Facebook, 22 de noviembre de 2014.

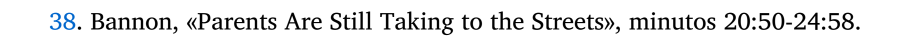
33. Naomi Wolf @naomirwolf, tuit, 20 de diciembre de 2022, Twitter.

34. «US Abortion: Best Selling Author Dr Naomi Wolf Discusses Leaked US Supreme Court Documents», canal de *GB News* en YouTube, 3 de mayo de 2022, minuto 4:14-4:27.

35. Naomi Wolf @DrNaomiRWolf, publicación en Gettr, 13 de mayo de 2022.

36. Bannon, «Parents Are Still Taking to the Streets», minuto 24:58.

37. Rachel Savage, «INTERVIEW—U.S. Author Naomi Wolf Condemns UK's 'Moral Panic' on Trans Issues», *Reuters*, 27 de noviembre de 2020.



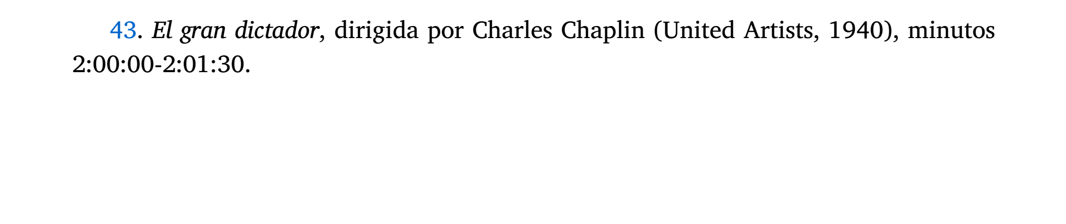
38. Bannon, «Parents Are Still Taking to the Streets», minutos 20:50-24:58.

39. Bannon, «Parents Are Still Taking to the Streets», minuto 20:50.

40. Naomi Wolf, «Dear Conservatives, I Apologize», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 9 de marzo de 2023.

41. Sigmund Freud, «The Uncanny», en *The Uncanny*, en la traducción al inglés de David McLintock, Penguin, 2003, Londres, pág. 124. El ensayo de Freud se publicó originalmente en 1919.

42. «Two Birthdays», *The Spectator*, 12 de abril de 1939, pág. 5.

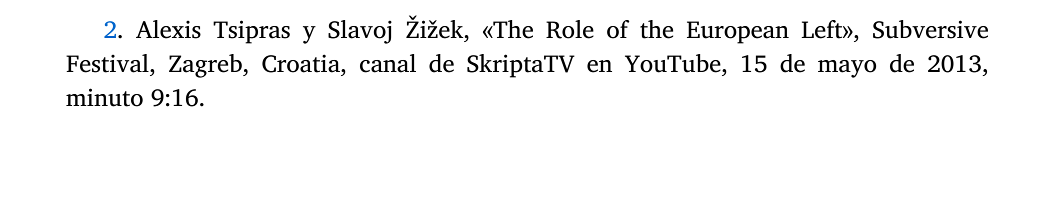


43. *El gran dictador*, dirigida por Charles Chaplin (United Artists, 1940), minutos 2:00:00-2:01:30.

44. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», canal de *DailyClout* en YouTube, 30 de marzo de 2021.

45. *The Great Dictator*, minuto 2:02:40.

1. Naomi Klein, «James Baker's Double Life», *The Nation*, 12 de octubre de 2004.



2. Alexis Tsipras y Slavoj Žižek, «The Role of the European Left», Subversive Festival, Zagreb, Croatia, canal de SkriptaTV en YouTube, 15 de mayo de 2013, minuto 9:16.

3. Laura Marsh, «Philip Roth's Revenge Fantasy», *The New Republic*, 22 de marzo de 2021.

4. Philip Roth, *Operation Shylock: A Confession*, Simon & Schuster, 1993, Nueva York, pág. 22. [Trad. cast.: *Operación Shylock*, Debolsillo, 2005.]



5. Roth, *Operación Shylock*, pág. 71 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



6. Roth, *Operación Shylock*, pág. 99 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



7. Roth, *Operación Shylock*, pág. 31 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



8. Roth, *Operación Shylock*, pág. 34 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.

9. Roth, *Operación Shylock*, pág. 55 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



10. Roth, *Operación Shylock*, pág. 115 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



11. Roth, *Operación Shylock*, pág. 389 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



12. Tucker Carlson, «Open Race Hate Forms Much of MSNBC's Substance», 20 de octubre de 2022.

13. Sarah Ditum, «Naomi Wolf Is Not a Feminist Who Became a Conspiracy Theorist—She's a Conspiracist Who Was Once Right», *New Statesman*, 7 de octubre de 2014.

14. Naomi Klein, «Screen New Deal», *The Intercept*, 8 de mayo de 2020.

15. «Watch Dr Naomi Wolf Discuss ‘Why Vaccine Passports Equal Slavery Forever’», canal de *DailyClout* en YouTube, 30 de marzo de 2021.



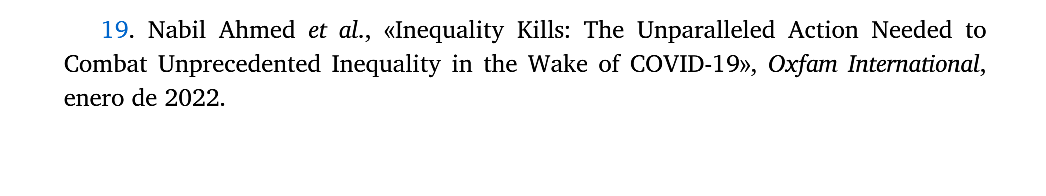
16. Arundhati Roy, «The Pandemic Is a Portal», *Financial Times*, 3 de abril de 2020.



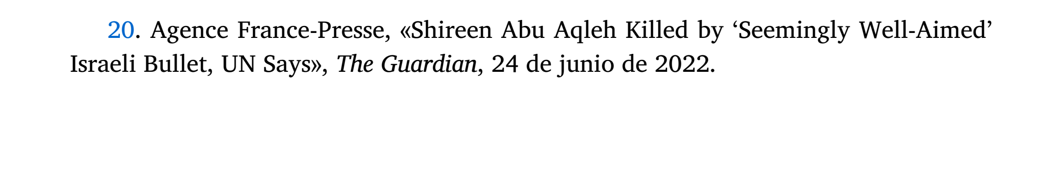
17. Ben Blanchet, «Newsmax TV Bans Reporter over Wacky Rant About Satan, Insects and Drinking Blood», *HuffPost*, 20 de octubre de 2022.



18. Roth, *Operación Shylock*, pág. 87 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster.



19. Nabil Ahmed *et al.*, «Inequality Kills: The Unparalleled Action Needed to Combat Unprecedented Inequality in the Wake of COVID-19», *Oxfam International*, enero de 2022.



20. Agence France-Presse, «Shireen Abu Aqleh Killed by 'Seemingly Well-Aimed' Israeli Bullet, UN Says», *The Guardian*, 24 de junio de 2022.



21. Angela Davis, entrevistada por Alonzo King (grabación en audio), City Arts & Lectures, 24 de mayo de 2022.

22. «Greta Thunberg Mocks World Leaders in 'Blah, Blah, Blah' Speech», canal de BBC News en YouTube, 28 de septiembre de 2021, 0:06-0:52.

23. «Greta Thunberg: 'COP26 Even Watered Down the Blah, Blah, Blah'», BBC News, 15 de noviembre de 2021.



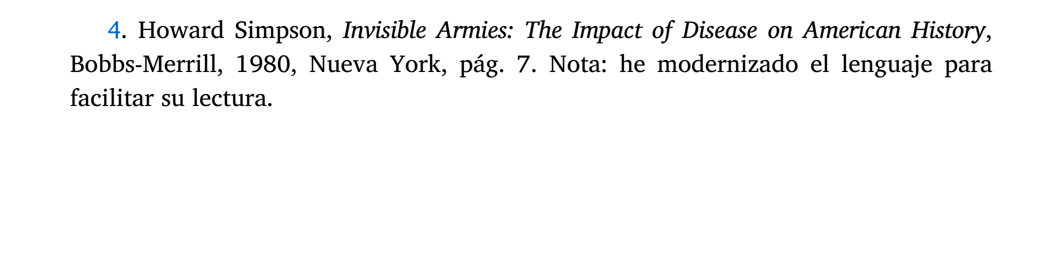
24. Tamara Lindeman, *Loss*, en el álbum «*Ignorance*», Fat Possum Records, 2021.



1. Naomi Wolf, @DrNaomiRWolf, «#walkoutwednesday», publicación en Gettr, 3 de noviembre de 2021.

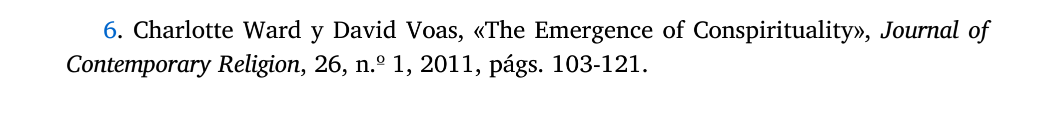
2. «Newsmax Host Suggests Vaccines Are ‘Against Nature,’ and Some Diseases Are ‘Supposed to Wipe Out a Certain Amount of People’», *Media Matters for America*, 12 de julio de 2021 (vídeo y transcripción de *Rob Schmitt Tonight*, Newsmax, 9 de julio de 2021).

3. ……«The Charter of New England: 1620», *The Avalon Project: Documents in Law, History, and Diplomacy*, Yale Law School. Nota: he modernizado el lenguaje para facilitar su lectura.



4. Howard Simpson, *Invisible Armies: The Impact of Disease on American History*, Bobbs-Merrill, 1980, Nueva York, pág. 7. Nota: he modernizado el lenguaje para facilitar su lectura.

5. «A New Description of That Fertile and Pleasant Province of Carolina, by John Archdale, 1707», en Alexander Salley Jr. (comp.), *Original Narratives of Early American History: Narratives of Early Carolina 1650-1708*, Charles Scribner's Sons, 1911, Nueva York, págs. 282-311.

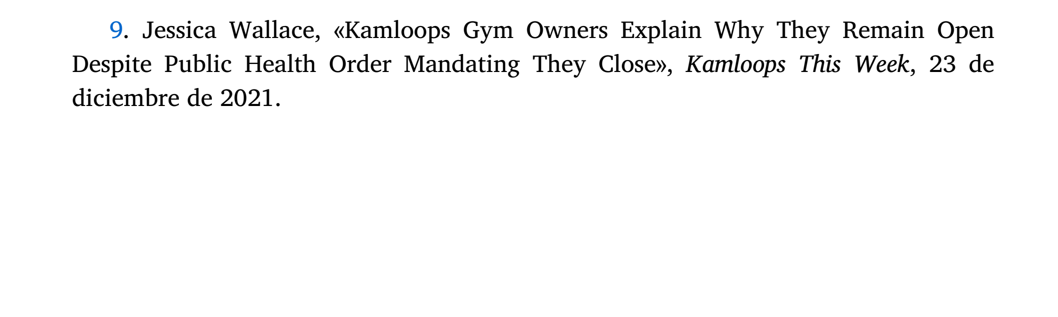


6. Charlotte Ward y David Voas, «The Emergence of Conspirituality», *Journal of Contemporary Religion*, 26, n.º 1, 2011, págs. 103-121.

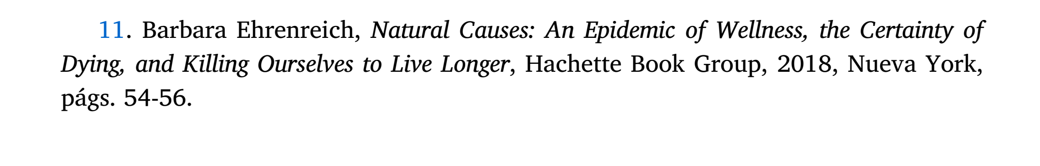


7. «The Disinformation Dozen: Why Platforms Must Act on Twelve Leading Online Anti-Vaxxers», Center for Countering Digital Hate, 24 de marzo de 2021.

8. Sam Kestenbaum, «Christiane Northrup, Once a New Age Health Guru, Now Spreads Covid Disinformation», *The Washington Post*, 3 de mayo de 2022 (actualizado el 9 de mayo de 2022).


9. Jessica Wallace, «Kamloops Gym Owners Explain Why They Remain Open Despite Public Health Order Mandating They Close», *Kamloops This Week*, 23 de diciembre de 2021.

10. Naomi Wolf, *The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women*, 1990; repr. por Perennial, 2002, Nueva York, págs. 26-27.



11. Barbara Ehrenreich, *Natural Causes: An Epidemic of Wellness, the Certainty of Dying, and Killing Ourselves to Live Longer*, Hachette Book Group, 2018, Nueva York, págs. 54-56.

12. Ehrenreich, *Natural Causes*, págs. 56-57. [Trad. cast.: *Causas naturales. Cómo nos matamos por vivir más*, Turner, 2018.]

13. Carmen Maria Machado, *Her Body and Other Parties*, Graywolf Press, 2017, Mineápolis, pág. 153. [Trad. cast.: *Su cuerpo y otras fiestas*, Anagrama, 2018.]



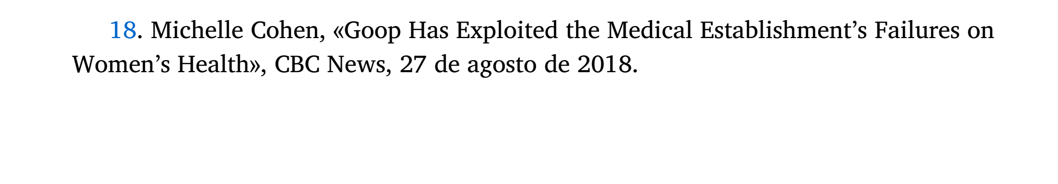
14. Machado, *Su cuerpo y otras fiestas*, pág. 165 de la edición original publicada por Graywolf Press, 2017.

15. Philip Roth, *Everyman*, Vintage, 2007, Londres, pág. 156. [Trad. cast.: *Elegía*, Debolsillo, 2008.]

16. «Working Together to Reduce Black Maternal Mortality», Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, 3 de abril de 2023; Danielle M. Ely y Anne K. Driscoll, «Infant Mortality in the United States, 2019: Data from the Period Linked Birth/Infant Death File», *National Vital Statistics Reports*, 70, n.º 14, 8 de diciembre de 2021, págs. 1-17.



17. «About: A Note from Steph», Glowing Mama (página web), consultado el 13 de octubre de 2022.



18. Michelle Cohen, «Goop Has Exploited the Medical Establishment's Failures on Women's Health», CBC News, 27 de agosto de 2018.

19. Rupa Marya @DrRupaMarya, tuit, 15 de mayo de 2022, Twitter.



20. «Dietary Supplements Market Report till 2027», *MarketsandMarkets*, abril de 2022.

21. Alex Jones, «The Alex Jones Show», *Infowars*, 11 de mayo de 2022.

22. John Elflein, «Percentage of U.S. Population Who Had Been Given a COVID-19 Vaccination as of October 5, 2022, by State or Territory», *Statista*, octubre de 2022.

23. «Página de inicio», Christiane Northrup M.D. (página web), consultado el 3 de enero de 2023.

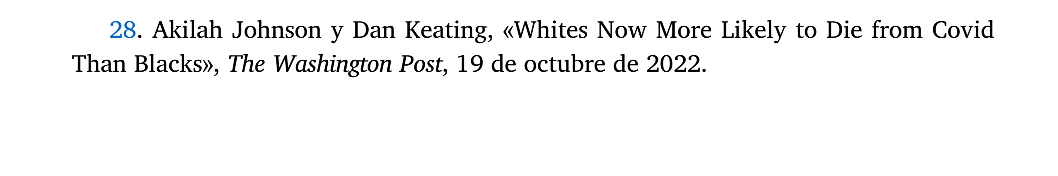


24. Machado, *Su cuerpo y otras fiestas*, pág. 164 de la edición original publicada por Graywolf Press, 2017.

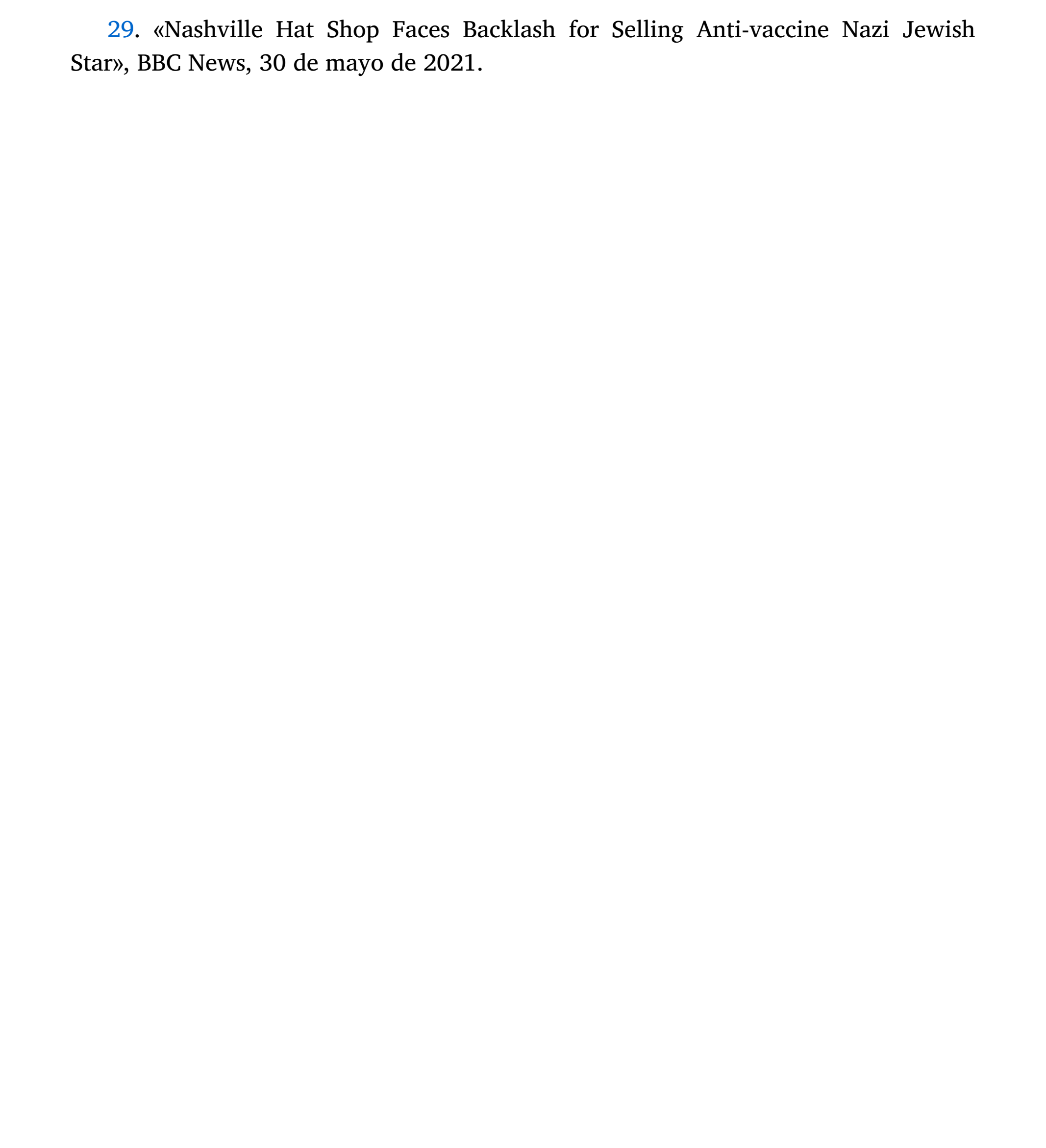
25. «People with Certain Medical Conditions», COVID-19, Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, actualizado el 10 de febrero de 2023.

26. @glowingmamafit, Reel de Instagram, 13 de septiembre de 2021.

27. Keeanga-Yamahtta Taylor, «The Black Plague», *The New Yorker*, 16 de abril de 2020.



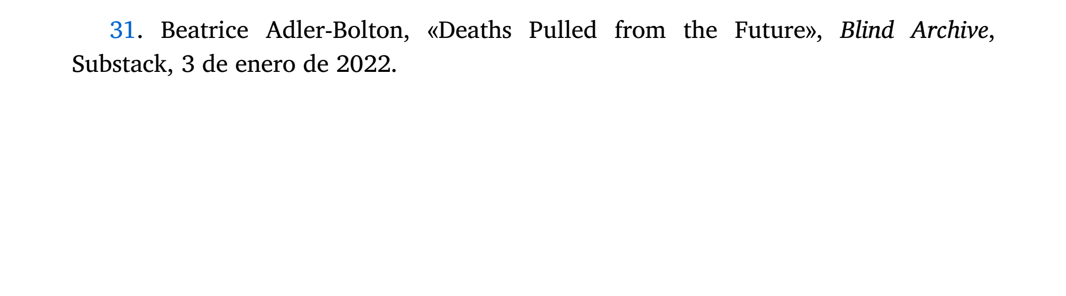
28. Akilah Johnson y Dan Keating, «Whites Now More Likely to Die from Covid Than Blacks», *The Washington Post*, 19 de octubre de 2022.



29. «Nashville Hat Shop Faces Backlash for Selling Anti-vaccine Nazi Jewish Star», BBC News, 30 de mayo de 2021.



30. Branko Marcetic, «You Know Who Else Opposed Vaccine Mandates? Hitler», *Jacobin*, 18 de septiembre de 2021.



31. Beatrice Adler-Bolton, «Deaths Pulled from the Future», *Blind Archive*, Substack, 3 de enero de 2022.

32. «Living and Dying Nations: From Lord Salisbury's Speech to the Primrose League, May 4», *The New York Times*, 18 de mayo de 1898.

33. Julie Bosman, Amy Harmon y Albert Sun, «As U.S. Nears 800,000 Virus Deaths, 1 of Every 100 Older Americans Has Perished», *The New York Times*, 13 de diciembre de 2021; «A Poor People's Pandemic Report: Mapping the Intersections of Poverty, Race and COVID-19», *Executive Summary*, Poor People's Campaign, abril de 2022.

34. Andrew J. Webber, *The Doppelgänger: Double Visions in German Literature*, Oxford University Press, 1996, Nueva York, pág. 3.

35. Tom Huddleston Jr., «These Are the 5 Most Expensive Cities in the U.S. and Canada—and Los Angeles Isn't One of Them», CNBC News, 6 de julio de 2022.



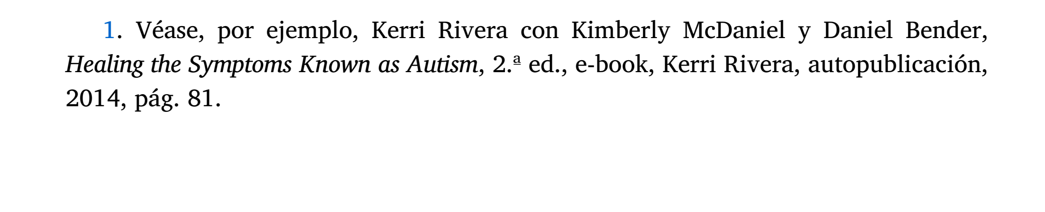
36. Jen St. Denis, «The Billionaire and the Mayor», *The Tyee*, 24 de octubre de 2022.

37. Harry Bradford, «Lululemon’s Founder Blames Yoga Pants Problem on Women’s Bodies», *HuffPost*, 6 de noviembre de 2013.

38. Bob Kronbauer, «Here's the Weird Essay Chip Wilson Just Wrote About Erections», *Vancouver Is Awesome*, 29 de mayo de 2019.

39. Marc Fawcett-Atkinson, «Right-Wing Populist Group Fined for Ads Targeting Left-Leaning Politicians», *National Observer*, 7 de octubre de 2022; Dan Fumano, «Lululemon Founder Gives $380,000 to Boost B.C.'s Right-Leaning Candidates, Asks Others to Donate», *Vancouver Sun*, 3 de agosto de 2022.

40. Garth Mullins @garthmullins, tuit, 16 de octubre de 2022, Twitter.



1. Véase, por ejemplo, Kerri Rivera con Kimberly McDaniel y Daniel Bender, *Healing the Symptoms Known as Autism*, 2.ª ed., e-book, Kerri Rivera, autopublicación, 2014, pág. 81.

2. «Retraction—Ileal-Lymphoid-Nodular Hyperplasia, Non-Specific Colitis, and Pervasive Developmental Disorder in Children», *The Lancet*, 375, n.º 9.713, 6 de febrero de 2010, pág. 455.

3. Simon H. Murch *et al.*, «Retraction of an Interpretation», *The Lancet*, 363, n.º 9.411, 6 de marzo de 2004, pág. 750. De los doce coautores originales con los que pudo contactarse, diez se retractaron. La revista no logró contactar con el autor número 13, John Linnell. Los dos que no firmaron la retractación fueron Andrew Wakefield y Peter Harvey.

4. «Fitness to Practise Panel Hearing», Consejo Médico General de Gran Bretaña, 28 de enero de 2010.

5. Manisha Patel *et al.*, «Increase in Measles Cases: United States, January 1-April 26, 2019», *Morbidity and Mortality Weekly Report*, Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, 3 de mayo de 2019. «Elimination” defined as the “absence of sustained measles transmission that is continuous for ≥12 months in a defined geographic area».

6. «Worldwide Measles Deaths Climb 50% from 2016 to 2019 Claiming over 207,500 Lives in 2019», publicación de información, Organización Mundial de la Salud, 12 de noviembre de 2020.

7. Naomi Wolf, «'TRUTH' with Robert F. Kennedy, Jr. Featuring Naomi Wolf-Season 2 Episode 21», Children's Health Defense (vídeo), 8 de marzo de 2021, minuto 06:20.

8. «The Real Anthony Fauci and The Bodies of Others Boxed Set», All Seasons Press, <https://www.allseasonspress.com/store/p/thereal-anthony-fauci-and-the-bodies-of-others-boxed-set>, consultado el 12 de enero de 2023.

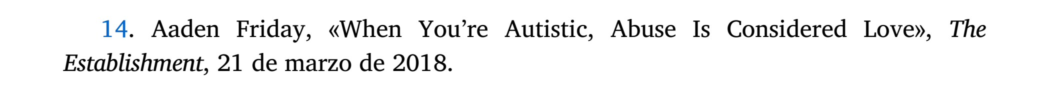
9. Naomi Wolf, *The Bodies of Others: The New Authoritarians, COVID-19 and the War Against the Human*, All Seasons Press, 2022, Fort Lauderdale, Florida, pág. 97; Naomi Wolf, «Global Predators and the Assault on Human Freedom: The Naomi Wolf Interview», *The Monica Crowley Podcast*, 25 de mayo de 2022, minutos 27:42-29:12, publicado en Apple Podcasts.

10. @glowingmamafit, reel de Instagram, 13 de septiembre de 2021.

11. «‘This Is Rape’: Protesters Yell at Parents Walking with Masked Kids at School Event», CNN News (vídeo), 8 de octubre de 2021; Andrew Guttman, «Dad Who Decried Antiracism Initiatives at Brearley Urges Parents to Join Fight», *New York Post*, 8 de mayo de 2021; «Digital Hate: Social Media’s Role in Amplifying Dangerous Lies About LGBTQ+ People», Center for Countering Digital Hate and Human Rights Campaign, 10 de agosto de 2022.

12. «La extinción de un principio básico del comportamiento con el que se pretende extinguir o poner fin a comportamientos no deseados. Simplificándolo, cuando un comportamiento se refuerza, se mantiene, de forma que la extinción elimina el refuezo y el comportamiento desaparece», Lizzy Engelman, «A Crash Course on Extinction», *ABA Solutions* (blog), 15 de julio de 2019.

13. Whitney Ellenby, «Bystanders Were Horrified. But My Son Has Autism, and I Was Desperate», *The Washington Post*, 27 de febrero de 2018.

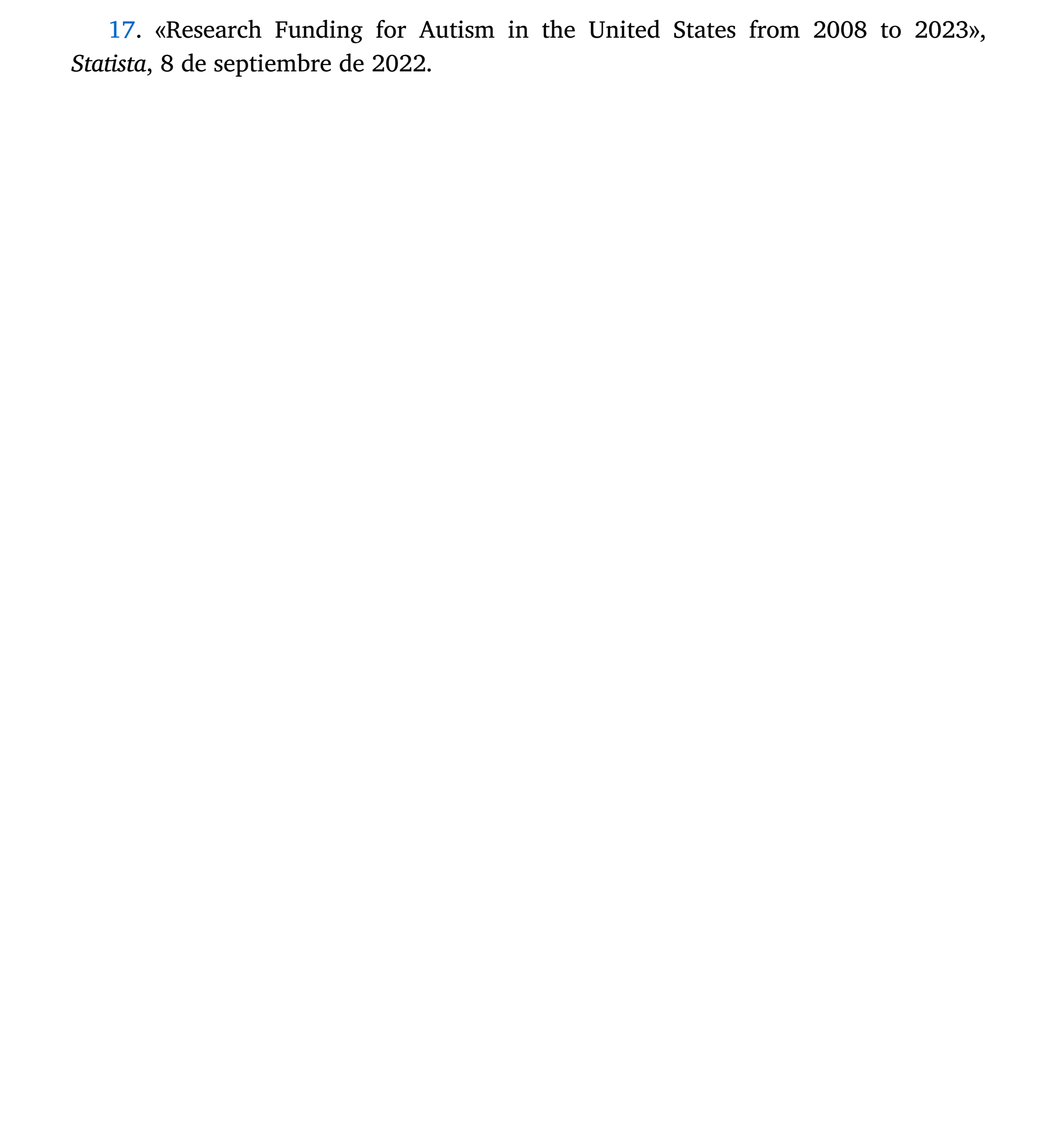


14. Aaden Friday, «When You’re Autistic, Abuse Is Considered Love», *The Establishment*, 21 de marzo de 2018.

15. Ellenby, «Bystanders Were Horrified».

16. Ole Ivar Lovaas, «Behavioral Treatment and Normal Educational and Intellectual Functioning in Young Autistic Children», *Journal of Consulting and Clinical Psychology,* 55, n.º 1, 1987, págs. 8.

17. «Research Funding for Autism in the United States from 2008 to 2023», *Statista*, 8 de septiembre de 2022.



18. «Community Report on Autism 2021», Autism and Developmental Disabilities Monitoring Network, Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades; «Prevalence of Autism Spectrum Disorders», Autism and Developmental Disabilities Monitoring Network, Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, 30 de marzo de 2012.

19. Lorna Wing, *The Autistic Spectrum*, edición actualizada, Constable & Robinson, 2002, Londres, pág. 23.

[20]. Steve Silberman, *Neurotribes: The Legacy of Autism and the Future of Neurodiversity*, Penguin Random House, 2015, Nueva York, págs. 41-43, 421. [Trad. cast.: *Una tribu propia. Autismo y Asperger: otras maneras de entender el mundo*, Ariel, 2019].

21. Laura Hull, K. V. Petrides y William Mandy, «The Female Autism Phenotype and Camouflaging: A Narrative Review», *Review Journal of Autism and Developmental Disorders*, 7, n.º 4, 2020, págs. 306-317; Terra Vance, «What's in a Word: Autism and White Privilege», *Neuroclastic: The Autism Spectrum According to Autistic People*, 2 de junio de 2019; David S. Mandell *et al.*, «Race Differences in the Age at Diagnosis Among Medicaid-Eligible Children with Autism», *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 41, n.º 12, 2002, págs. 1447-1453.

22. Kristen Lyall *et al.*, «The Changing Epidemiology of Autism Spectrum Disorders», *Annual Review of Public Health*, 38, n.º 1, 2017, págs. 81-102.

23. Ben Smee, «When Covid Came to the Anti-Vax Capital of Australia», *The Guardian*, 13 de agosto de 2021; «Children Fully Immunised in NSW by Local Government Area 2020–21», NSW Government Health, actualizado el 3 de septiembre de 2021; Jennifer King, «Now Diphtheria: Is Northern NSW Incubating Another Australian Health Crisis?», *The Guardian*, 8 de julio de 2022.

24. Jenny McCarthy, *Mother Warriors: A Nation of Parents Healing Autism Against All Odds*, Penguin, 2009, Nueva York, pág. 7.

25. Jenny McCarthy, «We’re Not an AntiVaccine Movement… We’re Pro-Safe Vaccine», *Frontline*, PBS, 23 de marzo de 2015.

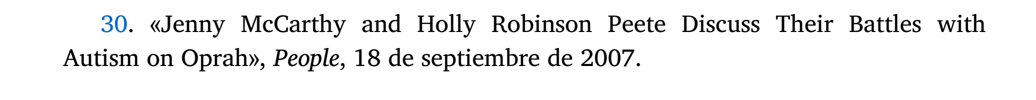
26. McCarthy, *Mother Warriors*.

27. Eric Garcia, «Tracing America's Covid Vaccine Conspiracies to Autism Fearmongering», MSNBC Opinion, 8 de diciembre de 2021.

28. Milton Friedman y Rose D. Friedman, *Capitalism and Freedom*, edición del 40 aniversario, University of Chicago Press, 2002, Chicago, pág. XIV.



29. «Fitness to Practise Panel Hearing», Consejo Médico General de Gran Bretaña.


30. «Jenny McCarthy and Holly Robinson Peete Discuss Their Battles with Autism on Oprah», *People*, 18 de septiembre de 2007.

31. Lorna Wing y David Potter, «The Epidemiology of Autistic Spectrum Disorders: Is the Prevalence Rising?», *Mental Retardation and Developmental Disabilities Research Reviews*, 8, n.º 3, 2002, págs. 151-161.

32. Leo Kanner, «Autistic Disturbances of Affective Contact», *Nervous Child*, 2, 1943, pág. 247.

33. Wing, *The Autistic Spectrum*.

34. *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 4.ª ed., Asociación Estadounidense de Psiquiatría, 1994, págs. 954-955.

35. Lorna Wing, «The History of Ideas on Autism: Legends, Myths and Reality», *Autism*, 1, n.º 1, 1997, págs. 13-14.

36. Wing y Potter, «The Epidemiology of Autistic Spectrum Disorders», pág. 151.

37. Kristen L. Bone, «Murders Most Foul: Changeling Myths», en Helen Gavin (comp.), *Women and the Abuse of Power: Interdisciplinary Perspectives*, Emerald, 2022, Bingley, Reino Unido, págs. 31-42.

38. Carl Haffter, «The Changeling: History and Psychodynamics of Attitudes to Handicapped Children in European Folklore», *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 4, n.º 1, 1968, pág. 57.

39. D. L. Ashliman, «Changelings: An Essay», sección 6, 1997.

40. D. L. Ashliman, «Changelings: An Essay», sección 6.



41. Silberman, *Una tribu propia*, pág. 42 de la edición publicada originalmente por Penguin Random House, 2015.

42. Mario Holzner y Michael Huberman, «Red Vienna: A Social Housing Experiment, 1923-1933», *Journal of Interdisciplinary History*, 53, n.º 1, 2022, págs. 49-88.



43. Tamara Kamatovic, «How Vienna’s Socialist City Hall Put Children at the Heart of the Welfare State», *Jacobin*, 22 de junio de 2020.

44. Citado en Kamatovic.

45. Citado en Kamatovic.

46. Citado en Kamatovic.

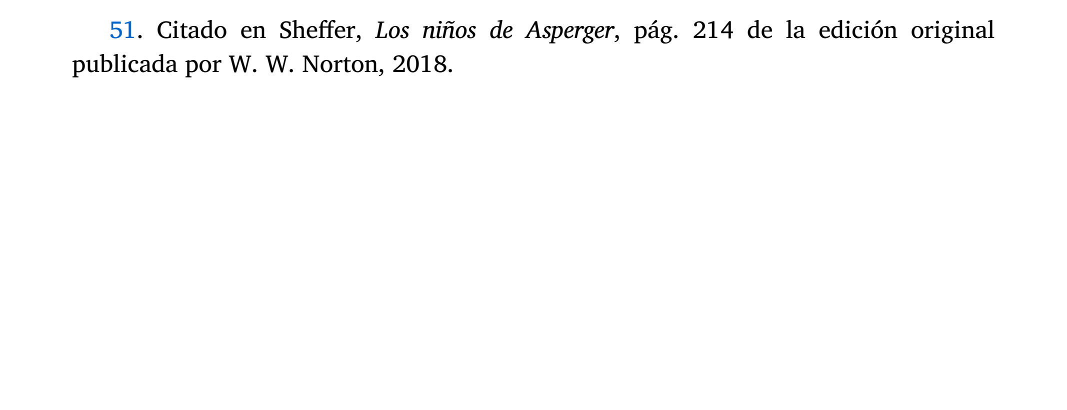
47. Edith Sheffer, *Asperger's Children: The Origins of Autism in Nazi Vienna*, W. W. Norton, 2018, Nueva York, pág. 38. [Trad. cast.: *Los niños de Asperger. El exterminador nazi detrás del reconocido pediatra*, Planeta, 2019.]

48. Silberman, *Una tribu propia*, págs. 87-88 de la edición publicada originalmente por Penguin Random House, 2015.



49. Kamatovic, «How Vienna's Socialist City Hall Put Children at the Heart of the Welfare State».

50. Esta frase se suele atribuir al Partido Nazi, el cual probablemente la tomó prestada del abogado Karl Binding y del psiquiatra Alfred Hoche, ambos alemanes. Véase Karl Binding y Alfred Hoche, *Permitting the Destruction of Life Unworthy of Life: Its Measure and Form,* trad. Cristina Modak, Suzeteo Enterprises, 2012, Greenwood, Wisconsin, publicado originalmente en alemán en 1920. Véase también Howard Brody y M. Wayne Cooper, «Binding and Hoche's 'Life Unworthy of Life': A Historical and Ethical Analysis», *Perspectives in Biology and Medicine*, 57, n.º 4, 2014, págs. 500-511.



51. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 214 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.

52. Citado en Herwig Czech, «Hans Asperger, National Socialism, and ‘Race Hygiene’ en Nazi-Era Vienna», *Molecular Autism*, 9, n.º 1, 2018, pág. 13.

53. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 214 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.

54. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 157 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.

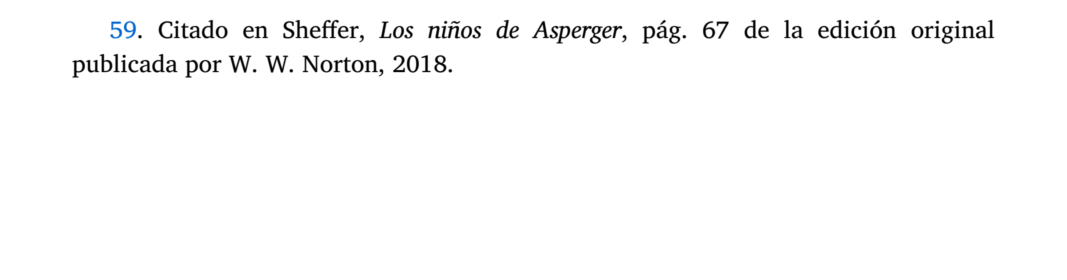
55. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 179 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.



56. Silberman, *Una tribu propia*, pág. 6 de la edición publicada originalmente por Penguin Random House, 2015.

57. Citado en Czech, «Hans Asperger, National Socialism, and ‘Race Hygiene’ in Nazi-Era Vienna», pág. 16.

58. Citado en Czech, «Hans Asperger, National Socialism, and ‘Race Hygiene’ in Nazi-Era Vienna», pág. 20.



59. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 67 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.



60. Roth, *Operación Shylock*, págs. 62-63 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.



61. Roth, *Operación Shylock*, pág. 63 de la edición publicada originalmente por Simon & Schuster, 1993.

62. Citado en Sheffer, *Los niños de Asperger*, pág. 17 de la edición original publicada por W. W. Norton, 2018.

63. Anna N. de Hooge, «Binary Boys: Autism, Aspie Supremacy and Post/Humanist Normativity», *Disability Studies Quarterly*, 39, n.º 1, 2019.



1. Rodrigo Nunes, «Are We in Denial About Denial?», *Public Books*, 25 de noviembre de 2020.



2. John Berger, blurb, «Advance Praise», *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism* (página web), visitada el 8 de noviembre de 2022.

3. Steve Bannon (presentador), «Naomi Wolf: The Lies of Pfizer», *War Room: Pandemic* (pódcast), 4 de mayo de 2022, minuto 0:41, publicado en Rumble; Paul Elias Alexander, «Dr. Wolf: Twitter Ban—Menstrual Dysregualtion [sic] ans Serious Fertility Issues After COVID Injection», 30 de julio de 2022, minuto 11:42, publicado en Rumble.



4. Entrevista de Steve Bannon a Naomi Wolf, *War Room: Pandemic* (pódcast), episodio 1076, 6 de julio de 2021, minuto 27:17-27:35.

5. «Identifying Conspiracy Theories», Comisión Europea, visitado el 8 de noviembre de 2022.



6. Naomi Wolf, T*he Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women*, 1990; reimpresión de Nueva York , Perennial, 2002, pág. 66 (trad. cast.: *El mito de la belleza*, Madrid, Continta Me Tienes, 2020).



7. Naomi Wolf, «The Shocking Truth About the Crackdown on Occupy», *The Guardian*, 25 de noviembre de 2011.

8. Katharine Viner, «Stitched Up», *The Guardian*, 1 de septiembre de 2001.

9. Alexander, «Dr. Wolf: Twitter Ban», a las 16:29.



10. Jack Bratich, en correo electrónico a la autora, 26 de octubre de 2022.



11. Margaret Thatcher, 23 de septiembre de 1987, transcripción de una entrevista por Douglas Key para *Woman's Own*, Fundación Margaret Thatcher.

12. Nikou Asgari, «Si el covid fuera tan grave...». Nikou Asgari, «A form of brainwahing: Why Trump Voters Are Refusing to Have a Vaccine», *Financial Times*, 20 de julio de 2021.



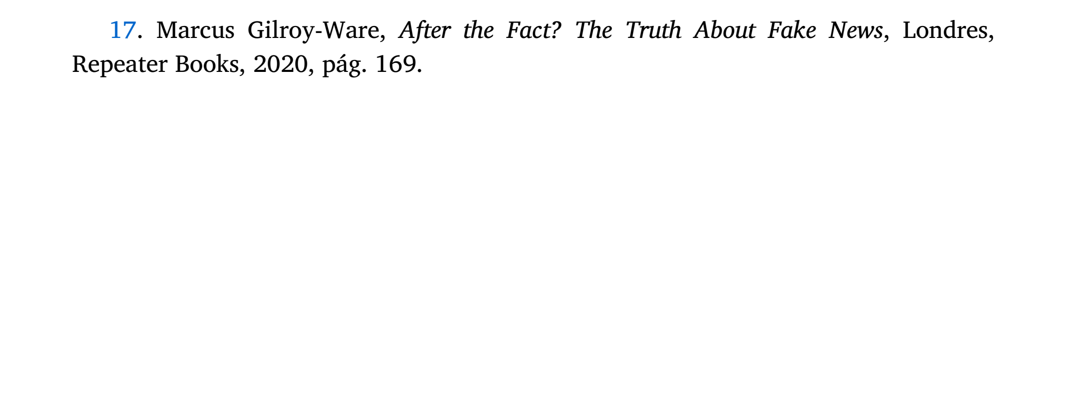
13. «Sovereign Citizens Movement», Southern Poverty Law Center, visitado el 8 de noviembre de 2022.



14. Ryan Gingeras, «How the Deep State Came to America», *War on the Rocks*, 4 de febrero de 2019.

15. Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 1776 (repr. Londres, David Campbell Publishers, 1991), pág. 116.

16. Mark Fisher, «Exiting the Vampire Castle», *Open Democracy*, 24 de noviembre de 2013. Reeditado con permiso de *The North Star* (fecha de la publicación original, 22 de noviembre de 2013).



17. Marcus Gilroy-Ware, *After the Fact? The Truth About Fake News*, Londres, Repeater Books, 2020, pág. 169.

18. Sarah Kendzior, *They Knew: How a Culture of Conspiracy Keeps America Complacent*, Nueva York, Flatiron Books, 2022.

19. Mark Fisher, *Capitalist Realism: Is there no alternative?,* Zero Books, 2009, pág. 68.



20. «George W. Bush confunde Irak con Ucrania en un lapsus», canal de YouTube de la Associated Press, 19 de mayo de 2022.

21. Gilroy-Ware, *After the Fact?*, pág. 169.

22. Daisy Hildyard, «The Second Body», *The Learned Pig*, 15 de noviembre de 2017. Pasaje de *The Second Body*, de Daisy Hildyard, Londres, Fitzcarraldo Editions, 2017.

23. Walter Benjamin, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations: Essays and Reflections*, revisado por Hannah Arendt, Londres, Bodley Head, 2015, pág. 248. La obra está publicada en España como título independiente: *Tesis sobre la filosofía de la historia*, L'Ateneu de Benimaclet, 2007.

24. James Baldwin, «The Creative Process», en *The Price of the Ticket: Collected Nonfiction 1948-1985,* Nueva York, St. Martin's/Marek, 1985, pág. 317.

25. Deena Metzger, *La Vieja: A Journal of Fire*, Topanga, California, Hand to Hand, 2022, 1.



1. Naomi Wolf, «I'm not 'brave'; You're just a P…y», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 2 de marzo de 2022.



2. «IPCC Adaptation Report ‘a Damning Indictment of Failed Global Leadership on Climate», *UN News*, 28 de febrero de 2022.

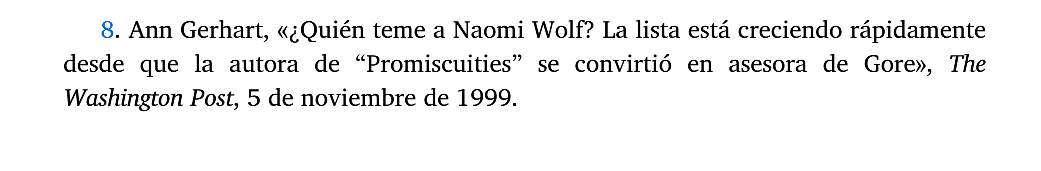
3. Wolf, «I’m not Brave».

4. Wolf, «No es que yo sea “valiente”».

5. Eric Adams @NYCMayor. Tuit, 27 de febrero de 2022, Twitter.

6. «Con el rápido descenso de los casos de covid y los nuevos máximos del índice de vacunación, el alcalde Adams anuncia el paso a la siguiente fase de las medidas de control de la pandemia», web oficial de la ciudad de Nueva York, 4 de marzo de 2022.

7. Wolf, «I’m not Brave».



8. Ann Gerhart, «¿Quién teme a Naomi Wolf? La lista está creciendo rápidamente desde que la autora de “Promiscuities” se convirtió en asesora de Gore», *The Washington Post*, 5 de noviembre de 1999.



9. Naomi Wolf, «A Lost Small Town», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 26 de octubre de 2022.

10. Ryan Clark, «Un miembro del personal docente que se presentó con la cara pintada de negro, despedido de su puesto», *Newberg Graphic,* 20 de septiembre de 2021; Lars Larson, presentador, «Lauren Pfferle – Un miembro del personal docente de un colegio de Newbergn en protesta por las medidas de control del covid, acude a trabajar… con la cara pintada de negro», *The Lars Larson Show*, 23 de septiembre de 2021, minuto 3:18, publicado en SoundCloud.



11. Tania Thorne, «The Woman Behind Let Them Breathe; the Fight Against School Mask Mandates», KPBS, 20 de octubre de 2021.

12. Eoin Higgins, «Recién levantada la suspensión de su cuenta de Twitter, Naomi Wolf se dispone a encabezar el evento antivacunas programado coincidiendo con la celebración del *Juneteenth*», *The Flashpoint*, Substack, 8 de junio de 2021.

13. Naomi Wolf @DrNaomiWolf, publicación en Gettr, 30 de junio de 2022, minutos 2:01 y 3:58.

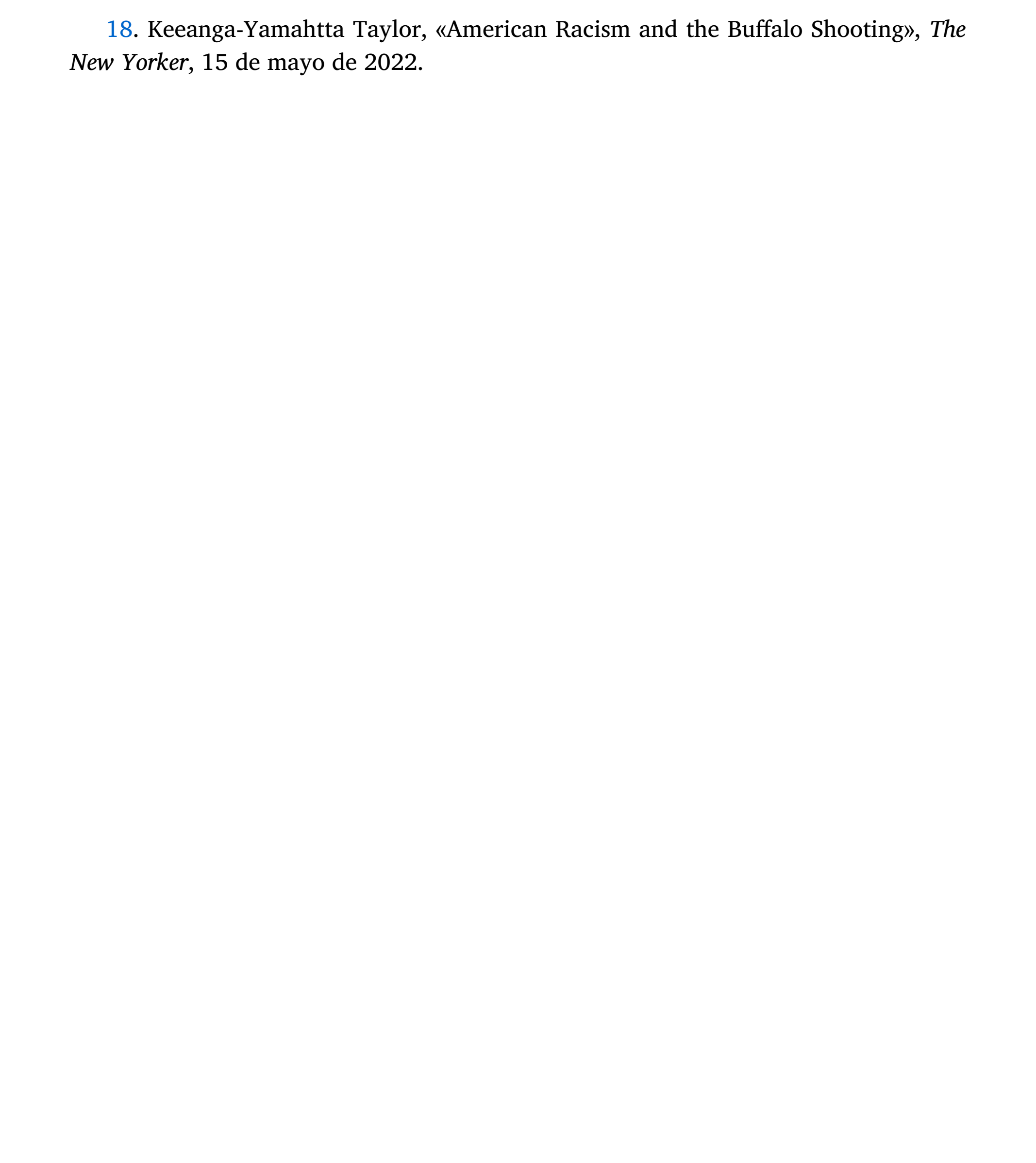


14. Wolf, publicación en Gettr, 30 de junio de 2022 a las 3:11.

15. April Ehrlich, «Restaurante de Salem, abrumado por valoraciones falsas y comentarios de odio tras un incidente con Naomi Wolf», Oregon Public Broadcasting (radio pública de Oregón), 1 de agosto de 2022.

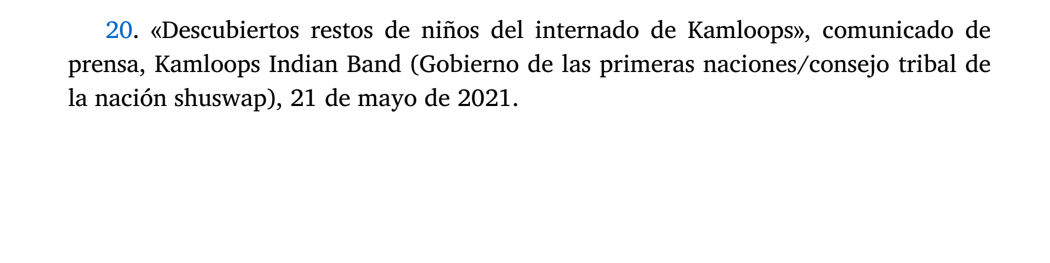
16. Wolf, publicación en Gettr, 30 de junio de 2022 a las 3:32.

17. Ta-Nehisi Coates, *Between the World and Me*, Nueva York, Spiegel & Grau, 2015. [Trad. cast.: *Entre el mundo y yo,* Seix Barral, 2016.]



18. Keeanga-Yamahtta Taylor, «American Racism and the Buffalo Shooting», *The New Yorker*, 15 de mayo de 2022.

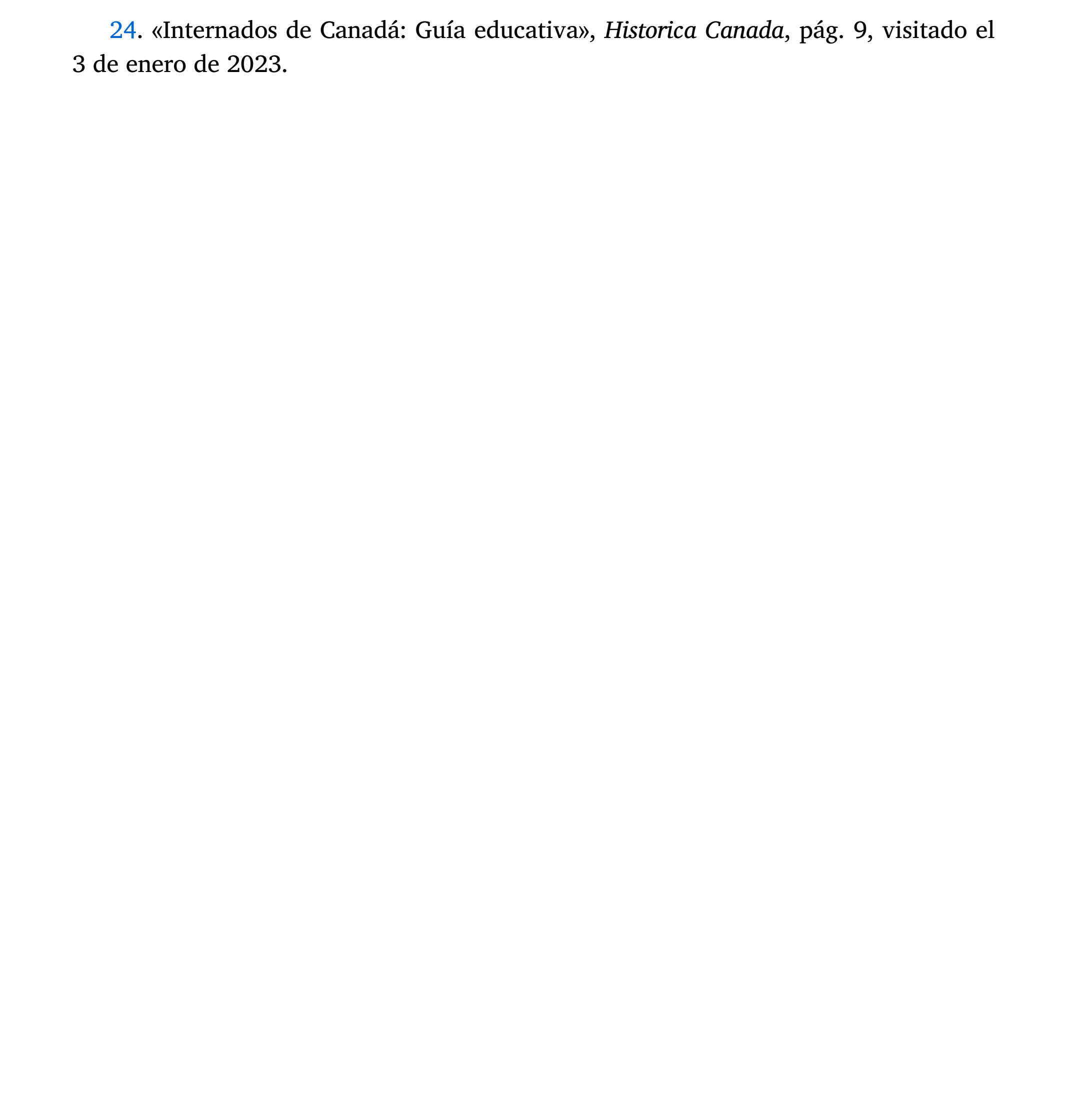
19. Naomi Wolf @DrNaomiWolf, publicación en Gettr, 14 de abril de 2022.


20. «Descubiertos restos de niños del internado de Kamloops», comunicado de prensa, Kamloops Indian Band (Gobierno de las primeras naciones/consejo tribal de la nación shuswap), 21 de mayo de 2021.

21. *Honouring the Truth, Reconciling for the Future: Summary of the Final Report of the Truth and Reconciliation Commission of Canada*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 2015, vol. 4., pág. 15; «Se debe acometer sin más dilación una acción nacional coordinada en relación con todos los niños del internado que nunca volvieron a sus casas», comunicado de prensa conjunto del Centro Nacional para la Verdad y la Reconciliación y el Centro de Historia y Diálogo de la Universidad de la Columbia Británica, 2 de junio de 2021.

22. «Murray Sinclair habla de la muerte de niños de internados y de lo que debe hacerse para ayudar a los supervivientes», *The Current*, CBC Radio, 2 de junio de 2021, minutos 5:57-6:23.

23. Carina Xue Luo, «Niños desaparecidos en internados para indios», Centro de Datos Académicos, Biblioteca Leddy, Universidad de Windsor, 6 de septiembre de 2022.



[24]. «Internados de Canadá: Guía educativa», *Historica Canada*, pág. 9, visitado el 3 de enero de 2023.



25. Ka’nhehsí:io Deer, «El papa dice que en los internados canadienses se produjo un genocidio», CBC News, 30 de julio de 2022.



26. Sean Kilpatrick, «Respaldo unánime a la moción para calificar de genocidio lo ocurrido en los internados», *Globe and Mail*, 28 de octubre de 2022.

27. George Manuel y Michael Posluns, *The Fourth World: An Indian Reality*, Don Mills, Ontario, Collier-MacMillan Canada, 1974, pág. 65.



28. Naomi Klein, «Stealing Children to Steal the Land», *The Intercept*, 16 de junio de 2021.

29. Justin Trudeau, «Trudeau afirma que los canadienses “deben ser honestos” sobre la historia del país en su mensaje del Día de Canadá», canal de YouTube de Global News, 1 de julio de 2021, minuto 1:15.

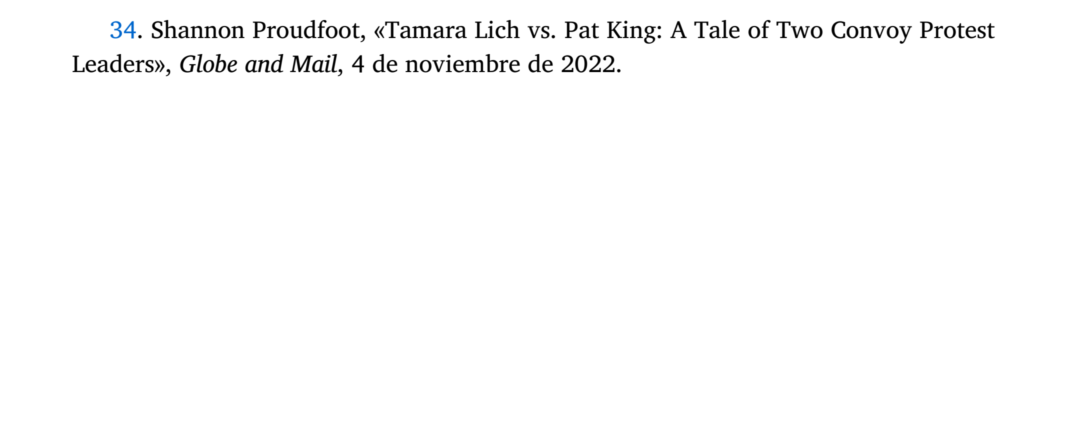
30. Edward Said, *Culture and Imperialism,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1993, pág. xiii.

31. James Baldwin, *The Fire Next Time*, Nueva York, Franklin Watts, 1963, pág. 95.

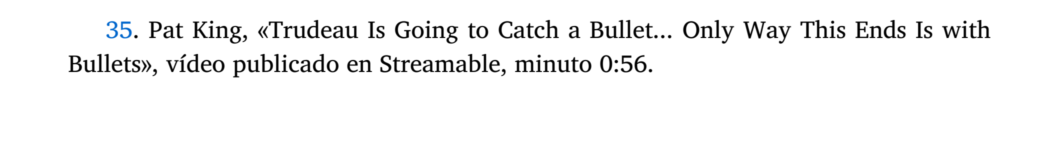


32. Melissa Tait, «Healing Through Drums», *Globe and Mail*, 29 de septiembre de 2022.

33. Mike Otto, «An Idea Turned into a Trucking Convoy for a Cause», *Over the Road Legend* (pódcast), 14 de julio de 2021, minuto 7:16.



34. Shannon Proudfoot, «Tamara Lich vs. Pat King: A Tale of Two Convoy Protest Leaders», *Globe and Mail,* 4 de noviembre de 2022.



35. Pat King, «Trudeau Is Going to Catch a Bullet… Only Way This Ends Is with Bullets», vídeo publicado en Streamable, minuto 0:56.

36. David Bauder, «What Is White Replacement Theory? Police Probe Conspiracy's Role in Buffalo Shooting», Global News, 16 de mayo de 2022.

37. «The “Freedom Convoy” Is Nothing but a Vehicle for the Far Right», Red Canadiense contra el Odio, 27 de enero de 2022.

38. Peter Smith, «A Holocaust Denier Is Travelling Across Canada Building Up the Country's Newest Far-Right Militia Movement», Red canadiense contra el Odio, 11 de enero de 2022.



39. Jesse Wente @JesseWente, tuit, 17 de febrero de 2022. La cuenta ha sido borrada. Citado con permiso.



40. Lianne Rood, parlamentaria conservadora, canal de YouTube de Mujeres en la política canadiense, 2 de marzo de 2022, minuto 0:18.



41. Matthew Remski, «Fantasías de opresión de las madres blancas antivacunas», *The Conspirituality Report*, 1 de junio de 2021.

42. Organización de corte neofascista y ultranacionalista, solo para hombres. *(N. del t.)*



1. *Exterminad a todos los salvajes*, dirigida por Raoul Peck, original de HBO, 7 de abril de 2021.

2. *Exterminad a todos los salvajes*: Declaración de intenciones de Raoul Peck, canal de HBO en YouTube, 6 de abril de 2021.

3. Joseph Conrad, *El rescate*, Nueva York, W. W. Norton, 1968, pág. 148.



4. Charles Darwin, *El origen del hombre y pasajes selectos relativos al sexo,* Londres, John Murray, 1896, 1:156.

5. Sven Lindqvist, *«Exterminate All the Brutes»: One Man's Odyssey into the Heart of Darkness and the Origins of European Genocide,* Londres, Granta, 1997, pág. 3.

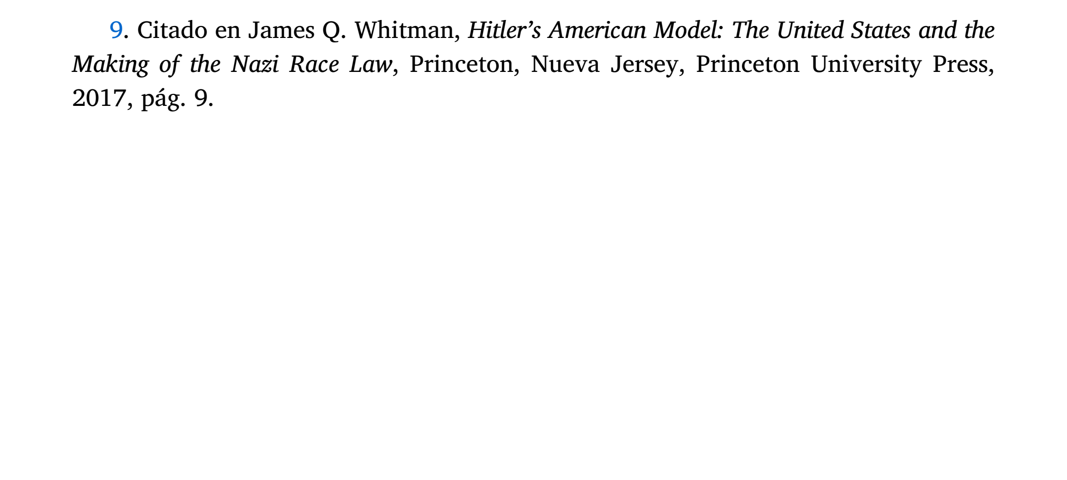


6. Citado en Nikolaus Wachsmann, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Londres, Little Brown, 2016, págs. 6-7.

7. Bedford Pim, *The Negro and Jamaica*, Londres, Trübner, 1866, pág. 63.

8. Phillip Reilly, *The Surgical Solution: A History of Involuntary Sterilization in the United States,* Baltimore, John Hopkins, University Press, 1991.





9. Citado en James Q. Whitman, *Hitler's American Model: The United States and the Making of the Nazi Race Law*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2017, pág. 9.

10. Citado en David Blackbourn, *The Conquest of Nature: Water, Landscape, and the Making of Modern Germany*, Nueva York, W. W. Norton, 2006, pág. 303.

11. *Hitler’s Table Talk 1941-1944: His Private Conversations*, trad. Norman Cameron y R. H. Stevens, Nueva York, Enigma, 2000, pág. 69.

12. *Hitler's Table Talk 1941-1944*, pág. 34.

13. Lindqvist, *«Exterminate All the Brutes»*, pág. 160.

14. Lindqvist, «*Exterminate All the Brutes*», pág. 172.

15. W. E. B. Du Bois, *The World and Africa An Inquiry into the Part Which Africa Has Played in World History*, Nueva York, International Pubishers, 1965, pág. 23.

16. Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*, trad. Joan Pinkham, Nueva York, Monthly Review Press, 2000, pág. 36.

17. Césaire, *Discourse on Colonialism*, pág. 36.

18. Lindqvist, «*Exterminate All the Brutes*», pág. 9.

19. Rinaldo Walcott, *On Property: Policing, Prisons, and the Call for Abolition*, Windsor, Biblioasis, 2021, pág. 13.



20. Nomi Kaltmann, «The Courage of William Cooper», *Tablet*, 26 de enero de 2021.

21. Lindqvist, «*Exterminate All the Brutes*», pág. x.

22. Olúfé.mi O. Táíwò, *Reconsidering Reparations*, Nueva York, Oxford University Press, 2022, pág. 199.

23. Jacqueline Rose, *Proust Among the Nations: From Dreyfus to the Middle East*, Chicago, University of Chicago Press, 2011, pág. 120.

24. Dana Kennedy, «“Biggest Fake News Story in Canada”: Kamloops Mass Grave Debunked by Academics», *New York Post*, 27 de mayo de 2022.

25. Maxime Joselow, «Suspect in Buffalo Rampage Cited “Ecofascism” to Justify Actions», *The Washington Post*, 17 de mayo de 2022.

26. Julian Brave NoiseCat@jnoisecat, tuit, 16 de mayo de 2022, Twitter.

1. Jeet Heer @HeerJeet, tuit, 20 de marzo de 2021, Twitter.



2. Hannah Arendt, *Essays on Understanding, 1930-1945*, de Jerome Kohn, Nueva York, Harcourt, Brace, 1994, pág. 12.

3. Omar Sakr @omarsakrpoet, tuit, 29 de marzo de 2022, Twitter.



4. Citado en Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1951, pág. 64.

5. Jean-Paul Sartre, *Anti-Semite and the Jew*, trad. George J. Becker, 1948; reimpreso en Nueva York, Schocken Books, 1995, pág. 49. El original francés se escribió en 1944 y se publicó en formato de libro en 1946.



6. W. E. B. Du Bois, «Strivings of the Negro People», *The Atlantic*, agosto de 1897.

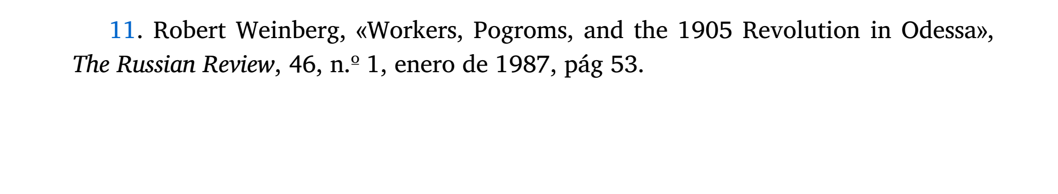
7. June Jordan, «I Must Become a Menace to My Enemies», en *Things That I Do in the Dark: Selected Poetry*, 1977; reimpr. en Boston: Beacon Press, 2004, pág. 173.



8. Grace Ebert, «I’m Not a Lookalike: Hundreds of Doppelgängers Sit for François Brunelle’s Uncanny Portraits», *Colossal*, 9 de febrero de 2022.

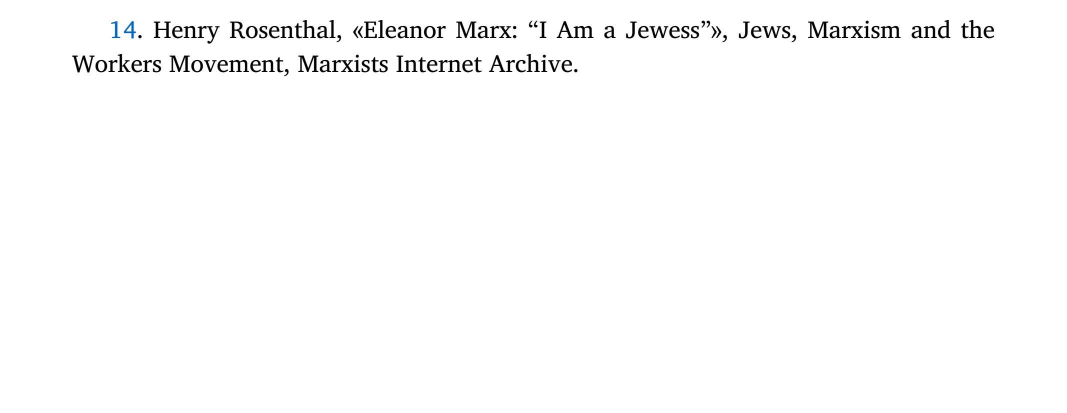
9. El artista afirmó que el tuit, ya eliminado de las redes, se debía a un error de escritura y que, en vez de «death con 3», querría haber escrito «DEFCON 3», uno de los niveles de preparación y alerta de las fuerzas armadas estadounidense. Es decir, amenzaba con iniciar una guerra contra los judíos. *(N. del t.)*

10. Richard Evans, *The Coming of the Third Reich*, Nueva York, Penguin Press, 2004, pág. 173.


11. Robert Weinberg, «Workers, Pogroms, and the 1905 Revolution in Odessa», *The Russian Review*, 46, n.º 1, enero de 1987, pág 53.

12. Weinberg, págs. 63-64.

13. Weinberg, pág. 75.



14. Henry Rosenthal, «Eleanor Marx: “I Am a Jewess”», Jews, Marxism and the Workers Movement, Marxists Internet Archive.

15. Georg Adler, Peter Hudis y Annelies Laschitza (comps.), *The Letters of Rosa Luxemburg*, Londres, Verso, 2011, pág. 295.



16. Citado en Alan Johnson, «Leon Trotsky's Long War Against Antisemitism», *Fathom*, marzo de 2019.

17. Citado en Johnson.

18. Enzo Traverso, *The Jewish Question: History of a Marxist Debate*, trad. Bernard Gibons, Leiden, Brull, 2019

19. Karl Marx, *Critique of Hegel's «Philosophy of Right»*, trad. Anette Jolin y Joseph O'Malley, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, pág. 131.

20. Antony Polonsky, «The Bund in Polish Political Life, 1935-1939», en Ezra Mendelsohn, *Essential Papers on Jews and the Left*, Nueva York, New York University Press, 1997, pág. 172.

21. Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften,* ed. Rolf Tiedemann y Herman Schweppenhäuser, Fráncfort, Suhrkamp, 1991, pág. 838.


22. Dana Mills, *Lessons from the Life of Rosa Luxemburg*, Verso Blog, 5 de marzo de 2021.

23. Irving Abella y Harold Troper, *None Is Too Many: Canada and the Jews of Europe, 1939-1948*, Toronto, University of Toronto, 2017.

24. Abram Leon, *The Jewish Question: A Marxist Interpretation*, 1946; reimpr. en Nueva York, Pathfinder Press, 1970, pág. 239.

25. Traverso, *The Jewish Question*, pág. xv.

26. Caroline Rooney, «Prison Israel-Palestine: Literalities of Criminalization and Imaginative Resistance», *Journal of Postcolonial Writing*, 50, n.º 2, 2014, pág. 134.

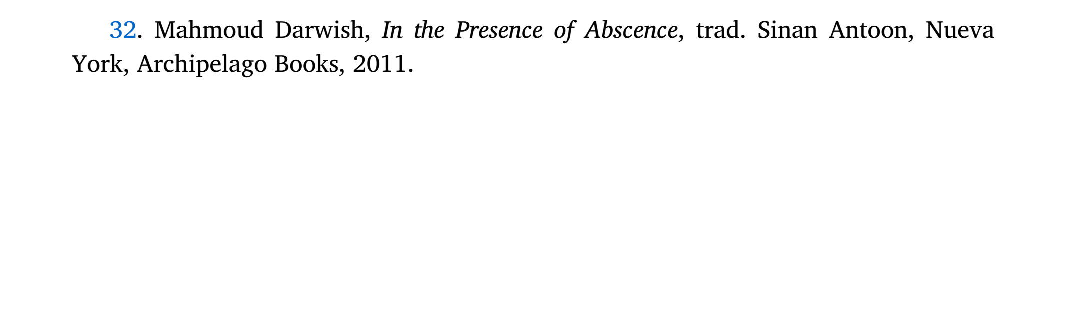
27. Diana Muir, «A Land Without a People for a People Without a Land», *Middle East Quarterly,* 15, n.º 2, primavera de 2008, pág. 55-62.

28. Alan George, «“Making the Desert Bloom”: A Myth Examined», *Journal of Palestine Studies* 8, n.º 2, invierno de 1979, pág. 88.

29. I. F. Stone, *Underground to Palestine*, Nueva York, Boni & Gaer, 1946, pág. 221.

30. I. F. Stone, «Holy War», en *The Best of I. F. Stone,* Nueva York. Public Affairs, 2006, pág. 235.

31. Citado en Rashid Khalidi, *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness,* Nueva York, Columbia University Press, 1997, pág. 147.



32. Mahmoud Darwish, *In the Presence of Abscence*, trad. Sinan Antoon, Nueva York, Archipelago Books, 2011.

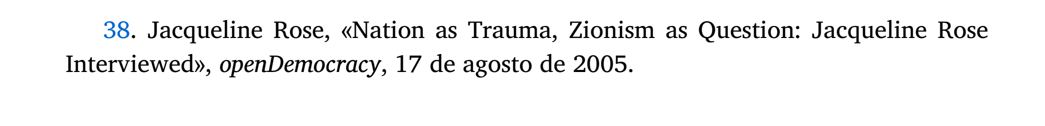
33. Yousef Al Jamal, «JNF Greenwashing as a Means to Hide Ethnic Cleansing in Palestine», *Politics Today*, 14 de febrero de 2022.

34. Edward Said, *The Pen and the Sword Conversations with David Barsamian*, Monroe, Maine, Common Courage Press, 1994, pág. 53; Bryan Cheyette, «A Glorious Achievement: Edward Said and the Last Jewish Intellectual», en Tobias Doring y Mark U. Stein (comps.), *Edward Said's Translocations*, Nueva York, Routledge, 2012, pág. 78.

35. Joseph Massad, «Affiliating with Edward Said», en Adel Iskandar y Hakem Rustom (comps.), *Edward Said: A Legacy of Emancipation and Representation*, Berkeley, University of California Press, 2010, pág. 33.

36. Rooney, «Prison Israel-Palestine», pág. 134.

37. Natasha Roth-Rowland, «Land Grabs. Homophobia. Radicalized police: What to Expect from Israel's Far-Right Government», *+972 Magazine*, 29 de diciembre de 2022.



38. Jacqueline Rose, «Nation as Trauma, Zionism as Question: Jacqueline Rose Interviewed», *openDemocracy*, 17 de agosto de 2005.

39. «General Briefing: Palestinian Political Prisoners in Israeli Prisons», Asociación Addameer de Apoyo a los Prisioneros y a los Derechos Humanos.

40. «Key Figures on the 2014 Hostilities», Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios, 23 de junio de 2015.



41. «“526”: 50 Days: More Than 500 Children: Facts and Figures on Fatalities in Gaza, Summer 2014», B’Tselem, 20 de julio de 2016.

42. L. Finch, «How a Jewish-American Author's Facebook Page Became a Hub for Citizen Reporting on Gaza», *Global Voices*, 5 de agosto de 2014.



43. Naomi Wolf, publicación en Facebook, 21 de julio de 2014.



44. Shmuley Boteach, «Naomi Wolf's Allegations of an Israeli Genocide Fuel Anti-Semitism», *Jerusalem Post,* 10 de septiembre de 2014.

45. Rachel Cook, «Naomi Wolf: We're in a Fight for Our Lives and for Democracy», *The Guardian*, 19 de mayo de 2019.

46. *Striker Pierce Investigations:* «Security Consultant Shares Insider Tips on Self-Defense», canal de YouTube, 19 de mayo de 2022, minuto 6:32-6:43; M. Mallozzi, «An Author and Investigator Find Comfort in Each Other», *The New York Times*, 24 de noviembre de 2018.

47. Philip Roth, *Operation Shylock*, Nueva York, Simon & Schuster, 1993, pág. 109.

48. Roth, *Operation Shylock*, pág. 81.

49. Roth, *Operation Shylock*, pág. 126.

50. Roth, *Operation Shylock*, pág. 358.

51. Roth, *Operation Shylock*, pág. 351.

52. Philip Roth, «Writing About Jews», *Commentary*, diciembre de 1963.

53. Naomi Wolf @DrNaomiRWolf, publicación en Gettr, 13 de mayo de 2022.

54. Naomi Wolf @DrNaomiRWolf, publicación en Gettr, 14 de mayo de 2022.

55. Naomi Wolf @DrNaomiRWolf, publicación en Gettr (vídeo), 24 de mayo de 2022.

56. Naomi Wolf, «Rethinking the Second Ammendment», *Outspoken with Dr Naomi Wolf*, Substack, 4 de junio de 2022.

57. Naomi Wolf, publicación en Facebook, 21 de julio de 2014.

58. Naomi Wolf, *The Bodies of Others: The New Authoritarians, COVID-19 and the War Against the Human*, Fort Lauderdale, Florida, All Seasons Press, 2022, pág. 47; Joseph Mercola, «The Last Stage of Tyrannical Takeover – Interview with Naomi Klein», *Bitchute* (vídeo), 1 de junio de 2022, minuto 13:56.

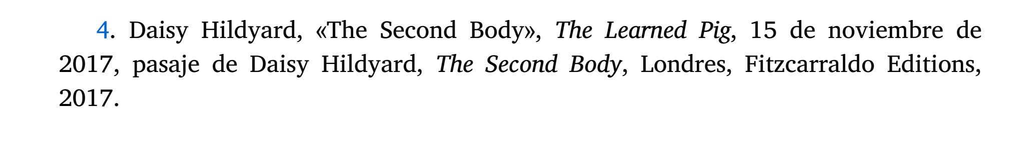
59. Steve Bannon, presentador, «“We are at War”: Naomi Wolf Breaks Down the WHO’s Plan to Seize Power», *War Room: Pandemic* (pódcast), 12 de mayo de 2022, minuto 5:13, publicado en Rumble.

1. «Special Report: Global Warming of 1.5 ºC», Grupo Intergubernamental de Expertos en el Cambio Climático, 2018; Jonathan Watts, «We Have 12 Years to Limit Climate Change Catastrophe, Warns UN», *The Guardian*, 8 de octubre de 2018.



2. «Nevada Caucuses 2020: Live Election Results», *The New York Times*, 24 de febrero de 2020.

3. Matthew Brown, «US Drilling Approvals Increase Despite Biden Climate Pledge», Associated Press, 12 de julio de 2021; «New Data: Biden's First Year Drilling Permitting Stompby 34%», comunicado de prensa, Center for Biological Diversity, 21 de enero de 2022.



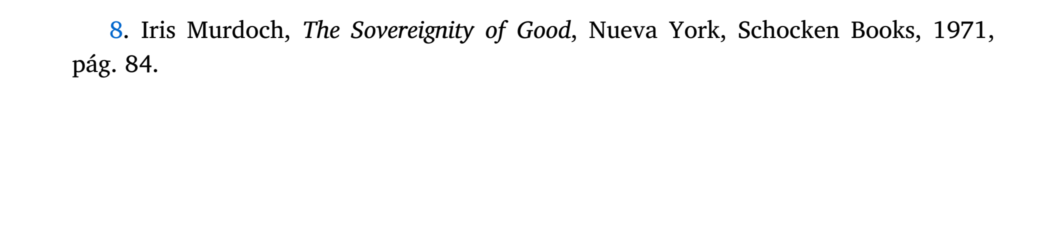
4. Daisy Hildyard, «The Second Body», *The Learned Pig*, 15 de noviembre de 2017, pasaje de Daisy Hildyard, *The Second Body*, Londres, Fitzcarraldo Editions, 2017.

5. Eve Auchincloss y Nancy Lynch: «Disturber of the Peace: James Baldwin – An Interview/1969», en Fred L. Stanley y Louis H. Pratt (comps.), *Conversations with James Baldwin*, Jackson, University Press of Mississippi, 1989, pág. 73.



6. *The Magnitude of All Things*, dirigida por Jennifer Abbott, National Film Board of Canada, 2020, minuto 55:11.

7. *The Magnitude of All Things*, minuto 48:38.



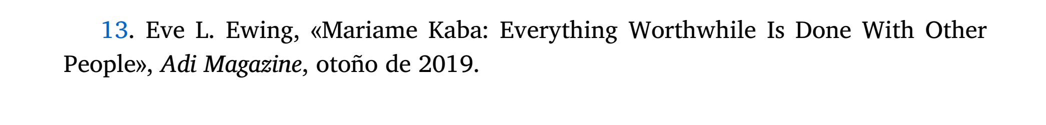
8. Iris Murdoch, *The Sovereignity of Good*, Nueva York, Schocken Books, 1971, pág. 84.

9. *The Magnitude of All Things*, minuto 43:13.

10. *El doble*, dirigida por Richard Ayoade.

11. Helena de Bres, «It’s Not You, It’s Me», *The Point*, 23 de septiembre de 2019.

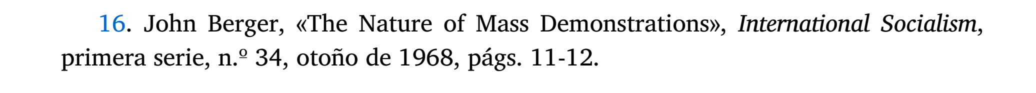
12. John A. Powell, entrevista de Iván Natividad, «To End White supremacy, Attack Racist Policy, Not People», *Berkeley News*, 25 de enero de 2021.


13. Eve L. Ewing, «Mariame Kaba: Everything Worthwhile Is Done With Other People», *Adi Magazine*, otoño de 2019.

14. Arielle Angel, «Beyond Grievance», *Jewish Currents*, verano de 2022.



15. Keeanga-Yamahtta Taylor, conversación con la autora, 17 de octubre de 2022.



16. John Berger, «The Nature of Mass Demonstrations», *International Socialism*, primera serie, n.º 34, otoño de 1968, págs. 11-12.

17. Bridget Read, «The Bernie Rally Felt So Much Bigger Than Bernie», *The Cut*, 21 de octubre de 2019; Bernie Sanders, «Bernie’s Black Rally with AOC in New York», canal de YouTube de Bernie Sanders, vídeo, 19 de octubre de 2019, minuto 2:47:27.

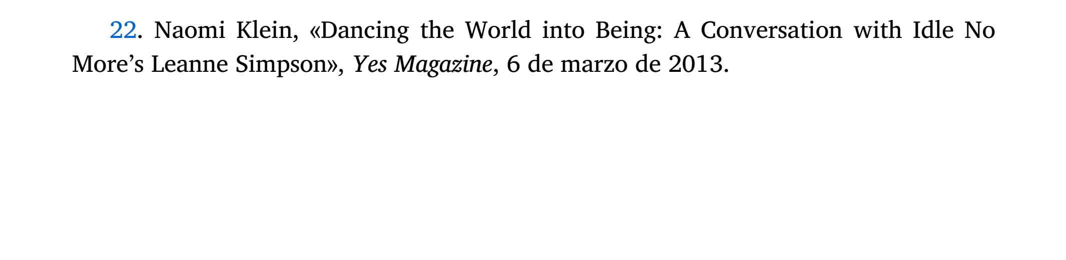
18. Sigmund Freud, «The Uncanny» (*Lo siniestro*), en *The Uncanny*, trad. David McLintock, Londres, Penguin, 2003, pág. 143. El ensayo de Freud se publicó por primera vez en 1919.



19. Keeanga-Yamahtta Taylor, conversación con la autora, 17 de octubre de 2022.

20. Sally Weintrobe, *Psychological Roots of the Climate Crisis: Neoliberal Exceptionalism and the Culture of Uncare*, Nueva York, Bloomsbury Academic, 2021, pág. 13.

21. Rosa Luxemburg, *Socialism or Barbarism: Selected Writings*, Paul Le Blanc y Helen C. Scott (comps.), Londres, Pluto, 2010.



22. Naomi Klein, «Dancing the World into Being: A Conversation with Idle No More’s Leanne Simpson», *Yes Magazine*, 6 de marzo de 2013.

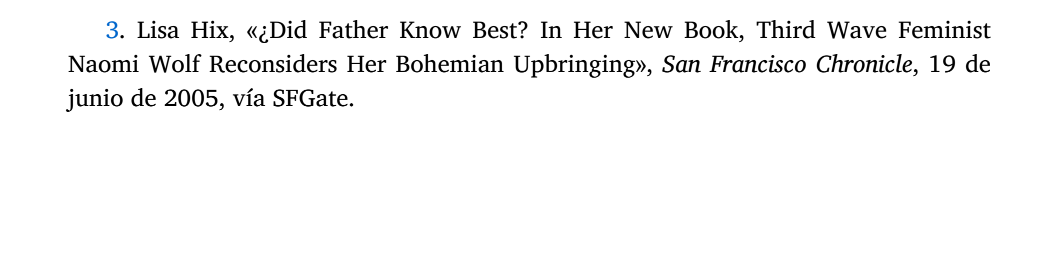
23. Sunaura Taylor, «Age of Disability», *Orion*, 9 de noviembre de 2021.

24. Taylor, «Age of Disability».



1. *Killing Us Softly: Advertising’s Image of Women*, sobre una conferencia de Jean Kilbourne, Media Education Foundation, 1979.

2. *El doble*, dirigida por Richard Ayoade, Magnolia Pictures, 2014, minuto 41:23.



3. Lisa Hix, «¿Did Father Know Best? In Her New Book, Third Wave Feminist Naomi Wolf Reconsiders Her Bohemian Upbringing», *San Francisco Chronicle*, 19 de junio de 2005, vía SFGate.

4. Philip Roth, *Operation Shylock*, Nueva York, Simon & Schuster, 1993, pág. 367.


Doppelganger

Naomi Klein

Título original: *Doppelganger*, de Naomi Klein

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

Diseño de la cubierta: CS Richardson
Imagen de la cubierta: © Kourosh Keshiri
ISBN: 978-84-493-4213-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta